

3951

1049

1049

H-A
1049

LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO



JUAN DE LA FUENTE PÁRRES

EDITOR

LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO

NOVELA NATURALISTA

HUMORÍSTICA, DE COSTUMBRES, DE CRÍMENES

Y DE HORRORES

POR

Un Ingenio de la Corte

TOMO I



JUAN DE LA FUENTE PÁRRES

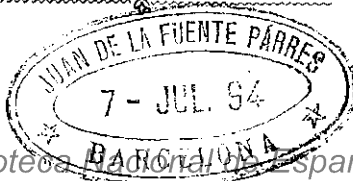
J. Subirana y Reig

BARCELONA

MÉXICO

CONSEJO DE CIENTO, 301 Y 303

CALLEJÓN DE SANTA INÉS, NÚM. 5





VZIAN



JUAN DE LA FUENTE PÁRRES

EDITOR

LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO

NOVELA NATURALISTA

HUMORÍSTICA, DE COSTUMBRES, DE CRÍMENES

Y DE HORRORES

POR

Un Ingenio de la Corte

TOMO I



JUAN DE LA FUENTE PÁRRES

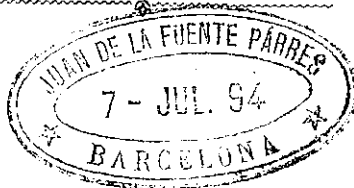
J. Subirana y Roig

BARCELONA

CONSEJO DE CIENTO, 301 Y 303

MÉXICO

CALLEJÓN DE SANTA INÉS, NÚM. 5



Es propiedad del Editor.

Imprenta de Henrich y C.^a en comandita; Pasaje Escudillers, 4 — Barcelona

NOTA

DE ALGUNAS PALABRAS Y ELOCUCIONES
QUE NO HAN SIDO TODAVÍA ADOPTADAS POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Y QUE POR SER CONOCIDAS Y DE USO COMÚN EN MÉXICO
SE ENCUENTRAN EN ESTA OBRA (1)

ACCESORIA.—Piso bajo de una casa, por lo común de un sólo cuarto.

ACOCILES.—Animalillos que pescan los indios en los canales y lagos del Valle de México, de color verdoso ó colorado, parecidos á las quisquillas ó camarones pequeños.

ACOCOTE.—Calabaza larga hueca que usan los indígenas para extraer la aguamiel ó zumo del maguey, y de cuya sustancia se hace el pulque.

AGACHONA.—Ave de caza que se encuentra en la estación de la primavera, en las cercanías de los lagos del Valle de México.

AHUAUTLE.—Mosquito pequeño que recogen los indios en la superficie del lago de Texcoco, y del cual se hace una sabrosa torta.

AHUEHUETE.—Arbol que alcanza con el tiempo una altura y grueso prodigiosos. Los ahuehuetes de Chapultepec, son seguramente únicos en el mundo. El barón de Humboldt clasificó este árbol y le llamó *Cupresus Moctezuma*.

ARMADOR.—Corsé de lienzo blanco que usan exteriormente las criadas.

ARMAS DE AGUA.—Abrigo formado de dos pieles de chivo, curtidas y forradas de lienzo, que usan

las gentes del campo para montar á caballo. Caen por uno y otro lado, y se ciñen á la cintura por medio de una cinta de cuero con su hebilla, y cubren perfectamente las piernas.

ATOLE DE LECHE.—Bebida preparada con el maíz molido y cocido, añadiéndole leche y azúcar.

CÁLIGA.—Cinta angosta de seda, cosida al calzado femenino, que ligaba la pierna hasta cerca de la pantorrilla, á la manera de la sandalia romana.

CAPULIN.—Fruta semejante á la guinda, del mismo color y tamaño y más azucarada.

CATARINAS.—Coleópteros pequeños, de colores brillantes que abundan en los cerros cercanos á la capital de México.

CEDRON.—Planta aromática que se usa en México como thé, y se dice que es eficaz para el estómago y los nervios.

COLORADITA.—Niños de coro vestidos de encarnado, que asisten á las ceremonias religiosas en la catedral católica.

COMAL.—Retorta delgada de barro que sirve para hacer las tortillas.

CORREYITAS.—Soldados de la frontera de México y Tejas, que vestían de gamuza amarilla y esta-

(1) Como esta obra no debe circular únicamente en México, sino también en España, en las Américas del Sur y en otros países extranjeros, y se usan en el curso de ella palabras que tienen su origen en el idioma mexicano, ó son elocuciones ó modismos especiales, hemos creído necesario formar la presente nota.

ban encargados de perseguir á los indios bárbaros.

QUITLACOCHÉ.—Excrecencia del maíz, de color negro parecido á la tierra de labor. Enfermedad del maíz. La gente del campo hace guisados muy sabrosos de esta sustancia que á la vista es muy desagradable.

CHALUPITAS.—Tortilla un poco gruesa y rellena de chile, tomate y pedazos de carne frita en manteca. Por la forma que tiene se le da el diminutivo de chalupa.

CHAMPURRADO.—Bebida compuesta de atole de maíz, chocolate y azúcar.

CHICIHUA.—Nodriza.

CHICHICUILOTE.—Ave acuática que abunda en los lagos del valle de México, y se mantiene con los mosquitos de que está casi cubierta la superficie del agua. La gente pobre de México y los indios, encuentran su carne muy delicada. ¿*Gambetta melancólica* ó Phalaropus de Wilson?

CHILUCA.—Piedra propia para los patios, aceras de las calles y cimientos de los edificios.

CHINA.—Mujer del pueblo de México que se distingue de las demás de su clase por su lujoso vestido, compuesto de las enaguas de un género de lana encarnada con dibujos caprichosos, que se llama *castor*, y recamado de lentejuelas de oro y plata; una fina camisa con bordados de seda negra, un rebozo de hilo fino ó de seda, un calzado, bajo, de raso blanco ó de color, y un peinado de listones entretrejido en las negras trenzas del cabello que caen á sus espaldas casi desnudas.

CHINGUIRITO.—Aguardiente de caña mezclado con agua y algún otro ingrediente que le da fuerza y sabor.

CHINOS.—Planta pequeña anual que da unas flores encarnadas ó blancas. Es muy común en México en las macetas que adornan los balcones y corredores.

CHIQUIHUIE.—Canasta. Cesto.

CHOMITE.—Cordón de lana, por

lo común rojo que fabrican las indias, y les sirve para entretrejerlo en el pelo ó adornar sus vestidos.

CHUZO.—Lanza corta que usan los serenos.

DIPUTACIÓN.—Palacio ó casa donde se reúne la municipalidad ó los regidores, como se llama en México á los individuos nombrados por el pueblo para los cargos municipales.

ELOTE.—Mazorca del maíz.

ENVIGADO.—Pavimento ordinario hecho de trozos de viga, que se usa generalmente en las habitaciones de los pisos bajos.

E PASOTE.—Yerba aromática que se usa para sazonar las avichuelas, frijoles y otros guisos.

GORDA.—Tortilla gruesa de forma redonda ú ovalada, que come la gente del campo en vez de pan.

GUAGE.—Calabaza hueca que sirve para llevar el agua en los caminos desiertos donde escasea, y va colgada en la silla del caballo.

GURUPIE.—La persona que ayuda al montero á barajar y echar las cartas en las mesas de juego de albuces.

JARABE.—Baile popular.

JERQUETILLA.—Tejido ordinario de lana que hacen las indias para sus vestidos. Es por lo común de azul oscuro y sirve también para limpiar los suelos.

JORONGO.—Especie de manta cuadrilonga, de un tejido fino de lana, con rayas ó dibujos de colores fuertes. Tiene en el centro una abertura por donde pasa la cabeza y así abriga todo el cuerpo. Se usa en México para montar á caballo. Con el jorongo, las armas de agua, y el ancho sombrero jarano, el caballero mexicano puede resistir el calor, el frío y el agua perfectamente.

LAZO.—Cuerda hecha con las fibras de la hoja del maguey con un nudo corredizo, que usa la gente del campo de México para lazar el ganado, y es al mismo tiempo una arma terrible que han usado con buen éxito los rancheros contra la caballería de línea.

MASCADA.—Pañuelo de seda.

MECATE.—Cuerda ó cordel, más ó menos delgado, hecho con las fibras de la hoja del maguey (agave mexicana.)

MOLE.—Guisado hecho con chile (pimiento), ajonjolí, tomate verde ó pepita de calabaza. Mole de Guajolote (pavo), *Mole de pollo*, *mole de pecho*, *mole de ternera*. Varía según la clase de carne, pero la base del mole colorado es el chile picante y las especias. *Mole verde*. Está condimentado con tomate verde y pepita de calabaza. Es un guisado absolutamente mexicano.

RANCHERO.—Gente del campo que generalmente se dedica en las haciendas y ranchos á cuidar los ganados y á otras faenas, para las que se necesita andar á caballo, y se le llama también así á la gente de los pueblos del interior del país.

REATA.—Véase lazo. Ponerse á dos reatas. Se dice cuando alguno ha comido con exceso ó ha ganado mucho dinero, ó en algún sentido ha cometido algún exceso. *Se puso á dos reatas*.

REBOZO.—Paño tejido de hilo, seda ó algodón, que usa la gente del pueblo de México para cubrirse la cabeza.

RECAUDO.—Se llama generalmente en México á la reunión de legumbres que sirven para el cocido y diversos guisados.

SALTAPARED.—Pájaro pequeño, que tiene un chillido monótono y particular, que anida por lo común en el interior de las iglesias, y salta y sube por las cornisas y columnas con la mayor facilidad. Las más veces alterna su canto triste con las notas del órgano y los rezos y plegarias de los fieles.

SOMBRERO JARANO.—Sombrero de copa baja y ala más ó menos ancha, que se usa para montar á caballo. Generalmente es aplomado, negro, ó color de canela y adornado con galones de oro ó plata y de toquilla y chapetas.

TAJAMANIL.—Tabla delgada que se usa para techar cabañas y corrales.

TÁPALO.—Especie de mantón ó pañuelo grande que usan las mujeres en México, para cubrirse la cabeza y espaldas. Las señoras usaban tápalos riquísimos de seda bordados, que venían de China. La gente pobre los usa todavía de lana ó algodón.

TAPANCO.—Tablado de madera con el que se forma en las habitaciones bajas, una pieza ó recámara alta. También se usa en los almacenes y tiendas para colocar la azúcar y los barriles de vino ó aguardiente.

TECOLOTE.—Ave de rapiña nocturna. Gavilán negro pequeño.

TECOMATE.—Vasija formada con la corteza de una calabaza dividida por la mitad.

TEJOCOTE.—Acerola.

TEPACHE.—Bebida de color amarillo un poco fermentada, que se hace con cáscara de piña y azúcar ordinaria.

TEQUESQUITE.—Sustancia salina. Natrón. Se produce en las orillas del lago de Texcoco.

TETZONTLE.—Piedra volcánica de color amoratado muy usada en la construcción de casas. Cerca de la capital de México hay una montaña de Tetzontle. *¿Amigdaloides porosa?*

TEXCAL.—Piedra marmórea. Camino donde hay mucha piedra suelta.

TIERRA ADENTRO.—Se llama así en México y en las costas á lo interior del país.

TLACO.—Moneda pequeña de cobre Aunque ya no existe esa moneda, se dice todavía por la gente del pueblo, *no tengo ni un tlaco*, *no me ha robado ni un tlaco*.

TOMPEATE.—Canasto de forma tubular hecho de palma.

TORTILLAS.—Especie de galletas que se hacen con el maíz, preparado antes con agua de cal y molido con agua hasta formar una masa suave que cortada en pedazos se va extendiendo entre las palmas de las manos hasta formar la tortilla, redonda, muy delgada y hasta transparente. Se coloca en seguida

en una retorta de barro puesta en la lumbre, y allí se dejan cosa de cinco minutos que bastan para que queden bien cocidas. Es una especialidad de México, y que constituye el alimento principal de la clase indígena y de la gente pobre de México, y mucho más sano que las diversas preparaciones que hacen con el maíz, los campesinos en Italia y en algunas partes de España.

TULE.—Planta que se produce en los lugares pantanosos y en las orillas de las lagunas del valle de México, y sirve para techos de las chozas, asientos de sillas, petates y otros usos.

TÚNICO.—Vestido compuesto de la enagua, el corpiño y mangas. Traje completo de mujer;—se dice, —es una señora de túnico y no una mujer de enaguas.


ZENTZONTLE.—Pájaro color de ceniza, tirando á negro. ¿Calandria políglota? Canta admirablemente y tiene mucha facilidad para aprender las sonatas y canciones que se le enseñan. Se encuentra en abundancia en los bosques de Jalapa y Orizava.

ZOPILOTE.—Ave de rapiña de color negro, afecta á comer carnes podridas. Despide muy mal olor. El rey de los Zopilotes. Zopilote real. *Sarcorampus papa*.

LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO

NOVELA NATURALISTA, HUMORÍSTICA
DE COSTUMBRES, DE CRÍMENES Y DE HORRORES

PRÓLOGO

ACE años, y de intento no se señala cuál, hubo en México una causa célebre. Los autos pasaban de 2,000 fojas y pasaban también de manos de un juez á las de otro juez, sin que se pudieran concluir. Algunos de los magistrados tuvieron una muerte prematura y muy lejos de ser natural. Personas de categoría y de buena posición social estaban complicadas, y se hicieron, por este y otros motivos, poderosos esfuerzos para echarle tierra, como se dice comunmente, pero fué imposible. El escándalo había sido grande y la sociedad de la capital y aun de los estados había fijado su atención, y se necesitaba un castigo ejemplar para contener desmanes que tomaban grandes proporciones. Se hicieron muchas prisiones, pero á falta de pruebas, los presuntos reos eran puestos en libertad. Al fin llegó á des-

cubrirse el hilo, y varios de los culpables fueron juzgados, condenados á muerte y ejecutados. El principal de ellos, que tenía una posición muy visible, tuvo un fin trágico.

De los recuerdos de esta triste historia y de diversos datos incompletos, se ha formado el fondo de esta novela, pero ha debido aprovecharse la oportunidad para dar una especie de paseo por en medio de una sociedad que ha desaparecido en parte, haciendo de ella, si no pinturas acabadas, al menos bocetos de cuadros sociales que parecerán hoy tal vez raros y extraños, pues que las costumbres en todas las clases se han modificado de tal manera, que puede decirse sin exageración que desde la mitad de este siglo á lo que va corrido de él, México, hasta en sus edificios es otra cosa distinta de lo que era en 1810. Este ensayo de novela naturalista, que no pasará de los límites de la decencia, de la moral y de las conveniencias sociales, y que sin temor podrá ser leída aun por las personas más medidas y timoratas, dará á conocer cómo, sin apercibirse de ello, dominan años y años á una sociedad costumbres y prácticas nocivas, y con cuánto trabajo se va saliendo de esa especie de barbarie que todos toleran, y á la que se acostumbran los mismos individuos á quienes daña. La civilización, de que todavía está por desgracia muy distante el mundo todo, es una especie de luz difícil de penetrar y de alumbrar bien los ojos que parecen tapados, por siglos enteros, con una venda negra y espesa. No es este un discurso sobre los progresos de la civilización en Europa y América, que si tal fuese, podrían marcarse los puntos negros que todavía manchan á las naciones que se tienen hoy por más cultas y adelantadas. Es sólo una

especie de salvedad ó advertencia al lector, para que no encuentre demasiado duras y amargas, algunas de las observaciones y críticas que encontrará en el curso del libro, procurándolas mezclar con lo ameno, ligero y novelesco, para no fastidiar al lector, al que dedicamos estas cuatro líneas y al que tenemos positivo empeño en agradar.

Madrid, Agosto de 1888.

CAPÍTULO PRIMERO

Santa María de la Ladrillera



EN el mes de Abril del año de 18... apareció en un periódico de México el siguiente artículo:

«CASO RARÍSIMO Y NUNCA VISTO NI OIDO

»En un rancho situado detrás de la cuesta de Barrientos, que, según se nos ha informado, se llama *Santa María de la Ladrillera*, tal vez porque tiene un horno de ladrillo, vive una familia de raza indígena, pero *casi son de razón*. Esta familia se compone de una mujer de cosa de treinta y cinco años, de su marido, que es el dueño del rancho, que tendrá más de cuarenta, y de un muchacho de diez años huérfano. Las gentes de Tlalnepantla dicen que esa familia es descendiente del gran emperador Moctezuma II, y que tienen muchas otras tierras que se ha cogido el gobierno, así como la herencia

que importa más de cien mil pesos. Son gentes muy raras, que se llevan muy poco con los vecinos, pero todo esto no es nada en comparación de lo que va á seguir. La mujer, que se llama D.^a Pascuala, hará justamente trece meses el día de San Pascual Bailón, que salió grávida, no se sabe si de un niño ó de una niña, porque hasta ahora no ha podido dar á luz nada. Sin embargo, la presunta madre se porta muy bien. Come con apetito, duerme doce horas y está muy contenta, y sólo le incomoda el vientre, que le crece cada día más, de modo que si esto no tiene compostura, va á reventar. El marido, alarmado, ha mandado llamar al doctor Codorniu, que dicen que es un prodigio en medicina, y *dicen también* que el doctor *dijo* que en su vida había visto caso igual. Lo que va dicho lo sabemos de buena tinta por diversos conductos, y los indios que vienen de por Cuautitlan lo saben y lo cuentan azorados á todo el mundo.»

Seguían á estas líneas diversas reflexiones sobre la maternidad, que no consignamos por no ser absolutamente indispensables para nuestra narración, y porque no queremos que el naturalismo pase de los límites que permita la moral y las exigencias sociales.

Ocho ó diez días después apareció en el periódico oficial un párrafo contestando al anterior, que decía así:

«Cuando un periódico que se publica en la capital, ha dicho que el gobierno se ha cogido las tierras y la herencia de los descendientes del emperador Moctezuma, ha faltado á la verdad. En cuanto los interesados presenten las pruebas, el gobierno está decidido á hacerles justicia. Hace cerca de trescientos años de la con-

quista, y todos los días se están presentando diversas personas que dicen ser parientes *muy cercanos* del emperador de México, y el gobierno tiene que obrar con mucha circunspección, porque de lo contrario no bastaría el tesoro mexicano para pagar las pensiones de tanto heredero.

»En cuanto á la conseja con que termina el artículo, no la creemos, y juzgamos que los editores del periódico citado se quisieron divertir con el público. Todo el mundo sabe la época en que las madres dan á luz á sus hijos, y es inútil extenderse en otro género de observaciones. Sin embargo, el gobierno que se afana por hacer el bien y la felicidad de la patria de Hidalgo y de Morelos, ha dispuesto se adquieran informes directos del doctor Codorníu, y se ponga el caso en conocimiento de la Universidad para que resuelva lo conveniente.»

Los redactores del periódico oficial, deseando tener cuantos datos fuesen necesarios para sostener una cuestión tan grave, como nueva, en los anales de la medicina y del bello sexo, y afirmarse más en la confianza del gobierno y en sus plazas de mucho lucro y poco trabajo, se pusieron de acuerdo, y un domingo alquilaron unos buenos caballos, y con el pretexto de cazar liebres ó de hacer un saludable ejercicio, marcharon por el rumbo de Barrientos, logrando, con no poco trabajo, encontrar el rancho, visitarlo, hablar con la familia y conocer, sobre todo, á la presunta madre de uno ó de más chicuelos que, muy cómodos en su habitación, no tenían la menor voluntad de presentarse en público y ocupar un lugar entre los habitantes del mundo. Regresaron los entendidos periodistas ya de noche, satisfechos del resultado de su expedición, pero en el curso del

tiempo hicieron en Tlalnepantla y Cuautitlan diversas indagaciones con las autoridades y antiguos vecinos, hasta que se enteraron de cuanto era necesario para continuar y salir airosos en la polémica que había suscitado el periódico á que nos hemos referido, y que de seguro pertenecía á la oposición ó á los masones. De las fatigas, viajes y trabajos de tan apreciables publicistas, nos aprovechamos para dar á conocer á los lectores el Rancho de Santa María de la Ladrillera y la familia que lo habitaba; porque es muy posible que tengamos que volver después de algunos años á esta propiedad, que acontecimientos imprevistos hicieron hasta cierto punto célebre.

D.^o Pascuala era hija de un cura de raza española nativo de Cuautitlan. En sus mocedades se dedicó al comercio de maíz y también al de amores, resultando de lo primero que reuniese un pequeño capital, y de lo segundo una robusta muchacha que vino al mundo sin grandes dificultades. No cumplía quince años cuando la madre falleció. Tal pérdida lo disgustó de la vida, abandonó su comercio y el pueblo de su nacimiento y se encerró en el colegio de San Gregorio á aprender latín lo bastante para poder decir misa. Se ordenó, por fin, de menores, más adelante tuvo ya una coronilla bien rasurada y licencias para confesar y decir misa y, finalmente y al cabo de ciertos años, logró ser cura de su pueblo y volvió á él con aplauso de cuantos le habían conocido como honrado y bueno de carácter. Su hija Pascuala, no era, pues, una india, sino más *bien de razón*, pero de una manera ó de otra, servía de estorbo á un eclesiástico que no quería tener en su casa más que á la dama conciliaria. Aprovechó, pues, la primera

oportunidad que se le presentó, y la casó con el propietario del Rancho de Santa María de la Ladrillera. El marido sí era de la raza india, pero con sus puntas de caviloso y de entendido, de suerte que se calificaba bien á estos propietarios, cuando se decía que casi eran gentes de razón, y á este título se daba á Pascuala el tratamiento de *Doña* y de *Don* á Espiridión, el marido.

D.^a Pascuala no era ni fea ni bonita. Morena, de ojos y pelo negro, piés y manos chicas, como la mayor parte de los criollos. Era, pues, una criolla con una cierta educación que le había dado el cura, y por carácter satírica y extremadamente mal pensada.

D. Espiridión, gordo, de estatura mediana, de pelo negro, grueso y lacio, color más subido que el moreno, sin barba en los carrillos y un bigote cerdoso y parado, sombreando un labio grueso y amoratado como un morcón, en una palabra, un indio parecido á poco más ó menos á sus congéneres. La familia se componía de los dos esposos, de una criada india de mediana edad que servía de cocinera, de recamarera y de todo y para todo lo que se ofrecía, y de un muchachillo de seis á siete años, indito, no del todo feo y ya de razón, pues lo enseñaba á leer D.^a Pascuala para preparar su ingreso en la escuela municipal de Tlalnepantla, que aprendiese el catecismo del Padre Ripalda y las cuatro reglas. La madre fué, en vida, prima de una tía segunda de D. Espiridión que se apellidaba Moctezuma; dejó un poquito de dinero enterrado, y dinero y huérfano cayeron bajo la tutela de D. Espiridión. El muchacho era uno de los millares de parientes cercanos, herederos del emperador azteca. Se puede decir que completaban la familia cuatro peones que hacía años vivían de pié en el ran-

cho en unos jacalitos de tierra y tule que se hallaban cerca de la finca principal, y que se destruían y se volvían á edificar en otra parte cuando lo exigían las necesidades de la labranza.

El rancho nada tenía que llamase la atención. Los ranchos y los indios todos se parecen. Una vereda angosta é intransitable en tiempo de las lluvias, conducía á una casa baja de adobe mal pintada de cal, compuesta de una sala comedor, dos recámaras y un cuarto de raya. La cocina estaba en el corral y era de varas secas de árbol, con su techo de yerbas, lo que en el campo se llama una cocina de humo con sus dos *metates*, una olla grande vidriada para el *nixtamal*, dos ó tres cedazos para colar el atole y algunos jarros y cántaros. Se guisaba en tres piedras *matatenas*, y el combustible lo ministraban los yerbajos y matorrales que rejuntaba un peón en el cerro.

En el comedor había un tinajero con la bajilla que se componía de una variedad de platos, vasos, tazas y pocillos de todos tamaños y colores, interpolados con muñecos de cera y naranjas secas, doradas y benditas, restos del monumento del curato del pueblo. En un rincón un caballete con la silla de lujo del amo, el machete y las armas de agua en la cabeza y la manga con dragona de terciopelo verde en los tientos, una mesita de madera blanca bien limpia, y media docena de sillas de la calle de la Canoa.

En el corral, grande, rodeado de una cerca de adobe, y con media vara de polvo y estiércol que se liquidaba como un puré al primer aguacero, se encontraba un pozo y una pileta, y vagando sucios y greñudos y muy gordos dos caballos, media docena de yeguas muy fla-

cas, dos mulas y seis burros con el lomo lleno de coloradas mataduras. Llovía á cántaros, tronaba, hacía frío ó calor; no importaba: los animales no tenían donde guarecerse, ni dónde, ni qué comer sino cada veinticuatro horas en que un peón les tiraba, en el lodo, dos manojos de rastrojo sin picar y ponía á los caballos del amo unos morrales con cebada. En los años que llevaba D. Espiridión de vivir en su rancho, no le había dado Dios licencia de hacer, no sólo una caballeriza, pero ni siquiera un tejado. Al caer la tarde, caminaban lentamente con dirección al corral, cuatro vacas de grande é irregular cornamenta, seguidas de sus crías que, á pesar del bozal, trataban de chupar algo de las colgantes tetas de sus pacientes madres, las que no presentaban mejor aspecto que el ganado que hemos descrito. Muy barrigonas, de tanto comer rastrojo y tierra; pero con los cuadriles salidos y el lomo como el filo de una espada. Completaban este miserable ganado un chivo negro y tres carneros y dos crías.

Delante de la fachada de la casa, que tenía tres ventanas con rejas de fierro, bastidores apolillados y cuarterones de papel blanco supliendo los vidrios rotos, se hallaba un círculo de ladrillos donde se trillaba la cebada y se desgranaba el maíz. Cuatro sauces llorones torcidos, medio secos, adornaban el frente, y en una esquina un alto fresno cayéndose de viejo sostenido en dos ó tres partes con vigas y horcones, y cuyas raíces salían á tierra y habían levantado el enlozado y cuarteado una parte del rayador. Un carretón desbaratado y otro reforzado en sus rayos con líos de *mecate*, las gallinas y los gallos picoteando los insectos, un burrito, hijo desgraciado de una de las preciosidades del corral y dos ó

tres perros amarillos y cascariientos lamiéndose unos á otros á falta de comida, formaban el escenario de esta propiedad raíz, situada casi en las puertas de la gran capital. D. Espiridión, quizá por el estado de prosperidad y de orden que guardaba su rancho, se consideraba en la comarca como uno de los agricultores más inteligentes y adelantados. Y en efecto, para qué necesitaba devanarse los sesos, ni hacer más. Dos tablas de malos magueyes, como la mayor parte de los del valle, le producían una carga diaria de tlachique, que vendía á un contratista por dos ó tres pesos. Otras dos ó tres tablas de tierras deslavadas en el declive del cerro, le producían 200 ó 300 cargas anuales de cebada, que vendía á tres pesos, y luego el fríjol, la semilla de nabo, el triguito temporal, una entrega de leche y el horno de ladrillos, le formaban una renta que, no sólo bastaba á la familia para vivir, sino que en buen año algo ahorraban.

La base de su alimentación era el maíz en sus diversas preparaciones de atole, tortillas gordas, chalupitas, tamales, etc. A esto se añadía el chile, el tomate, la leche, carne, pan y bizcochos, los domingos, lunes y á veces duraba la compra hasta el martes ó miércoles. D.^a Pascuala se permitía el lujo de un buen chocolate en leche con gorditas calientes con manteca, pues había adquirido esa costumbre mientras vivió con el cura, y la imitó fácilmente el marido. Solían sacar para el chocolate cuando había visitas, dos mancerinas de plata maciza, que habían comprado en el Montepío.

Su vida era por demás sosegada y monótona. Se levantaban con la luz. El marido montaba á caballo y se iba á las labores, al cerro ó al pueblo y no pocas veces á México. Volvía á la hora de comer, se sentaba des-

pués en la banquetta de chiluca de la puerta, á fumar apestosos puritos de á 20, del estanco, y cuando el sol declinaba daba su vuelta por el corral para ver su ganado. Solía curar con un puño de estiércol las mataduras de los burros, limpiaba sus caballos con una piedra, echaba unas manganas á las yeguas y en seguida cenaba en familia su buen plato de fríjoles, sus tortillas calientes y su vaso de tlachique, y antes de las nueve todos roncaban y dormían profundamente.

D.^a Pascuala se ocupaba de barrer la casa, de echar ramas en el brasero, formado de las tres matatenas consabidas, de dar de comer á las gallinas; de limpiar las jaulas de los pájaros, de regar unas cuantas macetas con chinis y espuela de caballero, de preparar la comida y de dar las lecciones al heredero de Moctezuma. En esto y en lo otro, pasaba el día y la tarde, y el tiempo libre de que podía disponer lo consagraba á la lectura de las muy pocas obras que se publicaban en México y que encargaba á su marido, cuando extendía sus excursiones á la gran Tenoxtitlan, pero también lo mismo que el marido á las nueve roncaba como una bienaventurada. Ni D.^a Pascuala, ni Espiridión eran devotos, y antes bien un tanto despreocupados ó librepensadores como se diría ahora. Oían misa los domingos cuando podían. Si llovía ó hacía frío se quedaban en el rancho, y sólo cuando había función, cohetes, arcos de tule y sempasuchil, rogados en la parroquia de Tlalnepantla, no faltaban, porque entonces, vestidos con los mejores trapitos, eran vistos y cortejados y además tenían que visitar al Juez de letras, al Alcalde, al Maestro de escuela; era en fin, para ellos un día de solemnidad y etiqueta.

Los domingos solían tener sus visitas. La mujer y la

hija del administrador de la hacienda de los Ahuehuetes, la tía del mayordomo de la hacienda de Aragón, y no faltaban á ocasiones las sobrinas de algún canónigo de la colegiata de Guadalupe.

En esos casos D.^o Pascuala abría una enorme caja de madera blanca, con tres cerrojos que tenía al pié de su cama y sacaba unos platos de china, unos vasos dorados de Sajonia, cuatro ó cinco cubiertos de plata y los manteles con randa y bordados de su mano. La mesa se agrandaba con otra mesita, y en el corral y cobertizo que servía de cocina, se ponían en actividad los anafes que en tiempo ordinario sólo servían para hacer el chocolate. Un peón se enviaba con anticipación en un burro al pueblo, y volvía con las arganas cargadas con pan, bizcochos, fruta, carne, chicharrón, chorizos, longaniza y recaudo. El almuerzo y comida eran de chuparse los dedos, porque D.^o Pascuala, sobria y poco cuidada en el diario, se portaba cuando se trataba de obsequiar á sus visitas como buena discípula del santo cocinero. Ya se vé, que nada de raro, ni de misterioso tenían estas gentes, por el contrario, eran de lo más vulgares y lo que de ellas decían era pura invención.

Del heredero del trono azteca, diremos una palabra. *El*, como príncipe azteca, como niño de un porvenir real, nada sentía, estaba inconsciente de su grandeza y de su alto destino. Cuando no lo obligaba D.^o Pascuala á estudiar, pasaba su tiempo ó en el cerro cogiendo lagartijas, sapos y catarinas, de las que tenía una abundante colección, ó en el corral montándose en los burros y mulas. En la noche caía rendido; entre sueños engullía sus fríjoles y muchas veces se quedaba vestido en su cama. D.^o Pascuala no quitaba el dedo del renglón.

—Ya ven ustedes á Pascualito, que parece que no sabe quebrar un plato,—decía invariablemente la buena señora en las grandes comidas de los domingos,—pues ha de llegar á ser rey de México; á él le toca, los que están en el gobierno no son más que usurpadores. Toda la tierra es de los indios, y una vez que se fueron los españoles, los indios han debido entrar á gobernar. Todas las haciendas y ranchos son de ellos, y cuando Pascualito entre á Palacio, á mandar, Espiridión será dueño de *Cuamatla, de la Lechería, de Echagaray* y de todas estas haciendas.

Pascualito se llamaba simplemente José, como la mayor parte de los indios, pero D.^a Pascuala le había dado su nombre. Como se ve, la señora del rancho, por la parte del marido, se inclinaba á la raza india y continuaba sus razonamientos en ese sentido.

—Ya tenemos un licenciado muy leído y *escribido*, que sigue el pleito contra el gobierno y vamos á ganarlo y hasta hemos recibido dinero para taparnos la boca. Ya verán ustedes como de la noche á la mañana cambiará nuestra suerte y Espiridión será cuando menos juez de letras de Cuautitlan.

D.^a Pascuala creía á puño cerrado en esta tradición y hablaba con sinceridad. La mujer y la hija del administrador de los Ahuehuetes, que no eran de la raza india, le contradecían, y nunca se conformaban con sus opiniones, mientras que la familia del mayordomo de Aragón, apoyaba, y á veces se avanzaba hasta pedir que cuando D. Espiridión fuese juez de letras ú otra cosa más alta, promoviese el exterminio de la gente que se llama *de razón*. Solitos quedamos, mejor, decían, que el buey solo bien se *lambe*.

En el fondo D.^a Pascuala no carecía de razón. Para seguir el pleito del heredero de Moctezuma contra el gobierno se habían valido de un licenciadillo vivaracho, acabado de recibir, que andaba á caza de negocios y pleitos y se llamaba Lamparilla. Era pariente del archivero general D. Ignacio Cubas, empleado muy notable por sus conocimientos en las antigüedades y su manejo de los papeles viejos, cedularios y libros desde los primeros tiempos de la dominación española. Cubas, que era entusiasta por Moctezuma, por Cuauhtemoc y por todo lo que pertenecía á la raza y á la historia de los aztecas, proporcionó á Lamparilla la manera de compulsar las reales cédulas y pragmáticas de Carlos V y de la reina D.^a Juana, y concluyeron con desentrañar la historia de los descendientes del emperador de México, y tener la clave de multitud de cosas curiosas que para todo el mundo eran un secreto. Con estas armas, la fe de bautismo de Pascualito y una información levantada en Ameca, de donde era originaria la familia, ocurrió Lamparilla al gobierno, reclamándole cosa de medio millón de pesos por la pensión atrasada, seis mil pesos cada año por la corriente y la propiedad de todo el volcán de Popocatepetl con sus bosques, aguas, barrancos, arenas, nieves, azufre y fuego interior, ó en cambio de eso una suma fabulosa de dinero.

Lamparilla alquilaba cada sábado un caballo, salía de México á las cinco de la mañana y á las siete estaba ya en el rancho de Santa María de la Ladrillera, desayunándose, muy contento, en compañía de D.^a Pascuala y de D. Espiridión. Acabado el desayuno sacaba de la bolsa un escrito en papel sellado, hacía que lo firmaran marido y mujer, y á las diez estaba de vuelta en la capital.



d F. Parres y C^á - Editores

B. R.

Lit. M. Doyadas Barcelona

"El rancho de la Ladrillera"

© Biblioteca Nacional de España



El lunes, al tiempo de abrir las oficinas, se presentaba al Ministerio de Hacienda, y aunque tuviese que esperar horas enteras, entregaba personalmente su solicitud al mismo ministro, ó cuando menos al oficial mayor. En el curso de la semana daba sus vueltas á saber el resultado, ó escribía tres ó cuatro cartas. Después de meses de este manejo, Lamparilla inspiraba horror y miedo al ministro y á los empleados del Ministerio, era una persecución en regla, se lo encontraban en las escaleras, en los corredores, en la mesa, en todas partes, y con mucha atención y cortesía, les recomendaba su negocio, y les suplicaba que se interesasen para la resolución de las treinta ó cuarenta solicitudes que tenía presentadas. Aburridos, desesperados, no pudiendo matar ni desterrar, ni poner preso á Lamparilla, porque en definitiva no era más que el agente de uno de los muchos parientes de Moctezuma, concluían por interesarse por él, y el ministro, por quitárselo de encima, le mandaba dar ya ciento, ya doscientos y á veces quinientos pesos, que, lleno de satisfacción, ponía en manos de D.^a Pascuala. Ese día, en vez de caballos, alquilaba un coche y almorzaba en el rancho unas *enchiladas* y unos frijoles fritos, que daba gusto.

Los propietarios, por su parte, cumplían religiosamente y agasajaban á su licenciado. Los jueves á las nueve de la mañana, invariablemente también, llegaba á la Estampa de Regina, núm. 4, donde vivía Lamparilla, el peón y el burro, con las consabidas arganas, conteniendo un manojo de gallinas ó un guajolote, una servilleta con dos docenas de gorditas con manteca, lechugas *elotes* (en su tiempo), zanahorias, nabos, tomates y jitomates, y otra limpia servilleta con tamaños cernidos. El

día de su santo, además de todo esto se añadía un plátón de cocada, cubierto con motitas y florecillas de listón verde y encarnado, en cada flor un escudito de á dos pesos, y en el centro una onza de oro. Además de esto, Lamparilla cuando estaba arrancado escribía cartitas á D.^a Pascuala, pidiéndole, ya diez, ya veinte, ya treinta pesos (nunca más) á cuenta de honorarios que D. Espiridión con mil protestas y disculpas le entregaba aprovechando sus escursiones á la ciudad.

CAPÍTULO II

Los Doctores

Así corría, feliz y tranquila la vida de los habitantes del rancho de Santa María de la Ladrillera, hasta el día en que un acontecimiento inesperado vino á interrumpir su monotonía.

D. Espiridión estaba en momentos de montar en el caballo, que, ensillado y amarrado en la reja de la ventana, relinchaba impaciente y rascaba las losas.

—No te vayas, Espiridión,—le dijo D.^a Pascuala,—es temprano y tienes tiempo de llegar, antes de que se haya levantado el licenciado, te voy á preguntar una cosa.

—Van á dar las seis, Pascuala,—respondió el marido, sacando un reloj de plata, que más bien parecía una esfera,—pero dí lo que quieras.

—¿Cuánto tiempo hace que nos casamos?

—El día 12 de Diciembre hará siete años.

—Y no hemos tenido hijos...

—Al menos que yo sepa, y ¿por qué me haces esas preguntas?

—Porque vamos á tener un hijo, yo deseo que sea mujercita, Dios lo haga.

—Pero eso es imposible,—interrumpió D. Espiridión, dejando caer la pesada espuela que en esos momentos se abrochaba en la bota.

—Como lo oyes.

—¿Y no te cabe duda?

—Ninguna.

—Vaya tendremos entonces un heredero, que al fin Pascual gozará de otra herencia más grande, y cabalmente el licenciado me ha citado para hoy, porque dice que ya ha mandado el gobierno que nos pongan en posesión del volcán, y entonces tendremos que mudarnos al pueblo de Ameca y dejaremos el rancho al cuidado de mi compadre Franco.

D. Espiridión se acabó de poner las espuelas y se embrocó su manga de paño café con dragona de terciopelo verde, porque la mañana era nublada y fría, y acercándose á su mujer le dijo:

¿No me engañas?...—y le dió un beso con la misma calma, con que limpiaba con un tetzontle el lomo de sus caballos.

—¡Engañarte! ¿y por qué? pero quita, que me picas con ese bigote que parece de cerdas de cochino,—dijo D.^a Pascuala, limpiándose el carrillo.

—¡Bah! te vas volviendo delicada como todas las que están como tú,—contestó D. Espiridión montando á caballo, y dirigiéndose á la vereda:—espérame á comer, que antes de las doce estaré de vuelta, pero que se te

quite esa aprehensión; tú no tienes nada, nada, y sería raro después de siete años.

—Ya lo verás, y no tardes, que en celebridad de lo que te he dicho, comeremos hoy chalupitas con carne de puerco, y si se enfrían se ponen duras.

D. Espiridión, que había puesto las espuelas á su caballo, no oyó estas últimas palabras, y envuelto en una nube de polvo torció á la izquierda y desapareció entrando en una barranquilla que marcaba los límites entre el rancho y otra propiedad vecina. D.^a Pascuala, comenzó á sacar las jaulas de sus pájaros y á arrancar las yerbitas que habían nacido en sus macetas. De esta manera pastoral se anunciaba la venida al mundo del heredero del rancho de Santa María de la Ladrillera.

Un día, ya habían pasado algunos meses, quién sabe cuántos, el Sr. Lamparilla y D.^a Pascuala, platicaban de asuntos graves, mientras Moctezuma III, montado en uno de los pobres burros quería hacerlo andar para adelante, pegándole con una vara en la cabeza, y D. Espiridión, sin hacer caso, refregaba con una piedra el lomo de su caballo sebruno.

—Habiendo ya hablado de nuestros asuntos, quería preguntar á usted, D.^a Pascuala,—dijo Lamparilla,—¿cuándo nos da usted el buen día... veo que está usted muy adelantada y no debe tardar.

—Quería yo hablar á usted de eso precisamente,—respondió D.^a Pascuala,—y me alegro que haya usted promovido la conversación... pero muy en secreto... ha de saber usted que ya estoy fuera de cuenta.

—No, no es posible.

—Como se lo digo á usted, y esto me tiene con mucho cuidado, y quisiera yo que me trajese usted un buen doc-

tor de México, pues D. Agapito, el de Tlalnepantla, no hace más que reírse de mí, y no me acierta.

—Como usted quiera, D.^a Pascuala, y precisamente por un asunto de una criada que se ha cogido una cuchara de plata, tengo que ver al doctor Codorniu. ¡Oh! ese es un pozo de ciencia y en dos por tres despachará á usted.

—¿Pero querrá venir?

—¡Toma! lo traeré en coche.

—¿Cuándo?

—Mañana, si usted quiere.

—No, el lunes será mejor. Espiridión tiene que ir á Tula, á comprar una burra que nos hace falta, y no volverá hasta el martes, y mejor es que por ahora no sepa nada.

—Convenido. Prepare usted un buen almuerzo, ó comida, ó lo que usted quiera, y el lunes sin falta, antes de las doce, estaré aquí con el doctor.

Lamparilla montó en su tordillo de alquiler, metiéndose en la bolsa del chaleco diez pesos, que para el coche y otros gastos, le puso en la mano D.^a Pascuala, y ésta se retiró triste y temerosa, esperando para el próximo lunes la visita del famoso médico.

Efectivamente, el lunes Lamparilla y el doctor Codorniu bajaban del coche, que con trabajo y por los sembrados había logrado llegar á la puerta de la casa del rancho.

El almuerzo fué como lo había deseado Lamparilla, que se *puso á dos reatas* y bebió más tlachique del necesario. El doctor de dieta, apenas tocó los manjares nacionales, pero un trozo de cabrito asado y una copa de un regular vino *carlon*, le hicieron buen estómago y lo prepararon favorablemente á la consulta.

Después de una taza de yerbabuena , en vez de café, D.^o Pascuala y el doctor, pasaron á la recámara y se encerraron. Lamparilla fué á dar un vistazo á las milpas que estaban ya verdes, y comenzando á dejar ver en las derechas cañas los cabellitos dorados de los elotes.

El doctor hizo á D.^o Pascuala pregunta tras de pregunta , le tomó el pulso, le puso la mano sobre el corazón ; indagó el régimen de su vida , se informó, en fin, de cuanto convenía que supiese un médico sabio y distinguido como él , que estudiaba y que realmente estaba más adelantado que su tiempo. Lo que pasó en esta interesante conferencia que iba á decidir de la vida ó de la muerte de D.^o Pascuala , no es para contado, y los anales de la ciencia lo comunicarán algún día á la Escuela de Medicina ; baste decir que el doctor Codorniu , salió cabizbajo y pensativo, diciendo entre dientes: «no he visto caso igual en mi vida,» sin embargo, alentó á D.^o Pascuala , le dió esperanzas de una próxima curación , le dijo que mientras él enviaba desde México el régimen que debía seguirse, y aún las medicinas ya preparadas, hiciera mucho ejercicio, durmiese de espaldas, y tomase lo que se coge con una peseta de magnesia en ayunas.

Fué Lamparilla en persona el que á los dos días trajo á D.^o Pascuala el régimen del doctor, dos frasquitos y un bote pequeño de una pomada.

La receta decía.

«Ejercicio diario.—Una hora por la mañana temprano, otra á las cinco de la tarde. Evitar el sol y no salir al cerro. Cuatro gotas del frasquito n.^o 1, por la mañana, y cuatro al acostarse del frasquito n.^o 2. La friega en el vientre dos veces al día. No agacharse mucho, no tener

ninguna clase de disgustos y disminuir á la mitad la bebida de tlachique. Que por precaución se quede la comadre en el rancho. Si hay novedad, mandarme llamar con un propio, pero no en la noche, porque las garitas de la ciudad están cerradas y no se puede salir sin permiso del gobernador.

—Dentro de ocho días estará usted buena, D.^a Pascuala,— dijo Lamparilla, cuando acabó de leer la ordenanza;—es decir, que tendremos bautismo y holgorio, porque es necesario echar la casa por la ventana, para celebrar al heredero.

—Espero en Dios que sí,—contestó D.^a Pascuala,—y ya es tiempo, pues siento una fatiga y una incomodidad... no sé ni cómo podré hacer las dos horas de ejercicio. Quisiera dormir todo el día, para distraerme voy á concluir la ropita de la niña, porque ha de ser niña, y el doctor me ha prometido que hará todos los esfuerzos posibles para que sea niña.

—Doña Pascuala, eso no es posible. El doctor Cordoniu no puede haber dicho semejante disparate.

—Es decir, que me prometió que haría que saliese yo de mi cuidado tan breve como fuese posible.

—Eso es otra cosa, D.^a Pascuala, con que al avío. Es hora de que comience usted su ejercicio. Aquí tiene usted sus frasquitos, me marchó, y daré dentro de tres días una vuelta por acá. Fírmeme usted este escrito, pues en la noche esperaré que el ministro de Hacienda salga de la Presidencia y pronto seremos dueños del volcán.

Lamparilla volvió á los tres días, recibiendo otros diez pesos, y encontró á D.^a Pascuala en el mismo estado, á pesar del ejercicio y las gotas.

A los ocho días el doctor Codorniu hizo su segunda visita. D.^a Pascuala, lo mismo. Se le ordenó otro método.

A la segunda semana tercera visita del doctor y de Lamparilla. D.^a Pascuala, lo mismo. Se le ordenó nuevo método. La botica se agotaba. El célebre doctor se volvía loco y promovió una junta. D. Espiridión, afligido. Doña Pascuala, muy mala.

Se celebró la junta, se estableció distinto método, que tampoco surtió. El doctor Codorniu confesaba que en su vida había visto un caso igual. Fué en esa época cuando el periódico publicó el párrafo que íntegro hemos copiado al principio de esta verídica narración.

El doctor estudió día y noche, aplicó los tratamientos propios para tales casos, conferenció con sus compañeros, hizo al rancho frecuentes visitas, y al fin se decidió á consultar á la Universidad. Un día de claustro pleno en el austero General con sus sillones de relieves de fina madera ya renegrida por los años, sus cuadros de obispos, santos y doctores, su magnífico púlpito de cuyo techo parece que se desprendía y volaba la blanca paloma que simboliza al Espíritu Santo, los doctores con sus togas de seda negra, sus capelos en el cuello y sus grandes y vistosas borlas, ya verdes, ya amarillas, ya blancas, según la facultad en que habían sido examinados y recibidos de doctores, hubo una discusión muy grave y seria, y aunque no es del caso, la indicaremos únicamente. Se trataba de encontrar los medios eficaces de combatir la masonería, que estaba de moda en el país, y especialmente las logias yorkinas contrarias á la Universidad, á los canónigos, á los frailes y monjes. Todo lo querían suprimir y destruir, y era necesario defenderse. Cuando terminó la sesión, concilio, ó junta que

se declaró secreta y en la cual no se llegó á ninguna conclusión, el médico refirió el caso á los sabios doctores sus compañeros, y pareció interesarles un poco más que las discusiones relativas á la religión y á la política. Además, algunos ya tenían conocimiento de él, por una comunicación que les pasó el Ministerio de Justicia y negocios eclesiásticos. Después de una hora, más bien de conversación familiar que de discusión, en que se tocaron puntos muy difíciles, y más bien reservados para una cátedra de anatomía topográfica, dieron su opinión.

El doctor en leyes dijo: No creo que este caso haya sido el único en el mundo. En tiempo del Rey D. Alonso el Sabio, deben haber ocurrido algunos semejantes, y en las Siete Partidas que de todo tratan, y son un modelo de legislación, encontraré seguramente algo que nos tranquilice. Consultaré también á Solórzano y á las Leyes de Indias. Por el momento nada puedo decir.

El doctor en medicina, dijo: Yo sí puedo decir que me parece indispensable una operación, pero hay dos inconvenientes: el primero y principal es que la paciente no podrá resistirla y es más que probable que quede en ella, y segundo que no sé si tendremos en buen estado los instrumentos á propósito, pues en verdad hace por lo menos muchos años que no se presenta un caso igual, aunque no son raros por más que diga mi apreciable compañero el señor licenciado.

El doctor en teología, quitándose con mucha paciencia su capelo y su borla blanca para revestir su traje habitual y salir á la calle, dijo simplemente: *Erró la cuenta.*

El doctor Codorniu se retiró sin haber sacado nada

en limpio, arrepintiéndose de la consulta con sus compañeros, y resuelto á no volver al rancho si no lo llamaban y le mandaban un coche, pues él había ya fatigado sus mulas y empolvado el suyo en tantas visitas como había hecho.

Cuando entró á su casa, dijo á su criado:

—Si viene el licenciado Lamparilla le dirán que deje la cuchara de plata si ya la recobró, y que no estoy en casa.

CAPÍTULO III

Las Brujas

DON Espiridión, que no había hecho gran caso de la buena nueva que le comunicó D.^a Pascuala, que toleró las visitas del doctor Codorniu y las juntas de médicos, sólo por darle gusto y que en los primeros meses no había creído en la próxima llegada de un heredero, se alarmó de veras cuando notó evidentes síntomas y observó que su cara mitad estaba muy lejos de guardar el aspecto ordinario.

—Ya esto pasa de castaño oscuro,—le dijo una noche cuando acabaron de cenar y se había marchado á la cama el heredero de Moctezuma.

—Sí que pasa,—respondió D.^a Pascuala,—y no lloro por no afligirte y porque nada se consigue con eso, pero creo que me voy á morir.

—Morirte no, eso no, mujer, pero sí otra cosa... no

sé lo que será, pero es necesario que te pongas en cura formalmente...

—¡Fresco estás! ¿qué más cura quieres? ¿No ha venido el mejor doctor de México, no ha habido junta de médicos, no me he tomado ya cuatro botellitas y he andado no sé cuantas leguas? ¿Qué más quieres?

—A eso no le llamo curarse,—contestó el marido,— y nunca he tenido fe en los médicos. No tenemos más medio sino ocurrir á las brujas. Por más que diga todo el mundo que no hay brujas, yo sí lo creo y los hechos lo dicen. Todos los días las vemos y sobre todo la enfermedad que tú tienes sólo ellas la saben curar.

—Pues yo no creo en las brujas, pero con tal de sanar, sean brujas ó curanderas, estoy resuelta á todo. Enviaremos á llamar al doctor por última vez, si te parece.

—Es inútil, te mandará lo mismo, ya hemos gastado buen dinero, y el maíz está bajando de precio, y la cebada no pinta bien. Las brujas nos costarán poco, pero no es por el dinero, sino porque aunque veas á todo el *proto medicato*, no te han de sanar.

—Pero ¿de quién nos valdremos?

—¡Toma! eso es fácil, buscaré á la herbolaria que ha solido venir por acá y ha rejuntado en el cerro yerbas que dice son remedio eficaz para diversas enfermedades. Quizá tenemos muy cerca la medicina, sin necesidad de ir á la botica.

—¡Ah! la herbolaria, ya me acuerdo, y por cierto que le dí una canasta, porque ya no le cabían las yerbas en su ayate.

—Esa misma, y tiene una tía que es la verdadera bruja, y la que sabe como se hacen las curaciones. El

canónigo Camaño me dirá dónde vive , pues lo sacó de un reumatismo que ya se lo llevaba Dios , y que ningún médico le había podido atinar.

—Entonces, mañana mismo. Estoy decidida.

—Mañana mismo estaré en la villa y veré al canónigo cuando acabe de decir su misa.

D. Espiridión consumió el tlachique que quedaba en el vaso, y se chupó el bigote cerdoso.

D.^a Pascuala, fatigada y costándole ya trabajo moverse, andar y agacharse, levantó con pereza el mantel, y echó en un plato los restos de los frijoles y los pedazos de tortilla y migajones de pan , para el almuerzo de las gallinas, y fué á dar un vistazo á Moctezuma III, el cual sólo había podido quitarse la chaqueta y una pierna del pantalón. Un zapato lleno de estiércol y lodo estaba en la almohada, junto á su boca, el otro en una olla de *nixtamal*.

—Nunca será nada este borrico, por más que yo me afane en enseñarle, y puerco que no hay que decir, y en eso se parece á Espiridión,—dijo D.^a Pascuala, tirando la otra pierna del pantalón y aventando los zapatos en medio de la pieza. El heredero gruñó, se refregó con una mano los ojos y se volteó del otro lado, dormido como un marrano.

D.^a Pascuala se dirigió á su recámara con su vela de sebo en un lustroso candelero de barro. D. Espiridión dormía ya boca arriba, en sus bigotes brillaban todavía las burbujas de tlachique, y su labio inferior tenía una franja encarnada como si adrede la hubiese hecho un pintor, y era seña evidente de que la cena había sido de un mole de pecho ó de cecina.

—Los dos iguales, tan sucio el uno como el otro,—dijo

D.^a Pascuala, desembarazándose de sus vestidos.—Mañana les he de decir que se bañen, y no sé por qué me late,—añadió, apagando la vela y metiéndose en la cama,—que la bruja me va á curar.

Mientras duermen, se levantan, se desayunan, y don Espiridión va á la villa á buscar al canónigo, daremos á conocer al lector á las brujas, con las cuales, antes que D. Espiridión, teníamos las mejores y más cordiales relaciones.

A poca distancia de la garita de Peralvillo, entre la calzada de piedra y la calzada de tierra que conducen al santuario de Guadalupe, se encuentra un terreno más bajo que las dos calzadas. Sea desde la garita, ó sea desde el camino, se nota un aglomeramiento de casas pequeñas, hechas de lodo, que más se diría que eran ó tesmascales ó construcciones de castores ó albergue de animales que no de seres racionales. Una puerta estrecha da á entrada á esas construcciones que contienen un sólo cuarto, y cuando más un espacio que forma ó una cocina de humo, ó un corralito. Los que transitan por las calzadas apenas ven atravesar esta extraña población uno que otro perro flaco, algún burro, que arranca las yerbas que nacen en las paredes de las mismas casuchas, y una ó dos inditas enredadas, sentadas á la puerta ó por el lindero de la calzada de piedra.

El resto parece sólo y abandonado. No es así, y por el contrario no hay casa que no tenga su propietario, ó propietarios, pues las habitan no siempre hombres sólo sino familias.

No deja de ser curioso saber cómo vive en las orillas

de la gran capital esta pobre y degradada población. Ella se compone absolutamente de los que se llamaban *macehuales* desde el tiempo de la conquista, es decir, los que labraban la tierra; no eran precisamente esclavos, pero sí la clase ínfima del pueblo azteca, que, como la más numerosa, ha sobrevivido ya tantos años y conserva su pobreza, su ignorancia, su superstición y su apego á sus costumbres: su proximidad á la capital no le ha servido ni para cambiar sus hábitos y su situación, ni para proporcionarle algunas más comodidades. Los hombres que habitan ese lugar, que unos llaman las Salinas, otros San Miguelito, y la mayor parte lo confunden con Tepito, ejercen diferentes industrias. Unos con su red y otros con otates con puntas de fierro, se salen muy temprano y caminan hasta el lago, ó hasta los lugares propios para pescar ranas. Si logran algunas grandes las van á vender á la plaza del mercado, si sólo son chicas que no hay quien las compre las guardan para comerlas. Otros van á pescar *juiles* y á recoger ahuate, las mujeres por lo común recogen *tesquesquite* y mosquitos de las orillas del lago, y lo cambian en la ciudad en las casas por mendrugos de pan y por venas de chile. Las personas caritativas siempre les dan una taza de caldo y alguna limosna en cobre. Otras indias se van á las milpas de las haciendas y ranchos cercanos, á cortar *quelites* y verdolagas, y recoger semilla de nabo, y suelen robarse, cuando no las ven los guardas milpas, algunos elotes. La población, pues, sale en las mañanas á ejercer sus pequeñas industrias y regresa por la tarde, habilitada de una manera ó de otra, de gordas, de elote, de tortillas, de pedazos de pan, de restos de comida y de algunas monedas. En la ciudad han comido cualquier cosa, y en la tarde, al regre-

so, completan la alimentación con los animalillos sobrantes que no pudieron vender. Increíble parece que puedan vivir con tal sobriedad, pero el hecho es que así viven, ó mejor dicho, así vegetan, pues su aspecto es enfermizo, y seguramente no llegan á larga vida. En la estación de aguas hacen sus pozos y sus atajaderos en el punto que creen más conveniente de las orillas del lago, y recogen su cosecha de sal. Ya esto es una industria que les proporciona comprar algunas varas de manta, cera para la Virgen, y si algo más les sobra lo emplean en cohetes á lo que son muy afectos, y que queman en la primera solemnidad religiosa que se presenta. Años hay que las lluvias son abundantes, y entonces los potreros de Aragón se inundan, las obras hechas para recoger la sal son arrebatadas por las corrientes, y el pueblecito queda formando una isla y si las aguas suben, entran en las casas y los habitantes tienen que abandonarlas, y se van á Zacoalco ó á otros pueblos y haciendas vecinos, á acomodarse de peones. Las mujeres no se sabe á punto fijo lo que hacen, pero es probable que siguen ejerciendo su industria, y encuentran hospitalidad en los pueblos de indios vecinos.

A este pueblo pertenecían, ó al menos lo habitaron mucho tiempo, las dos brujas á quienes trataba de buscar D. Espiridión.

¿Cómo y cuándo las dos mujeres fueron á ese pueblecillo que nombraremos de la Sal, no es fácil averiguarlo. Ese terreno, inservible, salitroso, pequeño é incapaz de cultura probablemente, formaba parte de las parcialidades de San Juan y de Santiago, es decir, de los terrenos que antes de la conquista pertenecían á la isla de Taltelolco (isla arenisca) terreno más elevado sobre el nivel or-

dinario del lago, y donde vivía la gente de comercio y de trabajo. Con raras excepciones, ni Hernán Cortés ni sus sucesores dispusieron de esa parte de la ciudad, y dejaron á los indios que lo habitaban en sus respectivas propiedades. En el curso del tiempo, no sabiéndose ni pudiéndose distinguir ni hacer una división por familias, se declaró que esos terrenos pertenecían en lo general á los indígenas que de hecho vivían en ellos ó los explotaban, y se formaron á las dos parcialidades de San Juan y Santiago, bajo el patrocinio del gobierno ó del Ayuntamiento de México. Con estos títulos sin duda fueron acudiendo á esa eriaza cuchilla (así es su forma) de tierra uno tras otro, los más pobres, los más humildes indígenas, realmente sin patria ni hogar, construyendo con barro una serie más bien de madrigueras que no de casas, hasta formar el más desamparado, el más triste, el más miserable de cuantos pueblos se pueda figurar la más melancólica fantasía. Allí nació tal vez una de las brujas, y vivió quién sabe cuántos años manteniéndose de la venta de mosquitos para los pájaros, sea que ella los cogiera directamente del lago, sea que otros indios pescadores se los diesen para venderlos en las casas de la villa y de la ciudad, ó cambiarlos por mendrugos de pan y sobras de comida. Un indio viejo, que era como el jefe ó rey de esa miserable colonia, le enseñó á recoger en los potreros y en los sembrados yerbas ya verdes ó secas, hacer con ellas cocimientos medicinales que tomaban en sus enfermedades los habitantes, porque jamás médico alguno educado en los colegios ó en la Universidad, había pisado los linderos de esa tierra. Vivían, se enfermaban, sanaban, se morían como perros sin apelar á nada ni á nadie más que á ellos mismos. Probablemente los cadáveres se enterra-

ban de noche en los bajos fangosos de los potreros cercanos, porque no tenían con qué pagar los derechos á la parroquia de Santa Ana á donde tal vez pertenecía el pueblecillo. Ni el cura de esa parroquia ni de ninguna otra, les había instruído en la religión católica, ni sabían lo que era rezar ni leer, y hablaban su idioma azteca y poco y mal el español, y conservaban también poco las tradiciones de sus usos antiguos y de su religión, y de lo moderno no conocían ni adoraban más que á la Virgen de Guadalupe.

En el estrecho cuartito de la bruja, vivía otra de mucho menos edad que ella. Todos los varones del pueblecillo, como la mayor parte de los indios, tenían el nombre de José, y las mujeres el de María, con alguna añadidura. Apellido ninguno, probablemente muchos ni bautizados estaban. A las dos mujeres les llamaban las dos Marías, pero para distinguirlas á la mayor le decían Maria Matiana, á la menor María Jipila, sin saberse por qué aplicaban á la otra este segundo dictado. Sea que el indio viejo que se conocía por José Sebastián fuese uno de esos *naturales naturalistas y hechiceros de raza*, ó sea porque las dos Marías, que eran parientas, tuviesen una vocación para la botánica, el caso es que se dedicaron á recoger plantas y á estudiar sus virtudes terapéuticas haciendo experiencias entre los perros y las gentes del pueblo primero, y más adelante entre los vecinos del barrio de Santa Ana, y los muchos arrieros de que los mesones estaban llenos siempre. Mientras una continuaba el comercio de los mosquitos, la otra extendía sus excursiones á lejanas tierras, como quien dice, pues los potreros inundados de Aragón, las llanuras salitrosas de Guadalupe, no le suministraban suficientes elementos. Se les veía, ya

á la una, ya á la otra por las lomas de los Remedios, por la hacienda de los Morales, por el cabrío de San Angel y por las huertas de Coyoacan. Matiana hizo una vez una excursión á Cuernavaca, vivió como una semana en los bosques cercanos, y volvió con verdaderas maravillas. María Jipila á su vez se aventuró por el rumbo de Ameca, de Tenango, hasta Cuautla, y regresó al cabo de un mes con preciosidades, dejando además corresponsales en la montaña y en el bosque de la Tierra Caliente, para recibir periódicamente culebras, tarántulas, alacranes, gomas, resinas, cortezas de árboles y plantas rarísimas, cuyas virtudes le enseñaron á conocer los indígenas de esas tierras, como secretos nunca revelados á los de raza blanca ó á la gente de razón.

Cuando las dos Marías establecieron con cierto crédito su nuevo comercio, mucho más lucrativo y noble que el de los mosquitos y acociles, abandonaron el pueblecillo de las salinas y vinieron á residir á Zacoalco. Situado en la falda de una serranía árida, cubierta de abrojos, y en las márgenes áridas y color de ceniza del lago, nada tiene de agradable, pero para ellas era una gran capital y estaban como quien dice en su centro, cerca del lago, que constituía su despensa. Con el mosquito, y en caso apurado ranas, mesclapigues y acociles, tenían para comer, y si caía algo en dinero lo dedicaban á maíz, leña y manta. Cerca de la villa de Guadalupe, y cerca también de la capital, tenían su clientela, de marchantes y de enfermos, y la divinidad á quien obedecían y adoraban. Por sí, y ante sí, se apoderaron de un paredón, es decir, de una casa ó choza ruinosa, sin que nadie se opusiera, poco á poco le fueron poniendo su techo con pencas de maguey, después una puerta de varejones se-

cos, después arreglaron la cocina, finalmente lograron una habitación cómoda, abrigada del aire y del frío, y amueblada con cuatro ó cinco buenos petates, un tinajero, varios tomatillos y guajes, dos metates, cántaros, cazuelas y ollas de barro, ayates, y chiquihuites, vasos del vidrio verde de Puebla, y frazadas del Portal de las Flores, y sábanas de manta. Era un lujo asiático ó más bien dicho azteca. Las familias de la clase media antes de la conquista no vivían mejor.

Las dos Marias, cuando vivían en el Pueblito de la Sal, eran *enredadas*, es decir ceñían su cuerpo sin más enaguas ni camisa, con una tela de lana azul, con rayas rojas que tejen los mismos indios sujeta á la cintura por una faja de algodón blanca y azul. El cuello hasta la cintura quedaba abrigado con un *huepile* de manta ó de lana azul, y en las espaldas un chiquihuite sostenido por un ayate que les servía para cargar los mosquitos, las ranas ó las yerbas; piés y piernas desnudas y llenas de grietas por el frío, el agua y el lodo. Así viste todavía una gran parte de la raza azteca que viene á la capital á vender los escasos productos de su trabajo. El progreso y los adelantos del siglo no han modificado en nada su condición, no obstante haber ocupado altos puestos en la República y de haber tenido grande influencia personas de la raza indígena.

Cuando el comercio de nuestras industriosas mujeres prosperó, modificaron, no sólo su habitación, como se ha dicho, sino también su traje. Vestían ya camisa y enaguas interiores de manta; enaguas exteriores de jergueta azul, su *huepile* blanco ó de indiana, sus piés y piernas muy lavados y un sombrero de palma para garantizarse del sol, sus trenzas entrelazadas con chomite

encarnado, y en su cuello unas gargantillas de perlas falsas con sus medallas de plata de la Virgen de Guadalupe.

El que conozca la clase indígena de los alrededores de México, no necesita que describamos á nuestras dos mujeres, pero á los que sean extranjeros á la capital les daremos algunas señas. En cuanto á edad, imposible de saberlo, ellas mismas no la sabían. Los indígenas y la clase pobre de México, cuenta su edad por sucesos notables y dicen por ejemplo: el día del temblor de San Juan de Dios cumplí diez años. El día que el Sr. Arzobispo salió con el Corpus, tenía quince años, y así los demás datos.

Por el aspecto Matiana parecía de más de cincuenta años, el pelo ya cano, el cutis comenzando á tener arrugas, los ojos encarnados por dentro y por fuera, y por sólo eso le llamaban bruja, gorda algo encorbada, su dentadura completa y blanca.

Jipila, como de treinta años, pelo negro grueso y lacio, algo despercudida, porque era aseada y se lavaba la cara en las fuentes y arroyos de los caminos, lisa, blanda de cutis, pierna bien hecha y con lustre, pié chico y dedos desparpajados por andar descalza, sin ningún mal olor en su cuerpo, limpia, con pequeñas manos, y como la que llamaba tía, con sus dientes blancos y parejos. Era una bonita india. Muchísimas y mejores aun de su raza hay así, y tal vez hablaremos en otra ocasión de las de Jaltipan, Tehuantepec y Yucatan.

Matiana y Jipila se levantaban con la luz, y como ya tenían preparado su maíz, molían sus gordas, y se desayunaban con un jarro de alote con piloncillo, dejando preparada una ollita con fríjoles ó carnitas de puerco, á

fuego lento, para encontrarlas en sazón en la tarde á la hora de su regreso. Barrían y regaban su cuarto, cuyo pavimento era de tierra, sacudían sus petates, colgaban sus frazadas en un mecate tendido de uno á otro lado, encerraban en la cocina con su poco de maíz y un cajete de agua á unos pollos y gallinas, le daban dos gordas á un perro ó más bien á un coyote que habían traído desde el pueblo de la Sal, y dejando cerrada su casa, que ya tenía una puerta de madera, salían en compañía y se separaban en la garita de Peralvillo. Matiana, tomaba el rumbo de Santa Ana y Tezontlale y despacio, poco cargada con un chiquihuite en las espaldas lleno de raíces y yerbas entraba en un mesón y en otro. Como ya la conocían los huéspedes, si había algún arriero enfermo procedía á la curación, que no dejaba de ser precedida á veces de ciertas ceremonias. Si la luna estaba en el cuarto creciente ó llena, casi aseguraba la curación, pero si estaba en menguante, ó no curaba, ó por lo menos no respondía de la curación. Cuando eran heridas casuales, leves ó raspones contra los árboles ó peñascos, ó rozaduras con las reatas, la cosa era sencilla. Encendía un cabo de cera bendita que siempre cargaba en su chiquihuite, decía al paciente que rezara un padre nuestro y una ave María, y que se encomendase á la Virgen de Guadalupe, mientras ella se echaba boca abajo y decía muy aprisa palabras en idioma azteca, después se ponía en pié y persignaba los rincones del cuarto, hacía que el huésped le diese un coscorrón medianamente fuerte en la cabeza á ella y al paciente, y en seguida iba á la cocina, y sola, sin permitir que nadie la viese, hacía una cataplasma, ya fria, ya caliente, según la enfermedad, y la aplicaba sobre la llaga, raspón ó herida. Recibía en

compensación de su asistencia, ya un real, ya una peseta, ó á veces fruta, ó panochas, ó maíz, ó chile, ó algodón, según la carga que conducía el arriero. Cuando no había enfermos nunca dejaba de vender epasote, tequesquite ó culantro verde, el caso es que volvía á la casa, con algo en dinero ó en efectos. Si la clientela era generosa y abundante compraba velas de sebo para alumbrarse una ó dos horas en la noche, velas de cera para la Virgen de Guadalupe, hilaza y lana para tejer sus ceñidores, enaguas, algunas varas de manta ó de indiana y flores de papel para las estampas de santos de que iba cubriendo las paredes de su magnífica casa de Zacoalco.

El negocio de Jipila era más sencillo y más fácil. A las nueve de la mañana todo el mundo podía verla dos ó tres días por semana, y muchos de los que lean este libro la recordarían sentada junto al poste en la esquina de Santa Clara y Tacuba, extendía su ayate muy limpio é iba colocando con mucho método y simetría sus diversas mercancías. Rondinelas para limpiar los ojos, cuernos de ciervo, piedrecitas de hormiguero, matatenas, ojos de venado, hojas de naranjo muy frescas, té, limón, manzanilla, mastuerzo, cedrón, adormideras, á veces alegraba su puesto con manojos de chícharos y azucenas que llenaban de olor la calle.

No pasaba media hora, sin que estuviese rodeada de las criadas de la vecindad y aun á veces de muy lejos, pues sabían que esta herbolaria, como ninguna otra, tenía un surtido de cuanto podía imaginarse.

—Jipila, buenos días, ¿por qué no veniste ayer?

—Marchantita, me fuí á San Angel á traer hojas de naranjo y limones frescos...

En efecto, los días que Jipila no estaba en la esquina

de Santa Clara, los destinaba á sus excursiones en los pueblos del lado del Oriente de la ciudad donde encontraba multitud de yerbas frescas, de flores aromáticas y de las demás plantas que acostumbraban comprarle sus parroquianos.

—Jipila, tienes alguna yerba para quitar el dolor de muelas, que la niña Susanita rabia desde ayer y el barbero, en vez de sacarle la muela, le ha dejado un pedazo dentro.

—Sí, marchantita, — respondía Jipila, — dando á la criada un atadito de yerbas de hoja menuda y color oscuro,—con esta yerba no más la mascas, y así que la remuelas bien con los dientes te la pones en la mano, le echas un chorrillo de refino y después haces una bolita y le tapas la muela á la niña y encima una capa de chitle que mascarará también. Si queda pico, que se lo asierre el barbero, pues para eso no sirven las yerbas.

Jipila con la medicina daba la receta, era un formulario magistral viviente.

No sólo en el barrio sino más allá, por un lado hasta San Cosme, y por el otro hasta las calles del Relox y rumbo de Santa Catarina mártir, Jipila competía con los médicos y les quitaba las visitas. En cualquier casa amanecía un chiquillo enfermo, inmediatamente la señora llamaba á la criada. Corre y ve á la herbolaria que le mande una raíz para darle á Emilito que está empachado. En otra parte alguien se rodaba la escalera, y se lastimaba más ó menos gravemente, en el acto se le rogaba á la casera que fuese á decir á la herbolaria que D. Pepe se había rodado la escalera y que tenía cuatro chinches en la cabeza, un raspón en el codo y la muñeca derecha descompuesta é hinchada.

Jípila daba en el acto una raíz para las abolladuras de la cabeza, unas yerbas para bebida, y unas hojas finas y sedosas para aplicarlas en las partes desolladas; en cuanto al hueso safado, decía, es cosa del *cerujano* ó del banco del herrador.

Los viernes era cuando el surtido medicinal de la herbolaria estaba más variado, pues los jueves recibía por las canoas de Chalco muchas maravillas de la Tierra Caliente. La concurrencia, no sólo de criadas, sino de señores de capa con cuello de nutria y de señoras de saya y mantilla, era tanta, que á veces era imposible en una hora obtener ni una yerbita, y á fe que había razón, porque tenía remedios para todas las enfermedades conocidas.

Cuando acababa de despachar á sus marchantes y tenía ya el ceñidor repleto de cuartillas, de pesetas y reales lisos, descansaba un momento y sacaba una gorda de elote y un tamalito de mesclapiques, unos chiles verdes, picantes como la lumbre, y un poco de sal, y comía que daba gusto, y en estas llegaban otra clase de personas. Daba como los famosos médicos su consulta al menos un día en la semana. Eran enfermas ó criadas de las enfermas y ya veremos que tenía específicos para todas las dolencias habidas y por haber.

—Jípila,—decía una robusta chichihua sentándose en la orilla de la banqueta junto á la herbolaria,—¿qué haremos con este niño que apenas mama cuando *gomita* la leche? Me dijo mi ama que te diera estos dos riales y que le mandarás una melecina.

—Te daré unas hojas de *tlapatli*. Las majas con la mano y calentitas se las pones en la barriguita.

—María—decía otra, apenas la primera criada se acababa de ir con su manojito de *tlapatli* (*sanguillo, medicina*

caliente)—¿qué me haré yo para los riñones que no aguantan, ayer ni la ropa de la señora mariscala pude planchar.

—Te daré la raíz del *cocoxtomatl*, la pones á secar, la mueles bien en el metate, la revuelves con una clara de huevo y te la tomas todos los días antes de comer.

—Jípila, mi marido se está volviendo hidrópico y tiñoso, ¿qué le haré? busca entre tus yerbas...

—Aquí tienes, marchantita, el *tlapahuitle*, lo machacas en el molcagete, lo revuelves con un poquito de vinagre y se lo untas en la cabeza, encomendando al marido á la Virgen de Guadalupe.

—Jípila, que me das para mi sobrina, que tiene sarna, que le pegó de un perro, malísima la probe criatura y el doctor nada, y ya van cuatro riales que le doy.

—Ven el viernes, marchantita, por el *tochuacactli* (oreja de liebre). Pones las hojas en un jarrito y bien jervidas, le das á beber la agua y las hojas calentitas se las pones en la sarna.

Alguna otra le decía en la oreja algo que no se puede escribir, y la herbolaria le respondía:

—El domingo estarás ya buena, marchantita. Toma las flores de *blancharne* y verás como ya no te golpeará tu marido, pero vale real y medio y cuartilla, porque esta yerba viene de muy lejos.

La enferma entregaba en cobre el precio de las maravillosas flores y se iba contentísima.

Cuando ya no había nadie en el puesto y el sol picaba, la herbolaria recogía sus raíces, yerbas y piedrecitas, contaba su dinero, y se dirigía á la plaza del Volador, donde pagaba su piso y seguía vendiendo hasta la hora conveniente, para ponerse en camino y al trotecito llegar á Zacoalco al anochecer. Regularmente, encontraba ya á

Matiana, calentando los frijoles, quitando los mosquitos al cubo de tlachique y preparando un poco de chile colorado. Cenaban tan espléndidamente como Baltasar, sin que se les aparecieran ningunos letreros en la pared de adove, y dormían el sueño del justo, no obstante de tener en el pueblecillo de la Sal y quizá también en Za-coalco la fama de brujas.

CAPÍTULO IV

La diosa azteca y la Virgen de Guadalupe

Hestas mujeres acudió D. Espiridión para lograr la curación de su esposa, y á fe que no le costó poco trabajo el dar con ellas. Fué en la villa de Guadalupe, donde adquirió noticias que lo llenaron de esperanzas, y le confirmaron en la idea de que nadie más que ellas podían hacer el milagro.

Matiana y Jipila eran muy conocidas en la villa, y especialmente de los canónigos, que, lejos de tenerlas por brujas, las consideraban como unas indias buenas y cristianas, que no dejaban el día 12 de cada mes de llevar sus velas de cera á la Virgen, y de comprar medidas y medallas.

Un día que el abad de la Colegiata, el doctor Conejares, persona de grandes relaciones entre la aristocracia, fué acometido de un cólico, el sacristán que casualmente vió salir á Matiana de la catedral la llamó, y llevándola á

su casa entre los dos hicieron un cocimiento de yerbas que bebió el abad, sin saber ni lo que era, pero una hora después, como estaba completamente restablecido y se enteró de lo que había pasado, llamó á Matiana y le dió su bendición y un par de pesos nuevos. Ya puede figurarse el lector cuanta fué la fama que adquirieron las herbolarias.

Desde que salieron del pueblecillo de las Salinas y mejoraron de condición, por el estudio de las plantas y por las observaciones que nunca dejaban de hacer de los resultados que obtenían, se puede decir que subieron un escalón social y que se civilizaron. Hablaban el español bastante bien, aunque con el acento y palabras anticuadas del pueblo; se vestían con más propiedad y aseo, y mejoraban cada día las comodidades de su casa. El carácter de Matiana era concentrado, hablaba poco, y conservaba vivas las tradiciones de su raza. Jipila, por el contrario, era alegre y comunicativa, sabía ya algo de la doctrina, pues concurría á los sermones, conocía el alfabeto y estaba á punto de saber leer, pues una maestra de amiga municipal le daba lección en el silabario, en la misma esquina de Tacuba, en cambio de raíces y yerbas con que se curaba ella y las discípulas.

D. Espiridión, perdiendo la esperanza de encontrarlas de día en su casa de Zacoalco, tuvo que emprenderla de noche, y les cayó cuando justamente acababan de cenar. Pronto logró que se resolviesen á pasar un día entero en Santa María de la Ladrillera, para que su esposa les explicase con todos sus pormenores la naturaleza de su enfermedad. El día convenido Matiana y Jipila se presentaron muy temprano en el rancho. D.^a Pascuala no había dormido de miedo la noche anterior, pero apenas las vió

y les habló, cuando todos sus temores se disiparon y fué de la misma opinión que los canónigos, es decir, le parecieron en vez de brujas, excelentes mujeres, y con buena voluntad, les invitó á que se quedasen por la noche en el rancho, mandándoles poner una cama de paja y hojas de maíz en el rayador.

A la mañana siguiente Matiana y Jipila se encerraron con D.^a Pascuala en su recámara y le hicieron (al menos Matiana) todo género de preguntas, á cual más extrañas y difíciles de responder. Después reconocieron todas las partes del cuerpo de la paciente, aún las más lejanas del lugar donde debía hallarse el mal. Hecho esto se retiraron á su pueblo y quedaron de volver á los tres días.

Emplearon este tiempo en hacer una excursión al Pedregal para coger tres ó cuatro culebras de cascabel, media docena de camaleones, dos ó tres docenas de lagartijas grandes y diversas plantas que sólo se encontraban entre aquellas escabrosas breñas, donde difícilmente penetran los más intrépidos cazadores. Aprovecharon también la oportunidad para surtir de tarántulas, para confeccionar el jarabe para los lazarinos, de lombrices para el *oleum supertorum*, y de otras mil alimañas con que surtían el tenebroso laboratorio de la botica de Crespo de la esquina del Portal y Cerca de Santo Domingo.

Espirado el plazo se presentaron en el rancho cargadas de medicinas y con sus avíos de cama para instalarse hasta que sanase ó muriese la enferma.

Las ceremonias que precedieron á la primera medicina fueron si se quiere sencillas. Se mató un gallo después de las doce de la noche, y con su sangre se untaron dos cazuelas pequeñas que deberían servir para confec-

cionar cataplasmas para el vientre. A las cinco de la mañana, la enferma y las dos curanderas, se postraron y besaron siete veces el suelo, á las ocho se encendieron á la Virgen de Guadalupe siete velas de cera de á libra cada una, y á las nueve en punto la enferma bebió un vaso con un cocimiento preparado por Matiana, y se le aplicó al vientre una cataplasma regada con la sangre de lagartijas. Las ventanas se cerraron, y el rancho quedó en silencio y en expectativa esperando el resultado.

Dos semanas transcurrieron. La enferma lo mismo. El vientre naturalmente más crecido. Las brujas se volvían locas, no sabían ya qué hacerse; habían aplicado á la enferma el *izcapatli* en un buen vaso de Jerez, la *maxtla* de los frailes con cañafistola; le habían hecho comer, sin que ella se apercibiese, carne de víbora; le habían aplicado en fin, cuantos remedios creían á propósito, y ninguno había surtido.

Un día Matiana con los ojos más colorados que de costumbre, pues sin duda había llorado la noche anterior, entró en la recámara de D.^a Pascuala, y le dijo:

—Madrecita, sin duda la Santísima Virgen quiere llevarte á la gloria y que no sanes de tu enfermedad, y que el *piltoñele* (muchachito) se tē haya muerto dentro.

—No, eso no, Matiana, no es posible ni lo quiera Dios, —respondió D.^a Pascuala, alarmada por la sentencia de muerte que tan sencillamente había pronunciado la herbolaria.—Creo que no ha muerto, y antes bien quiere salir de su prisión. ¿No tienes ya ninguna medicina que hacerme?

—Madrecita, Jipila ha ido á buscar el *tlixochitl* (flor

negra) y el *caxuchitl* (1), y vendrá mañanita. Beberás en ayunas un cocimiento de esta yerba revuelta con el *tlilxochitl*, y espero en Dios y en la Santísima Virgen que quedarás buena, pero madrecita, si no sanas, es preciso que vaya yo al cerro y platique con la Virgen.

—Bueno, Matiana, beberé lo que quieras; ¿cuándo volverá Jipila?

—En pasando mañana á la madrugada estará aquí.

En efecto, Jipila volvió antes de amanecer, y D.^a Pascuala tomó en ayunas el brebaje, compuesto con las misteriosas yerbas, que eran las más enérgicas que conocían los médicos indios para librar del mal que padecía la dueña del rancho de Santa María, pero nada. Esa naturaleza rebelde y fuerte de ranchera, resistía á cuanto el Dr. Codorniu y las brujas conocían como más eficaz. Sin embargo, su estado no era bueno, comenzaba á creer que su mal no tendría remedio, y que se acercaba una muerte próxima precedida de insufribles padecimientos. D.^a Pascuala no era tierna ni llorona, pero ya era demasiado y las lágrimas se le veían á los ojos, ocultándolas de su marido, que, confiando enteramente en la habilidad de las dos mujeres, seguía sin variación su método habitual de vida. El licenciado Lamparilla había dado sus vueltas por el rancho, y no había dejado de alarmarse pensando que si en pocos días, no se resolvía el caso, D.^a Pascuala tenía que morir infaliblemente. Por lo que pudiera suceder hizo que le firmase dos escritos, reclamando el patrimonio de Moctezuma III, y que le diese algún dinero á cuenta de honorarios. D.^a Pascuala ni de

(1) Véase la curiosa traducción en romance de la obra del Dr. Hernández, hecha por el padre dominico, Fr. Francisco Ximénez, impresa en México en 1615.

lejos creía que Matiana pudiese conversar con la Virgen, pero su enfermedad y el miedo debilitaron su cerebro y se persuadió que su vida dependía de esta interesante conferencia.

—No pierdas tiempo, Matiana,—le dijo á la herbolaria después que observó que nada le aprovechaba la última infusión,—ve tú y Jipila, platiquen con la Virgen y vienen luego para ver si Dios hace por su intercesión que salga yo de este estado. No aguanto ya, Matiana, me voy á morir;—y D.^a Pascuala llevó su rebozo á sus ojos.

Las dos herbolarias se enternecieron también y pidieron tres días para la milagrosa conferencia.

D. Espiridión nada supo de esto. Su mujer se lo ocultó temiendo que contara el caso á las gentes de Tlalnepantla y se burlaran, pues entre los funcionarios había ya masones que no creían más que en el Gran Arquitecto de la Naturaleza, y se avanzaban á negar la Aparición de la Virgen.

Las herbolarias abandonaron momentáneamente su buena casa de Zacoalco, y se trasladaron á la villa, alojándose con una conocida que tenía su casa detrás de la capilla del Pozito, y ganaba muy bien su vida en vender las tan celebradas y sabrosas tortillitas, que no se encuentran en ninguna otra parte del mundo más que en la Plaza del Santuario.

Cerrando la noche, Jipila y Matiana se dirigieron al cerro subiendo por la rampa, y dando vuelta á la capilla y colocándose en un ángulo saliente sobre una roca casi tajada á pico, á una profundidad de más de cuarenta varas. Es el sitio sagrado é importante para los indígenas que conservan en su memoria las antiguas tradiciones. Hoy dirán lo que quieran los anticuarios mexicanos y los

charlatanes extranjeros que diz que han descubierto ya el origen de los indios, nosotros no hacemos más que referir lo que se decía en la época en que pasan estos acontecimientos, y lo que confirmaba el erudito anticuario D. Ignacio Cubas, jefe del Archivo General, que descubrió muchos é interesantes manuscritos.

Tepeyacac se llamó en tiempos de la conquista ese cerro y el lugar todo. *Cerro de la Nariz*, porque no se sabe por qué los españoles mismos, dieron y tomaron en que el cerro figuraba una gran nariz. Sin duda el peñasco que habían escogido las herbolarias, era el remate ó pico de esa colosal nariz, y ya de allí al abismo no había ni un paso. La capilla está construída en la parte más plana del cerro.

En esa roca había una divinidad azteca la Diosa *Tonantzín*, una especie de Virgen gentilica, la cual venían á adorar en romería desde lejanas tierras multitud de indios. Hacían delante de la diosa labrada de un gran trozo de granito, muchas ceremonias y bailes, y llegado cierto día del año, terminaban las fiestas religiosas con el sacrificio de cien niños, desde un mes hasta dos años, que eran degollados en una piedra de sacrificios, con navajas de pedernal y de obsidiana. La diosa no estaba contenta si no se le hacía el tributo de esta sangre inocente, y amenazaba con lluvias, con granizos, con truenos y con mil otras calamidades á los que se resistían á llevar á sus hijos. Las madres, no obstante sus lastimeros sollozos, que algunos historiadores dicen que se oían hasta Texcoco, se apresuraban á llevar á sus hijos y los entregaban á los feroces sacerdotes de la diosa.

Un día menos pensado, después de algunos años de la conquista, la diosa Tonatzín desapareció del cerro de la

nariz, y los sacerdotes espantados aullaron y dieron saltos feroces, y llamaron en su auxilio á *Tlaloc* y á *Huitzilopocli*, pero todo fué en vano. El poder de los españoles los contuvo y tuvieron que resignarse.

A pocos meses, en vez de la diosa *Tonatzin* que exigía la sangre de los niños, apareció en el cerro una hermosa y modesta doncella vestida con el traje de las nobles indias, que prometió á los naturales su protección y exigía en vez de la sangre, las rosas y las flores silvestres de los campos. Finalmente la Virgen de Guadalupe quedó como Patrona de los indios, en vez de la diosa *Tonantzin*, pero una vez que otra, las autoridades españolas, tuvieron que cerrar los ojos y los oídos y tolerar el sacrificio de algunas criaturas.

Esta tradición había llegado viva y palpable á Matiana, y en su ignorancia confundía á la Virgen de Guadalupe con la diosa *Tonantzin*, ó mejor dicho, creía que eran una misma cosa, y dividida en dos protectoras distintas. Si contentaba á una, desagradaba á otra, y así quería adorarlas y contentarlas á las dos. Es necesario decir que Jipila no participaba de estas convicciones. Con el trato de tanta gente como concurría á la esquina de Tacuba y la Plaza del Volador, había olvidado sus tradiciones, no tenía ya ninguna manía antigua, pero se dejaba guiar en muchas cosas por Matiana y profesaba una profunda devoción á la Virgen de Guadalupe. Afligidas de que sus mejores medicinas no surtieran efecto, ni pudiesen curar á D.^a Pascuala, resolvieron consultar á la diosa *Tonantzin*, ó mejor dicho, á la Virgen de Guadalupe. Toda la noche permanecieron al borde del precipicio, invocando á la diosa pidiéndole consejo, llorando y sollozando á fuerza, y por último se quedaron dormidas, siendo un

verdadero milagro que no rodaran y se hiciesen pedazos.

En cuanto amaneció se fueron á bañar con los derrames del Pocito, bebieron la agua sulfurosa y entraron con sus velas á la colegiata tan luego como el sacristán abrió la grande puerta principal.

Siguió allí la meditación y los llantos, aunque en cierta manera silenciosos.

—Madre mía, Santa María de Guadalupe Tonantzin, ¿qué hacemos con el cuidado de la madrecita Pascuala? —decía Matiana.

—Mi señora Guadalupe Tonantzín,—continuaba Jipila,—te pedimos la salud para el rancho de Santa María.

—Padre nuestro que estás en los cielos, Santa María Tonantzin de Guadalupe,—continuaba Matiana.

—¡Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, Santa María que estás en los cielos Tonantzin, y sana por tu misericordia á D.^a Pascuala!

Ni una ni otra sabían más oraciones que éstas y las repitieron más de dos horas sin dejar de suspirar, de sollozar y de gemir. Matiana se mostraba ferviente, la otra casi por imitación seguía á su tía.

Por la tarde, después que acabaron los canónigos su coro, las mismas oraciones repetidas y las mismas lágrimas forzadas de las dos herbolarias. En la noche volvieron á la misma y peligrosa orilla de la roca, á consultar y á inspirarse en la diosa azteca, como en la mañana se habían inspirado y rogado á la Virgen cristiana.

A los tres días estaban en el rancho. D.^a Pascuala, que ya de veras se iba poniendo mala, las esperaba con impaciencia.

—Madrecita D.^a Pascuala,—le dijo Matiana,—ya hemos platicado con María Santísima de Guadalupe, y nos

ha dicho que no sanará la madrecita del rancho, sino se mata un niño.

—¡Pero eso es imposible, Matiana! ¿Cómo vamos á matar á un niño, ni de dónde lo cogemos, y eso además no puede ser un remedio?

—Nuestra Señora de Guadalupe Tonantzin lo ha dicho, y madrecita se morirá. Nosotras ya no tenemos yerbas, ni víboras, ni lagartijas que puedan sanar á mi ama.

—¡Calla, Matiana, ni Dios que lo permita! ¿Cómo había de consentir en que se matara un niño?

—El día 12 de Diciembre me dijo la Virgen que viniera á la fiesta,—contestó Matiana.—Si encontraba un niño sin su chichihua, que lo cogiera y podría matarlo para que sanaras.

—¡No, no, jamás consentiré en eso, primero moriré, y la Virgen no era capaz de haberte dicho tal cosa.

—Mira, madrecita,—le dijo la india,—si encuentro al niño el día 12, es porque la Virgen lo permite, si no lo encuentro, es que su majestad no quiere ya favorecerte, ó no te conviene.

D.^a Pascuala no dejó de considerar mucho ese razonamiento, porque en efecto, entre millares de gentes que concurren á esa festividad, era fácil que una nodriza descuidase á un niño, pero no era verosímil que la bruja estuviese precisamente en el mismo lugar para apoderarse de él, y en ese caso la voluntad de Dios era manifiesta, y ni ella, ni la india, eran culpables. La una curaba con esa medicina, y la otra se dejaba sanar con ella. Sin embargo, rechazó decididamente los ofrecimientos de Matiana y la despidió, quedando resignada á la voluntad de Dios, sin tomar ya ni las gotas del Dr. Codorniu, ni los brebajes de las brujas.

Así pasaron días. La enfermedad no cedía. Una noche despertó D.^a Pascuala á su marido.

—Espiridión,—le dijo.—Haz que pongan el carretón que acaba de componer el carpintero, monta á caballo, vé á Zacoalco y me traes á Matiana y á Jipila.

—¿A estas horas?—contestó el marido esperezándose.

—En el momento. Me sube una cosa del estómago que me quiere ahogar.

El marido resignado, sin decir palabra se levantó, y antes de una hora, no obstante ser la noche oscura y tempestuosa, precedido del carretón que conducía el peón, caminaba rumbo á Zacoalco. En la madrugada, las dos brujas estaban en la recámara de D.^a Pascuala.

—A todo estoy resuelta, Matiana. Dame de pronto una bebida que me calme esta ansia que tengo, y después haz lo que quieras, pero no me lo digas, yo cierro los ojos. ¿Quieres dinero?

Era el día 11 de Diciembre.

—Es la voluntad de la Virgen, la que nos dirá,—respondió Matiana.—De dinero no necesito que me des, sino lo ajustado por la curación.

Lo ajustado por la curación eran diez pesos para Jipila por las drogas, lagartijas y serpientes, y diez pesos para Matiana, por los viajes, la confección de los brebajes y el robo y sacrificio del niño. No era la ambición; obraban sencilla, buena y humildemente. Sus creencias mezcladas, la ignorancia y la fe al mismo tiempo las guiaban. El dinero era nada, la vida de un niño para salvar á una mujer, tampoco. Ellas no ponían gran cosa de su parte, la Virgen de Guadalupe era la encargada de decidirlo.

CAPITULO V

El milagro

EL día 12 de Diciembre es el más solemne en México de todos los días del año. Es el día de la Virgen de Guadalupe, Patrona de Anáhuac.

El gobierno entero asistió á la función religiosa. El Presidente de la República, precedido de los maceros, abría la marcha vestido con su uniforme encarnado bordado de oro, su pantalón de casimir blanco con una franja de oro, su sombrero de tres picos con plumas blancas, medio recostado en su gran coche tirado por cuatro caballos, y rodeado de ayudantes ataviados de muchos colores y en briosos caballos, galopando á los costados del carruaje. Detrás los ministros de Estado y el Ayuntamiento en coches nuevos y lustrosos, y después todos los coches de alquiler con formas las más extrañas, pintados de colores chillantes, descascarados unos y sucios otros, y con mulas tan flacas y llenas de mataduras

en el pecho y lomos que daba compasión el verlas, y al último y á los lados y por todas partes, un mundo de gente á pié y á caballo, atropellándose, empujándose, dejando á veces tirada á alguna pobre vieja que se descuidaba y pasando sobre ella sin hacer caso de sus lamentos. Esta comitiva se formó en la plaza mayor, siguió por las calles de Santo Domingo, Santa Catalina y Santa Ana, hasta la Garita, allí el Presidente con su séquito y la gente de á caballo enfilaron la calzada de tierra, sombreada de uno y otro lado con tristes álamos, mientras la gente de á pié, se apoderaba de la calzada de piedra, sin ningún arbolado, y cuyas piedras calcinadas por el sol despedían fuego. Se puede asegurar que en la época en que pasan los acontecimientos que referimos, no había familia ni pobre ni rica que dejase de ir el día 12 á la villa. Los que tenían algunas proporciones hacían la peregrinación en coche, en el cual precisamente había de caber toda la familia aunque se compusiese de catorce ó quince personas. Luego que salían de la Garita, comenzaban á rezar el rosario, y calculaban que terminase al entrar al Santuario. La gente de menos proporciones y aún las que las tenían, por cumplir alguna manda, hacían el camino á pié por la calzada de piedra, algunas descalzas y otras de rodillas, lo que importaba un verdadero martirio. Las que tenían la energía de llegar hasta la puerta de la iglesia, caían allí medio muertas y chorreando la sangre.

Pero sigamos todavía por un momento á la brillante comitiva oficial. Levantando una nube de polvo, envuelta la *estufa* no pocas veces en un violento remolino que se llevaba el sombrero de tres picos de los cocheros, llegaba lentamente por la multitud de gente que impedía el

paso á la puerta de la colegiata. En la puerta el abad con su capa de tela de oro, y seguido del coro de canónigos, con sus trajes tales de seda negra y sus roquetes de encaje y filigrana, recibió al primer Magistrado de la nación y á sus ministros dándoles el agua bendita, y así en cuerpo, precedidos de la cruz, de los ciriales y de más de veinte *coloraditos*, siguieron en procesión hasta el altar mayor á cuya derecha estaba levantado un dosel de terciopelo carmesí. Allí en unos grandes sillones se sentaron el Presidente y sus ministros. Enfrente y debajo de otro dosel de brocado blanco y oro se colocaron el abad y los canónigos que oficiaban. Acabó de entrar al fin la comitiva teniendo que hacer materialmente una brecha por entre la multitud compacta que con mucho esfuerzo separaban y contenían los policías del Ayuntamiento dirigidos por el pértigo, ya están sentados debajo de sus doseles el Presidente y sus ministros, y el abad y canónigos, revestidos de sus resplandecientes ornamentos, y ya la orquesta, á la señal de la batuta, ha reemplazado con sus religiosas armonías el susurro y ruidos diversos y extraños propios de toda aglomeración de gente, y veamos si es posible dar una idea de la novedad y grandeza de esta solemne función.

La colegiata de Guadalupe no es una pequeña iglesia, como algunas que en Europa tienen el pomposo nombre de basílicas, sino una catedral que no se parece, ni á las construcciones de la Edad Media ni á las del Renacimiento. Templo de tres altas naves, con sus capillas, calado por grandes ventanas, está siempre llena de luz y de alegría. En el extremo de la nave central, está el tabernáculo ó altar mayor, hecho de mármoles de diversos colores, y en el centro la imagen de la Virgen en un marco

de oro macizo, pintada en tosco ayate carcomido y ennegrecido por los años. En los días de solemnidad, los candeleros, los blandones, el frontal del altar, la cruz, los ciriales, los pebeteros, todo es de plata que, limpia, resplandeciente é iluminada por los rayos del sol que entran, ya por una ventana, ya por otra, forman una especie de visión gloriosa que deslumbra la vista, hiere la imaginación y hace postrar y besar la tierra á los creyentes que se figuran que ha descendido de los cielos la madre piadosa de los hombres.

Frente al altar mayor está el coro, como velado misteriosamente por una reja de filigrana de cedro y de metal chino, y en el fondo y á los costados los facistoles y la sillería antigua de maderas finas tallada curiosamente, engastando los bustos graves de los canónigos. El camino del altar mayor al coro está formado por una crugia de plata maciza, sobre cuyo balaustre hay varias *fichas* ó ángeles del tamaño natural, también de plata maciza, que sirven de candelabros y sostienen unos gruesos achones de cera. Las altas columnas vestidas de terciopelo rojo, la multitud de lámparas de plata y gallardetes de seda y tela de diversos colores, que están colgados de las bóvedas y la multitud postrada y reverente, completan este cuadro grandioso que no se repite sino en señaladas catedrales de Europa.

El sermón se encarga al eclesiástico de más fama, y generalmente recae en un canónigo de la catedral de México ó de la misma colegiata. El asunto obligado es la Aparición, que se refiere con todos sus pormenores, concluyendo el orador por asegurar á los habitantes de Anáhuac la protección de la Virgen. El eclesiástico que hizo el panegírico concluyó con estas palabras: «*Obedeced cie-*

gamente á la Santa Virgen de Guadalupe. Su voluntad es Soberana y debe cumplirse.» Matiana, que desde que abrieron la iglesia se introdujo y tomó lugar junto al púlpito, creyó firmemente que estas palabras eran precisamente dirigidas á ella, y se fortificó en su resolución. Mientras la dejamos meditar y discurrir la manera de llevar á efecto su criminal intento, sigamos á los personajes que figuraban en esta festividad de un carácter tan típico y tan nacional, y que de una manera ó de otra, se refiere al gran acontecimiento social de la Independencia de México.

Luego que terminó la misa, que se cubrió al divinísimo y que el abad y canónigos dejaron en la sacristía sus espléndidas vestiduras, el Presidente y su comitiva fueron conducidos á un gran salón en el alto del edificio destinado á la *Haceduría* y que en ocasiones como ésta se habilitaba de comedor.

Una espléndida mesa estaba dispuesta. No espere el lector encontrar allí *costillas à la Saint Menchould*, ni *filet de boeuf à la Jean Bart*, ni *saumon sauce riche*. México ya había pedido dinero prestado en Inglaterra, ya había recibido buques y fusiles viejos, ya había enriquecido los puertos de Burdeos y Bayona con el dinero de los españoles expulsados, ya había mandado legaciones que llevaban médico y capellán, ya estaba segura de ocupar un lugar entre la familia de las grandes naciones civilizadas, pero todavía no renegaba del puchero de sus abuelos, ni consideraba ordinarios los manjares que se servían en los fabulosos palacios de los reyes aztecas. El *menu*, como se diría hoy, merece un lugar en esta narración, porque esto forma la historia doméstica de que no se ocupa el que aspira á grave historiador. Auguramos, sin

embargo, que más de un lector se chupará los labios por más parisiense que sea. Una sopa de pan espesa, adornada con rebanadas de huevo cocido, garbanzos y verde perejil, tornachiles rellenos de queso, lengua con aceitunas y alcaparras, asado de cabrito con menuda ensalada de lechuga, y para coronar la obra un plato de mole de guajolote por un lado y de mole verde por el otro, y en el centro una fuente de frijoles gordos con sus rábanos, cabezas de cebolla rayadas, pedazos de chicharrón y aceitunas sevillanas. Pocas botellas de vino Carlón y de Jerez, pero unas jarras de cristal llenas de pulque de piña con canela y de *sangre de conejo* con guayaba; de resucitar á un muerto. Los postres, incontables, pues los conventos de monjas cooperaban á este banquete. Cocada, ante de mamey, arequipa, gaznates y rosquetes rellenos, camote con piña, yemitas y la mesa adornada con ramilletes de flores en unas jarras, banderitas de papel picado, motas de seda y flores de trapo y de listón. El gobierno, en conjunto, comió como para tres días, y no obstante que algunos de sus miembros eran ya masones con sus puntas de librepensadores, fraternizaron con los cándidos canónigos y no hubo más que elogios y alabanzas para la cocinera, que tan deliciosos manjares había presentado, y para la Virgen de Guadalupe, que había permitido que los comiesen en sana salud.

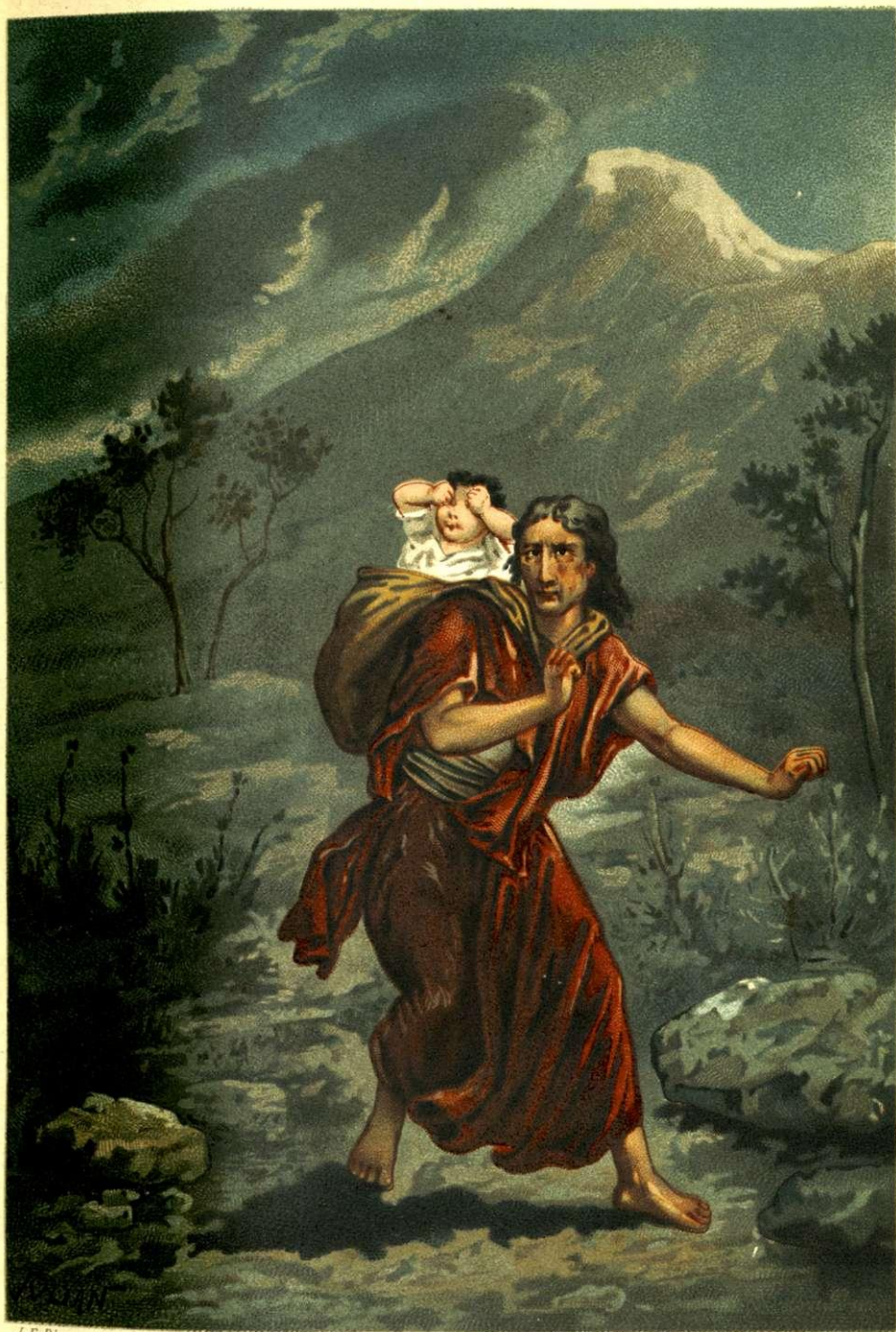
Como á las tres de la tarde la concurrencia, de regreso de la villa, pasaba como un relámpago envuelta en una nube de polvo por las calles del Relox; en el palacio batía la marcha la guardia de honor, y el Presidente entraba á sus habitaciones á digerir la comida nacional.

Los indios y el pueblo quedaban dueños del campo en

la villa y comenzaban realmente sus fiestas y sus banquetes. Al templo entraban y salían romerías de indios con sus trajes primitivos, bailaban una danza delante de la Virgen, rezaban en voz alta oraciones en azteca y español, que ellos solos entendían, lloraban y cantaban al mismo tiempo y salían para dar lugar á otras tribus, haciendo antes en la puerta su provisión de medallas de cobre y de plata y de medidas de listón rojo. Los platonos de los canónigos colocados en una mesa con todas las reliquias cerca de las puertas, se llenaban á cada instante de monedas. Fuera del templo el movimiento era inmenso. El cerro y las calles materialmente cubiertas de indios y de la gente de México, almorzando precisamente el *chito* con tortillas, chile borracho y muy buen pulque, la mayor parte de las familias al aire libre, formando grupos alegres y con un apetito devorador arrancando con los dientes los fragmentos sabrosos de una pierna asada de cabra, y los chicos brincando con sus tacos de tortilla con aguacate en la mano. A las seis de la tarde ésta increíble acumulación de gente comenzó á organizarse como una gran serpiente y á deslizarse por las dos calzadas. Ninguno regresa á México sin traer un cantarito con la agua sulfurosa del Pocito, una rama de álamo, un pañuelo lleno de tortillitas y una pierna de chito. Es el regalo para los compadres y conocidos ó la torna fiesta para el día siguiente.

Matiana y Jipila no gozaron en ese año de esta especie de orgía religiosa, en la cual de verdad no se han notado nunca grandes desórdenes. Uno que otro pleito entre los indígenas, bastantes borrachos y varios desgraciados que pierden ó les roban su pañuelo ó su reloj. La gente de razón volvía bien y contenta á su casa.

Jipila ninguna parte quiso tomar en el inconsciente atentado que se trataba de cometer. Pasó la mayor parte del día sentada junto á una amiga ayudándole á hacer las quesadillas y tortillitas y á la tardecita enderezó con su trote acostumbrado á su casa de Zacoalco. En cuanto á Matiana, al parecer indiferente dirigía sus ojos encarnados aquí y acullá en busca de una criatura, pero sin empeño, sin fatiga ni ansia. Era la Virgen misma la que había de proporcionarle la criatura. Si no lo hacía era evidente que no era su voluntad y en el fondo no le importaba mucho que se muriese D.^a Pascuala, ni tampoco perder los diez pesos, precio de la curación, pues ni ella ni Jipila eran ambiciosas. Vagó, así, entrando y saliendo al templo, rodeando un poco por el cerro y por la capilla del Pocito, sin encontrar nada á mano. Se decidía á tomar también su trote para Zacoalco, cuando al pasar por la fachada del convento de Recoletas Capuchinas, hirió sus oídos el lloro de un niño. ¡Desgraciado! Volvió la cara; un muchachito de menos de dos años gateaba rozándose con la fachada y teniendo en una de sus manecitas un hueso de chito. Matiana se apoderó de él, y á pesar de su llanto lo acomodó en su ayate, lo cargó en las espaldas y echó á andar. Nadie la vió, nadie le reclamó, y la criatura misma que no podía saber la suerte que le aguardaba, mecida por el trote de la india concluyó por dormirse tranquilamente, como quien dice, en el regazo mismo de la serpiente que lo iba á devorar. Los escasos reflejos de las estrellas dejaban ver en la llanura solitaria y salitrosa la figura siniestra de la bruja, trotando, trotando, siempre con el inocente niño en sus espaldas.



d F. Párroxy C^a - Editores

B. R.

Lit. M. Pujadas - Barcelona

La bruja Matiana cargando al niño.



El día 13 de Diciembre, en la madrugada, el peón que barría y regaba la fachada del rancho de Santa María anunció á D.^a Pascuala que estaba ya en cama y muy mala que las dos herbolarias querian hablarle. El corazón la dió un vuelco, quiso mandarlas arrojar de la casa, pero la curiosidad fué más poderosa y las hizo entrar.

—Buenos días te dé Dios, madrecita Pascuala,—le dijo Matiana.

—¿Qué has hecho, qué has hecho?—le preguntó doña Pascuala con agitación sin contestarle su saludo.

—Encontré al *piltonele* (muchachito), mi Señora mía de Guadalupe Tonantzin me lo entregó. Ya yo me iba para Zacoalco, cuando salió del convento de las monjitas capuchinas.

—¿Y qué, lo has matado?—continuó D.^a Pascuala acercándose á la bruja y con una ansia mortal.

—No, madrecita, le tuve lástima al pobrecito, que era como una plata.

—¡Gracias á Dios! entonces, ¿dónde está?

—Lo tiré en la viña, madrecita,—contestó la bruja.

—¡Desgraciada, qué has hecho! Mejor que lo hubieras matado. Lo van á devorar los perros, corre, corre, tráelo vivo aunque me muera yo y que no sepa ni una palabra ni Espiridión ni nadie, seríamos llevados todos á la cárcel y ahorcados.

Una reacción se formó instantáneamente en las herbolarias. No obstante su ignorancia y la superstición que las cegaba, reconocieron que habían cometido un crimen y se soltaron dando de gritos y llorando verdaderas lágrimas y cayeron de rodillas, pidiendo á la Virgen de Guadalupe el perdón de sus pecados.

—¡Silencio, silencio! no hay que decir nada, ni que

perder tiempo. Vayan en el carretón, busquen á la criatura y vuelvan con ella aquí. Será mi hijo lo mismo que el hijo que tengo en las entrañas.

Las brujas partieron á escape en el carretón, llegaron á la viña. Nada encontraron.

D.^a Pascuala, á la media noche, excitada con el susto y la emoción, dió á luz un robusto varón, que D. Espiridión, como buen marido campesino, recibió en sus brazos desde luego, y besándolo no cesaba de repetir:—Te lo decía yo Pascuala, para tu enfermedad no había más que las brujas.—Y la Virgen de Guadalupe,—añadía doña Pascuala procurando disimular.—Sin su intercesión me hubiera muerto y tu hijo no habría venido al mundo.

En el curso de la semana se *descolgó* por el rancho el licenciado Lamparilla, al que refirieron el suceso, ocultando D.^a Pascuala la parte trágica é inconscientemente criminal. Lamparilla se ofreció á ser el compadre y discutiendo y platicando, D. Espiridión sostuvo que la curación de D.^a Pascuala se debía á las brujas. Lamparilla y D.^a Pascuala, que quería hacerse ruido y acallar su conciencia, convinieron en que su vida la debía á un milagro patente de la Virgen de Guadalupe. Quién sabe si en el fondo, Lamparilla, que estaba ya contaminado con la masonería, creía ó no en el milagro, y más bien se figuraba lo que el doctor en teología que D.^a Pascuala había perdido la cuenta, pero el Dr. Codorniu había olvidado de pagarle sus honorarios por el negocio de la cuchara de plata y quería vengarse de una manera indirecta y sin responsabilidad personal. Convino con la familia, de buena ó de mala fe, en que el milagro era patente y absolutamente necesario dedicar un retablo á la Virgen.

El 12 de Enero se colocó en una de las columnas cercanas al tabernáculo un cuadro pintado por uno de los más célebres pintores de la Academia de San Carlos. En una esquina del cuadro estaba una cama y en ella doña Pascuala moribunda y con las manos enclavijadas encomendándose á una Virgen de Guadalupe pintada en el otro extremo. D. Espiridión junto á la cama con un pañuelo en los ojos y las dos herbolarias hincadas delante de la estampa de la Virgen en actitud de rogar. La fisonomía maliciosa del licenciado Lamparilla asomaba por una puerta entreabierta. Debajo del cuadro había este letrero:

«El día 12 de Marzo comenzó á estar gravemente enferma D.^a Pascuala, dueña del rancho de Santa María de la Ladrillera; y habiendo llamado al Dr. Codorniu para que la asistiera, tanto él como los doctores de la Universidad la erraron la cura, y ya no teniendo remedio invocó á la Santísima Virgen de Guadalupe, y de la noche á la mañana quedó sana y dió á luz un varón muy robusto.» En el marco del cuadro colgaba un cuerpecito de plata (milagrito) que representaba á D.^a Pascuala. Todo esto era obra de Lamparilla.

CAPÍTULO VI

D. Diego de noche

No hay dicha completa en este mundo: nada es más cierto. D.^a Pascuala, que debió haber sido la mujer más feliz al dar á luz, después de tantos sustos y fatigas y con peligro de su vida, á un hijo sano, robusto y para ella hermoso, era sin embargo la madre más infortunada de toda la comarca. Por el lado de la justicia se consideraba segura, pues no ignoraba que los indios saben guardar un secreto, y que Cuauhtemoc se dejó quemar las plantas de los piés antes de revelar el lugar donde había ocultado el tesoro, pero casi todas las noches turbaban su sueño horrorosas pesadillas; unas veces veía á su hijo arrebatado por la bruja, dando lastimosos gemidos y tratando de huir de ella y de entrar por la puerta del convento de capuchinas, y otras en lo alto de un montón de basura, rodeado de perros feroces, que aullando y ladrando, se disputaban sus delicados miembros;

sobre todo en el momento que apagaba la luz y trataba de dormir se encontraba con los ojos encarnados y redondos de Matiana, que la miraban fijamente, y escuchaba su voz como un rechinado que le decía: «*le tuve lástima, no le maté, pero lo tiré en la viña.*» La justicia de la tierra no habría castigado tan severamente el crimen que le hizo cometer el miedo y la superstición. Las dos herbolarias no lo pasaban mejor. Se les figuraba que todo el mundo sabía lo que habían hecho, y que de un momento á otro serían llevadas á la cárcel y ahorcadas en la Plazuela de Mixcalco. Matiana, en vez de buscar arrieros enfermos en los mesones de Santa Ana, se iba muy de madrugada á los barrancos y á los cerros y no volvía sino ya entrada la noche, y Jipila, aunque más tranquila en su conciencia, pues realmente ninguna parte había tenido en el crimen, desapareció durante algunas semanas de la esquina de Santa Clara. D. Espiridión sí estaba contentísimo, no sólo por tener un heredero, sino por haber acertado, librando á su mujer de la muerte, obligándola á que la curasen las brujas, y Moctezuma III en sus glorias, pues en vez de dar la lección y de hacer palotes cargaba al muchacho, tiraba del mecate de la cuna, y le cantaba rorros. El más aprovechado de todos fué nuestro amigo D. Crisanto Lamparilla, que se hizo cargo de su andar, pintar el retablo (para desquitarse del doctor), de disponer el bautismo, que fué solemne, en Tlalnepantla, así como el banquete que se dió al cura y á las autoridades y vecinos, lo que le valió más coles, alcachofas, gallinas y guajolotes que los que recibía ordinariamente cada semana, y algo en plata en cuenta de honorarios. Toda la clase indígena, y aun mucha de la de razón de los ranchos y pueblecillos vecinos, creyeron á pié juntí-

llas en el milagro. Era, en efecto, patente, todos lo habían visto, todos supieron la gravedad de D.^a Pascuala, todos supieron que el *dotor* le había *jerrado* la cura, y un sólo día, el del 12 de Diciembre, había bastado para que la Virgen curase á la que estaba ya espirando; pero dejemos por ahora á los habitantes del rancho de Santa María de la Ladrillera, y á la infeliz criatura olfateada ya por los perros de la viña, para ocuparnos de personajes más altos é importantes, aunque quizá menos felices que los del humilde rancho, donde como curiosos hemos vivido algunos meses.

La calle que hoy se llama de D. Juan Manuel, y que en el principio de la formación de la ciudad, se llamó calle Nueva, se componía de edificios, mejor diremos de palacios, de una arquitectura severa y triste, una verdadera calle de una ciudad de la Edad Media. Altas y gruesas paredes que los proyectiles de la época apenas habrían despostillado; ventanas con espesas rejas de fierro pintadas de negro; altos zahuanes con puertas macizas de cedro con dibujos caprichosos de clavos con cabezas redondas de metal de China; un aldabón figurando la garra de una fiera que solía resonar en las altas horas de la noche, como si lo hubiese movido la mano del Convidado de Piedra; en lo alto de cada fachada el pesado escudo con las armas de la noble familia, el conjunto imponente y la calle sola durante el día, pues no había ninguna tienda ni comercio que interrumpiese la monotonía de las construcciones, y en las noches completamente desierta y mal alumbrada con dos ó tres faroles de vidrio opaco y aceite rancio. La leyenda terrible de D. Juan Manuel, que refería que dejaba tendido cada noche en un lago de sangre al desventurado que pasaba á las once por ese

lugar siniestro, se conservaba viva en la memoria de los habitantes de la capital. Hoy mismo no ha cesado del todo el pavor, no obstante que las balconerías, la pintura de colores alegres de las fachadas, y el movimiento necesario por ser habitadas la mayor parte de las casas por el alto comercio, han casi cambiado el aspecto feudal que todavía la caracterizaba en la época en que pasan los acontecimientos de esta verídica historia.

En uno de esos palacios habitaba el muy rico, noble y poderoso señor D. Diego Gaspar Melchor y Baltasar de todos los Santos, caballero gran cruz de la orden de Calatrava, marqués de las Planas y conde de San Diego del Sauz. El interior tenía un aspecto feudal más caracterizado. El patio era espacioso y formando un cuadro sin columnas, ni medias muestras, ni mensulas, pues los amplios corredores eran sostenidos por bóvedas planas, lo mismo que la atrevida escalera de tres tramos, que formando una majestuosa perspectiva, llamaba la atención desde que se penetraba al zaguán.

La azotea cercada de altas y fuertes almenas, y en las cornisas mascarones de leones y perros, que con los ojos saltones y torbos, parecían mirar siniestramente á los que entraban, y en la estación de las lluvias, arrojaban torrentes de agua por sus deformes bocas, y convertían al patio en un estanque. Por donde quiera tibores grandes y chicos de China y del Japón, pero en desorden, vacíos y empañados, lo mismo que las jaulas de alambre dorado que se balanceaban vacías por un viento frío que parecía que de intento recorría los corredores y zumbaba en las bocas oscuras de los macetones sin flores, en todo se notaba, si no el desaseo, sí el abandono, y ni una flor que matizase el color gris de las paredes, ni una nota alegre

de un pájaro que turbara el silencio profundo apenas interrumpido por los pasos tímidos de uno que otro criado, que atravesaba como fugitivo las recámaras y pasillos con motivo de algún quehacer doméstico. Una puertecilla disimulada en un ángulo del corredor y forrada de planchas de hoja de lata, daba entrada á una espaciosa biblioteca rodeada de estantes pesados, llenos de libros antiguos en pergamino, y donde lo más curioso que había, según los rumores del público, era un espejo redondo en el que se veían á las gentes desnudas, colocado de tal manera, que sólo el conde podía observarlas al tiempo mismo que abrían la puerta de entrada. Cuando se acercaban, la ilusión desaparecía y se miraban como en cualquier espejo, con el traje que traían. Las señoras se resistían mucho á esta prueba, pero era también fama que el conde recibía en ciertas épocas visitas de duranguenas y zacatecanas, que, procedentes de las haciendas, venían á la capital á arreglar sus cuentas de arrendamientos y á tratar otros asuntos de interés.

El salón magnífico, en la extensión de la palabra. Canapés de ébano incrustados de marfil y concha nácar, con forros de damasco rojo de China, y no se podía conocer si muebles tan primorosos, que valdrían hoy un caudal, habían sido mandados hacer á los más hábiles artistas de Flandes ó de China. El techo de maderos de cedro artesonado, y en el centro colgada una pesada lámpara de plata, con treinta y dos arbortantes. En el comedor y por las recámaras, escaparates antiguos de extrañas formas, con caprichosos adornos de cobre, plata ú oro, y el servicio de la mesa de plata maciza con las armas de la familia, artísticamente grabadas. La recámara del conde era la pieza más notable. Cama de madera de caoba,

con gruesas columnas salomónicas, que sostenían un baldoquín de damasco amarillo, de donde pendían caprichosas colgaduras bordadas en China. Las paredes casi cubiertas con los retratos de los antecesores, desde el tiempo de Felipe II, á cuyas órdenes inmediatas sirvió alguno de ellos, y dos panoplias de terciopelo de Utrech, surtidas de las más bien trabajadas armas de Toledo y de Damasco. El suelo de ladrillos rojos cubierto con pieles de leopardos y de jaguares cazados por el mismo conde en el monte de una de sus haciendas. Bien que el palacio así ajuarado presentase por este motivo y por su construcción un aspecto aristocrático, como los balcones que daban á la calle estaban siempre cerrados, y las piezas que recibían luz del corredor, veladas por espesas cortinas, tenía en todas las estaciones una temperatura fría y una media luz tan lenta, que al entrar del calor y de la claridad de la calle, se helaba el sudor, se lastimaba la vista y se encogía el corazón. Los criados y criadas vestidos de oscuro, y hablando y pisando quedito y con las fisonomías místicas y amarillas, parecían más bien sombras. El silencio y la oscuridad que reinaban aún en el patio, donde no penetraba bien el sol á causa de las altas paredes, parecía indicar que los habitantes habían fallecido, que en lugar de seres vivientes no había más que cadáveres tendidos en sus lechos, y que la casa estaba constantemente de duelo.

El conde de San Diego del Sauz parecía hecho adrede para habitar esta mansión señorial. Era alto, delgado, color cetrino, bigote entrecano, retorcido, en forma de cuernos de alacrán, ojos pequeños aceitunados pero fijos y feroces al mirar, dentadura fuerte y blanca, y labios delgaditos y retraídos, donde siempre vagaba una sonri-

sa de cólera, de sarcasmo y de desprecio hacia todo el mundo. A los veinte y dos años se casó, ó mejor dicho, lo casaron (pues fué un pacto de familia, para que ni el dinero ni los títulos de nobleza pasasen á gente extraña), con una prima en segundo grado, de edad á poco más ó menos igual á la suya, que desde los siete años la pusieron en un convento de donde salió para tomar estado, de modo que los novios se conocieron dos semanas antes de unirse para siempre, y por cierto que no se amaron repentinamente como Julieta y Romeo. La muchacha se casó con un miedo que no pudo disimular, tanto que se desmayó al acabar de pronunciar el sí, y el conde fué guiado únicamente por el interés de adquirir, en cuanto naciese un hijo varón, el título de marqués de Sierra Hermosa y una valiosa hacienda cercana á Zacatecas.

Al año justo de haberse casado, vino al mundo, no un varón, sino una niña, y como la condición para obtener el título y disfrutar los bienes, era que el hijo debería ser varón, el conde vió frustrado el objeto de su enlace y concibió un odio profundo por su mujer y por su hija. Apenas pasó el bautismo, que fué *por el qué dirán*, muy solemne, cuando el conde se marchó á la hacienda de San Diego situada cerca de Durango, donde estaba fundado el mayorazgo, y no volvió ni á escribir ni á saber de su familia, sino á los ocho años. El día que menos se pensaba, penetró hasta la misma recámara de su mujer, con la que estaban de visita dos primos, hijos del marqués de Valle Alegre, su madrina la condesa de Miraflores y dos señoras ya ancianas que la habían conocido de muy niña. No podía darse tertulia más inocente, y la esposa había cultivado esas y otras amistades, de la gente

principal de México, olvidada como había estado durante la larga ausencia del marido. Este, sin quitarse ni el sombrero ni el polvo del camino, entró de rondón, hizo un mal gesto á las visitas, apenas bajó la cabeza y rechazó con la mano á su hija Mariana, que se acercaba como á reconocerlo, con la confianza y candor de la niñez, y se encerró en su recámara.

Al día siguiente llamó á su mujer y á su hija, y sin saludarlas, sin ninguna otra explicación y con una voz dura y decisiva, les dijo:

—De hoy en adelante, nadie, lo entendéis, nadie ha de entrar á mi casa sin mi permiso. En vez de encontrarme con una mujer cauta y recogida ocupándose de la educación de su hija, he sorprendido á una loca, rodeada de parientes y de viejas á quienes detesto, sin acordarse del marido, que ha vivido en la soledad de las haciendas para sostener el brillo de su antigua casa, mientras aquí se emplea el dinero en dar meriendas, chocolates, regalos y limosnas á viejas ociosas, á monjas fanáticas y á jovencuelos pervertidos.

—Pero... pero...—quiso articular la condesa, si no para rechazar tales injurias, al menos para dar alguna disculpa, mas el marido no lo permitió.

—Silencio, nada tenéis que decir, y no permitiré que me calentéis la cabeza con frívolas disculpas...

¡Vive Dios!—prosiguió dando una fuerte palmada en la mesa, junto á la cual estaba,—que esto no ha de continuar así... ¡Venid, venid!—y al decir esto tomó de una de las panoplias un largo y relumbrante puñal de dos filos.

La madre y la pobre niña aterrorizadas cayeron de rodillas.



Ed. F. Pujades Riera Editores

BR

Juan Pujades Riera

-Seguidme; dijo el conde.

© Biblioteca Nacional de España

—Levantad... no se trata de eso, y no hay que armar escándalo; venid os digo.

Teniendo el puñal en una mano, con la otra levantó bruscamente á la madre, después á la hija, y volvió á decirles:

—Seguidme...

Más muertas que vivas, y sin poder articular una palabra, siguieron al conde, que atravesó las siniestras y medio oscuras piezas de la casa, hasta la recámara de su mujer, y levantando un almohadón colocó el puñal debajo.

—De una vez para todas escuchad, y Mariana tiene ya suficiente edad para comprender. Las puertas de la casa desde el zaguán, deberán permanecer día y noche abiertas, de modo que yo pueda penetrar á la hora que me parezca, sin ser visto, ni sentido de nadie, ó al contrario siendo visto y sentido por los criados y por vosotras.

No pido cuenta del pasado. La presencia en mi casa de los pillastres hijos del marqués de Valle Alegre, que han disipado ya la mayor parte de su patrimonio, me dieron bastante en qué sospechar. Perdono hoy...

—Pero... pero...—volvió á balbucear la cuitada esposa.

El conde, como la vez primera no lo permitió, é interrumpiéndola bruscamente, continuó:

—Repito que perdono hoy, pero en lo de adelante á la primera sospecha que tenga, te clavo en el corazón este puñal y después sigo con tu hija.

Una mujer resuelta y de ánimo, habría celebrado la brutal excentricidad de su marido, que le proporcionaba una arma para defenderse en caso de verse amagada de un injusto asesinato; pero la pobre condesa no pudo articular una palabra, y al día siguiente amaneció con una

fiebre de que escapó merced á la robustez de su compleción y á la esmerada asistencia que le proporcionaron, no su marido, sino los sirvientes, y especialmente una antigua camarista que casi la había casado. En cuanto á la hija, ya por su edad, ya porque fuese menos tímida que la madre, no hizo mucho caso de la amenaza: pero sí concibió un odio profundo por un hombre que veía por primera vez y que con el título de padre obraba de una manera tan insensata con ella y con la madre.

En el curso del tiempo la vida del conde fué de lo más extraño. Entraba á su casa á las dos ó tres de la mañana, y menos el zaguán de la calle que le abría el portero, apenas daba una suave palmada, todas las puertas quedaban de par en par y así entraba hasta la recámara de la condesa levantábala la almohada, veía si el puñal estaba en su lugar y se retiraba á dormir hasta las doce del día en que, en su vajilla de plata le servían á él solo el almuerzo en el comedor. Volvía á su recámara hasta las ocho, hora de la cena, y luego que concluía se envolvía en su capa, ceñía una espada española de taza y cruz y se marchaba á la calle. Apenas atravesaba una que otra palabra con su mujer, y cada ocho ó diez días, pasaba la mano bruscamente por la abundante cabellera rubia de su hija Mariana y con esto creía haber cumplido con los deberes de padre y de esposo. ¿Dónde iba el conde? En su casa nunca lo supieron, pero las gentes que en México cultivaban el ramo de crónica escandalosa, no lo ignoraban. Tenía sus tertulias de juego y de muchachas del medio mundo, como se dice hoy, en la Cruz Verde, por el Parque del Conde, por el Puente Solano, por andurriales y casas misteriosas conocidas de los que se llamaban entonces calaveras, y allí, disfrazado,

pues no se daba á conocer más que como un hombre rico del interior; jugaba, bailaba, enamoraba (nunca bebía), y gastaba una buena parte de sus rentas. Decía llamarse D. Diego Machado, pero le llamaban las alegres contertulianas D. Diego de Noche, pues por más esfuerzos que habían hecho, no lograron conseguir que ni una sola vez las visitase de día.

La pobre condesa, que el lector juzgará más desgraciada en su feudal palacio que la herbolaria Jipila en su jacal de Zacoalco, convaleció lentamente, pero jamás recobró, no ya la alegría, pero ni siquiera una mediana tranquilidad, y no pudo, en lo sucesivo, dormir en las noches, sino cuando había ya entrado su marido y pasado en revista el puñal. A las cuatro de la mañana generalmente se levantaba de la cama donde se había fingido dormida, pasaba á su gabinete, y allí, una antigua criada la servía un chocolate ardiendo, único y raro placer de que disfrutaba, y dormitaba en el canapé hasta las doce, hora en que solía entrar el conde para pedirle á veces alguna de sus alhajas que dizque tenía compromiso de enseñar á un amigo pero que nunca le devolvía.

Para que se pueda formar el lector idea del carácter feroz de D. Diego, bastará referir uno de tantos hechos, á los que él no daba ninguna importancia. Caminaba una vez de una á otra de sus haciendas en un carruaje viejo con las ruedas apolilladas, si bien estaba siempre pintado y lustroso. Tropezó el cochero con un pedrusco, una de las ruedas se desgranó, volcó el carruaje y el noble conde se hizo un boyo en la cabeza. Se levantó sin decir una palabra y ganó á pié la hacienda que ya no estaba lejos. Al día siguiente mandó amarrar al cochero de piés y manos en la rueda que había quedado buena, y le dijo:

—Vas á recibir tu gala por haberme roto ayer la cabeza,—y le tiró diez pesos,—pero también tu castigo para que otra vez tengas más cuidado.

Tres mocetones fuertes comenzaron á dar al infeliz con unas varas de membrillo, tales azotes, que á chorros le escurría la sangre. Desmayado lo desataron y lo llevaron á su cuarto donde varios días estuvo entre la vida y la muerte. Este hecho bárbaro llenó de indignación á los mismos rancheros de la hacienda, y en secreto dieron parte al juez del pueblo, y hubo entre ellos sus pláticas para ponerse de acuerdo y asesinarlo. El juez fué un domingo, pretextando cualquier cosa. Luego que el conde lo vió entrar se le acercó al oído, y le dijo:

—Sé á lo que viene el señor juez. Obre como quiera, pero tenga entendido que la suerte de usted será peor que la de José Gordillo.

En seguida lo sentó á su mesa y almorzaron opíparamente el juez y el reo. El asunto terminó ahí.

La condesa cada día iba á peor, los médicos que tenían la idea de que gozaba de la existencia regalada que proporcionan las riquezas, no era posible que atinasen con su enfermedad.

Un día de tantos como corrían monótonos y tristes para la pobre condesa, se levantó, se puso frente á su tocador y llamó á su camarera favorita.

—Dame el calendario.

La criada sin replicar le dió un calendario de Ontiveros.

—Mañana,—dijo la condesa,—hace años que me casaron y es también el aniversario del funesto día en que el conde tuvo la crueldad de amenazarme de muerte

sin motivo alguno y de poner su puñal debajo de mi almohada.

—¿Pero por qué recordar esas cosas tan tristes?—le preguntó Agustina.

—¿No las recuerdo todas las noches? ¿He podido tener una noche de sueño desde que esto sucedió? Pasarán años después de mi muerte. Tú ú otras personas que saben esto lo contarán, y nadie lo querrá creer. Sácame mis mejores alhajas y el vestido con que me casé y fui á la iglesia.

Agustina vacilaba, pero la condesa con una mirada, le hizo comprender que debía obedecer.

La condesa se vistió, se adornó con todas sus joyas, y el resto del día estuvo contenta y hasta risueña. El conde no pareció por la casa. En la noche al acostarse tomó el puñal de debajo de la cama y lo tiró al suelo.

—Ya no temo al conde,—dijo.—Mañana tengo de morir.

—Pero qué; ¿siente usted algo, señora condesa—le preguntó Agustina alarmada.

—Nada, al contrario, nunca me he creído más fuerte, pero ya verás.

A la madrugada, como de costumbre, tomó su chocolate hirviendo, se reclinó en un canapé y cerró los ojos para no volverlos á abrir más. Agustina cayó al pié del sofá desmayada. Así las encontró el conde.

CAPÍTULO VII

D. Diego de día

El entierro fué en las primeras horas de la mañana, y el cadáver de la condesa, llevado en un ataúd forrado con terciopelo negro y plata, en hombros de los criados, seguido del mejor carruaje, y depositado en el sepulcro de la familia en la capilla de Aranzazu, de la que habían sido bienhechores los condes del Sauz. El palacio de la calle de D. Juan Manuel se tapizó de negro con lazos de crespón blanco desde los corredores hasta el cuarto del portero, y D. Diego, manifestando un sentimiento templado con la conciencia de su grandeza, recibió con una perfecta urbanidad á las numerosas visitas que durante los nueve días acudían á darle el pésame. La calle de un extremo á otro estaba llena de carruajes.

El domingo siguiente al en que terminaron los nueve días se hicieron en la iglesia mayor de San Francisco unas honras magníficas, cantándose el oficio de difuntos

y los salmos, acompañados de las orquestas de la Catedral y de la Colegiata de Guadalupe. Todo México asistió á esta fúnebre función y no se recordaba que otra mejor se hubiese celebrado hacía muchos años. La mayor parte de los que visitaron al conde y asistieron á las honras decían:

—¡Qué lástima de condesa! ¡tan joven, tan hermosa y tan feliz con tanto dinero y un marido tan excelente! Con un farol no lo hubiera encontrado mejor... pero son los altos juicios de Dios, ya se la llevó á su gloria y está descansando.

Los hijos del marqués del Valle Alegre y la condesa de Miraflores no eran de la misma opinión, y por el contrario, decían que D. Diego era un verdadero bandido, que le había dado mala vida á su esposa, la había matado á pesadumbres y que lo mismo haría con su hija.

En cosa de cuatro meses el conde no pasó de su recámara á la biblioteca, y de la biblioteca al comedor, donde lo acompañaba Mariana, pero padre é hija no atravesaban una palabra.

Al perder Mariana á su madre no puede explicarse lo que sintió. Dolor agudo, profundo, porque la pobre condesa la veía como á las niñas de sus ojos y era la única luz en la sombría noche de su matrimonio, y al mismo tiempo miedo, despecho, desesperación, tristeza sin tregua al hallarse sola en el inmenso palacio, sin tener más que la limitada conversación de la criada antigua de la casa que sirvió de camarista á su madre y continuaba haciendo con afán y cariño los mismos oficios con la hija. Las horas de comer eran su tormento, pues cuando levantaba la vista se encontraba con el

semblante torbo del conde, y no sabía dónde poner los ojos. Encerrada en su recámara, el bordado y la costura eran su única distracción, y á las nueve de la noche entraba en su lecho, cansada, sin haber hecho nada, aburrida, desesperada y pensando que el siguiente día, la semana y un mes y otro mes, serían igualmente monótonos y tristes para ella.

El conde, por su parte, tenía diversos sentimientos. Algo sintió la muerte de la condesa, porque al fin fué una esposa tímida y resignada, pero día por día notaba que Mariana se ponía más hermosa, y concebía por ella un vivo cariño, que en la noche, al acostarse, procuraba rechazar, pero al día siguiente, á la hora que se reunían en la mesa renacía más fuerte, sin que su hija correspondiese, pues se mostraba fría y á veces dura con él cuando en cualquier cosa indispensable tenían que entablar una corta conversación. Esto tenía al conde furioso, y sea por esto ó por añejas costumbres, volvió á su vida desarreglada y la casa al mismo giro, menos la escena nocturna del puñal, que no tuvo valor de repetir con su hija:

Así pasaron más de dos años, lentos como dos siglos para Mariana. El día menos pensado al terminar el almuerzo el conde dijo á su hija.

—He mandado traer *el avío*, prepárate, porque dentro de una semana marcharemos á la hacienda.

Mariana por toda respuesta inclinó la cabeza.

El día señalado llegó *el avío*, es decir, un pesado coche de forma esférica, revestido de su camisa blanca de lona, tres tiros de mulas para la remuda, un chinchorro de mulas de lazo y reata para los equipajes y quince ó veinte mozos armados de machetes y tercerolas, vestidos de gamuza amarilla y en buenos caballos. Así caminaban

los hacendados. A los dos días siguientes el conde y su hija pasaban en el coche con todo este tren por la garita de Peralvillo.

En el camino nada de notable. Después de tres semanas de calor y de polvo llegó á la hacienda del Sauz el *avío*, y con él D. Diego y Mariana. Repicaron las campanas de la capilla, quemaron cohetes, regaron de flores la entrada y patio de la casa, pero en lo general, la ranchería lo recibió mal y friamente deseosa de vengar los crueles azotes inferidos al desventurado cochero. Se apercibió de ello el conde, pero al cabo de un mes, la belleza, el carácter, si bien altivo, humano y amable de Mariana y el contacto que necesariamente se estableció con la ama de la finca, destruyó las malas prevenciones y en lo sucesivo se estableció una tranquilidad relativa.

Mariana tenía ya ocupaciones domésticas que la distraían, y el aire del campo, las escursiones á pié, á caballo y en carruaje por los extensos potreros, el cultivo del jardín y sobre todo la libertad de que gozaba, la hicieron olvidar la sombría mansión de la calle de D. Juan Manuel, y pocos años bastaron para que se convirtiese en una arrogante mujer perfectamente desarrollada por la madre naturaleza, ya que la condesa le había faltado cuando más necesitaba de su apoyo y cariño.

Así pasó mucho tiempo, sin incidente notable, hasta que un día llegó á la hacienda seguido de cinco *correyitas* un muchachón grande y robusto, requemado con el sol, vestido de cuero y empolvado de los piés á las cejas. Cuando al día siguiente apareció aseado y vestido de un traje militar, Mariana fijó su atención y pensó que era un hombre lo que se puede llamar guapo y bien presentado. Su suerte se decidió.

Era este joven hijo del administrador de la hacienda, había nacido en ella, y luego que tuvo la edad suficiente, fué enviado á un colegio de México y después, á servir en la frontera en las compañías presidiales, á las órdenes del viejo veterano D. José Juan Sánchez. De cadete pasó á alférez, á teniente y finalmente era ya capitán en la época de que vamos hablando y en uso de una licencia fué al Sauz á pasar algunos meses con su padre, del que había estado largo tiempo separado. Ver á Mariana y amarla, todo fué uno. Su suerte se decidió también

El administrador, padre del nuevo personaje que tenemos el honor de presentar al lector, era un viejo servidor de la casa de los condes. Nació en México, de una honrada familia, y recomendado al antiguo conde, comenzó su carrera de escribiente de la hacienda del Sauz, ascendió después á trojero y finalmente á administrador, y llevaba años de manejar la finca con tanta inteligencia y honradez que había logrado captarse la buena voluntad de D. Diego, y hasta dominarlo en algunos ratos, no obstante su carácter duro y altanero.

El hijo, fué, pues, muy bien recibido, se le sentó en la mesa del amo, se pusieron á su disposición los caballos y los coches de la hacienda; se le agasajó cuanto se pudo, y la ranhería estaba atónita, al observar que D. Diego había cambiado repentinamente de carácter. Pasaron meses y los jóvenes, aunque se amaban y se entendían perfectamente, habían guardado tal reserva y tal disimulo, que D. Diego, preocupado con empresas amorosas en la misma ranhería y en los pueblos inmediatos, no había concebido ni la más leve sospecha. En una de las ocasiones en que D. Diego fué á Sombrerete, donde tenía

parte en una mina, y con motivo de ese asunto solía permanecer dos ó tres semanas, Mariana y el novio entraron juntos al despacho del administrador.

—D. Remigio,—dijo Mariana, sin más rodeos y tomando de la mano al novio y obligándolo á que se acercase,—su hijo de usted y yo nos queremos, más le diré á usted, nos amamos mucho. Yo no he conocido ni tratado sino á mis primos los marqueses de Valle Alegre, que me repugnaban no sé por qué. El primer hombre que he visto con atención, que he tratado ya lo bastante, ha fijado mi suerte. A él le pasa lo mismo. Es necesario que nos casemos y que usted sea el que se lo diga á mi padre.

D. Remigio quedó mudo, como quien vé visiones. Imposible que hubiera pasado por su imaginación el que su hijo se hubiese atrevido á poner los ojos en la condesita como le decían, en la hija de su terrible amo.

—¡Vamos! ¿no dice usted nada, D. Remigio?—continuó Mariana con la mayor naturalidad.—¿Qué le asombra usted? Nos queremos casar y nos casaremos, ¿qué tiene eso de particular? Hable usted, sí, hable usted cualquier cosa, y sobre todo proméтанos que en cuanto llegue mi padre se lo dirá usted.

—Pero señora condesita,—murmuró conmovido el administrador,—¿no sabe usted, quien es su papá? ¿no lo conoce usted? ¿cree usted que será capaz de permitir que mi hijo, aunque bueno y honrado, se case con una condesa, y tú, bribón,—¿continuó tratando de encenderse en cólera,—cómo te has atrevido á pensar... á faltar, á pretender... á solicitar... á enamorar, pícaro, á la hija del señor conde, á la niña Mariana, que se casará, ó la casará su papá con un marqués?

—Nada, nada contra él, D. Remigio,—le interrumpió Mariana,—si hay quien tenga la culpa, soy yo y nada más.

El novio quería hablar, pero Mariana no lo dejaba.

—Nada tienes tú que decir. Acuérdate de lo que hemos convenido. Tu padre te perdonará y hablará al mío, con que por ahora á la mesa, que es hora de la cena, hemos andado más de dos horas en los potreros y tengo un apetito que devoraría todo el corderito que esta en el horno.

—¡Juntos, juntos! en los potreros y á dos leguas de aquí,—exclamó el administrador, agarrándose la cabeza y dejándose caer en el sillón de cuero, que estaba delante de la mesa de escribir,—¡juntos, juntos! que va á ser de nosotros cuando llegue el señor conde.

Mariana y el hijo, Mariana, sobre todo, consoló al administrador y lo llevó á la mesa. Los novios cenaron opíparamente. D. Remigio no pudo pasar ni un pedazo de pan.

El conde regresó á los quince días de Sombrerete, y durante este tiempo, tanto Mariana como su hijo, no dejaron descansar al infortunado D. Remigio y le hicieron todo género de reflexiones, hasta lograr que les diese palabra que, aventurando su empleo y aun su vida, hablaría al conde tan luego como observara que estaba de buen humor.

Pasaron días y días, hasta que por fin el afligido padre se hizo el ánimo fuerte y una mañana después de dar cuenta á su amo de los asuntos, y observando que no sólo estaba de buen humor sino alegre, comenzó por rascarse la cabeza y retroceder poco á poco para ganar la puerta.

—¿Tienes algo que decirme, Remigio?—le dijo el conde, que observaba esta indecisión.

—Señor conde es cosa tan fuerte, tan... tan..., no sé cómo lo que tengo que decirle, se lo diré puede ser que hasta quiera matarme usía.

—¡Vaya, vaya! lo que sea, fuerte ó suave, dílo en el acto,—repuso el conde ya algo cambiado en su fisonomía.

—Señor conde, me perdonará usía; lo que tengo que decirle es que mi hijo se quiere casar.

—¡Bah! y no es más que eso,—contestó riendo,—pues es lo más sencillo, le ayudaremos, le haremos un buen regalo. Y tanto preámbulo y tanto miedo para decirme esto. Además sabes que eres dependiente viejo de la casa y que te considero y te quiero. Vamos ¿con quién se quiere casar?

El sencillo, por no decir tonto, del administrador, creyó que la cosa estaba hecha, que el conde sabía algo, que tal vez la misma Mariana le habría ya prevenido, en fin, se figuró ya su misión felizmente terminada.

—Vamos,—volvió á decir el conde,—¿con quién?

—Con la niña Marianita,—contestó con mucho aplomo D. Remigio.

El conde dió un salto y agarró como una tenaza el brazo de D. Remigio. Sus ojos echaban chispas, su respiración era trabajosa, la rabia le salía por los poros.

—¿Con que con mi hija, con mi hija... y se ha atrevido ¡vive Dios!

D. Remigio cerró los ojos y creyó que había llegado el último trance de su vida.

El conde, después de dejar un cardenal morado en el robusto brazo de su antiguo criado, dijo con una voz que debió oírse hasta las lejanas y verdes praderas donde se habían dicho sus amores pocos días antes los entusiasmados novios.

—¡No!—é hizo seña á D. Remigio para que saliese.

D. Remigio salió y casi apoyándose en las paredes llegó á su recámara y se encerró para no decir á los novios el fatal resultado de su misión.

Al día siguiente temprano el conde llamó á su recámara á D. Remigio.

—No, no hay que caer de rodillas, ni nada de esas farsas propias de las mujeres. Escucha bien lo que voy á decir y á darte la última prueba de confianza.

En el acto dispondrás que tu hijo monte á caballo, regrese á la frontera y no vuelva á poner más los piés en la hacienda. No quiero verlo porque lo mataría.

Mandas después y cuando tu hijo haya partido, poner el avío y te llevas á Mariana á México; en cuanto llegues despides á todos los criados hombres, menos al viejo portero; que no haya más que mujeres en la servidumbre, y la camarista de la difunta condesa tendrá el gobierno de la casa. Notificas á Mariana de mi parte que no salga de su recámara hasta que yo llegue. Un grave asunto me impide hacer este viaje, pero fío en tí. ¡Cuidado!

Tres semanas después, Mariana llegaba á México y quedaba como enterrada en vida en el sombrío palacio de la calle de D. Juan Manuel.



CAPÍTULO VIII

El campamento

YENEMOS sobrado tiempo para descansar, almorzar y platicar. Tan luego como acabemos de subir la cuesta dispondrás que se sitúe en el extremo opuesto de esta montaña una gran guardia, que la tropa descanse sobre las armas y que toquen á rancho. La pagaduría y las mujeres tardarán todavía en llegar, y ya sabes que es una maldita costumbre, pero sin ellas no se puede establecer bien el campamento, ó los soldados se quedan sin comer, y sabes también cómo les cuido y por eso se baten como los hombres cuando yo los mando; no dudo que tú has hecho y haces lo mismo.

—¿Conoces este terreno?—preguntó el oficial á quien se daban estas órdenes.

—No mucho, es muy difícil é intrincado, y no lo saben bien más que los ladrones ó los indios queseros, pero entre los soldados del 5.º de línea hay dos cabos

que han merodeado cosa de dos años por aquí, los haremos montar á caballo, esta tarde recorreremos todo el rumbo, y mañana tú y yo daremos razón hasta del último vericuetto, pero tú eres el que principalmente debes poner cuidado y ya hablaremos de esto.

—¿Quieres que me adelante para dar las órdenes?

—Será mejor, y así almorzaremos más presto. Hace veinte horas que no pruebo bocado.

—Pues creo que hace treinta que me pasa lo mismo, hemos andado recio, pero yo estoy más acostumbrado que tú.

Esta conversación pasaba entre dos oficiales que con los caballos fatigados y cubiertos de sudor subían lentamente la cuesta de una montaña, cubierta de ocotes, cedros y oyameles, apartada dos ó tres leguas del camino real de Toluca y que por una parte continuaba á unirse con la Serranía y de otra parecía que era el límite de la extensa llanura de Lerma. Uno de los oficiales recogió las riendas á su caballo, le aplicó el acicate y se adelantó á cumplir con lo que se le había ordenado. El otro oficial, que era el jefe, sacó sus instrumentos de lumbré, y fumando un cigarrillo continuó la subida tan pausadamente como quería su caballo. Al frente en la altura, se veían relucir los fusiles de las compañías de infantería que formaban la vanguardia, y de uno y otro lado por entre los troncos del arbolado caminaban soldados, mujeres, arrieros y muchachos.

Una hora después estaba establecida la gran guardia, la tropa había formado pabellones con las armas, descansaba y se disponía á tomar el rancho, y los dos oficiales, sentados sobre unas piedras debajo de un grupo de encinas, saboreaba con apetito un frugal almuerzo y rea-

nudaban la conversación que sobre diversas materias habían entablado en el camino.

—No me has acabado de contar tus amores y las últimas peripecias de la especie de novela que empieza á formarse en tu vida. La mía es más larga, pues en todo soy más viejo que tú.

El que decía esto era un personaje de 35 á 40 años de edad, trigüeño y además requemado por el sol; ojos pequeños pero de miradas resueltas é incisivas, la boca sombreada con un bigote negro y espeso, de estatura mediana, delgado, muy derecho, listo y vivo en sus movimientos; era, en fin, el coronel Juan Banenelli, conocido por la severidad de su disciplina en los cuerpos que había mandado y por su arrojo y temeridad en la campaña. Cuando se trataba de asaltar un fortín, Juan Banenelli iba adelante, si le daban á defender una posición no la largaba sino cuando le habían puesto fuera de combate á las tres cuartas partes de la tropa. El otro oficial era Juan Robreño, de cosa de 25 años, de estatura alta, robusto y fuerte en todos los miembros, más claro de color que su compañero, y de fisonomía franca y abierta. Era el teniente coronel del 5.º regimiento de línea, que, estando en alta fuerza, se componía de mil plazas, con una excelente música y maniobrando admirablemente como formado por Banenelli.

—La fortuna ha sido favorable en esta vez y así creo que continuará,—contesto Robreño.—Dos años hacía que había pedido pasar á un cuerpo de línea y nada se había resuelto, hasta que por tu influjo, logré mi intento, precisamente en los momentos en que más lo necesitaba.

—Nada tienes que agradecerme,—dijo Banenelli,—

siempre he procurado tener oficiales valientes en mi regimiento, y esto es todo, pero no veo en qué pueda haber sido esto favorable á tus asuntos privados.

—¿Cómo que no? y mucho. Mariana ha sido enviada á México, y está en su casa como secuestrada, pero eso no importa, pues tengo modo de corresponderme con ella, y cuando termine esta campaña, que no será larga, entonces...

—Pero qué Mariana es esa, no entiendo ni una jota y me has contado tantas y tan diversas cosas á la vez, que es necesario, si no has perdido la chaveta, que pongas un poco de orden en tus ideas.

—Mariana, es la hija del conde...

—Acabaras... ahora sí comprendo algo, pero prosigue.

—El conde se puso furioso cuando mi padre se la pidió en casamiento para mí, y ordenó, si quería escapar con vida, que saliese en el acto para la frontera.

—¿Y qué, le tuviste miedo?

—No me digas eso, Juan, y debes figurarte que con la espada en la mano bien me puedo *rifar* con el conde sin embargo de que es un hombre atrevido y feroz, pero se trataba de mi padre y de Mariana, ¿qué querías que hiciera? Salí más que de prisa de la hacienda, caminé como acostumbro día y noche, y en Lampazos me encontré la orden para venir á México. Enderecé sin pérdida de tiempo mi camino y llegué para ponerme á tus órdenes. Mariana, como te digo, está en la calle de D. Juan Manuel, y mi padre mismo que la condujo me ha dejado una razón circunstanciada con una tía, hermana de mi madre, de lo que ha pasado. Cuento con los criados antiguos que detestan al conde é idolatran á Mariana. Uno de mis asistentes que traje de la frontera, está en



J. F. Parres y C^{ta} - Editores

B. R.

Lit. de la Imprenta de Barcelona.

Los dos militares se internaron en la espesura.



inteligencia con la camarista para advertirme de lo que sea importante y buscarme donde quiera que esté.

—¿Y qué piensas hacer?—le preguntó el coronel.

—En la situación en que Mariana y yo nos encontramos no hay más remedio que casarnos.

—Se volverán á repetir las escenas de la hacienda.

—No tiene duda,—contestó Juan Robreño.—La independencia no ha acabado con las preocupaciones, y los *títulos de Castilla* que hay en México, están tan engreídos y orgullosos como en el tiempo de los vireyes.

—¿Entonces?

—Tú lo comprendes, será necesario casarme contra la voluntad del conde.

—¿Y tu novia se atreverá?

—Perfectamente; es una muchacha resuelta y en eso ha sacado el carácter de su padre, saldrá de su casa y nos casará el capellán de nuestro regimiento y cuento con que tú me ayudarás.

—Con alma y vida, sólo que necesitaremos la licencia del gobierno y bastará pedirla para que todo el mundo lo sepa.

—Me casaré sin la licencia y después la pediré.

—Ya arreglaremos eso,—interrumpió el coronel,—y seguiremos platicando,—por ahora es necesario reconocer el terreno, los dos cabos están listos y los veo venir.

—Como quieras,—contestó el teniente coronel,—y andando, andando te diré mis planes.

Los dos jefes montaron en los caballos de refresco que estaban ya listos, y, seguidos de los dos cabos que conocían el terreno, se internaron en el monte, y á poco se perdieron entre la espesura de la arboleda.

Muy entrada la noche regresaron los dos oficiales y estaban ya listas sus camas de campaña, que se componían de unas pieles de cíbolo, el capotón azul y la maleta por almohada. Delante había una lumbrada y junto á ella ensartados en la baqueta de un fusil se asaban unos trozos de carne fresca de carnero.

—Ya que hemos hablado como unas cotorras de aventuras y de amores,—dijo el coronel apeándose de su caballo,—antes de cenar y dormirnos hablaremos de las cosas importantes del servicio, que no quería yo tocar sino después de haber recorrido el terreno. ¿Estás bien enterado de la posición que ocupas?

—La conozco ya como á mi maleta.

—Perfectamente. Ahora ya puedo decirte mi plan.

El teniente coronel entregó su caballo al asistente, se sentó como en la mañana en la piedra y escuchó con mucha atención á Banenelli, que se paseaba azotándose el pantalón con un chicotillo que acostumbraba llevar, ya á pié, ya á caballo.

—Este Gonzalitos, de quien te he hablado ya en el camino, se pronuncia y se despronuncia, entra y sale á Toluca como Pedro por su casa, y hasta ahora se ha burlado de los jefes que ha mandado el gobierno á batiirlo. Yo he jurado que de mí no se ha de burlar. Tiene en constante inquietud al gobierno general y al gobernador del Estado, y si quieres, para mí, además de ser un deber el acabar con este mentecato, es cuestión de amor propio, y no regresaré á México sin haberlo destrozado, cogido y fusilado.

—Pero ese Gonzalitos deberá ser muy valiente,—dijo Juan Robreño.

—Cualquier cosa,—contestó el coronel;—lo que tiene

es tropa bien montada, indios de los pueblos del costado del volcán que andan muy recio, y se dispersan y esconden cuando los atacan... y conoce bien estos rumbos. Escucha cuál es ahora el plan. Gonzalitos está entre Ixtlahuaca y Toluca. A las cuatro de la mañana salgo de aquí con 600 hombres y voy á marchas dobles á colocarme á su retaguardia y empujarlo para Toluca, donde no hay guarnición. En Lerma hay una brigada con una batería. Luego que yo esté con mi fuerza á su alcance, mando un correo violento á la tropa de Lerma. Si nos presenta batalla, se encuentra entre dos fuegos, si entra á Toluca lo encerramos y con la tropa tuya, la de Lerma, la de Morelia y la mía, lo cercamos, y al fin tendrá que rendirse. Si trata de escapar, precisamente vendría por este lugar para pasar al Estado de Querétaro sin tocar á México. Aquí lo coges desprevenido y lo haces pedazos. Si sus fuerzas son superiores á las tuyas, te haces matar tú y tus soldados hasta que yo llegue, y no dilataré en llegar, porque de por fuerza he de venir picándole la retaguardia. ¿Me has comprendido?

—Perfectamente,—respondió el teniente coronel,—y cuenta que aún cuando no vinieras en mi auxilio me bastan estos cuatrocientos muchachos para dar cuenta con él. ¿Quién podría desalojarme de este bosque ni con 2,000 hombres?

—Me alegro oírte. Escucha por último: te he dicho que para mí esta campaña es cuestión de amor propio; así, después de haberte dado mis órdenes como jefe, espero, que como amigo, me servirás en esta ocasión. Ya conoces mi carácter y mi modo de obrar. Si te portas como quien eres, contarás conmigo en todo. Si perdemos esta campaña, bien entendido, si es por tu culpa, te fu-

silo en el acto donde quiera que te encuentre. Piénsalo, y si no estás conforme te retiras mañana á México con pretexto de enfermedad y te daré tu pasaporte en regla, y entregarás en seguida el mando al capitán más antiguo.

—Por toda contestación Juan Robreño estrechó la mano de su coronel.

—Gracias,—dijo el coronel.—Nada más tenemos que hablar. Durmamos un poco, pues el primer toque será á las tres de la mañana, y á las cuatro estaré en marcha.

Efectivamente, á las cuatro el coronel había ya partido con una sección de su tropa y el teniente coronel ordenaba su campamento y su servicio. Cerca de una semana pasó sin novedad alguna. El lunes de la siguiente Juan Robreño recibió un correo de Banenelli. En un papelito le decía. Gonzalitos está remontado en el volcán, reclutando gente. «Nos hace esperar mucho, no importa. Estoy á la mira y todo bien preparado; por ahora nada tendremos de caliente, sin embargo mucha vigilancia.»

El día menos pensado muy de mañana, un indito que cargaba en sus espaldas un huacal vacío y un manojo de velas de cera en la mano, fué llevado ante el jefe por una patrulla de cuatro hombres y un cabo.

Mi teniente coronel,—dijo éste poniéndose la mano en la visera del kepi,—la avanzada, que está situada á la salida del camino, ha cogido preso á este indio que trataba de penetrar en el campamento y andaba ocultándose con los troncos de los árboles. Luego estos indios son espías y su señoría determinará si se le fusila.

—¿Qué querías, José—dijo con buen humor el teniente coronel dirigiéndose al indio, que con el sombrero en la

mano y los ojos bajos esperaba su sentencia, pues los soldados de la patrulla le habían amenazado y acobardado mucho mientras lo conducían.

El indio alzó la vista é hizo una seña de inteligencia al jefe.

—Que se retire la patrulla y yo examinaré á este indio.

El cabo hizo los honores de ordenanza, dió media vuelta á la izquierda y se retiró á su puesto con los soldados.

—Vaya, ahora puedes decir lo que quieras, ya se fué la escolta y ningún mal te haré.

Juan, en vez de creer que el indio era un espía, supuso que era enviado por Banenelli.

—Vamos, no tengas miedo, dí por qué venías á este campamento, quién te ha mandado, ¿traes alguna carta?

El indio examinó atentamente la fisonomía de Juan, miró á todos lados, y ya fijo en lo que iba á hacer puso el huacal en el suelo, se desató una faja de algodón y del centro de ella sacó un papel muy bien plegado que entregó.

—¿Quién te ha dado esto?—le preguntó Juan tomando el rollito de papel.

—Pus la amita de México, de la calle de D. Juan Manuel. Yo entrego los quesos y las mantequillas de la Hacienda de San Nicolás, en la casa.

El corazón de Juan dió un vuelco, y sin saber por qué se puso pálido como un muerto.

—Toma y retírate por ahí cerca á descansar, pues te necesito para que llesves la respuesta,—dijo Juan dándole un duro al indio.—¿Podrás hacerlo?

—Sí, señor amo, lo que quiera su merced, bajaré de

camino á la Hacienda de San Nicolás, recogeré mis mantequillas y mañana á las siete estaré en México en la casa.

El indio se retiró á poca distancia y se sentó debajo de un árbol, y sacando del huacal unas gordas de elote, comenzó á morderlas y á saborear los bocados con el mayor apetito.

Juan desdobló el rollito, pasó rápidamente la vista por las páginas escritas y exclamó arrancándose un mechón de cabellos.

—¡Rayos del cielo! El infierno se ha conjurado contra mí, ¿qué hacer? ¿Cómo salir de este aprieto? En fin... calma... calma... es necesario reflexionar mucho, ya leeré otra vez y despacio esta carta...

Juan en efecto, desarrugó con mucho cuidado la carta, la guardó en el bolsillo, recomendó al indio que no se separase de aquel sitio, recorrió el campo dando algunas disposiciones y regresó á su puesto, donde ya lo esperaba el asistente con un frugal almuerzo que apenas comió. Se recostó, trató de dormir y no pudo, al fin inquieto, se levantó y dirigiéndose á un sitio apartado leyó de nuevo la misiva que tanta emoción le había causado.

La carta de Mariana no era por cierto una carta que como las de la célebre Eloisa, pudiese servir de modelo y de copia para los amantes de todos los siglos, sino por el contrario, revelaba sencillez y hasta vulgaridad. Como se ha visto, Mariana, aunque hija de noble casa, no tenía cultura ninguna, encerrada casi siempre, atemorizada unas veces, violentada otras, desesperada las más á causa del carácter raro y excéntrico de su padre, cuando vió y trató á Juan fué con una decisión completa, con una especie de salvajismo terrible pero al mismo tiempo desnudo de los adornos y del brillo con que el talento

natural de la mujer y el grado de sus conocimientos y educación reviste los lances y los sucesos en que interviene el amor. Entre papeles muy curiosos un viejo amigo conservaba esta carta, que como se verá más adelante, fué entregada al coronel Banenelli. No hacemos más que copiarla aquí íntegra porque además de dar idea del carácter de Mariana, contiene ideas extrañas sobre el suicidio, escritas por ella que nada tenía de romántica.

«Juan: Yo no sé si Dios me ha abandonado ó me quiere todavía. A pesar de que Agustina (la camarista de confianza) me explicó bien el rumbo que tomabas y el modo como te había de escribir si algo se me ofrecía, nos fué imposible el acertar dónde estabas, pero la casualidad quiso que viniese antier por la mañana el indito que trae á la casa las mantequillas y los quesos de la hacienda de San Nicolás Peralta. Agustina le preguntó si había visto alguna tropa por el rumbo del monte, y si la había visto, dónde podría encontrarla, en fin cuanto se le ocurrió para poder escribirte con seguridad. No sé si sabrás que los indios queseros atraviesan por veredas que ellos solos conocen y llegan á México en la mitad del tiempo que cualquiera otro que viene por el camino real. El indito que es muy vivo é inteligente nos impuso de cuanto quisimos, le dimos dos pesos y dijo que si no te habías marchado á otro lugar él te encontraría y en mano propia te entregaría mi carta. Creo que hasta te vió en el camino y te conoce. Quiera Dios que llegue á tu poder esta carta porque sería terrible si así no sucediese.

»Tuve que salirme de noche de la casa de D. Juan Manuel, cuando las criadas se recogieron á sus cuartos

y el portero estaba profundamente dormido. Estoy en la casa de Agustina, que tú conoces, y me vine á ella porque... ya lo pensarás, no era materialmente posible que permaneciese un día más en la calle de D. Juan Manuel.

»Me tienes aquí: mi padre llega el día... de modo, que sólo hay ocho días escasos de que disponer. Si en este corto tiempo no estoy libre y de vuelta sin que nadie lo sepa (como no han sabido mi salida) en la casa de la calle de D. Juan Manuel, soy perdida, pero no solamente perdida sino de una manera horrorosa.

»Te vuelvo á repetir es preciso que yo esté libre. ¿Lo estaré? No lo sé.

»Es preciso también que tú vengas. ¿Vendrás á tiempo? Tampoco lo sé.

»No una muerte, sino mil muertes eran preferibles á esta agonía.

»¿Por qué no quiso mi padre que me casara contigo? ¿Porque eras el hijo del administrador y él es conde?

»¡Malditos mil veces los condes y los marqueses! ¡maldito mil veces el dinero que no ha servido sino para hacerme la criatura más infeliz de la tierra!

»Qué vida tan tranquila pasaría mi padre y nosotros viviendo ya en México, ya en la hacienda, cuidando tu padre y tú mismo los intereses de la casa, en vez de encontrarnos como lo estamos ahora, en la situación más triste, teniendo necesidad de ocultarnos y de engañar, no sólo á mi padre sino á los criados, á los parientes, á todo el mundo y todo por que no hemos nacido iguales. ¿Qué igualdad es esa? Yo te veo á tí, joven, bien hecho, te diría hasta hermoso, con tu gran bigote y con tus patillas negras. Menos blanco que yo, es la única diferencia, pero

puede ser que esto sea porque estás quemado por el sol. ¡Sangre azul! La mía y la tuya son encarnadas, y luego, si me hubiese casado con uno de mis primos, de sangre azul, me habría puesto como regalo de boda un puñal debajo de la almohada, como lo hizo el conde con mi pobre madre que estará en el Cielo... pero no sé ni cómo tengo valor ni aliento, para escribirte estas cosas que tú sabes lo mismo que yo, cuando necesito valor y aliento para otra cosa más terrible que es morir. Lo he pensado, es el único remedio si mi padre llega antes que tú. Es seguro que mi padre me matará con ese horroroso puñal que conozco desde que abrí los ojos. ¡Llorar! echarme á sus piés de rodillas, pedirle perdón, todo será inútil. Conozco su carácter, cuando se enoja no es un hombre sino una fiera. Sólo de pensar que le he de ver esos ojos que echan rayos, ese bigote negro retorcido que da miedo y levantada la mano con el puñal, sufro una congoja peor que la misma muerte. Antes que pasar por esto prefiero matarme yo... pero, ¿cómo? Hace cuatro días que no se me quita esta idea de la cabeza, y por supuesto que nada he dicho á Agustina, á la que le he hecho diversas preguntas para ver si lograba que me comprase algo de la botica; pero imposible, el láudano mismo que le pedí para calmar un dolor nervioso no se lo quisieron vender sin receta de médico. Echarme del balcón á la calle ¡qué horror! De cabeza, sí, de cabeza, porque de otra manera me rompería los huesos y no moriría, con todo y esto mi padre me mataría; de cabeza, sí, ¡qué horror! mis sesos saltarían y la calle quedaría llena de sangre y todo el mundo sabría por qué causa me dí la muerte. He ocultado un cuchillo afilado y con punta que sirve en el comedor. Con ese si... un momento de

valor y enterrado en el mero corazón, me dará la muerte en el instante. ¿Y si no me hiero bien y quedo viva y sufriendo no sé cuantos días?... la verdad es que tengo miedo... mucho miedo, quiero morir y no me resuelvo á darme la muerte, de ninguna manera, y luego ¿qué me pasará en la otra vida? Espero que Dios me perdonará, pues que he sido tan desgraciada en el mundo. ¿Y si no me perdona y me voy al infierno por toda una eternidad? Yo creo, Juan, que los que se matan están locos; ninguna persona en su sano juicio puede tener valor para destruir su existencia, pero lo que yo temo es volverme loca y entonces, me mataré; no sé cómo, pero lo haré, y además para mí no hay otro remedio. Entre morir cosida á puñaladas y oyendo las maldiciones é injurias de mi padre á morir sentida y llorada por Agustina y por tí, prefiero esto y lo haré, no hay duda... acabo de examinar el cuchillo... sí... entrará fácilmente en mi corazón... me acostaré en la cama, colocaré lo mejor que pueda la punta, haré un esfuerzo supremo... Dios tendrá misericordia de mí si tú no vienes. Es necesario que entres por el balcón á la una de la mañana, Agustina te abrirá la vidriera.—Adiós.»

Cuando el jefe del destacamento acabó de leer la carta golpeó su frente contra el tronco del árbol en que estaba apoyado y volvió á gritar.

—¡Rayos del cielo! ¿por qué no aniquilas á estas gentes tan miserablemente tratadas por la suerte? ¡Matar al conde! ¿y qué gano con esto más que mayores desgracias? matarme yo... ¡oh! no tengo miedo como Mariana ni el infierno me atemoriza, pero sería una infamia abandonarla... ella... ella...

Después de media hora en que quedó con la frente recargada en el tronco del árbol y las manos sobre su cabeza, sacó su pañuelo y se limpió el sudor que le produjo la agonía de su situación y se dirigió al campamento.

—No hay remedio,—dijo,—si no voy perecerá de una manera ó de otra; es necesario ir á verla y salvarla.

CAPÍTULO IX

El Chapitel de Santa Catarina

AGUSTINA, la antigua y fiel camarista que sirvió y acompañó á la difunta condesa hasta sus últimos momentos, tenía una modesta habitación en la calle del Chapitel de Santa Catarina, en la cual se refugiaba tres, cuatro y hasta ocho días cuando estallaba alguna tormenta en la casa de D. Juan Manuel, ó el carácter violento de D. Diego la obligaba á evitar su presencia. Un angosto portillo cerca de la entrada del zaguán, daba paso á una empinada escalera de losas que terminaba en un corredor pequeño lleno de macetas bien cultivadas. Como en muchas de las viviendas de las casas de vecindad, la primera pieza era la cocina, después un cuarto que podía servir de comedor, y en el fondo un salón con balcón á la calle; las paredes blancas pintadas de cal, los suelos de tierra roja, los muebles antiguos y

viejos, la cama de madera pintada de verde con su cabecera con deformes miniaturas, que representaban la degollación de los inocentes, y el todo, limpio, propio y agradable. Lo que había, no solamente curioso, sino sorprendente, era un nicho de cristales de Venecia, y dentro una Virgen de las Angustias con su hijo muerto descolgado y sangriento, que caía de su regazo al suelo, y con sus débiles manos trataba de levantar y sostener. El que por primera vez entraba, no podía menos de sobrecogerse de miedo y quedarse fijo é inmóvil delante de este grupo de escultura, que parecía más bien natural que no obra del arte. En un rato de bueno ó de mal humor, el conde, que no era muy devoto, había hecho este regalo á la criada de confianza, y ésta, antes de que pudiera arrepentirse, se apresuró á trasladarlo á su sala. Desde entonces, la casa no estuvo sola. Agustina encontró una celeste compañera con quien conversaba, á la que consultaba sus negocios, contaba sus penas, daba cuenta de las cóleras del conde, y de cómo trataba á su infortunada mujer. A esta casa fué llevada Mariana, con tal tino y secreto, que nada habían sabido ni los criados de D. Juan Manuel, ni las vecinas del Chapitel, y en esta casa escribió su carta al amante, y esperaba ansiosa su llegada ó la muerte.

Desde el momento en que Mariana salió de su palacio para encerrarse en la sala de la camarista, tuvo que sostener un combate terrible. Las horas le parecían una eternidad, no anunciándose los síntomas precursores que debían determinar un desenlace, se figuraba que el amante no habría recibido la carta, ó no acudiría con exactitud á la cita, pero cuando por otra parte pensaba en su padre, el tiempo volaba, y día por día, hora por

hora, minuto por minuto se lo figuraba en el coche, entre el polvoso camino, acercándose cada vez más á la garita, atravesando las calles, entrando en el gran patio, abriendo la portezuela, subiendo las escaleras y gritando con su voz estridente: ¡Mariana, Mariana! ¿dónde estás? por qué no has bajado á recibirme, y entonces no obstante que cerrase los ojos y se los cubriese con las manos, veía relucir en la oscuridad el largo puñal que tantas veces había visto debajo de la almohada de su pobre madre. En esos momentos sentía que su razón se extraviaba, y que venciendo su miedo, sin pensar ni en Dios ni en la eternidad, usaría del tosco cuchillo que había ocultado, y que por una fatalidad inexplicable tenía como la madre debajo de su almohada.

El momento decisivo ineludible se acercaba. En una noche de vela, de agitación, los síntomas aparecieron; esto fué un consuelo, era la mitad de su salvación, otra noche de vela sin lograr cinco minutos de sueño ni de reposo. Ya se paseaba agitada de uno á otro extremo de la pieza, ya se sentaba en el sillón ó en el duro canapé, ya se recostaba, tratando de dormir en la aseada cama, ó ya fijaba su atención en los monstruosos muchachos degollados y sangrientos pintados en la cabecera... nada... una tensión de nervios aguda que le quería dar rabia, que la volvía loca, que la botaba de una parte á otra, que la forzaba sin su voluntad á buscar el puñal debajo de su almohada, ó á abrir el balcón para arrojarle á la calle. Agustina, silenciosa, no hacía más que observar con dolor esta febril agitación.

Llegó por fin la última y terrible noche, en la que su suerte debería resolverse. Era lunes, el jueves á medio día llegaba el conde, un criado se había adelantado con

una carta urgente para una persona con quien tenía un asunto grave, y Agustina había sido advertida.

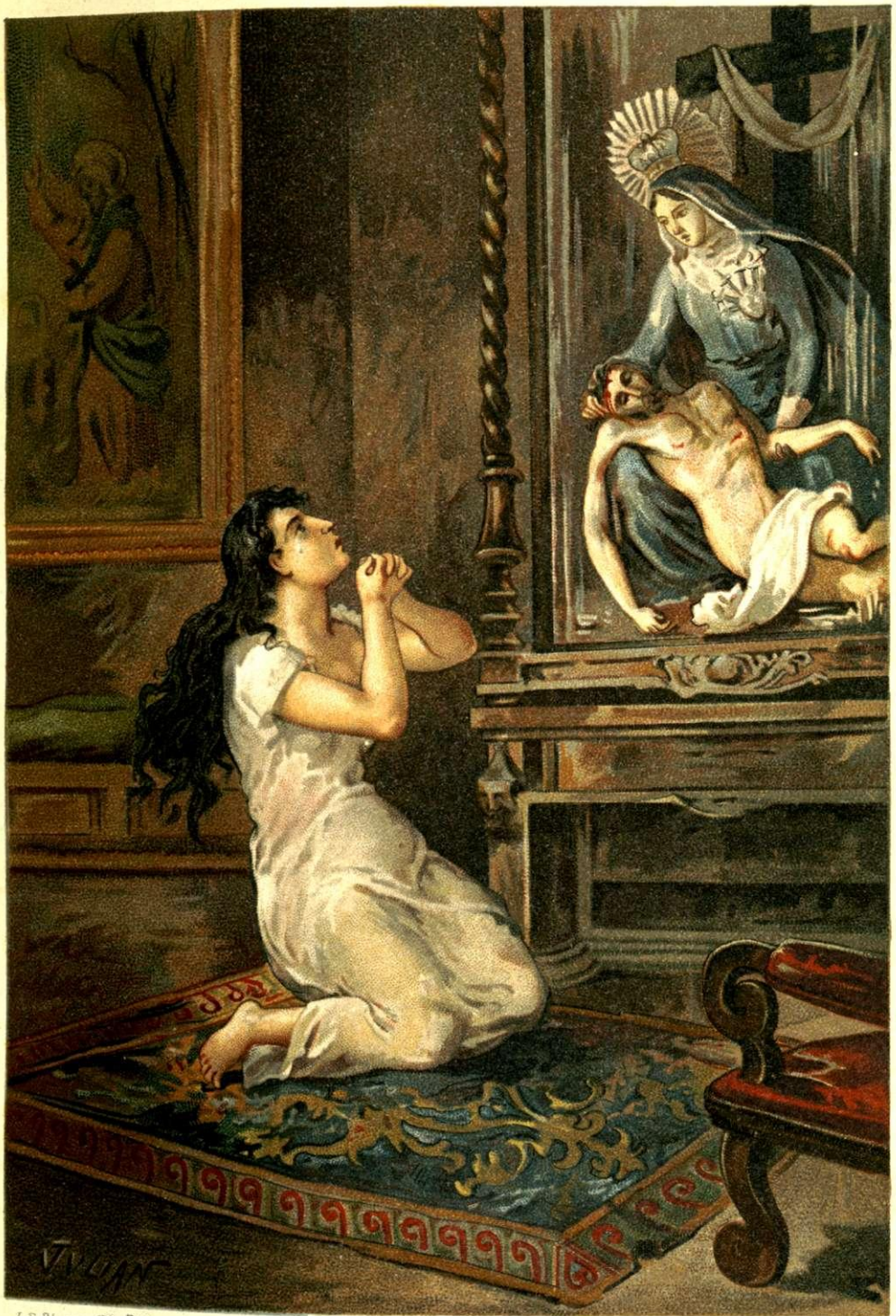
Mariana estaba ya casi loca, los dolores la hacían sufrir, pero más que todo su espíritu sucumbía, se quejaba, pero no podía llorar, sus ojos más bien ardientes é inyectados, se dirigieron á la afligidísima y triste Virgen, y le pareció, todavía más que á Agustina, que aquellos ojos de donde corrían las lágrimas, se desviaban un momento del cadáver sangriento de Jesús, para mirarla afectuosamente, que aquellos labios entreabiertos y pálidos, se movían y le hablaban, que las manos blancas y torneadas abandonaban un momento su preciosa carga, y se tendían hacia ella para sostenerla... Mariana separó sus cabellos que en desorden le caían sobre la frente, quedó un momento entre la vida y la muerte, como si su alma se hubiese separado de su cuerpo, y derramando un torrente de lágrimas, cayó de rodillas con las manos clavijadas, exclamando:

—¡Señora mía de las Angustias, madre piadosa de los afligidos, ampárame en este trance terrible de mi vida, ó dame fuerzas para salir de este mundo! ¡No es un crimen, madre mía, mi alma está inocente y pura, á tí ofrezco mi vida, de tí espero mi salvación!...

No pudo concluir su ferviente plegaria, las fuerzas le faltaron, pero Agustina presurosa la sostuvo, la levantó y la condujo á la cama...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! me muero,—y dió un agudo grito,—pero á poco otro grito de júbilo resonó en la estancia, y fué escuchado por la maravillosa imagen.

—¡Salvada, salvada, gracias, madre mía, gracias. Virgen santa de las Angustias!



J. F. Párras y C^á - Editores

B. R.

Lit. M. Pujades - Barcelona

"Y derramando un torrente de lágrimas cayó de rodillas.

© Biblioteca Nacional de España



Mientras pasaba esta escena en la apartada y silenciosa vivienda que hemos descrito, no obstante que esté ya muy avanzada la noche, tenemos que dar un paseo por el Chapitel, sin miedo de ladrones, pues que de por fuerza el sereno tendrá que estar despierto, como en efecto lo estaba en ese momento. Levantóse del quicio de una puerta donde estaba sentado, tomó su farol colocado en medio de las cuatro esquinas, y cargando la escalera se dirigió con un ligero trote al primer farol que estaba apagándose, y así continuó con los demás, con lo que se consiguió que quedasen un poco más visibles los edificios viejos y descascarados, las ventanillas y balcones con papel en lugar de vidrios, los grandes agujeros del empedrado y el caño con sus aguas negras y espesas que corre á lo largo de esta triste calle, y por algunas partes la llena hasta hacer difícil el paso. Al principio de esta calle está la parroquia de Santa Catarina mártir, con su pequeño atrio rodeado de pilastras con gruesas cadenas de fierro, á semejanza de la entrada de un castillo feudal. Enfrente el mercado del barrio, formado de tablas y tejamanil muy viejo, sucio y remendado por todos lados, que aunque cerrado en la noche, despedía un olor acre de cebollas, ajos y de vegetales en descomposición. A lo largo, por un lado el imponente y sombrío edificio de Santo Domingo, de tezontle amoratado, por el otro la peligrosa avenida de Santa Ana, que termina en la garita de los Pulques.

Cuando el sereno, habiendo acabado su trabajo de encandilar los faroles, colocaba su escalera contra la pared de la esquina, sonaron lentamente las doce de la noche en el reloj de la parroquia.

—No puede dilatar el comandante,—dijo el sereno,—

acaban de dar las doce. Voy á avisar al guarda del mercado. En efecto, se dirigió al guarda del mercado y habló cuatro palabras con él, lo que bastó para que éste tomase su farol y se fuese á esconder en el callejón.

La calle del Chapitel estaba oscura y desierta, lo mismo que las inmediatas, de cuando en cuando se oía el rechinado de las botas y los tacones de algún vecino retardado que daba vuelta por las calles de Celaya ó la Puerta falsa, y todo quedaba después en silencio, que era solamente interrumpido por el monótono ruido del chorro de la fuente del mercado y el maullido de los muchos gatos que andaban en sus amorosas excursiones por los tejados de las tiendas. La noche estaba oscura y amenazaban unos de esos formidables aguaceros tan frecuentes en la estación de Julio á Octubre. Una persona no acostumbrada á las calles de México, no habría pasado con mucho gusto, ni muy segura por la vieja y solitaria calle del Chapitel.

Un hombre sin embargo tenía que hacer en ella. Embozado en un largo capotón azul, pegándose á las fachadas de las casas, vino de por el rumbo de Santo Domingo, tocó el hombro del sereno que estaba medio sentado en la columna de la esquina, y habló con él algunas palabras en voz baja.

—Entendido, mi comandante,—dijo el sereno,—cuando usted quiera.

—Al momento,—contestó el embozado.—Va á dar la una y es la hora precisa de la cita.

El sereno volvió á cargar en sus hombros la escalera, y seguido del embozado, siguió hasta la mitad de la calle y la aplicó al balcón de una casita situada junto al cuadrante de la Parroquia.

El embozado subió, y á un ligero toquido se entreabrió la vidriera del balcón.

—Espere usted, espere usted un momento, encenderé la luz, todo va bien hasta ahora, apagué la vela para que no fuese á observar alguno de la vecindad.

—Todo está solo y cerrado,—contestó Juan,—nadie me ha visto. ¿Y Mariana?

—Aquí, aquí, Juan; he salido con bien y viniste. Ya sabía yo que habías de venir. Sólo temía que no hubieses recibido mi carta. Mariana buscaba en lá oscuridad las manos de Juan.

Agustina había ya cerrado el balcón y encendido las palmatorias colocadas delante del nicho de la Virgen, y Juan se encontraba junto á la cama donde estaba recostada Mariana.

—He perdido quizá el honor, mi porvenir y mi carrera, y después también podré perder la vida, pero no importa, todo por tí Mariana. He venido y estoy contento.

Juan estrechó á Mariana en sus brazos y le dió un ardiente beso.

—Todo lo he perdido también por tí, Juan; honor, títulos, riqueza, quizá también la vida más adelante, pero estoy contenta como tú, y á su vez Mariana, estrechó á su amante en sus brazos, y correspondió su amoroso beso. Unicas, pero sinceras y ardientes caricias.

—No hay que perder tiempo Mariana,—dijo el amante,—las patrullas por una disposición del comandante general, deben recorrer la ciudad, desde la una de la noche, por que temen no sé qué movimientos de los barrios, oye... oye.

En efecto, se escucharon las herraduras de unos caballos y á poco una patrulla de cuatro hombres y un cabo

pasó por la calle. El sereno, listo, antes de que llegare, quitó la escalera y la arrimó al farol cercano. A poco todo volvió al silencio.

—Lo tengo ya arreglado,—dijo Juan.—Estará con mi tía, que lo cuidará al pensamiento y nada le faltará, y tú debes estar completamente tranquila. Mientras tengamos de nuestra parte á esta buena Agustina, tendrás modo de verlo, aún cuando esté aquí tu padre, y nos escribiremos para arreglar la manera de hablarnos, si es posible, y de concertar nuestro casamiento para lo que voy á valerme de personas á quien el conde considera y necesita mucho. De pronto tengo que regresar á mi campamento. He dejado la tropa á cargo de un capitán, y sabe Dios lo que habrá ocurrido.

Juan descendió con mucho tiento por la escalera que había vuelto á colocar el sereno y cuidando mucho un bulto que tenía en un brazo y cubría su espeso capotón azul. Cuando se vió en la calle, sacó del bolsillo unas monedas de oro, las dió al sereno y desapareció misteriosamente entre las sombras de la negra noche.

Tres días después, Mariana estaba recostada en su lecho en la recámara de su casa de la calle de D. Juan Manuel. El conde de regreso de la hacienda, la encontró con el médico á la cabecera. No era gran cosa, un resfrío que pasaría, la calentura había disminuído y únicamente se necesitaba del reposo y de una dieta moderada para que le volviese la salud.

Juan devoró el camino, y con el caballo casi moribundo de fatiga, llegó al campamento. No encontró más que á los indios queseros de la hacienda de San Nicolás que atravesaban la montaña con sus huacales en las espaldas. Tomó de ellos, y en las haciendas cercanas informes, y

supo que Gonzalitos había entrado y salido de Toluca, que Banenelli no lo había atacado sin duda por la falta de combinación, que una brigada permanecía en Lerma y que su tropa, encontrándose sin jefe, se había desbandado, y el capitán regresado á México con los soldados viejos y aquerenciados con su coronel.

—¡Perdido, completamente perdido! en donde quiera que me encuentre Banenelli me fusilará. Sin embargo, hice bien. Mariana se habría matado. Lo volvería á hacer,—y diciendo esto Juan, en vez de regresar á México, tomó á galope el camino de la frontera.

CAPÍTULO X

La viña

DE por fuerza, tenemos que pasar á otro lugar no muy distante, pero de seguro más raro y extraño que el Chapitel.

No era por cierto la viña del Señor, ni el lugar ameno donde las hojas de la verde parra trepan por los árboles y cubren las fachadas y los tejados de las casas de campo, proporcionando sombra y fresco en las calurosas horas del medio día, y llenando el ambiente de gratos olores después de las lluvias del estío. Lo contrario de todo esto y no se puede ahora creer como subsistió tantos años la viña, sin causar la muerte de los habitantes de la Gran Tenoxtitlan.

Acabando de andar las seis calles del Relox, que en tiempos antiguos se llamaba de las Atarazanas, y tomando el otro crucero paralelo, terminando el paseo, por las calles de Santa Catarina, Santa Ana y Puente de Tezontla-

le, se encuentra uno repentinamente en un país, no sólo desierto, sino desolado, tristísimo y asqueroso. Allá á lo lejos se divisan las torres y cúpulas de Santiago, y la fachada ennegrecida de un edificio llamado el Tecpan, donde se asegura que estaban los más ricos mercados en tiempo de los reyes aztecas. A la izquierda, y como si estuviera muy lejana, aparecía la pequeña torre de la iglesia de los Angeles, donde hay una imagen de la Virgen pintada en una pared de adobe, que se conserva todavía intacta, no obstante la humedad, lo cual la gente del barrio considera un milagro. Viniendo por el lado de Santa María, hay hasta cerca de la plazuela de los Angeles, una acequia llena de lodo, y sobre la poca agua que tiene se producen diversas plantas acuáticas, que abrigan infinidad de sapos, mosquitos é insectos. El resto de ese vasto terreno es eriaso, salitroso y color de ceniza: en la estación de calor soplan frecuentemente unos ventarrones con dirección á la ciudad, adonde llevan nubes de ese polvo sucio y ardiente, y durante las aguas en las depresiones del terreno, se forman pequeñas lagunas y lodazales profundos, donde se atascan las carretas que vienen del interior cargadas de efectos, y tienen que transitar por allí, para ahorrarse una gran vuelta, entrando por la garita de Vallejo. Los historiadores y anticuarios afirman, que en los días de la conquista, era lo más poblado, lo más alegre y lo más floreciente, tanto que formaba un reino ó por lo menos una capital separada de México, y no se reunió á él sino al advenimiento de Moctezuma primero ó segundo; pero sea de esto lo que fuese, en el curso del tiempo, ya por la falta de agua, ya por que impregnado el terreno de salitre, era impropio para la cultura, las gentes fueron abandonando sus casas, que el

tiempo y las lluvias se encargaron de destruir, y en la época de nuestra narración, no existían más que ruinas, pero ruinas sin interés, sin tradición ninguna. Casas sin puertas, otras con los techos caídos, otras rajadas como si se les hubiese partido con un hacha y en las hendiduras de los adobes ennegrecidos, naciendo y colgando yerbas ordinarias y de mal olor, y todos estos restos que el vulgo llamaba *paredones* esparcidos aquí y allá en medio de ese suelo fangoso é insalubre.

No sabemos, ni queremos averiguar, si fué un virey ó un presidente ó un ayuntamiento, el que dispuso que se tirasen en ese lugar las basuras y los desechos más asquerosos de la ciudad, que ya tenía sin duda más de ciento veinte mil habitantes, pero el hecho es, que así se ejecutó durante muchos años, y que más culpables y dignas de crítica son las autoridades que lo toleraron que las que en su principio lo dispusieron.

Desde las ocho á las once de la mañana, unos carretones pequeños tirados por una mula, recorrían la ciudad, se detenían en el centro de una calle y tocaban una campanilla. Un momento después salían las criadas y vecinas atropellándose por llegar primero y entregar al carretonero un tompeate ó un canasto lleno de cuantos despojos y basura habían reunido en los cuartos ó viviendas. Así continuaba el carretón su corrida hasta que estaba copado y la mula no podía tirar. Muy despacio se dirigía á la viña, donde vaciaba lo que había rejuntado. Así se fueron formando pequeñas montañas y una especie de pueblecito con sus calles y veredas, hasta el grado de que los que no estaban habituados, trabajo les costaba salir de ese inmundo laberinto, si no acertaban á orientarse por la primera torre de la ciudad que podían descubrir. No

hay para qué decir que cuando soplabá un ventarrón, una parte de la basura volvía á la ciudad.

La viña tenía su población especial, que se componía de traperos, de pordioseros y de perros, y los suburbios ó paredones, eran habitados de noche por los matuteros y rateros que no tenían casa ni hogar. Ninguna persona del interior de la ciudad se atrevía á transitar por la viña después de la siete de la noche.

Los traperos esperaban todos los días sentados en la cumbre de esas pequeñas montañas la llegada de los carretones, y sin más instrumentos que un palo ó un clavo grande, escarbaban hasta encontrar pedazos de fierro, platos quebrados, trapos, zapatos viejos ó cualquier otra cosa que les pudiera producir alguna utilidad. No era extraño que encontrasen cucharas de plata y alhajas que se apropiaban, pues ninguna obligación tenían de presentar á la autoridad esos objetos de valor. Los pordioseros no escarbaban la basura, sino que simplemente observaban si algo de lo que recogían los traperos, les podía convenir y compraban al contado, y por un tlaco ó cuartilla adquirían un sombrero, un calzado ó un par de mangas de chaqueta ó la pierna de un pantalón. Si nada de esto encontraban, volvían á las puertas de las iglesias ó á las esquinas á continuar mortificando á los transeuntes. Los perros en tropel, peleando unas veces, en paz otras, recorrían las veredas, trepaban por los montones, escarbaban la basura con la desesperación que da el hambre, hasta encontrar un hueso ó un armazón de gallina, pero concluyeron en fijar allí y en San Antonio Abad su domicilio, y formar una colonia perfectamente organizada y es curioso saber por qué.

El conde de Revilla Gigedo, que fué el gobernante por

excelencia de la colonia, que quitó el muladar que había frente del palacio vireynal, y que se ocupó hasta de los más insignificantes pormenores relativos á la policía, notó que existían en la ciudad muchos perros vagabundos, y dispuso que los zapateros pusiesen diariamente una cubeta llena de agua limpia en las puertas de su taller, y como los zapateros entonces, y aún muchos años después, tenían costumbre de trabajar en la puerta de sus accesorias ó en los zaguanes de las casas, fué muy fácil de cumplir esta disposición, y los perros, privados de agua por no existir río, ni corrientes accesibles cerca de la ciudad, tuvieron modo de aplacar su sed. Desde entonces se estableció esta costumbre y hoy mismo la siguen muchas personas. Para formar contraste con ese reglamento, se dictó otro en el curso del tiempo, que condenó á una muerte cruel á la raza canina, y la ejecución se encargó á los serenos. Al oscurecer, después de pasar revista delante del portal de la Diputación, recibir su aceite y encender sus farolillos, y armados de un grueso palo de encina, se dispersaban por las calles de la ciudad y parecían un enjambre de vistosas luciérnagas; los que los observaban ir presurosos y resignados á tomar su puesto en una noche fría y lluviosa, no podían menos de concebir una cierta simpatía. Esas luciérnagas se convertían en unos animales más crueles que los que iban á matar. Hasta las once de la noche, el sereno acurrucado en la puerta de una panadería, y envuelto en su capotón de azul, dormía profundamente. Concluído el teatro, cerrados los billares y cafés, y retirada la gente á sus casas, quedaba el traidor enemigo de los perros dueño del campo. Dejaba su farol en medio de las cuatro esquinas, empuñaba su garrote y se deslizaba cautelosamente por

las aceras. Encontraba un infeliz perro durmiendo descuidado en el quicio de una puerta, le asestaba un tremendo palo y le rompía las costillas ó la cabeza. Si el animal no podía correr, el sereno se encarnizaba y lo hacía allí pedazos, si corría, le lanzaba el palo con fuerza y le quebraba una pierna, y allí tirado indefenso le daba á diestro y siniestro hasta dejarlo tendido en un charco de sangre. A los perros que transitaban pacíficamente en busca quizá de algún alimento que no habían encontrado en todo el día, les cabía la misma suerte; á veces solían escapar heridos y morían en los arrabales después de tres ó cuatro días de sufrimientos. En varias noches se ponían de acuerdo cuatro ó cinco serenitos, y apoderándose de las bocas calles, se espantaban mutuamente los perros, de modo que por cualquier lado que quisieran huir, recibían unos terribles golpes ó unas heridas con un lanzón corto que llamaban chuzo y era el arma reglamentaria.

La ciudad toda, y por todas partes era turbada en las noches por lejanos ladridos de los perros que estaban fuera del alcance de la matanza, y por los dolorosos quejidos y aullidos de los que morían ó quedaban heridos. Muchas noches era imposible dormir y las calles amanecían manchadas de sangre. A los serenitos se les pagaba un real por cada perro que mataban, y á la madrugada cada uno, según sus obras, se dirigía á la *Diputación* arrastrando un racimo sangriento deforme y horrible. Tendían los perros abajo de la banqueta para que el público se recrease con este agradable espectáculo, obra de los sabios ediles y de los íntegros y celosos gobernadores de la ciudad, y no faltaba vez en que el regidor á quien tocaba, para manifestar su celo por la íntegra distribu-

ción de las rentas municipales, bajara á contar los cadáveres seguido de una turba de muchachos y mujeres que lo veían con una especie de terror y como si él fuera personalmente autor de toda aquella espantosa carnicería.

Los perros dilataron, en verdad, pero tuvieron que reflexionar para poner fin á este estado de cosas. Repentinamente desaparecieron; ni uno sólo acostado en las puertas, ni uno sólo transitando por las calles. En vano buscaban los serenos, ya en grupos de tres ó cuatro, ya separados, un perro siquiera para dar testimonio de su celo y ganar el real. Tuvieron que contentarse con sus cuatro reales diarios de sueldo y resignarse á dormir el resto de la noche, pues una vez que atizaban los faroles, ya no tenían ocupación ninguna, importándoles muy poco la seguridad de los vecinos.

Los perros resolvieron no transitar por la ciudad de noche. Hicieron sus habitaciones en la viña, cavando agujeros en lo más intrincado y recóndito de la basura, y lo mismo en San Antonio Abad, pasada la garita, aprovechándose de unos montones de tierra. En la mañana la mayor parte se encaminaba trotando, corriendo con las orejas paradas y moviendo la cola, hasta las calles, allí hacían alto, olfateaban y se dispersaban á buscar su vida. El uno se metía en un figón y era obsequiado por los que almorzaban con un pedazo de pan ó de carne, ó con un puntapié, lo que era más frecuente, otro atisbaba con paciencia que se descuidase la vendedora para arrebatarse de su sartén un pedazo de chicharrón y corría, algunos tenían ya sus casas conocidas, donde las criadas ó las amas les guardaban las sobras y se las ponían en el patio en una cazuela, y no tenían más que entrar y almorzaban, caldo, huesos de gallina y ternera, garban-

zos, pedazos de pan; vaya, como unos príncipes. Los más desgraciados, rejuntaban lo que podían en las calles y recibían tal vez una herida de un desalmado carnicero que de intento los dejaba entrar, y les ponía la golosina de la carne, pero en obsequio de la verdad, otros carniceros, en vez de puñaladas, les tiraban los pellejos y los huesos sobrantes; en cuanto á la agua, no carecían de ella, y sabían ya las puertas de los zapateros donde estaba la cubeta con el líquido cristalino y fresco. Era quizá el único goce cierto y sin riesgo alguno. Tan luego como oscurecía y observaban la luz de los faroles de los serenos, agachaban las orejas, y unos hambrientos, otros repletos, otros heridos ó maltratados, salían al trote de las calles de la ciudad, y se dirigían á sus madrigueras. En las noches, en vez de los lastimeros quejidos de otros tiempos, se escuchaban lejanos ladridos amenazadores y era que algún ladronzuelo, descarriado, ganaba con precaución un abrigo en los paredones.

La viña tenía una fisonomía especial. Por la mañana, de las ocho á las once, presentaba un aspecto alegre, si alegría¹ podría haber entre las inmundicias y residuos humanos, pero el sol brillante reflejaba sobre los tientos de botellas y vasos rotos, los restos de legumbres que desperdiciaban las cocineras, recobraban con el sol su tinta verde, y las cúspides de aquella extraña serranía estaban llenas de viejas, de muchachitos casi desnudos y de hombres que, vestidos de harapos y remiendos de colores, se destacaban desde lejos como si fueran los bocetos de un gran cuadro al estilo de Díaz, y luego los carretoneros iban y venían, apostrofaban á sus mulas, reían y platicaban entre sí, como si fuesen las gentes más felices del mundo, y uno que otro arriero se solía dirigirse por las orillas de

este extraño lugar por si sus burros encontraban para almorzar algunos rabos de cebolla ú hojas de col. Después de las doce de la mañana todo ese rumbo quedaba desierto, ni perros, ni traperos, ni arrieros, nada; el sol reserberando calentaba las montañas que parece que querían arder y se comenzaban á desprender gases mortíferos y deletéreos que el viento se encargaba de introducir hasta los más ricos comedores de los desgraciados habitantes de la capital.

Entre las muchas viejecitas que concurrían á la viña habia una, muy metódica, muy callada y, hasta cierto punto, más bien vestida y aseada que las demás, que eran la imagen de la mugre y de la miseria. A las ocho oía su misa en Nuestra Señora de los Angeles y se encaminaba en seguida á los basureros. Rejuntaba únicamente fierros viejos, llaves, tornillos, picaportes y ceniza. En el baratillo tenía ya los marchantes para la ferretería y cuatro ó seis casas donde entregaba la ceniza limpia y tamizada que servía para bruñir los candeleros y bajillas de plata. Esta viejecita que se llamaba Anastasia y le decían *señá Nastasita*, estaba arrimada en una atolería del callejón de la Condesa.

La mentada atolería, porque tenía cierta fama en el rumbo, no obstante estar en el costado de la opulenta casa de los marqueses de Guardiola, presentaba el aspecto más desagradable. Era una accesoria que daba al angosto callejón con una acera donde apenas podía andar una persona de frente. El interior tenía un piso de vigas podridas y el color de las paredes comenzaba desde el amarillo pálido hasta el negro cerrado; matiz como de panorama de infierno que se comunicaba á las vigas torcidas y desiguales del techo, adornadas como de intento

con espesas telas de araña. En un rincón el brasero con dos *comales*, y al frente, en fila, cuatro indias con las camisas asquerosas, con los pechos colgantes y las cabezas enmarañadas, moliendo maíz y haciendo el atole y las tortillas. En el otro rincón, pocos trastos de barro y los petates de tule para dormir. En la noche se quedaban, una de las molenderas, la dueña del establecimiento y *señá Nastasita*, la arrimada.

Quisiéramos terminar, pero quizá logremos que el lector se interese por esta pobrecita vieja que no deja de hacer un papel interesante en esta verídica historia. *Señá Nastasita* era sola, como si hubiese caído de la luna. Cerca de once años había estado de portera en casa de un licenciado en la calle del Amor de Dios, habitando una covacha oscura y húmeda y manteniéndose con coser ropa de munición. Se le acabó la vista y quedó reducida al bocadito que por caridad le bajaban de la casa del licenciado. Era chupadita, de bajo cuerpo, encanijada, llena de canas, casi amarilla, y no tenía, por cierto, motivos para engordar y tener buen color. El licenciado murió, la familia tuvo que dejar la casa y los nuevos inquilinos le dieron tres días de término para que desocupara la covacha, y después de once años de buenos servicios quedó, de la noche á la mañana, en las cuatro esquinas, sin tener ni con qué amanecer, ni dónde dormir. Así sucede á cientos de gentes en México, pero Dios no abandona á los desgraciados. *Nastasita* no lloró, porque estaba ya seca y no tenía más que los huesos, ni maldijo la suerte, ni se quiso suicidar, sino que salió simplemente á *ver qué hacía*, y cómo, economizando, con un duro, que era su capital, podía comer algunos días. Vagando aquí y allá por la ciudad, al pasar por la atolería

del callejón de la Condesa le dió una corazonada; entró, compró tortillas, contó á la atolera su situación y le pidió un *rinconcito*. Así es costumbre entre la gente del pueblo, que jamás niega la hospitalidad y concede un rincón y parte su miseria con cualquiera aunque jamás lo haya conocido. Esto constituye un arrimado ó una arrimada. El gobierno no ha pensado en establecer casas de asilo, ni para el día, ni para la noche; pero, en cambio, en los barrios de México todas las casas de los pobres son casas de asilo para los que son más pobres que ellos. La atolera con la mayor naturalidad del mundo, le señaló el rincón limítrofe con las molenderas y sólo le exigió que trajese su petate. En la noche *señá Nastasita* abandonaba para siempre el ahugero negro é infecto, donde había vegetado como un hongo durante once años, y se instalaba en su nueva habitación. Ya se puede echar de ver que las herbolarias, á quienes creíamos en lo más profundo de la escala social, vivían como unas reinas comparándolas con nuestra nueva conocida. México es así, y ya iremos entrando y recorriendo círculos tan numerosos como los del Dante y que forman un infierno más terrible que el que le reservó el poeta florentino á la enamorada Franchesca. Pedir limosna le fué imposible á la viejecita; pero como el peso duro iba mermando cada día á pesar de que sólo se mantenía con atole y tortillas, otra corazonada al regresar de la iglesia de los Angeles, la condujo á la famosa viña, logrando establecer el modo de mantenerse de la manera que ya se ha dicho.

Así iban días y venían semanas y meses y Nastasita caminaba penosamente rumbo al sepulcro, pero contenta, bendiciendo é implorando siempre á las vírgenes de

los Angeles, á la de los Remedios y Guadalupe, en fin á las vírgenes de todas las advocaciones.

Un día, 11 de Diciembre, tratando de hacer en el muladar un ahugero con un palo, tropezó con algo resistente y sonoro que á poco brilló con la luz del sol. Eran una cuchara y un tenedor de plata, probablemente del célebre Dr. Codorniu, que perdía cada semana piezas de su vajilla. Al día siguiente, 12, creyó que era una obligación al ir á dar las gracias á la Virgen de Guadalupe, y caminó entre la turba, por la calzada de piedra, si no descalza á punto menos, pues su calzado viejo, pero de finísima seda negra lo había encontrado en la viña pocos días antes. Rezó, bebió agua del pocito, y regresó muy contenta con su ramo de álamo blanco. Al día siguiente á la hora de costumbre y entusiasmada con el hallazgo de la plata estaba ya trabajando en el declive de uno de los montones de basura, cuando llamó su atención, no tanto el ladrido de los perros que se peleaban de una manera furiosa, sino el llanto y gritos lastimeros de una criatura. Se acercó con precaución, armada de su palo, y descubrió un niño con algunas manchas de sangre en la ropilla, que daba desgarradores y lastimeros gemidos, los ojos se le saltaban y con sus manecitas quería como luchar ó defenderse de cuatro ó seis mastines hambrientos que ladraban en su derredor y que no lo habían devorado porque se disputaban la presa y porque un círculo de zopilotes girando y rasando el suelo, tan pronto quería descender, como se remontaba; en una palabra, trataba de participar del festín y espantaba á los perros con el zumbido de sus alas.

—¡Santísima Virgen de Guadalupe!—gritó la viejecita,
—¡van á devorar y á hacer pedazos á esta inocente! ¡qué

crueldad de madres de tirar así á sus hijos! ¡el infierno y los diablos se las han de llevar!

Y así exclamando blandía su palo y procuraba espantar á la jauría; pero tenía miedo de ser derribada y mordida, porque, en verdad, era apenas un poco más fuerte que la criatura.

La viejecita agonizaba. de su piel apergaminada y seca había brotado, por el susto y la pena, un sudor helado.

El niño gemía más dolorosamente y continuaba moviendo sus pequeñas manos para librarse de aquellas fieras rabiosas que lo cercaban.

Un momento en que los zopilotos se elevaron, formando su fantástico círculo, dos de los perros que se levantaron mordidos y sangrientos de la lucha con los otros, en vez de seguir peleando se lanzaron sobre el niño.

—¡Jesús! ¡Jesús me valga!—gritó aterrorizada la viejecita, y cerró los ojos, pero en el acto, la misma angustia y la curiosidad hicieron que los abriese y notó que un perro amarillo, fuerte y vigoroso, hacía frente y acometía á los demás, y apenas querían acercarse al niño cuando daba un brinco, los derribaba en el suelo y volvía á su puesto.

Así pasaron cinco minutos que parecieron siglos á la buena anciana.

CAPÍTULO XI

Comodina

Está salvada! ¡Bendito sea Dios!—dijo la vieja,—
Comodina está defendiendo á la criatura,—y se
acercó con más resolución al grupo de perros.

—¡*Comodina!* ¡*Comodina!* ven acá, ¿no me conoces?

La perra, sentada, cubriendo con su cuerpo al niño abandonado, tenía los ojos todavía sangrientos, y con el labio superior levantado, enseñaba sus afilados colmillos á los demás perros. Tanto gritó Nastasita á la perra, que ésta volvió la vista, la reconoció, comenzó á mover la cola y á hacerle fiestas. Animada con este auxilio, acertó á encontrar cerca, unos trozos de ladrillo que lanzó á los canes, y con el palo acabó de dispersarlos; entonces se acercó y recogió á un hermoso niño, de más de un año de edad y envuelto en pañales muy finos. La criatura, como si tuviese ya el uso de su razón, como si hubiese sabido el peligro que corrió y el servicio que la buena

vieja le había prestado, contuvo su llanto, dirigió su mirada de ángel á su salvadora, que ya lo tenía en brazos y llevó las manecitas afiladas y tiernas con que había querido defenderse de las fieras, á la cara de Nastasita, como queriéndola recompensar con un cariño.

—¡Imposible de abandonarlo!—dijo besándolo amorosamente y limpiándose con la manga del vestido una lágrima que había venido á sus ojos secos. La *Comodina*, muy contenta, meneaba la cola y miraba á su derredor buscando todavía enemigos con quien combatir.

Tenemos que hacer algunas explicaciones. *Comodina* era una perra que vivía en la célebre colonia de la viña, y era ya madre de cuatro cachorritos, amarillos y bravos como ella, á quienes cuidaba y atendía amorosamente, y como tal vez no lo hacen muchas madres que tienen un nombre cristiano y son, según vulgarmente se dice, seres racionales. Por las mañanas salía de su escondite, donde tenía á sus hijos bien seguros, y se dirigía á la ciudad á vagar, mejor diríamos á pasear, porque no había lugar que no visitase, ni tocinería ó carnicería donde no se parase á oler y á examinar lo que había, pero como nunca se robaba nada, ni molestaba, adquirió buenas relaciones, y en vez de palos ó pedradas, le solían tirar pellejos de carne y chorizos ó morcones ya invendibles que, sea dicho de paso, no comía si estaban en estado de putrefacción, y tampoco tenía necesidad de ello, pues su principal recurso era la casa del canónigo Madrid (que después fué obispo de Tenagra), persona no sólo afecta á los animales, sino que estaba poseído de una inocente monomanía por los perros. Era hombre rico, de una distinguida familia, después de haber estudiado y graduándose de Doctor en la Universidad, había

viajado y recorrido la Europa y disfrutaba por su virtud y una cierta elocuencia popular que hacían célebres sus sermones, de una prevenda en la catedral. Vivía en una gran casa, llena de valiosos muebles antiguos, de cuadros originales de mérito, de mil curiosidades que había colectado en Italia y Francia. Su servidumbre se componía de criadas y criados muy viejos, que habían permanecido años y años en la familia, y su sociedad era absolutamente con los animales. Pájaros de todas especies, dos ó tres borregos y cabras, un *changuito* (mono) de Oajaca y sobre todo seis perros, perfectamente cuidados y educados. A la una en punto se sentaba á la mesa, colocándose en la cabecera en un magnífico sillón antiguo de terciopelo rojo. En los costados, los seis perros en sus sillas á propósito, con sus platos hondos de hoja de lata y sus servilletas siempre muy limpias. Una criada ocupaba la otra cabecera de la mesa para atender á los perros, mientras otros criados, de los muchos que tenía, lo servían con la mayor exactitud. A una señal, cada perro brincaba á su silla respectiva y se sentaba sobre sus dos piés, mientras que con las manos hacían señal á su amo para que les dieran de comer y lo miraban fijamente con sus ojillos inteligentes. Estó encantaba al canónigo. En seguida la criada les servía su carne en trozos pequeños y su pan, y cuenta con que se desmandasen ó ensuciaran las servilletas, porque el canónigo les enseñaba un chicote que estaba colgado en la perilla de su sillón. Concluida la comida, tomaba su café en el jardín ó en alguno de los anchos corredores llenos de macetas y flores, divirtiéndose con los cantos de los pájaros, las muecas y travesuras del mono y los retozos de los perros, hasta las tres de la tarde, en que montaba en su

coche y se dirigía al coro á la catedral. Además, la comida sobrante, y era mucha, se dedicaba á los pobres y á los perros de la calle. La valiente perra que salvó al desgraciado niño, asomaba su hocicó á la puerta de la casa del canónigo, todos los días cerca de las dos de la tarde, olfateaba, recorría con la vista el patio y los corredores y esperaba. No tardaba en bajar el criado seguido de la cocinera con unas cazuelas con caldo, garbanzos, arroz, pedazos de carne y huesos, entonces la perra, poco á poco, y meneando la cola entraba al patio y el viejo portero, haciéndole cariños la ponía en posesión de su banquete. Luego que acababa se echaba cosa de un cuarto de hora, se lamía los labios y limpiaba las manos con la lengua, movía la cola y se marchaba, llevándose en la boca un hueso ó un trozo de carne para sus hijos. El canónigo, que á veces veía esto, llamaba á la perra, le hacía caricias y le decía, «eres muy ingrata y muy *Comodina*, apenas comes cuando te vas; ya te portarías de otro modo si yo te hubiera educado.» De esto le vino y se le quedó á la perra el nombre de *Comodina*, así la llamaban las gentes de la vecindad que la conocían y ella entendía perfectamente. Nastasita entregaba ceniza limpia y tamizada de que se hacía mucho consumo, á causa de la gran cantidad de candeleros necesarios para las velas que ardían á los diversos santos que había en la casa, le daban su *bocadito* en un plato de loza de Puebla, y por lo común se regalaba en compañía de *Comodina*, y de aquí la amistad tan íntima, entre la viejecita traperera y la perra vagabunda, que fué tan útil y esencia para la salvación de la criatura, que la bruja Matiana arrojó á los muladares de la viña.

Nastasita, seguida de la perra, enderezó su camino

hacia la atolería, y bien que la carga no fuese muy pesada, llegó fatigada. La criatura no chistaba, cuando la destapó y la acostó en un petate, y al mismo tiempo refería brevemente á las molenderas lo que había pasado,—parecía muerta y apenas respiraba, y no era extraño, pues aunque hubiesen mediado pocas horas entre el robo que hizo Matiana y el hallazgo de la trapera, bastaba esto y la emoción por el asalto de los perros, y obra de Dios fué que no le diese una alferecía. Imposible de describir el sentimiento de esas rudas y buenas mujeres, que en su idioma, mitad español y mitad indio, discutían los remedios que deberían hacerse. Una fué á buscar *chinguirito* á la vinatería de la esquina; otra á la botica, vinagre de los cuatro ladrones; otra á pedir á la vecindad yerbas aromáticas, pero la que se había quedado, dijo, lo que tiene el *pilloncle* es hambre y frío,—y lo tomó en brazos, sacó un pecho grueso y renegrado, le esprimió una poca de leche caliente en la cara y le metió en la boca un pezón negro, gordo y estriado como el tapón de una botella de champaña, arrullándolo y estrechándolo, brusca pero cariñosamente en su seno caliente y húmedo, por donde corrían con el sudor gotas del vapor del *nixtamal* y de la masa que estaba moliendo. Cabalmente, el día antes, había ingresado en lugar de otra, en la gran fábrica de tortillas, esa nueva molendera que estaba criando á su último hijo.

—Y no había pensado en esto,—dijo la viejecita trapera,—quién sabe cuántas horas estaría este angelito sin mamar. Prometo, si Dios le da la vida, oír de rodillas cuatro misas,—y esto que mis rodillas ya no me sostienen mucho.—¿Para qué lo salvé entonces? Dios lo ha de querer...

La perra, en el umbral de la atolería, sentada y con las orejas paradas y como escuchando, miraba con sus ojos inteligentes á la india.

La criatura, que en efecto tenía hambre, rechazó al principio el tosco pezón, pero concluyó por chuparlo, abrió los ojos y sonrió á la madre adoptiva; todo había pasado ya, y para el niño, no existía ni el recuerdo del peligro, ni el sentimiento del abandono. Las demás indias volvieron con sus medicinas, se le desnudó, se le dieron friegas de aguardiente y de bálsamo, y á poco acostado en el rincón ahumado de aquel antro, dormía verdaderamente el sueño tranquilo de la inocencia. *Comodina* se marchó sin que nadie lo advirtiera.

En vez de ser una carga y una molestia, fué para la atolería un día de fiesta y de júbilo la llegada del pobre huérfano del muladar; la gente de México es así. La molendera, que ya era madre de dos muchachos y criaba al tercero, se constituyó en nodriza del recién venido.

¿Qué nombre le pondrían? ¿Estaría bautizado? ¿Quiénes serían sus padres? ¿Por qué lo tirarían en el muladar? Estas y otras cuestiones ocuparon á los habitantes de la atolería, hasta que oyendo la *queda* en la catedral, consideraron que se habían desvelado, atrancaron su puerta y se durmieron.

Nastasita había encontrado en el cuello del niño un cordón con un relicario de plata, que de uno y otro lado cubría una cera de *agnus*. Se lo quitó y lo guardó sin decir nada á las atoleras, y al día siguiente se fué al baratillo á vender el cubierto de plata, que con mucho ruego, le produjo tres pesos en lugar de diez ó doce que valía, porque sus marchantes le hacían la justa observa-

ción que si lo iban á vender á una platería los tendrían por ladrones y era menester desbaratarlo y fundirlo, y aún así realizarlo con bastante peligro; hubo de conformarse, y con parte de esta corta suma, compró lienzo para mudar al huérfano y reservó para comer y dar algo á la nodriza, pero esto lo hacía con tan buena voluntad como si se hubiese sacado la lotería.

En la primera ocasión que volvió á la casa del canónigo á entregar la ceniza, contó al portero la extraña historia que ya sabemos. No pasaron tres semanas sin que el canónigo estuviese enterado del suceso, aumentado por sus criados, con milagrosas añadiduras. Quiso conocer al huerfanito, y se decidió á retener en su casa á la valiente *Comodina*, que había representado tan importante papel en ese lance que parecía más bien un verdadero milagro.

—Quizá esta perra que yo insisto en creer,—decía el canónigo,—que no busca más que sus conveniencias, lo que quería era reservarse al chicuelo para comérselo ella sola, y por eso lo defendió hasta que llegó la viejecita traperera; pero, ca, no es bueno hacer malos juicios ni de los animales, que al fin son criaturas de Dios; decididamente nos quedaremos con la perra y yo completaré su educación. Mañana que venga, la meten con engaños al cuarto vacío, ya se aquerenciará. En efecto, los criados á quienes se dirigía esta conversación, tan luego como llegó *Comodina* la llevaron mañosamente al cuarto, le pusieron allí su cazuela de caldo y otra de agua y la encerraron. ¡Qué noche! rascó la puerta, ladró, aulló, lloró, se enfureció y parecía que tres hombres manobraban para romper la puerta. Ninguno durmió en la casa. Muy temprano mandó el canónigo que abrieran

el cuarto y el zaguán. La *Comodina*, de un salto, se puso en la calle y echó á correr. En cuatro días no volvió, y el canónigo se preocupó tanto, que llegó á formar escrúpulos de conciencia, pues hasta en las horas de coro pensaba en esta ocurrencia; pero el día menos pensado *Comodina* hizo una irrupción formidable con toda su familia. Cuatro cachorros, gordos y bravos, se lanzaron al patio brincando y ladrando, penetraron hasta las habitaciones de los perros de la casa, despertaron sus celos y se lanzaron los unos contra los otros, trabando una pelea horrorosa. El canónigo con su *fuete*, las criadas con los trapos de cocina, el portero con la escoba, todos tuvieron que intervenir y que poner orden, á lo que no poco contribuyó *Comodina*, que con sus ladridos y aún agarrando con la boca á algunos de sus hijos, logró que la obedecieran y que dejaran tranquilos á los amos de la casa. El canónigo rió mucho del lance y por varios días no tuvo otra conversación con los amigos que solían formar su tertulia á primera hora de la noche. Uno de los hijos de *Comodina* que tenía una mancha blanca en el pecho de la figura de un corazón, quedó instalado en la casa, y los demás regresaron con la madre á su habitación solariega de la viña.

La viejecita trapera, un día, que hubo bien aseado al huerfanito lo llevó á la casa del canónigo. Era un muchacho, bien amamantado por la primera nodriza que lo crió y mucho mejor por la segunda que era muchacha, fea, greñuda, pero sana, robusta, con unos pechos bronceados, duros y grandes como los de una vaca inglesa y con una leche abundante y espesa, producto de la admirable gramínea que era la base de la alimentación de la gente de la atolería del callejón de la Condesa.

El canónigo quedó sorprendido al examinar al huérfano. Ojo negro grande y ya sañudo, con una mirada fija y extraña para su tiernísima edad, pelo abundante, boca grande y labio grueso y una naricilla audaz y remangada. Por aquel día, se limitó á hacer algunos cariños á la criatura y dar á la viejecita cualquier cosa, pero así como se preocupó cuatro días con la ausencia de *Comodina*, más de ocho le duró la vacilación en que lo puso semejante visita. Examinó el relicario y concluyó por abrirlo, sospechando que, no sólo en las novelas, sino en la realidad de la vida, las criaturas abandonadas tienen, ó una señal en el cuerpo, ó una marca en su ropa, ó un papel atado en la faja. Apretó el conocido muelle del marco y entre las dos pastillas de cera bendita encontró un papel. «Está bautizado, deberá llamársele Juan Robreño; su padre es caballero y militar, su madre, de la primera nobleza de México. Dios lo ayude en su vida.» Así decía el papel que aumentó las dudas y la ansiedad del buen canónigo. ¿Se quedaría la criatura en su casa? ¿Lo daría á criar y educar por su cuenta á personas decentes? ¿Qué haría con él? pues parecía que Dios se lo había enviado.

Después de sufrir mucho se decidió á no cargar con el huérfano. El público y mis amigos, y mis hijas de confesión y mis oyentes en las Iglesias, me toleran como una excentricidad el que tenga animales y los perros coman en mi mesa, pero si ven hoy un niño criándose en mi casa y mañana otro, no dirán nada bueno y tendrán razón. Dios no me manda eso. Tranquilo con esta resolución platicó de nuevo con Nastasita, persuadiéndola á que debía entregar al huérfano á la casa de Niños Expósitos, y aunque no era recién nacido, él se

interesaría para que lo recibieran. La viejecita le rogó por todos los santos del Cielo que le dejase á la criatura, asegurándole que ella y las atoleras la cuidarían mejor que en la cuna. El canónigo concluyó por transigir y le asignó una limosna de ocho pesos cada mes.

CAPÍTULO XII

El esclavo blanco

EL cielo vió abierto la viejecita trapera con el arreglo que hizo el canónigo. ¡Qué poco se necesita para la felicidad de ciertas personas! Desde el momento en que Nastasita se encontró al niño, cambió su vida enteramente, tuvo ya una ocupación, un objeto, un cariño que hiciera latir un poco su arrugado corazón, y recordaba con tristeza y hasta con horror los once años que estuvo metida en la negra covacha, esperando que los inquilinos entrasen después de acabado el teatro Principal, para abrirles la puerta, y el resto del tiempo, ociosa, triste, sola, crugida con el frío y de la humedad del agujero donde tenía que estar metida por sólo mal comer.

Los ocho pesos del canónigo, constituían un tesoro inagotable, y la instalación en la atolería no fué ni difícil ni costosa. Con retazos de brin y unos mecates, se hicie-

ron dos hamacas que se fijaron en las paredes de los rincones con unas gruesas alcayatas. Como lujo, un par de petates nuevos de Xochimilco, y dos frazadas ordinarias del Portal de las Flores. Con esto Nastasita y la india chichihua, estaban como en un palacio. Una cuerda al alcance de las molenderas, ponía en movimiento las improvisadas cunas, cuando las criaturas lloraban, pero la mayor parte de las veces que lloraban, no les hacían caso, y concluían por callarse, porque los hijos de los pobres y los huérfanos y expósitos, tienen el instinto del sufrimiento desde que nacen, así como los hijos de los grandes, de los ricos y de los reyes tienen el de causar molestias á todo el mundo. ¿Qué juguetes más finos y costosos había de comprar la pobre trapera para divertir al que llamaba ya su hijo? apenas podía traerle de vez en cuando de la velería, soldaditos de barro de á ocho por tlaco que chupaba, embarrándose manos y cara con la pintura, y ganando no pocas veces un cólico que lo ponía á las orillas de la muerte, pero en la atolería estaba también la botica y todo lo curaban con el maíz, cataplasmas de masa en el vientre para el empacho, friegas con el agua caliente del nixtamal para la calentura, y jarros de agua de cabellitos como tisana y la aplicación de chorros del pezón negro de la nodriza por la boca, ojos, orejas y narices que lo sofocaban y le hacían volver el estómago, que era el verdadero contraveneno, y la criatura que marchita y caída como una flor á la que han estrujado y quebrado el tallo, á los dos días estaba sana y chillando tan fuerte, que los vecinos no había semana que no reclamaran y amenazaran á las de la accesoria, y luego el *bon Dieu* tiene sus juguetes para los niños pobres, se sonríe con ellos, y esto basta para que estén contentos. La sonrisa

del niño tiene algo que no es de esta triste vida, y á cierta edad y cuando aparece lo que se llama la razón, cesa, y es reemplazada por la forzada risa de las cosas graves y serias de este mundo. Las arañas incansables en el trabajo y que aprovechan las más insignificantes oportunidades, no tardaron en urdir su tela y formar un verdadero pabellón en la maraña de mecates con que aseguraron y formaron el mecanismo y movimiento de la cuna de las dos criaturas. A ciertas horas, las arañas comenzaban su tarea para reparar los desperfectos que había causado el aire, ó cualquier accidente del día anterior, y así que afirmaban y reponían perfectamente sus hilos, se dedicaban á la caza de moscas, lo que allí no era nada difícil, y después á divertirse y divertir á las criaturas que eran como sus amigas y compañeras. Tejían su cuerda fuerte, se descolgaban por ella, hasta cerca de la cara de los niños apenas éstos movían sus manecitas para cogerla, cuando remontaban rápidamente hasta su nido y allí meneando sus ojillos salientes y como prendidas en la punta de un hilo, observaban la atolería. Si había muchos marchantes, ruido y tráfago que les pusiese en peligro, se encogían, se reducían á una bolita imperceptible y se ocultaban en lo más negro y espeso de las telarañas. En cuanto se establecía la calma, pasaba una mosca cerca ó se paraba en la tela, de un salto prodigioso caían sobre ella, le apretaban con sus antenas el cuello, la amarraban con dobles hilos en menos de un segundo las alas y dejándola prisionera para chuparle la sangre, á su hora de almorzar volvían á formar su cuerda y á descolgarse á la cara y á las manos de los chicos, aventurándose á ocasiones á paseárseles por la frente sin pretender su sangre, pues eran menos supersticiosas que la

bruja Matiana. Este juego se repetía, y los dos muchachos, cuando no dormían, estaban callados y entretenidos. Nastasita atribuía esto al apacible carácter de su hijo adoptivo y no sabía que era uno de los juguetes que Dios regala á los niños pobres que viven en las miserables chozas. A ella le había dado también un pedacito de felicidad antes de llegar á la puerta oscura de la otra vida.

Día por día, el humo del brasero, criaba más ollín y ponía más negras las paredes, las arañas incansables, no cesaban de urdir sus telas y formar pabellones, no sólo sobre las cunas, sino por todas partes, y de aprisionar moscas, y bajo este aspecto eran una policía benéfica, pues disminuían las innumerables que volaban al derredor de las bateas y los metates y descansaban confiadas en las enmarañadas cabelleras de las molenderas; las vigas del techo, calcinadas daban traquidos amenazando desplomarse, y de las hendiduras del pavimento podrido, se escapaban vapores mefíticos. En las noches se apagaba el carbón, se cerraba la accesoria y arrimaban los metates y los comales á un lado, y después de una frugal cena compuesta de una gorda untada de chile colorado y picante, y un tomatillo de pulque, se acostaban en los petates, en sus rincones la dueña de la atolería, la nodriza y la vieja Nastasita. En la estación del calor, por dos boquetes perforados en lo alto de las puertas, entraba dizque á refrescar esta habitación cargada de miasmas deletéreos, el aire emponzoñado del inmundo caño del callejón. En los altos vivían los opulentos marqueses de Guardiola.

Y sin embargo de estos elementos contrarios á la vida, la viejecita se había repuesto, las atoleras gruesas y fuertes, los muchachos rollizos y sanos. O el clima de México

es el mejor del mundo, y parece que es la verdad, ó los habitantes de la atolería, se habían connaturalizado con la venenosa atmósfera que respiraban.

Así fué creciendo Juan Robreño, (pues el canónigo había referido á la trapera parte del contenido del papel encontrado en el relicario) duro, hosco, resistente, una vez se quemó una mano en el comal, muchas veces cayó ya en el umbral de la puerta, ya en una viga hundida; la cabeza con chichones, el cuerpo con morados y rozaduras, las narices y la boca con sangre, y los labios partidos. El cuidado de la viejecita no era bastante; ella tenía sus quehaceres, como por ejemplo, asistir al muladar, entregar su ceniza y fierros viejos, aparecerse por la casa del canónigo á cobrar la limosna, y pasear á veces con la perra *Comodina* á quien quería también mucho, aventurándose con ella algunas ocasiones á los praditos de Belén. La india nodriza le daba su buena leche, y en lo demás no le hacía caso. Si se caía lo dejaba en el suelo gritando de dolor, y ella seguía moliendo ó tortillando. Ya más grande, con su calzoncito y su camisa de manta mugrosa, se le veía en la puerta de la atolería ó junto al caño; algunos marchantes brutos, solían darle un puntapié para quitarlo de la entrada donde estorbaba. El muchacho, mitad en español y mitad en azteca, les decía mil insolencias y les echaba agua del caño. Las criadas, por el contrario, solían darle un chabacano, ó un puñito de moras ó *capulines*, entonces las acompañaba á la casa llevándoles la canasta del recaudo ó el manojo de velas.

A los diez años Juan sabía el azteca ó *nahual* tal como lo había aprendido de las atoleras, y el español como lo había oído á los cargadores de la esquina y á los borrachos de una pulquería vecina, que frecuentaba con mo-

tivo de comprar el licor para el consumo de la casa. Nastasita, no sólo había decaído por los años transcurridos, sino por los cuidados que le ocasionaba un muchacho, ya grande y voluntarioso, á quien no podía sujetar, ni atinaba á educar, puesto que ella misma ignoraba todo, y no sabía más que rezar y oír misa. El canónigo no había dejado en ese largo transcurso de dar la mesada, y cuando solía ver en el patio á la traperera, le preguntaba por el huérfano, y le instaba para que lo pusiese en una escuela, pero no pasaba á más, porque su delicadeza de conciencia y las muchas atenciones religiosas que tenía predicando á veces cuatro sermones en un día, no le permitían ocuparse expresamente de él, concluyendo por olvidarlo del todo. Hacía la caridad como podía, y no estaba obligado á más.

La viejecita se resolvió un día á poner á Juan á aprender oficio, y no le costó poco trabajo, pero con ruegos y súplicas, y haciéndole patente que no tenía con que mantenerlo ni vestirlo, que ya era grande y necesitaba trabajar, logró persuadirlo á que se dejase *entregar*. En el tiempo á que nos referimos, y no sabemos si aun dura esta costumbre, los padres, madres ó deudos de los muchachos pobres, los colocaban en la casa de un artesano para que les enseñase el oficio, y en cambio quedaban bajo el absoluto dominio del maestro el que se rehusaba á recibirlos sino se los *entregaban*. El Estado, con sus fondos ó con los especiales consignados á la instrucción pública, tenía colegios donde se enseñaba latín, lógica, metafísica, leyes, cánones, teología y algunas otras materias tan inútiles como esta última, para los que no abrazaban la carrera eclesiástica. Ninguna enseñanza de idiomas, muy poca de ciencias, hasta que se estableció

la escuela de medicina, y en cuanto á oficios mecánicos, no había un solo establecimiento donde pudiese la gente infeliz aprender algo para ganar su vida en la baja esfera en que la había colocado la suerte, y ya veremos, siguiendo un poco los pasos de Juan, como pasaban estas cosas, y como debe tenerse por un verdadero prodigio, el que en México con este sistema negativo se hubiese encontrado alguien que pudiese labrar un palo, ó hacer un par de zapatos. Así hemos estado de atrasados en las ciencias, en las artes y en los trabajos mecánicos, hasta que se estableció el sistema de instrucción pública exuberante en la enseñanza superior y mezquino, y todavía insuficiente y exiguo en la primaria, y en lo que se refiere á los oficios mecánicos que proporcionan trabajo honesto á los pobres, y goces legítimos á los ricos. Habiendo sido necesaria esta digresión que el lector perdonará, pues no es de lo más propio para una novela, sigamos á nuestros personajes.

La pobre trapera hizo un esfuerzo supremo, y agotó sus recursos para comprar un vestido á su protegido. Camisa de manta, chaqueta y pantalón de pana, sombrero tendido de *panza de burro*. Era un lujo escandaloso, una madre no hubiera hecho más por su hijo.

Un día, repetimos, salieron por fin por esas calles de Dios á buscar un maestro cualquiera. Juan entre resignado y contento, pues siempre alborota á los muchachos cambiar de posición, y la viejecita sacando fuerzas de flaqueza, arrastrándose más que andando á causa de sus callos y de sus años. Eran dos desvalidos, entre los más desvalidos de la ciudad, dos desheredados, entre los más desheredados de la tierra. Nadie los conocía, nadie los quería fiar, nadie quería echarse áuestas un bodoque,

una especie de salvaje criado en el lodo y en el polvo de las calles de México. Los pobres exigen, no recomendación, pero sí conocimiento, y ya se ha dicho que nadie los conocía. ¿Qué oficio debería aprender Juan? Cualquiera, á él poco le importaba; la viejecita lo que quería era entregarlo para descargo de su conciencia, para alivio de sus años y de sus fuerzas que ya no la sostenían. Caminaron tres días de calle en calle, entraron en una zapatería: sobraban aprendices. A una hojalatería: sobraban aprendices. A una carpintería: sobraban aprendices. A una sombrerería: eran extranjeros y tenían aprendices extranjeros. No había salvación posible, todas las puertas estaban cerradas. Al cuarto día, cansada la viejecita y aburrido Juan, acertaron á entrar en una casa de vecindad de la Estampa de Regina, guiados por un rastro de astillas de madera, y se encontraron con que un hombre trabajaba en un torno. Le cantaron la misma canción que habían repetido tantas veces. El artesano ni les contestó, siguió trabajando, y con la vista les hizo seña de que se marcharan, pero una mujer que estaba sentada cociendo en el fondo del cuarto, se levantó y dijo algunas palabras al oído del que trabajaba con pié y manos, entraron ya en conversación, hicieron muchas preguntas á la viejecita, la obligaron jurar que sólo vería al muchacho una vez por semana, y que jamás lo reclamaría, sino era pagando los gastos que hubiesen hecho para mantenerlo; en una palabra, un contrato de esclavitud, sobre el cual la federación, la libertad, las logias yorkinas, el caritativo canónigo, el arzobispo y los doctores de la Universidad cerraron los ojos, continuaron cerrándolos muchos años, y los cierran todavía los ministros, diputados y senadores, y los cerró entonces, no

sin que sus párpados se humedecieran, la desvalida traperera, y quedó entregado, completamente entregado, es decir, esclavo blanco del ciudadano Evaristo, el tornero, el hijo de Mariana, el nieto del muy noble y poderoso Sr. D. Diego, Melchor, Gaspar y Baltasar de todos los Santos, Caballero Gran cruz de la orden de Calatrava, Marqués de las Planas, y Conde de San Diego del Sauz.

CAPÍTULO XIII

Primeras hazañas de Evaristo

DE por fuerza tiene el paciente lector que trabar amistad con algunos de nuestros personajes que han sido, no inventados, sino de carne y hueso. Los unos han desaparecido ya de la eterna comedia humana, los otros han envejecido, y el resto, aunque corto, quizá anda por esas calles, cubiertas de lodo y de agua en la estación de las lluvias, con su pantalón remangado y su sombrero forrado con un pañuelo de cuadros á falta de paragua. Los personajes de importancia y calificados de gente decente los presentaremos al lector, y á los de baja ralea los dejaremos un poco aparte, aunque haciendo conocer sus antecedentes ó al menos los rasgos más notables de su vida. A esta última categoría pertenece Evaristo el Tornero, á quien fué entregado casi como esclavo el noble hijo del conde del Sauz, salvado de la muerte por la terrible perra Como-

dina y por la debilísima y desvalida viejecita trapera, acreditada, conocida y apreciada en la importante colonia de la Viña.

Evaristo era el hijo único de un guarda de la Aduana de México, y este guarda, llamado Evaristo Lecuona, era un personaje de importancia, porque cuidaba los caballos del director de Rentas y lo acompañaba en sus diarios paseos. Cuando el director salía de las garitas y dejaba ir al *tranco* á su grande caballo colorado por las calzadas, generalmente solas, Lecuona se acercaba y se entablaba una conversación familiar entre los dos, y por este medio sabía el director la conducta de todos los individuos del Resguardo y aun la de muchos de los empleados. Por los respetos del director, un carpintero y tornero al mismo tiempo recibió al muchacho, y aunque fué *entregado* por su padre como todos los aprendices es necesario que lo sean, no fué sino con ciertas condiciones que impuso su padre, que lo llevó personalmente.

—Que mi hijo aprenda oficio y que sepa ganar su vida, eso sí,—dijo al maestro;—pero al que le toque el pelo de la ropa le parto la cabeza con este sable.

Y en efecto, sacó con estrépito media hoja de la vaina del pesado sable guarnecido de plata que siempre cargaba, y el maestro, sin atreverse á hablar una palabra, recibió al joven Evaristo. Era vivo y listo; pero maleta, y en poco tiempo, descomponiendo y quebrando los instrumentos, y el aprendió á acepillar bien una tabla, á escoplear una moldura, á hacer un remiendo á puertas viejas y á otros menudos quehaceres que lo conducían rápidamente al ascenso de medio oficial; pero su intento y su especial capacidad lo inclinaron á la tornería y á la escultura. Con el más impropio instrumento hacía un pájaro,

un perrito, un muñequito de madera; sacaba de un zoquete de madera una flor, una hoja, un capricho cualquiera. Su maestro se aprovechó de esta disposición natural, lo dedicó á tallador y sacó muy buen partido dedicándolo á la confección de cómodas y de sillas de salón; pero, así y todo, el muchacho le hacía tantos daños de todo género en la casa, que no compensaban con las utilidades; pero jamás se atrevió ni aun á regañarlo, porque Lecuona, que de vez en cuando daba sus vueltas por la carpintería, no dejaba de repetir que al primero que se atreviese siquiera á mirar á su hijo le partiría de medio á medio la cabeza.

Un día, el menos pensado, un golpe de sangre al volver del paseo con el director de Aduana acabó el robusto Lecuona, y Dios, con todo y su gran sable, se lo llevó á la gloria, y así lo debemos de creer, pues no hay noticia en los archivos de la Aduana de que, no obstante sus continuas amenazas y el estar muy sobre sí con el valimiento del alto funcionario, Lecuona hubiese llegado á partir con su sable cabeza ninguna.

Morir Lecuona y ser puesto el hijo de patitas en la calle todo fué uno, aunque como exactitud histórica debemos advertir que el maestro tornero no echó al muchacho sino cuando el padre estuvo bien enterrado, temiendo sin duda que si no le había caído la tierra y la losa encima hubiese podido cumplirle el ofrecimiento que tantas veces le había hecho de partirle la cabeza.

El joven Evaristo no lloró á su padre, quizá no tenía todavía la edad y la reflexión bastante, y por el contrario, tuvo una especie de gustillo al encontrarse libre, dueño de un buen caballo ensillado y enfrenado, de un par de pistolas, de alguna ropa usada y de poco más de

cien pesos que encontró en el fondo de un baul, como fruto de largos años de economía de su padre. El director quiso proteger al hijo de su guarda favorito y se lo llevó á su casa en clase de muchacho útil para hacer los mandados; pero no duró un mes, pues sus chismes y travesuras con las criadas le concitaron la enemistad de la vieja cocinera, y un día hubo, en la despensa donde encontraron á Evaristo bebiéndose el vino de su nuevo amo, una de todos los diablos. La vieja se fué á escobazos encima de Evaristo; la recamarera, que tenía algo más que simpatías por el mozuelo, lo defendió, azotando las espaldas de la cocinera con una sarta de chorizos de Toluca; el criado antiguo se aprovechó tomando la defensa del honor de la casa, para aplastar un queso fresco en la cara de la doncella, y llevarse los demás; los dos gatos de la casa, se sacaron entretanto el asado que estaba ya dispuesto, y el perro ladraba á todo el grupo. Al ruido y vociferaciones salió el director con un tomo de leyes en la mano y sus anteojos en la otra. Todos corrieron asustados, dieron un poco después sus explicaciones al amo; pero Evaristo había desaparecido y cuantas diligencias se hicieron para encontrarlo fueron inútiles.

Fuese á refugiar á la casa de otro guarda ya muy viejo, amigo de su padre, que tenía una especie de mesón con alquiler de caballos, fonda y billar por el rumbo del Rastro. La vida se presentó á Evaristo risueña como nunca, y pasó sus 19 años como príncipe ni duque ha pasado mejor. Unos días en los Canales de la Viga y Santa Anita remando, ya en canoas, ya en chalupas; otros en el juego de pelota de San Camilo; los domingos en su caballo alquilado en las carreras de la Coyuya; en

las tardes en las vinaterías, menudeando vasos de mistela y chinguirito con los pillastres y matanceros del barrio; en la noche en el billar, jugando á los palos hasta de á un peso la tregua de cien rayas. Un día era un pleito con un carnicero, y se ponían bombos á trompones; otra noche era una de palos con los tacos en la sala del billar; sin contar las tardes que, en unión de dos ó tres, salían á darse de pedradas en la plazuela de San Pablo por quítame allá esas pajas con algunos contrincantes. Siempre tenía ó un brazo envuelto en un pañuelo colorado, ó un ojo morado, ó cojeaba á causa de una pedrada en la taba. Sin ser ya borracho, se iba inclinando á la bebida, y cuatro veces había estado en la cárcel por riña y escándalo, y no había en esas veces dejado de hacer malos conocimientos con ladronzuelos y gente perdida de los otros barrios, que por robos rateros, borracheras y pleitos entran y salen á la Acordada como si fuese su casa ó un mesón ya conocido. Cuando caía en la cárcel, sentenciado por uno ó dos meses por el gobernador, los ratos que no jugaba á la baraja los dedicaba á labrar con un trozo de madera cualquiera que se proporcionaba y un mal cortaplumas una figurita tan acabada, tan característica, que no dejaba de llamar la atención de sus mismos compañeros de prisión, y con esto adquiría cierto respeto y consideración. La figurita iba á dar á la mujer ó á la querida del alcaide, y á veces á la familia del mismo gobernador, lo que le valía el salir realmente cuando la gana se le daba sin cumplir el tiempo de su condena. Ocho ó diez días duraba la enmienda, pasado ese tiempo, ó antes, volvía á su vida alegre. Así acabó con las chaquetas de paño y las calzoneras con botones de plata que le dejó el difunto Lecuona;

siguió con la silla de montar, con las armas de agua, con todo, y no hay para qué decir, que los cien pesos habían ya volado. El dueño del mesón murió, y el nuevo dueño lo primero que hizo fué echar á los inquilinos, comenzando por Evaristo, porque todos eran maletas como él, y sobre todo llevaban años de no pagar un peso de alquiler.

Evaristo se vió lo que se llama en medio de la calle, con lo encapillado y un buen jorongo del Saltillo. Por primera vez, después de tres ó cuatro años, pensó que era necesario trabajar para vivir. Dios, como dicen las viejecitas, le tocó el corazón y se retiró á San Angel en en compañía de una muchacha que se dejó robar, sobrina de la figonera del mesón.

El descanso que le dejaba esta luna de miel, de la cual no había tenido noticia ni el cura ni el curato, los dedicaba á labrar figuras de madera, y se habilitó para su improvisado matrimonio y para comprar algunos instrumentos empeñando su jorongo en casa los gachupines del colegio de las niñas. El material de que usaba era la madera de naranjo y de capulín, y nada le costaba, por que á las pocas semanas de residencia conocía á palmas las huertas, sabía el punto más accesible de las tapias, y de noche, armado de un puñal-cuchillo y de una sierra fina bien untada de sebo, se introducía aquí y allá y cortaba los mejores trozos, y como dicen que comiendo viene el apetito, más adelante, á más de la madera que necesitaba, se sacaba los mejores perones y las peras gamboas más grandes y maduras. De acuerdo con los jardineros, unas veces, y otras por su propia cuenta, hacía sus expediciones nocturnas seguido y en compañía de su muchacha que le guardaba las espaldas y reci-

bía la fruta por la parte de las cercas que daban á la calle. No dejó de correr peligro, pues á veces las balas de los veladores pasaron muy cerca de su cabeza; pero en definitiva no le resultaban sino algunos raspones en las manos y rodillas al subir y bajar por las agudas piedras de las tapias.

El pueblo se hacía cruces, pues se componía de jardineros y antiguos vecinos, todos conocidos y hombres de bien. Evaristo, en una palabra, era el coco, el azote de los propietarios, y Pepe Villar y Zea, cuando personalmente iban á la huerta á escoger las mejores peras para obsequiar á los magistrados de la Córte Suprema de Justicia, encontraban los árboles mondados y sólo con unas cuantas peras verdes, y se volvían á sus sillones de cuero, con dolor de estómago de la cólera, á tomar magnesia y agua de anís. Mudaban el jardinero, y lo mismo. Evaristo no descansaba. Los domingos se le veía en el Portal de Mercaderes, en las calles de Plateros y en las Cadenas de la Catedral con multitud de reglas y cuchillos de cortar papel de varias dimensiones, tinteros, devanadores, trompos, cucharas, bandejitas, platitos y otra diversidad de objetos de maderas olorosas, labrados con tal franqueza que podrían llamarse obras de arte, y en efecto muchos fueron comprados para el Museo. A cierta distancia iba detrás de Evaristo, una muchacha de no malos bigotes, vestida con aseo, y si no precisamente de china, dejando ver un pié bien calzado y al andar un par de apetitosas pantorrillas. En la cabeza unas veces y otra en los brazos, llevaba una canasta con una limpia servilleta y unas cuantas docenas de peras, perones é higos, que sólo su vista despertaba el apetito de los aficionados á los alimentos azucarados con que

se nutrió nuestra buena y curiosa madre Eva, antes de salir del Paraíso. Además la frutera quizá era más sabrosa que sus peras y sus higos. Antes de las doce había vendido su fruta á precios locos. Los viejos cristianos que salían de la misa de once del altar del Perdón, mientras más golpes de pecho se habían dado, más les gustaba la fruta y la muchacha, que ya eran sus conocidos y su marchantes, y le llamaban Chata la frutera, porque tenía unas narizillas remangadas que le hacían mucha gracia, le pagaban lo que pedía, y le preguntaban en voz baja y cuando no pasaba gente:

—¿A dónde vives?

—Muy lejos.

—Pero ¿dónde?

—Hasta Cuyoacan.

—¿Te podré hablar?

—Se enoja mi marido.

Al nombre terrible de marido, el enamorado comprador extendía su pañuelo paliacate donde la Chata iba colocando cuidadosamente las peras, y se retiraba, contentándose con echarle tiernas miradas y volver dos ó tres veces la cabeza como quien espera á algún conocido. La chata frutera quería bien á Evaristo y no pensaba serle infiel, pero tenía demasiado arte para sacar partido de sus labios frescos, de sus remangadas narices y de su pié bien calzado, que procuraba enseñar á sus marchantes al atar por las cuatro puntas el pañuelo en que llevaba la fruta para obsequiar á la hora de la comida á su ya vieja esposa. Evaristo y la muchacha se juntaban á la una en punto en el Portal de las Flores, hacían la cuenta de lo que habían vendido, que á veces subía á 8 y 10 pesos, se iban á almorzar á una fonda de la Alcai-

cería, y á la tardecita, tomaban el rumbo de la garita del Niño Perdido y poco á poco, chanceando, platicando, cortando varitas en el camino y comiendo tejocotes silvestres, llegaban á su casita de San Angel y dormían como unos bienaventurados. Así duró algunos años esta existencia hasta cierto punto quieta y tranquila durante el día, pero un poco agitada y peligrosa en las noches. Una de tantas en que Evaristo se introdujo en la huerta de Villar, el jardinero, que era nuevo y quería acreditarse, tiraba de balazos apenas se movía la hoja del árbol, acertó á herirlo en una pierna cuando, montado en la tapia, descendía á la calle, con un buen trozo de naranjo. A pesar del dolor no dió ni un quejido y tuvo la entereza de descender sin abandonar su pedazo de madera, y, ayudado de Casilda, que se nos había olvidado decir que así se llamaba la muchacha que lo aguardaba al pié de la cerca, pudo llegar á su casa, situada á larga distancia, en un bosquecillo á las orillas del río.

La herida no fué grave. Cataplasmas de malvas y yerbas cortadas frescas en la misma puerta de la casa, bastaron para que en dos semanas cicatrizara, pues la bala no penetró. Este lance hizo á Evaristo más cauto, y como ya el matrimonio naturalista con el producto de sus ventas dominicales tenía ahorrados un par de cien pesos, resolvió entrar en la buena vida. Por otra parte el invierno, si invierno hay en San Angel, estaba ya próximo, y los árboles frutales no ofrecían grandes tentaciones.

Evaristo, obligado á guardar petate y no cama, pues jamás la habían tenido, y el menaje de su cuarto era de lo más primitivo, pues se componía de un baúl, unas sillas viejas y de una mesa para el trabajo, tuvo necesidad de entregarse á serias meditaciones, y de ellas re-

sultó que emprendiese una obra capital, una verdadera joya artística. Una almohadilla de mosaico de madera.

Hombre de bien á carta cabal, como se dice vulgarmente, Evaristo no pensó más en los asaltos nocturnos de las huertas para proveerse de material, sino que recorrió las carpinterías y compró trozos pequeños de caoba, de ébano, de zapote, de bálsamo, de nogal, de palo gateado, de lo más exquisito, en fin, que produce México, tan rico en maderas de ebanistería, y escogió en las ferreterías de los chatos Flores, los útiles que consideró más adecuados, pero que estaban muy lejos de ser los necesarios para el trabajo que iba á emprender. Satisfecho y contento llegó á su casa, abrazó con una cierta efusión de ternura á su Casilda y desde que amaneció el siguiente comenzó con furor la obra. Esta consistía, de pronto en cortar y labrar con la regularidad posible cuadrados, óvalos, rombos, trapecios y círculos tan pequeños que algunos eran microscópicos. No se trataba de ciento, ni de mil, sino de millares de cada color de madera, para reunir el material necesario para su mosaico. Increíble parece que pueda persona humana concebir una obra semejante de paciencia, como la que sería necesaria á poco más ó menos para contar las piedrecillas de un río. Evaristo la emprendió y esto demostraba un fondo de carácter no común. Con un tesón de maniático trabajaba todo el día, sin más interrupción que las horas de comer y uno que otro rato en que, para demostrar á Casilda su amor, le daba unas cuantas cachetadas hasta ponerle rojos los carrillos, y tantos pellizcos y apretones, que siempre tenía los brazos y las piernas salpicadas de las manchas moradas que dejan los dedos en las carnes frescas de sus queridas cuando, como es general en nuestros

léperos, las acarician de esa manera, un poco más que naturalista. Casilda no dejaba sin contestación estas ternezas, se enfadaban, reían, se cruzaban palabras que no podemos escribir, pero concluían por quedar en paz, y Evaristo agachado delante de su mesa de palo blanco, continuaba labrando, labrando siempre cuadritos y cocoles y echándolos en unos pozillos según el color de la madera.

Pasaban días, semanas y meses, y Evaristo labraba, labraba siempre, y su vida era la misma, sin más interrupción que algunos viajes á México para proveerse de algo que le hacía falta. Entre tanto las economías iban consumiéndose en las necesidades diarias, y en el fondo del baul de madera, que era el guardaropa del matrimonio, no había sino una poca de moralla que no llegaba á diez pesos, pero los pozillos estaban al llenarse de sus incansables cuadritos que le bailaban aún en sus sueños al extraño artista de San Angel. Casilda alarmada se oponía ya á la continuación de la obra, quería tirar al río los pocillos, y aconsejaba á Evaristo que volvieran á su antigua vida, que les producía un semanario seguro, tanto más que ese año los árboles de las huertas estaban lozanos y cargados de fruta, pero Evaristo firme proseguía sus trabajos. Cuando creyó tener la suficiente cantidad de mosaico, emprendió ya la formación de la almohadilla. El esqueleto era de cedro oloroso, y las molduras de ébano, de granadillo y de naranjo. En ese armazón comenzó con la fe, con la pasión, con el arte en toda su alma con que sin duda cincelaba Benvenuto Cellini, á dibujar materialmente, paisajes, chozas, árboles, figuras de animales, cuantos caprichos le ocurrian, acomodando para la luz, para las sombras,

para el relieve, para la óptica, los colores de las maderas con tal acierto, que cuando pasaba el dedo mojado con saliva sobre el mosaico parecía una pintura hecha por un hábil paisajista. Un año y un mes duró este trabajo. Las últimas pesetas lisas que Casilda y Evaristo tenían en el fondo del baul se gastaron en raso encarnado para el forro de la almohadilla. Ese día no había ya que comer y se contentaron con unas tortillas duras, algunas manzanas verdes y un jarro de la cristalina agua del río, se dieron algunos pellizcos amorosos y durmieron felices una siesta bajo la sombra de los árboles de su ignorado y solitario bosquecillo.

CAPÍTULO XIV

Aventuras de una almohadilla

AL despertar Casilda y Evaristo del sabroso sueño alegres y como rejuvenecidos con el aire fresco y sano de la tarde que declinaba, se les vino simultáneamente uno de aquellos pensamientos realistas que vienen siempre á enternecer y á interrumpir las vanas ilusiones con que se engaña diariamente la gente que vive en este mundo. Tenían hambre. ¿Qué cenarían esa noche? Nada, ó cualquier pedazo de tortilla ó de pan que pedirían en alguna de las casas de la vecindad, y á fe que no les faltaban amistades en el pueblo, especialmente desde que habiendo cesado los robos de manzanas y peras, se desvanecieron las sospechas que no habían dejado de pesar sobre ellos en la época de sus excursiones nocturnas. Lo esencial de la cuestión era ¿cómo vivirían mientras se vendía la almohadilla? Entraron en el cuarto, registraron con la vista el suelo, las paredes, el techo, los

rincones, nada. Cuatro petates que uno sobre otro les servían de cama, una sábana sucia y ya rompiéndose, las sillas de tule desfondadas, una mesita de palo blanco, el brasero con unos cuantos trastos de barro, y en la pared, estampas y dibujos de donde había tomado idea Evaristo para sus mosaicos; lo de valor había sido empeñado y vendido durante el año en que duró el trabajo babilónico de Evaristo. ¿Qué hacer? Cada cual se sentó en un rincón y clavó la cabeza sobre sus rodillas dobladas y sujetadas entre sus manos. Las sombras fueron invadiendo el cuarto, las mariposas nocturnas entrando y saliendo, algún murciélago siniestro desprendido del techo donde había estado colgado y adormecido batía sus alas, y el viento que traía el olor de los floripundios entrando por bocanadas, jugaba entre los cabellos sueltos de Casilda y refrescaba un poco la frente de Evaristo. No tenían vela, ni un grano de maíz para molerlo, ni un pan, aunque fuese duro, para entretener su estómago, pero nada de eso les importaba, sino el porvenir. Cualquiera cosa para una ó dos semanas les bastaba. Pasaron dos, tres, quizás cuatro horas, en el más completo silencio. De repente Casilda interrumpió esa larga monotonía.

—¿Dónde está el sable de tu padre?

Evaristo comprendió la importancia de esta pregunta. La única prenda que no había sido vendida ni empeñada era el terrible sable de Lecuona. Por olvido, por quien sabe qué cosa, por una especie de superstición quizá. Evaristo no había empeñado el sable, y en esos momentos supremos, cualquiera cantidad que le prestaran por él los sacaba del conflicto, después ya verían.

—Sabes, Casilda,—le contestó Evaristo,—que debe estar en el jacal de junto, allí lo dejé yo escondido entre el

zacate, y fué adrede, pues no quería ni acordarme de él, para no venderlo, lo buscaremos, ven.

—Pero no tenemos vela,—contestó Casilda levantándose al mismo tiempo que lo hacía Evaristo.

—Creo que detrás de la puerta debe de haber algún *cabito* y algunos fósforos de palito.

—Es verdad, voy á buscar.

Casilda, á tientas, comenzó á buscar, y después de un cuarto de hora concluyó por encontrarse una verdadera *mechita*, pegada en un barrote de la puerta y en el brasero la cajita de cartón con dos ó tres palitos de fósforos. Encendieron y se dirigieron al jacal que estaba lleno de zacate, de varejones, de ramaje, de palos viejos y de algunas palas, barretas é instrumentos de jardinería pertenecientes al propietario que les había arrendado la casa. Con una ansia febril comenzó Evaristo á remover aquellos estorbos, echándolos fuera precipitadamente mientras Casilda en una mano y pegada á un pedazo de taja-manil, tenía la vacilante luz y con la otra la tapaba para que no se apagase con el viento. Evaristo tiraba palas, barretas y maderas, sacaba las ramas á brazadas; nada, el sable no parecía.

—¿Si se lo habrán robado?—exclamó Evaristo desconsolado y dejando caer los brazos.

—Tantas manzanas y peras hemos robado nosotros, que no sería nada extraño. Castigo de Dios,—contestó Casilda,—pero busca, busca.

Y Evaristo animado continuó su trabajo.

—El *cabito* se acaba,—dijo Casilda,—date prisa.

Y Evaristo se fatigaba y el sable no estaba en el rincón donde se acordaba haberlo puesto.

La mecha dió los últimos destellos y se apagó, y los dos

amantes desanimados se dirigieron lentamente á sus rincones á esperar la luz del día para continuar buscando el último resto de la herencia paternal, de la cual esperaban su salvación.

Evaristo ayudado de Casilda y ya con más calma emprendió metódicamente el despejo del jacal, clasificando y poniendo aparte ramas, instrumentos de agricultura y cosas inútiles, y concluyó por dar con el suspirado sable, que retiró con desconsuelo casi de dentro del lodo, calculando que quizá no habría quien le prestase ni un par de pesos por él; en fin, se dirigieron á la orilla del río para lavarlo, y cual no fué su sorpresa y alegría cuando se cercioraron que el puño y las guarniciones de la vaina de cuero eran de plata maciza y quintada. Los dos saltaron y brincaron de gusto y aunque en ayunas se quitaron la ligera ropa que llevaban y se bañaron en las aguas claras del río que corrían entonces limpias, y no como ahora, sucias y envenenadas con los tintes y suciedades de todo género de las famosas fábricas de hilados que el interés privado y el atraso en los estudios económicos han formado la riqueza de algunos en su origen pobres campesinos de la montaña española, privando al erario de México de millones de pesos anualmente y arruinando las frondosas huertas del pueblo de San Angel.

Sumidos en el agua hasta el cuello formaron su plan. El día lo pasarían pidiendo fiadas á la Tomasa, propietaria de la casa vecina, un poyo, las tortillas, el chile, un puñado de frijoles y un poco de carbón. El almuerzo, por consiguiente, sería opíparo y no faltaría fruta para el *dessert*. Evaristo se quedaría después desnudo en el cuarto, envuelto en la sábana, mientras Casilda

volvería al río para lavar la única camisa que tenía, y así que Evaristo pudiese vestirse, ella se taparía con la misma sábana y lavaría también sus enaguas y también su única camisa. La casa estaba, como hemos dicho, medio oculta en un bosquecillo de árboles frutales, y los pocos que pasaban eran vecinos de confianza y no importaba mucho que los viesen más ó menos desnudos. Bajo este aspecto en los pueblos las costumbres son menos austeras que en la capital. Todo salió á pedir de boca. Evaristo, aunque en pechos de camisa, pero con su pantalón de paño todavía en buen estado, pudo venir á México y se dirigió á una famosa casa de empeño, y allí después de una hora de disputa y de haber desarmado la espada y pesado la plata, sacó cuarenta pesos líquidos con un real en cada peso mensual de interés por espacio de cinco meses, y todo esto por mucho favor, porque Evaristo era conocido y parroquiano de la casa. Por un sistema de aritmética especial, y disfrazadamente explicado en el billete, al retirar la prenda había de pagar ochenta pesos, es decir, el doble, pero los que tienen necesidad y piden prestado, rara vez dejan de admitir las condiciones del usurero por gravosas que sean. Con parte de ese dinero desempeñó el jorongo, la toquilla de su sombrero, una camisa de él y dos camisas, unas enaguas y un rebozo de Casilda, y contento como si se hubiese sacado la lotería de seis mil pesos, regresó al pueblo con un bulto de ropa y el resto del dinero. ¡Extraña naturaleza humana. No tuvo ni un solo recuerdo para el difunto Lecuona!

El domingo siguiente, la pareja, muy temprano y después de un buen desayuno con leche, queso de cabra y gorditas de elote, se puso en camino para México para

entrar antes de las diez en el Portal de Mercaderes, Casilda estaba guapa, con su pelo bien arreglado, su camisa y enaguas limpias, su rebozo manejado con garbo y bien calzada, pues cuidaba los zapatos más que á las niñas de sus ojos; andaba la mayor parte del tiempo descalza y sólo cuando iba á la parroquia ó venía á México salían á lucir los de raso negro, que le marcaban bien su empeine bien hecho y su pié gordo apiñonado. En la cabeza llevaba la mesita blanca muy bien lavada y Evaristo la famosa almohadilla envuelta en dos pañuelos.

El Portal de Mercaderes tiene en México un carácter, un tipo especial que no se encuentra en ninguna otra ciudad del mundo. Es una especie de feria ó de exposición que se repite todo el año los domingos y días festivos. Contra las gruesas pilastras que sostienen los arcos hay unas pequeñas tiendas de madera que se llaman alhacenas, y que efectivamente tienen esa forma, y en su centro apenas cabe una persona. En el armazón y tablas, hechas de modo que puedan contener la mayor cantidad de objetos posible, se encuentran muñecos y soldados de barro y de plomo, tambores, arreos militares, aparatos para capilla, porque en esa época los muchachos tenían dos objetivos, para la mayor edad, el de ser *padres ó soldados*, así ó compraban con su dotación dominical ó custodias, candeleros, santitos y altares de plomo si su inclinación era la de ser padre, fraile ó clérigo, era igual para ellos, ó espada de madera, vericú y un caballo de badana, con su carrizo si tenían intenciones bélicas. Hoy los horizontes son más amplios y el porvenir más seguro y rápido. Folletinista de un periódico, con la condición de insultar á todo el mundo, especialmente al gobierno,

después regidores del Ayuntamiento para embolsarse unos cuantos pesos, á poco andar diputados y de la Cámara popular se sale cualquier día á una legación, á una oficialía mayor, á una aduana marítima ¡quía! á un Ministerio... de menos nos hizo Dios, y no faltan ejemplos, pero no salgamos por ahora del Portal.

Cuanto el talento natural, cuanto la habilidad, á veces sorprendente de los que clasificamos generalmente como léperos (que no todos son malos) produce, tanto así se encuentra reunido en el Portal de Mercaderes, además de lo que ordinariamente contienen las alhacenas, que por cierto, aunque no es lo más curioso, sí lo más barato. Además de los chicuelos de la ciudad y sus contornos, pobres y ricos que de por fuerza van al Portal y á las Cadenas (1), paseo el más seductor á la edad de siete ú ocho años y que mis lectores, ya viejos, es fuerza que recuerden con ternura, toda la gente que desde las diez de la mañana ocurre á oír á la catedral las misas del altar del Perdón, precisamente da una vuelta por el Portal, y si sus hijos van con él, por mezquino que sea regresa á su casa con las bolsas vacías. Figuras de cera representando chinas, coleadores, indios, fruteros, tocineros, frailes, toreros, indias tortilleras, en fin, todos los tipos nacionales perfectamente acabados, juguetillos de vidrio tan artísticos y delicados como si hubiesen salido de las fábricas de Murano en Venecia; muñecos de trapo de Puebla, que son verdaderos retratos; alhajas de plata y oro y tecomates y bandejitas de Morelia, que parecen de

(1) Por una condescendencia digna de criticarse, el ministro de Justicia permitió hace cosa de siete años que se quitasen las cadenas y se demolicen los pilares, destruyendo con esto el tipo especial de la catedral y privando al público de un agradable paseo á que estaba acostumbrado después de dos siglos.

laca japonesa; multitud de curiosidades y objetos de hueso y madera y variedad infinita de muchas otras cosas que llenarían un catálogo (1). Así como á la variada y admirable colección de objetos, ya de gusto, ya de necesidad y de utilidad que se fabrica en Francia, se llaman *artículos de París*, así sin que por nada entre la vanidad nacional, se podía también decir *artículo del Portal de México*, y esto sólo significaría que se trataba de cosas curiosas y raras, porque efectivamente, no son artículos de comercio, ni hay fábricas, ni tiendas donde diariamente se venden, es una industria aislada, que no obtiene medallas en las exposiciones, ni forma la fortuna de los que á ella se dedican, y antes bien, ni para comer dan á los que emplean días, semanas y meses á este ímprobo trabajo, y como tipo y ejemplo, presentamos á nuestro Evaristo, y el lector, si tiene la paciencia de continuar la lectura, se convencerá de que lejos de exagerar aun estamos distantes de la realidad.

Dadas las diez de la mañana llegaron Casilda y Evaristo á la calle de Plateros y no sin dificultades penetraron por entre la gente que se apiñaba en la esquina leyendo los carteles de las diversiones públicas é invadía por bandadas el Portal. Escogieron un sitio entre los vendedores de dulces, de mercería y de botas y zapatos, y colocaron su mesita y encima de ella la almohadilla. Casilda de un lado y Evaristo del otro hacían la guardia de honor á la joya, de cuya venta formaban sus esperanzas. No pasó un cuarto de hora, sin que se presentara un

(1) La condesa de Zichy y muchas otras de las personas nobles y distinguidas que vinieron á México en la época de Maximiliano, adquirieron una abundante colección en el Portal, que figura hoy en sus museos acaso como lo más curioso que tienen.

aguilita (1) y con autorización del Ayuntamiento ó sin ella, les cobró cuatro pesetas por el piso que ocupaba la mesa, que no sería ni una vara cuadrada. Evaristo regateó obstinadamente, pero no hubo remedio, tuvo que pagar bajo la amenaza de verse expulsado inmediatamente del Portal.

Cuando el barullo de la gente que salía de misa de once y se precipitaba al Portal se disipó un poco, los paseantes fijaron su atención en la almohadilla; primero uno, después dos. Al cabo de un cuarto de hora, un grupo que impedía la circulación contemplaba y admiraba la almohadilla.

—¡Qué primor!—decía una señora á sus niñas.

—¡Qué habilidad de nuestros léperos!—decía un viejo aplicando su lente al objeto.

—¡Y todo esto á mano, sin máquinas, como lo hacen los ingleses,—contestaba otro.

—¡Qué bonita, mamá; cómpramela y verás como así aprendo pronto á coser! — interrumpía una muchachuela.

—Calla, calla, ha de pedir un sentido por ella; no piensas en el trabajo que le ha costado, y más que lo habrá hecho con un cortaplumas, como acostumbran estos pobres que no tienen para comprar instrumentos.

Otros viejos, de media edad, viejos y jóvenes, apenas pasaban la vista por la almohadilla, y la dirigían de preferencia á Casilda, que, en efecto, llamaba la atención.

Evaristo escuchaba contento estos elogios y con razón se envanecía con ellos. Casilda se entretenía en observar

(1) Se llamaban y se llaman todavía aguilitas á los individuos de la policía especial del municipio.

la fisonomía de los que rodeaban la mesita para adivinar si alguno de ellos la compraría, y con la instintiva coquetería de la mujer, los animaba con una cierta sonrisa y con miradas que para los maliciosos querían decir mucho, pero las horas pasaban, ninguno tenía trazas de tratar, y los curiosos se renovaban.

Por fin, uno de tantos, y cuando era cerca de la una y Evaristo perdía la esperanza, preguntó á Casilda cuánto valía la almohadilla.

Evaristo se apresuró á responder resueltamente :

—Doscientos pesos.

—¡Uf, uf, uf! Doscientos pesos, y en estos tiempos en que el gobierno no paga á los empleados hace ocho meses,—exclamaron los concurrentes, como si fuese el coro de una ópera.

—Ni en dos años vendes tu almohadilla,—le dijo uno dirigiéndose á Casilda.

—Sólo uno de esos agiotistas que chupan la sangre al pueblo puede comprarla; yo la recomendaré mañana en mi periódico,—interrumpió otro, vestido con cierta elegancia, y echando una maliciosa mirada á Casilda:

—¿Dónde vives?—(la gente llamada decente en México y los dependientes ó cajeros de las tiendas se creen con derecho de tutear á los pobres).

—En San Angel,—contestó Casilda.

—Oh, es lejos, muy lejos; múdate á la ciudad, abre tu carpintería, y ponte á trabajar, de modo que te conozca el público, de lo contrario jamás venderás tu almohadilla. Sin embargo, te voy á recomendar para que se rife en Palacio y que el presidente tome algunos números, que vaya tu mujer á verme á la imprenta de la calle de Santa Isabel.

Evaristo no pedía por la obra de tanto trabajo más que lo mismo que había gastado durante el año, ni un peso más, y como si le hubieran echado un jarro de agua fría, cuando oyó todo esto se quedó como un tonto mirando á todas partes, sin poner cuidado á los ofrecimientos del periodista.

—Doscientos, doscientos pesos, ¡qué barbaridad! ese hombre está loco.

—No hay quien dé hoy doscientos pesos ni por la Virgen del Rosario, con todo y sus perlas,—dijo otro, y se fué alejando, y tras él los demás.

A las dos de la tarde el Portal estaba casi solo, y Evaristo y Casilda, cargando el uno su almohadilla y la otra la mesita, sin decirse una palabra se encaminaron á un bodegón de la Alcaicería.

CAPÍTULO XV

Juicio al estilo de Salomón

Nos domingos siguientes, á poco más ó menos se repitió la misma escena, con la diferencia que tuvo algunas ofertas que la mayor fué de 25 pesos. El producto del sable de Lecuona iba consumiéndose y llegaba el momento en que volverían al empeño el jorongo, la toquilla, las enaguas y hasta las camisas. Evaristo había ya rebajado el precio á sesenta pesos, y sin embargo, no hallaba comprador. Se decidió entonces á correr diariamente las calles, á entrar en las casas y á vender por bien ó por mal; y ya se ha reconocido la tenacidad de su carácter, con sólo haberse dedicado un año entero á ese trabajo.

Recorría los sitios más concurridos, y en el momento que observaba al que suponía tener dinero, se le acercaba, descubría la almohadilla y hacía que la viesan á fuerza, siguiendo calles enteras á las personas; unas la

examinaban, le hacían abrir los secretos y cajoncitos, y después de entretenerlo un gran rato continuaban su camino, diciéndole: «Está muy bonita, y muy cara, y sobre todo, no tengo dinero.» Otros no le hacían caso, los más lo rechazaban, diciendo entre dientes: estos vagos molestan á todo el mundo con pretexto de vender cualquiera baratija; el gobernador debía recogerlos y ponerlos de soldados.

Un día, por la mitad de la calle de Plateros encontró á un caballero vestido con elegancia, bastón de puño de oro y anteojos, caminando con cierto aire acompasado y moviendo la cabeza y examinando una y otra acera con cierto desdén. ¡Quién sabe por qué se le figuró á Evaristo que esa persona debería ser casado y rico y le compraría sin duda la almohadilla para hacer un regalo á su mujer.

—Dispense su merced, — le dijo Evaristo con respeto, —tengo una cosa muy curiosa que enseñarle, y me la va usted á comprar para hacer un regalo á la señora.

—Quita, quita,— le contestó el caballero con desdén, apartándolo suavemente con la punta del bastón.

—Nada se pierde en que usted la vea.

Y Evaristo se le atravesó y al mismo tiempo destapó su almohadilla, que siempre traía cuidadosamente envuelta.

—Déjame pasar, déjame pasar; yo nada compro, ni menos esos muebles inútiles: las señoras que tienen dinero, jamás cosen ni usan de esos muebles.

—Pero para adornar la recámara,—continuó Evaristo interrumpiéndole siempre el paso y poniéndole casi junto á los ojos la almohadilla.

—¡Bah, bah! Eso quiere remedar mosaico, — dijo el

caballero, arrojando de por fuerza una mirada desdeñosa á la almohadilla;—en Roma hacen eso admirablemente, y de piedra, y en Viena eso también lo hacen muy fácilmente y con máquina, y ustedes, que son unos brutos gastan no sé cuanto tiempo en hacer una verdadera *chambonada*, apestando á cola, y que apenas sirve para que la rompa una muchachá de la Amiga. ¡Eh! quita y déjame andar.

Evaristo, tenaz y sin hacer caso de los verdaderos insultos que le decía sin razón el caballero, insistió y lo dejó andar; pero continuó á su lado, diciéndole:

—Esta no es chambonada, como cree usted; está muy bien hecha y no apesta á cola; véala y se convencerá que no soy de esos artesanos que salen á la calle á engañar á las personas decentes; ofrézcame usted algo, se me acaba ya el dinero, y no tendré ni para comer ni para trabajar... ofrézcame usted algo, y le largo la almohadilla; ya estoy aburrido.

—¡Eh, vete, ya me has molestado mucho,—repuso el caballero deteniéndose un poco;— si quieres, y sólo por quitárteme de encima, si quieres un par de pesos lleva esa cháchara á la calle de...

—¡Un par de pesos! —repitió en voz alta Evaristo, lleno de rabia, — ¡un par de pesos! ¡todavía me quedan en la bolsa cuatro para *pechar* á usted y á los *rotos* sus compañeros que andan por la calle de Plateros. Cóma-selos de veneno, si no le hacen falta.

Evaristo habría sufrido todo, hasta los golpes, con tal de vender su mercancía; pero que despreciaran así la obra de su paciencia, de su inteligencia; que lo maltrataran y le dijeran bruto y artesano inútil y chambón; que por un año mortal de trabajo le ofreciesen un par de

pesos, no lo pudo tolerar, y se alejaba gruñendo desvergüenzas, cuando el caballero, furioso, lo alcanzó.

—¡Bruto, bribón, lépero insolente, que con pretexto de vender baratijas vienes á injuriar á las gentes y tal vez á robarlas! ¡á la cárcel, á la cárcel!

Y al decir estas últimas palabras brincó sobre Evaristo, que se alejaba, no queriendo comprometer el lance; y lo sujetó por el cuello de la camisa.

—Suélteme usted, suélteme usted, ó le va mal.

—¡A la cárcel, bribón, á la cárcel!—y lo sujetaba más fuerte.

—Suélteme usted, suélteme.

El caballero apretaba más.

—Evaristo no pudo ya contenerse, y de un empujón echó á rodar á la acera al elegante aristócrata, y por un lado rodó el sombrero y por el otro el bastón y los anteojos.

Evaristo, sin pasar á más, pero sin correr, pues no había cometido un delito, sino obrado en propia defensa, se alejaba lentamente.

El caballero, más furioso, decía entre dientes:

—Si no se castiga fuertemente á estos léperos insolentes, un día nos van á comer vivos.

Y recogiendo con prisa sus anteojos y su sombrero, corrió con el bastón enarbolado, y alcanzando á Evaristo, que ya pensaba que había terminado la escena, comenzó á descargar sobre sus espaldas una lluvia de bastonazos.

Casilda, que seguía de lejos á su amante, sin darse cuenta de lo que pasaba, corrió hacia donde estaba el grupo, y lo primero que le ocurrió fué tirar de los faldones de la levita al caballero, para alejarlo.

—Déjame, déjame, Casilda, con él, y toma la almohadilla, no vaya á romperse.

Evaristo, vuelto de su sorpresa, se quitaba como podía con el brazo los bastonazos y con el otro sujetaba fuertemente su alhaja querida, pues consideraba, en aquellos mismos instantes de conflicto y de dolor, que si se hacía pedazos, perdía el fruto de un año de paciencia.

Casilda tiró un pedazo del faldón de la levita que se le había quedado en la mano y tomó la almohadilla que le tendió Evaristo.

Entre tanto, el caballero, enfurecido y rabioso, menudeaba los bastonazos, que recibía Evaristo en los hombros y en la cabeza.

—Corre y vete á la casa, — le dijo Evaristo, — porque si te quedas te llevarán conmigo á la cárcel.

—Casilda comprendió perfectamente y se alejó.

Evaristo de un salto se puso fuera del alcance de los bastonazos del furioso caballero, y corrió, al parecer, pero fué para buscar piedras en el medio de la calle. No dilató en encontrar una, y volvió sobre el caballero con el brazo ya armado y levantado.

—¡Al asesino, al asesino, que me matan, auxilio!— gritaba desolado el caballero y vacilaba y hacía zig-zags, é iba y volvía.

Evaristo, á cierta distancia, con el ala del sombrero levantada y el brazo ya listo, le apuntaba á la cabeza para dispararle una gruesa matatena y dejarlo en el sitio. Un minuto, dos minutos duró esta verdadera agonía; por fin, el miedo hizo correr al caballero, y Evaristo descargó su materia, que partió zumbando como una bala.

Era su fuerte de Evaristo, y su escuela había sido la plazuela de San Pablo.

Un segundo de diferencia habría bastado. El caballero se metió en su zaguán, al mismo tiempo que la piedra se había estrellado contra la mocheta á la altura de la cabeza de su enemigo.

La gente parece que había brotado del suelo. En momentos fué un tumulto, los unos rodeando á Evaristo, que buscaba otra piedra; otros entrando al zaguán para ver si había sido matado el caballero. En esto vinieron dos aguilitas del rumbo del Portal, desde donde quizá habían notado que algo pasaba, y no tuvieron trabajo para encontrar al delincuente, pues él mismo se presentó y les dijo:

—Uno de esos rotos... que andan por aquí me ha pegado porque le quería vender una almohadilla, le he dado una pedrada y tal vez lo he matado. Aquí estoy: de ustedes me dejo llevar á la cárcel; de él no.

Uno de los policías entró con dificultad al zahuán y dió con el caballero, que pálido como un muerto, tomaba unos tragos de agua con que le había brindado la portera, para que no le hiciera daño el susto.

Los dos aguilitas trataron de hacer las primeras averiguaciones entre los espectadores.

—Sí, yo lo ví, —decía una cocinera que tenía en la mano una canasta llena de legumbres;—fué el de la levita el primero que le pegó. ¡Qué injusticia! porque es pobre darle así de palos como si fuera un burro de los indios, no hay más que verle la cara.

En efecto, por la cara de Evaristo corrían hilos de sangre de las heridas que le habían ocasionado los bastonazos.

—Estos rotos,—interrumpió un mercillero que cargaba una papelera, con su tapa de vidrio llena de botones, de

alfileres y de baratijas, tienen la costumbre de tratarnos como perros, y con este se la sacó, porque no se dejó, é hizo bien; yo lo ví, y la señora de la canasta dice la verdad.

—Imparcialmente le impondré á usted de lo que presencié,—dijo un viejecito que tenía trazas de ser portero de una oficina;—yo me refugié en un zahuán, luego que observé que se trataba de pedradas, pero oí toda la conversación, porque venía detrás del artesano y del caballero. Es verdad que el artesano fué pesado, ¡pero qué había de hacer el pobre! quería vender y nada más, y no por eso estuvo autorizado el otro, porque tenía levita, á romperle el bastón en las costillas. Entraron los dos en el mismo zahuán donde aún estaba el descolorido caballero, y allí el viejecito, encargando la reserva al aguilita y dándole una falsa dirección de su casa, para que no lo encontraran si lo citaban como testigo, le refirió minuciosamente lo que había ocurrido.

La reunión se iba disipando y los aguilitas conferenciaron entre sí y determinaron llevar á la cárcel á los dos contendientes.

—Eso ni pensarlo, ni como tiene usted valor de proponérmelo siquiera, — le dijo con imperio al aguilita el caballero, repuesto un tanto de la emoción. — Soy una persona decente y nunca vamos donde vá la canalla. Le daré á usted un apunte de mi casa y mi nombre, y yo me veré con el Juez y el Gobernador, no haya cuidado, pues tengo mucho empeño en que pongan las peras á veinticuatro á este pillo, que nada faltó para que me dejase muerto de la terrible pedrada. Registre usted la mocheta de la puerta que está hecha pedazos. ¡Calcule usted cómo me habría hecho la cabeza!

El aguilita, que sabía bien que á los de frac y de levita, á no ser por asuntos políticos nunca se les lleva á la cárcel, no insistió y se contentó con retener en la memoria el nombre y señas de la casa y recoger el bastón que, astillado y casi en pedazos estaba en el suelo, y hecho esto se encaminaron seguidos de alguna gente con Evaristo, dejando al otro en libertad, rumbo á la Diputación ó á la cárcel de córte, como le llamaban entonces.

Al organizarse la comitiva, Evaristo echó una mirada mortal al de levita.

—Le he de beber la sangre á ese roto, — dijo entre dientes.

Y el de levita, le correspondió y murmuró á su vez con enojo:

—Se ha de secar en la cárcel mientras yo viva.

Evaristo durmió esa y la siguiente noche en la cárcel de Córte en un separo ó cuarto donde estuvo solo mediante un peso que regaló al alcaide, y muy de mañana ya estaba Casilda con el desayuno, que sin dificultad se le dejó entrar, pues lejos de haber muertos ó heridos de por medio él era el visiblemente lastimado. En la noche fué presentado ante el gobernador para la calificación (1).

A eso de las siete Evaristo fué sacado de la cárcel, y con la custodia de dos soldados de la guardia llevado en unión de diez ó quince más, acusados de embriaguez, riña y robo.

(1) La calificación se llama al juicio sumario y administrativo que hace el gobernador del distrito todas las noches (ya tendremos lugar de ocuparnos de esto) de los supuestos reos que son cogidos durante el día anterior en la ciudad. Los que tienen delitos leves, los pone en libertad ó los sentencia hasta un mes de cárcel, para lo que tiene facultad. Los que han cometido un delito de alguna gravedad los envía al juez de turno para instruirles la causa.

Le llegó su turno.

—Y á este ¿por qué lo traen?—preguntó con tono brusco el gobernador á un personaje chiquitín y regordito que fungía como jefe de la policía secreta.

—Por riña y pedradas en la calle de Plateros,—respondió el chiquitín, é iba á continuar, pero el gobernador le interrumpió.

—Sí, sí, ya estoy impuesto de todo, que espere y entre tanto vayan á buscar á D. Carloto, que ya me vino á calentar la cabeza con eso, y me ha contado quién sabe cuántas cosas.

Evaristo fué consignado á un rincón de la sala, un aguilita corrió á llamar á D. Carloto, que precisamente en esos momentos subía las escaleras y entró precedido del policía, con el sombrero puesto y sin saludar á nadie.

El gobernador, que firmaba diversas comunicaciones, alzó la cabeza y dijo con su tono brusco:

—¡Buenas noches! y sería bueno que los que entraran aquí se quitaran el sombrero, pues ni llueve ni hace sol en el despacho del gobernador.

D. Carloto, con visible cólera se quitó el sombrero y buscó una silla en que sentarse. El gobernador ocupó larga media hora en firmar. Todos en silencio. Quedaban en el salón los dos aguilitas que presenciaron el pleito en la calle de Plateros y aprehendieron á los reos, el jefe de la policía secreta, el secretario del gobernador, Evaristo y D. Carloto.

—¿Qué antecedentes tiene este hombre? — dijo el gobernador, tirando la pluma con que firmaba, dirigiéndose al jefe de la policía secreta y sin saludar ni fijar la atención en D. Carloto, que se puso en pié y se acercó á la mesa, y lo mismo hizo Evaristo.

—Ha entrado cinco veces á la cárcel.

—Pájaro en manos tenemos. Ya le ajustaremos la cuenta.

—Es que, señor gobernador, yo... — comenzó á decir Evaristo.

—No hablo con usted, ya le tocará su vez,—interrumpió el gobernador.

—Este malvado me ha querido matar.

—Tampoco hablo con usted,—voivió á interrumpir el gobernador dirigiendo una mirada á D. Carloto, el cual se mordió las labios.

—Vamos, responda usted breve, que tengo mucho que hacer todavía,—continuó el gobernador dirigiéndose al jefe de la policía;—¿por qué delitos ha entrado este hombre á la cárcel?

—Por robo de seguro,—continúo el Gobernador,—ratero primero, así son todos, después robos mayores en las casas, y al fin el camino real, Río Frío, esa es su vida, el monte de Río Frío lo tienen como su propia casa. Si el Gobierno me diera las facultades que le he pedido, antes de dos meses habríacolgado en los árboles por racimos á los bandidos de Río Frío, pero ¡quíá! nada, y si nos dejamos un día me roban aquí mismo mi reloj... y á propósito,—continuó sacando el reloj,—son las ocho y á las ocho y media tengo que estar en Palacio... ¡Con que vamos, responda usted breve como le he dicho! ¿Por qué ha entrado este hombre á la cárcel? ¿Por robo, no es verdad?

—No, señor gobernador, por robo no, ni un claco ha robado este muchacho. Ha entrado por riñas, porque parece que es medio valentón. Véale usted la cara.

—¡Ah! eso es ya otra cosa,—dijo el gobernador mi-

rando la fisonomía resuelta y juvenil de Evaristo.—Di, ¿por qué tiraste una pedrada al señor que está ahí?

—Le vendía una almohadilla en que trabajé un año entero... los pobres... y el señor entonces...

—Si ya estoy impuesto, ya me han dicho de esa almohadilla.

—La tendrá mi mujer que está en el portal, —dijo tímidamente Evaristo, — la encargué esta mañana que la trajese.

—Que suba esa mujer, —dijo el gobernador.

Uno de los aguilitas salió inmediatamente, de dos saltos bajó la escalera y á poco subió acompañado de Casilda, la que en efecto traía la almohadilla, cuidadosamente envuelta. El aguilita la desenvolvió y la entregó al gobernador, el cual la tomó en sus manos, la volteó por un lado y por otro, abrió los secretos y cajoncitos curiosísimos y afiligranados, y finalmente la puso en la mesa sin decir una palabra.

—Digan ustedes cómo pasaron las cosas, —ordenó á los dos aguilitas.

Uno de ellos, sin duda el más despierto y letrado, refirió brevemente y con exactitud lo que el lector sabe ya.

—¿Dónde está el bastón?

—Aquí, —dijo el jefe de la policía tomándolo de un rincón y presentándolo al gobernador.

—¿Reconoce usted este bastón, señor D. Carloto?

—Es el mío, señor gobernador, —contestó con una voz un poco hueca y afectada D. Carloto.

—¿Reconoce usted que está casi destrozado.

—Sí, señor gobernador.

—Basta, ha confesado usted delante de todas las personas lo que yo quería. ¿Con qué autoridad ha roto

usted este bastón en las costillas y en la cabeza de este hombre?

—Me quería matar...

—No dice usted la verdad. El ha levantado las piedras después que usted sí lo pudo haber matado. Vea usted esas señales.

En efecto, Evaristo tenía en la frente cardenales morados y costras de sangre cerca de los ojos.

—Y si lo ha dejado usted tuerto,—continuó el gobernador.

—Es que estas gentes insolentes, no ven que nosotros...

—Es que, —le interrumpió el gobernador, — ustedes porque tienen levita y frac, porque se figuran nobles del tiempo de los virreyes, y tienen un carruaje que acaso lo deben á los carroceros, se figuran que pueden hacerse justicia por su mano, y esto no ha de ser mientras yo sea gobernador, señor D. Carloto, á todos los he de tratar iguales, como dice la ley. Alguna vez ha de ser cierta la verdadera libertad.

—Es que la libertad y la política...

—No hablamos aquí de política, —le interrumpió el gobernador.—Va ya á sonar la media, tengo que irme y dejar esto concluído. ¿Cómo se llama usted y qué oficio tiene?—preguntó el gobernador.

—Me llamo Evaristo y soy tornero de oficio.

—Bien... bien... silencio... silencio... nadie tiene que hablar.

El jefe de la policía, D. Carloto, y los dos aguilitas querían sin duda decir algo, pero todos callaron.

—Queda usted sentenciado señor D. Carloto á exhibir dentro de tres días doscientos pesos de multa, y

cuando entre el dinero á la tesorería se le devolverá su bastón.

—Pero es posible, señor gobernador... —dijo D. Carloto indignado...—esa es... una...

—Y si acaba usted la palabra, pagará otros doscientos por irrespetuoso, y cuidado con alzar la voz. Si no está usted conforme, quédese á quien quiera. De los doscientos pesos, ciento se entregarán á la casa de Niños Expósitos, que bien pobre está, y cien á este hombre para que se cure de sus heridas.

—¡Pero señor gobernador!—volvió á decir D. Carloto.

El gobernador se dirigió á Evaristo.

—Toma tu almohadilla. Está lo que pueda llamarse preciosa, y el trabajo de un año no merecía una paliza y además dos días de cárcel. Quedas en libertad.

El gobernador tomó su sombrero y su bastón y salía ya de la sala. Casilda se acercó, quiso arrodillarse y besarle las manos.

—Nada de farsas, váyanse... ¡ah! se me olvidaba. ¿Conoces ya bien á D. Carloto, no es verdad? —dijo el gobernador.

—Sí señor.

—Ya lo creo, jamás olvidarás la paliza que te dió, conozco á ustedes. ¿Prometes no meterte ya con el señor Carloto, en cualquier tiempo que lo encuentres, ya solo ó acompañado?

—La verdad, señor gobernador,—contestó Evaristo, llevando las manos á sus heridas... yo...

—¡Canalla!—gritó el gobernador, —después de lo que he hecho contigo. A la cárcel, lleven á este hombre á la cárcel y que se pudrá allí;—y á ese mismo tiempo abría la puerta para salir.

—Cabal;—dijo D. Carloto,—daría mil pesos.

—¡Por el amor de Dios! señor gobernador,—exclamó Casilda asustada y deteniendo al gobernador,—Evaristo, Evaristo, haz lo que dice el señor gobernador.

—Señor, no por la cárcel ni por nada, que yo no me asusto, por usted, por lo que ha hecho conmigo, prometo, y sabe Dios que lo cumpliré, no meterme con el señor ni vengarme.


—Está usted salvado, D. Carloto, y me lo debe usted á mí. Este hombre no le tocará el pelo de la ropa. Conozco á esta gente pero le costará á usted algo más. Si el señor no manda mañana trescientos pesos no se entregará su bastón y se mandará al juez de lo criminal por el cargo de heridas graves.

El gobernador, seguido de su secretario y de los aguilas, bajó como un rayo las escaleras de la Diputación. D. Carloto quedó estupefacto é inmóvil y Evaristo y Casilda cargando la almohadilla, bajaron abrazados tiernamente, se dirigieron á la escalera y un beso resonante sacó de su estupor al infortunado noble y orgulloso D. Carloto, que á su vez descendió lentamente, murmurando entre dientes:

—¡Qué bonito modo de administrar justicia! ¡qué país este! Los yankees, los ingleses, los franceses, los demonios mismos son preferibles al gobierno de estos sansculotes. Poco durarán ya, la revolución está encima y entonces yo le ajustaré las cuentas á este gobernador.

CAPÍTULO XVI

Casilda

A gran fortuna de Evaristo fué que le tocase ser juzgado por un gobernador de ideas liberales; de otra suerte se habría, en efecto, podrido en la cárcel, como se lo había sentenciado el noble D. Carloto.

Llegaron á la garita antes de que se cerrase, y á riesgo de ser robados y asesinados se aventuraron á atravesar, en medio de una noche oscurísima, la larga calzada de San Angel, y poco después de las doce estaban ya tranquilos y contando y comentando las aventuras en su retirada casita.

Casilda, activa y diligente, se encargó de los negocios, y su buena y alegre habitación y el aseo en su persona, no común, desgraciadamente, en gentes de su clase, le facilitaban lo que á Evaristo mismo hubiese sido muy difícil. Recogió de la tesorería del Ayuntamiento los cien pesos, desempeñó la ropa y compró para ella y para

Evaristo algunos nuevos trastes, instrumentos, cristal, sillas, un colchón y quién sabe cuántas baratijas más, y volvió todavía con bastantes pesos.

Ociosidad, holganza, alegría, paseos á la montaña y á los tianguis de Coyoacan y Mixcoac; así pasaron días hasta que el tesoro se agotó y las necesidades comenzaron de nuevo, y por cuarta ó quinta vez fueron sucesivamente las prendas á la casa de los empeñeros.

¡Qué gentes las del pueblo de México! Así pasan la vida. La cuestión del ahorro y de la economía, que es la cuestión capital de los franceses y de los suizos, les es enteramente desconocida.

Vacilando entre si volverían á merodear por las noches en las huertas y á labrar chucherías de madera ó á continuar la venta de la almohadilla, que tan pronto era un talismán que les traía la dicha como la desgracia, se decidieron por esto último, y comenzaron de nuevo las exhibiciones en el Portal de Mercaderes, sin más éxito que reunir al derredor curiosos y muchachos que cuando se descuidaban tentaban la alhaja y le hacían rayitas y daño con las uñas.

Un día, mientras que Casilda, con su mesita en la cabeza se adelantaba camino de San Angel, Evaristo dió vueltas por una calle y otra, entró en varias casas, y se retiraba desanimado cuando acertó á entrar al patio de un gran edificio en la calle de D. Juan Manuel, cuya puerta estaba abierta de par en par. El viejo portero, gruñendo, salió con ánimo de echarlo, pero al decirle algo fuerte, observó la almohadilla y trabó una conversación amistosa. El viejo, sin querer, lo impuso de quiénes vivían en la casa, de la hora en que se levantaban y de cuanto le importaba y no le importaba saber al vendedor.

—Ni qué dudarlo,—le dijo Evaristo, después de haber oído la relación; — la niña de la casa me tiene de comprar la almohadilla. Es condesa y tiene mucho dinero; si la ve no puede quedarse sin ella. Si la vendo en más de cien pesos, veinte son para usted, amigo.

En esto estaban cuando desde el corredor, y por entre los barandales de fierro y los macetones del Japón, asomó la cara de una muchacha animada con unos ojillos color de aceituna, y una vocecilla de tiple se escuchó:

—¿Quién es, qué quiere ese hombre, con quien está usted platicando?

—¿Ah, eres tú, Gertrudis? Dile á mi ama la condesita que este hombre trae una cosa muy bonita, que es menester que vea, que si permite que suba.

—¿Qué es eso? ¿con quién hablas, Tules? ¿qué dice el portero? — preguntó Mariana entreabriendo la vidriera de su recámara.

—¡Qué escándalo en esta casa, señor Dios! ¿qué pasa? —preguntó Agustina, que precipitadamente desembocó por el pasadizo que conducía á la azotehuela.

—Nada, nada, — contestó Tules con calma; — es un hombre que trae una cosa bonita que quiere enseñar á mi ama.

—Que suba, que suba al momento,—dijo Mariana.

Y cuando Evaristo, sin saber en ese momento por qué, subía de dos en dos la majestuosa escalera, ya las tres personas que parecían curiosas ó asustadas lo esperaban en el portón.

Mariana lo introdujo á su recámara, se sentó en su sillón y, rodeada de sus criadas, comenzó á examinar con la minuciosidad y cuidado de una mujer la maravillosa almohadilla.

—¡Qué primor, qué delicadeza, qué perrito tan natural, y qué bien imitadas las pintas con los colores de la madera; y los cajoncitos, y este secreto, que nadie adivinaría!...

Vaya, jamás habían visto obra igual; no podían creer que fuese de pedacitos de madera.

Fué una verdadera ovación para Evaristo, que lo puso hinchado como una lechuga; pero al oír tales elogios, no quitaba la vista á Tules. Mariana, con la inquebrantable voluntad que desplegaba cuando tenía empeño en cualquier cosa, declaró que quería quedarse con ese primor; Agustina opuso algunas dificultades, pero condescendió al fin.

Al debatir el precio, Evaristo refirió su año de dedicación exclusiva y de paciencia infinita para labrar los miles de trocitos, las hambres y miserias que había pasado y su pleito en la calle de Plateros con el señor rico, y enseñó las cicatrices que aún conservaba en la frente, y cómo había sido puesto en libertad por el gobernador, pero en toda esta relación no mentó ni de chanza á la pobre Casilda, que tanto había sufrido también y tanto le había ayudado.

Mariana, Agustina y Tules se enternecieron y Evaristo concluyó por recibir doscientos pesos nuevos del cuño español.

Al retirarse Agustina, le dijo:

—Vaya, maestro (porque en México se le llaman maestros al albañil, al carpintero, á cualquier artesano, no siendo muchacho aprendiz), se irá usted muy contento; ya su mujer de usted y sus hijitos tendrán un desahogo por algunos meses, mientras usted trabaja.

—Señora, yo no soy casado, ni tengo hijos.

—Bendito sea Dios!—dijo Tules irreflexivamente, y se puso muy colorada.

Agustina quizá iba á regañarla, pero Mariana dijo:

—A esta almohadilla le faltan carretes y devanadores y aguja de jareta y dedal y...

Evaristo no quitaba sus ojos de Tules.

—¿Lo oye usted, maestro? le faltan muchas cosas.

Evaristo volvió en sí, y poniéndose también colorado, respondió á Mariana:

—Yo podré hacer lo que falta, y quedaría muy bonito de marfil.

—Cabal, de marfil, — dijo Mariana. Mira, Agustina, saca ese niño Dios, que está en mi cómoda y tiene quebradas las piernas y se lo daremos al maestro para que labre lo que falta.

Agustina, sin hacer observación, volvió á poco con una primorosa escultura de marfil, quizá obra florentina de la época de Cellini y que un anticuario habría pagado á peso de oro.

Evaristo se echó al niño en el bolsillo y haciendo mil reverencias, prometió volver pronto y bajó contentísimo la escalera dedicando á Tules una última y expresiva mirada.

Sin mucho devanarse la cabeza, el lector ha podido reconocer que estas escenas pasaban en el Palacio del Sr. Conde del Sauz, que cuando andaba en sus expediciones dejaba el gobierno absoluto de la casa á D.^a Agustina con las más severas órdenes, pero apenas había salido de la garita, cuando Mariana mandaba abrir las puertas, entrar y salir vendedores de fruta y de chácharas, hacía, en una palabra, su santa voluntad, y ni Agustina, ni los criados que la querían mucho, á la vez que

odiaban al conde, podían resistir á su voluntad. Agustina, que sabía ordenar el gasto y ahorraaba cuanto podía, siempre tenía dos ó tres talegas de pesos guardadas en una arca de cedro con tres llaves, y no pocas veces ocurrió el mismo conde á su ama de llaves, en solicitud de algunas onzas de oro para satisfacer una deuda de juego, así pudo pagar á Evaristo y podía contentar otros caprichos de Mariana. Al fin ella era la condesita, la hija única, la heredera. En conciencia, Agustina creía que obraba bien.

Como vamos presentando sucesivamente al lector familias enteras de personajes que sabe Dios (pues nosotros mismos no lo sabemos) el paradero que tendrán, fuerza es que digamos dos palabras acerca de Gertrudis, que por abreviatura y cariño le decían Tulitas cuando era niña y Tules cuando fué mayor. Era hija de una antigua criada de la condesa, que la llevó á su lado cuando se casó, y era también ahijada de Agustina. Murió la madre y Agustina, como madrina, por obligación, como dicen, la recogió, y quedó formando parte de la servidumbre. Era realmente hija de la casa. El conde no se había ni fijado en ella, pero Mariana sí, porque con dos ó tres años de diferencia simpatizaban por la edad y la había dedicado á su inmediato servicio. La verdad es que los criados de esas *casas grandes*, de las que hoy apenas se encuentran vestigios, salvo el carácter ceremonioso y en ocasiones duro y brutal como el del conde del Sauz, pasaban una vida tranquila y hasta regalada.

Pero volvamos á nuestro artesano.

Después de la venta de su almohadilla regresó al pueblo, pero, como quien dice, ya otro hombre. Los elogios

de Mariana, los ojos de Tules y los doscientos pesos le trastornaron completamente la cabeza.

Antes de tomar el camino de la garita, se detuvo en la esquina del Portal, en la alhacena de libros de D. Antonio de la Torre, á quien conocía y al que cuando estaba arrancado le vendía por casi nada sus chucherías de madera. Contóle su buena fortuna y le dió á guardar 150 pesos. Llegado á San Angel, ocultó lo que había pasado, contando á Casilda que un inglés de la calle de Capuchinas le había comprado la almohadilla y encargádole labrase los avíos con el *niño viejo* y quebrado de marfil. Casilda se lamentó amargamente, pero creyó el cuento, y por de pronto las cosas terminaron así.

Evaristo nunca había ensayado el trabajo en marfil, pero lo juzgó análogo al que hacía en madera, y provisto de los útiles que creyó más aplicables, comenzó la obra con más tesón que la de la almohadilla, y antes de cuatro semanas había ya convertido el grueso estómago del Niño Dios en curiosos devanadores, en dedales y en agujas de jareta y se presentaba ufano en el palacio de la calle de D. Juan Manuel, donde encontró el acceso fácil, mediante los veinte pesos que religiosamente le había dado al viejo portero. En todo el tiempo de su trabajo, ni una caricia, ni una sola mirada para la pobre Casilda, que en su buena fe de mujer quiso atribuirlo únicamente á la preocupación de Evaristo para dar gusto al inglés y adquirir más dinero; no era mal inglés el que se le había atravesado. A las horas de comer Evaristo más bien devoraba que no comía. En las noches al acostarse se envolvía en su sábana y ponía la cara contra la pared. Cuando miraba á Casilda á hurtadillas era más bien con una especie de ceño ó de rabia, como si fuese su mortal

enemiga. La verdad era que la comenzaba á aborrecer y le estorbaba. Le venía á veces la idea de convidarla á bañarse en el río y ahogarla, procurando la manera de que apareciese el suceso como una desgracia imprevista; pero desechaba este pensamiento, porque en definitiva no podía compaginar bien su plan y tenía miedo á la cárcel.

Pór supuesto, en la calle de D. Juan Manuel fué perfectamente recibido. Mariana, Agustina, la cocinera, las demás criadas, el portero, Tules, sobre todo, con un candor que le era genuino, elogió hasta más no poder los objetos de marfil que relativamente á los medios que el artesano podía disponer, estaban lo que podía decirse curiosos y nada más.

En esa vez Evaristo se retiró con unos veinte pesos, que le mandó dar Mariana, pero con la firme intención de casarse con Tules.

En todo el camino pensó la manera de deshacerse de Casilda, y lo que primero le vino á las mientes para lograrlo fué lo que nuestros hombres del pueblo llaman *aburrirla*. Son las dos maneras de tratar á las mujeres, que, aunque con distintas formas, usan también los ricos, los bien educados y los nobles: *quererla* y *aburrirla*. Cuando uno de nuestros leperitos dice á quererla, es completo. En la calle van abrazados, en la casa no se separan, y rebozos, y zapatos, y pulque, y almuerzos y pellizcos de cariño, y el jarabe, el aforrado y el *malcriado* en las canoas de Santa Anita y gastar con ella hasta el último medio del jornal. Cuando se trata de aburrirlas es otra cosa: pleito por la comida, pleito por un cabo de vela, por la camisa, que no está bien planchada, y una cachetada un día y una patada en la cin-

tura otro, y además mantenidos, porque el jornal lo gastan en la calle y exigen los alimentos como si diesen dinero para comprarlos. Entre tanto Evaristo ponía sus cinco sentidos en aburrir á Casilda, el conde del Sauz llegó de las haciendas, y un día que Agustina le daba cuenta minuciosa, aunque no muy verídica, de lo que había pasado en la casa, le habló de la almohadilla, de lo honrado y hábil que era el artesano, y por último, y con miedo, de los devanadores y chucherías que habían salido de la barriga del niño Dios de marfil.

Esto fué lo que cayó en gracia al conde, y contra su costumbre, sonrió con buena fe y contento, pues de habitud su sonrisa era maliciosa y colérica.

—¡Qué ocurrencia!—dijo á la ama de llaves,—me alegro mucho que en esto haya venido á parar ese fenómeno, que me daba dolor de estómago sólo de verlo, cuando lo solía sacar la difunta condesa, que decía que era una escultura de mucho mérito hecha en Flandes ó no sé dónde. Bien, todo está bien, dame algunas onzas de oro que tendrás, como siempre, encerradas bajo de siete llaves.

Echó una mirada desdeñosa á la almohadilla y á los devanadores, y señalando la puerta á Agustina le repitió:

—El oro, el oro, que tengo que salir pronto de casa.

En asuntos de dinero así se manejaba el conde. El padre de Juan Robreño enviaba dinero ó ganados, el escribiente los realizaba, llevando su cuenta en un libro forrado de badana encarnada, el conde pedía y gastaba por su lado y Agustina hacía los gastos de la casa y guardaba las economías en la grande caja de cedro.

La buena acogida que hasta donde permitía el carác-

ter del conde á la almohadilla hizo nacer una idea en la cabeza de Agustina, poco l3gica al parecer, y fu3 la de casar á Tules con el h3bil y honrado artesano, que no era mal parecido y de edad proporcionada para su futura. Las mujeres de cierta edad, y particularmente educadas á la antigua, son lo que se llama *casamenteras*. En la primera ocasi3n que Evaristo se present3, y lo hac3a, con cualquier pretexto frecuentemente, Agustina lo llam3 aparte.

—Evaristo,—le dijo,— diga lo que se le debe por las obras que ha hecho en la casa, y no vuelva m3s, porque as3 es menester y as3 lo manda Dios.

—Pero se3ora, ¿qu3 he hecho, para esto mas que dar gusto al pensamiento, á usted y á la se3ora condesita? He compuesto la mesa de la cocina y la c3moda del se3or conde, y el escaparate del corredor y nada he cobrado ni dado motivo...

—No se trata de eso, y por eso le digo que haga la cuenta para pag3rsele, sino de que Tules, est3 como se dice, *perdiendo* con los dem3s criados y aun con el portero que solt3 el otro d3a una palabra que no me gust3. Ya he platicado de esto al padre Fray Jer3nimo, mi confesor, y me dice que si usted no trata de casarse con ella, no debe volver á poner un pi3, y si la ni3a condesa tiene alguna cosa que mandarle hacer, en el patio, 3 en el cuarto del portero, nos entenderemos.

Evaristo, que cre3a que iba á ser expulsado por orden del conde, á quien s3lo hab3a visto una vez, con una cara de vinagre, vi3 el cielo abierto, le brindaban con lo que precisamente quer3a, pero no habr3a tenido valor para decir una sola palabra y m3s bien revolv3a en su cabeza pensamientos violentos, como de hacer bajar con

engaños á Tules, robársela, y después pedir perdón por medio de una carta, pero en fin á nada se decidía, hasta que la invencible inclinación casamentera de Agustina lo sacó de su indecisión.

—La verdad, señora,—contestó Evaristo, tomando las manos de la ama de llaves y queriendo besárselas,—es que desde el primer día que mi buena estrella me trajo á esta casa y ví á D.^a Tules, la quise mucho, y desde entonces he estado trabajando para juntar algún dinerito, y con lo que ustedes me favorecen ya tengo algo, pero no me atrevía...

—Ya lo había conocido; ¿cree usted que á mi edad se me podían escapar estas cosas? ¿Está usted resuelto á casarse?

—Sí señora.

—Tules es sola, no tiene ni padre, ni hermanos, ni ningún otro pariente. Es mi ahijada y aquí está como hija de la casa, nada le falta, yo creo que ella está inclinada á usted y se casará en el momento que yo se lo diga. ¿Con que cuándo?

Evaristo se quedó reflexionando un rato, y después respondió resueltamente:

—Dentro de tres semanas.

Fué el plazo que creyó suficiente para acabar de aburrir á Casilda.

—Me conviene,—dijo la ama de llaves,—y yo aprovecharé este tiempo para preparar á Tules, á fin de que se confiese y comulgue, y para pedir la licencia al señor conde, sin la cual no habrá casamiento, pero yo me encargo de estas cosas. Véngase usted por acá dentro de diez días, haga usted méritos, junte su dinero y prepárese para vivir cristianamente con su mujer, pues ya sabe que es

necesario que haga usted su examen de conciencia, que ha de ser trabajoso, y se confiese y nos traiga la cédula.

Evaristo prometió cuanto quiso Agustina, que fué larga en sus exigencias, y Evaristo se retiró, no á examinar su conciencia, sino discurrendo el modo de deshacerse de Casilda. No pensó, porque no le convenía, ni en echarla al río, ni en ahorcarla cuando estuviese descuidada durmiendo en la noche, sino en que ella misma lo abandonase.

¡Qué vida pasó Casilda durante dos semanas! Difícil sería referir las escenas diarias y nocturnas de esta ya mal avenida pareja. Evaristo quería que con una peseta diaria se desayunaran, comieran y almorzaran. Era imposible, pero la muchacha, mientras Evaristo estaba en la ciudad, pues ni trabajaba ni entraba á la casa sino al anochecer, por evitar cuestiones empeñaba su ropa, y presentaba buena comida, pero antes de los diez días, del plazo en que debía volver á la casa de D. Juan Manuel, ya Casilda no tenía más que lo encapillado.

Una noche la cena se componía de chicharrones medio duros en una agua tibia teñida con un chile ancho, pues ya no había carbón ni manteca ni nada. La sal misma la había pedido Casilda á una vecina.

—¿No hay otra cosa que cenar?—dijo Evaristo con cólera.

—¡Pero qué quieres que haya! Hace tres días me diste la última peseta, y ya no tengo ni qué empeñar, aquí donde me ves,—le contestó Casilda también colérica y con razón,—no he comido en la semana más que tortillas por guardarte á tí, lo poco que se puede hacer; eres un mal agradecido y voy perdiendo la paciencia. Come eso y sí no...

—Pues esto te lo comes tú y...

Evaristo tomó con las dos manos la cazuela de mole aguado y lanzó su contenido á la cara de Casilda.

—Eres un soez malcriado y toda tu generación,—gritó Casilda llevándose las manos á los ojos.

A esto contestó Evaristo con una puñada en las narices de Casilda, y dos chorros de sangre mezclada con el caldo del guisado corrieron por las mejillas de la muchacha.

—Así pagas, canalla, lo que yo he hecho por tí,—le gritó Casilda frenética, y cogiendo la cazuela ya vacía la tiró á la cabeza del foragido. Este, ciego y frenético buscó una arma, un palo, cualquier cosa para matar á su querida, y encontró un grueso garrote de encina que á guisa de bastón usaba cuando regresaba tarde de México, y ya lo levantaba sobre la cabeza de la muchacha, que lanzó un grito doloroso de terror, pero reflexionó en el acto que no era su idea matarla, porque en ese caso era hombre perdido, buscó convulsivamente otra cosa, acertó á encontrar un *otate* delgado y descargó golpe tras de golpe en las espaldas de la desventurada, con más furia que lo había hecho sobre las suyas el aristocrático caballero de la calle de Plateros. Casilda quiso defenderse, y con boca, uñas y manos hirió á su agresor; daba gritos y pedía socorro, pero quién la había de oír. Evaristo, más fuerte, naturalmente logró tirarla al suelo.

—¿Si la habré matado? — dijo, volviendo repentinamente en sí. — Casilda, Casilda, — continuó tirando el *otate* ya hecho trizas, y tratando de levantarla.

Casilda estaba como muerta. Evaristo se sentó en una silla y con ojos muy abiertos, espantados, miraba aquella figura sangrienta y pálida casi desnuda, pues en la lucha se había hecho pedazos su camisa y enaguas.

—Perdido, perdido sin remedio,—dijo en voz baja,—ni casamiento, ni que volver ya á poner los piés en la casa. Perdí á Tules para siempre.

Media hora después Casilda se movió, se sentó, miró á todos lados; finalmente se puso en pié y silenciosa é imponente se dirigió á donde estaba Evaristo y le dijo:

—Eres un malvado, un asesino, un cobarde. Has de morir en la horca. Acábame de matar si eres hombre.

Evaristo aterrorizado bajó los ojos.

Casilda ya no le dijo más. Se lavó la cara con agua clara para quitarse la sangre, cambió su ropa por otra ya vieja y remendada, única que existía en su baul, meses antes lleno y bien provisto, y en medio de la noche fría de Diciembre, pocos días antes de los regocijos y fiestas de la Noche Buena, abandonó para siempre bañada en llanto el río donde corrían las aguas cristalinas, el bosquecillo donde cantaban los pájaros, el jardín donde crecían las rosas de Castilla, la sencilla pero tranquila habitación donde en las noches del verano entraban zumbando las *bellas de noche* y se desprendían del techo los siniestros murciélagos.

CAPÍTULO XVII

Casamiento de Evaristo

HENAS había salido Casilda del umbral de la puerta cuando Evaristo se levantó de la silla, y su primer ímpetu fué detenerla y reconciliarse con ella, pero se detuvo y vió con una especie de terror y de sentimiento alejarse aquella mujer que andaba lentamente como empujada con esfuerzo por el viento delgado y frío de la noche. Al fin, Casilda había sido su primera querida, lo había acompañado en los días de infortunio, lo había amado á su manera, sin palabras dulces ni frases mentirosas, que no sabía decir, ni le permitía su educación y poca cultura, pero en los hechos, económica, fiel, y sirviéndole de todo al pensamiento, había sido en la extensión de la palabra lo que se llama una buena compañera. ¡Despedirla así, con groseros ultrajes, con una paliza como se la da un carnicero bruto al perro que le roba un hueso! esto no era

justo, no era bueno. Evaristo, bien á su pesar, tuvo que reconocerlo en los pocos momentos que permaneció como una estatua apoyado en el marco de la puerta, pero brevemente se operó la reacción. La carita alegre y simpática de Tules, con su armador blanco, su pelo negro bien peinado, y sus enaguas muy almidonadas y limpias, se le presentaron delante de la sombra, que se alejaba y que se confundió á poco entre la oscuridad de la noche, entre la espesura de los árboles y los murmullos del río que corría tranquilo sin preocuparse de la dolorosa é inicua escena que había pasado cerca de sus orillas.

La ambición entraba por mucho en el ánimo del tornero. Suponía que casado con Tules tendría la protección de Agustina y quizá la del conde mismo, que no lo miraba ya tan mal desde que le resanó el marco de su escudo de armas y las molduras flamencas de un mueble antiguo, y alguna ocasión se dejó decir que sería necesario enviarlo á las haciendas, donde había multitud de cosas que reparar en las habitaciones.

Con estas ideas, echó, como quien dice, tierra á su conciencia, cerró la puerta, apagó la luz y se acostó en su frío y solitario colchón, diciendo:

—Casilda ya no volverá; mejor, al fin logré *aburrirla* y en un tris estuvo que no la matara ó la volviera á llamar.

Volvióse del otro lado, se acomodó en los pliegues de su jorongo y á poco roncaba sin que pesadillas, ni remordimientos, turbasen el sueño de este réprobo.

Al día siguiente se levantó, se fué á desayunar al cabrío, y á sus vecinos y en la tienda y en la barbería, donde se fué á afeitarse, dijo que su mujer (pues Casilda pasaba por tal) se había adelantado, y que él iba también

á establecerse á México, donde tenía muchas obras de tontería que le habían encomendado. Así, nadie supo lo del escándalo, que era lo que deseaba.

Presentóse en la casa de D. Juan Manuel, y sus deseos se realizaron más allá de lo que él mismo suponía.

El conde del Sauz dió su consentimiento, con la condición de que una vez casado con Tules, fuese á las haciendas á trabajar en las obras que se necesitasen. Las diligencias matrimoniales se hicieron brevemente. Evaristo se casó con Tules, la que quedó como depositada en la misma casa, hasta que habiendo dispuesto su viaje el conde, encajó materialmente al matrimonio en la barcina del coche (1), y quince días después era ya Evaristo el jefe de la carpintería de la hacienda del Sauz.

El primer año la conducta de Evaristo fué irreprochable, arregló el taller, reconoció techos, trojes, muebles, carros é instrumentos de labranza y fué componiendo y reponiendo todo á medida que se necesitaba, de modo que el conde y Robreño, el administrador, estaban contentos de su inteligencia y de su actividad. Cuando no tenía trabajo urgente en la hacienda, daba sus vueltas por los pueblos, y sacaba no pocas utilidades de los *remiendos* (2). El matrimonio tuvo, como la mayor parte de sus *congéneres*, su luna de miel, pero á los dos años, la mansedumbre que formaba el carácter de Tules, comenzaba á fastidiarle, y extrañaba la vivacidad de Casilda.

(1) Durante muchos años y hasta que no se establecieron las diligencias, se viajaba en unos pesados coches tirados por ocho ó diez mulas. Dentro iban los amos, y las criadas ó criados en una especie de red de mecate que se colgaba de las varas y juego, debajo del coche.

(2) Llamán así los carpinteros á las composturas que no constituyen una obra enteramente nueva.

Cualquiera cosa hubiera dado por que Tules le hubiese, un día de reyerta matrimonial, enviado á la cabeza la cánula del guisado que almorzaban. ¡Extraña naturaleza humana! Evaristo no estaba ya contento, estaba arrepentido de haberse casado, sin acordarse de las ventajas materiales que había conseguido y del dinero que había ganado y ganaba diariamente, pero toleraba á Tules porque, como ahijada de Agustina, era considerada y aun respetada de los habitantes de la hacienda. Allá en sus ratos de mal humor, y eran frecuentes, Evaristo daba fuertes patadas en el suelo de la carpintería, y decía entre dientes:

—Esta mujer es una papa, tengo ya ganas de que se incomode, para responderle algo que le duela, pero como la quieren aquí todos, comenzando por el viejo zoquete del administrador, ni modo, ni pizca.

Evaristo estaba también muy disgustado porque no había tenido sucesión, y Dios permitió, sin duda, que no la tuviera, porque desgraciado hijo y desgraciada madre con este bandido.

Así pasaban las cosas y así andaba el matrimonio, y el tiempo, como tiene de costumbre, no cesaba de correr, y pasaron semanas, meses y años, en que no se podía contar más sino que el maestro trabajaba en la carpintería y la maestra se ocupaba de las faenas de la habitación que se les había señalado, y que estaba siempre muy limpia y propia, y nada más habría que decir si el carácter del maestro no se hubiese agriado cada día más, al grado que no pasaba semana en que no tuviese, por la menor friolera, una cuestión, ya con los albañiles, ya con los trojeros, ya con los peones. Un día, las cosas pasaron á más, y el trojero, que tampoco tenía buen carácter, y

cansado de aguantar, se agarró á los trompones con el tornero, y como los dos eran fuertes y rencorosos, la lucha fué como la de dos atletas ingleses, y sin necesidad de armas se hubieran matado á no ser por la intervención del administrador, que, requerido por los peones, acudió corriendo y separó los contendientes á cintarazos. Robreño no era hombre que dejaba ultrajar su autoridad, y en esas haciendas lejanas, donde á veces el alcalde del pueblo, ó el juez, es un indio que no sabe ni leer ni escribir, la justicia se administra sumariamente. El conde, que hacía frecuentes viajes, llegó á pocos días, é informado de lo ocurrido, determinó que Evaristo fuese despedido dándole, con cualquier pretexto, una buena paliza y quedándose Tules en la hacienda, pero la buena, la sencilla Tules intervino, calmó la cólera del conde y manifestó la resolución de seguir á su marido.

—¡Vé, vé con Dios!—le dijo el conde.—Si es tu voluntad, allá te las avengas, pero nada bueno te ha de pasar, porque tu marido es hábil, no se puede negar, pero malo como Judas. Ya me lo han contado todo.

Evaristo y Tules, por la favorable intervención de Robreño, abandonaron pacíficamente la hacienda, aprovechando la ocasión de unos carros que se mandaban á México, con un cargamento de botas de sebo y sacos de lana, con los dineros que juntó, que no eran pocos, pues tuvieron casa y comida, y se puede decir vestido, por los regalos que con frecuencia les enviaba Agustina y la condesita.

A su llegada á México se alojó en el mesón de San Dimas de la calle de las Moras, y lo primero que hizo fué prohibir á Tules que fuese á ver su madrina, y la advirtió que el día que la viese siquiera por la calle de Don

Juan Manuel, le daría muchos golpes. Desde que fué echado de la hacienda concibió un odio profundo contra todos los de la casa, tuviesen ó no la culpa, que no era más que suya. Él, como de costumbre, comenzó á gastar dinero en hacerse calzoneras con botones de plata, fino sombrero y lujosas toquillas, y todo su afán era encontrar á Casilda para juntarse con ella. Recorrió mercados, tiendas, paseos de la Viga y Santa Anita para ver si la casualidad le proporcionaba un encuentro; hizo las más minuciosas indagaciones, la buscó hasta en la cárcel de las mujeres, (por si por algún delito hubiese entrado allí), pero todo sin resultado, Casilda había desaparecido, ó tal vez se había marchado al interior. Estaba resuelto á juntarse con Casilda por bien ó por mal, continuaba en sus indagaciones y no perdía la esperanza. En caso de que se realizasen sus deseos ¿qué haría con Tules, su mujer legítima, tan honrada, tan buena, tan sufrida? ¿Quién sabe!... No tenía un plan fijo. ¿Matarla? Eso no, las cosas no llegaban á tanto. ¿*Aburrirla* como *aburrió* á Casilda? Era difícil, porque tenía miedo á los de la casa de la calle de D. Juan Manuel. Tules, en un descuido, se refugiaría con Agustina, el conde mandaría á la cárcel al recalcitrante carpintero, y ya era otro el gobernador del Distrito. Precisamente la picaba de aristócrata y era toda hechura del partido monarquista.

En estas y en las otras, el dinero se iba volando, y Evaristo tenía la experiencia de la miseria, y pensó que era tiempo de trabajar, y lo era también de que la pobre Tules saliese del rincón del sucio cuarto del mesón de San Dimas, donde se pudría de tristeza.

Evaristo se echó como se dice á buscar casa, pero como las del centro eran de renta muy subida y los pro-

pietarios le exigían fiador del comercio, tuvo que contentarse con el local de la Estampa de Regina, que para sus planes y trabajos le proporcionaba muchas comodidades. Compró un torno, los mejores instrumentos que pudo encontrar, maderas de todas clases, los muebles y trastes necesarios para la casa, y finalmente se instaló allí en compañía de Tules, surtida abundantemente de ropa, interior y exterior que había traído de la hacienda. Si otro hubiese sido el carácter de Evaristo, habrían vivido muy dichosos, y pasaron mucho tiempo en la vecindad como el tipo feliz del matrimonio del artesano, hábil y honrado. ¡Qué engaño! Ya se deja entender que mientras pasaron los sucesos que acabamos de referir, se desarrollaron en la casa de la calle de D. Juan Manuel los muy dolorosos é importantes que ya sabe el paciente y curioso lector.

La buena ó mala suerte, más bien la mala, guió los pasos de la viejecita trapera por las calles tristes y solitarias de la gran ciudad, hasta que se detuvo como en un puerto de salud en la Estampa de Regina, y allí no tuvo más remedio que *entregar* al nieto del muy poderoso Sr. D. Gaspar Melchor y Baltasar, conde del Sauz, al hijo de la hermosa condesita que compró la maravillosa almohadilla al verdugo de Casilda, al marido de Tules, al hábil artesano Evaristo el tornero.

CAPÍTULO XVIII

El aprendiz

EN las clases y educación de las gentes de México, (como en las de España), hay todavía más diferencia y matices que la que los químicos han establecido en los colores. Casilda era la hija del pueblo, bulliciosa, alegre, de un cierto talento natural, vehementemente en sus pasiones, sabiendo apenas leer y sin más nociones ni ideas que las de las cosas y objetos que pasaban por su vida diaria, hábil sin que nadie la hubiese enseñado para hacer un buen guiso al uso del país y unos frijoles refritos; coser en blanco y asear y gobernar su cuarto; buena y completa como ella misma lo vociferaba con el hombre que la mantenía. No se habían casado por... por flojera... porque era necesario que se leyeran las amonestaciones en la parroquia, y pagar los derechos al cura y... al fin era lo mismo, vivían juntos, Evaristo la quería, eran marido y mujer, menos la bendición del cura.

Tules era otra cosa. Era una mártir. Sabía leer y escribir regularmente, dobladillar muy fino, bordar hasta realzado con hilo de oro; la doctrina y las cosas de la religión le eran familiares, y como su memoria era feliz, retenía la erudición que escuchaba en los sermones, Salomón era su íntimo conocido, Rebeca y Esther sus amigas, y San Pedro, Santa María Egipciaca y la Magdalena sus favoritas, y nada se diga de la Virgen, en la que confiaba ciegamente, y muchas ocasiones acompañó á Agustina á la modesta casita del Chapitel de Santa Catarina y las dos rezaron salves y novenas, hincadas de rodillas delante de la maravillosa imagen de Nuestra Señora de las Angustias. ¿Tules se casó con el tornero? ¿Nada de eso? la casaron y contribuyeron á eso Agustina, la condesita, el conde mismo que veía con tanta indiferencia y despego á la servidumbre de su casa, con excepción de Agustina. Tules se casó, pues, con el tornero, simplemente porque era hombre, porque la pidió en casamiento y porque su madrina lo quiso así. El tornero que creyó tener una pasión ó que tal vez lo sintió así, se consideró como engañado, como chasqueado al no encontrar más que una *papa*, desconociendo las excelentes prendas domésticas que formaban el fondo, el carácter de su mujer, y de esto provino que, pasada la luna de miel, fuese resfriándose la pasión absolutamente brutal de Evaristo, hasta convertirse en fastidio y en aversión, buscando entonces como compensación las sensaciones que le proporcionaba el carácter movable y rasgado de Casilda, pero en fin, una mujer legítima no se abandona como se abandona una querida, y á una mujer que tiene la fuerza y el prestigio de la Iglesia, el apoyo de la autoridad civil y además personas que vean por ella y la defien-

dan, no se la da fácilmente una paliza. Evaristo tuvo que aguantarse y aguantarla y se puso á trabajar.

Le bastó dar una vuelta por las tapicerías y por las carpinterías, para proporcionarse trabajo. Perillas, bolas para piés de muebles, columnas pequeñas, centros, ó piés para las mesas redondas, molduras y mil otras cosas, tiempo le faltaba, y como tenía buenas maderas, nada pedía adelantado y cumplía entregando las obras acabadas el mismo día convenido, lejos de que tuviera que salir á la calle, su casa, apartada del centro como era, no se vaciaba desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde. Evaristo ganaba lo que quería y rehusaba trabajo, pues no podía cumplir no obstante que algunas noches velaba. Su fama se extendió por toda la ciudad. Los muebles tallados por Evaristo valían el doble.

Más tarde vino á su cabeza una idea fija, y era la de buscar á Casilda, contentarla, hacerle muchas promesas, jurar ante Dios y los santos que no le tocaría, mientras viviera, el pelo de la ropa, y una vez que ella descendiera, *sostenerla*, como dicen los artesanos y tener á Tules como criada y nada más. Tules le tenía miedo y era una mujer inerte, mansa, nada le diría aun cuando supiera el enredo, y si le decía, ¿que más dá? Una patada, una buena cachetada en la boca lo remediaría todo, no volvería á hablar y á mortificarlo; así Evaristo cuando estaba ya urgido con esta especie de monomanía, abandonaba el torno y salía por calles y mercados en busca de Casilda. Muchas veces corrió tras de más de una en que creyó reconocer su andar garboso, y los meneos de sus caderas... se acercaba... nada, ni sombra. Disgustado de tan frecuentes chascos, en vez de regresar á la casa entraba en una pulquería y bebía un trago, se detenía en

una carpintería conocida y con amigos bebía entonces un traguito (aguardiente de Cuernavaca) y así no acababa la pieza el día señalado y hacía volver veinte y cinco veces á los tapiceros y carpinteros, para quienes trabajaba. En uno de sus frecuentes paseos creyó que una mujer que iba lejos y por la acera de enfrente, era Casilda. Materialmente corrió tras de ella y la alcanzó. Era Casilda. Cogerla por el brazo y meterla de un empujón en el primer zahuán todo fué uno. Casilda cuando se repuso de la sorpresa se encontró frente á Evaristo *atrinchilada* contra la pared y una hoja del zahuán entornada. La casa tenía un segundo portón de madera y la calle solitaria. No había remedio, había caído en la boca del lobo.

—Te vas conmigo, de aquí te llevo á un cuarto que buscaremos, y ya no te abandonaré nunca, ó si tú quieres nos volveremos á San Angel,— le dijo Evaristo queriendo al mismo tiempo besarla por toda la cara.

Casilda, indignada, defendió su cara con el rebozo y rechazó á Evaristo.

—Déjeme, déjeme en paz ó grito, ¡seré tan tonta para volver á recibir sus hambres y sus palizas! váyase...

Evaristo se puso furioso y la rechazó contra la pared.

Casilda tuvo repentinamente un rasgo de astucia que le inspiró el instinto de su propia conservación.

Medio se dejó besar de Evaristo y suavizando la voz le dijo:

—Mira, Evaristo, no seas bruto ni canalla, por eso no volví á la casa de San Angel, pero ahora hablemos en paz y así nos podemos entender.

Evaristo cambió inmediatamente, dejó libres los movimientos á la muchacha, se asomó á la calle para ver

si alguien venía y volvió contento, casi riéndose al zahuán.

Platicaron y platicaron y Evaristo hizo promesas, por el alma de su madre y de su padre, y le añadió que ya estaba acreditado con el público por su buen trabajo, que ganaba mucho dinero, que vivía con una muchacha muy tonta que era su criada, pero que la echaría á la calle, y que en lo de adelante nada más con ella tendría tratos.

Casilda, por su parte, pareció olvidar lo pasado y perdonarlo, le pidió garantías, le dijo que necesitaba diez pesos para sacar su ropa empeñada, le juró que no había tenido otro querido y lo tranquilizó de tal manera que Evaristo, *lebrón* como se creía, tragó el anzuelo.

—Bueno, ¿y por qué no te vas ahora conmigo?—le dijo echándole el brazo al cuello.

—Porque estoy sirviendo aquí junto en el número 7, tengo el dinero del mandado y adelantado mi mes, y mi baul con mi ropa. Si no vuelvo á la casa creerán los amos que los he robado, y para qué me he exponer á que me lleven á la cárcel. Para que veas que no te engaño y... estamos hoy á 25, el día último cumple mi mes y ahora mismo voy á decir al ama que busque, y entonces nos juntamos... ven para que no digas que te juego una mala partida, y todos los días á las nueve espérame en la acera de enfrente, me acompañas al mercado y el día último nos vamos donde quieras; busca cuarto porque á la tornería no he de ir.

Evaristo se volvió á su casa contento, lleno de esperanzas, y decidido ya á *aburrir* á Tules, y á formar un plan que diese por resultado el que su madrina D.^a Agustina la recogiese, y el quedase *chino libre* para vivir á

pierna suelta con Casilda. Esta, fiel á su compromiso, no dejó de acudir puntualmente á la cita, y los dos daban un paseo por las calles é iban al mercado, donde Evaristo pagaba todo, hasta la carne, legumbres y fruta que se compraba para la familia donde servía Casilda.

El día 3o, á las nueve en punto, Evaristo se hallaba como los días anteriores, esperando ansioso la salida de Casilda.

Las diez, las once, Evaristo pateaba, las horas pasaban, daba vueltas por la calle, intentaba penetrar en la casa, estaba como una fiera hambrienta.

Casilda no pareció.

Evaristo se resolvió á subir á la casa é informarse personalmente, pero como la familia era de fuera de México y rica, tenía mucho temor á los ladrones que se habían soltado, haciendo algunas hazañas, y Evaristo con sus grandes y negras patillas tenía mala traza, le dieron con las puertas en la cara, y las otras criadas le contestaron que ni de vista conocían á la tal Casilda, á quien él buscaba.

No cabe la menor duda en que las mujeres, ya en un sentido, ya en otro, cambian de tal manera el carácter de los hombres, que unos se acuestan y otros se levantan, como se dice cuando se nota un notable cambio en alguna persona.

Cuando regresó á su casa Evaristo, era ya otro. Callado cuando trabajaba en el torno, no abría la boca sino para decir injurias inmerecidas á Tules. Por la comida, por la ropa, por el borrego, por las gallinas que compraba para engordarlas, por la más leve cosa, Evaristo reñía con su mujer, y ella con una paciencia y una re-

signación ejemplares desarmaba sus cóleras. El matrimonio estaba ya mal avenido. Tules, buena y sufrida como era, había perdido completamente el poco amor que le tuvo durante los primeros meses que duró la luna de miel, y este sentimiento fué reemplazado por el miedo. Buenas ganas tenía Evaristo de dar cada dos ó tres días algunas bofetadas ó patadas á su mujer; la amenazaba y alzaba la mano, pero no se atrevía porque tenía miedo de que un día ú otro se supiese esto en la casa de la calle de D. Juan Manuel. No carecía de razón. En efecto, una tarde al oscurecer, el conde por una de sus rarezas y excentricidades, entró en la casa de vecindad donde vivía Evaristo, y cuando éste menos lo pensaba, ya lo tenía delante.

—¡Canallas é ingratos todos ustedes!—le dijo el conde encarándosele, retorciéndose el bigote y dejando ver su larga espada. — Desde que salieron de la hacienda, no han vuelto ni por el respeto que me debían á entrar en la casa que les hizo tantos beneficios. Así son todos los de tu raza, canallas y mal agradecidos.

Tules iba á decir algo para disculparse, pero el conde no lo permitió.

—Ya sé que tú no tienes la culpa, de buena gana te volverías al lado de Agustina y de la condesa, pero el bribón de tu marido te lo impide. Vaya, perillán, si no se te ha olvidado tu oficio,—continuó dirigiéndose á Evaristo, — necesito que me hagas un mascarón feo, deforme, pero que tenga la cara de un guerrero antiguo, de los tiempos de la guerra de Flandes; pero qué entiendes tú de la guerra, ni sabes dónde está Flandes... vaya, toma un papel y pinta algo con tu lapiz.

Evaristo, altanero y soberbio con sus iguales, callaba

y bajaba la cabeza, subyugado por las miradas del conde, que no le quitaba la vista.

Evaristo, sin responder, tomó un papel y un manojo de lápices y en un instante trazó el bosquejo de un mascarón.

—Eso es, — dijo el conde, — eso es lo que yo quería, has adivinado mi idea. Lástima que estos artesanos de México, tan hábiles, sean tan viciosos y tan ordinarios... Bien, ponte á trabajar y antes de dos semanas debo tener el mascarón en mi casa. Cosa de una cuarta de tamaño y el ancho relativo. Toma... y cuidado con engañarme como ya sé que lo haces con todo el mundo.

El conde tiró sobre el banco del tornero media onza de oro, y embozándose en su capa, salió del taller sin dirigir á Tules ni una mirada.

Evaristo desquitó con Tules la cólera secreta que removió toda su sangre al escuchar el imperioso é insultante lenguaje del conde, pero de nuevo y como instintivamente, después de haber llamado á Tules, descuidada y perezosa, porque le había (y no era verdad), extraviado un lápiz, instintivamente y como obligado por una fuerza superior, agachó la cabeza, buscó un buen trozo de madera de ébano, tomó un pequeño formón y comenzó á tallar la figura, que antes de dos semanas estaba acabada.

Este miedo, este respeto tradicional, antiguo, inexplicable, es la causa de las conquistas y forma la gloria de los conquistadores, mantiene las monarquías y conduce á los hombres á la matanza saludando á César ántes de morir. ¡Quién sabe! es un problema y un misterio que la filosofía moderna y profunda de los alemanes y de los escoceses no ha podido descifrar. Hay hombres superio-

res en el mundo? ¿Nacen unos para mandar y otros para obedecer como creía Aristóteles? ¿Es una ley providencial para la marcha y organización de las sociedades? ¿Quién sabe! pero los hechos son terribles. Mario con solo su mirada, hizo temblar al bárbaro que tenía la espada levantada para matarlo. Hernán Cortés se presentaba ante miles de indígenas valientes y aguerridos, y en vez de aniquilarlo, como pudieron haberlo hecho mil veces, caían á sus piés de rodillas. Francia, la nación más ilustrada, más inteligente, más activa, más descontentadiza del mundo, estuvo años dominada por la voluntad de Napoleón. Los hombres más distinguidos, los literatos y poetas más célebres, los abogados de más valía solían, como Evaristo el tornero, guardar silencio, agachar la cabeza y obedecer, con la rabia y despecho en el alma, las órdenes de Napoleón, obligados por ese sentimiento secreto desconocido, y sin embargo, poderoso é ineludible, que se trata de disculpar de mil maneras, pero que nunca se explica satisfactoriamente.

La revolución francesa quiso destruirlo, aniquilarlo, proscribirlo para siempre en todas las sociedades humanas. ¡Vano esfuerzo! De la guillotina y de la sangre volvió á renacer más fuerte, más organizado, más temible, revestido de las formas llamadas constitucionales. ¡Sangre perdida! ¡Víctimas inútiles!

Una explicación hay material y visible. La aparición del comunismo y del nihilismo, que es menester contener con millones de soldados armados que á su vez cargan y disparan el fusil, estimulados por ese tradicional miedo que no los abandona. La Europa presenta hoy en medio del constitucionalismo y de la libertad relativa, el espectáculo imponente de la autoridad y de la

misteriosa obediencia antigua, representada en un canciller, oculto muchos días del año en un ignorado bosque de Alemania, y de cuyos labios está pendiente el mundo entero.

Las jóvenes y turbulentas repúblicas hispano-americanas, progresistas, ambiciosas del bien y de las grandezas, adoptando en el acto cuanto tienen de grande y de vital las ciencias, la ingeniería, la literatura y la inteligencia humana en todo su admirable desarrollo, no se han podido sacudir de esa tradición. Unas están sujetas todavía á la política de la Iglesia, otras tienen en su seno un grupo poderoso de ricos egoístas y de pretendientes de nobleza y aristocracia que esperan con ansia la misa anual mortuoria del príncipe, que casi echado de su tierra, vino á terminar su vida con una trágica aventura.

Hay en este cuadro severo y moralmente oscuro y triste una luz viva que lejos de extinguirse brilla más viva y espléndida á medida que pasan los años. *La República de los Estados-Unidos*. Se contentan en sus aspiraciones con ser todos capitanes, coroneles y mayores de un ejército que no existe, pero nadie agacha la cabeza como nuestro tornero, ante el antiguo y fantástico noble de bigote retorcido y espada toledana de taza y cruz. ¡Lástima que no sean nuestros buenos y sinceros amigos! ¡Lástima que sus cualidades de independencia personal y de constante y atrevido trabajo sean á veces nulificadas con la corteza grosera y egoísta que envuelve al yanquee de las praderas. Del americano educado, instruído, y digámoslo así, pulido por la educación y los viajes, sale un Washington, un Adams, un Cooper, un Irving, un Prescott.

A cada momento tengo que pedir gracia y perdón á mis lectores, porque en efecto, digresiones que tienen la pretensión de ser didácticas y filosóficas, si tienen algún valor, son de seguro inoportunas é interrumpen la acción y dan un chasco á la curiosidad de los que puedan interesarse en la lectura, pero yo no escribo novelas que puedan compararse en interés y mérito con otras francesas, inglesas ó españolas, esas tienen un valor literario que estoy muy lejos de pretender, escribo escenas de la vida real y positiva de mi país, cuadros menos bien ó menos mal trazados de costumbres que van desapareciendo, de retratos de personas que ya murieron, de edificios que han sido derrumbados, son una especie de bosquejos de lo que ha pasado que se ligan más ó menos con lo que pasa al presente. Si así sale una novela, tanto mejor, si agrada, ese es mi deseo, y mayor el de mi buen amigo y editor, y si por ello me conocen un poco más, me sería indiferente si no deseara dejar á mis hijos algo de herencia moral, ya que la suerte me hizo nacer en medio del trabajo y de las penas y no en la canastilla de los pesos del Aguila y las onzas de oro.

Tiempo es ya de volver á pedir perdón, y dudo que se me conceda, y de ocuparnos de nuestros personajes, que hemos un momento olvidado por Mario, por Napoleón y por Bismark, como si tan grandes é históricas figuras tuviesen algo que ver con nuestros pobres artesanos y nuestras humildes mujeres del pueblo, pero en alguna parte se había de lucir la erudición.

Evaristo, contento con su mascarón, que consideró una de sus mejores obras, se propuso llevarlo personalmente á la casa de D. Juan Manuel, pero tuvo miedo al lenguaje terrible del conde y prefirió enviar á Tules, la que

tuvo un momento de alivio y de alegría pensando que sólo necesitaba atravesar algunas calles para abrazar á su madrina y besar las blancas manos de la condesita. Vistió su mejor ropa, y su rebozo de hilo de bolita, envolvió en un pañuelo el mascarón de ébano y por el rumbo más corto se encaminó al viejo palacio del conde del Sauz.

De un brinco, se puede decir, que Tules subió las escaleras, y sin hablar con los criados que encontró al paso, penetró hasta la alcoba de Agustina. Una y otra quedaron espantadas al verse y apenas se podían reconocer. Los años que pasaban antes, no habían producido otro efecto que desarrollar y llenar de sangre y gordura sana las formas de Tules, y de fuerza y solidez á los músculos y nervios de la madrina, pero desde que se habían dejado de ver. ¡Qué cambio! ¡qué diferencia! Se miraron un rato y se comprendieron. Tules dejó caer en un canapé el mascarón de ébano, y quiso decir algo, pero tenía un nudo en la garganta.

—Calla, calla, no me digas una palabra. He sido una vieja loca en casarte con ese hombre. Ya sé sus vicios y su conducta y cómo te trata. Dios me ha castigado, ya me ves... huesos... huesos... no pasa una semana sin que esté enferma.

—¿Y la señorita condesita?—se aventuró á preguntar Tules, con una voz que apenas se entendía.

—Peor, todo peor, la desgracia ha entrado en esta casa, ya la verás... tú no puedes comprender, no puedes saber ni sabrás nunca lo que ha pasado.

Mariana, que sin duda oyó una voz que no le era desconocida, salió de su recámara y entró en la de Agustina.

Tules dejó caer sus brazos desconsolada, y bajó los

ojos sin atreverse á abrazar á su ama y sin poder hablar.

—¿Tan desfigurada estoy, Tules?...—dijo la condesita, y tú... ¡Dios mío! si no fuera por tu voz no te habría reconocido.

No habían pasado en verdad tantos años para tan notable mudanza, pero ¡cuántos y qué hondos pesares no destrozaron la primavera de la vida de la ama y de la criada y acercaron el crudo invierno de la camarera que, llena de remordimientos, jamás podía tener en las noches el sueño tranquilo y completo. Se creía criminal y culpable por haber casado á Tules y protegido los amoríos de Juan Robreño y de la condesita, y en la realidad no era más que la criada antigua, cariñosa, apegada y solícita, como una madre, con las que había conocido desde que nacieron.

Tules calló la dura vida que pasaba y sólo les contó la visita del conde y la ocasión que le había proporcionado el ir á la casa, y les entregó el mascarón, que no pudieron menos de elogiar por la fineza de la talla y la extraña forma de la cara.

—Toma,—le dijo Agustina, abrazándola estrechamente,—adivino, mejor dicho, sé lo que te pasa,—y le puso en las manos una bolsita de piel llena de dinero,—algo te aliviará esto... aunque el dinero, hija mía, no sirve de nada para la felicidad de la vida... ya ves... aquí nos sobra y...

La condesita entró á su tocador sin poder despedirse de Tules.

Tules bajó poco á poco las escaleras echando en cada escalón una mirada á su madrina, á su ama la condesita cuya figura blanca se dibujaba en la vidriera, á las altas é inmóviles almenas y á los mascarones de piedra que

parece que con sus grandes ojos saltones veían salir y se despedían de la pobre Tules, que quizá por última vez pisaba las baldosas del palacio señorial de la calle de D. Juan Manuel.

El día que siguió á la visita de Tules, fué precisamente cuando se presentó con su huérfano la viejecita trapeera al obrador de tornería, lo entregó á Evaristo y lo dejó de pié y mudo de sorpresa y de miedo, arrimado contra la pared cercana al torno.

Evaristo, sin hablar más, continuó su trabajo hasta que acabó la pieza, y la colocó en un armario.

—Ya has traído una boca más para mantenerla y obligarme, no sólo á que trabaje de día, sino á que vele de noche,—dijo bruscamente Evaristo echando una mirada colérica á Tules.

—Poco gasto nos hará, y ya ves que los días que estoy mala, no puedo hacer los mandados, él nos ayudará.

—Tiene trazas de un buen flojo.

—Me dió mucha lástima la viejecita, tan flaca, tan débil y tan pobre, y él... yo creo que trabajará y será un buen muchacho. Además tenemos el dinero que el conde te mandó por el mascarón, que le gustó mucho.

—Ya te dije desde el mismo día que volviste con el dinero, que no me lo toques, aunque nos muramos de hambre, ese dinero es para pagar lo que debo en la ferretería y en la maderería y para pasearme y descansar los domingos y los lunes, que bastante trabajo en la semana,—y luego encarándose con el muchacho:

—¿Qué sabes hacer?—le preguntó con una voz desagradable.

—Nada.

—¿Sabes escribir?

—No...

—¿Sabes leer?

—No...

—¿Entonces no sabes nada?

—Hacer mandados.

—Para eso te necesitamos, el oficio ni lo has de aprender, porque pareces un burro. Eso sí, has de andar listo, porque si no el palo te hará bueno. Ven acá, te enseñaré á ser obediente y hombre de bien.

El aprendiz se acercó tímidamente y Evaristo le echó mano á la oreja y lo comenzó á sacudir fuertemente. El muchacho empezó á gritar y á defenderse.

—¿Qué haces, Evaristo?—le dijo Tules levantándose y tratando de impedir la ejecución,—¿qué te ha hecho? acaba de entrar ¿por qué lo maltratas así?

—¿Y te defiendes, pillo, lépero?—gritaba colérico el tornero, y lo sacudía más fuerte. Cuando ya tenía casi media oreja arrancada, y las vecinas, alarmadas por los lloros y quejidos del muchacho, que acababa de entrar, salían de sus cuartos y se asomaban á la tornería; Evaristo soltó la oreja á Juan, se sentó otra vez en el banquillo del torno, y dijo á las vecinas con la mayor indiferencia:

—No es nada, es un aprendiz que me han entregado.

Las vecinas parece que se fueron convencidas, pues ya sabían á poco más ó menos cómo se había portado el maestro con dos aprendices que había tenido y se le habían fugado sucesivamente antes de recibir al nieto del conde del Sauz y marqués de Valle Alegre.

Por lo que va referido hemos visto el estado que guardaba el matrimonio y las malas disposiciones de Evaristo contra todo el mundo, cuando recibió al desgraciado

muchacho. Era el hombre protegido por la sociedad, y sus vicios y su carácter le hacían odiarla sin razón, y revelarse contra ella.

Evaristo cayó en la costumbre de la mayor parte de los artesanos, de pedir adelantado y de engañar. Se comprometía á entregar tres ó cuatro obras á un mismo tiempo el sábado y no entregaba ninguna. No podía, por consiguiente, cobrar la raya, carecía de dinero y la semana siguiente tenía que acudir á otras personas para que le prestaran, sin contar que casi todo lo que conseguía lo derrochaba los domingos y lunes en las vinaterías, y Tules pasaba la pena negra para mantener la casa y pagar la renta.

Le llovían disgustos y cuestiones; á todas horas del día estaban en la puerta oficiales y aprendices de otros talleres, á reclamar las piezas que le habían dado á tornear. Tenía que esconderse en el cuarto interior, y era Tules, á fuerza de disculpas, de súplicas y aún de mentiras, la que lograba de pronto quitarle de encima á los que justamente querían, ó la obra que le habían encomendado, ó que le devolviese el dinero. Pronto voló por el vecindario y por toda la ciudad la fama de Evaristo como embustero, tramposo, pendenciero y valentón, pero era tal su habilidad, que con todo y ello, no le faltaba trabajo, y en su obrador se veían personas decentes y de proporciones pidiéndole, como por favor, que les hiciese, ya una mesa, ya un ajuar. Verdad es, que el tornero era hasta cierto punto respetuoso con ciertos parroquianos que le pagaban bien, mientras que se mostraba insolente con los carpinteros, sus iguales, que por necesidad lo ocupaban, y no pocas veces se *agarraron á las trompadas* en el patio.

Cuanto de malo pasaba al tornero, iba á recalar contra su mujer y contra Juan.

La fuerte sacudida que le dió el maestro tan luego como pisó la casa, lo llenó de terror, de cólera, que su impotencia de muchacho y esa sumisión tradicional de que hemos hablado le hizo sufrir y callar. Lloroso, escurriéndole la sangre, y con su mano en la mejilla, tratándose de pegar el pedazo de oreja que le había arrancado Evaristo, quedó en un rincón del taller sentado entre las astillas, hasta que Evaristo terminó su trabajo, se puso su chaqueta y su sombrero jarano y salió á la calle.

Tules, que había quedado inmóvil, aterrorizada é indignada, se levantó.

—¡Pobre muchacho! en mala hora viniste á esta casa y me arrepiento de haber conseguido de Evaristo que te admitiera, ahora no tiene remedio, si te vas y te encuentra un día en la calle, es capaz de matarte. Ven, ven, te lavaré la oreja. Tules en efecto, le lavó y le dió fomentos de aguardiente, continuó hablando con él y haciéndole preguntas sobre sus padres, su familia, su casa, en fin sobre todo lo que la curiosidad sugiere en tales casos.

Juan contestó cándidamente lo poco que sabía de su vida de orfandad y de miseria y cómo había sido salvado del muladar por una perra, y recogido por la viejecita.

—Soy también huérfana como tú,—le dijo Tules,—pero fuí criada por mi madrina, que es una santa y es todavía ama de llaves de la casa de un conde muy rico, sólo que me casé... y ya ves, mi marido no tiene buen genio. No trates de fugarte, quédate, yo te serviré como de madre y tú serás como mi hijo, no tengas miedo, te defenderé y tal vez, si te portas bien, Evaristo ya no se meterá contigo.

Juan olvidó su cólera y su dolor. En ese momento le preocupaba un sentimiento extraño y triste de soledad y de abandono que enferma generalmente el corazón de los huérfanos, y sin poderse contener abrazó amorosamente el cuello de Tules.

—Quita, quita,—le dijo Tules,—me haces daño; si Evaristo viniera y nos encontrará así, te arrancaría la otra oreja, y cuando te veo bien, eres el retrato vivo de mi ama... ven, deja que te vea con la luz...

Tules llevó á la puerta al aprendiz, le limpió mejor la cara y la sangre que aún goteaba y se quedó mirándolo atentamente con una especie de asombro.

—Sus mismos ojos,—dijo en voz baja...—su nariz... idéntica, la misma boca de la condesita, los mismos ojos feroces del conde... pero, ni pensarlo... la condesita encerrada siempre, y tan cristiana y tan temerosa de Dios, y luego... el señor conde la hubiera matado... malos juicios, la vida que llevo me hace pensar mal hasta de mi madrina y de mi ama.

Tules quedó pensativa y callada largo rato, Juan, azorado, la miraba y no acertaba á comprender el significado de la conversación que sostenía Tules consigo misma. Hizo ella rápidamente en su memoria la cuenta del tiempo que había pasado desde que se casó, su permanencia en la hacienda, su regreso á México y su última visita cuando fué á entregar el mascarón de ébano... le parecía todo imposible y como cosa de pesadilla pero no le cabía duda; por la edad, por la fisonomía de Juan, por el estado de desolación en que encontró á la familia, por las pocas palabras misteriosas de su madrina, por una adivinación segura de su alma quedó enteramente segura de que el aprendiz era hijo de su desgra-

ciada y querida ama. La voz bronca de Evaristo, que averiguaba algo con las vecinas, y las pisadas contra las losas de sus tacones con herraduras, sacaron á Tules de sus cavilaciones.

—Toma una escoba... pronto, pronto y ponte á barrer, Evaristo llega.

Juan apresuradamente tomó la escoba que le alargó su nueva ama y se puso á barrer, mientras ella se acercó al brasero á picar cebollas y recaudo.

Evaristo entró de mal humor, botó el sombrero en el suelo, que Tules recogió humildemente, se quitó la chaqueta y se sentó á trabajar en el torno.

—Mueve la rueda, haragán, ocioso, inservible,—le gritó al muchacho.

Juan dejó la escoba y comenzó á mover la rueda. Un cuarto de hora después volvió á gritar:

—¿Está el almuerzo?

—Listo,—contestó Tules,—en un momento pongo la mesa. Y en efecto, en menos de dos minutos, servilleta blanca, vasos y platos limpios, cubiertos bruñidos, salero de cristal, chilitos verdes y pan y tortillas, cubrían la mesa que tenía un conjunto apetitoso que aumentaba el vapor aromático que brotaba de los barnizados trastes de barro colocados en las hornillas. Era en la apariencia, con la mujercilla bonita y aseada, el aprendiz joven, pobremente vestido, pero de simpático aspecto y el hombre trabajador agachado sobre su trozo de ébano, el cuadro sencillo del artesano modelo que tenía algo de ingenuo y de natural, y se armonizaba y completaba por decirlo así con los paseos y saltos de un carnero con su vestidura blanca y esponjada con un collar rojo en el cuello de donde le pendía una campanita de plata que

repicaba alegremente. El que de improvviso hubiese entrado en esos momentos al taller, habría sin duda envidiado la calma y la dicha de este hogar de hombre honrado, de buen esposo y de inteligente artesano y jurado que la felicidad existía allí.

—Te tengo dicho mil veces que cuando yo venga has de tener el almuerzo servido. No puedo perder tiempo.

—Se me quemaba la comida,—le interrumpió Tules...

—Tú eres la que me quemas el alma. Bruta y tonta serás hasta que te mueras,—le respondió el tornero sin dejar su trabajo.

Tules se puso encendida, miró al aprendiz que á su vez indignado de la injusticia quería decir algo y sus ojos se llenaron de lágrimas. Disimuló, arrimó una silla y se sentó silenciosa.

Estas escenas eran diarias. A estas brutalidades de Evaristo, Tules oponía la resignación y el silencio, que exasperaba más al marido, que extrañaba la contradicción y la respostadas de Casilda. Con razón dicen las mujeres que los hombres son llevados por mal.

Por fin el tornero se levantó de su banco y se sentó en la mesa. Tules había puesto tres platos.

—¿Para quién es ese plato?—preguntó con voz violenta Evaristo.

—Para Juan,—respondió Tules,—mejor es que coma con nosotros, comerá bien y tendré menos trabajo.

—¿De dónde te has figurado, pedazo de bestia,—le dijo Evaristo colérico,—que un aprendiz coma con el maestro? Afuera ese plato, que vaya al rincón, y se le dará lo que sobre. ¡Canallas! ¡desagradecidos todos estos aprendices cuando se les trata bien, y no están contentos ni trabajan sino á coscorrones!

Y añadiendo á las últimas palabras el hecho, Evaristo le dió un fuerte coscorrón en la cabeza con los nudillos de los dedos. El muchacho se agachó y se fué gruñendo al rincón.

—¿Qué dices? ¿gruñes?—le dijo Evaristo amenazándole.

—Nada, nada,—le interrumpió Tules;—déjale, comerá en el rincón como tú quieres.

Evaristo devolvía al nieto con usura las injurias del abuelo. ¡Así es la triste escala social!

Evaristo devoró la comida sabrosa y excitante usual de nuestra gente del pueblo, bebió su tinita de pulque, y él mismo con una maligna intención juntó en un plato, pedazos de pan y de tortilla, huesos de carne, caldo de frijoles y algunas cortezas y pedazos de naranja, un puñado de capulines, lo mezcló bien y puso delante del aprendiz está detestable escamocha.

Juan clavó sus ojos negros y feroces en el maestro, y éste, sin saber por qué, no pudo sostener la mirada, pero pronto se repuso.

—¿No lo comes, no lo quieres comer? pues muérete de hambre, ó yo te mezclaré aserrín y te lo haré comer á la fuerza.

Tules hizo una seña al muchacho, éste bajó la cabeza y con un pedazo de pan que le dió, comenzó á tragar, más bien que á saborear esta indigesta macedonia.

—De una vez,—dijo Evaristo, recreándose en la repugnancia con que veía comer al muchacho,—arreglaremos la manutención de este haragán. Por la mañana *pi-lón* (1) de alote y un pambasito blanco, á medio día su

(1) Moneda muy pequeña de color que ya no existe. El peso duro tenía 128 pilones.

escamocha, y en la noche otro pilón de atole y los mendrugos de pan que sobren. Ya verás como antes de un mes engorda como un marrano, y cuidado con que le des más, ni me gastes el dinero, que no quiero trabajar para mantener huérfanos ociosos. Dale un petate viejo y que duerma en el rincón de las astillas. Va á estar mejor que el conde. La vieja que lo trajo no le daría tanto.

Evaristo, después de haberse asegurado que sería obedecido, echando una mirada decisiva á su mujer y al aprendiz, bebió su último trago de pulque y se puso á trabajar, porque necesitaba bastante dinero, pues había convidado á varios amigos artesanos y á unas comadres y conocidas del barrio.

La existencia del muchacho no habría sido posible sin los auxilios secretos de Tules. A las cinco de la mañana tenía que levantarse para comprar la leche de la ordeña de la plazuela cercana, y pobre de él cuando el sueño lo vencía. Evaristo lo despertaba á patadas y lo hacía salir casi desnudo en las mañanas frías de Diciembre. El resto del día movía la rueda, hacía mandados, y por todo aprendizaje aserraba trozos de madera hasta que las fuerzas le faltaban en los brazos, y el sudor goteaba de su frente. Muchos días, y cuando Evaristo estaba de buen humor, le daba quartilla para fruta, pero en cambio lo obligaba á comerse el plato de escamocha. Los vestidos, no obstante los cuidados de Tules, se le caían á pedazos. Evaristo prohibía expresamente que se le comprase ropa, que se lavase la que tenía y que se le dieran más alimentos que los que él había señalado.

—Sólo así aprende esta canalla,—le respondía á Tules cuando á riesgo de tener una fuerte querrela se interesaba por el aprendiz.

Este cuadro de sufrimientos diarios, de martirios de todo género que constituía á Evaristo en el verdugo implacable de su corta familia tenía, sin embargo, un rincón luminoso, que á momentos, aunque cortos, mantenían realmente la existencia de esas gentes. Tules, con su carácter resignado, había concluído por no hacer caso de los insultos y groserías del marido, y cuando temía que de las palabras pasase á los hechos sabía interponer, ya á una vecina, ya á alguno de los muchos parroquianos, que acudían al taller, porque todos la querían y la compadecían sospechando la vida que le daba el marido. El aprendiz recibía sus puntapiés, sus golpes en la cabeza con una regla ó con cualquier instrumento, y así sufría y pasaban ignorados sus dolores y sus penas.

Tules había reconcentrado sus afecciones, todo su cariño en Juan y en el blanco carnero.

—Sufre, aguanta por mí, y por tu madre... Sí, porque tú tienes una madre muy rica, y un día ú otro la conocerás, y entonces tendrás buena comida y vestirás bien, y en vez de que tengas que temer nada de Evaristo, él se quitará el sombrero y tú le darás á tornear mascarones de ébano... pero no sé qué hacer, tengo miedo, y no me atrevo, no me atreveré nunca... todos los días le pido á Dios que me inspire, para cuando me resuelva, no lo vaya yo á echar á perder. Me paso las noches en vela y no acierto...

—¿Pero qué cosa es, maestra?—le preguntaba Juan.

—No te lo puedo decir, ni tú lo podrás entender y yo misma no lo entiendo, lo que te ruego es que te dejes matar (va como de comparación) de Evaristo antes de decirle nada de esto, ni ahora, ni nunca, y por Dios te ruego, no te vayas á fugar... ¿Cómo me dejas aquí sola.

con él?... me sirves de compañía, de no sé qué... el caso es, que cuando te dilatas en algún mandado, se me figura que ya no vuelves.

—¿Que no vuelvo? ni que pensarlo, maestra. Dice usted bien, me dejaré matar del maestro antes que abandonar á usted que me quiere tanto, ya me habría empachado con la escamocha y andaría desnudo si no fuera por usted, y no vaya á creer que yo tengo miedo, el día que el maestro le pegue á usted recio, como hay Dios que le encajo un formón por donde pueda.

—¡Calla, calla, ni lo pienses, Dios nos ha de sacar y quizá pronto de esta situación!

En efecto Tules estaba cada día más convencida de que Juan era hijo de su ama la condesita, ¿pero cómo decir esto, cómo hacer las cosas? Por una parte tenía miedo á Evaristo y no encontraba pretexto para ir al palacio de la calle de D. Juan Manuel, y aunque arriesgándose pudiera ir, ¿cómo declarar á su madrina lo que podía ser sólo sospecha, cómo platicar de esto con la misma condesita? ¡Imposible! la arrojarían de la casa, le dirían que era una malagradecida y canalla, pagando los favores que le habían hecho desde que nació con deshonorar á su propia ama, y luego si el señor conde lo sabía. ¡Jesús! ni trizas quedarían de ella, de Evaristo y de Juan. Tules cerraba los ojos aterrorizada y pasaba el tiempo sin resolverse á nada.

Tules tenía otro cariño, otro amor entrañable, vehemente, y era el cordero. Lo había mandado traer de la hacienda su madrina, y pequeñito, apenas había acabado de mamar, cuando un rancharo á caballo caminando leguas y leguas lo trajo con mucho cuidado. Aunque Evaristo y Tules no volvieron á la casa de D. Juan Ma-

nuel, Agustina, por los mil medios que tienen las mujeres, se informaba de su ahijada y no la perdía de vista. Le mandaba regalos de cuando en cuando, y sobre esto Evaristo no decía nada. Cuando recibió el corderito, que era de una raza fina, Evaristo se puso muy contento, precisamente había tenido la intención de comprar un chivo ó un carnero. A la mayor parte de los carpinteros les gusta tener algún animal en su taller. Fué un cordero de paz, por algunas semanas no hubo querella y Tules tuvo por un momento la ilusión de que había cambiado de carácter. Generalmente se cree, y tal vez es cierto, que los carneros son poco inteligentes. Sea de eso lo que se fuese, Tules con paciencia y cariño, enseñó á su corderito á hacer muchas cosas. En primer lugar la conocía y la seguía á todas partes como si fuese un perro. En las bendiciones de San Antonio Abad lo presentó con las pezuñas y los cuernos dorados, y un collar de paño rojo y su campanita de plata.

Doblaba las dos manos y pedía de comer, atravesaba el taller en dos piés. Hacían una farsa con un cuchillo y el cordero tendía el cuello, daba algunos brincos irregulares como para manifestar el dolor de la herida, y después caía como muerto, estiraba los piés y cerraba los ojos. No cambiaba de esta posición sino llamado por la voz de Tules. Entonces se levantaba alegre, saltaba é iba como á besarle ó á lamerle las manos á su ama. Era un primor, y las vecinas afirmaban que jamás habían visto cosa semejante. Tules todos los días lavaba y peinaba á su borrego, y su lana, mejorada con el cuidado, parecía de seda. Evaristo mismo tenía una predilección por el borrego, y cuando no había bebido aguardiente ó acababa de recibir dinero, jugaba con el borrego y le daba

pedacitos de pan en la boca. A falta de hijo el cordero era un lazo de unión en ese desgraciado matrimonio.

Cuando Evaristo, ya por entregar sus obras, comprar sus materiales, ó, lo que era más frecuente, por sus disipaciones con los amigos y comadres, hacía largas ausencias que á veces duraban días y noches enteras, Tules respiraba, descansaba, parecía que la torre de la catedral se le quitaba de encima. Entonces era Juan, era el cordero, era un viejo zentzontle que había sido de su madrina la que formaba su familia, y limpiaba la cabeza á Juan, escarmenaba los sedosos vellones del cordero, se dejaba picar el dedo por el irascible zentzontle que apenas cantaba un poco de noche, y haciendo un sabroso almuerzo olvidaba todas sus penas y martirios, se hacía la ilusión de que Evaristo se había marchado y no volvería, de que su madrina le daría siempre dinero, de que Juan era como su hijo, y de que un día ú otro le daría á conocer á su verdadera madre, que lo sacaría de manos del verdugo á quien la viejecita lo había entregado. Tules entonces se consideraba feliz. Era la única, la fugitiva luz que de vez en cuando entraba en el cuadro sombrío de su vida.

Tules, después de no dormir el domingo, pensando en Juan, en su madrina y en la condesa, formó la suprema resolución de aprovechar la primera ausencia de Evaristo, ir á la calle de D. Juan Manuel y contar los secretos que ya no cabían en su corazón.

CAPÍTULO XIX

San Lunes

GLORIOSO, magnífico, espléndido, para los artesanos de México, no tienen durante la semana otra idea, otro pensamiento, otra ilusión. Desde el martes, los días de la semana, les parecen una eternidad, y sin embargo, trabajan y trabajan, y velan y se fatigan, y se cortan las manos con los instrumentos y hacen los más grandes esfuerzos para entregar la obra el sábado ó domingo, y todos estos sacrificios, todos estos afanes son porque de llegar tiene el glorioso, el suspirado San Lunes. ¡Quién piensa en el porvenir! ¡á quién le ocurre echar en una alcancía un poco, una mínima parte del jornal, para que el día de una desgracia, de una enfermedad, tengan siquiera que comer durante tres ó cuatro días! ¿Comprar unas enaguas á la mujer buena y fiel, que vela por el marido, que le lleva de comer cuando está preso, que sube y baja llorosa, con su rebozo en los

ojos, las escaleras de la Diputación, para conseguir, si no hay otro modo, á costa de un momento de olvido la libertad del marido? ni pensarlo, mucho menos. Los hijos andan sin zapatos, no pueden ir á la escuela porque no hay cuartilla para comprarles en casa de Abadiano un silabario y una tabla de cuentas, el casero toca la puerta, y no hay para pagarle la renta, la accesoria sin una silla, todo dado al diablo, pero ¡cómo ha de ser de otra manera! Es viernes ya, ¡gracias á Dios! San Lunes está cerca, es necesario sacrificarlo todo por este día sagrado que los artesanos mexicanos observan con más exactitud que los musulmanes el Ramasan. Sólo que entre los asiáticos es el ayuno, y entre los americanos la hartura, la indigestión y la crápula.

El domingo, suele el artesano que no ha concluído la obra, trabajar medio día para entregarla á las doce y cobrar su precio ó percibir el resto de su raya. Algunos se quedan en su casa, se tiran en su petate cansados y fatigados del trabajo, se estiran, se revuelcan para hacerse ellos mismos una especie de *masage*, que vuelve á las coyunturas cansadas su elasticidad, y concluyen por dormirse. Otros, los más arreglados y hombres de bien, ayudan á la mujer á lavar y á peinar á los muchachos, y salen muy planchados y limpios á la misa de doce de la parroquia, regresan, sacan sus sillas al patio de la casa de vecindad y se sientan al sol á platicar con los vecinos. A la tarde, como buenos padres de familia, van á la maroma de la calle de Arsinas ó á los titeres, ó entremeses del teatro de Alconedo; pero siempre hay algo secreto y reservado entre ellos y la familia, y es el San Lunes. Guardan lo que pueden de dinero, se marchan de la casa á escondidas, porque las mujeres ó las queridas, se

oponen generalmente á las festividades de San Lunes, y regresan las más de las veces heridos ó contusos, sin un ochavo en la bolsa, sino es que van á pasar la noche á la Diputación.

No hubo modo de impedirlo, Evaristo se fué á la barbería, lo desmelenó un poco el maestro, lo rasuró, le arregló ya unas crecidas y revueltas patillas negras, y de regreso á su casa se vistió sus calzoneras de paño azul con botonadura de plata, que á todo trance conservaba, lo mismo que el jorongo del Saltillo, y calando su sombrero jarano lleno de toquillas y chapetas de plata con remates de oro, se dispuso poco antes de las doce del día á salir de la casa.

No hubo modo de impedirlo.

—Mira, Evaristo,—le dijo Tules con una voz que hubiera ablandado á cualquiera otro que no fuese el tornero,—no vayas por esos barrios á tirar tu dinero con amigos que no hacen más que gastarte lo poco que tienes. Mejor sería que nos fuésemos á pasear á la villa de Guadalupe, tomaremos un coche del sitio, almorzaremos allí bien, y en la tarde con la fresca nos volveremos poco á poco á nuestra casa, muy quietos y en paz de Dios.

—Tú no tienes más diversión que la villa de Guadalupe para meterte en la iglesia, y no salir hasta que te echa el sacristán, y luego que almuerzo, un mole aguado con la manteca cruda por encima. Ya sabes, á mí me gustan las enchiladas picantes y la *sangre de conejo* (1).

(1) Pulque compuesto con azúcar y tuna colorada. Higos chumbos como le llaman en España. Se producen las tunas en Andalucía, pero nunca tan azucaradas, grandes y de variedad de colores y aún de sabor como en México.

—Eso es lo que precisamente me da miedo, la sangre de conejo. Ya sabes que ese pulque es muy traicionero, se sube á la cabeza, y el hombre que se emborracha es un loco, no sabe lo que hace, y además lo poco que me has dado en la semana, se me acabó ya, y esta noche no tendremos que cenar. Tú no quieres que vea yo á doña Agustina, ella me daría ó me prestaría de seguro dinero y se lo iríamos pagando poco á poco.

—Siempre me sacas á esa maldita vieja de D.^a Agustina, que me repatea, y se me sienta en la boca del estómago.

—Yo no te saco nada, te digo sólo que de veras con tres cuartillas que me quedan, no puedo hacer la cena. Tampoco quieres que empeñe nada.

—¿Me pides cuentas? No faltaba más; yo trabajo lo que se me da la gana, y tiraré mi dinero también en lo que se me dé la gana, y no me muelas con la Virgen de Guadalupe, ni con D.^a Agustina, porque ya sabes que tengo malas pulgas, y no aguanto ni á la alma de mi madre.

Buenas pruebas tenía Tules de que no aguantaba pulgas el tornero, pues tenía sus blancos y gordos brazos llenos de cardenales morados, pero sin hacer caso de sus respostadas y amenazas, con una vocecilla suplicante, le dijo:

—Mira, Evaristo, no quiero que te enojés, y ya veré como me compongo con la cena. Lo que quiero es que no salgas á hacer San Lunes. Te lo vuelvo á rogar, el corazón me dice que algo te va á suceder, no vayas.

—¿Sucederme algo? Si no hay quien me complete á mí, y ya se me iban quitando las ganas de salir, pero sólo porque tú no quieres, he de salir y saldré y tres

más, y haré mi santa voluntad y tiraré el dinero, que para eso trabajo, y cena tú ó no cenas, lo mismo se me da.

Y Evaristo al decir esto miraba malamente á Tules y sonaba en sus bolsillos los pesos y moneda menuda que tenía.

—Te lo ruego por Dios, Evaristo,—volvió á insistir Tules.

No hubo medio. Evaristo se abrochó sus calzoneras, se enredó una banda de burato encarnada en la cintura, se caló el pesado sombrero jarano lleno de adornos de plata, se puso el jorongo en el hombro izquierdo y salió de la tornería sin dirigir la vista á Tules, que quedó anoadada, y lenta y silenciosamente, continuó lavando el tinajero y arreglando unos cuantos vasos y cubitos dorados de cristal.

Al desembocar una calle apartada del centro de la ciudad, llena de hoyos y de piedras sueltas, y por donde corre un caño de aguas negras y espumosas, y formada de uno y otro lado de casas de vecindad, las unas de color rosa, otras amarillo, otras morado y renegrado imitación detestable del mármol, pero todo ello viejo, deslavado, cayendo en costras como dejando descubierta su fea epidermis de adobe, ó de pedruscos sueltos y mal encadenados, asomando en los zahuanes, chicuelos medio desnudos, con las greñas enredadas en fragmentos de pambaso, y con bigotes del champurado ó del mole del día anterior, se divisa un gran cobertizo ó jacalón con un techo de tejamanil que el tiempo, las aguas y el sol se han encargado de ennegrecer y de imprimirle un aspecto

sinistro. Ese techo torcido é irregular donde penetran las lluvias, descansa en vigas mal trabadas y en unos trozos de árbol mal pulidos, enterrados en un pesado zócalo de piedra que sirve también de asiento y de descanso. El pavimento es de tierra negra, y los cuatro vientos entran y salen, arrojando cuando son impetuosos, el polvo, las basuras, los desechos de los almuerzos y fandangos populares.

Pero el fondo de ese extraño edificio que más bien parecía olvidado allí desde los tiempos anteriores á la conquista, tenía algo de claro y de alegre que contrastaba con la triste desnudez del resto. En el centro de una pared blanca que lo cerraba enteramente por ese lado, estaba colocado un gran marco con la imagen de un San José muy mal pintado al óleo, adornado con flores coloradas y blancas de papel, industria muy conocida de los comerciantes del Portal de las Flores. Todo el ancho de la pared ocupado con grandes tinas llenas de pulque espumoso pintadas de amarillo, de colorado y de verde con grandes letreros que sabían de memoria las criadas y mozos del barrio, aunque no supieran leer. «La Valiente,» «La Chillona,» «La Bailadora,» «La Petenera.» Cada cuba tenía su nombre propio y retumbante que no dejaba de indicar también la calidad del pulque. Algunos barriles á los costados, una mesa pequeña de palo blanco y varias sillas de tule. El suelo estaba parejo, limpio y regado y esparcidas hojas de rosa. El domingo era día clásico. El lunes lo era más, se podía decir de gala.

Tal era la antigua y afamada pulquería de los «Pelos.»

Afamada por sus pulques, que eran los mejores y más exquisitos de los Llanos de Apam, afamada por la mucha concurrencia diaria, mayor el domingo y en toda su

plenitud los lunes, y afamada en fin, por los muchos pleitos, heridos, asesinatos y tumultos.

El tornero, arrogante, erguido, entró por el extremo opuesto, atravesó todo el espacio hasta llegar al tinacal.

—Qué solo está esto D. Jesús, y es ya tarde. ¡Qué diablos habrá sucedido á la gente! ¿algún sermón del Padre Pinzón que los habrá acobardado?—dijo Evaristo dirigiéndose al jefe ó encargado del tinacal.

D. Jesús era un hombre alto, fuerte, muy gordo, con las narices rematando en una media bola color de fuego, donde se veía uno tentado de encender un cigarrillo, patillas muy negras, espesas y cerdosas, cortadas al estilo de los toreros andaluces, cejas juntas y ojos chicos y maliciosos, estaba en pechos de camisa con un calzón ancho de pana azul, y entre la banda negra que le da dos vueltas á la cintura, atravesado un ancho belduque con su vaina de cuero amarillo. Cerca de él saltaba haciendo muecas y farsas el *jicarero* (1), que era un muchacho como de veinte años, de la raza indígena, que le llamaban Garrapata, y dos chicuelos más para hacer los mandados que se les ofrecían á los parroquianos.

—Ya, ya irán viniendo, D. Evaristo,—contestó el pulquero sacudiéndole la mano,—en cuanto lleguen los músicos y las almuerseras, ya me lo dirá V.

—Es que vengo dispuesto á rifarme con los guapos.

—Mejor haría usted, D. Evaristo, de darme la mitad de su dinero y guardarse la mitad, porque no hay lunes en que no pierda lo que trae en la bolsa. No sé qué clase

(1) Se llaman en México *jicareros* á los dependientes encargados de expendir el pulque y se sirven de calabazas cortadas por la mitad en forma de tazas grandes. En España llaman *jicara* á los pocillos para el chocolate, y se dice *una jicara de chocolate*.

de mano tiene usted que hace milagros en el torno, pero nunca puede echar la teja en medio de la rueda.

—Ya nos veremos hoy.

—Es que tendrá que habérselas con algunos muy listos. No dejarán de venir hoy el tuerto Cirilo, Vicente la Chinche, y mi tocayo Chucho el Garrote. Llegaron de tierra adentro la semana pasada y vienen bien habilitados.

—¿Y cómo?

—Allá lo saben ellos. Ya me conoce D. Toribio, no me gusta saber vidas ajenas. El día que me metiera á chismoso no duraba dos días en este sitio, y de veras acababa la pulquería de los Pelos.

Estando en esta conversación, se presentaron tres ciegos conducidos por un muchacho. El uno con un gran guitarrón y los otros con sus bandolones. Las almuerzas llegaron al mismo tiempo y establecieron sus anafes, y una indita tortillera comenzó á moler y á echar tortillas calientes.

Una hora después, los bandolones rasgaban un estrepitoso jarabe, las frituras de longaniza y carnitas saltaban en las cazuelas, y el maíz molido, y el chile y el pulque producían una mezcla de aromas indefinible, embriagador para los concurrentes, pero repugnante y nauseabundo para los que no estaban acostumbrados. La concurrencia fué aumentando de hora en hora, y al medio día el espacioso jacalón estaba completamente lleno. Artesanos con sus camisas muy limpias y encarrujadas, sus pantalones de coleta amarilla ó de pana, sus sombreros nuevos más ó menos adornados. Los unos con chaqueta, otros en pechos de camisa, alegres, listos, con sus fisonomías trigueñas, sus ojos, barba y pelo negro, y en lo general inteligentes y simpáticos. No dejaba de estar

matizado este cuadro con el aspecto de limosneros andrajosos, y de indios pobres, tristes y enredados en una sucia sabanita de jerguetilla, recargados como si fuesen unas estatuas, contra los toscos pilares del jacalón.

No tardaron mucho en reunirse los grupos de conocidos. Unos se sentaron en la tierra húmeda junto á las almuerseras, y comenzaron con un placer que les salía por los poros del cuerpo á mascar los tacos de chorizones y carnitas, otros á sopear el mole verde con las quesadillas acabadas de freir, otros establecieron sus partidas de rayuela. Cerca de las tinas, ocho ó diez mujeres de zapato de raso, pierna pelada y enaguas anchas y almidonadas, cantaban y zapateaban un jarabe, alternado con versos picarescos, y los bandolones y el guitarrón al acabar el estribillo se hacían casi pedazos, risas, aplausos, *cocheradas*, palmoteos, gritos, cuantas formas de ruido se pueden hacer con la voz y con las manos, tantas así salían del grupo difícil de penetrar que rodeaba á las bailadoras.

D. Jesús, con su largo belduque en la cintura, daba sus vueltas y recorría su gran jacalón como imponiendo miedo y orden con sólo su presencia. Dos aguilitas almorzaban muy tranquilos, sentados junto á un pilarón con su larga espada entre las piernas.

Repentinamente el tornero separó con manos y codos á los que le estorbaban el paso, y cayó como del tejado en medio del círculo, y encarándose con una bailarina, muchachona de no malos bigotes, se puso las manos tras de la cintura y comenzó á respuntar (1) un jarabe que

(1) El jarabe es un baile popular en México como el flamenco en Andalucía. Cuando el que baila hace mudanzas, difíciles y repetidas con los pies, dando

le valió los aplausos de la rueda, que se propagaron por toda la pulquería. Evaristo había comido una quesadilla y bebido medio tecomate de pulque. Estaba alegre y nada más.

Cuando los dos que formaban la pareja de jarabe cansados, y goteándoles por la figura el sudor, apenas podían mover los pies, la música cesó y los ciegos voltearon sus instrumentos, los colocaron junto á sus sillas y pidieron á Garrapata una jícara de pulque. Los ciegos en los fandangos populares de México son los bastoneros, y cuando se fastidian ya de tanto rascar los bandolones, cesan y no hay modo de volverlos al orden hasta que no han bebido ó comido algo.

Evaristo se limpió el sudor con la manga de la chaqueta, y sin más ceremonia echó el brazo al cuello de su compañera, y haciendo á un lado con el codo y con el pié, á la multitud compacta que lo rodeaba, atravesó triunfante hasta el otro extremo de la pulquería, donde había una almuerseira que tenía ya á punto las chalupitas de chile verde y un *rímero* de tortillitas blancas y delgadas que despedían el oloroso vapor del maíz.

—Almorzaremos, chula (1), y bien que para eso están las bolsas llenas de dinero, y con algo se ha de pagar ese zapateado que en mi vida lo he visto bailar mejor.

—Como quiera,—le contestó la compañera,—pero déjame que busque á Chucho y también lo convidará; ¿no hay obstáculo?

fuerte con los tacones en el suelo, se dice: «ya comienza á respuntear.» Respuntear un jarabe es bailararlo á la perfección.

(1) Chula. Lo mismo que bella, hermosa, bonita. Chula es más cariñoso y expresivo. En algunas provincias de España no se puede pronunciar esa palabra, es casi un insulto decirle á una mujer chula.

—Ninguno; que vengan los que quieran, que hay con que pagar hasta que se me arranque.

La muchacha se separó, y deslizándose como una culebra y haciendo zig-zacs entre la turba buscó á Chucho hasta que dió con él.

—D. Evaristo nos convida á la pulcata, ¿vienes?

—Y no andes, Pancha, refregándote mucho con Evaristo, ya te ví, pero vamos, y cuidado no tengamos á la noche una pelotera.

—Y que la tengamos, ya sabes que no me dejas, pero no te me vuelvas el exquisito, jala por delante;—y la muchacha le dió una suave cachetada en la mejilla, lo miró bien, como quien dice: «no tengas cuidado» y lo empujó.

Los dos llegaron á donde los esperaba Evaristo. La almuerjera había ya colocado en la tierra refrescada con el riego unos petates, unas servilletas bordadas de lomillo, una cazuelita en medio con sal y chilitos verdes, unos platos de loza poblana, y sus correspondientes vasos verdes, largos, profundos y torneados en forma de espiral, servicio de vidrio muy popular y debido á la industria típica de Puebla, establecida y estacionada seguramente hace más de cien años.

—D. Evaristo, aquí tiene á mi marido Chucho,—dijo Pancha.

—Ya me lo había dicho D. Jesús,—contestó Evaristo tendiendo la mano á D. Chucho, que éste apretó.

—Conque *compas* y á almorzar,—respondió Evaristo,—que las chalupitas se ponen tiesas si se enfrían.—Al mismo tiempo tendió su jorongo en el suelo é hizo seña á Pancha para que se sentara.—Y los demás amigotes que vengan, llámelos,—le dijo á Chucho.

Sin hacerse de rogar Chucho, que ya se había sentado, se levantó y volvió á poco acompañado del tuerto Cirilo, de Vicente la Chinche y de otras dos ó tres mujeres más. Se sentaron, formaron rueda; la almuerjera no tenía ya ni tiempo para freir enchiladas y chalupitas, ni para servir los platos; el sartén de frijoles refritos humeaba, la tortillera no cesaba su monotonó ruido con las palmas de las manos y echaba las tortillas por entre la cabeza de los concurrentes, los tocomates encarnados como la laca del Japón llenos del blanco é hirviente Tlaximapa, alternaban con la *sangre de conejo*, rebosando y goteando en las servilletas, y en las camisas blancas y en las almidonadas enaguas de muselina. Los almorzadores bebían, circulaban los tocomates sin cesar, mordían los *tacos* con aguacate y chilitos verdes con un verdadero placer, reían franca, ingenuamente, se pellizcaban hombres y mujeres, se decían sus requiebros á su modo, gozaban como ningún día de la semana, tenían más hambre, más fuerzas, más deseos, veían la vida por el lado alegre, sin cuidarse ni de sus esposas ni de sus hijos, gastaban el dinero sin pensar lo que comerían el martes. Quíac! se empeñaría el jorongo y la chaqueta, la mujer pediría prestado á las vecinas, el artesano algo adelantado al patrón, en último caso una tortilla y un poco de pulque, y para las criaturas un poco de alote y un pambasito blanco. Era el lunes, el San Lunes, el glorioso San Lunes, en el que pensaban la semana entera. Evaristo el primero desde que olvidando el trabajo y las costumbres sencillas y monotonas de la hacienda, y siéndole ya pesada la pobre Tules, no pensaba más que en Casilda, y mientras la encontraba, á divertirse y á tirar el dinero en las pulquerías y en los trucos de villar. Glorioso San

Lunes. Evaristo bebía, bebía, pero su cabeza era fuerte. Estaba algo más que alegre, pero no borracho. El grupo de almorzadores estaba rodeado de gente curiosa y algunos indios callados, con su mirada triste, inmóviles y envueltos en sus viejas frasadas.

De cuando en cuando Pancha les pasaba un tecomate con restos de pulque blanco y de sangre de conejo. Los indios devolvían la vasija vacía, y besando la mano de Pancha le decían:

—Dios se lo pague madresita.

Y Pancha les daba un rollo de tortilla:

—Pa tus hijos,—les decía.

—¡Las mujeres siempre son buenas!

Uno que otro decente asomaba la cabeza para ver la gran festividad del San Lunes. Era un empleado, ó el hijo de algún escribano, ó un portero de oficina que se retiraban á comer, se les hacía agua la boca, y al llegar á su casa mandaban á la criada por un real de quesadillas y chalupitas para añadirlas á su almuerzo.

Tiempo tendremos de hacer conocimiento con los demás personajes del San Lunes, por ahora lo haremos con Pancha, que tenía por sobre nombre la «Ronca» por que á consecuencia de una fiebre le quedó la voz velada. Era mujer legítima de Chucho, que tenía el apodo de Garrrote porque siempre traía en la mano un bastón grueso cuyo puño representaba una cabeza de conejo, que le había tallado Evaristo, y por el pronto era todo el conocimiento que tenían y el haberse una que otra vez encontrado en las vinaterías y pulquerías. Juan era chaparro, de cuello grueso, espaldas anchas y piernas zambas, siempre muy limpio y rasurado; vestía una especie de blusa de lona y calzón de pana color de café. Mucho tiempo

fué cargador de la aduana, pero un día jugando en el patio dió de chanza un trompón en la sien á otro cargador y lo dejó muerto en el sitio. Como había muchos testigos que declararon que no había habido malicia en la muerte, estuvo solamente tres años en la cárcel, como olvidado, y sin que se siguiera su causa.

Un día el alcaide, que concluyó por ser muy su amigo, lo puso en libertad, pero perdió su destino. Chucho era hombre de bien, pero á poco que salió de la cárcel y que continuó aparentemente siendo cargador de la esquina, vestía bien, ganaba dinero, se robó á Pancha de una casa de vecindad, después se casó con ella, y los dos gastaban, triunfaban y hacían San Lunes, y nadie sabía cómo. El único que todo lo sabía ó lo maliciaba, era su tocayo el pulquero, pero no decía ni á su sombra una palabra.

Volvamos á nuestros felices y alegres convidados. Prolongóse á más de dos horas el convite, y entrada la tarde, convinieron en que mientras las mujeres bailaran con quien se les diera la gana, jugarían unas partidas de rayuela. Evaristo pagó, y bien, á la almuesera, pero aún le quedaba bastante dinero en el bolsillo, que no cesaba de hacer sonar y remover con las manos, con asombro de los inditos, que lo miraban azorados como si fuera el mismo Dios del oro.

Comenzaron por apostar una botella de mistela de naranja. La mistela entonces, y tal vez ahora también con otro nombre más retumbante europeo, era un compuesto de chinguirito reforzado con alumbre y cáscara de naranja en infusión. Un verdadero veneno, y capaz de trastornar la cabeza más fuerte. Se trajeron de la vinería vecina, no una, si no media docena de botellas.

Evaristo perdió y las pagó. La rayuela continuó y Juan el genovés, en lugar de las tejas de plomo sacó un par de onzas de oro. Evaristo hizo lo mismo y siguieron jugando y bebiendo mistela.

En media hora todo el dinero de Evaristo había pasado al bosillo de Chucho el Garrote. Evaristo estaba medio borracho, la echó de generoso, disimuló y fué á la rueda del baile. Separó con la mano al que hacía frente á Pancha y continuó bailando y taconeando, pero ya como queriendo caer. Se hizo el fuerte, se quitó el sombrero y lo tiró á los piés de Pancha. Ella lo aceptó y entusiasmada con lo que habia bebido, respunteaba de lo lindo, se acercaba provocante á Evaristo levantando sus enaguas hasta media pierna y logrando los palmo-teos y dichos picantes de la rueda.

En esta vez, Chucho, que, menos bebido, observaba á su mujer, no aguantó, más; con una mano cogió de las trenzas á Pancha y la apartó lejos, y con la otra dió un revés en la cara á Evaristo, no muy fuerte porque lo habría matado como al cargador su compañero.

—Si es hombre, —le dijo;— véngase conmigo.

Evaristo, aturdido, de pronto se quedó sin saber qué hacer.

—Véngase, —le repitió.

Evaristo buscó en la cintura su puñal, que nunca lo abandonaba en el día sagrado de San Lunes. Ya tenía experiencia, y se le fué encima á Chucho. Los curiosos se apartaron de un lado y otro.

—Cobarde montonero, no vé que no tengo arma, pero no le hace.

Evaristo, frenético, seguía á Chucho tirándole puñaladas, que el otro se quitaba diestramente con el som-

brero, que jugaba admirablemente como si fuese un escudo.

Así salieron de la pulquería á la plazoleta polvosa, y á la calle cercana mal empedrada. Pancha y las demás mujeres les seguían gritando quién sabe qué cosas. Los partidarios de Evaristo, que eran carpinteros y torneros, tomaron parte en favor de él. Los léperos del barrio en favor de Chucho, y en breve se hizo el combate general, silbando las piedras en todas direcciones.

D. Jesús, el dueño de la pulquería, sereno é impasible, se limitó á sacar su belduque y se puso al frente de su *tinacal* en compañía de Garrapata que reía, y no cesaba de hacer gestos y piruetas.

Los dos míseros aguilitas quisieron intervenir, pero nada: á uno de ellos le tocó una pedrada en una taba, y se fué á refugiar á un zahuán, el otro con la espada desnuda corrió á pedir auxilio al cuartel de infantería de San Pablo.

Entre tanto, sin saber él mismo cómo, había sido desarmado y estaba tendido en un charco de lodo y Chucho encima de él.

—No lo mates,—le dijo Pancha,—no seas bruto, al fin pagó él, y nada ha de haber entre nosotros.

Los soldados llegaron corriendo con bayoneta calada, y repartiendo cañonazos á diestro y siniestro, hubo descalabrados y contusos; la multitud se dispersó como por encanto; la tropa se retiró al cuartel, y el aguilita con su compañero cojeando, se dirigieron á la Diputación. Don Jesús y Garrapata permanecieron inmóviles delante de sus tinas coloradas, verdes y amarillas. Las sombras invadieron el viejo jacalón, el barrío quedó solo y silencioso, y gruesas gotas de agua que se desprendían de un

cielo negro, borraron en breve la sangre de conejo y la sangre humana que manchaba la famosa pulquería donde los artesanos celebraban el glorioso San Lunes.

La inquietud de la pobre Tules había sido grande. El aprendiz salió á dar un paseo, y ella lavó tinajero, trastes, vigas y cuanto encontró, sin que pudiera calmarse un instante. El borrego, amarrado en el patio, también había estado inquieto, saltando, balando y queriendo reventar el cordel. Tules lo metió al cuarto, lo acarició, le dió unos pedazos de pan, y en esto regresó Juan de su paseo.

—Es ya muy tarde y Evaristo no ha venido, quizás tendré tiempo de hacerle algo de cenar. Si quisieras quitarte tu chaqueta y llevarla á la vinatería, con lo que te den, compra pan, queso y manteca; y aquí tengo dos chiles y unos pocos de fríjoles de ayer. Haré un poco de chile con queso y refreiré los fríjoles. No compres pulque en el bodegón, porque bastante habrá bebido Evaristo.

Juan, sin decir una palabra, salió, y no dilató en volver con lo que se le había encargado. Echó carbón en la hornilla. Tules para hacerse quizá ruido y creyendo que también halagaría á su marido cuando llegase, colocó la limpia mesa en medio del cuarto, puso una servilleta limpia y bordada, una tinajita de Guadalajara con agua fresca, un cubierto y fué al brasero, donde ya gritaba la manteca caliente.

Se escuchó un ruido de pasos. Un vuelco dió el corazón de Tules y soltó una cazuela que tenía en la mano.

Evaristo, envuelto en su jorongo, con el sombrero machucado, sin la toquilla, las patillas greñudas y en la cara verdugones sanguinosos, entró vacilando y con algún trabajo pasó el umbral, y sombrío, temible, sin hablar una palabra, se dejó caer en un sillón de terciopelo carmesí que olía á incienso y á iglesia, y que le había dado á componer el abad de Guadalupe. Juan se refugió en un rincón y Tules se quedó como una estatua delante del brasero. La manteca se quemó é hizo una llamada; el líquido rebasó la cazuela y apagó la lumbre. La cena preparada con tanto trabajo, estaba perdida; nueva congoja de Tules. ¿Qué diría á su marido si se la pedía? pero no hubo necesidad. Evaristo, vuelto de esa especie de insomnio producido por el alcoholismo, recobró al parecer un vigor extraño. Tiró el jorongo y el sombrero, se limpió la cara con las mangas y se compuso las patillas.

Evaristo venía humillado de su derrota, pero rabioso, no sabiendo con quién saciar su venganza.

—¡La cena!— gritó con una voz que había enronquecido la mistela y el pulque.

Tules tembló, pero echó en un plato los restos quemados del guisado, y no tuvo más remedio que servirlos al marido.

—Los frijoles estarán mejor, voy á refreirlos. Espera, espera un momento. Evaristo no te enojas.

Apenas Evaristo vió delante la especie de pasta negra y grasosa, cuando cogió el plato y lo lanzó á la cabeza de su mujer, que agachó la cabeza y evitó el golpe.

—Eso te lo comes tú y la vieja puerca de doña Agustina,—y tiró al mismo tiempo de la servilleta, y trastes y tinaja de agua fueron al suelo.

—¡Evaristo, por la sangre de Cristo, que te calmes! ¡Espérate, haré en un momento otra cena! ¡Lo que tienes es que has bebido un poquito, te lo decía al salir, que ese pulque colorado!...

—No me andes con sermones, ya quisieras parecerte á Casilda y á Pancha; esas sí que son mujeres, no tú, que bastante te he aguantado no sé cuantos años, pero esta noche hemos de acabar tú, el aprendiz, el borrego y mi alma condenada también. Me han pegado, me ha tirado en el suelo ese bruto de Chucho el Garrote, pero lo he de matar; y por tí, por tí, que no eres más que una...

El tornero, vacilando, cayendo, levantándose, por el cuarto, blandiendo los puños, buscaba una arma, un instrumento, y bastantes había, para herir, para exterminar á todo el mundo. El delirio del alcoholismo había llegado á su colmo.

Tules huía por un lado, Juan el aprendiz por el otro.

—¡Maestro, maestro!—gritaba el aprendiz.

—¡Por Dios, Evaristo, no me mates, me iré, mañana no me tendrás aquí! ¿qué te he hecho?

Evaristo tropezó con el sillón que olía á incienso y á iglesia y se hizo una herida en la frente, pero se levantó más furioso y encontró un formón.

—¡No me mates, Evaristo, de rodillas te lo pido, ¡por Dios!

Evaristo se lanzó con el formón levantado.

—¡Eso no, maestro! ¡eso no!—gritó Juan, y tomando un serrote, acertó un golpe á la cabeza de Evaristo, el que, aturdido un poco, se detuvo.

Juan se refugió detrás de la silla del abad, y Evaristo la hizo pedazos á golpes y creyendo que había matado

al muchacho, volvió sobre la pobre Tules, que de rodillas como una santa, con las manos enclavijadas, suplicantes, decía:

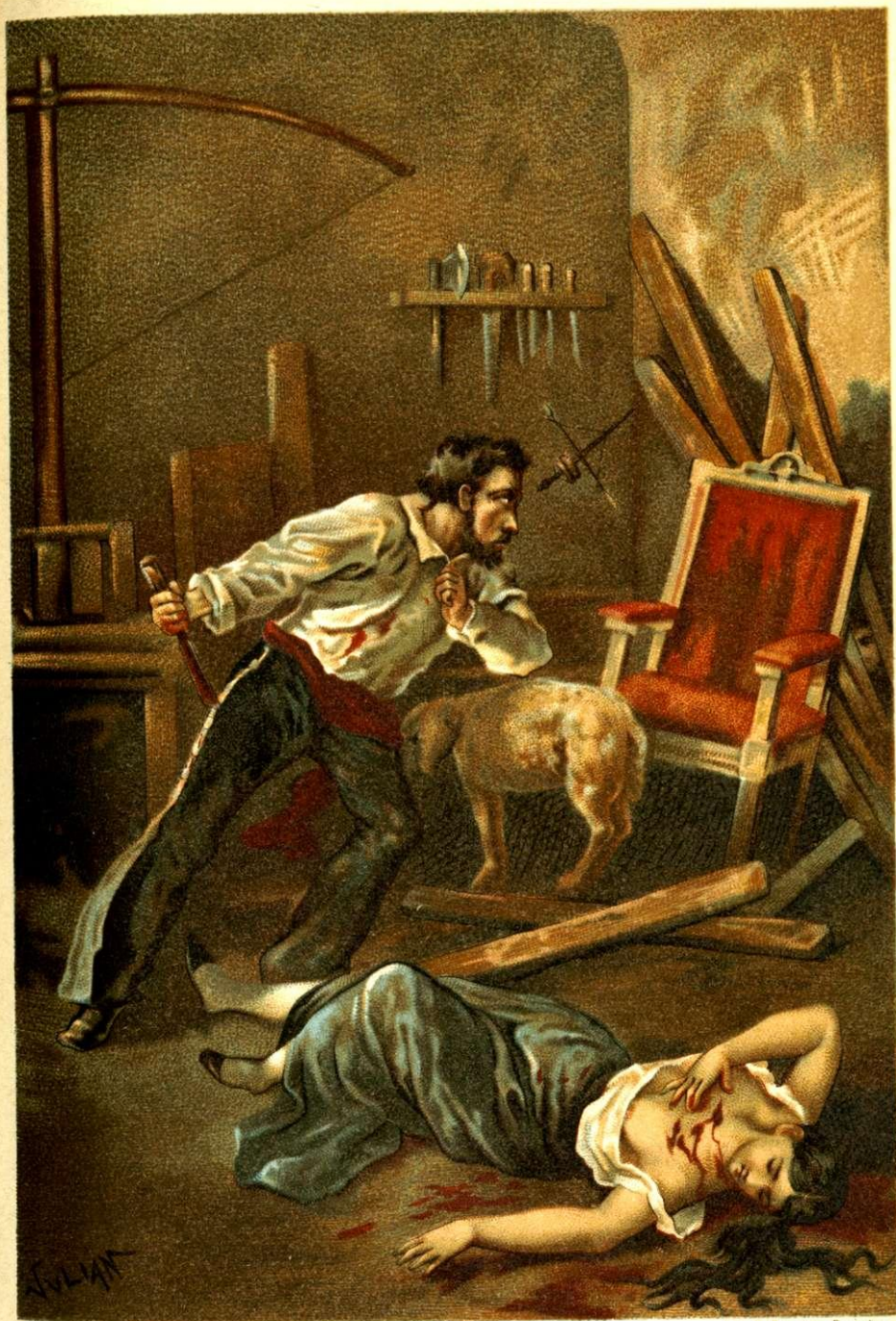
—¡No me mates! ¡no me mates!... ¡Dios mío, ten misericordia de...

Evaristo, loco, delirante, hundió varias veces el formón en el pecho de Tules, que no tuvo aliento más que para decir:

—¡Jesús, Jesús me ampare!— y cayó bañada en su sangre.

Evaristo con los ojos saltándosele, chorreándole sangre por la cara: permaneció un momento con el brazo levantado, con el formón sangriento hasta el mango, y después, como una torre, se desplomó junto á Tules, deponiendo, arrojando por ojos, boca y narices, la sangre de conejo, la mistela de naranja y la sangre que de su pobre mujer había derramado inicuamente.

¡Glorioso, magnífico San Lunes, el de los artesanos de México!



J. F. Párrés y C^á. Editores

B. R.

Lit. M. Puigades, Barcelona

San Lúnes.



CAPÍTULO XX

Delirio

UNA vela de sebo que había quedado sobre el brasero, alumbró tristemente el resto de la noche el cuadro de desolación y de horror que presentaba el taller. Evaristo, por una extraña alucinación producida por la mezcla del pulque con los licores reforzados con alúmbre y otras sustancias venenosas, al herir á Tules huñdiéndole el instrumento en diversas partes de su cuerpo, pensaba destruir una cosa, para poseer otra, quería aniquilar á Tules para que inmediatamente la reemplazase Casilda, á la que en verdad no había vuelto á encontrar; así al vomitar su boca alcohólica y sangrienta atroces injurias contra su mujer, mezclaba el nombre de Casilda y refería las escenas secretas y escandalosas que tanto se habían repetido mientras estuvieron unidos en su casucha de San Angel. Creía tener á las dos mujeres delante de él, y así como arrojó á la calle á Casilda,

dándole una paliza, para casarse con Tules, en esos momentos trataba de acabar con Tules para volver á echar el brazo al cuello á Casilda, y entre él y estas visiones se interponía Juan el aprendiz, levantando sobre su cabeza una larga y afilada sierra, así loco, frenético, profería palabras incoherentes, buscaba instrumentos, trozos de madera, martillos para destruir, para herir, para triunfar de esas visiones amenazadoras, para hacer desaparecer el sillón de terciopelo rojo oliendo á incienso y á iglesia y que como un escudo había libertado al muchacho de ser asesinado.

Evaristo al caer beodo y herido por el golpe que le asestó Juan y agotados los últimos esfuerzos de sus nervios excitados por la bebida, tendió los brazos al aire creyendo estrechar á Casilda y dió sobre Tules, y la boca impura y sucia del bandido quedó pegada á los labios fríos y descoloridos de la pobre muerta, de donde acababan de salir dolorosas palabras pidiendo misericordia al asesino y encomendando su alma á Dios.

Quién sabe cuantas horas permanecieron al parecer confundidos y estrechados en su premo abrazo el asesino y su víctima. La triste vela de sebo arrojó sus últimas é indecisas luces y quedó en la oscuridad y en el silencio, esa lúgubre escena, como si Dios horrorizado de la depravación del hombre que hizo á su imagen y semejanza hubiese querido, aunque fuese por un momento, echar un velo sobre ese negro crimen. A poco los rayos primeros de un sol espléndido entraban por dos anchos círculos que, para darle ventilación y luz, había en lo alto de las puertas del taller.

Juan, envuelto en las astillas, en los trozos de madera tallados, en los modelos y calados de cartón que servían

al hábil tornero para sus esculturas, había permanecido inmóvil y como muerto detrás del milagroso sillón, que olía á incienso y á iglesia y que estaba desquebrajado y hecho trizas por los golpes furiosos de Evaristo. Al tratar de guarecerse detrás del sillón, y esa fué quizá su fortuna, cayó y dió su cabeza contra un banco, y la emoción y el golpe le privaron del sentido. Repuesto ya, se incorporó, se limpió los ojos muchas veces sin cesar de mirar hacia donde estaba el grupo sangriento, y con los cabellos erizados y las manos crispadas, mientras más miraba más creía que era presa de una horrible pesadilla. Juan se había acostumbrado á la miseria y á la accesoria ahumada y mefítica de la atolería del callejón de la Condesa, pero la mansedumbre de la vieja Nastasita, la bondad de las indias rústicas que molían y trabajaban todo el día, enseñando con sus naturales risas las hileras de sus blancos dientes, le habían en otro tiempo proporcionado, en medio de su orfandad una cierta felicidad, pero una escena de sangre, de violencia y de frenesí como la que tenía delante de sus ojos, le producía sensaciones encontradas de terror y de odio, que el mismo estaba en la imposibilidad de clasificar. Por fin, sin darse el mismo cuenta, sino por el solo impulso de sus nervios, se levantó resueltamente, cogió una acha que tenía junto y se acercó al grupo espantoso. Evaristo roncaba como si estuviese ahogándose, á ocasiones se revolvía haciendo un esfuerzo para ponerse en pié, abría grandes sus ojos y giraba su mirada al derredor del cuarto, después caía de nuevo como anonadado y agotadas sus fuerzas sobre el cadáver de Tules.

El primer impulso de Juan fué levantar el acha y hacer mil pedazos la cabeza de su maestro. Era el momen-

to, no de la venganza, sino de la justicia. Allí pagaría los golpes, las humillaciones, el hambre que le había hecho padecer, sin enseñarle en compensación ni aun los primeros rudimentos del oficio, empleándolo sólo como si fuese una bestia bruta en dar vueltas al torno, pero esto no era nada; su maestra, su pobre maestra, que lo había querido como á un hijo, que por defenderlo se echaba encima á cada día las iras del marido; su maestra, tan buena, tan joven, tan bonita, estaba tendida nadando en su sangre que aun brotaba de los muchos agujeros que Evaristo le había hecho con el formón. Era la hora y la oportunidad propicia para el castigo, pero en esos momentos Juan deseaba que el tornero se levantase y lo reconociese, que tomase otra acha y entonces entablar una lucha á muerte hasta hacerse pedazos, hasta formar una especie de escultura con sus carnes, como se formaban en los trozos de madera. Juan removía fuertemente á Evaristo con el pié, y se inclinaba tomándole los brazos para ayudarlo á levantar y que comenzara la pelea... pero nada, Evaristo volvía á caer como un cuerpo muerto y azotaba sus dos brazos contra el enmaderado del cuarto. Repentinamente vino á Juan una idea. ¿Si yo mato al maestro, de seguro que un día ú otro que me cojan todas las vecinas atestiguarán que yo he matado también á la maestra, y aunque lo niegue nadie me creerá, y eso sí que sería para mí peor que la muerte?...

Juan cesó de remover y de incitar á la lucha á Evaristo, dejó caer la acha de sus manos, miró la cara pálida de su maestra donde aun se reconocía la mansedumbre y la bondad, y comenzó á derramar silenciosas lágrimas.

Después de un rato, se limpió los ojos con la manga

de su camisa, tomó un jarro del brasero, abrió con cuidado la puerta, la cerró tras sí de la misma manera, diciendo, ¡mi pobre maestra, mi pobre maestra! y atravesó el patio como lo tenía de costumbre todos los días, con su traste en la mano para buscar la leche que servía para el desayuno.

El sol había salido ya, la casera barría el frente de la calle, las vecinas entreabrían las puertas de sus cuartos, salían á hacer su compra, ó regaban el patio con la agua del pozo, todo estaba en la mayor calma, el día claro y despejado, la mañana fresca. Nada anunciaba que en esa casa tan tranquila, hubiese pasado pocas horas antes un horroroso drama.

¿Evaristo, con cierta conciencia de lo que pasaba, vió al aprendiz con el acha levantada, tuvo miedo y continuó fingiendo que aun estaba borracho? ¿ó lo estaba efectivamente todavía hasta que llegó el momento en que disipada la influencia del pulque, volvió en sí de su sangriento delirio? Eso es lo que quizá no podría explicarlo el mismo, pero el caso fué que á poco se sentó, después se puso en pié, se agachó y tomó el instrumento que el muchacho había dejado abandonado.

—¿Se iría ya? ¿estará escondido acechándome para matarme? ¿No lo ví delante de mí con el fierro levantado para matarme cuando estaba yo tirado é indefenso? ¡Canallas! canallas todos estos, como decía el Conde, si lo hubiese yo medio matado á palos antes, no habría ahora un testigo contra mí, para perderme...

Evaristo se acercó con cierto miedo y la arma levantada al sillón del abad que olía á incienso y á iglesia y lo removió. El sillón dorado de terciopelo rojo, hecho ya trizas, cayó con cierto estrépito como si hubiese sido

también una víctima inmolada al furor alcohólico del artesano... de Juan nada... Evaristo removi6 astillas, tablas, trozos de madera, nada.. el aprendiz se habia largado... iba á denunciarlo, no tardaría en volver con el alcalde y con los soldados del cuartel cercano... no habia tiempo que perder, ¿qué hacer, cómo salir cubierto de sangre, por el patio de la casa y por las calles? á dónde iría? Al monte de Río Frío. No le quedaba otra salida, ¿pero la manera de hacerlo?

Evaristo pensó en el carnero, en el *Consentido*, como le llamaba Tules y las vecinas, que lo querían mucho, y cuando estaba amarrado en el patio, le hacían caricias y le daban pedacitos de pan en la boca. Matarlo, no habia más remedio, así podría salir al patio con las manos y la camisa manchadas de sangre, presentarse ante las vecinas y convidarlas un trozo para hacer una fritanga. Se le ofrecía otra dificultad. ¿Y el cadáver de Tules? ¡Oh! eso es fácil, enterrarla debajo de las vigas. Un día ó dos podrían pasar así las cosas y mientras él ganaría hasta el monte de Río Frío. Llegando allí, estaría salvado, encontraría sin duda otros criminales como él, y el monte era inexpugnable. Los soldados se contentaban con pasear por las orillas del camino real y jamás habían penetrado en su espesa arboleda; ¿pero si el aprendiz venía antes con el alcalde? entonces era hombre perdido... de todas maneras matar al *Consentido* era cosa resuelta, él tenía que salir á sacar agua del pozo para lavarse y esto no lo podía hacer sin un pretexto... después de matar á la mujer buena y honrada tenía que sacrificar al inofensivo cordero.

No sé si á algunos animales les está concedido el alivio de las lágrimas, pero de lo que estoy seguro por una serie

de observaciones es que el carnero es un animal que parece que sabe el destino que tiene de ser inmolado diariamente para el alimento del animal voraz que se llama hombre, que tiene un horror muy marcado por la sangre, y que cuando está seguro de su muerte, sus grandes ojos oscuros tienen una mirada tan suplicatoria, tan triste, que seguramente cualquier persona de corazón delicado preferiría comer otra cosa antes que personalmente matar á tan inocente criatura de Dios.

El *Consentido* estaba como quien dice acostumbrado á las escenas que pasaban en la tornería, lo mismo que las vecinas, que ya no hacían caso y se limitaban á compadecer á Tules. Voces, gritos, bantos tirados unos sobre los otros, instrumentos de acero chocándose entre sí, todo esto era común y diario, ya porque el maestro disputaba con un tapicero, ya porque reñía á Tules, ya porque castigaba al aprendiz. El borrego se limitaba á agachar la cabeza, pues ya le habían dado de rechazo algunos zoquetes de madera en la frente, ó si estaba suelto salía como disimuladamente al patio hasta que, aplacada la tormenta, Tules lo llamaba para darle de comer.

En la noche de la catástrofe, el carnero seguramente notó algo extraordinario. Cuando Evaristo con sus fuertes pasos, con sus juramentos y tirando muebles y maderas, hizo casi temblar el taller, el carnero agachó su cabeza y la ocultó en el hueco del banco en que estaba amarrado, después que volvió todo al silencio, la sacó poco á poco, y clavó la vista en su ama tirada en el suelo en un lago de sangre. ¿Es que el animal tenía idea de que la que le daba de comer, lo peinaba, le daba besos en su hocico limpio y untuoso estaba muerta? ¿Quién sabe lo que pasa en los animales, que del estado natural y salvaje

vienen á vivir en la sociedad de los hombres? Creo que se opera en ellos, aun en los menos avisados, una transformación completa. Entienden el idioma, tienen quizá aunque sólo sea una idea de lo que pasa en las casas, se alarman con los ruidos, se animan con la música y la alegría, vienen á formar parte de la familia.

El cordero, el tímido cordero querido y consentido de Tules, toda la noche estuvo temblando, y no despegó sus grandes ojos negros profundamente tristes del grupo sangriento que estaba casi junto á él.

Evaristo, sombrío y terrible, desató al borrego, buscó una arma aguda, pero el animal aterrorizado dió un salto y fué á caer sobre el cadáver de su ama. El golpe que Evaristo le había tirado hirió sólo el aire...

—Hasta el borrego se resiste,—gritó furioso,—su lana está manchada con sangre, y será una prueba; no puedo dejarlo vivo... el maldito aprendiz no tardará en venir.

Y tiró otra puñalada al borrego tan inútil como las otras. Entonces se entabló una especie de lucha. Los golpes se amortiguaban en la esponjada lana... ya era mucho, el aprendiz estaría quizá en la puerta con el alcalde... Evaristo quiso salir de esta situación, tomó una pesada garlopa, y acertó un golpe tremendo que partió la frente del carnero, el que cayó medio muerto sobre el cuerpo de Tules.

—Bien,—dijo Evaristo,—por este lado he concluído, pero no hay que descansar. Como mejor pudo se limpió la sangre de la cara y barbas, mudó la camisa y las calzoneras del San Lunes por otras viejas que usaba para trabajar, entreabrió con precaución la puerta, y salió al patio arrastrando el carnero moribundo y que aun entreabría sus tristes ojos, y lo acabó de matar en el patio.

—¿Pero se ha vuelto usted loco, D. Evaristo?—le dijeron las vecinas que ocupaban un cuarto frente al suyo, —¿qué ha hecho usted... matar al *Consentido*, que tanto quería D.^a Tulitas? ¿cómo lo ha permitido?

—Más dolor tengo yo que ella, que se fué muy temerano para no presenciar la ejecución,—contestó el tornero con una tranquilidad aparente,—pero ¿qué quería usted que hiciera? Anoche, y tal vez oyeron ustedes el ruido, se le enredó el mecate, tiró del banco de encina, se lo echó encima, y se le quebraron las dos manos; no había más remedio que matarlo para que no padeciera.

—¿Qué desgracia!—dijeron otras vecinas que habían oído el cuento, y salieron al patio á la curiosidad,—tan manso, tan gordo y limpio como lo tenía D.^a Tules, pero la verdad, ha hecho usted muy bien, maestro.

—Ya les convidaremos, y comeremos unas tripitas y una barbacoa,—les contestó, continuando su trabajo de asesino, y sacando los intestinos y dentro de la víctima.

Las vecinas no pusieron ya más atención y continuaron sus quehaceres, agradeciendo mucho que se les participase de la carne, y ofreciendo ayudar á D.^a Tules á guisar el pecho, las piernas y las tripas.

Evaristo dejó la zalea y los trozos del cordero en el patio, entró, cerró la puerta, y procedió al entierro de la muerta. Despejó el suelo, levantó con facilidad las vigas, y arrastró dentro del zócalo el cuerpo, lo cubrió con el aserrín y palos sangrientos, aplanó todo con los piés, volvió á poner en un mediano orden el taller y disimuló como pudo las manchas de sangre que había aquí y allá, y lavándose y limpiándose cuidadosamente, hasta cerciorarse de que no tenía manchas visibles, se puso el sombrero, el jorongo, un puñal en la cintura, y el dinero

que tenía en el baul, salió del taller, y al pasar por el cuarto de la casera le dijo:

—Oígame, D.^a Miguela, si el aprendiz que se fué de madrugada por la leche, vuelve, dígame que me espere en el patio. Voy un momento en casa de mi compadre, mientras le dejo á usted la llave. No se la dé usted más que á Tules, que volverá pronto, muy pronto.

CAPÍTULO XXI

En el mercado

HACIENDO Juan un esfuerzo para disimular, salió del taller, tranquilo, pacíficamente, como lo hacía todos los días, tirando por alto su jarro vacío y recibéndolo en la mano. Una de las vecinas que ya andaba por el patio tendiendo la ropa le encargó la compra de su leche, y al darle el traste y el dinero, le dijo:

—¿Qué te ha sucedido, que tienes la camisa manchada de sangre?

Juan se puso pálido como un muerto, dirigió la vista hacia donde la vecina indicaba la mancha, notó unas escoraduras y cortadas en su mano, y tuvo la viveza de responder:

—Me corté con los fierros trabajando.

—Sería tu maestro quien te cortó. Anoche hubo ruido y ya pensamos que ni tú, ni D.^a Tules saldrían bien librados. El hombre vino ayer tan borracho que no se podía

tener. Vé, no te dilates, y cuando vuelvas te guardaré un pambaso, pues parece que te matan de hambre.

Juan, sin responder, salió del zahuán y continuó su camino, pero apenas encontró una esquina, cuando torció y enfiló la calle larga, y echó á correr. Nada tenía de particular. Un muchacho corriendo con dos jarros en la mano, á toda hora se vé eso y nadie hace caso.

Juan, en efecto, poseído de una especie de locura, corría, corría, tanto como se lo permitían su edad y la fuerza de sus piernas. Lo que quería era alejarse del taller fatal, y los esfuerzos que hacía le parecían pocos. Se le figuraba que Tules, desnuda, sangrienta, enseñando sus abiertas llagas lo seguía, y detrás el maestro con el formón levantado, y esta fantástica procesión, terminaba con el sillón de terciopelo rojo que olía á incienso y á iglesia, y que rechinaba y caía á pedazos por los golpes que con las garlopas y los martillos le daba el furioso maestro Evaristo. En un momento de locura espantosa, las calles le parecían cortas y estrechas, y escogía las más anchas y rectas queriendo llegar... ¿á donde? no lo sabía, su idea única era huir y alejarse del taller, y no le ocurría ni remotamente la idea de buscar al alcalde, ni á los soldados como lo temía Evaristo, porque era bastante avisado, y pensaba que él y su maestro irían á la cárcel mientras se averiguaba la verdad, ¿y quién era capaz de hacer la revelación de lo que había pasado?

Por fin, fatigado, sin aliento, vino casi á caer á una de las puertas del mercado del Volador. Entró, se rebujó en un rincón, ¡y lo que son los pocos años y la exhuberancia de la vida! á poco se quedó profundamente dormido con su mano herida y desgarrada sobre su pecho. Nadie podía ya tener duda del origen de las manchas de sangre

que se dejaban ver de una manera notable en su camisa. Llegada la noche y la hora de cerrar las rejas de fierro, uno de los guardas le dió un puntapié.

—Levántate y vete,—le dijo,—que bastante has dormido, y se van á cerrar las puertas. Lárgate pronto.

Juan se levantó, y sin decir una palabra salió y echó á vagar por las calles. Su primera idea fué dirigirse á la atolería, donde hacía mucho tiempo no iba porque Evaristo le había prohibido expresamente que volviese á ver á Nastasita.

—¿Qué dirán las gentes,—gritaba Evaristo,—de que tenga yo por aprendiz en mi taller donde vienen señores y señoras de coche, al hijo de una indecente trapera. El día que sepa que vas á la atolería te daré una paliza.

Juan, sin embargo, se había dado sus escapadas para visitar á su bienhechora, pero en esta ocasión, sin saber por qué, tenía repugnancia. Pasó la noche en el quicio de las alacenas del Portal de las Flores, pero tenía que mudar de lugar cada vez que el sereno hacía su ronda. Amaneciendo Dios, fuese de nuevo á la plaza del mercado á ofrecerse para hacer mandados á los que compraban fruta ó legumbres, pero no hubo quien lo ocupara, porque le faltaban unos canastos, cuerda y ayates, que son indispensables á los muchachos que ganan así su vida. ¿Cómo comprarlos?... Imposible, no tenía ni un tlaco, había salido con lo puesto de la casa del maestro; además, su mano lastimada y su camisa con sangre daban asco. El día, pues, lo pasó vagando en la plaza y re-juntando hojas de lechuga, tronchos de col y cáscaras de fruta. Cuatro ó cinco días pudo vivir así, pero no era posible continuar, la indigestión y la hambre lo habían hasta desfigurado, y no sólo no podía ya correr, sino que

trabajo le costaba el andar. En vano se dirigía á las fruterías y recauderas, que en vez de ocuparlo lo rechazaban en cuanto se acercaba al puesto, porque otros muchachos, temiendo la competencia, lo habían señalado como vago y ladronzuelo. La única frutera á quien no se había acercado era una á quien le llamaban Cecilia. Era una mujerona grande, hermosota, de buenos colores, nariz chata, y resuelta, ojo negro y maligno, y grandes y abultados pechos, que como si estuviesen inquietos para salir á la calle, se movían dentro de una camisa de tela fina bordada de colores, donde apenas se podía observar una que otra pequeña mancha del jugo de las frutas. Su cuello era un verdadero aparador: sartas de corales, rosarios de perlas y de plata, listones rojos con medallas de oro, y unas grandes arracadas de piedras finas en las orejas. Sentada bajo su cobertizo, como una reina de las frutas, entre montones de naranjas, de limas, de limones, de plátanos, de mameyes y de otras especies de las azucaradas producciones de la tierra caliente, no descansaba, porque eran tantos los marchantes, que manos le faltaban para despachar y recibir las monedas, no obstante que la auxiliaban dos muchachas de no malos bigotes.

El aspecto imponente de Cecilia, y la mucha gente que la rodeaba, habían retraído á Juan y no se atrevía á aproximarse á ella, pero urgido por la necesidad, se decidió, y aprovechando las horas en que concurren pocos compradores al mercado, se acercó á hablarle. De pronto la reina de las frutas, lo recibió mal, pero así que Juan le refirió que era huérfano, que su protectora estaba casi muriendo de debilidad y de vejez, y que él se mantenía hacía una semana con legumbres podridas y

cáscaras de fruta, se compadeció de él; y de pronto le dió un par de tacos de tortilla y unas manzanas.

—¿Qué necesitas, en qué quieres ocuparte?—le preguntó.

—Necesito una canasta grande, cuatro ó seis tompia-titos y dos ayates. Quiero ocuparme en llevar la fruta y el recaudo á las casas. Pagaré con mi trabajo lo que usted me preste.

—¡Vaya! parece que tienes cara de listo y de hombre de bien. ¿Dónde vives?

—En ninguna parte.

—¿Pues dónde has estado?

—He pasado las noches en las calles, arrimándome á las puertas y huyendo de los serenos.

—Cuidado si te portas mal. ¿Cómo te llamas?

—Marcos,—respondió resueltamente el muchacho, que reflexionó que debía ocultar sus antecedentes, y el único miedo que tenía era que lo encontrase alguna de las vecinas de la casa, pues suponía que el crimen se había descubierto, aunque él nada había oído decir en la plaza.

—Bueno,—le dijo Cecilia,—te daré lo que necesitas y dormirás debajo del tejado, se lo avisaré al administrador. Me abonarás cada semana la mitad de lo que ganes y con la otra mitad te comprarás una frazada, una camisa y unos calzones, porque ya viene el frío. Esta noche te daré otra camisa para que te quites esa mugre, y párate junto al puesto, que yo echaré la fruta en tus canastos y los marchantes te ocuparán quieran ó no.

En efecto, el siguiente día, Juan estaba un poco limpio, había comido las sobras del almuerzo de Cecilia, y estaba listo. Ese día y los siguientes fueron de trabajo y de

ganancia para Juan, conduciendo la fruta á la casa de diputados, de senadores y de ministros de la Corte de Justicia, que eran marchantes, porque el puesto de Cecilia era el mejor y más acreditado de la plaza del Volador. Vendía caro, pero la mejor fruta se encontraba allí. Antes de un mes, Juan pagó los canastos y su ropa, y tenía sobrantes algunos reales y cobre en las bolsas. Un día, á la hora en que no había trabajo, y aprovechando la ocasión de un mandado que le encargó su nueva protectora, Juan se dirigió en busca de la viejecita trapera.

El tiempo transcurrido, y no era poco, en nada había variado el aspecto del rumbo en que vivió. Los mismos coches de alquiler sucios y medio quebrados en la plazuela de Guardiola, los mismos borrachos y cargadores en tertulia permanente en la vinatería de la esquina de Santa Isabel, el mismo caño verde arrojando sus burbujas mortíferas, y llenando el callejón de la Condesa. Sólo en la atolería había algún cambio.

Comodina, casi ciega, flaca y cayéndosele el pelo de su antes fina y lustrosa piel amarilla, estaba echada en la puerta, lamiéndose una mano lastimada, sus hijos, como la mayor parte de los hijos de las perras, la habían abandonado, andaban vagabundos ó habían muerto. Al acercarse el muchacho, la perra cesó de lamerse, lo miró y dudó, pero fué solamente un instante; se levantó y quiso dar un brinco como para darle la bienvenida, como para abrazarlo después de tanto tiempo que no se veían, pero imposible, ni su mano manca ni sus años (pues tenía más de lo que suelen asignarse de vida á la raza canina) se lo permitieron, y volvió á caer en el suelo, sin dejar de manifestar su contento y su cariño con el movimiento de su cola.

—No, no puedes ya moverte, pobre Comodina, estás muy vieja y lastimada de tu mano,—le dijo Juan,—pero no importa, yo soy muchacho y fuerte, á pesar de haberme tratado la suerte peor que á tí, y tú has sido mejor que mi madre que me tiró al muladar; á mí me toca hacerte cariños.

Y Juan diciendo así, se sentó en el umbral de la puerta, cogió la cabeza grande y todavía temible del animal, y comenzó á acariciarla y á pasar sus manos por el cuerpo flaco, donde se le dibujaban las costillas.

—¡Pobre! ¡pobre perra! desde hoy yo te cuidaré, cada vez que haga un mandado, vendré á verte y tendrás carne y pan y cuanto puedas comer,—y acariciaba sin cesar á Comodina, la que sacaba su lengua floja y descolorida, y la pasaba por las manos callosas de Juan, el que al fin se levantó y se resolvió á penetrar en la oscuridad y el humo de la accesoria. Eran las últimas horas de una tarde nublada, raras en México; la luz de los leños que ardían en el brasero, para cocer el atole que se vendía de noche para los enfermos, alumbraba á veces vivamente y á veces de una manera indecisa la accesoria, que tenía ya más hollín, más polvo y telarañas en las paredes y vigas. La cuna en que se meció Juan estaba allí todavía, y había servido para arrullar sucesivamente á otros muchachos hijos de las diversas molenderas que se habían sucedido, y las arañas, astutas, trabajadoras y juguetonas, probablemente nietas ó viznietas de las que divertían á Juan, se deslizaban cautelosamente por las cuerdas que sostenían tan primitivo aparato. La dueña de la atolería había engordado hasta un extremo monstruoso, y su redonda y ahumada faz y sus ojos encarnados daban miedo, y parecía uno de esos deformes

ídolos de los aztecas incrustado en la negra y ruinoso pared.

Nastasita, por el contrario, era una bolsa arrugada y apergaminada, donde no existían más que los huesos. ¡Milagro que hubiese vivido tantos años! Acostada en su mismo rincón y quizá en los mismos petates, y tapada con una frazada, asomaba una cabeza escasa ya de pelo y cana, pero en su fisonomía flaca y cadavérica, estaba impresa la bondad y la resignación. Lo mismo que Comodina, luego que reconoció á Juan, quiso incorporarse y abrazarlo, pero imposible, apenas logró sacar un brazo descarnado, que Juan, inclinándose, se encargó de colocar él mismo sobre su cuello.

—Quieta, estate así, Nastasita, yo me sentaré junto á tí, tú no puedes ¿qué tienes?

Nastasita con una voz tan débil que parece que salía de debajo de la tierra, le contestó:

—¿Qué he de tener, Juan, los años, que más quieres, pero le pedí á Dios que no me quitase la vida, hasta que te volviese á ver para echarte la bendición, pues que no tienes madre á mí me toca bendecirte, hijo,—y Nastasita, haciendo un esfuerzo, quitó el brazo del cuello de Juan, se incorporó un poco, y extendiendo sus dedos descarnados, bendijo al huérfano, cayó en su dura y sucia almohada y dió un suspiro que fué el último que salió de su pecho. Sin esfuerzo, sin dolor su alma sencilla había volado al través del humo espeso del cuarto y de la luz vacilante de los leños, á las misteriosas regiones de la eternidad.

Juan habló mil cosas á Nastasita, se disculpó como pudo de su larga ausencia, alegando que el maestro Evaristo no lo dejaba salir, le contó como estaba ya ocupado

y ganando su vida, pero todo en vano, Nastasita no le oía, estaba muerta. Juan, así que reflexionó, destapó á la viejecita, la tentó... rígida, fría. Dirigióse á la dueña de la atolería para contarle lo que pasaba; no logró tampoco que le respondiera, y no sólo la tentó, sino que la movió fuertemente... nada, muerta también, la sangre le había subido á la cabeza, y sentada en la misma postura, que tenía una semana antes, había concluído sus ochenta años de una inconsciente peregrinación sobre la tierra.

Juan se retiró pensativo. Sin que cerrase los ojos, iban delante de él Tules, robusta, blanca, echando borbotes de sangre por sus heridas, y el esqueleto enjuto de Nastasita, y en medio de estas dos figuras siniestras, Comodina, andando con trabajo, con los ojos entrecegados, su costillar dibujado en su piel, sucia y sin poder apoyar en el suelo su mano lastimada. A veces Juan se limpiaba los ojos con la manga de la camisa, y en su corazón que le dolía, no podía distinguir cuál le preocupaba más de los tres seres que por distintos caminos se habían asociado á su existencia. Así llegó al mercado, el guarda, que ya lo conocía, le abrió la reja, y desolado y triste se echó en su duro lecho, debajo del cobertizo. Cecilia, después de arreglar su puesto, y dejarlo en orden, se había marchado á su casa en compañía de sus dos sirvientas.

El día siguiente Juan refirió á Cecilia la muerte de su vieja protectora, y con su licencia se fué muy temprano al callejón de la Condesa. La gran fábrica de atole y tortillas, como se diría si fuese francesa, había disminuído su trabajo. Un sólo brasero estaba encendido y una molendera trabajaba, las otras dos con el cabello alborotado, la cabeza baja, lloraban delante de las dos muertas

tendidas en sus petates frente á la calle con cuatro velas de cera ardiendo cada una. La india molendera más antigua fué la albacea de la monstruosa propietaria. Tres ó cuatro días antes le había enseñado, en el rincón, un agujero practicado entre la pared y las vigas del pavimento, y en ese agujero se encontraban trapitos hechos nudos, y en cada uno de ellos más ó menos cantidad de moneda menuda, de plata, cuartillas y algunos pesos. Con este dinero la india compró las velas de cera y dos petates nuevos, y en cuanto llegó Juan le encargó que trajese dos cajones de muerto del callejón de Tabaqueros y fuese á la parroquia á pagar los derechos, y traer á la caída de la tarde, la cruz y los ciriales. Juan, que estaba ya ejercitado en mandados y comisiones, y que de suyo era listo, volvió á poco con los cajones y el notario de la parroquia, que temiendo fuese una burla ó cualquier otro engaño, vino personalmente, hizo preguntas á las atoleras, recogió sus siete pesos y medio de derechos parroquiales por cadáver, y en la tarde, cosa de las cinco, el vicario con una capa vieja negra, con galones de plata, cinco monigotes con sus sobrepellices sucios y la cruz y los ciriales de hoja de lata, se presentaron en la puerta, cantaron un responso, rociaron la casa con agua bendita, después los cargadores de la esquina que acudieron, sin que nadie los llamara, acomodaron en los ataúdes á las muertas, sin más cal, ni cloruro, ni otra cosa, clavarón muy bien los ataúdes y cargaron con ellos. El Padre y los monigotes echaron á trotar delante por la calle de Santa Isabel. Los cargadores los seguían trotando también, y Juan cansado, y la pobre perra Comodina cojeando, apenas podían alcanzar este entierro de pobre.

Llegando al cementerio de Santa María, se hicieron

dos agujeros profundos hasta que brotó el agua; el vicario cantó otro responso, regó los negros ataúdes y las tristes sepulturas con agua bendita, y Juan vió hundirse en la profunda tierra los restos de aquellas mujeres que habían sido el consuelo y el abrigo de sus primeros años. El muchacho y la perra cabizbajos y temblando de frío, regresaron á la ciudad al terminar la nublada tarde de uno de los días destemplados y melancólicos del invierno.

CAPÍTULO XXII

Cecilia

JUAN, sin haber aprendido religión alguna, sin tener nociones de la moral, ni más enseñanza que los rezos que oía murmurar á Nastasita y las ceremonias de la misa, á la que rara vez iba, creía en la Providencia, y sentía en su interior alguna cosa neta y fuerte que le hacía distinguir las buenas de las malas acciones, que es lo que se ha convenido en llamar conciencia. Aparte el cariño que lo ligó á Tules, el asesinato injusto y brutal que perpetró Evaristo, lo había horrorizado, y las aventuras y extrañas mudanzas de su vida, le habían dado una cierta experiencia. Si se le acababa un apoyo, venía impensadamente otro á sustituirlo. Esto le hacía pensar que algún ser desconocido y misterioso velaba por su vida. No era un cuento que le habían contado como cuentan á todos los niños. A él, huérfano, amantado por la caridad inconsciente de una india, nada

le habían referido, en ningún regazo maternal había descansado. Era la verdad neta y palpable que había pasado por su vida. Sin darse él mismo cuenta de estos sentimientos, más tranquilo, pues que no había encontrado á ninguna de las vecinas y nadie lo perseguía, llegó con cierta confianza al puesto de fruta, y al día siguiente, y tan pronto como el mercado estuvo sólo, contó á Cecilia lo ocurrido.

—Desde que te eché el ojo,—le contestó ésta,—me latió que eras un buen muchacho, siéntate y come,—y le pasó algunas cazuelas con comida que Juan devoró con avidez, pues desde la víspera no había probado bocado. Los huesos y los pedazos de tortilla, los tiraba á la perra Comodina, que estaba echada á sus piés.—¡Calla!... ya tienes un perro, ¿dónde se te ha pegado?

Juan no quiso en aquel momento contar su historia á Cecilia, y le respondió simplemente que había pertenecido á la viejecita, y que él lo había recogido para que no se muriese de hambre.

—Vaya, te quedarás en el puesto,—continuó Cecilia,—y desde hoy no te faltará trabajo ni que comer, ni á tí, ni á tu animal, has hecho bien en traértelo, habría sido una contra-caridad dejarlo en la calle, no tienes mal corazón. Recoge los trastes y vé y déjalos á la casa, toma la llave, te traes un canasto de naranjas, que ya se están acabando las que hay aquí, y los franceses compran para las comidas que hacen de noche en sus fondas. Cuando salgas cierras bien la puerta. La llave tiene dos vueltas.

Juan, contentísimo, voló á desempeñar la comisión. Entre tanto diremos algo de Cecilia, á la que volveremos á encontrar en el curso de esta narración.

Era hija de una *traginera*, y esta palabra necesita una especial explicación. Las lagunas del valle de México y los canales de Chalco, de la Viga y otros, son surcados por embarcaciones, todavía en el estado que tenían cuando Hernan Cortés peleó con sus bergantines en esos sitios pintorescos y memorables. Las chalupas angostas y largas pueden apenas contener una persona sentada, ó de pié remando, pero con la condición de guardar perfecto equilibrio, pues el menor movimiento hace volcar la ligerísima embarcación, que parece más bien hecha para *regatas*. La canoa común es de dos popas planas, de modo que corta la agua y gobierna con dificultad. Sus dimensiones son comunes y sirve para conducir carga. Las *tragineras* son ya otra cosa, es como si dijéramos los navíos de tres puentes de esta primitiva marina. Es muy grande y ancha. En el centro y cubierta con unos toldos de petate están los camarotes para los pasajeros, que, para dormir con más comodidad, llevan su colchón y su ropa de cama, y salvo los mosquitos, y en unas temporadas el calor y en otras el frío, pueden pasar una noche tan cómoda como en su propia alcoba, atravesar durante la noche el canal y despertar en el muelle; es decir, cerca de la plaza principal de la ciudad de Chalco. La popa y la proa de las *tragineras* viene cargada de pilones de azúcar, tercios de panocha y piloncillo (1), de millares de naranjas y limas y de racimos de plátanos. Como esas producciones son de la tierra caliente, suelen estar acompañadas de alacranes, de mestizos, del fabuloso escorpión y alguna que otra culebra, que buscando

(1) Planchas redondas de azúcar no clarificada y pequeños pilones hechos con la miel de la caña, que destila la azúcar al blanquearse.

el calor ó leche, si alguna pasajera va amamantando algún chiquillo le hace compañía toda la noche.

Cecilia no era precisamente hija de una de estas embarcaciones genuinamente aztecas. Esto no era posible, ni lo pensará ningún lector. Una viuda rica, establecida de años atrás en Chalco tenía una armada completa de canoas y chalupas de toda especie y tamaño, pasaba y era efectivamente rica, y se le conocía con el nombre de la Traginera, y pocos sabían cuál era su nombre cristiano y la manera como había hecho su fortuna. Tenía seis hijos varones, y con Cecilia eran siete. A su muerte, los licenciados del pueblo se comieron la mitad del capital, pero al cabo de años se repartió lo restante entre los herederos. A Cecilia le tocaron dos tragineras y doscientos pesos en dinero. Como durante la vida de la madre aprendió el oficio, es decir, que intervenía en la carga y descarga de las canoas, cobraba los fletes, ajustaba y pagaba á los remeros y hacía frecuentes viajes á México, cuando se encontró sola y huérfana, pues cada cual de sus hermanos tomó su derrotero, se halló en disposición de manejar sus escasos bienes y de mantenerse por sí sola. Vendió una de las tragineras y quedó con la otra para su servicio, y hacía sus viajes á Chalco y las lagunas cuando era necesario y arrendó un buen local en la plaza del Volador. Construyó un buen tejado, que podía cerrarse de noche, y se dedicó al comercio de frutas.

En vez de disminuir su capital, aumentaba cada día, y mes por mes compraba perlas, diamantes, anillos y rosarios de oro en el Montepío, y cambiaba por onzas de oro su plata sobrante; vestía de tela fina, rebozos de Tenancingo de á cien pesos y comía al estilo del pue-

blo mexicano, pero de lo más sabroso, como que ella misma preparaba su cocina y escogía lo mejor del mercado. Ella también giraba sus negocios y hacía sus cuentas exactamente con los dedos de las manos y con el auxilio de frijoles de diversos colores. Cada frijol negro valía un real, los blancos una peseta, los *patoles* ó colorados un peso, con esto, unos tecomates en que separaba esta nueva moneda que ella había criado y unos popotes gordos, no se equivocaba ni en un tlaco en sus cuentas corrientes, y cuidado que tenía muchas: con los remeros, con los fruteros de Cuautla y Cuernavaca, y con diversos comerciantes de la plaza y marchantes que le pagaban por semanas la fruta y algunas legumbres finas que también vendía. Tenía dos muchachas sirvientas originarias de Chalco, y á Juan, al que por lástima y simpatía tomó bajo de su protección. Vivía en una casa propia en la orilla del canal, que tenía un desvío y entraba el agua hasta el patio. Era un viejo edificio medio arruinado, con dos patios, un corral y muchos cuartos, con cuarteaduras y techos medio podridos donde encerraba fruta, remos, trastos y palos viejos y cuanto le estorbaba. Ella y sus sirvientas habitaban la parte que daba á la calle, que presentaba mejor aspecto que lo de lo interior, pero los muebles no correspondían al lujo de los vestidos y á las muchas alhajas que ya valían buena cantidad. Las que no llevaba en el cuello y en las manos, las escondía cuidadosamente por miedo de los ladrones, mudándoles de lugar los más días para que aunque echaran la casa abajo, nadie las pudiese encontrar. Cecilia, en tales condiciones de riqueza relativa y de buen parecer, y no vieja, pues no llegaba á los 35, no dejó de tener sus pretendientes, ya maiceros, ya dueños de ten-

dejón ó de canoas, ya comerciantes ambulantes de la tierra caliente, pero persuadida que la solicitaban ó por lo malo, ó por su dinero, con ninguno quiso tener tratos más que de puro comercio, y cuando se propasaban sabía darles una buena cachetada, y echarlos del puesto, pues en su casa no recibía más que á los arrieros, remeros y gente que le iba á pagar ó á comprar por mayor. Además de sus instrumentos necesarios para cortar los tronchos y fruta, Cecilia tenía un buen puñal, largo, con filo de los dos lados, puño de plata incrustrado de oro y vaina de terciopelo, y nunca se separaba de el, colocándolo en su cintura de modo que estuviera listo sin que se le viese. En la plaza, no se dejaba, ni de los marchantes imprudentes que le tentaban y echaban á perder la fruta sin comprar al fin nada, ni de las placeras sus compañeras, y así había adquirido una especie de superioridad. Su puesto, que ya ocupaba algunos metros cuadrados, había formado una especie de potencia, donde acudían los débiles y los que estaban en discordia para que ella dirimiese sus cuestiones y diese la razón á quien la tenía. Aparte este carácter varonil y enérgico, era compasiva y ejercía sin ostentación la caridad; cada sábado repartía un tocomate de tlacos á los limosneros, y cuando iban entre semana nunca les dejaba de dar una pieza de fruta y el pan, tortillas y lo que le sobraba de su comida, vendía su fruta más cara que cualquiera otra de sus compañeras, pero era exquisita, y cuando ella conocía que estaba verde ó dañada por dentro, se lo advertía al comprador, pues no quería que su puesto se desacreditase. En el fondo y en verdad, era una buena mujer, de gruesas palabras, de risotadas ingenuas, que no se dejaba atropellar de nadie, pero que tampoco le hacía mal, ni á las

moscas. El puñal lo cargaba, únicamente para hacerse respetar, porque la gente que trataba y con la que comerciaba, era dura y altanera, y con ella no había que andarse con cuentos. Regalaba su dinero, cuando así le daba la gana, pero no perdonaba medio á ninguno de sus deudores. Respecto de Juan, era exigente, lo hacía trabajar todo el día, los mandados los había de hacer corriendo, la fruta debía tratarla con cuidado y colocarla metódicamente en las canastas y tompiates. Cecilia tenía entre otros por marchantes á muchos de los empleados que ganaban más de mil pesos anuales de sueldo, que invariablemente acudían al puesto al salir de sus oficinas y dirigirse á comer á sus casas. Les surtía su pañuelo de lo que más les gustaba, les daba como regalo ó ganancia, un par de buenos chavacanos ó un puño de capulines para los niños, les ataba su pañuelo por las cuatro puntas y los despedía con palabras zalameras, recomendándoles que no la olvidaran, ni se fueran á surtirse á otra parte de fruta. Los excelentes maridos y padres de familia salían contentísimos del mercado y marchaban orgullosos por la plaza Mayor y calles de Plateros moviendo sus brazos á compás, el uno con el bastón con puño de oro y el otro de donde pendía un gran pañuelo de madrás lleno de fruta.

Juan estaba destinado para llevar la fruta á las fondas, á los colegios (al menos para el rector) y á los hombres de mayores proporciones que compraban mucho y entre otras cosas melones y sandías que no podían caber en los pañuelos. Entre los más asiduos marchantes de Cecilia se contaban un diputado, que llamaba la atención por su gran corpulencia y gordura y por su benévola fisonomía, y un abogado de esos que eran un po-

zo de ciencia y de sabiduría y un tipo de severa honradez. El uno se llamaba D. Mariano*** y el otro D. Pedro Martín de Olañeta. La compra que hacía el diputado importaba de tres á cuatro pesos diarios. Juan era el que les llevaba la fruta y cobraba el sábado de cada semana, y nunca dejaban de darle en la casa una peseta por el mandado. Aparte esto apenas abría la boca Cecilia cuando el muchacho le adivinaba los pensamientos, corría por esas calles atropellando gente y volvía en minutos con los cigarrillos, con el pulque de piña, con lo vuelto de un peso, con lo que se le encargaba. Esta vida activa, este trabajo constante, cuyos resultados veía en pesetas, en reales y en cuartillas de que llenaba sus bolsas, esta existencia segura y cómoda, lo hacía feliz y se iban borrando poco á poco de su memoria los largos y terribles días del taller, la imagen sangrienta de Tules y el triste y desecado esqueleto de la viejecita; no pensaba más que en el día presente, no tenía otra ambición ni otro porvenir sino el de continuar eternamente haciendo mandados y ganando su vida. Sus afecciones estaban concentradas en Cecilia y en la perra Comodina, á la que había hecho con hojas secas y tablas una buena habitación, que desbarataba por la mañana por orden del guarda, cuando barría el puesto pero que volvía á construir en la noche. La perra con trabajo, y hasta contra el orden natural, por su vejez, iba tirando como quien dice, se había conquistado por su mansedumbre el afecto de los guardas y de las placeras, pero conservaba su fiereza respecto de los perros callejeros que no dejaba acercar al puesto, lo cual agradaba también á Cecilia, que no gustaba de que le olieran ni la fruta ni los *bocaditos* que tenía siempre que añadir á su almuerzo.

Las cosas no podían ir mejor, pero ya tenemos dicho que no hay felicidad cumplida en este mundo, y nada lo prueba más que los cuidados y contratiempos de D. Espiridión y de D.^a Pascuala, de cuyos personajes pronto nos volveremos á ocupar.

El administrador propietario del mercado se enfermó de un reumatismo, y como su curación no era de pocos días, el regidor nombró provisionalmente á un ahijado suyo, un joven, mejor dicho un hombre (porque tenía más de 35 años), perdulario y capaz sólo de hacer su negocio. Sus méritos eran ser portero de una logia yorkiana y los masones, por burla, le llamaban San Justo..

La entrada de este funcionario produjo una revolución en el mercado. Cada una de las placeras le había de dar diariamente una contribución. Una las lechugas y rábanos, otra las alcachofas, otra los tomates, la de más allá un manojo de cebollas, y así todas. A Cecilia le designó un par de aguacates y algunos plátanos guineos, y los domingos un surtido completo de fruta, sin contar que á los indios que venían de Toluca á vender á la plaza, los llenaba de insultos, y cuando los veía ya acobardados, les quitaba una mantequilla, un queso ó una sarta de chorizos. Gran reunión y gritería al caer la tarde alrededor del puesto de Cecilia. Por sus indicaciones se formó una comisión que, vociferando y resuelta á todo, se encaminó á la Diputación á acusar ante el gobernador las demasías del nuevo administrador. La comisión de las alegres comadres esperó dos horas, al cabo de las cuales, el Gobernador salió de su despacho seguido de su ayudante y no les hizo caso, sino que despejó con las manos el camino que le cerraban las placeras quejosas, que se había juntado con otros muchos quejosos que por diver-

Los motivos esperaban en los tránsito y escaleras ser escuchados por la primera autoridad del distrito.

Regresaron desconsoladas, pero siempre hablando y rabiando á dar cuenta á Cecilia de su derrota. Al día siguiente, el administrador, orgulloso de su triunfo, se presentó al mercado, y delante del puesto de Cecilia dijo en voz alta:

—De orden del regidor, tendrán que pagar cada una de las que armó ayer el motín, doce reales de multa, ú ocho días de cárcel. A D.^a Cecilia, que fué la que promovió el alboroto, cinco pesos, ó quince días de cárcel.

Cecilia gritó y juró, y dijo, que primero se quedaría sin camisa, que pagar la multa, pero D. Pedro Martín de Olañeta, que llegó á comprar su fruta como de costumbre, impuesto del caso, les dijo:

—Hijas mías, les aconsejo que paguen su multa y no hablen ya más, porque en último caso las llevarán á la cárcel y esto es peor. Dicen que la autoridad siempre tiene razón.

¡Pobres gentes,—continuó diciendo entre dientes al escoger un par de peras gamboas y una chirimoya que escurría ya su balsámica azúcar;—así están gobernadas desde la conquista hasta hoy, nada han ganado, nunca tienen razón, y como han tratado de no dejarse robar por el administrador, era lógico, las han castigado con una multa.

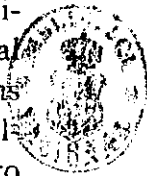
Por de pronto las cosas terminaron así. Las placentas pagaron, y el funcionario siguió abasteciendo su despensa y comiendo como un príncipe. Lo sostenían los masones y protegían á San Justo y no se necesitaba más.

Cecilia, voluntariosa y acostumbrada á dominar en el mercado, resistía constantemente, y no había día que por

un motivo ó por otro no tuviese un altercado con el funcionario, que no daba trazas de abandonar el destino, pues la enfermedad del propietario había sido declarada crónica por los mismos doctores de la universidad que no pudieron resolver el grave caso de D.^a Pascuala, y que asombró, como se ha dicho, á las gentes que tenían amistad y relaciones con la familia del rancho de Santa María de la Ladrillera.

Una guerra sorda se estableció entre Cecilia y el administrador, el cual, aparte las economías y dádivas, quería además, tener una mujer que, lejos de costarle, favoreciera por lo menos sus tendencias gastronómicas. Estaba, en una palabra, enamorado de la cara fresca y franca de Cecilia, de las perlas y corales que colgaban de su carnudo cuello, no podía ver con indiferencia rebullirse debajo de la camisa de tela, un par de esferas sólidas, se le hacía agua la boca cuando se acercaba al puesto, y veía el apetito y contento con que Cecilia, sus sirvientas y Juan comían los guisados nacionales, realizados con el apio, los aguacates, los rábanos, y cuanto más tenía el puesto de fruta de Cecilia que parecía cortada de los árboles del paraíso.

El honrado y celoso San Justo, pues al decir de los patriotas regidores, nunca había estado el «Volador» mejor gobernado, cambió de táctica. Nada de multas, nada de regaños, nada de gritos, nada de exigencias. Las placeras volvieron á sus hábitos de suciedad, llenando los tránsitos y arroyuelos de rabos de cebolla y de fruta podrida, lavando en la fuente sus trastes sucios y los piés y las piernas con el sobrante de la taza que se desbordaba, y esta tolerancia del administrador era porque creía complacer con ella á Cecilia. Juan participaba de esta felicidad,



era el consentido, y lo ocupaba en sus mandados particulares, y en ratos de ocio y para tener motivo de acercarse á Cecilia, les enseñaba á leer y á contar, de lo que los dos no dejaron de aprovecharse. Pasaron así meses, el enfermo crónico, no sanaba, San Justo cada día era más querido del regidor de mercados, al que surtía los sábados con parte de las mantequillas y quesos quitados por fuerza á los indios. D. Pedro Martín de Olañeta preguntaba de vez en cuando cómo iban las cosas, Cecilia sonreía maliciosamente, y el sabio abogado salía de la plaza seguido de Juan con sus canastas llenas de fruta, diciendo siempre entre dientes:

—¡Pobres gentes! Las roban y las tratan mal desde la conquista hasta hoy, y no tienen más arbitrio que aguantar.

Tal estado de cosas debía tener un desenlace. El administrador se resolvió á decir á Cecilia su atrevido pensamiento. Una tarde, sola ya la plaza, San Justo entró familiarmente al puesto, se sentó en la tarima y echó el brazo al cuello de Cecilia.

—¿Para qué hemos de andar con rodeos ni con tapujos D.^a Cecilia? yo la quiero á usted y bastante lo ha de haber conocido, ya me canso de hacer el papel de enamorado, venga esa cara tan fresca y esos labios que parecen dos gitomates (1), y diciendo y haciendo todo fué uno, le tronó un beso en la boca que resonó en toda la plaza.

—Vaya de llanezas,—dijo Cecilia, limpiándose los labios con una mano, y quitando bruscamente y tirando al otro lado el brazo que rodeaba su cuello;—usted tiene

(1) En México, tomate se llama al pequeño de color y cáscara verde, y gitomate al encarnado.

la fuerza y es protegido del regidor y del gobernador, y nos tiene el pié encima, y esto y todo, pero de dejarme de otro modo, eso no, quizá no sabe usted todavía quien soy, retírese.

Cecilia pasó al otro lado del puesto é interpuso entre ella y su fogoso amante un montón de olorosas naranjas que comenzó á colocar en equilibrio unas sobre otras para el espendio del día siguiente, gritó á Juan que estaba ocupado debajo del cobertizo, en curar con hojas de col fresca la mano de Comodina, y ya con la presencia del muchacho no pudo San Justo decir ni hacer más, y se retiró lleno de despecho á meditar una venganza por el desaire que él, portero de una logia de masones, había recibido de una ordinaria frutera.

Como Juan era el predilecto de Cecilia, no pudiendo de pronto atacarla directamente, se propuso comenzar por él, y nada le era más fácil. Los muchachos de diversas edades que hacían en el mercado los mismos oficios, le eran contrarios por envidia. El desempeñaba las comisiones de confianza, pues le fiaban dinero, tenía más ocupación que ellos y ganaba más, y D. Pedro Martín de Olañeta, lo protegía, pues no quería que nadie le llevase la fruta á su casa. Esto era bastante, y el administrador supo fomentar estas ruines pasiones, y no había día en que Juan no tuviese un altercado con alguno de ellos, y frecuentemente salían de la plaza y se agarraban en la calle á los pescozones, pero aunque fuesen tres ó cuatro los que lo atacasen como montoneros y cobardes, salía vencedor, porque era más agil, más fuerte y de más edad. Como último recurso se iban á quejar con Cecilia, que los echaba á pasear, y con el administrador que llamaba á Juan, lo llenaba de desvergüenzas y

lo multaba en dos ó tres reales, sisándole así la mitad de lo que ganaba diariamente. Cecilia conocía de donde venía esto, mas no por eso se mostraba más dispuesta á acceder á las pretensiones amorosas de San Justo.

Un día Juan iba cargando en su cabeza una gran canasta llena de fruta, y de la mano que le quedaba libre colgaba otro canasto con uvas y ciruelas de España que eran raras y exquisitas. D. Pedro Martín de Olañeta iba delante. Fatigado Juan, pidió auxilio á uno de los muchachos sus compañeros, que le seguían, instando al abogado para que les diera cuartilla ó medio, lo que hacía frecuentemente para quitárselos de encima. En un descuido, ocultaron un melón sin que Juan lo advirtiese sino cuando llegó á la casa. El abogado, que deliraba por los buenos melones, regañó á Juan duramente.

De vuelta al mercado, Juan agarró á los trompones al muchacho que sospechaba se lo había robado, de esto originó gran tumulto en la plaza; Cecilia tomó parte en favor de su protegido, las otras placeras por el ladronzuelo, voces, injurias y poco faltó para que las mujeres vienesen á las manos y se arrancaran los cabellos. La bola toda, vociferando, arrebatándose las palabras, fué á dar al despacho del administrador. Juan fué acusado de ladrón. El muchacho que le había escamoteado el melón, lo acusaba también de haberle robado de la bolsa, cuatro reales y medio y cuartilla. Juan protestó, lloró, pateó é imploró el testimonio de Cecilia y de cuantos le conocían, pero no hubo remedio, y la fatalidad, que perseguía á Juan, no lo dejó en esta vez. El administrador mandó que lo registrasen, y resultó que tenía en el bolsillo cuatro reales y medio y cuartilla. No había duda, la acusación resultaba comprobada. Juan era un ladrón.

CAPÍTULO XXIII

Ladrón ratero

CUANDO sacaron del bolsillo á Juan los cuatro reales y medio y cuartilla, él mismo dudó un momento de su honradez y pensó que tal vez había robado ó que lo abandonaba esa Providencia que él mismo había forjado en su primitiva, en su ruda conciencia. Cecilia misma dudó también, y se lo quedó mirando con una especie de lástima. Lo que impresionó á Juan de una manera horrible, fué la idea de que Cecilia lo creyese culpable. Instintivamente conocía que era su único apoyo en el mundo, y que si lo perdía, no tendría á quien acudir en lo humano. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y limpiándose los con el revés de la mano, y haciendo despues la señal de la cruz se volvió á Cecilia, y con un acento de verdad y de firmeza que impresionó momentáneamente al mismo San Justo, le dijo:

—D.^a Cecilia, por esta santa cruz, le juro que yo no me he robado nada, el dinero que estaba en mi bolsa era mío, lo gané ayer; el Licenciado me dió una peseta; el otro señor que es del palacio, otra peseta, y medio y cuartilla, la cocinera de la calle de San Bernardo, á la que llevé los quesos y la mantequilla como cada semana.

Cecilia comprendió en el acto la verdad, y volviendo de la duda que por un momento había tenido, le respondió:

—Sí, Marcos, te creo, no hay necesidad de que lo jures, eres hombre de bien; y no tienen estos señores más que ir á las casas y preguntar si es verdad lo que dices. Es una casualidad que tuvieras en la bolsa la misma cantidad.

—Buenos estábamos para andar ahora averiguando y metiéndonos en cosas ajenas por un pillastre como este, —contestó San Justo,—ya mando llamar al regidor y él determinará.

El regidor, que era nada menos que nuestro antiguo amigo el Lic. Lamparilla, llegó en efecto á pocos momentos, le contaron el caso agravándolo cuanto pudieron. Cecilia defendió al muchacho, juró, se exaltó, pero los demás testigos declararon en contra.

—¡Eh! silencio,—dijo el Lic. Lamparilla,—yo no permito que nadie me falte. Usted por insolente,—le dijo á Cecilia,—debería ir ocho días á la cárcel, pero no quiero perjudicarla, pagará solamente cinco pesos de multa, y este bribón, además de ser un ladrón, es también mal criado y enredador, que vaya al hospicio, y muy recomendado para que lo traten como merece.

¡Qué lejos estaba Lamparilla de pensar que acababa de sentenciar al muchacho que se robó la bruja para obtener la curación de D.^a Pascuala! Satisfecho con ese acto

de energía, dió la vuelta para marcharse, y en voz baja dijo al administrador:

—No se olviden los quesos y las mantequillas, y mande usted alguna buena fruta del puesto de Cecilia. Ya sabe usted que en punto de las tres se come en casa.

—La plaza toda mandaríá á usted por haberme quitado ese pillastre que me tenía la plaza revuelta, y multado á esa Cecilia que cada día está más sobre sí, quizá porque tiene perlas y corales en el cuello.

—Hombre, tenga usted mundo,—le dijo Lamparilla,— todos tenemos nuestros defectos. Sobrellévela usted, dispénsele la multa de mi orden, con tal que nos mande la mejor fruta. Si algo se ofrece, á las dos de la tarde saldré del cabildo. Tenemos asunto grave hoy, se quiere quitar esta plaza de aquí y trasladarla al Puente de la Leña. Esto se convertirá en un salón de cristal para bailes y conciertos. Es negocio que puede producir. Ya haremos que en el nuevo mercado sea usted administrador, porque al propietario se le ha subido el reumatismo al corazón, es una endo-pericarditis; usted no entiende de eso, pero es igual, ruéguele usted á Dios que se acabe de morir, que al fin todos somos mortales.

—Así lo haré aunque malo, Sr. Licenciado.

Lamparilla se deslizó entre la multitud de indios, de cocineras y de mozos que llenaban el mercado, los guardas despejaron la gente que se había reunido y que se retiraba diciendo:

—Nada... cualquier cosa, lo de todos los días, un muchacho ladrón que han agarrado.

Cecilia se retiró á su puesto colérica y apesadumbreada, y Marcos, ó mejor dicho nuestro pobre Juan fué sacado de una oreja, por un aguilita y conducido á punta-

piés al hospicio, no sin ser seguido de algunos muchachos que se burlaban, y de cocineras y criadas que decían:

—¡Qué lástima, tan joven, no mal parecido, tan fuerte que podía trabajar y ya ladrón. Donde vamos á dar, el Señor del Buen Despacho nos favorezca, ya no se puede andar en la calle, ni el rebozo está seguro.

Que mal que bien, cayendo y levantando por los empujones que le daban, pues su sangre hervía, y la injusticia que con él se cometía lo sublevaba, y de consiguiente resistía y quería como escaparse, Juan llegó hasta un gran edificio, é introducido á un cuarto bajo pintado de cal donde había unas cuantas sillas desfondadas, un estante, una mesa sucia con un juego de tintero y marmajera de plomo, llena de papeles de todos tamaños en desorden. Allí despachaba un viejo con calva, canas, y gafas verdes que era el director, el encargado, el dictador absoluto de este antiguo establecimiento de caridad.

—¿Otro tenemos?—dijo quitándose las gafas y limpiándose las manos luego que vió entrar al policía que no soltaba la oreja de Juan,—pues si así vamos, no habrá ya en los últimos días del mes modo de dar de comer á toda esta canalla de muchachos. Las semillas han encarecido, el ayuntamiento no quiere dar dinero, y van dos semanas que no se piden pobres del hospicio para los entierros. ¿Veamos cuántos?

Estas quejas las dirigía á su escribiente, sentado en la cabecera de la mesa con su pluma en la oreja y temblando de frío, pues le entraba un chiflón á sus espaldas que cubrían una ligera y vieja chaqueta de lienzo.

—Plutarco López,—contestó el escribiente leyendo un apunte que tenía en la carpeta.

—¿Y por qué?—preguntó el director.

—Por que tiró á su madre el jarro de alote en la cabeza. Gutberto.

—Cut qué...

—Cuiberto Melquiades, por vago y mal entretenido; Sotero García, porque al ayudar la misa se robó las vijnajeras en el curato de la Soledad de Santa Cruz; Homobono Pajarito, porque bolseaba en el portal y sacaba relojes y pañuelos; Eustaquio Buitrón, porque le tiró un cohete á su padrastro y le quemó las nalgas.

—¡Caramba!—interrumpió el director,—¿cuántos en la semana?

—Veintidós,—respondió el escribiente,—mandados unos por el Sr. Gobernador, otros por los regidores y uno por el cura de la Soledad.

—¿Pero el cura no manda en el hospicio?

—Mandó decir que era amigo de usted, y un recado y una canastita con unas brevas que escurren miel y que son de las higueras del curato.

—¡Ah! vaya no me acordaba, es un santo hombre, y muy amigo mío, en efecto.

—¿Y tú como te llamas?—continuó volviéndose así donde estaba Juan, y el policía que habían permanecido en pié, larga media hora en un rincón del cuarto.

—Marcos,—respondió el muchacho.

—¿Marcos qué?...

—Marcos nada...—volvió á decir.

—¿No tienes apellido; naciste de las yerbas?

—Peor que eso,—murmuró Juan, bajando la cabeza.

—¿Por qué traen á este vigardón aquí?—gruñó el funcionario,—con tantos lomos para trabajar, mejor estaría de soldado.

—Lo envía su señoría el Lic. Lamparilla, regidor de mercados, por ladrón de la plaza, nadie estaba seguro, á todas las cocineras las bolseaba, y se robaba hasta las sandías y los melones.

—¡Mentira, Mentira!—gritó Juan colérico.

—Calle el deslenguado,—le dijo el escribiente.

—Ya, ya le bajaremos esos humos, échelo en el patio, y á la tarde que se le encierre en el cuarto oscuro. A los ocho días estará como una sedita. Apunte usted todo en el libro, y acábeme las cuentas que tenemos tres meses de atraso, y el día menos pensado, nos cae la visita del Licenciado Lamparilla.

—Si nunca viene,—le respondió el escribiente,—y cuando viene, sólo se ocupa de las muchachas, y ya hay algunas que de veras se van poniendo bonitas.

—La juventud, la juventud, y ya no es muy joven Lamparilla, ya los viejos no pensamos en eso,—dijo el director, levantándose y volviendo á limpiar sus gafas; —me voy á ver á mi compadre el administrador propietario del mercado que dicen lo han desahuciado los médicos. Que encierren de una vez á este pilluelo que nos está mirando con unos ojos... ya verás como en esta casa de caridad en menos de tres meses te vuelves todo un hombre de bien.

El administrador salió, el escribiente llamó á dos de los muchachos más grandes que habían estado escuchando en la puerta, y les dijo:

—Lleven al cuarto oscuro á este zaragate, cierran la puerta, traen la llave y la cuelgan en el clavo.

En el despacho de que hemos hablado, había en efecto clavados en la pared, percheros para los sombreros y llaveros con llaves y candados de todos tamaños, un ca-

lendario tendido y una antigua copia de varios artículos del reglamento del hospicio.

Juan fué llevado á una especie de pasadizo ó callejuela que estaba al extremo opuesto del patio. Abrieron una puerta pesada de cedro, y de un empujón, lo introdujeron en un antro oscuro. Tanto había pasado á Juan puede decirse en pocas horas, y tan rápido fué el cambio de su vida, que quedó anonadado, estúpido en aquella oscuridad completa, en el lugar donde materialmente lo habían tirado como se tira un palo podrido ó un mueble inservible. Poco á poco sus ojos se acostumbraron á la oscuridad y pudo reconocer su prisión. El suelo estaba sembrado de apestosas basuras, el moho y el salitre subían hasta la mitad de las paredes, el techo de buenas y gruesas vigas de cedro cubiertas de telarañas, los ratones se paseaban confiados ó asomaban sus cabecitas pulidas é inteligentes por los agujeros. En un rincón unos petates viejos y una frasada sucia olvidada por alguno de los que le habían precedido en el cuarto oscuro, eran el mullido lecho.

Juan, al fin se tapó con la frasada porque la atmósfera húmeda y pegagosa le había entumido el cuerpo, y se recostó en los petates. Al cabo de algunas horas, la oscuridad más densa y el silencio de los patios, le hicieron reconocer que era ya de noche. Nadie que se acercase á la puerta; nadie que le llevase de comer, estaba completamente olvidado y sepultado en vida.

Fué hasta la tarde del día siguiente, cuando el director que le hacía diversas preguntas á su escribiente relativas al servicio del establecimiento, trató de indagar lo que había sucedido con Juan, si resistió el castigo ó entró dócilmente, y se fijó en una llave muy grande y mohosa

colgada y con una larga correa que la distinguía de las demás.

—¿Qué dice el nuevo ladronzuelo?—dijo dirigiéndose al escribiente.

—¡Canario!—interrumpió éste, dando un salto de su silla y dirigiéndose á coger la llave.—La verdad, se me había olvidado el muchacho ese, como la primera camisa.

—¿Y no le han dado nada de comer?

El escribiente titubeó.

—Tal vez se habrá muerto, va á hacer dos días que entró; ¡qué sería de mí si se supiera que se había muerto de hambre! Es un olvido imperdonable, que puede costarle á usted el destino.

—No haya cuidado, el muchacho estaba gordo y fuerte.

—Vamos, vamos,—repuso el director, y descolgando la dichosa llave del clavo, se dirigieron los dos al cuarto oscuro.

Juan desesperado de hambre, había gritado, golpeado la puerta con cuanta fuerza pudo, pero todo en vano, los muchachos que lo oían se reían de él, le hacían burla y á su vez tocaban por fuera la puerta. Estaban acostumbrados á oír los llantos, lamentaciones y ruido de los castigados y habían concluido por echarlo á la broma.

Cuando el director y su escribiente entraron, encendiendo un cerillo, encontraron á Juan envuelto en la frasa desmayado.

—¡Se murió! ¡se murió! no hay remedio,—dijo el administrador,—es necesario fraguar una mentira, decir algo.

—No, no, está caliente, respira, una taza de caldo y

una copa de licor lo hará volver en sí, lo que tiene es hambre y nada mas, voy yo mismo.

En efecto, á poco volvió con una taza de hoja de lata con un caldo grasoso y aguado, y una copa de mistela de anís que tomó de una botella que tenía encerrada en el estante (uso particular), y de la cual echaba buenos lapsos cuando el director estaba ausente, que era lo más del día. Entre los dos, abrieron la boca al muchacho, le hicieron beber el caldo y el licor, y á medida que su estómago recibía el alimento, sus ojos se abrían y se reclinaba en uno de sus brazos.

—Vaya, duerme por ahora,—le dijeron,—de aquí á poco te traerán tu comida, y mañana saldrás del cuarto oscuro (1), pero ya te acordarás de este cuarto y no volverás á robar en tu vida.

A las doce llevaron á Juan un arroz aguado y sin sal, un pedazo de carne de cerdo y unos frijoles parraleños parados y duros; y esta detestable comida la devoró con delirio, y le supo mejor que los sabrosos almuerzos de Cecilia. Se acostó después, y durmió hasta las seis, en que el escribiente mismo le abrió la puerta. Silencioso, macilento y triste, salió lentamente del antro infecto y se sentó como quien ha perdido el interés por la vida, debajo de uno de los frondosos fresnos del patio principal.

(1) El castigo del cuarto oscuro, más ó menos sucio y lóbrego, se usó hasta hace poco en los colegios. Esto ha cesado con la abolición del internado.

CAPÍTULO XXIV

El Hospicio de pobres

EN los siglos que duró la dominación española, en el Nuevo Mundo, no había ni remotas ideas de caminos de fierro, de puentes colgantes, de telégrafos, de teléfonos y de tantos otros maravillosos descubrimientos, que creemos, porque no podemos negarnos á la evidencia, pero en esas edades habrían pasado por brujerías, y los sabios, de seguro, habrían tenido necesidad de hacer pacto con el diablo, y traducidos delante del temible tribunal de la Inquisición, hubiesen encontrado la corona de su talento en los martirios y en las hogueras. Las tendencias y las luchas de esos tiempos eran la religión. Protestantes y católicos disidentes, y apostólicos romanos intransigentes, hé aquí los personajes y las ideas dominantes.

Prohibida en la Nueva España la entrada de personas y de libros extranjeros, dominada la sociedad por la in-

fluencia eclesiástica, las doctrinas católico-romanas se conservaron años y años, no sólo puras y genuinas como nacieron en Jerusalén, sino acompañadas del cortejo de milagros, tradiciones y apariciones que se consideraban como artículos de fe. Como es evidente que cualesquiera que sean los defectos é inverosimilitudes que se saquen á luz por los libre pensadores y enemigos del catolicismo, la religión de Jesús, tiene por base la caridad; así los habitantes de la colonia hispano-mexicana, la ejercían según sus medios, y de aquí la construcción de templos magníficos y de establecimientos de beneficencia que aún subsisten y se ven en la ciudad de México, como comprobantes de la historia de esos siglos. Si hubiesen entonces llegado las ciencias al estado en que hoy se encuentran, es casi cierto que la Nueva-España habría sido dotada antes que la metrópoli misma de cuanto hoy ha mejorado las comodidades de la vida, la facilidad del comercio, y las relaciones mutuas de los pueblos de la tierra.

Entre las fundaciones benéficas de la capital, se cuenta el Hospicio de pobres.

No queremos hacer perder á los lectores con serios y pretenciosos renglones el poco ó mucho interés que hayan concebido por los personajes, que al natural y tales cuales son, les vamos presentando, así enviaremos á los que quieran saber la historia del hospicio á la biblioteca, donde encontrarán para su edificación diversás obras que les darán cuantas noticias quieran sobre los conventos, colegios y establecimientos de beneficencia que hubo y hay todavía en la gran Tenoxtitlan.

Juan, que sufrió una agonía de hambre, que durante dos días estuvo en la oscuridad y respirando una atmós-

fera húmeda y viciada, sintió que el aire sano y libre que circulaba en el espacioso patio, le volvía la fuerza y la vida. A la copa de los altos y frondosos fresnos que hay en cada ángulo, venían bandadas de tordos y de gorriónes, que sacudían sus alas húmedas con la llovizna matinal, hacían sus evoluciones volando á las cornisas de las azoteas ó bajando rápidos al patio á recoger los insectos y partículas pequeñas, y volvían á descansar entre las ramas. Cosa de ochenta ó cien muchachos, jugando unos, platicando otros, corriendo aquí y allá animaban el cuadro que iluminaba un cielo azul y un sol espléndido.

La fisonomía resignada y sangrienta de Tules, la cara descarnada de Nastasita y las mejillas coloradas y el ancho pecho lleno de perlas y corales de Cecilia, se presentaron á la imaginación de Juan, y le parecía que esas fantasmas salían de debajo de los fresnos que atravesaban la turba de muchachos que con sus vestidos sombríos, parecían una clase singular de animales que poblaban el patio que le parecía inmenso, pero por donde quiera, veía el estrecho callejón y el cuarto oscuro. Esta visión, lo tenía inmóvil y pensativo, como si su alma hubiese ido á otra parte dejando á su cuerpo inerte, abandonado y frío en el lugar donde se había sentado.

Uno de los mozos ó dependientes encargados de cuidar el orden y gobernar á los muchachos, lo sacó de esa extraña contemplación, dándole un fuerte apretón en el brazo.

—Ven á dejar ese vestido y á ponerte la ropa de la casa.

Juan tenía un pantalón de lona ó algo parecido; su camisa de algodón, una especie de blusa, un zarape chico al hombro, y en la mano todavía sus ayates y pe-

dazos de cotence que no había abandonado. La ropería ocupaba una galería oscura y clavados al derredor de la pared percheros de donde pendían piezas diversas de ropa de color indefinible, viejas y remendadas unas, y otras en mejor estado de uso, que servían para vestir á los que se alquilaban para asistir á los entierros. Juan regresó al patio con el uniforme de la casa y se mezcló con la bulli-ciosa turba de los muchachos, mugrientos, con los cabellos espesos y enmarañados, rascándose la cabeza y el cuerpo y matando á veces entre las uñas al asqueroso insecto que vive de la sangre del hombre, único en su especie en la clasificación natural. Trataron de indagar su vida y mila-gros; le hicieron mil preguntas. Juan se limitó á negar el delito de robo de que era acusado y no les dijo más. Al toque de una campana la banda dispersa, se reunió y se precipitó en tropel á la puerta del comedor empujándose y atropellándose. El dependiente les gritaba que entrasen en orden y les distribuía quartazos con una correa de cuero. Tomaron asiento en unos bancos delante de una mesa larguísima y angosta llena de manchas de grasa y de cortaduras. Una escudilla de metal casi negra con caldo aguado, en cuyo fondo había algún arroz y garban-zos, un pedazo de carne y un troncho de col; después un plato de hojadelata con frijoles y una torta de pan, no sólo frío sino hasta duro, y unos vasos ó jarros con agua barrosa y tibia y acabó la comida en menos de un cuar-to de hora. La cena á las siete no era mejor, hasta las ocho y media en el patio; á las nueve al dormitorio en unos catres de fierro, quebrándose, un jergón de hojas de maíz y unas sábanas de algodón, más negras que blan-cas. ¡Cuánto extrañaba Juan su cobertizo del mercado y los almuerzos de Cecilia!

El primer mes, como Juan fué recomendado, es decir, con la orden de Lamparilla para que se le castigase, lo dedicaron al acarreo de piedras de cantería y de tezontle, para surtir á los albañiles que reparaban una pared que se había desplomado en los departamentos interiores; después ya no se le hizo caso y entró al trabajo y ocupaciones de los demás. Rehusó absolutamente dedicarse á la carpintería, pues le recordaba á su maestro Evaristo, pero se aficionó á la escuela y á la cocina, y pronto supo leer mal, escribir en grueso y ayudar á lavar los trastes y guisar las detestables sopas, el mole de pecho y los frijoles, que eran los platos favoritos, variándose los jueves y los domingos, en que, según afirmaba el director, era un verdadero banquete, porque á la frugal comida, se añadía una manzana ó una naranja y una poca de miel.

Uno de los domingos, Cecilia dejó á sus dos sirvientas en el puesto, y dió un brinco al hospicio. Llevó á Juan ropa blanca, fruta, pan y dulces. Nada le agradó tanto, como ver á la misma Cecilia, le tomó las manos, se las besó y no se cansaba de mirarla. La buena mujer aseguró al escribiente, y cuantos la quisieron oír, que Juan era honrado y víctima de la saña del Administrador del mercado, motivada únicamente porque ella, mujer honrada, que se mantenía de su trabajo, y que no necesitaba de nadie, no le había querido corresponder. Cecilia contaba el cuento á todo el mundo, y hablaba pestes de San Justo, que no dejaba de tenerle su pedazo de miedo. Estos informes, la protección de la frutera y la afección del maestro de escuela, por su aplicación y buena conducta, mejoraron mucho su posición y llegó á tener cierto mando y ser persona importante en el hos-

picio; no se trataba sino de encontrar un empeño cerca Lamparilla, para que saliese libre á trabajar. Cecilia ofreció ocuparse de ello, y el maestro de escuela prometió hablar á un primo del escribiente del Lic. Lamparilla; pero el caso fué que acabó el año, y nuestro licenciado, no habiendo sido reelecto, salió del Ayuntamiento y Juan continuó en el hospicio, pero contento porque había podido, con los auxilios de Cecilia, mejorar las condiciones de su vida. La fatalidad que lo perseguía, hizo cambiar de aspecto las cosas.

Entre las comisiones que el escribiente le daba unas veces y el director personalmente otras, era la de ir cada mes á traer de la tienda las semillas para abastecer la despensa. Muchas veces, como era alto y fuerte, traía cargado un tercio de habas ó de garbanzos. El día primero de un mes, el director lo llamó, y quitándose y poniéndose y limpiando las gafas verdes como tenía de costumbre, le dió una larga lista y una carta y lo despachó á la acreditada tienda *La Flor de Bilbao*, situada en la calle de la Merced. Un montañés con una cara de Pascua, chaparro, casi cuadrado, con unos gruesos dedos que parecían plátanos guineos, oliendo á azafrán y á cominos, lo recibió, tomó la lista, abrió la carta y la leyó.

—Dile á tu patrón, que ya nos deben cerca de mil pesos, que no le puedo fiar más y que este será el último mes que mande las menestras. ¡Eh! holgazanes, á despachar pronto esta memoria, y ya saben cómo. El montañés se metió á la trastienda á hacer sus apuntes, y dos montañesitos rollizos empezaron á remover la tienda.

—Arroz, un tercio, no de ese, que es escogido para la casa del conde de Santiago, del quebrado que está en la bodega.

El cargador de la tienda, que estaba en la puerta y que acudió á una señal de uno de los dependientes, volvió con un tercio de arroz, amarillento, quebrado y mezclado de partículas negras, desecho innegable del estómago de los ratones.

—Frijol otro tercio.

—Oye,—le dijo al cargador,—ya sabes tú también, en el rincón, junto á la puerta está ese frijol, que en mala hora lo compramos á un arriero de Pachuca. Las cocineras dicen que no se puede cocer. Tráete dos tercios.

—Azúcar seis arrobas.

—De la más prieta; de esa, de esa.

El cargador trajo los dos tercios del frijol y bajó del tapanco seis pilones de azúcar, la mitad enteramente negros y todos cubiertos de suciedades de moscas.

—Aceite, vinagre, chilitos con aceitunas, sal, cominos, azafrán...

El cargador, con un cucharón de madera, sacaba de un barril, donde estaban en infusión de vinagre, chiles verdes y aceitunas negras y llenaba una olla que Juan sujetaba con las manos para que no se cayese. En una de tantas veces, el cucharón salió con dos ratones ahogados envueltos en las aceitunas. El cargador los cogió por la cola los tiró á la calle y siguió llenando la vasija.

—Pero esto no puede ser,—se atrevió á decir Juan á uno de los muchachos.

—Que te metez á dezir aquí, ni que te importa, ya sabes que es pa el hospicio, que nunca paga, y se le da lo mejor.

—¿Qué dice ese tunante?—gritó el principal desde la trastienda.

—¿Qui ha de decir? que reclama por dos ratones que estaban con los chilitos.

—¿No es más que eso? ya habrá algunos más en el barril y ningún marchante se queja, pero escúchame,—continuó diciendo al salir de la trastienda,—el día que te metas en lo que no te importa, te daré una buena merceda; no volverás á poner un pié en la tienda y se lo avisaré al administrador. Toma, y come algo mientras los cargadores acaban. Le tiró una peseta en el mostrada, una rebanada de queso añejo y una rueda de salchichon duro.

Juan se acordó del cuarto oscuro, tomó la peseta y se comió con apetito el queso y el salchichón. Uno de los dependientes le presentó un vasito con anisado.

Los cargadores al arreglar y amarrar los costales separaron en sus mantas y ayates puñados de arroz, de frijoles, de habas, de todo lo que iban á conducir.

—Ya tragaste con buen apetito,—continuó el dueño ó jefe de *La Flor de Bilbao*,—no te vayas á acercar á tus amos, porque te olerán á aguardiente y tendrás cuando menos algunos cuartosos, oye bien lo que te voy á decir. Esta adovera de queso, la llevas á la casa del director y la entregas á la señora, y lo demás á la casa del secretario. Un cargador te acompañará y los otros irán despacio y te esperarán en la puerta, para que hagas la entrega. Toma tu lista.

El convoy, compuesto de cinco cargadores, se puso en camino, los unos para el hospicio, y Juan con el último que iba cargado de tompeates y botellas y de cuanto es necesario para surtir bien una despensa, se encaminó á las casas indicadas, hizo bien su comisión y entró por fin al gran patio del hospicio, seguido de sus cargadores, que

los muchachos veían con un placer indecible, pues les llevaban nada menos que el material para la subsistencia. Antes de guardarse en el lugar donde debían quedar para el consumo diario, la que fungía de despensera separó buenas porciones de las semillas, sus correspondientes chilitos en infusión de ratones, la cocinera hizo lo mismo y las galopinas otro tanto, en resumen, la compra antes de destinarse á los pobres del hospicio había menguado en más de una tercera parte. Juan abría tantos ojos, pero callaba acordándose del cuarto oscuro.

Otro día, porque faltó á la hora de costumbre la carne por enfermedad de la mula vieja que la conducía, enviaron á Juan á una *tabla de carnicería* de la calle del Rastro.

—No se te olvide echar cuantos huesos puedas,—le dijo el carnicero á su *partidor*,—y dale á este muchacho el medio carnero que se está ya apestando, al fin es para el hospicio.

Esos muchachos que la mayor parte son ladrones y maletas, comen hasta petates de muerto.

El carnicero tiró á Juan una peseta y le dijo:

—Cuidado con decir nada. Si hablas le diré al director que me querías robar un costillar. ¡Cuidado!

Juan se acordó del cuarto oscuro y no chistó una palabra. La carne llegó al establecimiento de caridad, dañada y con la mitad de su peso. A los dos días, más de veinte muchachos se quejaban de retortijones en el estómago. El médico dijo que era por el cambio de la estación y les mandó un sudorífico, al otro día amanecieron peor. Dos murieron á los ocho días, y el médico dijo que habían sido intermitentes ocasionadas por un charco de agua hedionda y por la humedad de los fresnos

que hemos ya dicho alegraban el espacioso patio, esparcían su benéfico oxígeno, daban sombra á los muchachos y servían de descanso y mansión á las parleras bandadas de tordos y de gorriones. Hubo serios proyectos para convertir los frondosos árboles en leña. Quedaron en pié porque el cabildo hasta al cabo de dos años no comenzó á ocuparse del negocio.

Nada irritaba tanto á Juan como que le llamaran ladrón; por un sentimiento interno de que no podía darse cuenta odiaba todo el que por cualquier título se apropiaba algo, y los tenderos, carniceros, cocineras y dependientes que vendían lo peor y de eso se tomaban una parte ocasionándose por esto la mala y escasa comida que se daba á los pobres muchachos, los consideraba como verdaderos ladrones. Esta buena cualidad era sin duda una herencia de su abuelo. El conde del Sauz, calavera, déspota, esquivo y poco amoroso de su familia era, sin embargo, de una honradez hasta exagerada. Pagaba á sus criados y sirvientes lo justo, su palabra equivalía á una escritura y en los pleitos judiciales que tenía con motivo á las negociaciones de minas, prefería trazar y perder el dinero cuando creía, no obstante el consejo de sus abogados, que perjudicaba á la parte contraria.

Una mañana á la hora del juego, por cualquier cosa Juan disputó con dos ó tres de sus compañeros, llegaron á las manos, y como era fuerte y diestro los castigó á su sabor. Ellos en desquite le gritaron ladrón, ladrón tú nos *puedes* porque tienes fuerzas de ladrón.

—Los ladrones son los que les roban á ustedes y á mí los garbanzos, las habas y la carne. Callen la boca, porque ahora no ha sido más que un juego, pero si me insultan será de veras.

Esta cuestión, que sin los antecedentes que se han referido no hubiera tenido consecuencias, llegó exagerada á los oídos del escribiente y de D. Epifanio, que así se llamaba el director, y el domingo en vez de dar á Juan licencia para salir á la calle ó subir á la azotea, lo encerraron otra vez en el cuarto oscuro, y aunque le dieron de comer, no salió sino el lunes, que compareció ante el temible tribunal formado por el director, el escribiente y la cocinera.

—Con que te has dejado decir bribón,—le dijo D. Epifanio con voz que procuró tuviese un tono terrible,—que todos somos ladrones aquí, y que quitamos el sustento á los pobres muchachos. ¿Has dicho esto?

Juan aterrado y pensando que lo podían condenar á morir de hambre en el cuarto oscuro, quiso arrodillarse ante D. Epifanio y cogiéndole una mano le dijo:

—Es mentira, yo no he dicho nada, pero máteme usted mejor que no condenarme á morir en ese cuarto oscuro, yo no volveré á entrar en él, me defenderé, me matarán antes que entrar otra vez... yo he visto cosas que le podré contar si me quedo solo con usted.

—Es peligroso que este pícaro se quede solo con usted señor director,—se apresuró á decir el escribiente.

—¡Bah! no faltaba más, sino que un militar retirado que ha hecho la guerra de la independencia le tuviese miedo á un muchacho,—respondió el director, limpiando sus gafas verdes.—¡Eh! váyanse y dejen que hable con él.

—Es que no es un muchacho, sino un hombrón y fuerte,—insistió el escribiente.

—No importa.

El escribiente, un ayudante, unos mozos y los mucha-

chos que escuchaban en la puerta se retiraron, y Juan quedó solo con el jefe del célebre establecimiento de caridad.

—Vamos, pronto que tengo mucho que hacer y visitar á mi compadre que está todavía muy malo, ¿qué tienes que decir? habla, pero la pura verdad aunque sea en mi contra, no tengas miedo, te prometo que no se te volverá á encerrar en el cuarto oscuro.

Juan, tranquilo con el buen modo con que le hablaba el director, le contó minuciosamente cuanto pasaba en la tienda, en la cocina, en la despensa, en la carnicería, y como también le mandaban al escribiente un surtido de lo mejor para su despensa.

D. Epifanio se quedó con la boca abierta, y en vez de limpiar las gafas verdes las dejó caer en el suelo, Juan se apresuró á levantarlas y se las dió.

—¿Conque es cierto cuanto has dicho, no has mentido por salvarte, por disculparte?

—No, señor, es la verdad y lo juro por la alma de doña Tules.

—¿Quién es D.^a Tules, qué tiene que ver en esto doña Tules?

Juan se puso descolorido y tembló de que se le hubiese escapado una palabra imprudente, pero se repuso inmediatamente.

—Es la verdad, sin quitar ni poner nada,—contestó; —D.^a Tules era una buena ama que tuve antes de ir de mozo de mandados al mercado.

—Bien, y serías capaz de decir ante cualquier persona lo que me acabas de contar. Reflexiónalo bien. Ya sabes que á los calumniadores se les castiga severamente.

—Si usted me ayuda y me defiende sí lo diré, delante

de todo el mundo. Eso fué lo que grité en el patio: que otros eran los ladrones y yo no.

D. Epifanio, el administrador ó director del hospicio, como le hemos llamado para no confundir'lo con el de la Plaza del mercado, era un antiguo militar que asistió á las peripecias y combates de la guerra de independencia en la primera época, perfectamente honrado, de pocos alcances, pero en una palabra, buen hombre. Como le pagaban con retraso su pensión de retirado, encontró medio de que sus compañeros de armas, que ya eran generales, mientras él se había quedado de coronel, se interesaran y por su recomendación lo colocase el ayuntamiento de administrador del Hospicio de Pobres. Poco entendía de cosas administrativas, no tenía energía para hacer entrar en orden á la turba de muchachos malcriados y viciosos que, no pudiendo sufrirlos en sus casas, ni siendo buenos para maldita la cosa, ingresaban ya por un motivo, ya por otro, al establecimiento; jamás veía papeles ni cuentas, se entregaba á la dirección del escribiente, y en cuanto podía se marchaba á la casa de su compadre el administrador del mercado, con quien jugaba malilla ó platicaba de sus campañas. La revelación que le hizo Juan lo dejó estupefacto. Dos años hacía que desempeñaba el empleo é ignoraba lo que pasaba. Aseguró á Juan que ningún mal se le ocasionaría, y lo despachó al patio. Su primer movimiento fué tomar su sombrero y dirigirse á la municipalidad á denunciar los desmanes y robos, pero reflexionó que el primer destituido sería él, como responsable que no podría disculpar su falta de cuidado. Llamó al escribiente y sin decirle cómo había adquirido datos ciertos y seguros de los abusos que se cometían, le habló claro, pero con templanza. El escri-

biente, que era liebre corrida, tenía de antemano tomadas las avenidas para cualquier evento.

—Lo que han contado á usted es exagerado, pero en el fondo es verdad; los tenderos, las cocineras y los criados siempre han sido ladrones, pero eso no se puede remediar, los echaremos y vendrán otros peores, pero usted que es el que manda determinará; en cuanto á mí es verdad que me mandan cada mes de la tienda, mi *memoria*, para surtir mi despensa; pero se las pago y no les debo ni medio partido por la mitad.

El escribiente abrió el estante, revolvió algunos papeles y concluyó por presentar las cuentas de la tienda saldadas en toda regla. Y se supone que nunca había dado el dinero, pero D. Epifanio no tuvo observaciones que hacer, recomendó que en nada se molestase á Juan, tomó su sombrero, ya más tranquilo pudo limpiar sus gafas verdes y caminó de prisa para la casa de su compadre á contarle lo ocurrido.

—Si yo me pongo mal con el tendero, que es muy honrado, y lo que pasa es obra de los dependientes, lo primero que hará será cobrarme cosa de mil quinientos pesos que le debe el hospicio; si doy parte y se arma un escándalo, el escribiente, que tiene sus dares y tomares con los masones, triunfará de mí que soy cristiano y me he rehusado á entrar en las logias; si echo á la cocinera y galopinas, mientras se encuentran otras, ¿quién les da de comer á tanta turba como mantiene la casa? Lo mejor es no hacer nada y echarle tierra al negocio. Lo que sí haré es no admitir ya la adovera de queso, no me vaya á buscar un chisme por tan poca cosa.

—Muy bien hecho, compadre; hace usted santamente; si nos quitan el empleo ya tendríamos trabajos para con-

seguir otro. Lo mismo hago yo. Entre mi escribiente y Cecilia la frutera gobiernan el mercado. Parece que el pillastre que han puesto para que me supla mientras estoy enfermo no hace otro tanto. Allá se las avenga, no conoce sin duda á Cecilia, si entra en pleito con ella ha de salir mal. Es mujer que no se deja, y es cumplida á carta cabal, primero dejaría de salir el sol que... y su fruta, compadre, es la mejor: ya le he mandado á usted algunos buenos mameyes y melones.

Las cosas del hospicio continuaron como antes, y en cuanto á las del mercado, ya veremos más adelante cómo siguieron.

No obstante las recomendaciones del director, á Juan se le quitaron las comisiones de confianza que antes desempeñaba, y se le destinó á cargar tetzóntle y piedras pesadas, pues los albañiles no tenían trazas de acabar la obra. Por la falta más insignificante los inspectores, aplicaban á Juan latigazos al entrar ó salir del comedor ó en los patios, y cuando sus compañeros se cercioraron de que había perdido su prestigio se burlaban de él y lo atormentaban de cuantas maneras les era posible. La vida se le iba haciendo insoportable. En sus noches de vela pensaba muy seriamente en fugarse y poner leguas de por medio entre él y la célebre casa de caridad de la ciudad de México.

CAPÍTULO XXV

Pepe Carrascosa

BENDITO sea Dios, que se ha muerto una persona de dinero y de gusto. A la gente ordinaria le importa muy poco que la entierren en cualquier parte. A las personas bien nacidas les gusta, cuando se mueren, que las metan en cajón forrado de terciopelo, y después en un sepulcro, con su losa de mármol, que vayan detrás muchos coches particulares ó aunque sea de alquiler, muchos dolientes, y sobre todo muchos pobres del hospicio con sus hachones de cera. Yo no sé qué le ha sucedido á México de un año á esta parte: ó no se mueren más que los pobres, ó si son de algunas proporciones se me figura que se van en pelo, en un cajón de madera de pino, sin un responso, sin pobres del hospicio, como unos herejes, sin nada; y todo esto lo debemos á los masones, que van esparciendo doctrinas y máximas que acabarán con la religión y con el hospicio. Ya me

mandó avisar Zurrandurregui, que era el último mes que me fiaba las semillas. Dios hará que esto se componga, por ahora tenemos ya treinta pobres del hospicio para el entierro de D. José María Carrascosa, y ya es algo. Hombre raro, original, según me ha contado mi compadre; pero la verdad, lo entendía: si es cierto, como dicen, que ha dejado un recuerdo para los pobres del hospicio. Si no se cogen los licenciados el legado y el resto de la testamentaria, tendremos con que pagar á Zurrandurregui sin necesidad de pedir nada al Ayuntamiento. Que no se olvide mandar á Juan, y que sea uno de los que cargue al muerto. Es muchacho fuerte; en la calle me contaron que en el último entierro, él solo cogió el cajón y lo colocó en el nicho, y que pesaba, porque el difunto era gordito.

Este edificante discurso lo pronunciaba D. Epifanio, delante de su escribiente secretario, que lo escuchaba con mucha atención.

—La limosna ha sido buena,—contestó el secretario, observando que su director se colocaba definitivamente las gafas en las narices y se había quedado con la boca abierta, como queriendo hablar.

—¿De cuánto ha sido la limosna?—continuó el director?

—De ciento veinte pesos; á razón de cuatro pesos cada pobre.

—¡Bendito sea Dios, que se murió D. José! Ya se le tendrá en cuenta en la otra vida el beneficio que ha hecho al hospicio;—volvió á decir el director.—En cuanto entre el dinero se lo lleva usted á Zurrandurregui y hace usted que nos prometa darnos las semillas; se está concluyendo el mes, y ni un peso ha vuelto á dar el Ayuntamiento.

Estaban en esta conversación, cuando entró como de rondón en el despacho un joven vestido con la elegancia de la época, sofocado, sin poder hablar, y mirando á todas partes, dijo:

—¿El administrador del hospicio?

—Servidor,—se apresuró á decir D. Epifanio inclinando la cabeza.

—¿Los pobres están listos?

—Dijeron que para las cinco de la tarde, respondió el escribiente sacando su relox, y apenas van á dar las...

—Se necesitan para las cuatro, para esas horas están convidados los coches.

Es de advertir que en México, cuando se trata de un entierro solemne, se convida más bien á los coches que á las personas. Todos los que tienen carruaje reciben una esquila firmada por uno de los parientes del difunto, suplicando que envíe su coche á tal parte y á tal hora.

—Estarán listos para las cuatro, afirmó el secretario.

—¿Cuántos?—preguntó el jóven.

—Treinta.

—¿Treinta solamente?—exclamó el petimetre;—eso no es nada, no es digno de mi tío D. José María; que se alisten todos los que haya en el hospicio. También ustedes quedan convidados, se les mandará un coche á las tres y media.

—Será V. servido, y gracias por la invitación; asistiremos, y con mucho gusto, al entierro de un hombre tan benéfico,—le contestó D. Epifanio, saludándole atentamente.

El joven se tocó el ala del sombrero que había conservado puesto en su cabeza, y salió precipitadamente.

Grande conmoción en el establecimiento de caridad. El director, su secretario y los demás dependientes se dirigieron á la galería oscura y polvienta donde estaba la ropería.

—¿De cuántos vestidos podemos disponer?—preguntó el director.

—De muchos,—le contestó su secretario,—vea usted los percheros están llenos; hay vestidos chicos, medianos, grandes y de todos tamaños.

Los dependientes comenzaron á descolgar vestidos de paño de Querétaro, de color pardo é indeciso, y á hacer paquetes para sacudirlos y repartirlos entre los muchachos, según sus edades y estatura.

—Pero estos muchachos no pueden ir así, con esas greñas que parecen zaleas de borrego prieto;—exclamó el director, un poco colérico.—¿Por qué no los han tusado, lo tengo prevenido, pero á mí no se me hace caso, lo mismo sucede con las semillas que vienen llenas de basura y de suciedades de moscas y de ratones.

—El barbero no ha querido venir; como no se le paga hace tres meses, se hace de rogar,—respondió el secretario.

—Que lo llamen en el acto.

—Imposible, no tenemos tiempo.

Juan fué el encargado por D. Epifanio de arreglar un poco las cabezas de sus compañeros. En cuanto á él quizá era el único aseado y presentable en cualquier entierro.

Metiéndose las manos para suplir el peine, mojándose en los charcos que había en el patio, cortándose otros con unas malas tijeras trozos de cabellos ya pegados sólidamente por el sudor y la mugre, las cabezas hirsutas

de esa juventud, esperanza de la patria, presentó un conjunto menos aterrador. Entraron en seguida á la ropería para vestirse más bien de puerco que de limpio y salir ya con el uniforme de la casa.

Las prendas de ropa, que á primera vista parecían nuevas, estaban en el más deplorable estado. Al sacudirlas, caían unas á pedazos, devoradas como estaban por la palomilla; otras tenían agujeros y rasgaduras, y las más, remiendos mal zurcidos y visibles á larga distancia. Se desecharon las inservibles, y con las que quedaron, se comenzaron á vestir los muchachos. Chaqueta larga, chaleco, pantalón, todo de un color parduzco, como se ha dicho. Sombrero negro de copa alta; vamos, un lujo escandaloso.

A los pantalones que venían largos á los muchachos chicos se les hacía un dobléz, se les enrollaba para dentro las piernas y se les sujetaba en la cintura lo sobrante del fundillo; los gordos reventaban la espalda de la chaqueta, y á los flacos se les daba una vuelta por el pecho sujetándola con alfileres con puntadas gordas; á los sombreros se les pasaba un cepillo grueso de botas para alisarlos y quitarles la grasa del ala; en fin, ya muy guapos, algunos con zapatos nuevos que les doblaban los dedos como á los chinos, y otros con los dedos de fuera, ó con la cubierta sola, sin la suela; formaron de dos de fondo en el patio, porque D. Epifanio, en los ratos que no jugaba malilla con su compadre, les había enseñado algo de soldados, y á las tres y media marcharon precedidos por el secretario, elegantemente vestido de luto riguroso, por esas calles de Dios, hasta la casa de donde había de salir el duelo.

D. Epifanio, vestido con su honroso uniforme militar,

con gasa negra en el brazo derecho, se presentó también en la casa mortuoria, que ciertamente, no correspondía á la pompa y lujo con que se habían dispuesto los funerales.

Era una casa de vecindad en buen estado, pintada de color de cantería con las obligadas mochetas imitando mármol. En el centro del zahuán, tapizado de cortinas negras con galón de plata, estaba colocada una tumba con dos gradas, y en la última, una caja forrada de terciopelo para colocar dentro de ella, cubriéndole la cara con un pedazo de crespón blanco, el que en vida había sido D. José María Carrascosa.

Las vecinas de las habitaciones bajas y altas estaban en el interior del patio aglomeradas, mirando azoradas y haciéndose cruces, y no pudiendo adivinar por qué al que ellas llamaban simplemente D. Pepe y que se mantenía á duras penas con las rentas de la pequeña casa de vecindad, se le hacía un entierro tan suntuoso.

Cerca del cadáver estaban los parientes de D. José María, muy contristados y con las caras que trataban de hacer largas y compungidas, y muchas otras personas de importancia y buena posición social. Las calles anchas donde desembocaba el callejón estaban llenas de carruajes particulares, de una cierta elegancia y después cuantos coches de alquiler se encontraron en los sitios y carrocerías. Los pobres del hospicio, con el elegante traje que hemos descrito, llegaron en número de sesenta, y se les distribuyeron gruesos achones de cera.

Entre tanto se organiza el fúnebre convoy, lo que no costó poco trabajo á los parientes que dirigían la ceremonia, platicaremos algo con nuestros lectores, del ilustre difunto, bien que tengan poco interés por un hombre

que dentro de pocos momentos sería para siempre encerrado en el nicho que tenía ya preparado en el cementerio.

La existencia de D. José María Carrascosa fué un misterio en México, aun para los mas curiosos é indagadores de vidas ajenas. Nadie sabía de fijo dónde había nacido; los unos lo daban por originario de Michoacan, otros afirmaban que era de la Puebla de los Ángeles, y los que más acertaban tal vez, afirmaban que había nacido en la misma ciudad de México, en una casa de la calle de la Puerta falsa de Santo Domingo. Él nunca dijo nada, ni se le pudo sacar ninguna palabra acerca de su nacimiento, de su familia, de sus relaciones y amigos. Apenas decía que tenía parientes muy lejanos á quienes no veía ni trataba y que quizá no habitaban en México. Frecuentaba únicamente el escritorio de un personaje muy rico que ese sí sabía su vida y decía que era su pariente, pero ese personaje nunca dijo nada, ó tal vez no hubo quien se lo preguntara, y el público curioso concluyó por cansarse y no hacer más indagaciones.

Carrascosa era delgado, de mediana estatura, de poco más de cuarenta años de edad. Su fisonomía era común, más bien afable, arrugaba un poco los ojos y movía con una especie de convulsión sus labios, y esto era todo. Vestía invariablemente de color mezclilla claro, un sombrero tendido de seda blanco y una esclavina de paño azul en la que andaba envuelto tanto en invierno como en verano. Vestido, sombrero y esclavina, muy viejos y lustrosos por la grasa, pero eso sí, muy rasurado, sin bigote ni perilla, el cuello de la camisa muy limpio lo mismo que sus manos, que eran blancas, bien formadas y hasta aristocráticas. Su modo de vivir era

singular. Habitaba una vivienda en la pequeña casita de vecindad de que hemos hablado, en el callejón de la Polilla, casi un barrio que en el tiempo á que nos referimos presentaba el más triste aspecto. La calle desempedrada, las casas de pobre aspecto y con fachadas sombrías, sin vidrieras en los balcones y los zahuanes con el común detrás de la puerta, el caño ensolvado y oliendo á todo, menos á esencia de rosa. La vivienda de Carrascosa tenía tres piezas, pero estaban sin un mueble, sólo allá en la recámara que alumbaba escasamente una ventana con pliegos de papel en el marco, en vez de cristales, se veía un banco de cama pintado de verde, una mesa de madera de pino, algunas sillas ordinarias y dos grandes baules de madera claveteados con tachuelas doradas. La ropa de la cama seguramente se mudaba cada seis meses, y la mesa llena de planchas redondas del sebo que chorreaba de noche de las velas que, en candeleros ordinarios de barro, alumbraban esa estancia á las horas en que Carrascosa iba á recogerse.

Se levantaba á las ocho de la mañana y se dirigía invariablemente á una barbería de la calle Puente Quebrado, donde se rasuraba y peinaba sus cabellos, que ya iban siendo ralos y escasos; de la barbería pasaba á la catedral á oír su misa, ó misas, y á cosa de las diez tomaba el rumbo de la Alcaicería, y en uno de los bodegones en cuyas puertas se ven las mesas con los cazuelones con moles y chiles rellenos, almorzaba de á real y medio, y entretenía allí el más tiempo posible. Daba sus vueltas por la Alameda, por los portales, visitaba á ese pariente rico, y á las cuatro volvía al figón, donde comía de á real y medio. En la tarde otra vez á la Alameda, cuando anochecía al café del Cazador, donde por un

real tomaba, á las ocho su chocolate con rosca de manteca y jugaba al dominó sin apostar nada; á las nueve se apoderaba de una alacena del portal y se estaba sentado, con las piernas colgando hasta las diez que se retiraba á su casa. Tertulianos del café, se arrimaban á la alacena y platicaban de política, de sandeces, de vidas ajenas. La casera, que le barría cada semana la casa, lo esperaba con una vela de sebo. Carrascosa subía, cerraba sus puertas, se acostaba en su sucia cama y dormía como un bienaventurado. El conocía á todo el mundo en México, y todo el mundo lo conocía á él, y le llamaban familiarmente Pepe Carrascosa.

Durante años pasó así su vida, muy contento y feliz. Los que le conocían aseguraban que la esclavina azul tenía veinte años, el sombrero, pasado de moda, como diez. Cuando le urgían mucho y lo fatigaban con cuestiones, decía que á él le gustaba vivir independiente y no ser esclavo de muebles ni de pinturas, ni de ropa, ni lidiar con criados y cocineras, ni pedir prestado, ni deber á nadie, ni escribir cartas, ni cuidar bienes, ni estar obligado á trabajar y á visitar y á que lo visitaran, que por eso vivía así y se mantenía con las rentas de la casita del callejón de la Polilla, que eso era lo único que tenía, pero que le bastaba y no quería más, que no pedía prestado á nadie, pero que tampoco podía prestar ni un peso porque se quedaría sin comer. Con eso se quitaba las puntas de encima y saciaba la curiosidad de los que lo molestaban.

Carrascosa no era un hombre ni tonto ni ignorante, sabía un poco francés, y tenía algunos libros guardados en el baul. Había estado en París, en Roma, en Madrid, y eso en tiempos en que eran difíciles y costosos

los viajes, y no dejaba de ser agudo y divertido en su conversación, y por eso nunca le faltaba compañía en las noches en la alacena del Portal de Mercaderes. Tenía además la manía de las curiosidades, de las antigüedades y de las alhajas, y acudía á las casas de empeño, donde lo conocían mucho, y al Montepío á las almoneadas mensuales, y á las testamentarias, y nunca dejaba de comprar un libro, una alhaja vieja, un Cristo de marfil; en fin, toda especie de *bibelots*, como se diría hoy, pero hacía estos empleos con las mayores precauciones; siempre decía que eran encargos, que él no tenía un peso, y que lo obligaban á esas compras suponiéndole inteligente. Llevaba debajo de su capa las chucherías, sin mostrarlas á nadie, y las encerraba en uno de los baules, y no se volvía á acordar de ellas.

Los parientes lejanos sospechaban que tenía mucho dinero, aunque no habían podido averiguar, por más diligencias y pasos diversos, á cuánto ascendía el capital y dónde lo tenía; sí, estaban cerciorados que no tenía hijos naturales, ni relación alguna con mujer, pues las detestaba á todas sin distinción; así, con la esperanza de heredarlo, ó por lo menos de que les dejara alguna cosa, no lo perdían de vista, y una ó dos veces por semana, ya el uno, ya el otro, se aparecían como por casualidad en la alacena del Portal, le hacían cóрте, le daban conversación, le contaban mil historias, y cuando él lo permitía le acompañaban hasta la puerta de su casa. Como de pronto nada le pedían, ni lo molestaban de otra manera, los toleraba y aun chanceaba á veces con ellos, soltaba alguna que otra palabra que les hacía entrever que serían sus herederos, con lo que se ponían muy contentos, y á excusas iban á platicar con la casera de la

calle de la Polilla, para recomendarle que cuidaran mucho á su pariente, y que si se enfermaba ó algo le sucedía fuese inmediatamente á avisarles.

Una mañana sonaron en los relojes de las iglesias las ocho, y la casera, como de costumbre, subió con una taza de hojas de naranjo, que era su desayuno, encontró la puerta cerrada y respetó su sueño, tal vez habría pasado mala noche. Las nueve, las diez, las once... nada. La casera, alarmada, espió por el agujero de la llave; silencio completo. Tocó, primero suavemente; después hasta con una piedra, lo mismo; silencio absoluto. Alarmada corrió á la casa de los parientes, que no vivían lejos, y que precisamente acababan de almorzar y estaban en charla, diciendo horrores de Pepe, criticando su avaricia y echándole en cara su egoísmo, pues jamás les había dado ni un pañuelo, ni un puro, ni un cigarro; tan miserable el hombre, que solía fumar, cuando le ofrecían un cigarrillo.

—¡Cómo! ¿qué pasa?—le preguntaron en coro y como sorprendidos.

—Que el Sr. D. José no responde. He tocado con una piedra, le he llamado á gritos, pero de modo que no lo oigan las vecinas; no sé lo que le ha sucedido.

—¡Que se ha muerto, que se ha muerto sin duda!—exclamaron en coro, llenos de alegría,—nos alegramos...

—¡Qué iniquidad!—interrumpió la casera;—el pobre del señor D. José era tan bueno; verdad que no era muy liberal, y que trabajo le costaba el darme cuatro reales cada mes.

—¿Para qué sirve un hombre así en el mundo, mujer?—le contestaron los parientes, pero no hay tiempo que perdér; vamos, quizá estará durmiendo, ni lo quiera

Dios; para la vida de mendigo que lleva, vale más que no se vuelva á levantar.

Los parientes eran tres hombres y cuatro mujeres de diversas edades, desde 25 á 55 años. Las mujeres, que siempre son piadosas, se quedaron rezando, ya por el alma de Pepe Carrascosa, que le llamaban tío, y los sobrinos varones en un brinco, como quien dice, estaban ya en la puerta misteriosa de la habitación.

Tocaron, tocaron, nada.

—¡Señor D. José! — decía la casera aplicando sus labios al ojo de la llave, — ¡aquí están sus sobrinos de usted! ¡Quizá está usted malo, pero haga un esfuerzo y ábranos la puerta!...

—¡Tío Pepe! ¡tío Pepe!... ¿qué tiene usted? responda usted. ¿Se ha muerto usted?

Tío Pepe, callado...

Silencio profundo.

La casera fué á llamar á un cerrajero y al alcalde del cuartel, la puerta cedió y toda la comitiva se hallaba delante de la cama de Pepe Carrascosa, que boca arriba con los ojos y la boca cerrados, parecía que dormía tranquilamente.

—¡Si no está muerto! — dijo uno de los parientes; — ¡qué chasco nos hemos llevado! en fin, pobre del tío Pepe, llamaremos al médico, corra usted.

La casera corrió á buscar al primer médico que encontrase en la calle ó en una botica; el otro pariente examinó con mucho cuidado á su tío, le puso un espejito rajado en la boca, que estaba colgado cerca de la ventana, le tentó las narices y lo removió.

—Perfectamente muerto, las narices frías, tieso, no resuella, vamos, el médico será inútil. ¡Pobrecito, Dios

lo haya perdonado! y usted, señor alcalde, si necesario fuese dará certificado, y por ahora, puede usted retirarse; ¡ya vé usted, cuando se sufre un golpe tan terrible como este para nosotros, es necesario dejar sentir y llorar á las gentes!

—¡Pobre D. Pepe, yo también lo he sentido mucho!— dijo el alcalde, — era buen sujeto, pero lástima que se diera tan mala vida, siendo dueño de esta casa y de casi toda la manzana, yo le servía mucho para cobrar á los inquilinos drogueros, y me hacía mis buenos regalos, no tengo de qué quejarme.

El alcalde saludó y se retiró.

Los tres parientes abrieron tantos ojos.

—¿Con que dueño de toda la manzana?—dijo uno de ellos.

—¡No se lo había dicho! y ha de tener más y más todavía, era muy rico, pero muy marrulleno. D. G*** es el único que sabrá lo que tenía.

—Veamos, si se puede encontrar algún indicio,—dijo el que tenía más confianza con el cadáver y le había tentado las narices, y ejecutando su intento lo removi6, levantándole la cabeza, y tropezaron sus dedos con algo que parecía un papel.—Aquí está, aquí está el busilis.

Mientras uno tenía la cabeza de Pepe, el otro registraba debajo de las sábanas y de la sucia almohada.

—Aquí está todo,—exclamó con un placer que no pudo disimular.

Era un paquete cerrado, con un letrero que decía: «Mi testamento,» las dos llaves de los baules y un papeletito mugroso.

—Veamos qué dice ese papel.

Desdoblaron con trabajo el papel, y decía:

«Si me enfermo, ó me muero repentinamente, que llamen al Dr. Codorniu, que le entreguen mi testamento, que coloco siempre en mi cabecera, debajo de las sábanas, que le entreguen las dos llaves. En el baul negro hay mil pesos en oro, y con este dinero se me hará un entierro decente; que no claven el cajón sino al tiempo de colocarme en el nicho; que mi testamento lo abra el mismo doctor y lo lea, antes de que me lleven al cementerio, y que se manden decir dos mil misas de á peso, por mi alma. Firmado, *José María Carrascosa.*»

Los parientes se miraron azorados.

—¿Cuánto nos habrá dejado?

—Algo, quizá todo, pronto, pronto á disponer el entierro, con eso salimos de la duda.

En esto llegó la casera con un mediquín que hacía seis meses se había recibido en la Escuela de medicina, y ya tenía cuatro ó seis visitas de á peseta, en las casas de vecindad de su barrio.

—¿Qué se ofrece? esta señora me encontró en la calle y no hubo medio de excusarme; precisamente iba yo á hacer la operación de cortarle las dos piernas á un carretero á quien le pasó el vehículo, pero tratándose de D. Pepe, á quien conocí y estimé mucho y de ustedes...

—¿No habrá esperanza? — le preguntó con tono compungido uno de los sobrinos.

—Veremos...—respondió el doctor, y se acercó al difunto, le tentó también las narices, le puso el espejito rajado, le apretó el estómago, y con tono magistral se volvió á los circunstantes.—Todas las boticas de México y el Protomedicato junto, serían inútiles. Está muerto, perfectamente muerto, ha sido un derrame al cerebro

gastro-intestinal, complicado con una *meningitis* muy avanzada, proveniente de la vida tan sumamente económica que llevaba D. Pepe. Estos casos no tienen remedio, se quedan los que están atacados de estos síntomas como unos pajaritos, parece que están durmiendo... con que...

Los parientes llevaron las manos á sus bolsillos, dieron las gracias al novel doctor, y pusieron en su mano cosa de ocho pesos, con lo que se retiró muy contento.

La casera, ayudada de unas vecinas, se ocupó de vestir á Pepe con su misma ropa vieja y sucia, con excepción de una camisa muy almidonada y limpia que encontraron sobre una silla. Uno de los parientes quedó acompañando al muerto y con el testamento en el bolsillo; otro fué á buscar al doctor Codorniu, y el tercero á correr las diligencias del entierro, y entre otras la de pedir, como hemos visto, la asistencia de cuantos muchachos tuviese el hospicio.

Poco después de las cuatro, la calle del Puente Quebrado estaba llena de coches particulares, con buenas mulas y cocheros, y lacayos con luto, pues los ricos de México que sabían que Carrascosa era avaro, miserable y maniático, pero rico, enviaron sus carruajes, y muchos iban como asistentes dentro de ellos, y otros se presentaron en la puerta de la casa mortuoria. El doctor Codorniu llegó en su coche, acompañado del pariente, subió á la oscura y fétida recámara, se enteró de lo ocurrido, tomó el pliego, que era un testamento cerrado, y conforme á las reglas de derecho, lo abrió y lo leyó para cumplir la voluntad del difunto.

Fué un momento solemne. Después de las fórmulas de estilo y declarar el testador que había vivido y mori-

ría en el seno de la Iglesia católica, apostólica y romana, decía:

«En el nombre de Dios Todopoderoso, etc.

»Mis bienes raíces consisten en veintiocho casas situadas, diez en una manzana donde habito, números tales y tales, y las restantes en las calles del Puente Quebrado, Damas, Alfaro y San Felipe Neri, y en los objetos de oro, plata, marfil y china, que están en los dos baules.

»Tengo además, doscientos mil pesos en el Banco real de Inglaterra y ciento cuarenta mil en el Banco real de Francia. Los documentos y lo demás necesario están en poder de D. G***. Él y el Dr. Codorniu son los únicos hombres honrados que he conocido en mi vida, y de los que he podido fiarme, sin que jamás hayan revelado á nadie mis secretos. Les dejo *como memoria*, solamente (porque los dos son ricos), cuarenta mil pesos á cada uno. En mi baul negro, hay mil pesos en oro. Que eso y lo demás que sea necesario se gaste en un suntuoso entierro y en comprarme un nicho á perpetuidad en el panteón.

»Declaro no tener hijos ni legítimos, ni naturales, porque he detestado á las mujeres desde que tuve una que me hizo gastar en Guanajuato veinte mil pesos y se fugó con un barretero de la mina de Rayas. Todas son por el estilo. En cuanto á los hombres, todo el que puede le pega una banderilla al que tiene dinero, y yo he vivido en la miseria, para evitar que otros tiren mi dinero y tener la vida vendida.

»Dejo todos mis bienes al Hospicio de Pobres, no perdono á los que me deben (en total doscientos pesos), y los conjuro á que paguen á mi albacea lo más pronto posible.

»A mis parientes (que yo no creo que lo sean, y si son tal vez vendrá el parentesco por nuestro padre Adán), no les dejo ni medio partido por la mitad.»

Seguían otras cláusulas poco importantes.

A los parientes al oír esta última cláusula se les aflojaron las rodillas, y por poco caen desmayados. Tuvieron que disimular, y hablaron en voz baja entre sí, dos de ellos se marcharon con cualquier pretexto á buscar un licenciado para tratar de que inmediatamente se pidiese la anulación del testamento. El otro pariente quedó haciendo de tripas corazón por *el qué dirán*. El doctor Codorniu guardó el documento en la bolsa, se acercó al cadáver, lo reconoció y meneó la cabeza con una especie de duda, pero dió las disposiciones para que se efectuase el entierro. Metieron á Pepe Carrascosa en su cajón y lo bajaron á la tumba, donde lo encontró ya el director y los numerosos pobres del hospicio.

Cuatro de los muchachos más grandes y robustos fueron designados para cargar el ataúd, Juan era más alto que los tres compañeros é hizo esa observación, pero obligado por una orden del secretario, puso el hombro y pronto el convoy fúnebre se puso en marcha pasando por las principales calles, precedido de padres con capas de terciopelo negro, acólitos con la cruz y pesados ciriales de plata maciza, y seguido de los pobres del hospicio con gruesos achones de cera y de dolientes vestidos de luto, y de unos ochenta coches entre particulares y los de alquiler. Las gentes salían á los balcones y más de doscientos curiosos siguieron la fúnebre procesión.

Juan marchaba cargando el ataúd en una posición incómoda, teniendo que hacerse pequeño, que cojear, que mal andar; en fin, ya no podía más. Al llegar á la puer-

ta del cementerio, metió el pié entre dos losas mal colocadas, se le atoró el tacón, los tres compañeros marchaban siempre, Juan hizo un esfuerzo perdió el equilibrio, y ¡paf! cayó al suelo por un lado, y casi sobre su cabeza, el cajón que contenía los restos mortales de Pepe Carrascosa. Confusión general, voces, lo primero que hizo el secretario fué buscar á Juan para darle de golpes como culpable... pero mayor confusión y un susto que hizo caer gritando misericordia á muchas mujeres que estaban cerca y que dejó fríos y como estatuas á los demás espectadores.

Pepe Carrascosa había salido de debajo del ataúd, se incorporó, se puso en pié sano y fuerte como si nunca hubiese tenido nada, y con una voz terrible como si se oyera desde la otra vida, dijo:

—¡Son mis parientes, mis parientes, los que me han querido enterrar vivo. Todo lo que han dicho lo he oído! ¡Quiero que venga, que me busquen al muchacho que me dejó caer!

Juan que vió, que oyó esto se llenó de terror, pero las últimas palabras le dieron valor para huir, se le figuró que el muerto que acababa de resucitar pedía su castigo, y que irremisiblemente sería condenado á morir de hambre en el cuarto oscuro. La multitud se apiñaba, el Dr. Codorniu, que desde que reconoció á Carrascosa sospechó que no estaba muerto, acudió en su auxilio, se oían voces, comentarios, lloros de niños, la mayor parte de los pobres del hospicio tiraron las achas de cera y corrieron presas del miedo, unas escenas imposibles de describir. Juan pudo esquivarse, y sin ser visto ni detenido, en pocos minutos se hallaba lejos de aquel Camposanto donde reinaba el asombro y el horror.



J. F. Párresy C^{ta} - Editores

B. R.


Lit. M. Pujadas - Barcelona.

¡Son mis parientes que me han querido enterrar vivo.



CAPÍTULO XXVI

El amigo del Lic. Lamparilla

L periódico que años antes había publicado el alarmante párrafo, en que se daba noticia del *caso rarísimo y nunca visto*, cuyo desenlace conocen ya en parte nuestros lectores, había sufrido mil contratiempos, ya disminuyendo de tamaño, ya dejando de publicarse semanas enteras y apareciendo después con otro título y siendo víctima de la tiranía de un gobierno audaz que trataba de poner á la prensa una mordaza, hasta que al fin, cansados de la lucha y habiendo sus redactores adquirido una buena dosis de esa sana filosofía que nos hace ver con desprecio las pasajeras cosas de esta vida, transaron con un gobierno, después con otro y otros, y conservando siempre la apariencia de un diario de oposición se formaron una buena renta con la larga subvención de la Tesorería; pudieron darle vuelo á su ingenio y adquirir visible influjo, impo-

niendo miedo por su audacia aún á los mismos magnates que les pagaban con el dinero del Erario. Ya no era el periódico semanal, sino diario, de pliego doble, impresión elegante y la gacetilla y la parte literaria llenas de interés, pues no pasaba día sin que sus columnas tuviesen una ó más noticias de sensación, que infundían la desconfianza y el espanto á la capital y en la nación entera.

Ese mismo periódico, pues, que tenía por nombre *El Eco del otro Mundo*, dió á luz el siguiente párrafo:

«*Horrorosa tragedia*.—Allá en el fondo oscuro de una casa de vecindad de mala fama, situada en uno de los barrios más sucios y peligrosos de la ciudad, se ha cometido un crimen que nosotros mismos no creeríamos si nouviésemos los más verídicos y exactos informes. En un cuarto de esa casa vivía un matrimonio compuesto de tres personas (no de dos hombres y una mujer, ni de dos mujeres y un hombre, porque de esos matrimonios se ven todos los días), sino del padre, la madre y un hijo, ya crecido de cosa de 11 á 12 años. El padre era, según se nos ha asegurado, un artesano muy hábil y protegido por un alto personaje, tal vez un marqués, cuyo nombre llamamos por respeto á la vida privada. La mujer (no la del marqués, sino la del matrimonio de que hablamos), era dizque muy bonita, y más que bonita oji-alegre. Al marqués, porque al fin los marqueses son hombres de carne y hueso como nosotros, le gustó la muchacha y se atrevió, ¿y por qué no se había de atrever?... lo demás, lo llamamos por el respeto que debemos á la moral; pero nuestros ilustrados suscritores, á quienes consagramos nuestras tareas lo adivinarán: sigamos esta dolorosa narración. El marido celoso se calló la boca (co-

mo lo hacen muchos) y se manifestó muy amable con su mujer, pero una noche cerró la puerta por dentro con llave, tendió á su mujer en un banco, la amarró de piés y manos, de modo que no se pudiese mover, le rellenó la boca de aserrín para que no gritase y comenzó con sús instrumentos á trabajar sobre el cuerpo de su víctima como si fuese un trozo de madera. Primero con una sierra le cortó una pierna, después un brazo hasta que no dejó más que el tronco, y la mujer vivía á pesar de esta mutilación, pues era muy robusta y no quería morir. Lo más grave del caso es que el hijo, ayudaba al desapiadado padre en esta operación. ¡¡¡Horror, horror y horror!!!

»Interpelamos al periódico oficial para que nos diga si ya se han tomado las medidas enérgicas que reclama la vindicta pública, para aprehender á los culpables, é imponerles el condigno castigo.»

El periódico oficial, que jamás perdía su calma contestó al día siguiente dos líneas:

«El gobierno ninguna noticia tiene del crimen á que se refieren en su párrafo de ayer los ilustrados redactores de *El Eco del otro Mundo*, pero ya se piden á quien corresponda los informes necesarios. En todo caso, y aun suponiendo que se hubiese cometido tal crimen, nos parece que hay exageración en los pormenores. Esperamos de la imparcialidad del patriota colega del *Callejón del Ratón* que hará las rectificaciones correspondientes para calmar la alarma que ha causado en la ciudad su párrafo relativo al supuesto crimen.»

Los redactores de *El Eco del otro Mundo* se indignaron con el cinismo del periódico gobiernista, que casi negaba un hecho que era ya público, resolvieron contestar de

una manera enérgica y acordaron el siguiente párrafo:

«El periódico oficial en vez de ser franco y explícito, se ha salido por la tangente. Tenemos preparados ya dos ó tres editoriales, pero los reservamos hasta saber la contestación de nuestro apreciable colega de Palacio.»

El sesudo colega de Palacio respondió al día siguiente sin perder su aplomo:

«Mucho gusto tendríamos en satisfacer de la manera más explícita á los ilustrados y patriotas de *El Eco del otro Mundo*, pero estando ya el negocio en manos de la justicia tenemos que guardar el más absoluto silencio *hasta que la ley pronuncie su supremo fallo.*»

Los redactores del *El Eco* á quienes el Ministro de Hacienda les había mandado hacer una advertencia amistosa, se apresuraron á terminar la polémica y dijeron en su número del domingo.

«Estando sujeto el negocio al fallo de los tribunales, somos los primeros en acatar la ley, y damos por terminada la polémica, pero excitamos al señor juez de la causa á que inmediatamente imponga á los reos el más con-digno castigo.»

Los periódicos de todas clases, de todos tamaños y de todas opiniones que se publicaban en la capital y en los departamentos reprodujeron el primer párrafo alarman-te, y desgraciadamente algunas tiras de ellas fueron re-mitidas á Europa por casas extranjeras, establecidas en México y que querían tener á sus amigos y corresponsa-les de Ultramar al tanto de los sucesos, de cualquiera naturaleza que fuesen. Los comerciantes nunca escriben ni de política ni de religión, ni de escándalos, ni de nin-guna otra cosa, más que de sus negocios, pero entre las facturas y cuentas corrientes suelen incluir, una que otra

noticia de América que alarma los mercados de Europa, ocasiona una-baja en la bolsa y á veces ocupa seriamente á los soberanos y á su consejo de ministros.

Un periódico también de *sensación* que circulaba abundantemente en París, y que se llamaba *El Gorro de dormir de Dantón*, se apoderó del párrafo, mal que bien lo tradujo y lo publicó en el lugar más visible, titulándolo *Salvajería mexicana*, y añadiéndole interesantes comentarios. «Nuestro corresponsal nos da sobre este crimen, detalles que omite sin duda maliciosamente la *hoja mexicana*.

»El bárbaro esposo y el desnaturalizado hijo, después de haber descuartizado á la infeliz mujer cortaron los pedazos más gordos de sus pantorrillas, hicieron un guisado con esa sustancia venenosa que llaman *chile*, que en el idioma bárbaro de los *metis* (mestizos) quiere decir *Salsa del Diablo*, y se sentaron tranquilamente á cenar ese horrible manjar, digno de esa raza degradada española que *puebla* el rico continente de Colón. Hechos como éste, propios de los caníbales, no deben quedar sin castigo.

»La Francia, que marcha siempre á la cabeza de la civilización y que conquistó en 93 la libertad del mundo, no debe dejar sin escarmiento esta barbarie, y apresurarse á enviar buques de guerra con sus compañías de marina de desembarco, y si encuentra resistencia, bombardear para escarmiento las poblaciones situadas en la mesa central de los Andrés y reducirlas á cenizas, que en ello ganará la humanidad. De esta manera la Francia se hará amar y extenderá en esos lejanos países los beneficios de la civilización. Lo que pasó á esa desgraciada mujer *puede repetirse* con nuestros compatriotas aislados en esas re-

giones salvajes, donde sólo en pomadas y perfumes tienen comprometidos más de 500 millones de francos. Nuestros buques de guerra serán una garantía para nuestros compatriotas, y el honor nacional quedará vengado.»

Este párrafo fué reproducido en toda Europa, en inglés, en alemán, en dinamarqués, en tescheque, en griego, en italiano, en todos los idiomas conocidos y desconocidos, y en todos los periódicos, y copiado y vuelto á copiar por la ilustrada prensa norte-americana que lo adornó con grabados en madera.

Los fondos mexicanos bajaron en Londres 15 por 100, y los tenedores de bonos se prepararon á formular una reclamación.

Hemos anticipado estas noticias que no dejan de tener interés para la nación, y que se relacionaron con la historia de nuestro hábil tornero, para seguirla en lo posible, pues en los anteriores capítulos no habíamos podido decir acerca de él una palabra.

Cuando la sirvienta entró con el desayuno del juez de turno, que sentado todavía en su cama, no obstante de ser las diez de la mañana, fumaba tranquilamente un detestable purito del estanco, le entregó al mismo tiempo un paquete de impresos. Cuando acabó de tomar lo que él llamaba un *piscolabis*, que se componía de una taza de champurado y cuatro ó seis tamales, deshizo el paquete, comenzó á revisar los periódicos y á hacer comentarios sobre lo que leía, como si alguien lo escuchase, y ya daba fin á su lectura y se disponía á salir de entre las sábanas, cuando llamó su atención un párrafo rayado en el margen con lápiz azul, que leyó y volvió á leer varias veces, y era precisamente la horrosa noticia que, comen-

tada, escandalizó más tarde á la Europa entera, como acabamos de manifestar.

—¡Cáspita!—dijo,—esto es muy grave y se me cae la sopa en la miel, pues se me proporciona la ocasión de acreditarme. Breve, mis botas, mi camisa limpia, mis pantalones nuevos,—gritó á la criada, la que á poco entró con lo que le pedía el Sr. Licenciado.

—¿Agua caliente para rasurarse?—preguntó la criada.

—No, nada, tengo un catarro de dos mil diablos y no me lavo ni me afeito.

El Licenciado se puso una camisa muy almidonada que le hacía un enorme buche por delante que no podía sujetar el chaleco ni la levita, sus pantalones que le venían muy holgados y tenían una pierna más corta que la otra, y una levita que le lastimaba por debajo de los brazos, y pasando sus dedos por la cabeza en lugar de peine, formándose así un copete con su abundante pelo entrecano salió á la calle con dirección á la Acordada donde estaban los juzgados de lo criminal.

No es de mucha importancia en las novelas é historias dar señas minuciosas de todos los personajes y entretenerse en describir sus narices, el tamaño de su pié y el color de sus ojos, pero como este insigne licenciado y juez de lo criminal de la ciudad de México tendrá que figurar más de una vez en esta colección de historias y formar parte de nuestros cuadros de costumbres, no será malo que los lectores lo conozcan un poco y sepan sus antecedentes.

Su padre D. Justo Bedolla era un antiguo y honradísimo barbero del pueblo de la Encarnación en el Estado de***, amigo del cura, del presidente del Ayuntamiento y de los comerciantes. *Hacia la barba* los sábados y domin-

gos á los administradores y amos de los ranchos cercanos, y era por su buen carácter y por lo bien que manejaba la navaja querido de los del pueblo. El nacimiento de Crisanto costó la vida á la madre, una humilde ranchera nacida de padres indígenas de la hacienda de la *Labor*; así el retoño, ó presunto heredero de la barbería fué criado, no como Rómulo por una loba, pero sí por una burrita de que era dueño el barbero, lo que le ahorró el gasto de una nodriza. Dicen que las inclinaciones de las gentes son según la leche que maman, y quizá por eso los fundadores de Roma y los que les siguieron fueron tan terribles y feroces como amamantados por fieras, y en cuanto á nuestro personaje, sacó de la burra, lo tenaz y lo tonto, pero no lo sufrido y humilde, porque desde chico se notó, aun por su mismo padre, que era engreído y pretencioso: no era capaz de haber inventado la pólvora, pero tampoco tan negado y estúpido como los naturalistas han creído que era la humilde y sufrida raza á que pertenecía su cuadrúpeda nodriza. Era lo que en los pueblos se llama *ladino*.

El pobre barbero puso sus cinco sentidos en la educación de su hijo único, en el cual había reconcentrado su cariño y sus esperanzas. Permaneció Crisanto en la escuela sin que lograrse ni leer con puntuación ni escribir con ortografía una mala letra; su firma con una complicada rúbrica formando labores y rabos por todos lados era imposible entenderse, y unos leían en vez de Crisanto Bedolla *Espanto Pesadilla*, otros *Volando la Regilla*, y sus condiscípulos se burlaban de él, y daban interpretaciones algo más que coloradas á las malas letras capitales con que comenzaba su nombre y apellido. Más tarde, como era ladino, llegó á saber que los hombres más ce-

lebres del mundo han tenido tan mala letra, que sólo los muy sabios y versados paleógrafos han podido descifrar sus firmas. Luego que Crisanto acabó sus estudios en la escuela, el cura le enseñó á ayudar la misa y á recitar la letanía en latín y poca cosa más, y con estos conocimientos pasó al Instituto literario de la capital del departamento á continuar sus estudios para recibirse de Licenciado. Incansable el barbero en su solicitud por su hijo, y deseando que, no sólo fuese licenciado, sino un prodigio, reunió cuantos recursos pudo y lo mandó á la gran ciudad de México para que continuara su carrera en uno de los antiguos colegios donde se estudiaban cánones y leyes, sobre todo cánones, porque sonaba en los oídos del barbero la palabra *canonista* de una manera tal, que le parecía que un canonista podía sin indigestarse, comerse al mundo entero. Crisanto cursó, pues, filosofía y leyes y cánones en el más antiguo colegio de San Ramón, donde conoció á su tocayo Lamparilla, que era de más edad que él y terminaba sus estudios, pero como Lamparilla y él eran ladinos, trabaron amistad y simpatizaron de tal manera que fueron en el curso del tiempo muy buenos amigos, como podrá juzgarse más adelante por la serie de acontecimientos que se verán en esta verídica historia.

Terminó, pues, Crisanto sus estudios y sacó en los exámenes buenas calificaciones, porque los catedráticos, como hombres de experiencia, no quieren malquistarse con nadie, ni menos con muchachos del interior que suelen á poco andar volver de diputados á proponer nuevos planes de estudios en que se suprimen las cátedras de sus maestros.

Con todo y las excelentes calificaciones, Crisanto no se

atrevió á presentarse á examen, pero, ayudado de Lamparilla, que ya se había recibido y estaba de *pasante* con uno de los primeros abogados de México, nuestro amigo se fué á un departamento donde se hacían *abogados de oficio* por la buena voluntad del gobernador; logró un título pomposo que le autorizaba para pelar al próximo y regresó lleno de satisfacción á su pueblo, y dando un día de gloria á su buen padre, que por sus años apenas podía sostener en sus manos la navaja que en otros tiempos había pasado con tanta delicadeza y suavidad por los carrillos del cura y del alcalde.

Los primeros días fueron de plácemes, visitas y almuerzos en el pueblo, y hasta las muchachas más montaraces y encogidas entreabrían un poco las puertas de las ventanas para ver pasar al nuevo licenciado, como si nunca lo hubieran conocido; los administradores de las haciendas á quienes durante años había rasurado su padre le convidaron á almorzar un día y otro, y hubo propietario de los muy pocos que residían en su finca que le mandase un recado, con lo cual su fatuidad creció y ya no cabía en los pantalones, pero pasaban semanas y permanecía con los brazos cruzados sin que nadie lo ocupase, y por consiguiente sin ganar un peso y sin que los pocos recursos que le quedaban al viejecito bastasen para la vida costosa que se quería dar, pues compró dos caballos y tomó un mozo para que lo acompañase en las excursiones que frecuentemente hacía por los campos para darse el aire de hombre importante, y porque en la realidad cuando no dormía ó comía ó discutía con el cura materias canónicas (que ninguno de los dos entendían), no sabía qué hacer de su persona.

No habiendo pleitos en el pueblo, estando los asuntos

en corriente y todo el mundo en paz de Dios, Crisanto discurrió que era necesario que el progreso y la civilización penetrasen en el pueblo que estaba á poco más ó menos salvaje, y que lo primero que debía hacerse, era deslindar la propiedad y contener la codicia de los hacendados que hoy le cogían un terreno, mañana otro, y así sin sentirlo iban despojando á los indios.

Sus caballos le sirvieron precisamente para esto, y sus paseos tuvieron un objeto importante y patriótico. Vagaba hoy en un pueblecito, mañana en otro, platicaba con los indígenas de importancia y prestigio que nunca deja de haber aún en los pueblos más rabones, les infundía desconfianza, y les decía, encargándoles el secreto, que debían reclamar sus tierras, arreglar sus linderos, y no dejarse dominar, y sobre todo robar de los ricos propietarios, que la tierra era de ellos y nada más que de ellos, y que no había gobierno legítimo más que el de Moctezuma, quizá en sus conversaciones con Lamparilla había adquirido esa suma de ideas legitimistas, y confiaba en que algún día vendría á mandar el país Moctezuma III, el pariente y protegido de D.^a Pascuala, que en la fecha en que hablamos tenía seguramente la edad necesaria para empuñar el cetro de sus antepasados.

Los indios reflexionaron algunas semanas, como acostumbra, callados sin decirse mutuamente ni una palabra; pero cuando hubieron madurado bien su plan, todos se movieron, y poco á poco fuéron á su vez invadiendo el terreno de la hacienda, al grado que el administrador en una de sus correrías por los potreros se encontró con un pueblo ya edificado donde meses antes no había más que un bosque de mezquites. Aquí se armó la gorda y comenzaron los pleitos. Nuestro licenciado fué lla-

mado á la hacienda, para consultarle el caso y pedirle su opinión, que fué contraria á los indios, mientras que á ellos les dijo que tomaría la defensa de los hacendados por hacerles el bien de que otro abogado al encargarse de ella, los aniquilase, echándolos hasta de su propio pueblo, que poseían desde los tiempos remotos de la conquista. El administrador el sábado siguiente apartó algo de su raya, y mandó al licenciado un regalo de dinero, y el pueblo de indios, por su parte, llevo á la casa del barbero, gallinas, huevos y mazorcas de maíz. El padre estaba ufano con el talento del hijo, y el hijo ya con un bufete establecido, y considerado y expensado por las dos partes contendientes.

Así de pueblo en pueblo y de hacienda en hacienda, logró Crisanto sembrar la desconfianza y la discordia y producir una verdadera alarma en la prefectura. Los indios pretendían despojar á los hacendados hasta de las casas y trojes, y los hacendados movían el mundo para echar á los indios usurpadores de los pueblos y apropiarse hasta las capillas y las casas de los curas. El prefecto, que cerró los ojos durante algunos meses, tuvo al fin que abrirlos, porque ya aparecían amagos serios de una y otra parte y se decía á las claras que estaba próxima á estallar una guerra de castas. Escribió al gobernador, el gobernador le contestó, y como sin saber por qué, los dos tenían miedo á Crisanto, que era ya *apoderado* de varios poblós y patrono de varios hacendados, en vez de procesarlo y ponerlo en la cárcel por revoltoso, resolvieron mandarlo á la capital de México con buenas cartas de recomendación, para que buscara su vida y dejase á la prefectura en paz. Quizá fué una buena política, pero mala ó buena Crisanto ganó en ella.

«El Sr. Lic. D. Crisanto Bedolla (decía la carta del gobernador), que ha hecho en los colegios de esa capital una brillante carrera y obtenido las mejores calificaciones, presentará á V. E. esta carta. El talento de este joven abogado (y no era ya muy joven), necesita una esfera de acción que no encuentra en el pueblo que tuvo la dicha de verlo nacer. Lo recomiendo á V. E. de la manera más eficaz y me atrevo á darle desde luego las gracias, porque estoy seguro que en la primera oportunidad mi recomendado obtendrá en la magistratura el lugar que merece.

»El asunto de las elecciones se presenta un tanto complicado, pues la oposición trabaja con una actividad sorprendente. Por el próximo correo escribiré á V. E. en lo confidencial, y el Gobierno Supremo haría muy bien (salva la opinión de V. E.), de no permanecer con los brazos cruzados. El amigo Crisanto tiene el encargo de hablar á V. E. de tan importante asunto.»

Crisanto con lo que había ya ganado revolviendo los pueblos de indios y con los últimos ahorros del viejecito barbero, emprendió el viaje á la gran capital, que en los tiempos á que nos referimos era difícil, largo y costoso, pero con todo y ello á los veinte días de salido de su pueblo, entraba por la garita de Vallejo, seguido de dos mozos y un caballo de mano, y se echaba por esas calles en busca de una posada que fuese un poco más decente que los ruinosos mesones del barrio de Santa Ana. Pensaba en esto y cansado además de la jornada, que había sido larga, dejaba que su montura fuese al paso, cuando divisó una persona que en un buen caballo brioso y fresco venía en sentido opuesto. Quiso reconocer en el caballero un antiguo amigo, pero en la duda si era ó no, cre-

yó que no haría mal en hacerle algunas preguntas, sobre las fondas y posadas que tal vez se hubiesen establecido, después que él había salido del colegio. Detuvo cortésmente al caballero, y su instinto no lo engañó, pues se encontró en los brazos de su querido tocayo Lamparilla, que se dirigía al rancho de Santa María de la Ladriera á dar noticias muy agradables á D.^a Pascuala, relativas á la herencia de Moctezuma III.

Lamparilla, á instancias de su condiscípulo, dejó el viaje al rancho para otra vez, lo acompañó al centro de la ciudad, y lo instaló en la calle de Cordovanes, en la casa de unas buenas señoras, doncellas de más de cincuenta años que cuidaban hombres solos. Los caballos y mozos se enviaron al mesón. Los dos antiguos condiscípulos del más antiguo colegio de comendadores juristas de San Ramón departieron largamente. Crisanto contó á Lamparilla lo que le convenía, ponderándole el prestigio de que gozaba en su pueblo, y Lamparilla le refirió lo que también le convenía, exagerando los productos de su bufete y el influjo que ejercía en los personajes que gobernaban, especialmente con el ministro de Hacienda, con el que tenía pendiente un negocio de millones, nada menos que de la restitución de los bienes de Moctezuma II, que correspondían á Moctezuma III, de quien era abogado. Con tan francas y explícitas declaraciones, pronto se entendieron. Lamparilla pensó *in pectore* que podría muy bien su amigo hacerlo diputado de la próxima legislatura, y Crisanto, á las claras manifestó que contaba con su influencia para ser prontamente colocado, pues sus recursos eran limitados. Desde ese momento, además de la amistad de colegio, los dos personajes quedaron ligados por el interés.

La primera cosa que hizo Lamparilla, prescindiendo por algunos días del viaje al rancho de Santa María de la Ladrillera, fué vestir y civilizar á Crisanto. Lo llevó á un establecimiento donde había 200 mil piezas (serían 200 cuando más), de ropa hecha, á una zapatería, á una peluquería francesa y á un baño. La transformación fué completa, y así con ese aire de superioridad de los rancheros ladinos, no obstante que la levita tuviese pliegues y arrugas en las espaldas, y el pantalón con el lustre del paño como si tuviese barniz, un pañuelo blanco muy grande y muy almidonado y un sombrero algo pasado de moda, Crisanto fué presentado por Lamparilla, la siguiente semana, al ministro de Justicia y Negocios eclesiásticos, al que entregó la carta de recomendación del gobernador. Hablaron más de una hora de política, de elecciones, de guerra de castas, de adelantos en la instrucción primaria, de mil cosas á cual más importantes.

El ministro quedó prendado de la soltura y despejo de su recomendado, y le prometió que en la primera oportunidad sería colocado en un alto puesto.

—Estos rancheros,—dijo el ministro á su oficial mayor, cuando la puerta de su gabinete se cerró tras el pretendiente,—se presentan mal vestidos y ridículos, ¿no observó usted qué corte de levita tan extravagante? pero tienen más agallas... y talento, no se puede negar, todos los mexicanos tenemos talento, y este recomendado nos puede servir mucho para las elecciones en su pueblo, y sobre todo para aplacar esa guerra de castas que se nos viene encima, pues goza de mucho influjo entre los indios, creo que habla el azteca, y se entiende con ellos. Lamparilla ya me lo ha contado todo. Además no es posible desairar á un gobernador.

—Precisamente hay una vacante, ó mejor dicho la habrá si usted quiere,—le contestó el oficial mayor.—El Lic. D. Pedro Martín de Olañeta insiste en su renuncia, dice que está muy enfermo y que le es imposible continuar despachando el juzgado, además tiene otras quejas que no dejan de ser graves, pues...

—No, no me diga usted más,—le interrumpió el ministro,—conozco esas quejas y no es posible poner remedio. D. Pedro es uno de esos abogados testarudos y sabios, de los tiempos del vireinato, que no cuadran ya bien con nuestras instituciones liberales, ni con el progreso del siglo; eso sí, honrado y enérgico como el primero, y reo que cae en sus manos, no para hasta la horca. Es sanguinario, y yo profeso cerradas doctrinas contra la pena de muerte, no sólo en los delitos políticos, sino en los del fuero común. La sociedad no tiene derecho de matar, entonces volvemos á los tiempos del feudalismo. Señores de horca y cuchillo. El fiscal es todavía más asesino que D. Pedro. El día que hay ahorcado almuerzo chiles rellenos y mole de guajolote.

—¡Qué horror!—exclamó el mayor.

—Como se lo digo á usted, á mí me convidó un día, y no acepté por supuesto. Era un banquete de caníbales... Conque acordado, se le admite la renuncia á D. Pedro Martín y se nombra á D. Crisanto Bedolla, y por más que lo haya usted visto con su cabello alborotado por donde no ha pasado el peine, es hombre de importancia y tiene mucho influjo con los indios. En menos de un mes sería capaz de levantar veinte mil hombres... ya ve usted... queda nombrado juez primero de lo criminal, y el presidente ha de quedar muy contento de ese nombramiento, pues D. Pedro Martín me cargaba, con su len-

guaje autoritativo y sentencioso. Ya esos hombres pasaron, se necesita gente nueva, juventud entusiasta, en fin otra generación.

Como consecuencia de esta conversación, Crisanto no cumplía un mes de residencia en la metrópoli, cuando recibió el nombramiento de juez primero de lo criminal, empleo de grande responsabilidad é importancia. La seguridad pública, la vida de los ciudadanos, la honra de las familias, quedó á cargo del insigne licenciado del pueblo de la Encarnación.

Tomó posesión con toda solemnidad de su empleo, pasó á la Cárcel de Córte á hacer una visita de presos, se informó de las causas que había pendientes, tomo lenguas del escribano, que era hombre vivaracho y familiarizado con los asuntos criminales, visitó á sus compañeros y á los abogados de más fama, sin omitir á su antecesor D. Pedro Martín de Olañeta; en una palabra, entró ya en el círculo de jueces, y magistrados, y abogados, y ayudado y dirigido por Lamparilla, montó una casa al fiado y con abonos de 20 pesos cada mes á un mueblero de la calle de la Canoa, tuvo cuanto era necesario para aparecer como un personaje en cierto círculo de la sociedad mexicana que se ocupaba de él, y que lo consideraba como una de las notabilidades del interior. Los que lo habían conocido, y sabían la manera como había hecho su carrera pensaban de otro modo, pero Lamparilla acallaba esas murmuraciones y aseguraba que su discípulo, repentinamente había desplegado un talento y sobre todo una perspicacia en los negocios, que él mismo negaría si no hubiese tenido muchas y patentes pruebas.

Sea de esto lo que fuere, el viejecito barbero, al recibir la noticia de la rápida elevación de su hijo, se enfermó

del susto y estuvo á punto de perder la vida; el cura dijo una misa para que el Espíritu Santo iluminara al nuevo juez y le diese acierto en sus sentencias; sólo el prefecto al acostarse le dijo á su mujer:

—Gracias á Dios, hija mía, que nos han quitado para siempre esta víbora, que habría concluído por revolver toda la prefectura, y comprometerme quién sabe hasta qué punto, y hacerme perder mi empleo. Dios y el gobierno se lo tengan muchos años por allá, y que lo hagan hasta arzobispo, que mucho me alegraré con tal que no vuelva.

CAPÍTULO XXVII

Un juez terrible

Más de dos meses llevaba Crisanto de despachar en su nuevo juzgado, sin que hubiese ocurrido nada de notable. Matrimonios desavenidos que se rompían de noche la cabeza é iban á presentarse al día siguiente al juez, cada uno con su queja; la mujer pidiendo que á su marido lo pusieran de soldado, y el marido alegando que su mujer lo había engañado, yéndose por la noche con su compadre el carnicero, y que por eso la había golpeado; heridos en riñas en las pulquerías, con las tripas de fuera, y todavía queriendo pelear con su enemigo; ladrones rateros, que le conseguía el gobernador del distrito; en fin, lo de todos los días, nada importante ni complicado. El escribano, realmente, despachaba el juzgado y hacía con los reos, lo que se le daba la gana, y se entendía perfectamente con los pillastres de los barrios y con las mujeres de

mala vida, que le hacían sus regalitos. El párrafo del periódico, causó una reacción en el ánimo de Crisanto y lo entusiasmó sobre manera. Era un caso horroroso, que había llamado la atención pública, y que debía tener muchas ramificaciones y cómplices, y el descubrimiento de la funesta historia y la aprehensión del reo ó reos, y su castigo en la horca, deberían proporcionar al nuevo juez la ocasión de acreditarse, de darse á conocer en México y en el extranjero, y de obtener en consecuencia un lugar en la Côte Suprema de Justicia, y más adelante ser elegido gobernador de su departamento, y quizá después... ministro de Justicia, y tal vez... presidente de la República; y ¿por qué no?... la ambición de un fuereño ladino no conoce límites.

—¡Ya sabrá usted el terrible acontecimiento!—dijo Crisanto á su escribano, luego que llegó al juzgado.

—Los envié al hospital, porque los dos estaban moribundos, pero eso no es nuevo, y ya lo verá frecuentemente,—contestó el escribano, componiendo la carpeta del juez y arreglándole el sillón para que se sentara.

—¡Cómo! ¿de qué habla usted?

—Pues de los dos zapateros que se pelearon por una horma que cada uno decía que era suya, y se hicieron picadillo á tranchetazos. Acababa usted de salir ayer del juzgado, cuando la guardia del Principal los trajo; aquí tiene usted para la firma las primeras diligencias, con otras comunicaciones del caso; fuera de esto, nada ha ocurrido.

—Pues lea, y horrorícese usted.

El escribano, que ya de nada se horrorizaba, leyó el párrafo que le indicó el juez, y puso tranquilamente el periódico en la mesa.

—¿No ha venido ningún parte, ninguna denuncia al juzgado?

—Nada;—contestó el escribano, y todo ello no deben ser más que cuentos y exageraciones. Conozco bastante este periódico, que lo que trata es de ganar dinero por todos lados. Si el hecho es cierto, habrá ya dado parte la casera al gobernador ó á otro juzgado; pero aquí no han venido consignados más que los dos zapateros, que probablemente habrán muerto antes de llegar al hospital.

—Los crímenes deben perseguirse de oficio, y si han dado parte y otra autoridad conoce del negocio ya lo veremos. ¿No cree usted, que es la ocasión de qué este juzgado se acredite por su energía y actividad?

—¡Y cómo que lo creo!—respondió el escribano.—Un crimen así hace la reputación, no sólo del criminal, sino también del juez que lo descubre y lo condena á muerte.

—Pues á descubrirlo y á perseguir sin descanso á los cómplices, á prender á medio México, que de los muchos que caigan, alguno ha de ser el asesino, y el miedo de la cárcel los hará confesar.

—¡Es que la ley, y las fórmulas, y los procedimientos, requieren que....

—¡Qué fórmulas ni qué calabazas! México es un país de hechos, y parece que ahora comienza usted á vivir. Lo primero que debemos hacer, es llamar al director de *El Eco del otro Mundo*, para averiguar quién es ese marqués ó conde que está complicado en el delito. ¡Qué golpe si lográramos que fuese al palo un marqués!

El escribano no pudo menos que reir.

—¡No se ría usted! lo que se necesita en este país es atrevimiento, y lo demás lo da la fortuna. Vea usted, en

vez de oficios y citas, que nos harían perder el tiempo, lo mejor es que usted mismo vaya á la redacción, y con cuantas caravanas y atenciones sean posibles, se traiga usted aquí al director ó á alguno de los redactores. En caso necesario, use usted de la autoridad, y nada tendrán que decir, puesto que ellos mismos excitan á la justicia á que sea inflexible y obre con energía.

—Pero sería menester que usted firmase...

—No hay pero que valga; en esta vez déjeme usted obrar, y no me haga observaciones, que después en los autos se arreglarán las cosas como deban ser. Cuento con la amistad del ministro de Justicia y con la opinión pública, y ya es bastante, con que...

El escribano tomó su sombrero y salió en busca de los periodistas, y el juez cerró la puerta, y comenzó á pasearse de uno á otro extremo de la pieza, con el dedo en la boca meditando dar un golpe que hiciese ruido en la ciudad.

El escribano no se hizo esperar, y volvió acompañado del director del periódico, de cuyas señas y gestos quizá nos ocuparemos otra vez.

—Amigo y señor,—le dijo el juez, luego que vió al periodista, tendiéndole la mano, sentándolo en su propio sillón; —nos va usted á hacer un gran servicio, ó mejor dicho, un servicio á la sociedad.

—Mi persona, mi periódico, los redactores, la imprenta, todo está á disposición del señor juez. ¿En qué puedo servirlo?

—Me va usted á revelar, — le contestó el juez, mostrándole el párrafo del periódico,—el nombre del personaje que fué causa del crimen, ó mejor dicho, que es cómplice y debe ser castigado.

—¡Imposible, señor juez! es un secreto que no puedo descubrir; perdería mi reputación, mi crédito, hasta mi vida, si divulgara lo que se comunica á la redacción en el seno de la confianza.

—Es que,—le interrumpió el juez,—el secreto quedará guardado, y aunque yo lo sepa de boca de usted y tenga que obrar en consecuencia, ni constará el nombre de usted en la causa, ni yo, ni el escribano, bajo la fe de funcionarios públicos, diremos jamás una palabra; puede usted estar seguro de ello.

—En ese caso, confiado en la palabra de usted, y por hacerle un servicio, le referiré lo que ha llegado á mi noticia, y por cierto que buenos pasos y dinero me ha costado. Lo que yo deseo, como usted puede bien figurarse, es que mi periódico sea, no sólo el mejor periódico de México, sino del mundo entero...

—Lo comprendo muy bien, y ya ve usted que el juzgado, que es el primero en acatar la opinión pública, y que considera á la prensa como un cuarto poder, va á proceder con tal actividad, y con tal energía, que le aseguro á usted que antes de cuatro semanas serán ahorcados en medio de la plaza, los principales reos y sus cómplices. Espero que el diario de usted apoyará las providencias del juzgado; con que vamos ¿quién es el famoso marqués?...

El director del periódico miró á todas partes, se aseguró que la puerta estaba cerrada, y acercándose al oído del juez, le dijo:

—El personaje aludido en mi diario, es nada menos que el rico y poderoso conde del Sauz.

—¿Es posible? —dijeron á una voz el escribano y el juez.

—Ni duda cabe en ello,—continuó el periodista, siempre en voz baja; — y si ustedes supiesen qué casta de persona es el conde, no se asombrarían. Malas lenguas dicen, que como Otelo, ahogó á su esposa entre las almohadas, á una hija única que tiene, le da un trato cruelísimo, y le impidió que se casara con un guapo y valiente oficial que abandonó su carrera y se perdió para toda la vida. Por el rumbo de la Cruz verde mantiene una querida; por la calle de Cocheras mantiene otra; por la de la Tlaxpana otra, y siempre anda á las cuchilladas con los jugadores y canalla, con quien se junta; vaya, es el mismo diablo en persona. El coronel Bannelli sabe bien esas historias, y un día se dieron buenas estocadas él y el conde, precisamente por el asunto del oficial y de la hija.

El juez, que como hemos dicho era *fuereño* (1) y que no sabía esas viejas historias escandalosas de México, estaba asombrado, y el escribano mismo que trataba con gente de otro círculo, no dejaba de interesarle la conversación del director de *El Eco del otro Mundo*.

—Como el señor juez podrá fácilmente adivinar,—continuó el periodista,—el conde protegía al carpintero para gozar de su mujer, porque así son los ricos, nada hacen de balde. El carpintero aguantaba ó no aguantaba la carga, pero el caso fué que se cansó, y un día, celoso y frenético, hizo picadillo á su mujer. Las vecinas deben ser cómplices, porque ocultaban unas veces al conde en sus cuartos, otras entretenían al carpintero, mientras la mujer se componía las ropas y aparecía como lavando trastes, ya usted me comprende... manijos que tienen la mayor

(1) Llaman *fuereño* en México á las gentes del interior del país.

parte de las mujeres para disimular sus maldades; ahí tiene usted, señor juez, averiguado el crimen y la causa de él, y todo cuanto usted desea; pero por Dios, la mayor reserva, mi vida va de por medio, y si el conde llegase á saber algún día que yo... me daría más estocadas que pelos tengo en la cabeza.

—Pierda usted cuidado, y empeñamos solemnemente nuestra palabra de guardar el secreto,—volvió á decirle el juez estrechándole afectuosamente la mano y acompañándolo hasta la puerta del juzgado.

—Tenemos el hilo,—dijo el juez sentándose en su sitial y restregándose las manos.

—Creo que sí,—contestó el escribano.

—Pues á proceder y no haya misericordia con nadie, y ejecute usted lo que yo mande.

En consecuencia de esta determinación, cuatro hombres y un cabo de la infantería que estaba de guardia en la Acordada, precedidos de un agente del juzgado, se dirigieron á la casa de vecindad donde se perpetró el crimen, y otros cuatro hombres y un cabo á la calle de D. Juan Manuel.

Mientras que los soldados, con sus mal ajustados uniformes, y mordiendo á excusas del cabo un trozo de panbazo (1) caminaban á su destino, diremos cómo la casualidad hizo que *El Eco del otro Mundo* tuviese noticia del suceso antes que el periódico oficial, que el licenciado D. Crisantó y que el mismo gobernador del distrito.

Entre los muchos vecinos de la casa había una fami-

(1) *Panbazo*.—Pan de figura oblonga hecho con harina común ó salvado, que es más barato y consume la gente pobre de México.

lia que tenía dos hijos aprendices en la imprenta donde se publicaba *El Eco*, y uno de ellos, el más listo y vivaracho era el encargado de llevar las pruebas al director, el cual, al devolvérselas preguntaba si algo había de nuevo en la imprenta ó en la calle. El muchacho, ya le contaba de un ladrón ratero que vió correr llevándose un rebozo, ya de dos criadas que se desmechaban en una esquina, ya de un perro rabioso que perseguían los serenos.

El entendido director se aprovechaba de éstas y de cuantas noticias adquiría por cualquier lado, las desfiguraba, las aumentaba, las acompañaba de alarmantes comentarios y llenaba así en parte su variada gacetilla. Un día antes de las ocho de la mañana entró el pilluelo, sofocado, sin poder bien articular palabra, y su fisonomía todavía demudada, con un rollo de pruebas en la mano que había guardado en su casa por habersele hecho tarde en la noche.

—Tú tienes algo,—le dijo el director quitándole las pruebas de la mano.—¿Te han reñido en tu casa, te han maltratado en la imprenta, te has peleado con alguno en la calle? Tienes todavía los cabellos erizados como si hubieses visto á un difunto.

—¡A una muerta!—le contestó el aprendiz con voz asustada y limpiándose los ojos como si la tuviera delante.

—Siéntate, siéntate, tómate ese trago de vino, coge bien la copa, no la vayas á tirar, y cuéntame lo que has visto para que salga inmediatamente en el periódico. El director alargó una copa al muchacho con un sobrante de vino Jerez, gritó al portero y lo mandó á la imprenta para que no saliese el periódico hasta que él fuese per-

sonalmente. El aprendiz, más repuesto de la carrera y del susto, le contó lo que sabía antes, lo que había oído y lo que había visto al salir de su casa para traerle las pruebas.

Lo que oyó, y lo que vió lo tenemos también que referir. Según recordarán nuestros lectores, Evaristo salió de la casa dejando la llave á la casera y encargándole la entregase á Tules, cuando volviese y prometiendo regresar pronto.

La casera ninguna importancia dió á este encargo, que no era el primero, menos pudo sospechar nada, colgó la llave en un clavo y continuó sus habituales ocupaciones.

A las doce del día, ni Juan había vuelto con la leche, ni Tules, ni Evaristo habían regresado. Un tanto alarmada salió al zahuán á espiar un rato por si los viese venir.

Las moscas cubrían los restos del carnero, y algunos perros asomaban el hocico por el zahuán.

Dieron las tres de la tarde y la casera volvió á descolgar la llave y á salir al zahuán... ni sombra de los vecinos.

La ausencia de Juan era lo que más ponía en cuidado á la casera. Llegó la noche, y con ella las sospechas, los comentarios y pláticas de las vecinas, que resolvieron esperar hasta el día siguiente, dejando los trozos del carnero en el mismo sitio. Pensaron que una borrachera de Evaristo lo habría detenido en unión de Tules y del aprendiz en una casa de la Viga, donde habían averiguado que solía tener sus fandangos. Al día siguiente, la cosa era grave, la casera atarantada, no sabiendo á qué atenerse, pues las opiniones de las vecinas eran contra-

dictorias, se decidió por el voto de la mayoría y triunfó la curiosidad propia de las mujeres. Descolgó la casera por cuarta vez la llave del clavo, se asomó al zahuán para ver si divisaba á alguien, y perdiendo ya la esperanza del regreso de los ausentes, entró resueltamente al patio y abrió la puerta del taller. Ella y las vecinas se precipitaron, pero un olor acre de sangre y de muerto las dejó estupefactas, frías y clavadas en un lugar.

A pesar del cuidado que todo criminal tiene para hacer desaparecer las huellas de su delito, el cuarto presentaba á primera vista un aspecto singular, que denunciaba el crimen, que no había podido ni siquiera paliar el sacrificio del borrego.

Sillas rotas, instrumentos regados y en desorden, tablones de madera torcidos, retazos de enaguas y de mascaradas hechos trizas y manchas de sangre en el suelo, en las paredes, en todas partes. Las vecinas, en cuanto pudieron hablar y decirse algo, reconstruyeron la escena sangrienta como si la hubiesen visto. La muerte del carnero no había sido más que un pretexto, Tules, asesinada por su marido briago y furioso, debía estar allí, ó entre los tablones y aserrín, ó enterrada debajo de las vigas; el aprendiz lo había visto todo, y escapado como por milagro del furor del salvaje, había corrido lejos, quién sabe á dónde, para no volver más: ni sospechas del pobre muchacho, que sabían las vecinas que amaba á Tules como su único apoyo, hubiese tenido parte; mientras el tornero estaría ya lejos, quizá en Río Frío refugiado con los bandidos; la justicia no lo cogería nunca, imposible, y sobre todo esto discurrieron y trajeron á colación la vida pasada de Tules y de Evaristo, y la visita del conde, y los golpes que recibía Juan, y cada

una dió su opinión, y el muchacho de la imprenta que vió y oyó todo esto, corrió con el rollo de pruebas á la casa del director (su hermano se había marchado antes), y el padre y la madre, reflexionando que la cosa era complicada, cerraron su puerta y salieron inmediatamente á buscar otra casa en que mudarse. La casera reconoció que había cometido una grave falta al abrir por sí y ante sí la puerta de una casa ajena, sin dar parte á la justicia, y las vecinas asustadas á nada se decidían, ni querían ir á buscar al alcalde, ni declarar, ni mezclarse con la justicia, que cuando menos les haría perder su tiempo, llamándolas todos los días á la Acordada á dar declaraciones. En esto estaban y discutían el modo de evitar tales peligros, cuando haciendo ruido con las armas hizo una repentina irrupción en el zahuán el piquete de soldados, precedido del agente del juzgado.

—Silencio, y dense presos de orden del juez,—dijo el agente con una voz imperiosa.—Todo el mundo aquí.

Las vecinas vociferaron á un tiempo, protestando su inocencia y reclamando la arbitrariedad que se cometía, prendiéndolas sin escucharlas y antes de saber lo que había pasado, que ellas mismas, si lo habían adivinado, no lo sabían en realidad. Las vecinas más avisadas, aprovechando el primer momento de confusión, se esquivaron y se marcharon á la calle, las más bachilleras y resueltas rodearon al agente y continuaron voceando, intentando también sollozar y derramar lágrimas para ablandar la energía del agente.

—Silencio y que nadie salga, y á cerrar la puerta, y lo que tengan ustedes que alegar lo harán ante el juez, que mi deber es averiguar en dónde está el cadáver y llevar á todo el mundo á la cárcel.

El cabo retiró de la puerta á algunos curiosos que ya asomaban las narices, colocó un centinela y con el resto de su escasa fuerza hizo un cerco para que las vecinas no intentasen entrar á sus cuartos.

—Venga aquí la casera y algunos que ayuden á lo que se va á hacer.

La casera, pálida y tartamudeando, hizo como pudo una relación de lo que sabía, confesó de liso en llano, que ella por curiosidad había abierto la puerta del taller.

El agente comenzó por registrar cuarto por cuarto, y en dos de ellos encontró un hombre que ó de veras estaba dormido, ó se fingía por no mezclarse en nada en el suceso; otro afectaba la mayor indiferencia cosiendo tranquilamente un pantalón, pues era oficial de sastrería.

—Estos deben saber lo que ha pasado ó ser cómplices, —dijo el corchete fijándoles la vista.

Por lo demás no encontró ni armas, ni manchas de sangre, ni indicio alguno, recogió, sin embargo, los cuchillos viejos de las cocinas, tijeras grandes, tenazas y cuanto encontró de acero ó fierro. A los hombres, les intimó que quedaran presos y con ellos se fué al taller y los obligó á que comenzaran á despejarlo.

—Hubiera sido mejor que el Sr. Juez hubiese venido en persona,—pensó el agente fijándose en las manchas de sangre, en los destrozos del carnero, en la confusión y revoltura del cuarto y en los fragmentos del sillón de terciopelo y oro que aun conservaba su olor de iglesia y de incienso. Registrados minuciosamente pavimento, rincones, astillas y tablones, nada se encontró. Entonces por indicación de la casera se levantaron las vigas del cuarto y de entre el aserrín ensangrentado y húmedo, levantaron el cuerpo casi desnudo de Tules.

Un soldado salió á la calle y volvió con dos cargadores. En la escalera que servía para encender el opaco farolillo de la casa, se colocó el cadáver, y los cargadores con sus cuerdas lo ataron á los barrotes y se lo echaron al hombro. Seis ú ocho mujeres, el oficial de sastre y el fingido dormilón, fueron incorporados, y la comitiva así, en cuerpo de patrulla, salió de la funesta casa de vecindad y se encaminó á la Acordada. Con el trote de los cargadores las cuerdas se aflojaron, y ya colgaba una pierna desnuda de Tules por un lado, ya por el otro se columpiaba un brazo, que rozaba la cara del cargador que iba delante. Varias veces, antes de llegar á la cárcel, descansaron, para atar mejor á la muerta y componerle sus desgarradas ropas. En el tránsito la gente curiosa iba delante y detrás de la comitiva y aumentaba en cada calle, de manera que cuando llegó á la Acordada era un verdadero tumulto, de donde brotaba un ruido de voces, chiflidos, gemidos y recriminaciones. Las vecinas, inocentes, llevadas en cuerpo de patrulla, gemían y contaban su aventura á conocidos y desconocidos, estos maldecían á los *cuicos*, nombre con que el pueblo designa generalmente á los agentes de policía, y los soldados rechazaban la gente, se abrían paso y trataban de impedir estas conversaciones. Así llegó esta fúnebre procesión. Tules amarrada en su escalera fué colocada en la puerta de la cárcel, á la espectación de los curiosos, quedando de facción los cuatro hombres y el cabo, y los supuestos cómplices subieron al juzgado, donde nuestro enérgico juez esperaba con impaciencia.

El juez grave y majestuosamente sentado en su sillón, y el escribano con media resma de papel de actuaciones delante, comenzaron el interrogatorio.

Las vecinas á un tiempo alegaron su inocencia y reclamaron su libertad inmediata.

—¡Silencio, silencio!—gritó el juez.—Yo interrogaré á cada una, y después determinaré lo que sea de justicia.

Las vecinas callaron, algunas limpiaron las lágrimas que por el despecho ó la cólera se les salían de los ojos, y el solemne interrogatorio comenzó.

Como sucede entre mujeres, y mujeres que aunque inocentes, tenían mucho miedo á la cárcel y al juez, tartamudearon, se pusieron descoloridas y coloradas, y cada una hizo á su modo la relación de lo sucedido, procurando más bien salvarse que no decir la verdad, de modo que resultaron contradictorias sus declaraciones.

—No cabe duda,—dijo el juez,—están convictas y confesas, son cómplices por lo menos, y han ayudado á ese horrible festín en que poco faltó para que se comieran á esa pobre mujer. En cuanto á los hombres, ya les interrogaremos esta tarde. Que se los lleven á la cárcel lo mismo que á las mujeres, y que todos queden incommunicados.

—Pero señor juez,—dijo una vecina, la de más edad quizá que las otras y que se expresaba con energía,—está usted cometiendo una injusticia: la casera y las vecinas y esos hombres somos inocentes. Con que, porque un borracho mata á su mujer, todos los que vivimos en una misma casa hemos de ser también asesinos y nos han de poner en la cárcel, quitarnos la honra y hacernos perjuicios, dejándonos sin modo de ganar nuestra vida. Sí, señor juez, comete usted una injusticia muy grande. Por lo que toca á mí, soy una mujer honrada, todo el mundo me conoce y principalmente en la calle de Don Juan Manuel, donde entrego dulces hace muchos

años, pues de eso me mantengo. Bastante he sentido á Tules y estoy como con una pesadilla; haga usted lo que quiera de mí, que no diré una palabra más. Dios me hará justicia y me sacará de este apuro.

—¿Qué sabe usted de justicia ni de nada?—le contestó el juez,—y sea más respetuosa con el juzgado. En castigo va usted á quedar encargada de la casa, pues que la casera no podrá volver por ahora, pero cuidado con esconderse, porque la encontraré á usted aunque sea debajo de la tierra.

La vecina vió el cielo abierto y se retiró, jurando antes al magistrado que no se movería de su cuarto, que tendría cuidado de la casa y que estaría á su disposición para cuando la quisiese llamar. Los demás suplicaron, alegaron y protestaron de nuevo, pero el juez les impuso silencio y fueron llevados á la prisión. Los hombres á la *Chinche* (1), las mujeres á las *Recogidas*.

El cadáver ensangrentado y medio desnudo de Tules, fué tendido boca arriba en un banco de piedra lleno de lodo, costras y regueros de sangre seca, en un inmundo salón situado en el piso bajo del edificio, frente á una puerta con reja de hierro que comunica con la calle. Al lado derecho colocaron á un cohetero que ardió la noche anterior con todos sus artificios, y del otro un ahogado que retiraron los serenos de una acequia del paseo. La cara negra, achicharronada del cohetero, y la faz abotagada y tachonada de yerbas acuáticas, formaba un contraste con la fisonomía pálida, dulce y bella de Tules, que parece había respetado la muerte.

En la tarde los elegantes carruajes que van al paseo

(1) Así le llama la gente del pueblo á la cárcel.

de Bucareli se sucedían unos tras otros. Las muchachas, alegres, felices, contentas, que esperaban ver á sus galanes en briosos caballos, volvían la cabeza al otro lado al pasar el coche frente la fatídica reja. Otras cuya curiosidad era invencible y que ya sabían los sucesos, sacaban la cabeza, detenían á su cochero, miraban y decían tapándose los ojos?

—¡¡Qué horror!! ¡Y qué hermosa era la pobre muchacha!

CAPÍTULO XXVIII

Mariana y su hijo

EL palacio feudal de la calle de Don Juan Manuel, desde que se construyó con sus paredes pesadas y gruesas como las de un castillo, sus ventanas interiores con rejas de hierro y sus recámaras espaciosas y oscuras, era triste y severo como la mayor parte de los edificios que bajo un plan morisco se construyeron en México por los ricos descendientes de los conquistadores, pero el tiempo y quizá el modo de vivir de la noble familia que lo habitaba y los pesares secretos que pesaban sobre ella, contribuyeron á darle todavía un tinte más siniestro y sombrío.

Los grifos y los horrendos mascarones que se asomaban al pié de las almenas en la ancha cornisa de la azotea, continuaron arrojando cada año con desesperante monotonía por sus abiertas bocas torrentes de agua, que en la estación de las lluvias inundaban el patio, conti-

nuaron mirando con una especie de enojo con sus redondas pupilas de piedra, á las pocas personas que se aventuraban á penetrar en el zahuán y subir las altísimas escaleras; el viento rudo y frío invadía cada Diciembre los corredores y pasadizos solitarios, y hacía crugir y se llevaba astillas de los ya viejos bastidores; el polvo amarillento y sofocante que en la estación del calor venía de los suburbios sucios y abandonados de la ciudad, reposaba y formaba capas en los ricos jarrones de porcelana y en los dorados tibores del Japón, sin que una mano cuidadosa se atreviese á limpiar ni á reparar las averías y daños ocasionados por el tiempo; parecía que siglos enteros habían transcurrido, que los habitantes se habían quedado dormidos durante muchos años en sus recámaras, y el sol mismo, tan espléndido y radiante en México la mayor parte del año, no era bastante para calentar y desterrar el frío de esa señorial mansión. ¿Por qué pasaban así las cosas? Vamos á explicarlo. El conde, entre sus excentricidades que cambiaban de giro á cada momento, había ordenado que cuando él estuviese ausente, nada de la casa se cambiase de lugar, ni se tocase, ni se hiciese aseo ninguno en los corredores y habitaciones reservadas para la familia, y como en el tiempo corrido había venido tres ó cuatro veces y regresado á las haciendas haciendo en México una corta mansión, nadie se había atrevido á desobedecerlo. Por otra parte faltaba Tules, que había sido una especie de maga cuidadosa y solícita que todo lo que estaba á su cargo relucía por la limpieza, orden y propiedad, y hacía resaltar las curiosidades y objetos de arte que formaban como el complemento de la grandeza de la antigua casa solariega, que recibió durante años los más exquisitos objetos de China, de España y de Flandes.

¿Y Agustina? ¿No era en realidad la ama de la casa, la que dominaba al conde, tenía la caja de cedro con el dinero y disponía á su voluntad de cuanto había en ella? Verdad era esto, pero la pobre ama de *casa grande*, que parecía muy feliz y era envidiada de los criados de los condes de Valle Alegre y de los marqueses del Valle, tenía más bien una existencia moral que prolongaba valientemente con una rara energía, que no una existencia material y física. El polvo, el desaliño, el abandono completo de lo que existía en el palacio de D. Juan Manuel, estaba de acuerdo con sus tristes ideas, más tristes aun con los acontecimientos que siguieron á la fatal aventura del Chapitel de Santa Catarina que dejamos pendiente, y que tenemos necesidad de recordar y reanudar aquí.

Tan pronto como descendió Juan Robreño de la vacilante escalera del sereno llevando envuelto en su capote militar el fruto de su amor, se dirigió á la casa de su tía y lo confió á su cuidado, haciéndole cuantas recomendaciones puede hacer un padre por un hijo, y un hijo de una mujer adorada, que quedaba realmente sin el amparo de sus padres por las raras circunstancias en que le había tocado venir á este mundo.

Advertidas Mariana y Agustina, sobreponiéndose al miedo que tenían al conde, no omitieron nada para proporcionar al recién nacido cuantas comodidades pueden imaginarse. Excelente nodriza, pañales muy finos, cómoda habitación en el campo, dinero para todo esto sin tasa ni economía. Secundadas la madre y la ama de llaves por la buena tía de Juan Robreño, disfrutaron algunos meses de una dicha que Mariana comparaba á la que disfrutaría en la gloria. En una corta ausencia del conde, Mariana, acompañada de Agustina, se aventuró

á hacer una excursión hasta la casa de campo. Entró temblando, presa de una emoción tal, que era necesario que Agustina la alentase y le ayudase á pasar el umbral de la sencilla y modesta casa de la tía. Le pareció de pronto la peregrinación á un santuario donde la madre inocente iba á ver por primera vez al hijo de sus entrañas, á contemplar en esa animada y débil miniatura como en un espejo, sus propios ojos, su propia boca,* todas sus facciones, lo mismo que todas las facciones del amante, porque debía parecerse á los dos. ¿Y por qué no? Se habían amado, no... mentira, se habían idolatrado, y en las verdes y solitarias sábanas de la hacienda, acaso inocentemente, sin pretenderlo aún, sin preveerlo, en un supremo y ardiente beso había ella conocido los misterios y los éxtasis del primer amor, pero al dar un paso más un negro pensamiento vino á su mente, como esos siniestros murciélagos que atraviesan repentinamente la mesa de un festín campestre á las horas del crepúsculo. No, no era la esposa respetada ni la madre legítima la que iba á visitar á su hijo y cerciorarse que el aire sano de los campos le daba color á sus mejillas y fuerza y desarrollo á sus pequeños y débiles miembros, sino la hija criminal y culpable que, presa de la zozobra y del remordimiento, iba á excusar á mirar sólo por un instante á un sér condenado tal vez, como ella, á la eterna desgracia y al oprobio.

Mariana, asustada, como si viese venir á su padre, y avergonzada porque en ese momento reconocía la gravedad de su falta, retrocedió, queriendo regresar por donde había venido, pero Agustina la detuvo.

—Ánimo, señora condesa, ánimo, un poco de valor, y entremos. ¿Cómo es posible que nos volvamos

después de correr el peligro de ser descubiertas por el conde, sin que esa criatura inocente sea conocida y arrullada siquiera una vez más en el seno de la madre que le dió el sér?

—Es verdad, Agustina, tienes razón, debo avergonzarme de haber sido débil, pero no supe lo que hice, no lo sé en este momento; quería tanto á Juan, lo quiero tanto todavía, que nada podría negarle; entremos, y en efecto, animada y ligera penetró en el salón buscando únicamente con los ojos, la cuna, la cama, el lugar, la persona que podría tener á su hijo.

La excelente señora, que tenía aviso de la visita, se presentó muy aseada y vestida, y haciendo las debidas reverencias y cumplimientos á la hija del amo y señor, á quien su hermano servía hace tantos años; pero Mariana no vió los muebles ni las criadas que salieron presurosas á ordenar las sillas para que se sentase, ni á la persona que la recibía y la saludaba, nada, sus ojos errantes buscaban una sola cosa... ¿dónde está, dónde está?... Y presa de la emoción se dejó caer en un sillón que oportunamente le había presentado una sirvienta.

—Ya lo verá usted, y pronto,—contestó dulcemente la tía de Juan,—pero repose usted cinco minutos, cálmese usted... Comprendo su emoción y sus sentimientos. No he sido casada, y por consiguiente tampoco he tenido la desgracia ó la fortuna de tener hijos, pero por el cariño que yo tengo á mi hermano, y sobre todo á mi sobrino y á este angelito que me ha confiado, comprendo lo que debe sentir una madre, que vé por primera vez á su hijo después de seis meses de haberlo dado á luz... voy á traerlo, pero cálmese usted, señora condesita, y á esa condición lo verá dentro de breves instantes.

Mariana hizo un esfuerzo, se recobró un poco, tomó la mano de Agustina, y la puso sobre su corazón.

—Tienta como late, se me quiere salir del pecho... no sé si es de placer, de dolor, ó de susto... creo que me voy á morir, este corazón que me parecía duro é insensible como el de mi padre, me quiere ahogar.

La tía entró á las piezas interiores intencionalmente, dilató unos diez minutos, y al fin salió, teniendo en sus brazos un rollizo *bebé*. La nodriza y las criadas, por orden de la tía, se habían retirado, para dejar á Mariana toda libertad, y porque aunque fieles y de confianza, no convenía que se impusieran más de lo necesario de los secretos de la familia.

Mariana tomó en sus brazos al niño, y sus preocupaciones, su miedo, sus negros pensamientos, volaron en el acto; una santa sonrisa de madre amorosa, vagó en sus labios, sus ojos brillaron con fuego divino como en el momento mismo que conoció el amor, y se quedó contemplando con un delicioso éxtasis la faz tranquila é inocente del niño que miraba con fijeza y atención esa nueva figura que no había antes conocido; quiso llorar, y como esquivarse, pero como esa nueva figura era hermosa, concluyó con habituarse á ella en pocos minutos, y parece que con una sonrisa la adoptó, la reconoció como á su madre.

—¡Ah,—exclamó Mariana llena de alegría,—iba á llorar, le asustaba yo, no me había visto, pero ya se sonrió, ya me conoció, ya me reconoció!... sí, soy tu madre, tu madre, hijo mío, delante de todo el mundo lo diría, á mi padre mismo aunque me matara, y si te viera tan hermoso, tan inocente, me perdonaría.

Y Mariana estrechaba á la criatura en sus brazos, y la

cubría de besos, ojos, carrillos, las manecitas, los brazos, lo quería volver á su seno y guardarlo allí. Agustina y la tía retiraron discretamente, aunque con dificultad, el niño, de los brazos de la madre, porque continuando su entusiasmo amoroso, hasta lo podría haber ahogado, y lo entregaron á la nodriza.

Siguió después una conversación animada que degeneró en una discusión de proyectos á cual más atrevidos. Mariana, por nada del mundo quería separarse de su hijo, se lo llevarían al palacio de la calle de D. Juan Manuel, y se diría que era un huérfano que se había encontrado al abrir el zahuán en la mañana. Eso era quimérico. El conde no lo creería, y si lo creía, enviaría al huérfano inmediatamente á la cuna.

Mariana no quería regresar ya á casa sin su hijo. Como tenían dinero de qué disponer, ella y Agustina se marcharían en secreto á un lugar ignorado por el rumbo de Puebla ó Veracruz, y allí vivirían como campesinas, como propietarias de un rancho que comprarían expresamente... ¡Quimera también! Agustina dijo que todo era una locura, y que ella, primero moriría que robar la caja del conde, y fugarse con su hija, y que aun cuando se resolvieran á hacerlo, no tardarían en ser descubiertas y castigadas, y que así Mariana quedaría eternamente separada de su hijo.

Pensó Mariana, y pensaba mil proyectos encontrados, confesarlo todo á su padre, pedirle perdón de rodillas, y presentarle á su hijo. Su corazón duro tendría necesariamente que ablandarse, si las manecillas rosadas de un ángel acariciaban su negro y retorcido bigote.

—Yo no comprendo, ni menos puedo entender ahora esto que se llama nobleza,—decía Mariana con una en-

tera convicción.—Mi padre es noble y mi madre era también noble, se casaron, y fueron muy desgraciados. Si yo me hubiese enamorado de un indio, ó de algún ranchero de las haciendas, tal vez mi padre tendría razón, pero Juan es blanco como mi padre, gallardo, tal vez más gallardo que él, hermoso, porque Juan tiene cuanto puede tener un hombre para cautivar á una mujer, y su ocupación, como la ha sido la de mi padre, es la honrosa carrera de las armas. ¿Por qué no dejarme casar con él, que hubiese sido un buen hijo, y el apoyo y sostén de la casa? ¿El dinero? Yo no necesito dinero para vivir con Juan. En un rancho, en un pueblo, en cualquier parte estaría bien, con tal que lo tuviese á él y á mi hijo, y si el dinero sirve para hacer á las familias y á los nobles desgraciados, valía más no haber nacido.

—Ni que pensar tampoco en esto, señora condesa,—le dijo Agustina.—Conozco, como si fuese mi hijo, el carácter del conde. No tendrá piedad ni de usted ni del niño. Capaz era de quitárselo á usted de los brazos y estrellarlo contra la pared.

—¿Cuál es el parecer de usted, señora Robreño?—le interrogó á la tía de Juan.

—Salvo lo que Dios dispusiera,—respondió la tía,—y por lo que desde hace años he oído decir del conde, me parece que primero se dejaría ahorcar que casar á la señora condesa con el hijo de su administrador. Si Juan, con el tiempo, fuera coronel ó general, tal vez...

—Ni aún así,—le interrumpió Agustina.—El señor conde tiene mucho á su nobleza, y á sus antepasados, que dice que estuvieron en la guerra de Flandes... y qué sé yo... en sus pocos ratos de buen humor, y cuando necesita dinero y me lo pide, aunque al fin es suyo, me ha

solido platicar cosas de sus abuelos, cosas que sería largo de contar, pero lo que sí se me ha quedado grabado, es que siempre ha dicho que primero quería ver á su hija muerta, que no casada con uno que no fuera igual en sangre y en nobleza.

—Bien, si eso es así,—dijo Mariana,—no me queda más extremo sino abandonar para siempre mi casa, y fugarme con Juan; pasado un año, dos años, se habrá disminuído el enojo de mi padre, y entonces quiera que no, tendrá que perdonarnos.

—Por de pronto,—le respondió Agustina,—también es eso imposible, porque en realidad, no sabemos dónde se halla Juan. Hace un mes andaba por las cercanías de la hacienda del Sauz, y así me lo escribió D. Remigio, pero hoy no sabemos dónde se encontrará, y desde luego algo le impide venir á México, y la señora condesa sabe esto más que yo, pues que ha recibido sus cartas.

—Es verdad, Agustina,—dijo tristemente Mariana,—no puede venir, sería fusilado, pues que desertó delante del enemigo. Todo lo ha perdido, posición, dinero, honor. Jamás hombre alguno en el mundo habrá hecho tanto por una mujer como Juan por mí... no, no hay otro remedio, invocaré la ley, arrostraré la cólera de mi padre, confesaré ante todo el mundo mi debilidad, reclamaré la herencia que me dejó mi madre, y me uniré eternamente con el que es ante Dios mi legítimo esposo, y no me separaré más de mi hijo.

—¿Pero Juan podrá hacer lo mismo? ¿no está juzgado por desertor y sentenciado á ser pasado por las armas donde quiera que se le coja?

—Es verdad,—contestó Mariana,—lo acababa de de-

cir, y lo había olvidado, y formaba ya ilusiones de dicha y libertad, y soñaba con una vida de familia, pero por Dios crucificado, yo no puedo vivir así, algo he de hacer, y un día, cuando Agustina menos piense abandonaré el fúnebre palacio, que todo él me parece una tumba, y marcharé, no sé cómo, hasta encontrar y reunirme con el proscrito. Es mi deber, pues que todo lo ha perdido por mí, yo debo perderlo todo por él.

Mariana, al acabar de decir con decisión estas palabras, se levantó del canapé donde estaba sentada, comenzó á pasearse con agitación de uno á otro extremo de la sala, y á mirar á intervalos de una manera extraña á la tía de Juan y á D.^a Agustina, las que alarmadas, y temiendo que la pobre madre perdiese el juicio, procuraron calmarla con las más dulces palabras, y prometiéndole que pensarían más adelante en un proyecto que tuviese menos riesgos é inconvenientes, y que le diera el resultado de reunirse con Juan, al que iban á escribir por conducto de D. Remigio, que pidiera un indulto al Presidente ó al Congreso. Mariana movía la cabeza, con un aire de duda y de desconsuelo, y aunque hacía esfuerzos no le era dable dominar la agitación nerviosa que le había acometido, cuando pensó detenidamente, quizá por la primera vez, en las dificultades de su vida, y en la eterna soledad á que estaba condenada, no obstante tener dos seres queridos á quienes amaba de todo corazón.

Agustina entró á la recámara, trajo al niño en brazos y se lo presentó.

—Por él, todo por él, señora condesa. Valor y confianza en Dios. Nuestra Señora de las Angustias, esa Virgen dolorosa, que hizo un milagro en el Chapitel de Santa

Catalina, cuando no teníamos ya esperanza alguna, hará otro mayor el día que menos lo pensemos.

—Sí, por él, todo por él,—dices muy bien, Agustina,—respondió la condesa, se quedó contemplando largo rato á la pequeña criatura, le dió un amoroso beso, y dos hilos de silenciosas lágrimas se desprendieron de sus grandes ojos negros.

La crisis había pasado. Las dos buenas gentes aprovecharon este momento favorable, y condujeron á Mariana al coche que la esperaba en la puerta, y antes de dos horas, subían ama y criada mudas y tristes, las grandes escaleras del palacio de la calle de D. Juan Manuel.

El conde, una semana después de esta escena, regresó de Pachuca, donde había ido por negocios de minas, y pocos días después, dispuso continuar el viaje para la hacienda del Sauz. Mariana tuvo que seguir á su padre y Agustina quedó encargada, como siempre, de la casa. Durante muchos meses ni criados, ni cartas de la hacienda. El conde vendía sus esquilmos allá, y de vez en cuando tocaban el gran aldabón del zahuán de la casa de D. Juan Manuel y se presentaba algún dependiente español á entregar á Agustina mil ó dos mil pesos, de los que daba recibo y guardaba en la caja que á poco más ó menos estaba llena. Cuando terminaba la fiel ama de llaves sus pocos quehaceres, salía á dar sus paseos á la calle, que se reducían á una visita á su casita del Chápitel de Santa Catarina, donde rezaba fervorosamente delante de la magnífica y milagrosa imagen de Nuestra Señora de las Angustias, pidiéndole sacase á la condesa y á su amante ó esposo de la terrible situación en que se hallaban, y que le diese á ella vida y fuerza para ayudarlos en todo. Consolada y llena de esperanzas, seguía su

paseo, que tenía por objeto hacer algunas indagaciones sobre la situación y vida de Tules, y las más veces tomaba un coche y terminaba la excursión en la casa de campo, donde colmaba de caricias al *bebé*, y nunca dejaba de llevarle algún juguete propio de su edad, volvía, si no contenta, al menos resignada á la triste mansión.

Un día que fué á la casa de campo, la tía de Juan le dijo que la nodriza había ido con el niño á los Remedios donde tenía su casa. No le pareció bien á Agustina, pero no dijo nada y se marchó. A la semana siguiente hizo otra visita, tampoco estaba el niño, una conocida que lo quería mucho, lo había llevado á su casa, y la nodriza había ido precisamente á buscarlo. Agustina no esperó porque era tarde, y nada sospechó.

Al mes siguiente, nueva visita, tampoco estaba ni el niño ni la señora. Agustina sospechó que alguna cosa pasaba y volvió á los dos ó tres días resuelta á aclarar el misterio.

—Espero, señora Robreño, que en esta vez veré al niño; han pasado ya dos meses y cuantas ocasiones he venido no lo he encontrado. Ahora de por fuerza lo tengo que ver, no me marcharé de aquí, dormiré en este canapé si es preciso.

La tía no hallaba qué responder, enclavijaba las manos, quería levantarse, echarse á los piés de Agustina, llorar, gritar, nada... la vergüenza, el pesar... el remordimiento, cuantas sensaciones punzantes puede tener una alma honrada que ha cometido una falta aunque sea involuntaria, tantas así se retrataban en la fisonomía martirizada y casi moribunda de la infeliz mujer, hasta tal grado, que Agustina misma tuvo que ocurrir en su ayuda.

—Seréne usted un poco, señora, y refiérame con verdad lo que ha pasado con esa desgraciada criatura. ¿Ha muerto? Grandísimo pesar para la condesa, pero quizá sería mejor por que...

—No, no señora, no ha muerto, porque en el acto lo habría avisado á usted, y como dice, habría sido un beneficio que Dios habría hecho á mi sobrino y á la señora condesa. Lo habría sentido porque lo amaba como mi hijo, pero estaría tranquila y resignada.

—Entonces... me asusta usted. Diga por Dios, y acabaremos las dos de sufrir este nuevo martirio.

—Verá usted,—continuó la señora Robreño con una voz todavía tan trabajosa y aterrorizada como si acabara de suceder lo que iba á referir,—mi costumbre ha sido desde hace muchos años el ir á la villa de Guadalupe el día 12 de Diciembre y pasar todo el día en la catedral, en el cerro y en la capilla del Pocito. Tomé un coche por todo el día y llevé á la nodriza con el niño, no queriéndolo dejar solo, y en el curso del día no me despegué de él, y donde yo iba allí también iba la nodriza y el niño, había mucha gente, y yo no quería que lo fuesen á lastimar á la salida y la entrada de los templos. Ya en la tarde, salimos á tomar el fresco y á buscar el coche, que no tardamos en encontrar, se acercó é íbamos á montar en él... la desgracia... la fatalidad... la voluntad de Dios... yo no sé... me vuelvo loca al recordar lo que pasó... quería que el niño tuviese una medalla de plata de la Virgen de Guadalupe... Mira, Josefa, le dije á la nodriza, en un momento voy á comprar una medalla, pronto vuelvo y nos iremos, mucho cuidado con el niño... ya sabes, aquel coche amarillo que está junto al Portal es el nuestro, si me dilato, ve y monta en él

porque la tarde está fría y será mejor que no le dé el aire al niño. Entré á la iglesia á comprar la medalla, me dilaté en verdad, porque había mucha gente comprando medidas y medallas... cuando volví no encontré á la nodriza que dejé cerca del convento de las Capuchinas, me dirigí al coche, nada... interrogué al cochero, y la había visto pasar corriendo sin el niño... no caí muerta... porque Dios es grande, y porque creo que me ha dejado la vida para que pague mi descuido, mi crimen, D.^a Agustina, pues que es un crimen no haber cuidado como debía á la prenda preciosa que me entregó mi sobrino.

—Y qué...

—Entre á la iglesia,—le interrumpió la señora,—registré hasta los últimos rincones, pregunté á todo el mundo, encargué al sacristán, á las vendedoras de tortillas, á los cocheros, á todo el mundo que me buscasen á la nodriza ofreciéndoles dinero, mucho dinero; vagué y corrí como una loca por toda la villa, subí al cerro, entré y salí á las capillas no sé cuantas veces, y ya exánime y sin fuerzas subí en el coche, y cerca de las diez de la noche regresé á esta casa donde conservaba una remota esperanza de encontrar á la nodriza... nada. En la tarde se me presentó bañada en lágrimas... ¿El niño, el niño, le pregunté apenas la ví, dónde está, que has hecho de él, lo tienes, no es verdad? La pobre mujer, sí pobre, porque no fué más que un descuido como el que yo tuve, no hizo más sino arrojarse á mis piés y sollozar hasta sofocarse. Fué un instante, me dijo, cuando pudo hablar, y lo juró por la sangre del Señor, fué un instante el que dejé al niño entretenido y gateando, y me puse á hablar con mi marido, al que hacía más de dos meses que no veía... cuando volví la cara el niño había desaparecido...

Toda la noche, todo el día de hoy lo he buscado, máteme usted, mándeme á la cárcel, á todo estoy dispuesta. ¿Qué había yo de hacer, si yo era más culpable que ella?...

Agustina y la señora Robreño se pusieron sus pañuelos en los ojos, y media hora lloraron silenciosamente.

Matiana, inspirada, según ella creía, por la Virgen de Guadalupe, aprovechó el momento en que la nodriza, entusiasmada por las caricias del marido, se apartó á un rincón del convento, se apoderó del chicuelo, y trotando trotando en la fría tarde de Diciembre, atravesó el solitario y salitroso llano de Zacoalco.

Ya el lector sabe la suerte de Juan, oprimido como en un molino, entre las supersticiones religiosas y las supersticiones nobiliarias.

Ya que hemos echado una mirada retrospectiva, antes de volver al juzgado de lo criminal, diremos que los proyectos de Mariana cayeron y acabaron ante la severidad del conde. Iba y venía á México. Unas veces dejaba á su hija en la hacienda bajo la estrecha vigilancia de D. Remigio, otras la traía á la capital, hacía que se vistiera con el mayor lujo, que se adornase con las mejores alhajas de su difunta madre, y la presentaba y llevaba á visita en casa de sus parientes y de toda la nobleza. Una noche le dió la humorada y la llevó al teatro al palco del marqués de Ribas Cacho. Pocos de los concurrentes oyeron con atención la ópera hoy olvidada *Elizabeta Reyna de Inglaterra*. Mariana llamó la atención por su hermosura y por las joyas que relucían en su pecho, en su cabeza, en su corpiño. Los nobles y no nobles, muchos de los cuales tocaban en la ruina, formaron diversos y bien combinados proyectos; mujer boni-

ta, noble y con dinero, ¡qué ganga! El conde del Sauz, no obstante la aversión que tenía á los marqueses de Valle Alegre, como Mariana se iba *haciendo grande*, no pudiendo hacer cosa mejor, formó el proyecto de casarla con el primogénito, con el mayorazgo. No estaba bien de intereses, tenía muchas deudas, las haciendas estaban hipotecadas, pero esto no importaba mucho, al fin era noble.

El conde, al llegar á la casa de vuelta del teatro, anunció á su hija la resolución de casarla con el heredero de la casa de Valle Alegre.

Mariana no respondió una palabra. La noticia la dejó fría como una estatua de mármol. ¿Tendría que sufrir nuevos martirios, nuevas contrariedades? quién sabe lo que sucedería. No pudo menos de levantar los ojos y echar á su padre una mirada de desdén, casi de desafío.

El conde se la correspondió y tuvo movimientos nerviosos, quién sabe lo que quería hacer, pero se dominó y entró á su recámara dando con la puerta en la cara á Agustina, que, como de costumbre, salía de la alcoba después de haber puesto la luz y arreglado la cama.

La aparición de Mariana en el teatro fué como una de esas luminosas lluvias de luceros que caen del cielo en el mes de Diciembre. El conde y su hija marcharon á la hacienda, y los proyectistas que esperaban muchacha bonita, noble y con dinero quedaron cruzados de brazos.

Ausente Mariana, la señora Robreño y Agustina convinieron en ocultar el suceso, y dar al niño por vivo, sano, robusto, y creciendo cada vez más gracioso y bello, y al echarse sobre la conciencia esta mentira, prometieron también seguirlo buscando por todos los medios posi-

bles. No podían ocurrir al gobernador ni á las autoridades de la ciudad y de los pueblos, ni poner avisos en los periódicos, porque eso hubiera sido lo mismo que publicar la deshonra de Mariana y de la noble y antigua casa del Sauz. Si Juan ó Mariana volvían á México, ya pensarían lo que debía decirseles, ó quizá para entonces se habría encontrado el perdido niño.

Pero pasaron días y días, el niño no pareció, y este pesar añadido al que tenía diariamente con las noticias de la miserable vida que llevaba Tules, influyeron en el ánimo de Agustina, y la redujeron al precario y lastimoso estado que hemos procurado describir al principio de este capítulo.

Volveremos, y ya es tiempo, por el rumbo de la Acordada.

Cuando los dos piquetes de tropa salieron cada uno para el lugar que se les había designado para prestar mano fuerte en caso necesario para la aprehensión del asesino de Tules y sus cómplices, el licenciado Crisanto tuvo un momento lúcido, y una oportuna reflexión le vino á la cabeza con la velocidad de un relámpago. Salió de la oficina y le ordenó al portero que corriese tras del piquete que se dirigía á la casa de D. Juan Manuel, y lo hiciese regresar al cuartel.

—¡Qué barbaridad iba yo á hacer! un escándalo sin resultado y un golpe en vago tal vez, y luego el conde, á quien no conozco, pero del cual tengo las peores noticias, no se quedaría callado, y un día ú otro se me vendría encima personalmente á las estocadas y no le faltaría ni razón ni pretexto, y además su influjo con las per-

sonas del gobierno es seguramente mayor que el que yo tengo... borrico, si no soy más que un borrico, y si así sigo en mi carrera, en vez de ministro de Justicia, ni alcalde de mi pueblo seré... pero, vamos, á tiempo enmendé el disparate... ya estoy tranquilo, y...—y concluyó su monólogo porque oyó ruido de armas y con sus propios ojos vió que el piquete de tropa había entrado al cuerpo de guardia. Continuó paseándose y meditando hasta que, como hemos visto, se le presentaron los supuestos cómplices.

—Es menester reponer las actuaciones,—dijo Crisanto al escribano luego que quedaron solos;—íbamos á cometer una torpeza. Poner en la cárcel á cuatro ó seis mujeres, criadas ó lavanderas, ó dulceras, y á otros tantos hombres vagos y mal entretenidos, como hay en México, nada tiene de extraño, ni hay responsabilidad alguna, pero atacar á mano armada la casa de un particular rico, de un conde, eso ya es grave. Mandé retirar el piquete de tropa á tiempo.

—Esa era mi opinión privada, señor juez, y no se canse usted, las leyes no se han hecho para los ricos, ni la justicia habla con los poderosos. Llevo muchos años de experiencia, he servido al lado de jueces muy severos, y jamás se ha logrado el castigo de un rico, ó de una persona de alta significación política. Repondremos las actuaciones,—y el notario, tomó papel limpio y comenzó á escribir.

—Lo que debemos hacer,—continuó el juez,—es que usted mismo vaya mañana en casa del conde, con un orden del juzgado, y un soldado con su bayoneta por lo que pueda suceder. Si el conde está en la casa, lo trata usted con el mayor miramiento y cortesía, y le asegura

que el juzgado sólo por cumplir con su deber, manda registrar la casa donde, según declaraciones y denuncia, debe haberse escondido el asesino (sin que él tal vez lo sepa) y que... en fin, usted es práctico en estos asuntos y sabrá *pendolear* las cosas de modo que podamos tener siquiera indicios de la culpabilidad del conde, y entonces ya será otra cosa. En cuanto á esas gentes, ya irán diciendo la verdad, entre tanto en la cárcel están muy bien.

Al día siguiente, antes de medio día el aldabón de la casa de D. Juan Manuel resonó de una manera imponente y lúgubre contra el mascarón de bronce. El escribano entró, y el soldado con su bayoneta quedó paseando con disimulo por la calle. El conde y Mariana estaban en la hacienda. Agustina en su cuarto, leyendo sus libros devotos, y rezando sus oraciones. Triste, abatida, enferma, porque sus esfuerzos habían sido inútiles. Pasos, dinero gastado, mozos y correos por los pueblos, mujeres que no tenían más oficio que preguntar é indagar sobre niños huérfanos ó abandonados; muchas veces fué interrogada Jipila en su puesto de herbolaria en la plaza, ó en la esquina de Santa Clara, pero no dijo nada, ni cómo había de decir; así todo fué inútil, y el pesar y el remordimiento acababan también con la vida de la tía de Juan Robreño. Este había escrito que estaba decidido á arrostrar la muerte y á presentarse á la autoridad militar en la capital, que quería ver á su hijo, casarse con Mariana para salvar su honor y morir fusilado con el valor con que mueren los soldados mexicanos. ¡Era una locura! pero de todo muy capaz Juan Robreño, y cuando resonó el aldabón, dió un vuelco el corazón de Agustina, y temblorosa y demudada, se asomó por entre las macetas marchitas y empolvadas del corredor.



En vez de Juan Robreño, á quien esperaba de un momento á otro, se encontró frente á frente con una persona desconocida, que sin saber por qué, le inspiró más miedo que el fugitivo á quien aguardaba.

—Un asunto muy grave me ha obligado á venir á esta casa, y enviado por el juez, deseo hablar un momento con el señor conde.

—El señor conde hace meses que está en la hacienda, —le contestó Agustina ya un poco tranquila, pues estaba acostumbrada, con motivo de los asuntos de la casa, á recibir las visitas de curiales y notificaciones de los jueces.

—Si me engaña usted, sepa que incurre en una grave responsabilidad y perjudica á los mismos intereses del conde.

—Digo la verdad, y si de asuntos se trata, puede usted entenderse con su abogado que es el licenciado Olañeta. Todo el mundo lo conoce.

—Y como que sí,—respondió el escribano,—pero se trata de un asunto personal, y una vez que el señor conde está ausente, me permitirá usted que registre la casa, sin que haya necesidad de usar de la fuerza. En la calle está un soldado y á una señal mía, vendrán del cuartel los que se necesiten.

—Ni Dios que lo permita, ¿para qué traer soldados á la casa del señor conde?—repuso Agustina.—La noticia, aunque yo no se la diera, le iría á la hacienda, y estoy segura que vendría á matar al que le hubiera hecho la ofensa de introducir tropa en su casa. ¿Pero qué quiere usted? ¿qué busca? ¿por qué registrar así una casa noble y honrada?

—Aquí tiene usted la orden del señor juez,—le contes-

tó el escribano, enseñándole un papel.—Dígame si obedece ó no, que es lo que necesito saber.

—¿Y qué quiere usted que haga? pase usted, pase por todas las piezas de la casa.

Agustina, seguida de las criadas que habían asomado la cabeza al oír una voz desconocida, sirvió de guía al escribano, que registró cuidadosamente hasta los rincones, admirando más los muebles antiguos, las preciosidades artísticas, las armas, las ricas sobrecamas de china, la vajilla de plata maciza colocada en los aparadores, los espejos y lámparas de Venecia, que no buscando á un reo, á quien bien sabía que no había de encontrar allí.

—Ya ve usted, señora,—dijo el escribano, después de haber dado vuelta á la casa, y al salir por la parte opuesta por donde había entrado,—que conforme con las instrucciones del señor juez, me he portado con toda moderación, y así espero que usted lo escriba al señor conde; nada se ha tocado, nada se ha quitado de su lugar y sólo por fórmula ó más bien por admirar la sobrecama china, la he levantado un poco y mirado debajo de la cama...

—Es mucha verdad,—le contestó Agustina,—y así lo diré al señor conde, que acaso vendrá pronto, pero ya que usted ha registrado la casa ¿me podría decir el motivo?

—Creía haberlo referido al enseñarle la orden del juez, pero es verdad, con tantas cosas que tengo en la cabeza, se me había olvidado. He venido en busca de un reo, que, según denuncia que recibió el juzgado, debía hallarse oculto aquí, seguro de que no sería buscado en una casa como esta; es decir, que había tomado iglesia, como sabrá usted que se hacía en otros tiempos. Un asesino

que lograba entrar en un templo, se consideraba á poco más ó menos salvado, pero hoy ya se acabó eso y todos somos iguales ante la ley.

—¿Pero qué clase de reo podría encontrar asilo en esta casa, y con mi consentimiento? ¿Se figura usted acaso?...

—Nada me figuro, señora. Ese reo que busco es nada menos que autor de un asesinato, y se quedaría usted aterrorizada, si supiese los pormenores.

—¡Cómo! señor juez, señor escribano, no sé lo que es usted, pero explíquese por Dios ¿por qué venía usted á buscar á ese hombre aquí?

—Porque su mujer ha sido criada y educada en esta casa, y de aquí salió para casarse, después de casada marchó con su marido á la hacienda, y después... el juzgado tiene ya todos los hilos, y nada pierdo en decirle á usted esto, porque de una manera ó de otra nos ha de ayudar usted á descubrirlo.

—¿Y después qué? ¿después qué? acabemelo de decir por Dios,—le interrumpió Agustina con creciente agitación.

—Creo habérselo dicho á usted ya desde que entré... La asesinó.

—¿A quién asesinó? ¿por Dios, á quién?

—Pues á su mujer, ¿no comprende usted?

—¿Y esa mujer?

—Se llamaba Tules, así consta en las diligencias.

—¡Pero eso no es verdad!

—¡Ojalá y no lo fuera, en la Acordada está su cadáver hecho pedazos!

—¡Jesús sacramentado! ¡Tules asesinada! ¡mi pobre Tules! ¡mi hija... y yo... yo que la casé con ese malvado, yo, yo he tenido la culpa, yo la he matado!

Agustina sofocándose, no pudo decir más, y habría caído en el suelo, á no ser los brazos de las criadas que la recibieron y la llevaron casi exánime á su alcoba.

El escribano, no obstante su carácter frío y lo acostumbrado que estaba á escenas semejantes, no pudo menos de compadecer á la camarista, y se retiró convencido de que no podía estar allí oculto el reo, y de que el conde poca ó ninguna parte había tenido en tan trágico suceso. Salió de la casa, ganó para el juzgado y dió cuenta al juez de las diligencias que había practicado, y de la impresión que la noticia hizo en la ama de llaves.

A los dos días de estos sucesos *El Eco del otro Mundo* publicó un suelto.

«Las activas providencias dictadas por el integérrimo juez D. Crisanto, han dado por resultado el descubrimiento de los autores y cómplices del horroroso asesinato, cometido en la casa de vecindad de la Estampa de Regina. La causa se sigue con actividad, y pronto será satisfecha la vindicta pública con la muerte de los culpables. Debemos añadir que estábamos mal informados, y que ningún marqués ni conde tiene que ver, ni está mezclado, ni de cerca ni de lejos, en este horroroso crimen.»

Como había en la ciudad cuatro, seis ó más marqueses, se alarmaron, tuvieron una junta y resolvieron pedir explicaciones á la redacción, quedando encargado de sostener el lance el marqués de Valle Alegre, que había tomado lecciones de esgrima con el Chino. No llegaron las cosas á mayores, y el redactor que hizo reflexiones análogas á las que había hecho el juez, no tuvo dificultad en hacer cuantas aclaraciones se le exigieron.

Agustina perdió la habla y el conocimiento. Las cria-

das, fieles y solícitas, se dividieron en el trabajo, unas fueron por el médico, otras, quedaron atendiendo á la camarista y las que más querían á Tules corrieron á la Diputación y á la Acordada para reclamar su cadáver y enterrarlo decentemente; pero pena perdida, en ese momento era tirado en un carretón, y encima de sus blancas y frías carnes, el borracho abotagado y el cohetero carbonizado y hecho un chicharrón.

CAPÍTULO XXIX

El puerto de San Lázaro

IMPOSIBLE de creer que una ciudad como la capital de la República Mexicana, situada en la mesa central de la altísima cordillera de la Sierra Madre, pueda haber un puerto. Pues lo hay muy importante y concurrido. Es el puerto de los lagos del Valle, lagos que si en la estación de las lluvias amenazan derramarse sobre la ciudad, por falta de las obras hidráulicas necesarias para contenerlas y darles salida, contribuyen, como lo dijo el Barón de Humboldt, á que el clima de México sea uno de los más suaves y benignos del globo. Tendidos en el Valle, como inmensos espejos donde se retratan las altas montañas, saturan la atmósfera de la humedad necesaria, aumentan la belleza del paisaje, proporcionan trabajo y alimento á la clase indígena, y medios fáciles de comunicación con las poblaciones situadas en un radio de diez á doce leguas. Quietos y tranquilos en el invier-

no, en el verano, las tempestades y trombas de las montañas vienen á descargar en ellos con horroroso estrépito de rayos, granizo y viento, y sus aguas aumentadas considerablemente de volumen, levantan olas como las de la mar, que no pocas veces han hecho naufragar escuadras enteras de canoas cargadas con los granos y productos valiosos de las haciendas de Chapingo y Tepeitlan.

El lago de Texcoco es de agua salada y el más histórico y célebre de todos, porque era una especie de mar interior que separaba los Imperios de México y de Texcoco. Los aztecas, en tiempos remotos y después de una peregrinación más larga que la de los israelitas á la tierra de promisión, llegaron al lago de Texcoco, vieron la águila parada sobre un nopal, teniendo en sus garras una culebra (que es el emblema de las armas mexicanas) y se detuvieron por orden de su Dios, fundaron una ciudad y más adelante, por medio de atrevidas expediciones y conquistas, aumentaron el territorio y lograron que el imperio fuese célebre realmente hasta el día de hoy, pues los historiadores más célebres, y los hombres más eminentes en las letras, se han ocupado de esta extraña historia que no tiene igual en el mundo y que aún está llena de misterios que no ha sido posible descubrir. Los aztecas tuvieron que sostener guerras terribles con la República de Tlaxcala, que quería conquistar, no la nación, sino la sal de que carecían sus habitantes. Los lagos varían de nivel, derraman los unos sobre los otros y se comunican por canales construídos desde el tiempo de los aztecas. Sus orillas están como salpicadas de pueblecillos de indígenas, con sus jacales de tule ó de piedra suelta techados con las fuertes hojas del maguey y forman un pin-

toresco y variado escenario vistos desde las alturas, pero examinados de cerca, se encuentra la tristeza y la miseria. En los tiempos de la grandeza y preponderancia del Imperio mexicano que, como la Alemania, hoy logró establecer la hegemonía entre las repúblicas y monarquías que lo rodeaban, en esas poblaciones *riveranas*, reinaba la vida, la abundancia y el movimiento. Tenían veinte veces más habitantes que hoy; se dedicaban á la pesca, á la agricultura y al comercio, y sus embarcaciones navegaban día y noche é iban á atracar cerca de los palacios de los emperadores. Nada era también comparable al esplendor, riqueza é industria del Reyno de Texcoco en los tiempos del filósofo rey *Netzahualcoyolt*. A pesar de la conquista, de las guerras civiles, de las enfermedades y pestes y todo género de calamidades que durante siglos han caído sobre esos pueblos, conservan restos de su actividad, y bajo una apariencia de desolación y de ruina, existe un comercio activo entre la gran ciudad y esas pobres aldeas, y las aguas de los lagos y los canales están surcados por multitud de embarcaciones, y en ciertas épocas del año, en la Semana de Dolores, por ejemplo, el comercio sólo de las flores, parece increíble, pero importa miles de pesos, y el extranjero que visite el país con algún interés histórico y no con la fatuidad, ignorancia y malevolencia de algunos viajeros franceses, encontrará mucho que le dé una idea de los tiempos anteriores á la conquista. Las indias aseadas, con su liso cabello negro, sus blancos dientes que enseñan con su franca y sencilla risa, vestidas con sus huepiles y enaguas de telas de lana ó algodón de colores fuertes, y conduciendo hábilmente sus ligeras chalupas llenas de legumbres ó de flores, presentan un aspecto pintoresco y

un tipo agradable que no se puede encontrar en ninguna parte de Europa, y que no es tampoco, el de esos isleños, flacos, demacrados, desnudos, de un color pardo negro, que forman á la vez la delicia y el desprecio de los navegantes de largo curso y que en todas posiciones y con cualquier motivo vemos continuamente reproducidos hasta el fastidio en los grabados de madera de los periódicos pintorescos.

El canal de la Viga, surcado por más de cien chalupas y canoas cargadas de flores, con sus casas ruinosas por un lado, que se semejan á las de los canales interiores de Venecia y que fueron una cierta época residencias suntuosas de los ricos, y por el otro las anchas calzadas con arboledas, llenas de carruajes lujosos y de caballeros, con el pintoresco traje nacional, tiene un aspecto de novedad y de interés histórico, pues se puede á la vez y en un mismo cuadro observar la raza antigua indígena con sus trajes y costumbres primitivas y la gente criolla de origen español con las pretensiones aristocráticas del lujo parisiense.

Pero el verdadero puerto no es ni la Garita, ni el canal de la Viga, sino San Lázaro, barrio desaseado (como desgraciadamente lo son la mayor parte de los barrios de la ciudad), árido, porque faltan la agua, los jardines y las arboledas y lejano del centro de los negocios.

A pesar de las malas condiciones del terreno, el tráfico y el comercio lo animan. Por ese puerto recibe México los granos y semillas de las haciendas situadas en las márgenes del lago de Texcoco, las azúcares y frutos de la Tierra Caliente que conducen los arrieros hasta Chalco, que es como se dice la boca de la Tierra Caliente, ó más bien una especie de puerto de depósito, el carbón, leña

y madera que se labra en las montañas y otra multitud de producciones que sería largo mencionar. Este tráfico, se hace por medio de chalupas y de las canoas trajineras de que ya tiene una idea el lector y que en gran número entran y salen diariamente, ó permanecen días enteros fondeadas, esperando la carga y los pasajeros (1).

Tenemos que suplicar al lector que nos acompañe, aunque sea por un momento, á la garita de San Lázaro, sin obligarlo á entrar en ese asquerosísimo hospital donde tantos infelices van acabando su vida atacados de un mal que no tiene remedio, y que tan poco han estudiado hasta ahora nuestros sabios doctores de la justamente célebre Escuela de Medicina de México, muy distinta de la Universidad donde hicieron sus estudios los famosos Codorniu, Huapillo, Villa y quizá tal vez el nunca olvidado D. Pedro Escobedo.

Son las ocho de la mañana, el sol con su ancha cara mira alegre á los habitantes de México, desde un cielo azul que apenas está bordado en el horizonte con algunas leves nubecillas blancas con una franja de oro brillante, metódica y graciosamente ondulada, como hecha por esa madre naturaleza tan hábil, tan artista, tan inteligente y sobre todo tan benévola para los que habitan los países tropicales. Las canoas trajineras que la noche anterior han salido del puerto de Depósito de Chalco, comienzan á divisarse á lo largo del canal, y las

(1) La construcción de los caminos de fierro ha modificado mucho todo esto, que concluirá por desaparecer, y para que quede una memoria, se hacen de intento estas descripciones que ningún interés tienen realmente para los habitantes de la capital que las ven todos los días y observan el cambio que gradualmente van teniendo.

aguas, ya por esas cercanías, cenagosas con los desechos de la ciudad comienzan á removerse con los remos, manejados con vigor por los indios, desnudos hasta la cintura, chorreándoles el sudor y respirando (¡pobre gente!) con dificultad por una fatiga de seis ú ocho horas. Llega por fin una trajinera, después otra y otra, en fin, una fila interminable, porque una balsa inmensa formada de vigas procedentes de los montes de Zoquiapan, obstruye una parte del canal. Los guardas detienen y ocupan las canoas, para registrar la carga y cobrar los derechos de consumos, y los dependientes de las casas de comercio comienzan también á llegar, ya á pié, ya á caballo, ya en ligeros carruajes.

Es la hora del movimiento, de la animación, y el barrio, triste y monótono, parece que revive y se alegra por unas cuantas horas.

—¿No ha llegado la *Voladora*?—preguntó el teniente de la garita á uno de los guardas que se ocupaba del despacho aduanal de las canoas.

—No ha llegado todavía, ya sabe usted que siempre amarra en el toldo D.^o Cecilia su asta con su bandera encarnada, y es la única que lo hace y los Trujanos le hacen burla. Toda la fila de canoas que ve usted allá lejos son de los Trujanos que han comprado la cosecha de cebada de la hacienda de Chapingo. ¿Por qué preguntaba, mi teniente, por la *Voladora*?

—Porque he tenido denuncia de que debajo de las arcinas de paja que debe traer como única carga, encontraremos un contrabando de aguardiente. Mucho cuidado y avisarme cuando llegue esa canoa.

El teniente de la garita acababa de decir estas palabras cuando fué detenido por una persona que se apea-

ba de su caballo, dejándolo al cuidado de un criado que le seguía.

—¡Señor licenciado! ¿qué vientos lo traen á usted por aquí?—le dijo el teniente, tendiéndole la mano.

—En efecto, hace como dos meses que pasé por la garita, pero no le encontré á usted,—le contestó el caballero estrechándole la mano.—Ya sabe usted que siempre entro al despacho á saludarlo y á molestarlo también, pero ¿qué quiere usted? para eso son los amigos.

—A su disposición y como siempre, señor licenciado. ¿Qué se le ofrecía á usted hoy?

—Quisiera que me prestara usted uno de sus guardas para que acompañase á mi criado á Chalco, con los caballos; podrán ir poco á poco y esperarme mañana allá en el embarcadero, estarán frescos, y sin fatigarlos podré llegar á la tardecita á Ameca.

—Lo que usted quiera, y acabado el despacho de las canoas, estará listo Pedro Contreras, á quien ya conoce usted, y puede darle sus instrucciones, pero seré curioso, supongo que es el mismo asunto el que obliga á hacer á usted tantos viajes á Chalco y á Ameca.

—El mismo, amigo mío, el mismo. Dice el refrán que quien porfia mata venado. Verdad es que yo no lo he matado en años, pero á porfiado nadie me gana, y tarde ó temprano he de matar este venado que es grande y gordo. Creo que antes de dos meses estaré en posesión de muchas haciendas y de todo ese volcán que vemos desde aquí, si no es que también entra en el negocio el *Ixtacsihuatl*.

—¿Tanto así?—preguntó el teniente asombrado.

—Y mucho más. Ya le he dicho á usted otras veces que hemos platicado, que mi ahijado, sí, porque es mi

verdadero ahijado, es el único y absoluto heredero del emperador Moctezuma II, y figúrese usted si ese monarca no sería dueño de los dos volcanes y de las haciendas que están en su falda. Carlos V y Felipe II lo reconocieron así, y buenos pesos ha costado sacar del archivo general las copias de las Reales Cédulas. Si perdemos este negocio, nuestra ruina será completa, pues que el rancho de Santa María de la Ladrillera está hipotecado en más de lo que vale.

—¡Ah! usted es muy vivo, señor licenciado, y estoy seguro que ganará y tres más.

—Vivo, no, bastante tonto soy; lo que sí tengo es activo, activo y mucho, y el que se mueve en este país siempre gana á los que se duermen. Ahora tengo en mi favor la circunstancia de que el gobierno ha declarado una pensión en favor de un duque, ó de una duquesa de España, que se dice descende del emperador Moctezuma II. ¡Imposible! No hay más descendiente que Moctezuma III, que vive y está muy gordo, robusto y sano en el rancho de Santa María de la Ladrillera, que usted conoce lo mismo que yo. No he protestado contra esta injusticia que echa una carga encima á la nación, que bastante pobre está, porque me sirve de apoyo para probar ante las Cámaras si es necesario, que la nación, reconoce á los herederos de ese gran monarca azteca, y está en la obligación de pagarles lo que les debe y ponerlos en posesión de sus antiguos dominios. Lo que yo necesito ahora es ganar al juez y al Ayuntamiento de Ameca, para que no se me vayan á poner en contra. ¿Usted no conoce á alguno de por allá que nos pueda ser útil, aunque sea necesario gastar algún dinerillo? y no será de balde la ayuda de usted, ya lo convida-

remos á buenos días de campo, cuando estemos en posesión de las haciendas.

—Sin necesidad de eso, señor licenciado. A usted le debo en parte el empleo que tengo y en el cual estoy muy contento, por más que este rumbo de San Lázaro sea feo, solitario por demás, y un tanto peligroso, pues ya han querido los ladrones asaltar la garita.

—Lo decía de chanza, —se apresuró á contestar el licenciado. —Sé que usted es buen amigo y nada hice en recomendarlo al ministro de Hacienda y abonar su honradez. Vamos, ¿no recuerda usted si tiene en Ameca un conocido?

—Tengo varios, pero no creo que puedan servirle de mucho. Quizá D. Celso Tijerina, que es tío segundo de mi mujer y tiene un rancho por ese rumbo.

—Justamente hemos dado en el clavo, D. Celso Tijerina es hoy el presidente del Ayuntamiento.

—No lo sabía.

—Y es el todo, hace lo que quiere del municipio. ¡Qué fortuna! A escribirle, pero bien, con calor, lo que se llama una verdadera recomendación.

—Usted pondrá la carta como quiera, señor licenciado, y yo la firmaré.

—Convenido, y á ello; no hay que perder tiempo.

Los dos personajes entraron al despacho. El licenciado escribió la carta, y el teniente de la garita la firmó.

—Otra molestia, —dijo el licenciado, poniendo la recomendación en su bolsillo.

—Lo que usted quiera.

—Deseo que me tome usted un lugar para el viaje de esta noche, pero entre todas las trajineras escójame usted la mejor, la más segura, y que llegue más pronto. El úl-

timo que hice, fué pésimo, sin colchón, los petates húmedos y la canoa apestando á dos mil demonios.

—Así están todas ellas ; no hay canoa regular donde pueda caminar una gente decente más que la *Voladora*; tiene buenos colchones, muy limpia, con remeros robustos; avisando con tiempo á la patrona se puede aun cenar, y bien, pero el caso es que no ha venido todavía, y es la primera que llega.

—Pues en la *Voladora* y no hay que vacilar; es necesario prevenir á la patrona que disponga una buena cena; quizá no dilatará esa famosa embarcación.

—Mi teniente, — dijo un guarda asomando la cabeza en la puerta del despacho, — hemos prohibido á la patrona que salte á tierra; está furiosa, y nos ha dicho muchas injurias, y quiere hablar con usted.

—Un momento y vuelvo. Señor licenciado voy á arreglar esto.

El teniente y el guarda se dirigieron al embarcadero, y nuestro licenciado Lamparilla, á quién habrán reconocido nuestros lectores desde que habló de Moctezuma III, quedó fumando y hojeando los papeles y libros del despacho.

Muy poco tardaron, regresando acompañados de una mujer gruesa, alta, opulento pecho, vestida con unas enaguas á media pierna, de castor encarnado, un sombrero ancho de paja en la cabeza, y su fino rebozo de hilo de bolita en las espaldas.

—Aquí tiene usted la mejor trajinera del canal, — le dijo el teniente; — un poco contrabandista, eso sí; y ya nos ha pasado buenas partidas de aguardiente, pero hoy todo lo trae en regla; azúcar de la hacienda de los padres dominicos y nada más...

—¡Cecilia!—exclamó Lamparilla, —debía haberte reconocido en el garbo, en esas buenas piernas y en ese modo de menear las caderas que Dios te ha dado. ¿Qué haces? ¿por qué has abandonado tu puesto en el mercado? Desde que no estás allí la fruta no vale nada; ó verde ó podrida. No he vuelto á comer un melón bueno hace meses. Te he buscado, he preguntado por tí, y las muchachas que cuidan el puesto, me han dicho que siempre estabas en Chalco, donde te he buscado, también sin lograr verte.

—¿Qué quiere usted que haga una pobre mujer sola, —le respondió Cecilia con indiferencia, —cuando es perseguida sólo porque es honrada?... Me he cansado de darle fruta á ese dichoso San Justo, que se debía llamar *Pecador* por lo malo que es, pero él quiere otra fruta, y esa nunca la comerá, y lo peor es que me decía que todo lo que yo le daba era para usted.

—¡El pícaro! —le interrumpió Lamparilla, —ni una manzana me ha mandado desde que no soy regidor. Ya le ajustaré las cuentas en cuanto pueda, y entonces volverás á tu trono de frutas y de flores, y si tú has oído hablar de la diosa Ceres, sábetete que eras la Ceres de la plaza del Volador, hasta el Presidente te miraba desde el balcón de Palacio.

—No he oído hablar de esa frutera Ceres, señor licenciado, pero de seguro que si va á la plaza y sufre lo que yo, muy buen genio ha de tener, si no le rompe las muelas de una bofetada á ese San Justo.

—Dices muy bien, Cecilia, —dijo el licenciado, riendo de la poca instrucción que tenía Cecilia, en la mitología griega, — y te repito que no tengas cuidado, y entre yo y esa frutera Ceres, que no es más guapa que tú, hemos

de quitar á San Justo de la plaza, para que puedas volver tranquila á un *puesto* que desempeñas mejor que muchos que tienen cuatro mil pesos al año de sueldo.

—Es el Evangelio, lo que dice usted, señor licenciado, —añadió el teniente de garita, — y conozco muchos que podría citar con su nombre y apellido. ¿Pero quién era Ceres, se podrá saber, señor licenciado? — continuó diciendo el teniente acercándose al oído de Lamparilla.

—Ya le contaré á usted eso, — le respondió el licenciado, riendo y observando que el empleado del gobierno no estaba más avanzado en el saber que la frutera, — lo que por ahora necesitamos es arreglarnos con la canoa de Cecilia.

—Precisamente la traje delante de usted para eso mismo.

—¿Con que tienes canoas trajineras, Cecilia? — le dijo Lamparilla, — y nunca me lo habías dicho...

—La única que me ha quedado, y nunca se ha ofrecido hablar de esto, ni nada le habría platicado, pues creía que usted era amigo de San Justo, y estaba arreglado con él para arruinarme.

—¡Jamás, Cecilia! jamás he estado en contra de una buena moza como tú...

—La *Voladora* está á disposición de usted.

—Convenidos; colchón, buena cena, y...

—Todo lo que esté en el orden y en razón lo tendrá usted y quedará contento, como todos los que viajan en la *Voladora*.

—Ya lo creo; ¿y á qué hora es la salida?

—Al oscurecer.

—¿Y llegaremos á Chalco?

—Mañana á las siete, si Dios quiere.

—Convenidos; hasta la noche, Cecilia.

—Hasta la noche en el embarcadero, señor licenciado.

—Mejor que lo que yo pensaba;—dijo Lamparilla, dirigiéndose al teniente;—carta de recomendación, guarda que acompañe á mi mozo, una buena cena, y una guapa moza por capitana de la embarcación. Estoy de fortuna. ¡Qué días nos pasaremos en las haciendas del Volcán, Temoaya, Tomacoco, Buena Vista, que sé yo! un imperio entero más grande que la Francia; y yo, como quien dice, dueño de todo esto. Con que, convenidos; regreso á casa y mando en seguida al mozo con los caballos. Hasta la tarde, amigo mío.

—El guarda estará ya listo cuando el mozo regrese. Hasta la noche, señor licenciado.

Lamparilla montó en su caballo, el teniente entró al despacho, y Cecilia se dirigió al embarcadero á descargar su canoa y entregar la azúcar al dependiente de los padres dominicos, que hacía una hora esperaba en el sol, renegando de los guardas y de la trajinera.

A cosa de las doce la canoa estaba descargada, barrida y limpia, y Cecilia se disponía á almorzar, cuando la detuvo un hombre.

—Señora trajinera,—le dijo,—¿tendría usted un lugar en su canoa, para Chalco?

—De tener lugar sí lo tengo, pero vale caro. Por doce reales lo encontrará usted en cualquier canoa, pero así son ellas de puercas y apestosas. En la *Voladora* vale cinco pesos, pero para usted serán cuatro, pues tiene usted facha de buen sujeto.

—Estoy conforme y prefiero pagar más, con tal de ir cómodo. ¿Tendré colchón y un toldo separado y para mí solo?

—Tendrá usted colchón y toldo para usted solo, pero serán cinco pesos.

—¿Ni medio menos?

—Ni medio menos.

El hombre sacó de su bolsa cinco pesos y los puso en la mano que le presentó Cecilia.

—¿A qué horas sale la canoa?

—Al oscurecer, en todo caso antes de las ocho, hora en que cierran la garita de la Viga.

—Estaré aquí.

El hombre se fué y Cecilia se metió á su departamento en la canoa, á saborear el almuerzo que le preparó y le sirvió una criada; los remeros se fueron al barrio á dar un paseo y á tomar su chinguirito á la vinatería cercana.

El nuevo pasajero de la *Voladora*, que había parecido tan buen sujeto á Cecilia, era nada menos que Evaristo el Tornero.

Cuando Evaristo salió del zahuán de la casa, después de haber entregado la llave de su taller á la casera, se detuvo un momento en la calle á reflexionar, después, lo mismo que Juan, trató de alejarse del lugar del crimen, pero no lo hizo como el aprendiz, corriendo desatentadamente, sino despacio, con tranquilidad, mirando como lo tenía de costumbre á todas las mujeres, por si pudiese entre ellas encontrar á Casilda. Pensaba siempre que el aprendiz podría haber ido á buscar á la patrulla, pero aun en ese caso, tenía más de veinticuatro horas de que disponer, sin temor de ser buscado por la policía. En tomar declaraciones á las vecinas, descubrir el cadáver, conducirlo á la Acordada ó á la Diputación, darían las cinco de la tarde, y á esas horas el juez se iría á su

casa y el juzgado no volvería á abrirse sino al día siguiente á las diez. Cavilando y calculando así, después de dar vueltas por esta calle y por la otra, se encontró en los bajos de la gran sociedad donde estaba la famosa tapicería de Compagnon. Le debían una cuenta y le vino que ni de molde el cobrarla. Entró con la mayor frescura, propaló la hechura de un ajuar conforme á unas estampas de París; rogó á Compagnon que le cambiase la plata por oro, y aumentó con siete onzas más el pequeño capital que tenía ya en el bolsillo. Su pensamiento favorito era marcharse á Río-Frío, refugio tradicional y seguro de los bandidos y proscritos, pero ¿cómo hacerlo, solo, sin armas, sin ninguna recomendación para los ladrones, que estarían en las madrigueras del espeso monte? En vez de encontrar refugio y modo de robar, sería él robado y asesinado. Más adelante, y con otro género de combinaciones sería posible, y en ese punto su resolución era firme. No tenía más remedio que ser bandido. Permanecer algunos días en la ciudad, tampoco; era muy conocido y sería indudablemente descubierto y ahorcado si caía en manos del fiscal Casasola, que no perdonaba á nadie. Irse al interior, á pié, ó comprar caballo y montura y armas para hacer el viaje, tampoco era cosa que podría hacer sin exponerse mucho. Decidió, pues, tomar pasaje en una canoa trajinera é ir á Chalco, donde podría tener tiempo de pensar, y en último caso, comprar allí armas, caballo y ganar el monte, que no estaba lejos; pero lo urgente era disfrazarsè. Encaminó sus pasos por la calle de los Sepulcros de Santo Domingo, por donde no era conocido, ni vivía ninguno de los parroquianos que lo ocupaban, y dió á poco, como si la fortuna se lo hubiese indicado,

con una barbería. Recordaremos que Evaristo tenía un pelo negro y abundante, bigote y grandes patillas.

—Me cortará usted el pelo, maestro, y me rasurará completamente; y mucho cuidado con la herida que tengo en la cabeza, que no está cicatrizada. Unos pillos ladrones me asaltaron al entrar á mi casa, me defendí, los hice correr, pero me hirieron. El médico me va á hacer una curación y me ordenó que me cortara el pelo y la barba.

El barbero se quedó mirando á Evaristo y no dió crédito al cuento, y pensó que más bien tenía delante á uno de esos temibles bandidos, quizá el cómplice ó el mismo asesino de Tules, pues había ya leído en los periódicos el suceso, pero tuvo miedo, hizo sentar al cliente en la silla, le ató una toalla en el cuello y comenzó á cortar aquellas greñas espesas, pegadas con la sangre que había brotado de la herida que le hizo Juan con el serrote. Después lo rasuró y le presentó un espejito. Evaristo mismo no se reconocía. Una sonrisa de satisfacción vagó por sus labios, pero disimuló, pagó una peseta al barbero, salió, y por callejones extraviados llegó al embarcadero de San Lázaro, donde lo hemos visto ajustar su pasaje en la trajinera de nuestra antigua conocida Cecilia.

CAPÍTULO XXX

En el canal de Chalco

AL oscurecer, las canoas de los Trujanos, vacías unas, cargadas otras, iban surcando trabajosamente las aguas cenagosas del canal, la balsa de vigas acababa de atracar, y la trajinera de Cecilia estaba ya cargada con tercios de mantas de la fábrica de los Antuñanos de Puebla, que remitían á los comerciantes de Chalco y de Ameca, y preferían la canoa de Cecilia porque navegaba con más velocidad, y los arrieros no tenían que detenerse mucho para esperar la carga, y además la propietaria de la embarcación era muy cuidadosa, cubría la carga con petates y cueros de res, y la entregaba sin averías.

El Lic. Lamparilla no se hizo esperar, llegó en un *simón* (1) en traje de viaje. Sus calzoneras de paño, su

(1) Nombre que se da en México á los coches de alquiler.

su sombrero jarano, un par de pistolas fulminantes y una pequeña maleta en la mano que contenía una muda de ropa para presentarse ante el ayuntamiento de Ameca, y prevenirlo en favor de los intereses de Moctezuma III. El teniente de la garita lo recibió cordialmente, y ambos se dirigieron al embarcadero donde lo esperaba Cecilia. El hombre que tomó en la mañana pasaje estaba ya sentado en un banco de piedra junto á un tendejón situado en la orilla del canal.

—Todo está listo, señor licenciado,—le dijo Cecilia luego que lo vió llegar.—La canoa está cargada, y la cena no le disgustará á usted, tengo, como siempre, carbón, y un anafe para calentarla.

—¿Sabes, Cecilia, que me ocurre una idea.

—Lo que usted quiera, señor licenciado.

—Dejaremos,—continuó diciendo Lamparilla,—que se alejen las canoas de los Trujanos, y que se vayan las otras que están aquí, porque luego se emparejan en el canal y molestan con los cantos de los pasajeros, que á veces llevan guitarras y se emborrachan. Ya me ha sucedido esto en algún viaje, sin contar los tropezones que de intento se dan los remeros.

—Dice usted bien, señor licenciado; con tal que lleguemos á la garita de la Viga antes de las ocho.

—Tenemos tiempo,—respondió Lamparilla sonando en el oído su reloj de repetición;—son las siete, y además el teniente nos ayudará.

El teniente con voz decisiva ordenó á las canoas que apresuraran su partida, y una á una fueron dejando el embarcadero; la larga fila de la flota de Trujano fué desapareciendo entre la oscuridad, y al fin no quedaron más que algunas chalupas y la trajinera de Cecilia.

—Hasta la vuelta.

—Hasta la vuelta, señor licenciado,—le contestó el teniente dando la mano á Lamparilla para que entrara en la canoa.

El pasajero, silencioso, saltó en seguida á bordo.

—¿Quién es este hombre?—preguntó el licenciado á Cecilia.

—Un pasajero. Desde que usted manifestó,—contestó Cecilia,—que quería hacer el viaje en mi canoa, no quise admitir á ningún pasajero, á éste le pedí cinco pesos, me los dió, y no hubo más remedio, pero parece buen hombre, humilde y callado. Se meterá en su toldo, se dormirá, y no molestará al señor licenciado.

Lamparilla pareció muy contrariado. Desde que en la mañana vió á Cecilia tan fresca, tan guapa; con su vestido tan limpio, y su opulento pecho lleno de corales y de perlas, formó proyectos á cual más atrevidos y halagüeños para hacer una agradable navegación, y pasar una noche buena, á pesar de no ser todavía Navidad. A Evaristo, en medio de su situación, se le pasearon también en la cabeza, quién sabe qué cosas. En la soledad del canal y de las lagunas, debajo de los toldos de una canoa, y una mujer bonita como capitana, ¡qué ganga! También Evaristo vió con disgusto que sus proyectos venían abajo, con la presencia de otro pasajero que parecía muy familiar con los guardas y con la capitana, y que podría acaso conocerlo, no obstante que ni él mismo se conoció cuando se miró en el espejito del barbero.

La canoa tenía cinco toldos ó divisiones que llamaremos camarotes, cubiertos con encerado y divididos por dentro con una cortina de gruesa lona. Este era un lujo, las demás trajineras no usaban más que petates al tra-

vés de los cuales se filtraba la lluvia y permanecían húmedos y goteando durante todo el viaje. Cecilia ponía, como quien dice, sus cinco sentidos en su embarcación, y no tenía más cuidado ni ocupación desde que á causa de las miserias y persecución del masón San Justo había tenido que entregar su puesto de fruta á las sirvientas. Llamábase la canoa *La Voladora*, nombre que con grandes letras rojas estaba más bien tallado en relieve que no pintado en la ancha popa. Era un recuerdo de sus buenos tiempos de la Plaza del Volador, cuando ella mandaba y disponía á su voluntad de los muchachos cargadores, de sus compañeras las verduleras, de los inditos que traían el queso y mantequilla de Toluca, de todo, en fin, porque la dulce y paternal administración del compadre del director del hospicio, si bien mantenía el mercado en un estado de suciedad y abandono difíciles de describir, estaba muy lejos de las exigencias, contribuciones directas en fruta, verdura y chorizos, y del modo despótico con que trataba á las fruteras. Cecilia, como los capitanes de largo curso, estaba siempre á bordo, hacía los viajes de ida y vuelta, vigilaba la carga y descarga de las mercancías, traía y llevaba encargos de las damas de Chalco, hacía de vez en cuando sus contrabandillos contando con el buen carácter y benevolencia del teniente de la garita de San Lázaro, al que no dejaba nunca de traerle *calabaza en tacha*, y batidillos de las haciendas de Tierra Caliente (1); vamos, era un paquebot en toda regla. Sus viajes rápidos y regulares, y las damas y gente principal de Chalco no venían á México,

(1) Dulces sabrosísimos que se confeccionan en las haciendas ó ingenios de azúcar de la Tierra Caliente

el 16 de Setiembre y á las festividades de Semana Santa, si no encontraban pasaje á bordo de *La Voladora*. Las demás canoas de las diversas flotas del canal y de las lagunas, descuidadas, haciendo agua y sucias eran por el mismo estilo, y además en cada camarote acomodaban cuatro personas, aunque no se conociesen y fueran de distinto sexo; de manera, que teniendo en la noche, por la estrechez del local, que acostarse piés con cabeza como si fuesen sardinas en lata, resultaban inconvenientes fáciles de prever, y si algunas madres cerraban los ojos y se dormían, otras cristianas y celosas no permitían que sus hijas durmieran casi pegadas con los pasajeros desconocidos. Para lances y aventuras amorosas no había más que hacer viajes en las trajineras. A veces los compañeros y compañeras del toldo ó camarote, eran tenderos de los pueblos, varilleros, *regatonas* (1) viejas que iban á rescatar fruta ó á comprar maíz á Chalco, y lo que se pasaba en esa noche con los ronquidos, con los olores de los yerbajos de la acequia, y otros peores, con la humedad y el viento que se colaba por los petates, no es para contarlo, ni menos para escribirlo, por más que sea moda el naturalismo hasta los últimos extremos; pero otras veces, á pesar de las malísimas condiciones de la canoa, la escena era de otro género. Un colchón medianamente limpio llenaba el pavimento del camarote. En un rincón una figurita sentada, y cubierta con un rebozo, dejaba ver un poco de su frente, la punta de su nariz, sus ojos, á veces uno solo, pero de ese solo, ó de los dos se desprendían chispas; en otro rincón una

(1) Mujeres que compran la fruta por mayor para venderla más cara al menudeo.

figura semejante; en el tercero una indita de esas de Ameca, primitivas, inocentes, limpias, lisas y lustrosas como si su cuerpo hubiese sido hecho de escayola. En el cuarto rincón sentado con las piernas dobladas en dos partes, su sombrero á la ceja, y sus manos expeditas y listas, el licenciado Lamparilla, sí, el licenciado Lamparilla, porque ese picarón y veterano de cuenta, que hemos visto quejarse amargamente de las trajineras, hacía frecuentes travesías en ellas con motivo de sus negocios, y en ellas en busca de lances que, había más de una vez logrado, y cuando no tenía buena fortuna se conformaba con una mala noche. El cuadro que hemos procurado trazar al principio era sombrío, negro completamente en el fondo como los de Rembrand, y para observarlo bien y conocer el mérito de las muchachas acurrucadas en los rincones era necesario encender un cerillo diversas veces con el pretexto de fumar; y Lamparilla tenía siempre abundante provisión de mistos en sus bolsillos. Las figuritas de que hemos hablado, permanecían inmóviles como si fuesen de piedra. La canoa comenzaba á andar; al oído se decían palabritas, y contenían la risa, aceptaban un cigarrillo que les ofrecía Lamparilla, se destapaban el rostro al encenderlo, y con preguntas indiscretas que no contestaban, y con medias palabras sin orden ni concierto, y sin consecuencia alguna se pasaba el tiempo, pero después de la media noche venía el sueño, los ojos se cerraban, y las bocas se abrían para bostezar; el resaca frío, y el ruido compasado del agua al entrar y salir los remos, parece que incitaban á abrigarse bien, á buscar una postura más cómoda, á pasar, en fin, el resto de la noche en medio de ese entorpecimiento repentino de los sentidos, que si no es un sueño macizo, como

cuando uno está acostado cómodamente en su casa y en su cama, es quizá más agradable para el que busca algo desconocido, algo que venga como de improviso á interrumpir la monotonía de un viaje. Dos horas más, y los pasajeros y las pasajeras, no pudiendo resistir esa imperiosa necesidad de la naturaleza que exige el reposo, el silencio y la postura horizontal... se iban acostando y abrigándose unos contra otros, y á la madrugada el picarón del licenciado se encontraba durmiendo en el camarote más cómodo que en su propia alcoba, y como si estuviese rodeado de su íntima familia. A muchos de los benévolos lectores se les hará la boca agua, y estoy seguro que si pudieran irían á buscar á nuestro amigo Lamparilla, y lo acompañarían en uno de esos viajes, y aún le ayudarían á conquistar el patrimonio de Moctezuma III, pero esos amores volantes, y esas delicias populares han desaparecido; los tiempos han cambiado completamente, y tendrán que contentarse hoy con el ferrocarril subvencionado, que tiene más atractivo para los hábiles industriales que se embolsan el dinero, que para los viajeros que son tratados lo mismo que tercios de manta ó costales de harina, si no es que son precipitados en una barranca.

Pero es necesario hacer una aclaración. En la canoa de Cecilia jamás pasaban esas cosas. Rígida, como la abadesa de un convento, no arrendaba los toldos sino á una sola persona ó familia, y jamás permitía esa mezcolanza de sexos, y ese encuentro accidental en un lugar estrecho de personas que no se conocían, que tenían que pasar la noche juntos, y que son irremediabilmente vencidos por el sueño. En su casa y en la calle, decía, cada cual puede hacer lo que quiera, pero en mi canoa tienen

que portarse como *señores decentes* y como *niñas honradas*, y por esta causa las más distinguidas familias de Chalco, como hemos dicho, preferían á *La Voladora*, y pagaban con mucho gusto doble precio por el pasaje. En el viaje á que nos referimos, aunque Lamparilla buscaba y creía tener segura la fruta apetecida, mientras Cecilia hablaba con sus remeros y daba sus últimas disposiciones para la navegación, se deslizó por los camarotes. El de popa era el de Cecilia, y sin exageración podía decirse que presentaba un aspecto lujoso. Un pedazo de alfombra usada cubría el pavimento, además del toldo de encerado, una especie de cortina blanca limpia, aunque usada, disimulaba los palos y armazones, y bordos de la canoa, el colchón mullido, ropas de cama finas, un espejo con su marco negro-dorado á causa de la humedad, un anafe en una tarima de madera, y platos, vasos, cucharas, botellas y cubiertos, metódicamente colocados á la entrada en una especie de pequeño escaparate; una caja de forma larga en que llevaba los encargos servía de banqueta para sentarse, completando el adorno de este pequeño salón, que no estaba estorboso, y agachándose y haciéndose tres dobleces cualquiera, por exigente que fuese, concluía por encontrar comodidad. Los demás toldos no ofrecían nada de particular. En uno se habían ya acomodado y acostado dos mujeres, vendedoras de pájaros, y que llevaban jaulas vacías para llenarlas con aves de la Tierra Caliente, y regresar á México.

La cámara de proa, casi obstruída en su entrada con la carga, estaba ocupada con metates, ollas y cazuelas de barro, y huacales vacíos, maíz, palomas y gallinas, y allí era la habitación de una muchacha indita muy lis-

ta é inteligente que servía de criada, de cocinera y de todo á Cecilia, y se le podía clasificar como una teniente del navío.

—Nada, nada hay de extraordinario en la canoa esta noche; y tanto mejor, estaré solo con la capitana,—se dijo para sí Lamparilla; pero al salir del camarote de proa tropezó su vista con la figura de Evaristo que se había encaramado sobre los tercios de manta sin haber elegido ni tomado posesión del toldo en que debía pasar la noche.—¡Diablo de espantajo!—continuó en voz baja,—¿cómo se le ocurrió tomar pasaje en esta canoa. Si pudiera yo persuadirlo á que no hiciera el viaje, ó á que lo hiciese en otra canoa, pero...—No era posible, las de Trujano se habían ya adelantado y el mismo lo había querido así. Por el borde exterior de la canoa fué á la popa y persuadió á Cecilia á que hablase con el viajero.

—Por los cinco pesos que ha pagado,—dijo Cecilia al licenciado,—no me importa, se los devolveré, pero no ha de querer á estas horas quedarse en tierra. No importa le hablaré.

Como había cerrado la noche Cecilia encendió la linterna que siempre llevaba colgada en la popa y se dirigió con ella hacia donde estaba el pasajero.

—Oiga *Don*,—le dijo con desembarazo y poniéndole el farolillo cerca de la cara,—¿querría usted volverse á México? aquí están sus cinco pesos y uno más por la dejación.

—¿Es decir qué usted me echa fuera?

—De echarlo no, pues que recibí los cinco pesos, y aun que soy mujer tengo palabra, sino á la buena, por favor.

—Por favor es otra cosa,—le dijo Evaristo clavando su mirada en Cecilia,—hasta la vida daría por usted, pero por favor le pido que me deje hacer el viaje, se me haría mucha *dejación* en quedarme. Soy forastero, tengo algún dinero en el bolsillo para ganar mi vida, y podrían robarme y matarme al atravesar el barrio á estas horas.

Hizo tanta impresión á Cecilia la mirada de los ojos negros, grandes y centellantes de Evaristo, que por poco suelta el farol. En aquel momento no supo si era miedo, amor ó desconfianza lo que le inspiraba ese hombre, y sin darse cuenta de la razón, le pareció que algo les iba á suceder y hubiera dado no cinco, sino veinte pesos por que hubiese Evaristo consentido en marcharse á la ciudad. No insistió más y se retiró triste y pensativa á dar cuenta á Lamparilla del resultado.

—Pues que no quiere á *la buena*, como tú dices, hija mía, no hay medio de echarlo; ha pagado su dinero, y tiene derecho de ir en su toldo, y además yo no quiero cuestiones. Esta noche estoy alegre y creo que la hemos de pasar bien, y en tu compañía, guapa Cecilia ¿quién no pasará bien una noche?

—A *según*, señor licenciado, y ya verá usted como antes de las once está usted roncando y muy descansado en el buen colchón y con los zarapes que he destinado á usted para que no tenga frío en la madrugada.

Lamparilla, cuando dijo Cecilia frío, le echó una mirada significativa, como quien dice ¿para qué necesito zarapes ni mantas, ni sobrecamas? pero Cecilia se hizo desentendida y le contestó secamente:

—¿A qué horas quiere usted la cena?

—A la hora que tú quieras.

—Si le parece á usted en cuanto pasemos la compuerta (1).

—Siempre están ustedes con la compuerta, y no piensan más que en la compuerta. Yo siempre cuando voy y vengo de Chalco paso durmiendo la compuerta.

—Pues á fuerza hemos de hablar de la compuerta, ¿no ve usted que es donde se juntan las aguas y unas corren para un lado y otras por el otro y es necesario que los remeros sean muy fuertes y anden listos? Se conoce que usted no es dueño de canoas. Yo, al contrario, no me acuerdo hasta que no he pasado la compuerta, pero vámonos que se hace noche.

—Cuando tú quieras, Cecilia. Tú eres la capitana y tú mandas.

Cecilia habló en azteca con los remeros, la canoa se puso en movimiento, y pasada la garita de la Viga, donde Lamparilla saludó y charló cinco minutos, con los guardas, la embarcación continuó, pero haciendo zig-zags que llamaron la atención de Cecilia, que reprendió duramente á los remeros que, habiendo bebido más de lo regular, estaban completamente borrachos.

—No hay ningún cuidado,—dijo Cecilia á Lamparilla, —están un poco tomados, pero así irán bien, borrachos ó durmiendo conocen el canal. Sentémonos á tomar el aire fresco que precisamente nos viene de frente.

Efectivamente la noche estaba hermosa, del cielo limpio brotaban esa multitud de estrellas que no se ven más que en las regiones tropicales, y la luna iba eleván-

(1) Los navegantes del canal llaman la compuerta á un dique que sirve para regular las aguas de los lagos para que no desborden en la ciudad, y se maneja según las órdenes del director del desagüe.

dose del horizonte. La canoa bogaba ya por un canal ancho, de claras aguas y bordado en sus orillas de elevados sauces babilónicos que mojaban sus verdes cabellos en las leves ondas que levantaba la embarcación. El silencio profundo sólo era turbado por el golpeo del agua en los costados, y el ligero ruido de los remos de alguna que otra chalupa que pasaba rápida y desaparecía á poco entre los canales angostos que conducen á los pueblecillos situados en la margen de los lagos.

—¿No te parece sublime el espectáculo de esta naturaleza, no te encanta esta soledad, no sientes algo al pasar por esta bóveda oscura que forman los árboles?

—¿Qué quiere usted, señor licenciado? Ustedes tienen cabeza para pensar en esto y nosotros los pobres nacimos para trabajar. Cada cual piensa según su modo, y además veo esto un día sí y otro día también, me parece bonito y me agrada mucho pasar por aquí en este tiempo, pero en el de las aguas ya quisiera yo ver á usted en estos parajes. Ca en unas gótas que parecen chorros, rayos que es el juicio, y los relámpagos hacen que aquí donde vamos parezca la boca del infierno, y luego las canoas que se dan encontrones unas con otras hasta hacerse pedazos, y se llenan de agua: ¿qué penas y qué trabajo, para la pobre gente? y le aseguro á usted, señor licenciado, que de veras se gana el dinero con el sudor de la frente.

—Sí, tienes razón, pobre Cecilia,—le contestó Lamparilla pasando su mano por el grueso cuello de la capitana, tratando de acariciar las mechadas locas, suaves y negras que alborotaba el viento de la noche.

Cecilia se esquivó, y con dulce voz para demostrar que no estaba del todo enfadada, le dijo:

—Si le parece á usted iré preparando la cena, para que esté lista luego que pasemos la compuerta, ya vamos á salir del canal y entraremos en la acequia de Mexicaltzingo.

—Ya te he dicho que como quieras. Tú mandas y yo obedezco. Soy tu pasajero y espero que cuando hayamos pasado la compuerta y cenado me tratarás mejor.

—Siendo como Dios manda lo trataré á usted bien, señor licenciado, pero hemos ya entrado en las lagunas, y digo las lagunas, por que aquí ya se juntan diversas acequias y se confunden, y esta noche particularmente, pues sin duda ha llovido mucho en el monte y las aguas han crecido.

En efecto, la canoa había salido ya de ese bello y silencioso canal techado de verdura y bogaba en una ancha superficie de agua cuyos bordes se veían á lo lejos, salpicados á distancia de casuchas oscuras unas y alumbreadas otras con la luz vacilante de rajás de ocote; los remeros torpes con la bebida manejaban mal la canoa, que no iba recta, y al descender por la proa después de hundir más de la mitad del largo remo, trastabillaban, y uno de ellos cayó, pero se levantó en el acto y continuó su rudo trabajo. El anafe colocado en la popa estaba ya bien encendido y chispeante, y Cecilia había ya puesto una servilleta, platos y vasos, destapado una botella de vino carlón que había comprado expresamente para el señor licenciado y calentaba un gordo pollo asado con sus cebollas, rábanos picados y aceitunas sevillanas.

Lamparilla miraba entusiasmado á la capitana, que, no obstante el viento de la noche que comenzaba á enfriar, se había quitado su rebozo y su sombrero de palma, y en los diversos movimientos quitando y poniendo trastes

dejaba á descubierto, ya sus gordos y redondos brazos, ya sus pantorrillas macizas, ya sus senos redondos y opulentos.

—¿Sabes, Cecilia,—le dijo Lamparilla dándole una cariñosa palmadilla en la espalda,—que será el último viaje que haga yo en tu canoa?

—¿Tiene miedo el señor licenciado de que se quede en el charco?—le contestó Cecilia.

—No es por eso, sino porque eres tan... tan... no sé como decirte, mil veces te había yo visto en la plaza sin fijarme en que eres una mujer peligrosa.

—Peligrosa y ¿por qué? nunca me he comido á las gentes. La verdad es que sé sostenerme en lo que tengo razón, pero de ahí no paso,

—Tampoco es eso, y bien sabes lo que te quiero decir. Es necesario que me prometas... en fin ya me entiendes.

—Le diré al señor licenciado, que si quiere que lo entienda, tiene que portarse como ya le he dicho. Los señores decentes con nosotras quieren como los arrieros dicen, llegando y haciendo lumbre, y ya ve usted, muchos se equivocan porque entre las pobres las hay muy honradas. Quizá será usted casado, señor licenciado, pero aunque no lo fuera, no se había de casar conmigo. ¿Qué diría la gente de que un licenciado se casara con una frutera, ó con una trajinera, que es casi lo mismo?

—Yo no soy casado, Cecilia, pero me parece que no se necesita ser casado para quererse, y para que hemos de andar con cuentos; yo te quiero y qué le vamos á hacer, el hombre que quiere á una mujer y le gusta...

—De la garita acá es el amor ¿no es verdad, señor li-

cenciado? ¡Qué pronto se prendan los hombres de las mujeres!

Cecilia, oyendo y respondiendo á Lamparilla, había acabado sus preparativos y lo entusiasmó más, cuando tomó con naturalidad con las manos, sus rojas enaguas, las enrolló entre sus piernas y dejó adivinar á nuestro amigo, formas y tesoros que ya había sospechado con el instinto y práctica de hombre corrido. Cecilia cogió una escoba corta, barrió la popa echando al agua los rabos de las cebollas, las hojas verdes de la lechuga y las basuras que no pudo quitar en la garita, y concluída esta faena arrancó con las manos un alón al pollo, lo envolvió en media torta de pan, y poniéndose en pié gritó á Evaristo, que había permanecido callado y casi inmóvil sobre los tercios de manta estivados en la proa.

—Oiga *Don*, pase si puede por el bordo, agárrese bien no se vaya á caer y tenga este bocadito. La noche es larga y se ahila el estómago, quedándose así, sin comer algo.

Evaristo, asiéndose en efecto de los arcos de los toldos, dió unos pasos por el borde, alargó la mano y tomó la torta de pan.

—Se lo agradezco, señora capitana, y de veras hace ya su fresquesito, y con su permiso no tardaré en entrar á acostarme.

—Como le parezca *Don*, y buenas noches,—le contestó Cecilia, y dejando ya libres sus enaguas, se sentó frente al licenciado, lanzando un ruidoso suspiro, como si lo hubiese tenido atravesado en el pecho.

—¿Por que diablos eres tan obsequiosa con ese hombre? —le dijo Lamparilla,—á qué fin darle esa torta de pan con casi un cuarto del pollo.

—Para que se acueste y nos deje en paz,—contestó Cecilia,—pues de otra manera, por política, porque los pobres también sabemos tener política, hubiera tenido que convidarlo á cenar.

La canoa bogaba siempre mal, haciendo curvas inútiles y ya de un lado, ya de otro; ninguna orilla ni árbol se distinguía, y sólo á lo lejos unas luces pequeñas como la chispa de un cigarro. La luna estaba en medio del cielo limpio y despejado, Las Siete Cabrillas parece que miraban atentamente á la trajinera y á su robusta y guapa capitana, y la vía láctea, retratándose en las aguas tranquilas de los lagos trazaba desde sus incomprensibles alturas, el camino de esta microscópica embarcación perdida en este mundo.

Un remero se volvió á resbalar, y el otro, pretendiendo auxiliarlo, cayó también. Cecilia ya no pudo aguantar, se puso en pié, marchó con ligereza por el borde y ayudó á levantar á los caídos, pero á pescozones, acudiendo á coger un remo que se llevaba el agua.

—Canallas, no les vuelvo á prestar dinero cuando volvamos á México; todo se lo han bebido de aguardiente y ahora se necesitaba más que estuviesen en su juicio. ¿No ven, hijos de mil demonios, que las lagunas están crecidas y que nos lleva la corriente?

Los indios remeros se levantaron, y humildemente, y sin responder una palabra, volvieron á su trabajo, al parecer más derechos y animados, pues su borrachera se había disipado un poco.

—¡Qué canalla! Sr. Licenciado, si se muriese uno de los cóleras ya yo me habría muerto. Ahora sí corremos peligro y es cuando más necesitamos de los remeros, porque la corriente es tan fuerte como no la he visto

nunca, y si Dios no nos saca con bien no sé lo que va á suceder. Rezemos la letanía y usted me acompañará.

—¿Quién ha introducido esa costumbre de rezar la letanía antes de pasar la compuerta.?

—No lo sé, pero yo siempre la rezo y me figuro que es para pedir á Dios que nos libre de todo peligro y en especial del de la compuerta, que de veras es muy arriesgada.

Lamparilla, que no había fijado mucho su atención, desde que recitó á Cecilia su trozo poético, se puso en pié y miró á su derredor, y sea por miedo, ó por un efecto de su educación cristiana se prestó á acompañar en su rezo á Cecilia, y los dos de rodillas dentro del toldo comenzaron á recitar la letanía con tal fervor que parecía que estaban en un templo, y bien valía la pena, porque se hallaban en una completa soledad y aislamiento en el gran templo de la naturaleza y así como el inmenso Paquete de vapor con sus dos altas chimeneas arrojando humo, rugiendo sus máquinas como monstruos fabulosos, sus pesadas anclas y altos palos, y su velamea y su poderosa hélice, revolviéndose y luchando con las olas, no es más que un punto pequeñísimo en medio del Océano, así la canoa trajinera, con sus frágiles toldos de estera, su bordo rozando las aguas y sin más tripulación que los dos remeros, y su guapa y valiente capitana, no era también más que una basurilla despreciable del valle de México en medio de las lagunas, atravesando las encontradas corrientes de los canales en el difícil y peligroso paso de la compuerta.

El cielo iluminado con la dulce claridad de la luna en el zenit se retrataba en la superficie unida y tranquila de ese inmenso espejo que parece colocado de intento

en el centro de las elevadas montañas y de las ásperas sierras, y los rayos de la casta diosa y del lucero de la mañana, reflejándose, quebrándose y dividiéndose á lo infinito formaban una especie de *moiré* plateado y brillante que cambiaba y seguía las ondulaciones rizadas que formaba en las aguas, el viento fresco y perfumado que venía de los bosques inmediatos.

Un fuerte sacudimiento interrumpió su plegaria, seguramente algún madero desprendido de la balsa había tropezado con la embarcación, y al mismo tiempo el ruido de un cuerpo que caía al agua los llenó de terror.

—De seguro que uno de los remeros se ha caído.

Y en efecto, no había acabado de decirlo cuando lo vieron queriendo asirse sin poderlo conseguir, del bordo de la canoa.

—Haz por nadar grandísimo...—le gritó Cecilia que su terror repentino había sido reemplazado por la cólera; —agárrate, agárrate... bruto, no sabes nadar como un juil... así... ahora... no te sueltes... desgraciado, te vas á ahogar.

En efecto, el indio hacía por nadar, tendía sus manos crispadas al bordo de la canoa; pero imposible, el estado de embriaguez en que estaba, no se lo permitía y dos veces apareció como una esfinge su enorme cabeza, en la superficie, pero el agua hizo un remolino y el indio descendió al fondo fangoso y no reapareció más.

—¡Cecilia, nos hundimos, la canoa hace agua, se está llenando, qué hacemos!—gritó desesperadamente Lamparilla.

En efecto, la canoa, sin el impulso y equilibrio de los dos remos iba de través; el agua entraba por todas partes y mojaba los pies del licenciado Lamparilla precisa-

mente en el lugar mismo donde se encuentran las impetuosas corrientes de lo que se llama la compuerta.

—¡Es San Justo, ese maldito masón de San Justo, el que ha agujerado mi canoa; ya me lo habían dicho, vino ayer á la hora que yo no estaba aquí!

—¡Cecilia... nos hundimos! ¡Sálvame, sálvame tú que sabrás nadar! Ahogarme aquí en un charco... nunca había querido ir á Paris por no embarcarme,—decía Lamparilla lastimosamente.

El agua entraba á borbotones, la canoa se hundía, una línea sola de su bordo estaba fuera del agua; el remero único que había quedado, hacía esfuerzos para salir de la corriente; pero imposible.

Cecilia instintivamente se despojaba de su ropa, era buena nadadora, se disponía á luchar á brazo partido con la muerte; pero imposible tampoco, las aguas se confundían con el horizonte, allá á lo lejos, muy lejos se divisaba el cerro del Peñón, los cerros de Guadalupe... ¿como nadar cuatro leguas?

—¡Cecilia, Cecilia!—gritaba el licenciado, y aunque la capitana estaba ya casi desnuda, el frío y el miedo habían apagado la hoguera de su amor.

La canoa rebozó y se fué hundiendo, hundiendo, primero desaparecieron las piernas de Lamparilla con sus calzoneras negras, con su botonadura de plata, y las piernas rollizas de Cecilia, después la cintura, después apenas la cabeza tenían fuera del agua.

¡Pobre Juan! perdía en ese momento á su única protectora en la tierra; pobre Moctezuma III, el incansable abogado que lo iba ya á poner en posesión de su reino, parecía ahogado, no en el grande Océano, sino en un miserable charco de agua. El tornero, que sin

saberse por qué causa tenía aún medio cuerpo fuera del agua, iba á recibir el merecido castigo de su horrendo crimen.

Mientras más esfuerzos hacían Lamparilla y Cecilia para salvarse, más se hundían en el fondo barroso de la laguna. Los rieles temblorosos de plata que la luna formaba en la superficie de las aguas tranquilas, pasaban ya por la boca de los desgraciados, y Las Siete Cabrillas miraban atentamente á los náufragos desde las profundidades azules del firmamento, y desde allí sólo Dios podía salvarlos.

CAPÍTULO XXXI

Cocinera y criado

Cas manos quietas, Juan, ya te lo he dicho mil veces; yo no aguanto llanezas de nadie, y si te portas así cada vez que estamos solos, tendré que decírselo á las amas, conque va por última.

—Ya le he dicho á usted también muchas veces, cuáles son mis intenciones, y no tiene usted por qué decirme que gasto llanezas, ni amenazarme con las amas.

—Y yo te he contestado que lo que tú quieres es una locura y nada más. Piensa que tengo más edad que tú, tal vez podría ser tu madre, y buenos estaríamos para casarnos, nos harían burla.

—No sé por qué,—contestó Juan,—tiene usted tanto empeño en echarse años encima, y echarla de vieja. Representa usted veinte años y no tiene más. ¿Diga usted qué edad tiene?

—¿Y qué te importa la edad? y ¡ojalá tuviese veinte

años, tendría más tiempo para trabajar y juntar un poquito de dinero para poner un *trato* ó siquiera una mesa de dulces en el portal, y vamos á ver ¿qué edad tienes tú?

—Yo sí que ignoro la edad que tengo. Ni supe, ni sé hasta ahora, cuándo ni cómo nací, y quién fué mi madre. Una persona que yo quería mucho me dijo una vez que yo era hijo de una señora muy rica, marquesa ó condesa; pero no pudo aclararme el misterio porque...

—¡Qué tarea! te repito que tengas quietas las manos, ó me voy de aquí, ó te echo al zahuán. Cuatro acomodos he perdido ya y no quiero perder el quinto y andar mudando casas todos los días. En una fué el cochero el que dizque se enamoró de mí, y me perseguía día y noche y también se quería casar conmigo. En otra los niños de la casa, figúrate cuatro á un tiempo, el mayor era como tú, y los otros poco más ó menos, no se mordían e dedo; en la última era el mismo señor de la casa que me ofrecía dinero y me regalaba anillos y aretes. Parece que la señora tuvo sus malicias y puso el remedio muy á tiempo. Tuve que decir que estaba enferma, y no queriendo ya servir, con lo poco que había juntado compré una ancheta surtida de agujas, alfileres, bolitas de hilo y anillos, cuentas de colores y gargantillas y me fuí rumbo á Tenancingo, á venderla entre los indios y á comprar rebozos de bolita y aquí los realicé bien; pero por mi desgracia no puedo andar en la calle, por no encontrarme con un malvado hombre que ha hecho mi desgracia.

Juan, instintivamente, acaso sin malicia, se empeñaba en acariciar y jugar con las dos gruesas trenzas de pelo de la muchacha y en pasarle suavemente la mano por el cuello, pero dócil á las reprimendas se apartó un poco

de su compañera para no caer en la tentación, y continuó platicando tranquilamente.

—Si habla usted de desgracia, D.^a Casilda, hago parejas con usted, y quién sabe, si nos contáramos nuestra vida cuál de los dos... pero antes quiero que me imponga usted del modo como debo manejarme con los amos, el genio que tienen, sus manías; quiero decir, la manera de servirlos bien y de que estén contentos, porque entienda usted, D.^a Casilda, que el día que salga yo de esta casa no sé dónde iré.

—¿Pues cómo viniste aquí? ¿quién te dió papel de conocimiento, ó te indilgó?

—Ya se lo diré á usted, pero impóngame primero del modo que gastan las personas de la casa.

—Pues el amo, que es el Sr. D. Pedro Martín de Olañeta, es muy serio, da hasta miedo verle su cara, pero muy bueno, al menos conmigo, ni un sí, ni un no. A las cinco de la mañana se le ha de hacer su chocolate, sin leche, espeso y muy caliente con un *estribo* ó *rosca*. Se le lleva á la cama, lo toma, fuma su cigarro y se vuelve á dormir. A las diez en punto su almuerzo, arroz blanco, un lomito de carnero asado, un *molito*, sus frijoles refritos y su vaso de pulque; á las tres y media la comida: caldo con su limón y sus chilitos verdes, sopas de fideos y de pan que mezcla en un plato, el puchero con su calabacita de Castilla, albóndigas, torta de zanahoria ó cualquier guisado; su fruta, que él mismo compra en la plaza, su postre de leche y un vaso grande de agua estilada. A las seis de la tarde su chocolate, y á las once la cena que se le lleva á la cama. Fuma su cigarro, reza sus oraciones, se limpia los dientes con unos palitos que es preciso ponerle en una mesita

junto á su cama, con una escupidera muy limpia y un vaso de agua. Las dos amas son sus hermanas. La una se llama D.^a Coleta y la otra D.^a Prudencia. A las cinco de la mañana se levantan, toman su taza de leche caliente y se van á la iglesia y no vuelven hasta las ocho. Almuerzan y comen con el señor licenciado, y como él cenan en su cama. Cada ocho días confiesan y comulgan; á las ocho el rosario, la estación y la novena. Doña Coleta corre con lo de la cocina, me da el gasto, dispone lo que se ha de servir en el día y á veces ella misma hace algún guisado extraordinario para el amo, ó una cocada ó *ante de mamey* que les gusta mucho. D.^a Prudencia tiene á su cargo lo de la recámara, se entiende con la lavandera y recamarera, repasa la ropa, compra lo necesario cuando falta y cada ocho días se barre y se limpia la casa de arriba abajo. El amo seguramente es rico, pues aunque D.^a Coleta pesa la carne y da con su medida el arroz, la sal, los fríjoles y los garbanzos, y no quiere que se gaste en la cocina el aceite fino, el dinero nunca falta. Por lo que has visto y por lo que te cuento ya sabes lo que pasa y cómo te debes de manejar. Por mi parte estoy tan contenta, que sólo que me echaran á empujones me iría de esta casa. Te confesaré que aunque amo á Dios y tengo miedo al infierno, no soy muy devota, pero he tenido que condescender en confesarme y comulgar cada ocho días, con tal de darles gusto, y en cuanto á no salir mucho, mejor para mí, siempre estoy teniendo miedo de encontrarme con ese hombre. Ya sabes lo que deseabas, ahora cuéntame lo que haces.

—Poco, muy poco, y quisiera hacer más, porque no me gusta estar ocioso,—contestó Juan,—y porque cuando estoy junto de usted, D.^a Casilda, me dan tentaciones

de hacerle cariños siquiera á esas trenzas tan gordas que Dios le ha dado. No he visto mujer que tenga un cabello tan abundante y tan liso, y tan lustroso como usted... sí, ya recuerdo, otra persona, que yo quería mucho se parecía á usted en el pelo y en los dientes tan blancos y tan parejos.

—Deja los cabellos, y esas cosas, y no pienses más en ellas, responde á lo que te pregunte.

—Pues, está á mi cargo, la recámara del señor licenciado. Limpio su ropa, sacudo y barro su despacho, arreglo y pongo en orden los libros de su biblioteca, y le sirvo la cena, pues el desayuno parece que está empeñado en que se lo lleve usted, aunque podía corresponderme á mí, ó á la recamarera.

Casilda se puso un poco encarnada y desvió la conversación del rumbo donde inocentemente la encaminaba Juan.

—Y lo demás del tiempo ¿qué haces?

—Pues aprender la doctrina cristiana y la gramática. El señor licenciado me da y me toma la lección, y lo demás del tiempo con usted y no más que con usted, pues aunque se enoje no sé qué siento de bueno, cuando estoy aquí platicando y digo lo mismo. Solamente que me echaran á empujones me iría de esta casa, pero ya lo verá usted, poco me ha de durar, porque, como he oído decir á los señores, hay mala estrella y buena estrella, y yo tengo de la muy mala.

—Pues cuéntame tu vida, pero con verdad, como si te estuvieras confesando. Te quiero así, no sé cómo, no para mi marido, que eso sería una locura de vieja, sino porque eres como yo, solo en el mundo y no tienes más que tu trabajo y tu edad, y no eres feo, particularmente

desde que el señor licenciado te quitó ese vestido viejo y horroroso que apestaba á muerto.

Esta escena pasaba en la cocina de la casa del viejo y célebre licenciado D. Pedro Martín de Olañeta, que renunció el importante empleo de juez para que lo ocupase el más célebre licenciado D. Crisanto Bedoya. La casa de Olañeta estaba situada en la calle de Monte Alegre, que con todo y su nombre es una de las más tristes y menos transitadas de la ciudad. De estilo antiguo, cómoda si se quiere, pero irregular, con puertas chicas y grandes, ventanas por todas partes, rejas de fierro, pasadizos estrechos, corredor ancho con macetas, dos azotehuelas, una biblioteca y un salón espaciosos. Estaba muy lejos del aspecto severo y grandioso, aunque tristísimo, del palacio de la calle de D. Juan Manuel, pero se le parecía mucho aún en los muebles antiguos que eran menos ricos, raros y costosos, pero que, sin embargo, serían pagados hoy en París á precio de oro. La cocina era amplia, muy aseada provista de cuanto es necesario para el servicio de una familia, pero nada tenía de particular más que un torno que la comunicaba con el comedor y por medio de él se servían las comidas.

Los actores eran nuestra antigua conocida Casilda y Juan, el mismo Juan que sin querer, y por causa del tación que se le atoró en las baldosas, dejó caer el ataúd de D. José María Carrascosa.

El tiempo transcurrido parece que no había hecho otra cosa, sino dedicarse de intento á hacer más perfectos y visibles los atractivos de Casilda.

Las hermanas Prudencia y Coleta habían exigido que Casilda vistiese la enagua más larga y de color modesto y

el calzado de cuero de cordorniz en vez de seda, que se peinase de dos trenzas y subiese hasta cerca del cuello, la bata de su camisa, pero no le habían podido quitar ese fuego que brotaba de sus ojos húmedos, ni la claridad de esa boca, de donde salía luz, iluminando una lengua pequeña, encarnada y suave y dos hileras de blanquísimos y parejos dientes, ni la gracia de sus naricillas, ni la suavidad de sus apiñonadas mejillas, y luego, una voz tan insinuante, un modo tan agradable para contestar, unos movimientos naturales, que sin estudio, ni pretensión eran graciosos, quizá provocativos. Cuando la conocimos viviendo de mala manera con el desalmado bandido que le dió una paliza, era simplemente bonita; en casa del licenciado Olañeta podía pasar por una de esas maravillas de hermosura que no son comunes, pero que sí suelen encontrarse entre la gente de nuestro pueblo.

Juan, aseado, vestido como las gentes de pobre esfera, pero con limpieza, con la ropa que le compró el licenciado, y tranquilo, bien nutrido y contento, se podía asegurar que era un guapo y simpático muchacho, que tenía tanto de la condesita como de su padre el teniente coronel Robreño, que en la frontera, donde la generalidad de la gente es blanca, bien formada y gallarda, pasaba como uno de los oficiales más bien plantados.

Casilda se levantó del banco de madera donde estaba sentada y comenzó á hacer sus faenas de cocina.

—Ya podías ayudarme en algo,—le dijo á Juan.—La recamarera no dilatará en llegar con el mandado, y las amas, de la iglesia. Quiero que cuando D.^a Coleta entre á la cocina ya encuentre el almuerzo dispuesto. Puedes comenzar á contarme tu vida mientras repasas los

cuchillos y cubiertos de plata que quiere el señor licenciado que siempre estén lustrosos como si acabasen de salir de la platería. Toma la gamuza y los polvos blancos.

Juan comenzó á limpiar los cubiertos y los cuchillos y á contar con ingenuidad lo que sabía y recordaba de su vida.

Casilda escuchaba con interés á Juan, y solía interrumpirlo con exclamaciones de admiración ó de lástima, pero cuando llegó á la época de su aprendizaje en la casa de Evaristo, inmediatamente reconoció en el personaje á su antiguo amante; no pudo disimular ni contenerse, dejó en la mesa de servicio las zanahorias, las cebollas y el cuchillo con que las picaba, se sentó en la banca; abrió sus brillantes y negros ojos, los clavó en Juan, y con la boca entreabierta y agitada y un poco temblorosa, no perdía una palabra.

—¿Conque así trataba ese bandido á su pobre mujer? —le interrumpió cuando comenzaba la narración de la noche del San Lunes.

—Como se lo estoy diciendo á usted, D.^a Casilda.

—¿Por qué no agarraba esa tonta mujer un fierro cualquiera del obrador y mataba á ese bruto?

—¿Qué quiere usted, D.^a Casilda? mi pobre maestra era más humilde que el cordero que tenía, como le he dicho á usted, y que no sé qué habrá sido de él.

—Acaba por Dios, Juan, acábame de contar en qué pararon estas cosas. ¿D.^a Tules se habrá huído de la casa y refugiado en la de su madrina?

Juan se limpió los ojos, y contó, con la viveza de su edad y la impresión terrible que no se le borraba, la escena última que acabó con la vida de su maestra.

—¡Jesús! y ¡Dios mío qué horror!—dijo Casilda tapándose la cara con sus manos,—¿y por qué no mataste á ese bruto? Dios me quiere mucho y me libró á tiempo de las garras de ese demonio. ¡Qué casualidad, encontrarme aquí con este muchacho!

—Ganas tenía, no de matarlo, sino de hacerlo mil pedazos; pero en el mismo momento pensé que si yo lo mataba encontrarían á los dos muertos en el mismo cuarto, y yo tenía que cargar también con la muerte de mi maestra; ¿pero qué ha tenido usted que ver con don Evaristo?

—Ya te contaré; pero acaba, porque estoy hasta asustada y parece increíble que en la edad que tienes te hayan pasado tantas cosas.

Juan continuó su historia hasta el lance en que dejó caer el ataúd de D. José Carrascosa.

—¿Y qué hiciste, desgraciado muchacho?—le preguntó Casilda viendo que Juan callaba, como si hubiese ya terminado.

—Era tal la confusión y el miedo de la mucha gente que había en el entierro cuando el que estaba muerto se levantó y se puso á hablar y á gritar no sé qué cosas, que yo pude escaparme sin ser detenido por el secretario, que me había cogido ya de la chaqueta, y de pronto hice lo mismo que la mañana en que salí del taller, alejarme y andar calles y calles, pero no corriendo por no hacerme sospechoso. Me ocurrió ir á la plaza á buscar á mi ama D.^a Cecilia, pero de seguro con el vestido del hospicio don Justo el masón me habría conocido y mandado otra vez con un *aguilita*, y yo ni por los huesos de mi madre habría vuelto, porque me daba en el corazón que el secretario, el día menos pensado, me encerraba y me dejaba

morir de hambre en el cuarto oscuro, y le aseguro á usted que de todo quiero morir menos de hambre. Si usted supiera, como yo, lo que se siente, y qué cosas tan horribles se van pensando cuando se pierde la esperanza de que le den á uno un jarro de agua ó un pedazo de pan...

—Vaya, acaba y no pienses en el hambre, que aquí, por beneficio de Dios, nos sobra que comer.

—En cuanto fué de noche, me fuí á la casa de D.^a Cecilia, que está en un callejón cerca de la acequia, pero la encontré cerrada. Me senté en el quicio del zaguán á esperar á que llegara D.^a Cecilia ó las muchachas, pero ni un alma. Pasé la noche en una canoa vacía, y Dios, sin duda, me iluminó, y á riesgo de ser aprehendido como prófugo del hospicio vine á esta casa, que conocía yo mucho, pues los más días le traía la fruta al señor licenciado. También á las señoras las conocía, pero no sabía cómo se llamaban. Conté al señor licenciado lo que me había pasado, menos lo de la casa de mi maestro el tornero, porque eso sólo se lo he dicho á usted porque la quiero. El señor licenciado me regañó, me quiso echar, me llamó... me volvió á poner en la puerta: las señoras entraron á ese tiempo, que venían sin duda de la iglesia, habló con ellas un rato y al fin me recibió y aquí me tiene usted de su criado, con la fortuna de haberla encontrado á D.^a Casilda, y cuando pienso de noche al acostarme que duermo en la misma casa que usted, que como en la cocina con usted, no sé lo que me quiere suceder, ni lo que siento, olvido cuanto me ha pasado y no me cambio ni por el mismo señor licenciado.

—Calla, calla, y no vuelvas con esas cosas. Verás como si seguimos así, perderemos el acomodo.

—Ni Dios que lo permita, y le juro, por la memoria de mi maestra, D.^a Tules, que no le volveré á decir nada que la enfade; pero falta que usted me cuente lo que le ha pasado, pues que ya lo hice yo.

—Lo que me pasó;—respondió Casilda,—fué un infierno al lado de ese hombre.

—¿Cómo? explíquese usted, D.^a Casilda, ¿fué usted casada con mi maestro?

—Eres un inocente; ¿cómo había de haber sido casada, puesto que se casó con esa desgraciada muchacha y por fortuna me tienes aquí todavía?

—Eso no le hace; capaz habría sido de casarse con cuatro y con cinco mujeres... pero D.^a Casilda,—continuó Juan con tono entre lastimoso y colérico,—¿cómo es posible que hubiese usted ido á dar con semejante asesino?

—Qué quieres hijo; una no siempre es dueña de su voluntad, y además, él no era mal plantado, y hábil y muy hipócrita; eso era lo principal. Lo ayudé en sus trabajos; más, lo mantuve muchas veces, lo curé cuando estaba enfermo, lo saqué de la cárcel... Su madre no hubiera hecho más por él... ¡Canalla, malvado, hijo de todos los diablos! sin duda... el pago que me dió... y lo peor es... que...

—¿Que lo quiere usted todavía?—le interrumpió Juan.

—De quererlo, no;—respondió Casilda con vivacidad y picando su recaudo con cólera y precipitación;—lo que le tengo es miedo, y por eso no salgo á la calle, pues que á pesar del tiempo que ha pasado, creo verlo por todas partes, y eso que no sabía yo el horroroso asesinato.

—Sin duda estaba usted por esos pueblos comprando sus rebozos; pero es raro, pues en México, ya lo sabe to-

do el mundo, y yo cuando oía hablar de esto á los muchachos y á los superiores del hospicio me hacía el disimulado y me marchaba á otra parte, porque se me figuraba que en la cara me conocían el secreto.

—¿Y no tienes miedo de encontrarte con él?—le dijo Casilda.

—Muy lejos de aquí estará, ó bien escondido. Los *cui-cos* han cogido presos á los vecinos y á las vecinas, y maldito si en nada se metieron, y lo que pasó ya lo conté á usted; es la verdad, como si me estuviera confesando. El día que lo cojan ya le verán en la cabeza la cicatriz que le ha de haber dejado el golpe que le dí con el serrote. Se lo tiré con todas mis fuerzas á matarlo, para impedir que matara á mi pobre maestra D.^a Tules.

La voz se anudó en la garganta de Juan; sus ojos se humedecieron y no pudo continuar.

—Llaman á la puerta, vé á abrir; debe ser la recamara que llega con el mandado y ya era tiempo, pues se acerca la hora del almuerzo y el amo regaña que da miedo.

Juan volvió con un periódico en la mano.

—Era el repartidor,—dijo Juan, con *El Eco del otro Mundo*.

—Llévalo en seguida al amo; milagro es que no haya preguntado por él, y déjame guisar en paz, que ya es tarde. ¡Qué almuerzo voy á hacer hoy para los amos! La boca me sabe á cobre y toda yo estoy temblando interiormente.

Juan, caminando para la biblioteca del licenciado, echó una ojeada al periódico, como lo hacía todos los días, especialmente desde que el licenciado Olañeta le hacía estudiar gramática y leer en carta.

—¡D.º Casilda, D.ª Casilda, oiga usted lo que dice éste periódico! ¡Estamos perdidos, no sé lo que va á ser de nosotros.

—Lee, lee con mil demonios, que todo me asusta hoy, hasta los pasos de un ratón; creo que me voy á morir... y este chile condenado que se ha quemado ya. ¡Uf! toda la mano me he abrasado... lee, Juan, lee... no hagas caso.

Juan, en efecto, no hizo caso de la quemada del chile y de los dedos de Casilda; clavó sus grandes ojos azorados en el párrafo del periódico, y con trabajo, pues las líneas impresas le bailaban, leyó:

«*El crimen de Regina.*—A la sagacidad, vastos conocimientos y energía del señor juez de lo criminal D. Crisanto Bedoya, se debe que la causa se haya instruído con brevedad, que se hayan obtenido las pruebas necesarias y que los delincuentes estén casi convictos y confesos. De los dos cómplices, el uno será fusilado por haber sido soldado y haber obtenido en regla su licencia absoluta. Es justo premio á los servicios que prestó á la patria en la carrera de las armas. El otro será condenado á garrote vil en la plaza de Miscalco. De las mujeres, una será sentenciada á muerte, las tres restantes á diez años de trabajos forzados en las Recogidas; sólo una mujer, que se mantiene de hacer dulces y entregarlos á las casas principales de México, ha resultado inocente y se ha quedado como casera de la casa. La pluma se resiste á referir los horrores que han pasado en ese antro donde no vivían más que ladrones y mujeres perdidas. Parece que anteriormente se habían cometido allí dos asesinatos á cual más horrosos.

»El integérimo juez sigue la pista, y no tardará en des-

cubrir al principal asesino y á los que anteriormente tenían espantado al barrio con sus crímenes, y que, por miedo á los bandidos que habitaban esa finca, no se habían atrevido á denunciar. Están ya al caer, de un momento á otro, la antigua querida del tornero, que por celos lo instigó para que entre él y los vecinos asesinaran á la mujer legítima. Esa, indudablemente será sentenciada á muerte, lo mismo que el aprendiz que es mayor de edad y es el muchacho más pillo y malévolo que se conoce en México. Ultimamente se fugó del hospicio, donde nó se sabe cómo estaba, llevándose un vestido y unos zapatos nuevos de cuero inglés.»

Al acabar de leer Juan, el periódico se le cayó de la mano y miró á Casilda, que á su vez había dejado caer el cuchillo y el recaudo al suelo. Los dos estaban pálidos, y durante algunos minutos no pudieron articular palabra.

—¡Qué maldad! ¡qué mentira, que clama á Dios! ¿Quién habrá podido decir esas cosas? ¿De dónde han sabido que yo tuve la desgracia de vivir con ese asesino?

—Y si el señor licenciado averigua y sabe quiénes somos ¿qué hará por lo que dicen del hospicio? en cuanto lea el periódico me manda entregar á la justicia. ¿Qué hacemos, Casilda?

—Huir, Juan, huir de aquí, si no, somos perdidos. No entregues el periódico; si te llama el amo ten valor y no te turbes, dile que no lo han traído. Voy á sacar fuerzas de donde pueda y hacer el almuerzo, en cuanto venga esta recamarera condenada que hoy se ha tardado más que nunca. Mientras almuerzan, nos vamos... por ahí lejos... ¿quién sabe dónde? Dios nos ha de ayudar... pero

la cárcel, la horca... ¡Jesús mío, qué horror y qué infamia!

Juan, aterrorizado, bajó la cabeza y dos lágrimas cayeron en el pantalón de paño que pocos días antes le había regalado su nuevo protector. Apenas había comenzado á disfrutar de una relativa dicha, cuando impensadamente, como un rayo, como una montaña que se derrumba, como una torre que cae sobre el que pasa, había venido la fatalidad terrible y cruel á oprimir á Juan.


—¿Qué dices, Juan? ¿qué dices? ¿qué hacemos? La lectura del periódico por el amo será nuestra sentencia de muerte. Huir; no nos queda otro remedio.

Juan se puso en pié, tomó entre sus manos las negras trenzas de Casilda, les imprimió un ardiente beso y dijo tristemente:

—¡Sí, huir juntos ó matarnos; la vida para mí no tiene más que horrores y martirios.

CAPÍTULO XXXII

Al toque del alba

os criados, que desde que entran á una casa procuran averiguar cuanto pasa, y la vida y milagros de sus amos, amigos y conocidos, nos han dado algunas noticias de la familia del licenciado D. Pedro Martín de Olañeta, pero como este personaje tendrá que figurar en los acontecimientos que aun nos falta que narrar, supliremos lo que acaso no pudieron ya decir porque no lo sabían ó por la justa alarma en que entraron con la lectura del párrafo del periódico.

Así como las casas feudales ó más bien dicho palacios del conde del Sauz, del marqués de Guardiola, de los condes de Santiago, del marqués de Moncada y otros representaban el tipo de la arquitectura feudal-española en los siglos xvii y xviii, así D. Pedro Martín de Olañeta era la representación viva de los hombres que figuraron en la época de la transición que convirtió repenti-

namente el vireinato en Imperio y poco después en República federal. Olañeta rayaba en los sesenta; pero su vida arreglada y uniforme, le habían conservado el vigor y la salud. Alto, derecho, todavía en buenas carnes, con pocas canas y su dentadura aunque descuidada completa y fuerte, á primera vista no se le darían cincuenta años cumplidos. Ojos profundos, oscuros y pequeños, la ceja casi junta, la boca grande y franca, la nariz á la romana con algo de exageración, sin bigote y con unas patillas oscuras que terminaban cortadas á línea en el extremo de los carrillos, su fisonomía adusta y grave era poco simpática á primera vista. Era un tipo del colegial antiguo que después de doce años de estudios había llegado á la magistratura. Cursó filosofía, derecho romano y patrio y cánones en el más antiguo colegio de Comendadores juristas de San Ramón, después fué colegial de Santos, habitando el suntuoso edificio (que con sentimiento vió derribar después para convertirse en casas), disfrutó la beca con su pensión y los demás privilegios anexos, sirvió de asesor con el último virey y estableció su bufete, que le proporcionó en el curso de algunos años una fortuna con que vivir independiente; pero el deseo de ser útil á su patria y su costumbre de trabajar y de ocuparse de leyes y de procesos, lo habían hecho admitir diversos cargos en la magistratura; su saber como abogado, su laboriosidad y su honradez acrisolada, lo hacían como necesario, y no había ministerio, no obstante la frecuencia con que cambiaban, que no le rogase con algún empleo de importancia. Cuando en su conciencia, por un motivo ó por otro, creía que no podía seguir desempeñando un puesto, renunciaba y no había razonamiento ni influjo bastante para disuadirlo, y esto

aconteció precisamente en los momentos que nuestro D. Crisanto Bedoya llegó á México con sus cartas de recomendación.

Educado como quien dice á la antigua, era, no sólo creyente, sino cristiano ortodoxo. No admitía dudas ni discusiones en materias religiosas, y defendía, no sólo los artículos que se llaman de fe, sino los milagros, apariciones y leyendas piadosas, y cuando se ofrecía en las conversaciones, sostenía y probaba con curiosos datos históricos, la renovación del Señor de Santa Teresa, la leyenda del Señor de Chalma y del Señor del *Reboso*, las apariciones de la *Virgen de Guadalupe* y de los *Remedios*; era en resumen una alma buena y tranquila donde no había penetrado la duda. Inclinado en política al partido monarquista, ó cuando menos conservador, le habían dado tentaciones de recibirse de masón en el rito escocés, pero no logrando vencer sus escrúpulos de conciencia, había diferido semanas, meses y años su resolución. Allá en sus mocedades no tuvo amores, sino que pensó casarse con una D.^a Luisita de buena familia, y aun llegó á pedirla, tan luego como su bufete le produjo lo suficiente para sostener su casa; pero sin saberse por qué, de la noche á la mañana se metió la D.^a Luisita en un convento y profesó al año. La noticia de la profesión de su novia lo dejó muy tranquilo, y en vez de afligirse y llorar dijo:—«De buena he escapado,»— y se conservó solterón, viviendo con sus hermanas, apasionado platónicamente de la célebre bailarina Isabel Rendón, y guardando una conducta seria é irreprochable, pues si cometía como todo hombre sus pecadillos y se daba sus escapadas de noche envuelto en su capa, nadie lo sabía, y la verdad es, que lo que se llama amor

jamás había vuelto á su pecho desde que le pasó, como él decía, *el chasco* de D.^o Luisita.

Su biblioteca era quizá de las más notables de la capital, por el número de volúmenes aunque no por lo selecto de las obras. Una Patología completa, las Siete Partidas del rey D. Alonso el Sabio, el Fuero Juzgo, Carleval, Solorzano, La Recopilación de Leyes de Indias, y por ese estilo, pergaminos *infolio* difíciles de leer y de manejar. Como libros de literatura, los Autos sacramentales y las comedias de D. Pedro Calderón de la Barca, el *Gil Blas*, que sostenía á pié juntillas que era del Padre Isla, y *Don Quijote de la Mancha*; con las novelas cortas de Cervantes.

Tenía tres hermanas; Coleta y Prudencia, doncellas viejas muy parecidas á él, dadas á la iglesia y dedicadas á las labores y gobierno de la casa. De jóvenes habían sido pasaderas, pero como rayaban en los cincuenta y cincuenta y dos, su aspecto era el de todas las mujeres ya de esa edad que no han sido hermosas. Aseadas, serias con el común de las gentes, pero afables con las pocas y escogidas amistades que desde años tenían, su bello ideal era vivir cómoda y cristianamente, dar gusto al confesor y á su hermano á quien querían mucho, diciendo á todos los que las querían oír, que no se había casado por no darles un disgusto y por no separarse de ellas. Además había otra hermana de carácter y figura distinta, como suele suceder en ciertas familias en que unos hermanos son rubios y blancos, y otros tan subidos de color que se diría debían el sér á un negro.

Clara, que así se llamaba la otra hermana, era de alto y derecho cuerpo, como Coleta y Prudencia, rubia, hasta parecer inglesa, de ojos grandes y azules, y no hay

para qué decir que era blanca y que tenía buena dentadura, sin embargo parecía como anémica y como abatida, sin gracia ni atractivo en su conjunto de mujer. Era la menor de las hermanas y con todo pasaba de los treinta. Así como sus hermanos fueron refractarios al matrimonio, ella desde que entró en edad, no pensó más que en casarse y hacía frente á cuantos se le presentaban, pero el hermano mayor, como jefe de la familia, le impidió más de una vez el hacer una locura, hasta que por fin la casó con un licenciadito que había sido su pasante y á quien su padre al morir le dejó, como se dice vulgarmente, algunas proporciones. Le llamaban *Chupita*, porque era muy delgado y relamido, muy rasurado y vestido de limpio y muy aristócrata, pues no tenía amistad sino con marqueses y condes, y en las ocasiones en que Olañeta desempeñaba algún cargo público, le encomendaba los asuntos de sus clientes, sea dicho de paso, asuntos de poca importancia, pues no tenía fe ni en su saber, ni en su práctica en los negocios del foro. Su vida era un poco misteriosa, salía poco, á su cuñado apenas lo visitaba el día de su santo ó cuando estaba enfermo, y recibía en su gabinete y con ciertas precauciones, aun ocultándose de su mujer, á personas que sus criados, sin saber por qué, habían calificado de sospechosas. Clara de tarde en tarde veía á sus hermanos, y siempre con cierta ceremonia y cumplimientos muy ajenos del estrecho parentesco que los unía. Al principio se molestaron un poco, pero concluyeron por no hacer caso de Clara ni de su marido y visitarlos también muy de tarde en tarde y de cumplimiento.

Aparte esto, la vida de la familia del licenciado Olañeta era uniforme, monótona, arreglada á reloj. Con el to-

que del alba se levantaban, sonando las diez, almorzaban y así todas sus operaciones diarias. Casilda y Juan, aunque llevaban pocos días de servir á la familia, lo han referido ya. En las noches, algún canónigo de la catedral ó uno de esos viejos y sabios abogados condiscípulos de Olañeta, venían á tomar el chocolate, jugaban su tresillo, mientras Coleta y Prudencia tejían alguna sobrecama ó leían el año cristiano, y entre las diez y las once la tertulia terminaba y cada cual iba á la cama á esperar la cena y con el último bocado y el último trago de pulque, se persignaban, y envueltos en sus calientes ropas, se acostaban, dormían como unos bienaventurados hasta la alba de la siguiente mañana. Sólo hay que añadir que el licenciado Olañeta, además de la manía del rollo de palitos que todas las noches exigía que se le pusiese en su mesa junto á la cama, había de hacer precisamente una hora diaria de ejercicio en la alameda en la tarde, en la noche, otra hora paseándose de un extremo á otro de su biblioteca, y media hora en el comedor, en las mañanas fumando cigarro tras de cigarro y recibiendo el sol que entraba por una alta ventana.

El día en que Juan y Casilda tuvieron en la cocina la conversación de que se ha dado cuenta en el capítulo anterior, Olañeta, como de costumbre, estaba sentado en su sillón, fumando y repasando en su cabeza un informe de estrados en un ruidoso pleito de los marqueses de Valle Alegre, amenazados del embargo de sus dos mejores haciendas, las que adeudaban al juzgado de Capellanías doble dinero de lo que valían, sin que se hubiese conseguido que en años pagasen un solo medio de réditos. Los agujeros y rendijas del torno permitían oír en el comedor lo que los criados platicaban en la cocina, y

Olañeta solía escuchar sus chismes y diálogos, pero jamás había fijado su atención y cuando hablaban mucho y recio, ó la conversación podía degenerar en pleito, los regañaba y los mandaba callar. En esa ocasión al principio no hizo caso, pero cuando algunas palabras de sangre, asesinato y violencia hirieron sus oídos y tratándose de los criados que hacía poco había recibido, arremó con mucho tiento su silla y dirigió su oreja al torno para no perder una palabra.

Cuando notó Olañeta que Casilda y Juan guardaban silencio, y enterado de todo, pues mutuamente habían con entera ingenuidad, referido las particularidades más insignificantes de su vida, se levantó, y sin hacer ruido se dirigió á su biblioteca, sonó la campanilla, entró al momento Juan y le pidió el periódico.

—No lo han traído todavía,—murmuró Juan con la voz un poco conmovida, pero disimulando lo más que pudo.

—¿Mis hermanas han llegado?

—No, señor.

—Bien, dile á Casilda que venga, quiero saber lo que ha dispuesto para el almuerzo.

Juan obedeció y en seguida se presentó Casilda, más muerta que viva.

—Todo lo he oído, muchacha,—le dijo el licenciado con voz muy afable,—tranquilízate, pide el periódico á Juan, y cuidado con salir ni tú ni él de la casa sin mi permiso. ¡Cuidado! ¿Me obedecerás?

—Sí, señor,—contestó la criada volviéndole la alma al cuerpo.

—Bien, no haya cuidado por ahora. Ya veremos lo que se hace.

Casilda fué á la cocina casi bailando de gusto. En la

mirada y en la voz del amo había reconocido que él y Juan estaban salvados. Juan llevó el diario al licenciado, y en esto la recamarera entró á la cocina con una canasta llena de legumbres y carnes de lo mejor y más fresco que había en la plaza del Volador. Casilda en momentos preparó con presteza un almuerzo como nunca lo había tenido la arreglada familia.

D. Pedro Martín de Olañeta, aunque no era la hora designada por su metódica costumbre, recorrió el periódico, leyó dos veces el párrafo y comenzó á pasearse de uno al otro extremo de la biblioteca.

—¡Qué juicios los de Dios tan incomprensibles! ¡y cómo por caminos desconocidos viene á salvar á los inocentes!—decía para sí, continuando su paseo, con la cabeza baja y un dedo en la boca.

—¡La casualidad, de que yo conociese á este muchacho en el mercado y fuese él quien me trajese diariamente la fruta, y por cierto,—decía (haciendo un paréntesis á sus graves reflexiones),—desde que esa frutera Cecilia ha abandonado su puesto en el mercado, no he vuelto á comer buena fruta! ¡La casualidad que ese muchacho, fuese protegido por esa Cecilia y no por otra de tantas fruterías como hay en la plaza! ¡La casualidad de que ese muchacho se acordase en sus apuros de venir á pedirme hospitalidad! ¡La casualidad de que D.^a Dominga de Arratia viniese á recomendar á Casilda! ¡La casualidad de que la cocinera que teníamos se hubiese disgustado con mis hermanas porque gastaba mucha manteca, y de que ellas que son tan raras y tan difíciles para recibir criadas, les hubiese confrontado desde que la vieron! Cualquiera diría que era un cuento ó una novela, inventada á propósito para divertir á un lector ocioso,

pero yo digo que todo esto no es más que la obra de la Providencia que me ha señalado á mí para que salve, no sólo á los que ya tengo en mi casa, sino á los que están en la cárcel y condenados á muerte y á presidio por ese juez que me ha sustituido, y que probablemente no sabe una palabra de leyes, ni de criminalidad, ni de nada, es un bárbaro que va á enviar al otro mundo á gentes perfectamente inocentes... ni duda, Casilda y Juan que estaba muy lejos de creer que yo los escuchaba, han hablado como si se estuviesen confesando á la hora de su muerte. Pero ¿qué hacer? ¿Cómo proceder? Ya lo pensaremos bien.

Dejaremos al grave licenciado paseándose en su biblioteca con su cabeza baja y su dedo en la boca, pensando lo que debería hacer, para decir dos palabras acerca de D.^a Dominga de Arratia. Era una señora principal, rica y aristócrata. Tenía en el Valle de Temascaltepec varias haciendas, y en el pueblo figuraba en primer término. En los pueblos y ciudades de segundo orden de México, los dueños de haciendas son los potentados, los señores, y forman el núcleo de la aristocracia de provincia. El cura, los alcaldes, los ayuntamientos, todo el mundo les hace *randi bus* (1), como dicen los rancheros. En una de las haciendas había dejado su padre al morir un muchacho blanco, robusto, fuerte, bien hecho, como es en lo general esa gente de la tierra fría. Desempeñaba el cargo de mayordomo. D.^a Dominga, á poco tiempo de haber entrado al manejo de sus bienes, lo hizo administrador y á los dos años lo elevó al rango de su marido. Ella era la rica. Él, cónyuge y socio industrial. Él estaba

(1) Acatamiento, reverencias, cortesías falsas ó verdaderas.

todavía joven y vigoroso. Ella no malota, como dicen los jóvenes veteranos, pero ya entrada en edad. D.^a Dominga cuidaba al pensamiento á su marido y lo vigilaba día y noche sin dárselo á entender. Casilda, que anduvo de Herodes á Pilatos, comerciando, mudando casas, ya como cocinera, ya como recamarera y temiendo siempre encontrarse con Evaristo, después de su expedición como varillera, á su paso por un pueblo cercano á una de las haciendas de D.^o Dominga, fué recomendada á la señora, y á su vuelta á la capital, vino á la casa, donde, en vista de sus muchos y buenos *papeles de conocimiento* que abonaban su conducta, fué recibida como cocinera. A los ocho días, el marido, con un pretexto ó con otro, había dado sus vueltas por la cocina y la esposa lo había observado. A los quince días, ya había sorprendido ciertas ojeadas maliciosas de parte del marido y no dudaba que más tarde serían correspondidas por la muchacha. *La ocasión hace al ladrón*, dijo para sí como mujer prudente y que no quería reyertas con su marido; separarlos á tiempo es lo mejor, y sin esperar más, se puso su saya de seda negra y relumbrante, la mantilla trapeada de punto de Barcelona y se fué en casa de Olañeta, que era su apoderado y su consejero, y había, desde años hacía, girado sus negocios. Encontróse con las hermanas Coleta y Prudencia, les exageró lo bien que guisaba Casilda, lo honrada y hacendosa que era, y bajando la voz y acercándose á su oído les confió el secreto.

—Ni por todo el oro del mundo me desprendería de tan excelente criada, pero mi marido ha comenzado á guiñarle el ojo y á entrar á la cocina, donde nada tienen que hacer los hombres... ya ustedes me entienden como personas de mundo y de experiencia.

—Si guisa bien, D.^a Dominga,—dijeron las hermanas en coro,—que venga mañana mismo; aquí se paga á las cocineras como ni en las casas grandes: cinco pesos cada mes y cinco reales y medio de ración cada semana, y por lo demás, no hay cuidado ninguno, porque Pedro es más casto que José; rara vez entra á la cocina y ni pone cuidado en las criadas: es tan serio y tiene tantos negocios, que noches hay que olvida rezar sus devociones á la hora de acostarse. Quedó, pues, terminado el negocio.

D.^a Dominga se retiró tranquila, y al día siguiente Casilda estaba en la cocina de la casa de la calle de Montealegre, preparando el almuerzo para el viejo licenciado. Pocos días después fué el prófugo del hospicio á pedir el asilo que, como hemos visto, le fué concedido. Las casualidades ó la Providencia de Dios, como decía el licenciado. En los primeros días, preocupado con el informe de estrados en el asunto del marqués de Valle Alegre, no fijó su atención en la nueva doméstica; el almuerzo le gustó mucho y las hermanas mismas encargaron á Casilda, que era la que más madrugaba, que se encargara de llevar á la cama el chocolate, al mismo tiempo, y sin discrepar un minuto, que en las iglesias cercanas oyera el toque del alba. Una de esas mañanitas en que la oscuridad entabla su lucha con la luz que va gradualmente subiendo de las montañas, D. Pedro Martín se restregó los ojos, se compuso su gorro de dormir, y se sentó en su cama para recibir la bandeja de plata que Casilda le presentaba, con el pocillo de chocolate espumoso y caliente.

—¿Sabes, muchacha, que sería bueno que me abrieras de par en par la ventana? no tengo ya ganas de dormir y quiero aprovechar el tiempo para leer unos apuntes (los

del informe de estrados en el pleito de los marqueses de Valle Alegre).

—Como usted mande, señor licenciado,—respondió Casilda, y colocando la bandeja en el regazo caliente de D. Pedro, corrió al extremo de la pieza á correr las cortinas y á abrir las puertas del balcón. Lo quiso hacer con tanta presteza, que el fleco de su rebozo, con el que estaba bien cubierta, se atoró en el aldabón y precisamente al abrir la puerta, cayó al suelo y dejó al descubierto el busto palpitante y sorprendente de una Venus. D. Pedro se quedó estupefacto; un golpe más fuerte que el de una máquina eléctrica recorrió sus nervios desde la nuca hasta el dedo gordo de los piés: el pocillo y los vasos bailaron en la bandeja de plata, y una exclamación rápida é involuntaria se escapó de sus labios, pero se repuso inmediatamente, y Casilda, por su parte, que no había tenido tiempo ni de mudarse su camisa, porque ya había dado el toque del alba en la catedral, recogió como pudo su rebozo y se cubrió hasta el cuello, haciéndose también la disimulada como si nada hubiese visto su amo.

Esa visión, que parecía del Eliseo de los griegos, vista repentina é impensadamente al través de la luz misteriosa de las primeras horas de la mañana, y como engastada á propósito entre dos cortinas de damasco rojo de China, se quedó impresa en el cerebro del viejo abogado, como si se la hubieran grabado con un buril de fuego. La antigua novia D.^a Luisita, Isabel Rendón, ciertas muchachas de la 2.^a calle de Santo Domingo á quién solía visitar, todo se borró; un polvo espeso de años y de olvido sepultó para siempre esos comunes y prosáicos fantasmas. La visión celeste que se había aparecido entre

las cortinas de damasco era lo único que tenía delante y se le aparecía en los días siguientes entre las líneas cerradas de los apuntes del informe de estrados en el asunto de los marqueses de Valle Alegre.

Pero D. Pedro Martín era hombre de sólida virtud, que sabía dominar sus pasiones. En las mañanas siguientes correspondía con amabilidad los buenos días que le daba Casilda, y no se atrevía á mirarla, pero no podía dominar su imaginación, no mandaba en ella y siempre veía entre el cortinaje el cuadro seductor que se le presentó cuando mandó abrir las puertas del balcón.

¡Qué casualidad! ¿La Providencia de Dios? Eso no; la Providencia divina no podía disponer esas cosas que no tenían nada de santo. Las casualidades, sin embargo, que se habían sucedido unas á otras, se revolvían en la cabeza del abogado, é interrumpieron la serena monotonía de su vida.

Dispuesto el almuerzo, D. Pedro Martín se sentó como de costumbre en la cabecera de la mesa, platicó con sus hermanas, como si nada hubiese pasado, de modo que éstas no tuvieron noticia ni de la impensada escena del rebozo, ni de la conversación de Casilda y de Juan, y cuando vino D.^a Dominga de Arratia á saber cómo se portaba su recomendada, hicieron mil elogios de ella, y confesando que en efecto jamás habían tenido criada tan bonita y tan aseada, repitieron tres ó cuatro veces que el casto José era un libertino y un monstruo comparado con su hermano D. Pedro Martín.

Cuando D.^a Dominga se marchó, el licenciado llamó á sus hermanas á la biblioteca, cerró con precaución la puerta y les dijo:

—Voy á hacerles á ustedes una recomendación. Por

ningún motivo manden ustedes á la calle á Casilda, ni al muchacho Juan. Tengo mis razones para hacerlas esta prevención y á su tiempo se las diré si conviene.

—Mañana es sábado, día de confesión. Irá con nosotras á la catedral.

—No, ni aun eso; se pasará la semana sin la confesión ni la comunión del domingo, y en la entrante ya veremos.

Las hermanas no insistieron, pero se retiraron diciendo:

—¿Qué secreto será este? ¿Por qué Pedro no querrá que salga á la calle Casilda?

CAPÍTULO XXXIII

La injusticia en la justicia

El licenciado D. Pedro Martín no salió en ese día de su casa. En la noche, por fortuna, no hubo ningún tertuliano; su paseo á un lado y otro de la biblioteca duró dos horas en vez de una. ¡Pero qué paseo tan doloroso, un verdadero calvario para la austeridad y la rectitud de ese viejo jurisconsulto, educado en el cristianismo puro y en el Palacio de los vireyes españoles!

—¿Será amor el que tengo por esa tan seductora como desgraciada mujer?

Esa era la pregunta que se se hacía en cada vuelta redonda que daba á su biblioteca, y después de diez, de veinte vueltas y de hacerse otras tantas veces la misma pregunta no podía responderse.

—¡Qué vergüenza! ¡qué rubor! Un hombre de mi edad, un asesor del vireinato, un juez de letras de la

República, el patrono de casi toda la nobleza de México, enamorado de una mujerzuela, de una fregona, porque al fin esa muchacha no es más que una cocinera; no, eso no es posible, y aunque lo fuera no lo consentirá el doctor graduado en la Universidad D. Pedro Martín de Olañeta. ¡Quién tuviera las creencias, el mundo y el desparramo de D. Florentino Conejo! pero Dios no me hizo de ese barro. Fuera, fuera esas ideas y pensemos en salvar á esos desgraciados.

Y en vez de pensar en los desgraciados que estaban en la cárcel, la visión engastada en el cortinaje de damasco rojo de China se le presentaba viva, fresca, tentadora, como si en ese mismo momento se acabase de atorar el rebozo de Casilda en la aldaba del balcón. Coleta y Prudencia, extrañando que su hermano pasase en su biblioteca más del tiempo acostumbrado, entraron á verlo.

—Nada, nada tengo,—les contestó,—estoy repasando el informe de estrados en el complicado negocio del marqués de Valle Alegre. Déjenme en paz, por ahora, y les vuelvo á encargar que no manden á la calle, ni á Casilda ni al muchacho.

Las hermanas, que obedecían ciegamente al jefe de la casa, salieron del salón de libros viejos, algo desconcertadas, pero creyendo que en efecto su hermano estaba preocupado con el negocio del marqués de Valle Alegre.

—¿Tendré amor? ¿tendré amor?

Ese fué el tema invariable hasta las once de la noche, Las horas que transcurrieron hasta que sonaron las alegres campanadas del alba le parecieron un siglo. Casilda abrió la mampara de la recámara y se presentó con la bandeja de plata y el chocolate...

La resolución que de pronto tomó D. Pedro Martín al levantarse fué la de tener una discreta conferencia con su sucesor y compañero D. Crisanto Bedoya.

Después de almorzar salió ligero y animado como un joven de 20 años y tomó el rumbo del juzgado.

—Compañero,—dijo á Bedoya, saludándolo afectuosamente,—una indiscreción y tal vez un favor. Quisiera leer aquí la causa formada á varios supuestos reos por el asesinato de Regina.

Lamparilla, que estaba ocupado con el asunto de un robo de baratijas en dos alacenas del Portal de Mercaderes, se levantó de su asiento luego que vió á su respetable compañero, lo colmó de atenciones y lo sentó en su sillón.

—¿Creerá usted acaso, señor compañero, que la causa está mal formada ó que la sentencia?...

—De ninguna suerte, y aunque lo creyera ya me guardaría bien de entremeterme en los asuntos de su juzgado ¿con qué carácter lo haría? Es una simple curiosidad de abogado, y si hay inconveniente, bien puedo prescindir de lo que puede llamarse un verdadero capricho.

—Ningún inconveniente, y antes bien me hace usted un favor en esto. Soy un abogado novel y de ninguna manera criminalista, pues no he tenido tiempo de dedicarme á esos estudios, y si acepté este puesto fué por las vivas instancias del Presidente de la República y del señor ministro de Justicia á quien no podía desairar. Me comprometieron y no hubo más, habría sido una ofensa á todo el Gobierno y á la misma Corte de Justicia, acepté, y tuve la fortuna ó la desgracia de que á los pocos días ocurriese el crimen que ha llenado de horror á México y que la causa fuese instruída por mí. Ya verá us-

ted, he interrogado á medio México, pero al fin he logrado descubrir á los culpables, ya verá usted.

Acabando de decir estas palabras que hicieron sonreír al viejo al disimulo, Bedoya tocó la campanilla y un dependiente entró.

—Tráigame usted la causa del asesino de Regina y socios.

El empleado volvió á poco con tres voluminosos legajos de papeles, cosa de 2,000 fojas.

—Imposible de examinar esto ni en un mes,—dijo D. Pedro Martín.

—Ya sabe usted, hay mucha paja. Cateos, declaraciones sin importancia, diligencias de estampilla, ya conoce usted mejor que yo este tramiteo tan inútil y tan complicado, pero usted acertará á encontrar únicamente la sustancia y lo que tenga usted curiosidad en saber. Tiene usted allí enfrente una mesa, una silla y un rincón abrigado donde no da el aire.

—Perfectamente, y mucho agradezco á usted esta deferencia, señor compañero, pero ha de ser con la condición de que usted, y, como si yo no estuviese delante, continúe su trabajo.

—Convenido, señor compañero.

Bedoya instaló al viejo abogado en la mesa desocupada, le puso delante la voluminosa causa y continuó con el notario el despacho, consultando muchos libros que sacó del estante, para que su compañero viese que era un magistrado de peso que no dictaba un auto sin apoyarse en alguna ley ó doctrina de los más célebres criminalistas.

D. Pedro Martín se sintió agobiado con sólo la vista de tan voluminosa causa, y tentaciones tuvo de prescin-

dir de su lectura y marcharse á su casa á disfrutar del descanso y de la vida metódica que tan bien cuadraba á su edad y á su posición, pero recordó ¡desgraciado de él! que se trataba de Casilda y de Juan. Se resignó y comenzó á hojear, pero dieron las tres de la tarde. Bedoya guardó sus libros, el escribano, sus actuaciones, y un quebradito entró con las llaves en la mano para cerrar el juzgado.

—No he registrado ni leído sino lo más esencial,—dijo D. Pedro Martín,—y veo que antes de ocho días no habré podido formarme juicio.

—Ya verá usted que no ha faltado ni actividad ni suspicacia para interrogar á los testigos y á los reos y hacerlos caer en el garlito.

—Sí, en efecto, y por lo que he leído,—contestó D. Pedro Martín,—parece usted más bien un juez que lleva años de despachar un juzgado, que no un novicio, como usted dice, con una modestia que le honra.

—Favor de usted, señor compañero, favor y nada más. Lo que tengo es suerte para que las gentes me quieran. No tiene usted idea de lo que me quiere el presidente. Apenas me anuncia el ayudante, cuando las puertas se abren y platica conmigo de sus campañas, de las batallas que ha ganado... no tiene usted idea... con motivo de esta causa he querido personalmente darle cuenta... y está muy empeñado en que los reos sean ahorcados. Pedirán el indulto y no se les concederá, estoy bien seguro de ello.

Platicando así, y diciendo una y otra cosa, y Bedoya, exagerando, conviniera ó no, el favor que gozaba con el jefe de la nación y con sus ministros, llegaron á la puerta de la casa de D. Pedro Martín y se despidieron, que-

dando este último en concurrir á las once de la mañana del día siguiente para continuar la lectura.

D. Pedro Martín se sentó á la mesa y comió poco y en silencio. Su preocupación y su tristeza se revelaban sólo al mirarlo.

Sus dos hermanas le interrogaron. Les contestó que el informe en el asunto del marqués de Valle Alegre absorbía su atención.

Durante una semana no tuvo otra ocupación más que ir, á la hora convenida, al juzgado y leer las innumerables hojas de que se componía la causa, y con el mayor asombro se enteraba, á medida que avanzaba, de que el juez, no había hecho más que aplicar á los reos las duras penas que establecían las leyes españolas y mexicanas, aplicables á falta de código criminal que no existía. Las pobres mujeres y los hombres aprehendidos en la casa de vecindad, aterrorizados con la cárcel, confundidos con las amenazas del escribano y enteramente atarantados con las preguntas capciosas que les hacía el juez, habían comenzado por negar, después por contradecirse y, finalmente por echarse la culpa unos á otros, acusarse de cosas en que ni habían pensado, llenarse de improperios delante de los testigos á la hora de las declaraciones y enredar de tal manera el asunto que el más hábil defensor no hubiera podido descifrar el verdadero logogrifo que contenían en sustancia tantas hojas de papel escritas. El defensor, por salir del paso, se había limitado en cuatro renglones á pedir indulgencia para los culpables, mientras el fiscal pedía, para todos, en cuatro líneas, la aplicación de la última pena. Habían sido interrogados multitud de testigos del barrio de Regina, de San Angel, del barrio de San Pablo, de todas

partes. Los unos se habían negado á declarar, no queriendo comprometerse; otros, por malevolencia, habían declarado en contra y sostenido aún delante de los acusados sus falsas aserciones, otros, ignorantes y queriendo salir del paso y no ser molestados, habían contestado un *sí* á cuantas interrogaciones se les habían hecho, de modo que por una de esas casualidades fatales, en muchos puntos resultaban conformes las declaraciones de los testigos con las de los presuntos reos. Sólo la anciana enérgica que surtía de dulces á las casas del conde del Sauz, del marqués de Valle Alegre y de los condes de Santiago, estaba libre de toda responsabilidad y continuaba, por orden del juez y con beneplácito del propietario de la finca, desempeñando el cargo de casera y había logrado arrendar las localidades vacías. Cada vez que el juez la llamaba, por más preguntas capciosas que le hacían, se limitaba á la misma respuesta:

—Señor juez,—decía,—usted es muy sabio y muy bueno, pero está usted cometiendo una grande injusticia, y yo no tengo nada que responder ni que alegar más que lo que dije al principio; que soy una mujer honrada, que vivo de mi trabajo, haciendo dulces y entregándolos en casas muy ricas y muy honradas que pueden dar testimonio de mi conducta; que no quiero ni abogados, ni defensores, ni chismes, pues que mi defensor es Dios. El día que el señor juez quiera enviarme á la horca no tiene más que mandármelo avisar y vendré como siempre vengo cuando se me llama, aunque se me queme la conserva, como me sucedió el otro día, que por la prisa de venir al juzgado, dejé en la lumbre. Si me han de castigar y he de morir será voluntad de su divina majestad y no tengo más que conformarme con sus altos jui-

cios; con que señor juez, si no tiene usted más que mandarme, con su permiso me retiro, porque tengo el almíbar en la lumbre y soy una pobre que no puede estar comprando azúcar todos los días.

El juez, que veía el aplomo y la seguridad con que hablaba esta buena mujer, la dejaba ir y la molestó lo menos posible en el curso del proceso.

D. Pedro Martín, con la práctica de un abogado cansado de estudiar é instruir causas mucho más complicadas que la que había tocado á Bedoya, se agarraba la cabeza cuando regresaba á su casa, y reconoció, sin que le quedara duda, que el juez novel, ignorante en derecho, y con ninguna experiencia, tenía un cierto talento para el enredo y la intriga, y queriéndose lucir, como quien dice, y corresponder á las adulaciones de la prensa y á las atenciones del ministro de Justicia que lo creía hombre de grande importancia en su pueblo y quería valerse de él en las próximas elecciones, había unas veces intimidado á los presos dándoles á entender que si decían la verdad serían absueltos, pero haciéndoles al mismo tiempo una serie de preguntas tan capciosas que, al contestarlas, en vez de sincerarse se habían declarado actores de hechos que ni habían soñado pasar en la malhadada casa de vecindad. En el fondo Bedoya había llegado á averiguar casi toda la vida de Evaristo, y estaba convencido en su conciencia de que los principales instigadores del asesinato habían sido Casilda y el aprendiz.

Cuando D. Pedro Martín acabó la lectura de la causa é hizo su última visita al juzgado, quiso saber á qué atenerse, y bien se guardó de decir á su compañero Bedoya, lo que realmente pensaba acerca de las actuaciones.

—¿Acabó usted, por fin, señor compañero?—le dijo el juez, observando que D. Pedro Martín ponía en orden y ataba con una cinta los legajos.

—Acabé, y le aseguro á usted que es necesaria la suma de paciencia que debemos tener los abogados para echarse á cuestras una causa como esta.

—¿Y qué le parece á usted? La opinión favorable de un hombre tan sabio me llenaría de orgullo.

D. Pedro Martín, inclinando la cabeza para darle las gracias por el elogio, le contestó:

—Lo que resulta de las actuaciones y lo que previenen nuestras leyes vigentes, dan materia para una sentencia, pero así de pronto, sin estudiar el punto, me parece que no habiendo sido aprehendido todavía al verdadero asesino y á otros que se presumen cómplices, debían seguirse ciertos trámites sin los cuales no hay bastante fundamento...

—Sé lo que me va usted á decir, compañero... y tiene muchísima razón,—le interrumpió Bedoya, acercándose al oído y hablándole en voz baja,—pero qué quiere usted, la prensa se queja de falta de seguridad en los caminos, en las calles, aun en las casas mismas, y observo una cierta inclinación á que lo más pronto posible haya siquiera dos ó tres ahorcados para satisfacer á la vindicta pública; así comenzaremos por éstos, y sobre todo una mujer ahorcada hará muy buen efecto; me dicen que hace muchos años que no se ahorca á una mujer, y ya verán que Bedoya se sabe amarrar los calzones y manda á Mixcalco á una mujer lo mismo que á un hombre. En cuanto al asesino, casi lo tengo en la mano. Se ha refugiado en la hacienda del Sauz. Ya se ha encargado al juez de Durango su aprehensión y recomendado mucho

al gobernador y al comandante general. En cuanto al muchacho aprendiz que ayudó á matar y á hacer pedazos á su maestra, se ha perdido la pista. Fué á dar al hospicio por un robo que cometió en la plaza del mercado. En el hospicio, donde sin saber la maula que era le dispensaron su confianza, se puso de acuerdo con unos tenderos gachupines para robar cada mes la mitad de la menestra. Después, de intento, tiró el cajón donde estaba D. José María Carrascosa, que si no murió de la enfermedad por poco muere del golpe, pues estuvo más de un mes en cama. De allí, ojos que te vieron ir. A la que tengo ya como quien dice en el bolsillo, es á la antigua querida del asesino... La he seguido los pasos, como ella misma no se lo puede figurar. Es mujer peligrosa, señor compañero, muy linda, con unos ojos y un cabello negro tan abundante que podía servirle de vestido; muy zalamera y muy insinuante, pero eso no me importa, no soy de los que me dejo seducir ni por la diosa Venus. Ultimamente estuvo sirviendo en casa de una tal D.^a Dominga de Arratia de por Temascaltepec, pero hoy mismo me han de decir donde vive y á qué horas se le encuentra; será interrogada y sabremos seguramente dónde está esa mentada Casilda. Le aseguro á usted, compañero, que mientras más hermosa sea, con más rigor la he de tratar para que el público sepa quién es Bedoya; y ya que me han rogado con este maldito destino, cumpliré *como bueno*, como dicen los españoles.

D. Pedro Martín, que estaba ya de pié para marcharse, quiso responder algo, pero se le turbó la vista, el almuerzo no bien digerido todavía, se le subió á la garganta y una palidez mortal descompuso su rostro. Bedoya lo advirtió.

—Se pone usted malo, compañero; siéntese, un trago de vino le hará bien; el escribano que almuerza siempre en el juzgado, pues su casa está muy lejos, siempre tiene algo reservado.

Mientras D. Pedro Martín se dejó caer en el sillón, no podía menos, pues la pieza se le oscureció y no veía más que manchones negros y rojos, Bedoya volvió con una copa de Jerez. Bebió unos tragos, se repuso é hizo un fuerte ánimo para disimular.

—Los viejos no servimos ya para nada, compañero, —dijo devolviéndole la copa ya vacía, con mucha naturalidad;—la lectura de esta causa me ha fatigado. No era así hace diez años, me pasaba las noches estudiando, y bastaban tres ó cuatro horas de sueño para que amaneciese fresco como una lechuga. Fué un desvanecimiento, va pasando, ya no es nada. Un poco de dieta me repondrá enteramente.

—Mandaré por un coche,—le dijo Bedoya.

—Gracias, no es necesario.

Después de diez ó quince minutos de atravesar palabras sin importancia sobre los vahidos y desvanecimientos, D. Pedro salió del juzgado y se dirigió sin perder ni un minuto á la casa de D.^a Dominga de Arratia, la que, según tenía de costumbre, había salido á sus negocios y visitas, y no volvió hasta las seis de la tarde, pues había dado en almorzar y comer á la francesa.

Un siglo pareció á D. Pedro Martín, y se le puso en la cabeza que tal vez en esos momentos había sido interrogada por algún agente secreto de Bedoya y que el domicilio de Casilda se había ya descubierto. Se resolvió á esperar interrumpiendo su método, y entrada ya la noche, fué entrando muy fatigada la buena de D.^a Dominga.

—Cumplimientos aparte,—le dijo D. Pedro, sin hacer caso de las palabras afectuosas de la dama y de sus disculpas por haber llegado tan tarde á su casa,—si aquí, ó en la calle le preguntan á usted por la criada que tanto recomendó á mis hermanas y con la cual estamos muy contentos, dígales que le dió usted su papel de conocimiento como es de costumbre y como lo merecía por haberse portado bien, pero que ignora usted en qué casa se haya colocado y que más bien cree que se ha marchado á Tulancingo, donde tiene su comercio de rebozos. No hay que salir de eso, por más preguntas que le hagan. Aprenda usted bien la lección y repítala á su marido de usted por si á él le interrogaren. Cuidado con faltar, pues con una palabra indiscreta perjudicaría usted á una buena mujer. Si usted faltase á estas instrucciones tendría, con mucho sentimiento, que interrumpir las buenas relaciones que ha llevado con mi familia y no me encargaría más de sus negocios. Cuando sea tiempo impondré á usted de la causa que ha motivado que yo le haga esta recomendación.

D.^a Dominga de Arratia, que además del sincero cariño que tenía por el licenciado, lo respetaba por su edad y por su saber, le prometió que cumpliría como si se lo hubiese mandado su confesor, y lo mismo haría su marido. D. Pedro Martín se retiró, y entró un tanto tranquilo en su casa, donde sus hermanas lo esperaban con impaciencia.

En la noche, á la hora del paseo acostumbrado en su biblioteca, fué cuando tuvo el viejo abogado tiempo de reflexionar en la situación comprometida y horrible en que lo había colocado repentinamente y en muy pocos días la casualidad, el destino ó la Providencia.

La conversación que escuchó en el comedor le había probado que los supuestos reos que estaban condenados á prisión ó á muerte, eran perfectamente inocentes, y un hombre como él, religioso y de conciencia, una vez que por obra de la Providencia había sabido la verdad, no podía permitir la muerte, la deshonra y el martirio de esos desgraciados, pero ¿cómo hacerlo? Era necesario que compareciesen ante la justicia Casilda y Juan, á quienes él había protegido y guardaba en su casa. Juan y Casilda podrían vindicarse, él mismo les proporcionaría un defensor hábil, y no probándoles nada serían puestos en libertad, pero de pronto tendrían que ir á la cárcel y él hacía el papel de denunciante de los que él mismo había amparado, y tenía la certeza que eran tanto ó más inocentes que los vecinos. Suponiendo que se resolviese á presentar á sus protegidos, ¿qué diría el público? ¿qué comentarios no se harían? Siendo Casilda tan seductora ¿qué dirían los maldicientes y la misma prensa ligera, malévola muchas veces, y siempre ávida de chismes, de consejas y de escándalos para mantener la curiosidad de los suscritores y vender números sueltos? Pero aun en el caso que se resolviera á dar este paso ¿qué fe ni qué fuerza tendría el testimonio de un muchacho tachado, según informes y testigos, de malísimas costumbres, y de una mujer á quien casi habían visto robarse en compañía del querido la fruta de las huertas de San Angel. Pepe Villar y el licenciado Bocanegra estaban furiosos todavía y no olvidaban que les hubiesen privado de sus mejores peras, y de las ciruelas de España que con tanto trabajo habían logrado aclimatar en sus jardines; y luego, ¿cómo consentir, él, que tenía delante esa Venus griega que se había aparecido á la hora

del alba entre los cortinajes rojos de su balcón, fuese á la inmundada cárcel y declarase que había sido la querida de un asesino? Sólo él, que había escuchado desde el torno del comedor una especie de confesión general, podía atestiguar su inocencia, su buena conducta, y si se quiere hasta su virtud, pues desde que fué arrojada por el desalmado Evaristo, había vivido honestamente de su trabajo. ¿Cómo probar todo esto? ¿cómo salvar también á ese infortunado muchacho perseguido por la suerte y contra el cual se habían amontonado calumnias y mentiras?

Coleta y Susana se habían dormido, y Casilda y Juan en sus cuartos respectivos, llenos de dudas, pero confiados en la bondad de su protector, descansaban también; sólo el viejo licenciado estaba paseando de uno y otro lado de la biblioteca, y cuando notó que las velas se estaban acabando eran cerca de las tres de la mañana. Se metió precipitadamente en el lecho á esperar el chocolate, que al dar la primera campanada del Alba le llevaba á su recámara la bellísima y desgraciada Casilda.

CAPÍTULO XXXIV

El litigio de los marqueses de Valle Alegre

IMPONENTE y magnífico era el salón de la alta corte de Justicia. En el fondo, un tablado que casi abrigaba un dosel de terciopelo carmesí con galones de oro. un gran bufete con su carpeta de brocado, un juego tintero y una campanilla de plata, y en el respaldo las armas, y un manuscrito original en un marco dorado de la acta constitutiva de la República. Al derredor de la mesa, sentados, tres magistrados y el secretario, todos de edad propecta, muy graves y serios, y algunos ostentando en sus fracs negros la medalla de la primera época de la independendia. El tablado, de más de un metro de altura, separaba á los magistrados del público por un tosco barandal de caoba de estilo romano. Una escalearilla con alfombras de terciopelo proporcionaba el acceso á esta especie de trono. El resto del salón, artesonado de cuadrados de verde y oro, estaba ocupado con bancos

y sillones destinados al público; en las paredes, divididas en tableros separados para molduras talladas también de oro y verde, estaban pintadas al fresco, del tamaño natural, la Justicia, la Fe, la Caridad y la Fortaleza.

Cuando D. Pedro Martín de Olañeta entró vestido correctamente de negro, con pasos majestuosos, erguido, satisfecho de sí mismo, inclinando la cabeza compasadamente para saludar, hubo un murmullo en el público, pues el salón estaba lleno. Subió la escalinata, se inclinó ante el tribunal, y tomó asiento en uno de los sillones colocados á la derecha.

A los diez minutos otro murmullo semejante al de un enjambre de abejas que se levanta de la copa de un arbusto de borraja, indicó la llegada del otro célebre abogado D. Juan Rodríguez de San Gabriel, vestido también con igual corrección pero con menos elegancia, pues su frac le iba muy holgado y los pantalones formaban un torso visible al caer sobre sus botas de charol. Mucho más afable y comunicativo que D. Pedro Martín, distribuyó algunas sonrisas, arrugó los ojos para cerciorarse si tropezaba al pasar con personas conocidas, saludó á unas, estrechó la mano á otras, y subiendo con presteza los seis escalones alfombrados hizo su reverencia á los magistrados, y tomó asiento junto á D. Pedro Martín, inclinando apenas la cabeza á su compañero, el que desvió la suya á otro lado para no corresponder á un saludo que casi era un insulto.

Se trataba en esta ocasión del famoso pleito entre los marqueses de Valle Alegre y el juzgado de Capellanías. Como tal establecimiento acabó con las leyes de reforma y la desamortización eclesiástica, explicaremos en dos ó tres renglones lo que era el juzgado de Capellanías. Un

banco que tenía un capital de 10 ó 12 millones de pesos, que no emitía billetes, ni tenía cartera, ni cuentas corrientes, ni sucursales, ni nada de esas zarandajas á la moda que repentinamente dan un traquido, ó *un Panamá*, que es peor, que ni Judas reventó tan estrepitosamente. Los ricos aristócratas tenían allí caja abierta; diez, veinte, treinta mil pesos era cosa fácil de conseguir con hipoteca de una hacienda, y al rédito moderado de 5 ó 6 por 100 anual. Tras de esos treinta, otros diez y otros veinte mil más, y así hasta que pedían y se les daba más dinero que lo que valía la hacienda ó haciendas afectas al pago. Una vez adquiridas esas sumas, se echaban á dormir y no volvían á pagar un solo peso de réditos, y cuando el cobrador les urgía mucho ó eran amenazados con un juicio, con quinientos ó mil pesos componían el negocio y obtenían esperas.

Coche á la puerta, criados de librea, buena mesa y á tragarse tiempo, ese era su único pensamiento y su mayor habilidad. El juzgado se veía al cabo de años y de años obligado á proceder, y tenía, si no diez, por lo menos veinte ó treinta litigios, de los cuales comían y bebían la mayor parte de los abogados de la capital.

Los marqueses de Valle Alegre fueron mucho tiempo como quien dice los niños mimados de este banco *Agrícola-Eclesiástico*. Era familia que se trataba rumbosamente. Temporadas cada año en una ú otra de sus haciendas, donde concurrían sus parientes y amigos, y días había que se sentaban á la mesa treinta ó cuarenta personas. En la pascua de San Agustín de las Cuevas desplegaban el mayor lujo en vestidos y carruajes, y no dejaban de perderse al juego sus doscientas ó trescientas onzas de oro. Todos los días mesa abierta en su palacio

de México, y cuando había ópera italiana, dos palcos en el teatro, y por no alargar el cuento no mencionamos sus seis ú ocho mulas y otros tantos caballos para el servicio de los carruajes. Esta buena vida duró hasta que el juzgado de Capellanías, en vez de prestarles más dinero, les reclamó con urgencia el pago, y concluyó por demandarlos en juicio y promover el embargo y venta de las fincas hipotecadas. La familia se componía del jefe, que era el mayorazgo. Como una ley desvinculó los mayorazgos disponiendo que el primogénito gozara de la mitad de los bienes quedando la otra mitad para los demás hermanos, vivían y gastaban en común sin llevar cuentas ni cuidarse de si los bienes daban lo bastante para sostener el lujo y pagar las deudas, pero desde el momento en que se entabló el litigio, entró la discordia en la familia, se trató de exigírsele cuentas al hermano mayor, se hicieron diversas economías y se dedicó la familia toda, según su posibilidad y esfera de acción, á defender las haciendas, á embarazar de mil maneras el curso del litigio y á aprovechar las oportunidades para vender ganados y esquilmos. Cuando un abogado iba perdiendo terreno, lo dejaban y se valían de otro, y así recorrieron en años á todo el foro de la capital, y ya por recomendaciones ó ya introduciendo en el proceso artículos tan absurdos que no se podía ni imaginar cómo los jueces no los desechaban, se tragarón tiempo y más tiempo, pero como no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla, llegó por fin el día terrible en que la alta Corte de Justicia iba á decidir ya sin apelación de la suerte de los marqueses.

Entremos un momento al tribunal.

El presidente tocó la campanilla, y el secretario co-

menzó á dar lectura á los autos, que eran tan voluminosos como los de la causa del *asesino y socios* de la calle de Regina. Al cabo de una hora, los abogados, los notarios, los curiales, los pasantes y los demás ociosos que por matar el tiempo asistían á los tribunales dormían profundamente, y algunos, habiéndose acomodado bien en los bancos y sillones, roncaban estrepitosamente hasta el punto que dos ó tres veces había tenido que tocar la campanilla el secretario para prevenir al portero que despertara á los dormilones, ó les recomendase que fuesen á dormir la siesta á su casa. Terminada al fin la lectura, que ninguno oyó, pues los magistrados y defensores también habían inclinado la cabeza y roncado de vez en cuando, el patrono del juzgado de Capellanías se puso en pié y comenzó su alegato.

—Señores magistrados,—dijo con voz segura y como persuadido del triunfo que iba á obtener,—la lectura de los autos que acabáis de escuchar con tan marcada atención, basta por sí sola para que forméis un juicio exacto del negocio, y si he venido á informar ante un tribunal tan augusto, ha sido sólo por cumplir con los preceptos de la ley, y porque la parte que defiendo quede plenamente convencida del celo con que la he patrocinado desde el momento en que me confió la defensa de sus derechos ultrajados de la manera más torpe y más indigna, y cualquiera diría que más que en una República que se dice liberal, y que llaman sus *seudo defensores* el modelo de los gobiernos, nos encontramos en un país de cafres ó de...

—Al orden, señor licenciado,—dijo el presidente con cierto mal humor y agitando la campanilla.

—Suplico á los respetables magistrados que me per-

donen si en el calor de la improvisacion se ha podido deslizar alguna frase, siendo sólo mi intención...

El presidente hizo un ligero movimiento de cabeza como para significar que estaba ya satisfecho, supuesta la buena intención del orador, y éste continuó:

—Vais á saber, señores magistrados, si no lo sabéis ya por los autos que se acaban de leer, que se trata del más grande escándalo que puedan registrarse en los anales del foro mexicano.

El presidente alargó la mano para tocar otra vez la campanilla, pero una significativa mirada del orador le dió á entender que no era necesario tanto rigor.

—¡Once años! señores magistrados, van corridos desde que se decretó la providencia precautoria para asegurar los réditos y el capital que adeudan los señores marqueses de Valle Alegre, y no mentiría si dijese que el negocio está como el día en que se comenzó. ¡Once años! señores magistrados, para un juicio ejecutivo, y sin adelantar ni un paso; ¡once años de chicanas! ¡once años! durante los cuales se han introducido artículos improdcentes y contra el tenor y espíritu de las leyes que marcan los procedimientos en los juicios ejecutivos; ¡once años! señores magistrados, para lo que hubiesen bastado once días, á no ser por la mala fe que ha caracterizado á los diversos patronos de los marqueses de Valle Alegre.

—No permito á nadie que me acuse de mala fe,—dijo D. Pedro Martín, poniéndose en pié.

—Al orden, señor de San Gabriel,—interrumpió el presidente agitando fuertemente la campanilla.

—Muy lejos estoy de aludir á mi apreciable compañero.

D. Pedro Martín inclinó la cabeza, manifestando que quedaba satisfecho, y Rodríguez de San Gabriel continuó:

—Jamás, respetable Sala, he querido que se me crea bajo mi palabra, por sencillas que sean las cuestiones. Mis procedimientos en materia civil son tan ajustados á las leyes y á las doctrinas de los más célebres juriscónsultos, que no discrepan un ápice, y tienen por esa razón una fuerza contundente. Se me permitirá que lea algunos párrafos del *Informe fiscal*, de la Habana, para probar con cuánta razón he llamado escandaloso un litigio que ha durado once años.

Nadie había advertido que en el costado de la Sala y detrás de los sillones estaba una especie de consola con un reloj de bronce dorado. Esa mesa contenía diez ó doce volúmenes, que desde muy temprano había enviado y mandado colocar allí el licenciado Rodríguez de San Gabriel. Tomó el volumen titulado *Informe fiscal*, y comenzó á leer. A la media hora el público y los magistrados dormían otra vez, y en esta vez, aunque roncaron, no se agitó la campanilla del presidente. Rodríguez de San Gabriel se aprovechó de esta calma y de este silencio para leer capítulos enteros de los diversos libros que allí tenía. Por fin acabó con una elocuente peroración un tanto picante y no poco ofensiva aun para los mismos magistrados.

Rodríguez de San Gabriel se dejó caer á plomo en el sillón como satisfecho de sí mismo, y D. Pedro Martín se levantó entonces erguido y soberbio, y con una voz de trueno que despertó al auditorio, dijo:

—Señores magistrados. Si los argumentos fútiles y las palabras vacías de sentido, que no en vano se dice que

se las lleva el viento, fuesen una cosa material, que pudiese reducirse á polvo, poco esfuerzo gastaría para reducir á polvo el largo discurso de mi respetable compañero, y tanto polvo resultaría, que la Sala, los magistrados y el orador quedarían enterrados, sin poder salir en lo que les queda de vida. ¡Qué audacia! ¡qué aplomo para citar autores y leer doctrinas que son precisamente contrarias á la parte que defiende y que vienen como de molde á apoyar y sostener la causa de los señores marqueses de Valle Alegre! Suplico al señor secretario que lea el párrafo 4.º de la página 229 del *Informe fiscal*.

El secretario tomó el libro que con alguna repugnancia le alargó el licenciado Rodríguez de San Gabriel, y leyó:

—«Es práctica utilísima y provechosa en esta Isla (Habana), que cuando los bienes del deudor exceden, y con mucho, para cubrir las hipotecas, se cite una junta para provocar un avenimiento, aun cuando el negocio se halle en última instancia.»

—Ese párrafo, señores magistrados, lo pasó por alto mi respetable compañero, y dió lectura á los que no son aplicables á este negocio, desentendiéndose del que acaban de oír los magistrados. ¿Se ha pensado en citar una junta? ¿Se ha procurado averiguar siquiera si los marqueses pueden exhibir una cantidad respetable que casi cubriría los réditos vencidos? Nada de esto, señores magistrados. Lo que se ha tratado es de humillar, de ofender á una noble y antigua familia á la que debe la patria señalados servicios...


D. Pedro Martín siguió por este estilo defendiendo con energía la mala causa de los marqueses, pero en medio de su discurso vinieron repentinamente á su ima-

ginación Casilda y Juan, pensó que tal vez en ese mismo momento, habiendo sido descubiertos, el juez mismo se había presentado en su casa para apoderarse de ellos y encerrarlos en la prisión. Se turbó, repitió sus argumentos, perdió el hilo de su discurso y acabó, en fin, de mala manera; de modo que los mismos magistrados y el público, que lo conocían como orador elocuente, quedaron disgustados. Rodríguez de San Gabriel se despidió de él con más afabilidad, pero con una sonrisita burlona, como quien dice: «está tu pleito perdido, has quedado mal.» Harto lo conoció D. Pedro Martín; el salón quedó casi solo cuando comenzó á decaer en su peroración, y sólo los dependientes de los marqueses lo esperaban en la puerta para hacerle algunos elogios y darle un mediesito de oro.

Cuando ya bien tarde regresó á su casa, todo estaba en orden. Las hermanas, bostezando de hambre, lo esperaban para comer; Casilda, con la recamarera, platicando en la cocina de la carestía de la fruta y del recaudo, y Juan, muy aplicado escribiendo y leyendo la gramática castellana en la biblioteca.

CAPÍTULO XXXV

Malos pensamientos y dificultades

 Cuando D. Pedro Martín escuchó en el comedor la interesante conversación de Casilda y Juan, se fijó en las palabras que, calificaremos de amorosas, se le escaparon al muchacho, no lo sabremos decir, pero el caso es que pensaba hacía ya una semana en la manera de separarlos, sin que pareciera ese paso violento ni á sus hermanas, ni á la misma Casilda, y en su hora de ejercicio habitual en la biblioteca formulaba esta otra cuestión, que no acertaba á contestar: ¿tendré celos?

Un cuarto de hora dió un paseo tras otro; un poco desvanecido, se detuvo y meditó :

—Sí, no cabe duda, los síntomas son muy marcados y no puedo equivocarme. Un poco de odio al muchacho; arrepentimiento de haberlo admitido en mi casa. Deseo vehemente de mirar á Casilda y decirle algo,

cualquier cosa, aunque fuese una tontería. Deseo de que me responda también algo, y que se ría, porque no sé qué emoción me causa verle esa lengua tan colorada y tan fina, saliendo entre dos hileras de dientes tan parejos que ganas me han dado de tentárselos, para cerciorarme de que no son postizos. Además, tengo cierto embarazo delante de mis hermanas cuando hablo de Casilda, y siento que me pongo colorado... No faltaba más... y qué tengo yo que guardar consideración á mis hermanas, ni qué dominio ni mando tienen sobre mí? Dos solteronas viejas, que por nada tienen que apurarse, pues que les doy lo que necesitan, y más todavía de lo que necesitan, para sus limosnas y sus antojos... Sí, soy dueño de mi voluntad, señor de mi casa, y si mis hermanas se molestan ó se atreven á decirme la menor cosa que me ofenda, se mudarán de aquí y me quedaré solo con Casilda...

D. Pedro Martín, después de este monólogo, continuó su paseo por la biblioteca, pero rápidamente, á grandes pasos, como si le hubieran dado cuerda, y con una visible agitación; detúvose, por fin, delante de diez ó doce volúmenes en pergamino que en desorden estaban en su bufete, y como dirigiéndose á ellos y consultándoles, decía:

—¿No es verdad que no son celos? ¿Celos yo de una mujercilla de la calle, de una cualquiera, de una fregona? ¡Imposible! no, no, será otro sentimiento cualquiera, pero celos no, y aunque así fuera, ¡vive Dios!—continuó dando una fuerte palmada en uno de los pergaminos,—que un hombre como yo, que se ha educado con ustedes, que ha pasado las noches enteras leyendo las sabias máximas que contienen vuestras amarillas hojas, no se

ha de dejar dominar por un sentimiento pasajero, sí, muy pasajero, y si no lo es, Pedro Martín de Olañeta, asesor del vireinato, y que ha desempeñado los más elevados cargos en la República, no se dejará vencer por ruines pasiones. Si lo que tengo, en efecto, son celos, los dominaré; si lo que tengo es amor, lo dominaré también, é iré á la sepultura, honrado y limpio como hasta aquí.

La carne, avara de goces y perecedera, abogaba por la causa de Casilda; pero el alma, fuerte é inmortal, rechazaba toda idea que pudiese manchar la vida ordenada y regular del magistrado.

Continuó meditabundo, y fija su vista en sus polvorosos libros, cuando se abrió la puerta y de rondón se coló el marqués de Valle Alegre. Sin saludar, y sin ninguna otra ceremonia se quitó el sombrero y lo tiró en un montón de papeles y periódicos en desorden, y se dejó caer en un sillón.

—Ya lo sabrá usted, licenciado,—dijo, echando de los pulmones un gran resuello : — estamos perdidos, arruinados completamente. La Côte de Justicia ha fallado por unanimidad en favor de ese beato hipócrita de Rodríguez de San Gabriel. Crea usted, licenciado, que no me doy un tiro en la chapa del alma porque soy cristiano y tengo un poco de miedo al infierno; pero de lo contrario, me puede creer, no hubiera puesto más un pié en la casa de usted, y ahora estaría usted ayudando á mis parientes á disponer mi entierro, mandar hacer los lutos, formar los inventarios, repartir las esquelas y todo ese trabajo que damos después de muertos los que tenemos un título de Castilla, como si no fuera bastante la guerra que damos en el mundo cuando vivimos, pero

no hay que darle vueltas, entre matarme y casarme, he escogido esto último, que quizá será peor, pero no tengo otro remedio. Sin embargo, vengo á tomar el consejo y la opinión de usted.

El licenciado, que quiso, pero en vano, interrumpir tan larga peroración, lo dejó concluir y desahogarse, y él mismo tuvo también tiempo de apartar sus pensamientos del escabroso rumbo que seguían y preparar la conveniente respuesta que debía dar á su cliente.

—No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, señor marqués. Mis hermanas y muchas gentes dicen que los refranes españoles son *evangelios chiquitos*, y nada es más cierto. Me he cansado de decirle á usted que por más que yo hiciera con mi ciencia de abogado, que no es ninguna, un día ú otro deberíamos llegar á este resultado, si no se decidía usted á hacer una transacción con el juzgado de Capellanías, que tuviera la base de pagar siquiera la mitad ó la tercera parte de lo que debía usted de réditos, pero usted no ha querido, ni me ha escuchado.

—Sí he querido, licenciado, y cómo no había de querer, ni de escuchar á usted que es mi Salomón; lo que sucede es que no he tenido, no he tenido, lo puede usted creer.

—No me gusta mezclarme en la vida doméstica de nadie, ni mucho menos en la de usted, señor marqués, á quien, además del respeto que tengo á su casa, estimo personalmente; pero no sé en qué habrá usted invertido el dinero que produjo la fabulosa cosecha de maiz que dieron las dos haciendas en el año pasado; creo que debe haber pasado la venta de ochenta á cien mil pesos, y con la mitad de esa suma que hubiera pagado, ya es-

taría hoy tranquilo y sin haber dado ocasión al señalado triunfo que ha obtenido Rodríguez de San Gabriel, á pesar de lo mucho que me esforcé en la defensa, pero era causa perdida, señor marqués, perdida completamente; ni Papiniano, ni Justiniano, ni Vulpiano, vaya, ni el mismo Cicerón hubieran sacado á usted victorioso.

—Qué quiere usted, señor licenciado, calaveradas, cosas de la vida que no se pueden prever, compromisos que vienen repentinamente. Todo lo que usted habrá oído decir que gané la última Pascua en San Agustín de las Cuevas y algo más, mucho más, casi todo el valor de la cosecha se fué en una noche. Me llevaron á una cierta visita de mucho tono, de mucha importancia, yo no quería ir, pero me comprometieron, había muchachas, ó mejor dicho señoras muy respetables, y comenzamos, y ya ve usted delante de damas, no quise ser menos que los demás, ni empañar mis títulos, y todo se perdió menos el honor, me quedé sin un peso en esa maldita noche, pero, como Francisco I, muy orgulloso de no haber dado mi brazo á torcer, pero no hay que hablar ya de eso, pasó y no tiene más remedio sino preparar el desquite.

—Eso será lo peor,—contestó D. Pedro Martín;—y ya me figuraba que esa sería la conclusión del cuento de tal desastre que, de verdad, no había yo sabido y siento en el alma.

—No haya miedo, — contestó el marqués,— mi situación es tal hoy, que nada arriesgo; no tengo ya nada que perder después de la sentencia; pero lo que verdaderamente me ha indignado es la manera astuta y traidora con que compuso su discurso Rodríguez de San Gabriel, haciendo alusiones ofensivas al honor de mi casa



y de mi familia. Crea usted, licenciado, que si no tuviese de por medio este asunto del casamiento, le hubiera ido á dar en su casa misma una de bofetadas á ese Rodríguez de San Gabriel, que ya hubiese tenido para un mes de cama.

—Pero ya dirían á usted,—dijo D. Pedro Martín,—que no fué por la respuesta á Roma. El ganó el pleito porque no había otro remedio. Jueces de palo, que hubieran sido, habrían sentenciado en contra de usted, pero en cuanto á la defensa, tengo la vanidad de creer que lo hice materialmente pedazos.

Es verdad, así me lo han contado y este es un motivo para afirmar más y más nuestra antigua amistad. Usted es hoy el director de la antigua y noble casa de los marqueses de Valle Alegre, y lo seguirá siendo toda la vida, y es necesario confesar que si hemos llegado á esta fatal situación es por habernos separado de sus consejos.

D. Pedro Martín inclinó la cabeza de una manera respetuosa, pero digna, para dar las gracias por el honor que le dispensaba el marqués del Valle Alegre, y éste continuó diciendo:

—Verdaderamente no sé donde tengo la cabeza. El objeto principal de mi visita era hablar á usted de mi casamiento y arreglar previamente ciertas cosas indispensables, y eso usted sólo lo puede hacer.

—¡Casamiento en la situación en que se encuentran sus negocios! me parece una locura.

—Así parece á primera vista, pero es todo lo contrario. Es el único remedio posible que puedo encontrar, y además hasta cierto punto es un compromiso de honor. Ciertas palabras indiscretas que solté en otro tiempo me obligan hoy, y no sé cómo salir bien si no me resuelvo

á doblar la cerviz al yugo del matrimonio, ponerme en paz y reconciliarme con Dios y con su Santa Iglesia.

—A todo esto, ¿quién es la novia?

—La novia está lejos, un poco lejos de aquí, y tendré que andar muchas leguas antes de dar con ella, y precisamente es una de las primeras cosas que tiene usted que arreglarme.

—¿Cómo? ¿Será posible que quiera usted, señor marqués, que le vaya yo á buscar á la novia, quién sabe á qué distancia?

—No, no es eso, señor licenciado. Lo que quiero es el *avío*, tal como está y como lo han tenido toda su vida los marqueses de Valle Alegre, es decir el uso de mulas tordillas, el uso de mulas prietas y el uso de mulas coloradas para el regreso. Veinte mozos bien montados y armados, con caballos de remuda, el atajo de mulas con sus mejores aparejos y jarcia, el coche de camino de la hacienda y las dos carretelas, con sus troncos de remuda. Todo esto me lo tiene usted que salvar de las garras de Rodríguez de San Gabriel. Yo conozco mucho al conde, si no llegó con este aparato, no habrá casamiento y adiós de esperanzas y de porvenir.

—Pero señor marqués, — le interrumpió D. Pedro Martín, — me está usted hablando en griego, no entiendo una palabra, y usted ha perdido la cabeza, ó yo no la tengo muy en su lugar.

—Ya lo entenderá usted todo cuando lea esta carta, ella es la clave de lo que le parece á usted un enigma.

El marqués sacó del bolsillo de su levita un grueso paquete de papeles, y después de registrarlos, entregó uno de ellos al licenciado.

—Lea usted en voz alta, licenciado, — le dijo el mar-

qués,—necesitamos hablar y discutir, porque hay frases que no me gustan mucho y sería yo capaz de prescindir y de echarlo todo al diablo.

D. Pedro Martín, sacó del sobre la carta y leyó:

«Hacienda del Sauz, Noviembre, etc.

»Pariente:

—¿No le parece á usted licenciado, que es un poco llano, por no decir grosero, el principio? Se contenta con poner la fecha sin que preceda mi nombre y mis títulos, pero continúe usted.

El licenciado continuó:

»He resuelto casar á Mariana. Un rico minero de Sombrerete me la ha pedido, y no le faltan papeles para probar que descende de uno de los reyes godos, pero no obstante esto, preferiré que el nombre de mi casa se entronque por medio de un enlace con el del Valle Alegre. En otro tiempo me hizo usted una insinuación que no tomé en consideración porque Mariana era muy joven. Hoy está ya en edad de tomar estado y de ser cabeza de una noble familia.

»Si usted da á esta carta otra interpretación, lo que no me atreveré á creer, será motivo de que crucemos las espadas; su brazo de usted es fuerte y su ánimo el de un noble, y por tales razones le anticipo que cualquiera diferencia que con este motivo se suscite entre nosotros, no podrá resolverse sino con las armas.

»Dios le tenga en su santa guarda para bien de su familia y del buen nombre que le legaron sus abuelos.
Su pariente

»EL CONDE DEL SAUZ.»

—Pero esta carta, más que otra cosa, es un dèsafío, —dijo D. Pedro Martín, cuando la acabó de leer.

—Me alegro mucho que usted la califique así. Eso mismo había yo pensado, —le contestó el marqués.

—¡Qué hombre! —prosiguió el licenciado, —natural y figura hasta la sepultura, como dice mi hermana Prudencia. Es lo más raro, lo más extravagante que se puede uno pensar. Yo he tenido con él la túnica del Cristo, jamás una mala razón ni un gesto desagradable, le he servido en sus asuntos con lealtad, y él me ha pagado generosamente, pero dejemos eso á un lado. ¿Qué piensa usted hacer?

—Ya se lo he dicho á usted: casarme con mi prima Mariana, y no porque le tenga miedo á su padre, pero me daría pena darle una estocada ó matarlo. La calificación que ha hecho usted de la carta es exactísima. Ó me caso, ó tenemos un duelo; prefiero casarme, y esto, por otra parte, me salva de la ruina. El conde está perfectamente en cuanto á intereses. Sus haciendas no están gravadas y se hallan muy bien administradas por ese viejo D. Remigio, que las hace producir miles de pesos cada año. Tiene además el conde la camarista antigua, á D.^a Agustina, á quien usted conoce. Sin negarle al conde dinero cuando se lo pide, tiene tal arte para ahorrar, que cuando él cree que ya no hay un solo peso en las cajas, doña Agustina tiene veinte ó treinta mil. En lo único que ha perdido el conde, es en los negocios de minas, pero precisamente una de las de Sombrerete en que tiene cinco barras, está en una bonanza deshecha. Ya ve usted que la herencia de Mariana por parte de la difunta condesa no debe bajar de 400 mil pesos. Ya es algo que llenará el agujero que nos ha hecho Rodríguez de San Gabriel.

—Tenga usted presente, marqués,—le dijo el licenciado,—que el casamiento es para toda la vida. El dinero va y viene, y usted además, no queda pobre ni está completamente arruinado como cree, mientras el matrimonio es un collar de fierro que no puede romper más que la muerte.

—Collar de fierro, ha dicho usted muy bien, Sr. D. Pedro Martín, pero un collar de fierro con medio millón de pesos, se puede aguantar bien. Verdad es que yo he oído no sé qué cosas respecto de mi prima Mariana que no he querido creer, y luego ese asesinato de Tules, ahijada de Agustina, ha empañado un poco el blasón de la casa, porque todo el mundo ha dicho que ese bandido, así como otros varios que yo conozco, son protegidos del conde, y cualquiera cosa se puede esperar de un hombre tan estrafalario como él, pero á todo estoy resuelto y es necesario en el mundo cerrar un poco los ojos cuando conviene.

—Nada he oído decir hasta ahora, señor marqués, contra la conducta de la condesita. La creó buena y virtuosa como su difunta madre. Un poco dura de carácter, eso es todo, pero en algo se había de parecer á su padre.

—Vaya si lo sé,—contestó el marqués;—pero yo me encargaré de mejorar, hasta de hacer su genio dulce como la miel; el matrimonio cambia mucho á las mujeres. Al que temo, es al conde, no por miedo material, pues sé que en un duelo lo mataría yo seguramente, pues no puede competir conmigo en el manejo de la espada, pero lucidos quedábamos que fuese yo á asesinar al padre de mi mujer. Esas cosas no son para hombres de mundo, están buenas para el teatro. Para evitar cualquiera contingencia tengo mi plan formado. Cuando

el conde esté en México, yo me marcharé á las haciendas con mi prima, es decir con mi mujer. Cuando el conde vaya á las haciendas, vendremos á México, y en todo caso no habitaré la casa de la calle de D. Juan Manuel, á la que tengo una decidida aversión desde que murió la condesa. Vamos al grano y á lo que importa, Sr. D. Pedro, pues nos hemos divagado. Quiero que usted consiga con sus buenas relaciones con los canónigos, que me dejen el *avío* completo, tal como se lo he dicho á usted, y que pueda yo, si me conviene, habitar la casa de la hacienda durante un año, lo demás que se lo cojan todo, que lo vendan, con tal de que no aparezca yo como expulsado.

—Lo del *avío*, no me parece difícil, señor marqués, y se puede hacer una combinación para rescatarlo, pero lo segundo es como imposible, pues el que compre las fincas querrá, con mucha razón, entrar en posesión de ellas; pero haremos lo posible, y además ya he dicho á usted que no queda tan tirado á la calle. *Más tiene el rico cuando empobrece*, que el pobre cuando enriquece, como dice D.^a Dominga de Arratia, y así le sucedió á ella. Veamos, á no ser que haya usted vendido ó regalado algo sin que yo lo sepa.

—Nada, nada he hecho sin conocimiento de usted, señor licenciado.

—Pues entonces, señor marqués, le queda á usted la magnífica casa en que vive con la familia; el rancho de Pulques de los Llanos de Apam, que produce treinta pesos diarios; cuatro escrituras que producen de réditos siete mil pesos cada año; papeles diversos contra el gobierno que, aunque se calculan solo á ocho por ciento, importan cerca de cincuenta mil pesos, y el rancho de

Santa María de la Ladrillera, que casi es de usted por el dinero que por mi conducto se le ha prestado al licenciado Lamparilla para D.^a Pascuala.

—Es verdad, todo eso me queda libre, Sr. D. Pedro, y las alhajas que están avaluadas en ochenta mil pesos, pero una parte de ellas están en el montepío.

—Haremos, si á usted le parece, una combinación.

—La que usted quiera, con tal de que me arregle pronto mis negocios para que pueda ponerme en camino, y llegar á la hacienda del conde y casarme. Vea usted la contestación que tenía ya escrita. Si le parece bien, al salir de aquí la pondré en el correo.

El marqués volvió á sacar del bolsillo su paquete de papeles, y después de recorrerlos dos y tres veces, encontró la respuesta.

—Este paquete que usted ve que cargo en el bolsillo, vale como cinco mil pesos, es decir, para mis acreedores, pues son cartas y cuentas diversas, y es necesario que yo pague esto antes de salir de México, pero no perdamos tiempo, tenga usted mi contestación al conde y léala.

«Pariente:

—Ya ve usted, lo trato como él me trata; continúe usted.

D. Pedro Martín continuó:

»Pariente:

»En vez de darnos una estocada, pronto me tendrá usted en esa hacienda, para estrecharle la mano y postrarme á los piés de mi bella prima Mariana, cuya mano acepto con el mayor respeto y placer, y la casa de los marqueses de Valle Alegre señalará como un día de

ventura su alianza con la heredera del noble conde de San Diego del Sauz. Entre tanto os saluda vuestro pariente

»EL MARQUÉS DE VALLE ALEGRE.»

—Excelente,—le dijo D. Pedro Martín devolviéndole la carta.

—Ya ve usted, cada uno según su carácter. El carácter duro y altanero del conde se reconoce con sólo leer su carta. Mi genio franco y amable se revela inmediatamente al leer la mía.

—Es verdad,—contestó el abogado.—No quisiera decir mal del conde, es un poquillo áspero, pero los dotes de la naturaleza no son iguales en todos, en cambio es esclavo de su palabra, puntilloso, delicado, caballero por los cuatro costados, un hidalgo de la Edad Media; pero esto no hace al caso, ni sus buenas ni sus malas cualidades harán á usted ningún mal si sigue el plan de vida que me ha indicado, pero antes de que ponga usted la carta en el correo vuelvo á aconsejar á usted que reflexione una, dos y tres veces, así cumplo con la buena amistad que tengo con usted y con el conde.

—Reflexionado está una, dos y tres veces, Sr. D. Pedro Martín,—le respondió el marqués;—he examinado el negocio por sus dos aspectos, y de veras no tengo otra salida más que casarme. Conozco que le hago un gran favor á mi prima Mariana.

—¡Cómo favor!—no pudo menos de exclamar el abogado interrumpiendo al marqués.

—Sí señor, favor, y mucho más, aunque usted no lo crea,—prosiguió el marqués muy entusiasmado y con el tono de la más perfecta convicción;—en primer lugar, mi

prima Mariana ya estará *jamona*. No es una niña que digamos, era bonita, pero no sabemos si se habrá descompuesto, con tantos viajes y vueltas á la hacienda, y con los regaños y brutalidades, sí señor, brutalidades del conde; en segundo yo sé que ha tenido sus amores con un cierto capitán. Una conversación que oí sin querer al coronel Baninelli, en casa de unos amigos, me dió mucho en que sospechar.

—¿Qué se atreverá usted á pensar, señor marqués, que la condesita no se ha conducido como lo mandan su religión, el decoro y la noble cuna en que nació?...

—No, eso no, pero ya ve usted, una muchacha que ha tenido amores ya no tiene el corazón virgen, y el marido viene ya en segundo lugar.

—Marqués, de verdad, que creía yo á usted hombre de mundo. A los veinte años toda joven, que más que menos, ha tenido sus amorcillos. Elija usted una niña de quince años, y educada en un convento, y entonces será usted su primer amor, y aún ¿quién sabe? porque, como dicen mis hermanas, el corazón no se manda.

—Tiene usted razón, y estamos discutiendo inútilmente el pro y el contra. Pues que estoy resuelto á casarme, no hay que hablar de ello. Lo que deseo es que me arregle usted mi viaje, y se desengañe, que con todo y el inventario que rápidamente hemos hecho no he quedado rico. Creo haberle dicho á usted que hemos vivido en familia, tirando y gastando dinero y con el decoro que exige nuestro rango en la sociedad. Ahora que, como dirían las hermanas de usted, le vemos las orejas al lobo, hermanos y hermanas, y primos que tienen legados en el testamento de nuestro difunto padre, piden cuentas, y no hemos dejado de tener nuestros disgustos. Créame

usted y ayúdeme, con todo y que me sacrifico y le hago mucho favor á mi prima Mariana, no tengo más remedio que el casamiento ó la bancarrota y el escándalo, y acabar con tragedia dándonos el conde y yo de estocadas. Él es valiente y no retrocede, ni yo tampoco. Los dos sabemos bien una terrible estocada al ojo derecho, y el más ligero y de mejor puño quedará con vida.

D. Pedro Martín inclinó la cabeza afligido y disgustado de tener que intervenir en este asunto, que no veía ni muy claro ni muy leal de parte del marqués. Se casaba con Mariana únicamente por el interés, y esto no parecía bien á la conciencia recta y honrada del abogado. Después de un rato de meditación, y como resignado, se levantó del sillón, dió unos paseos, y volvió al bufete dirigiéndose al marqués.

—Bien,—le dijo,—en lo del casamiento, francamente no es de mi opinión y me lavo las manos, en cuanto al material arreglo de sus intereses le ayudaré á usted, no quiero abandonarlo, cuando, sea como se fuere, usted ha perdido su pleito. Oiga usted mi plan. Tengo quien compre la escritura con un descuento moderado. Con ese dinero se desempeñarán las alhajas.

—Sí, cabal,—interrumpió el marqués,—¿y cómo no me había ocurrido? Usted me salva, Sr. D. Pedro Martín. Desempeñando las alhajas puedo dar unas donas á mi prima Mariana como si fuese yo un rey, esto lo sé muy bien, ablandará á mi feroz pariente, no pasará la luna de miel sin que haya yo recibido la herencia de la difunta condesa...

D. Pedro Martín hizo un gesto é interrumpió al marqués.

—Si no me deja usted acabar...—le dijo algo enfadado.

—Tiene usted razón, ya escucho y callo.

—En vez de pedir favor á los canónigos ó á Rodríguez de San Gabriel, retira usted su *avío* y lo paga al contado, rompe ó guarda ese paquete de papeles que tiene en el bolsillo satisfaciendo sus deudas y le sobra todavía para el viaje, y para vivir algunos meses cuando regrese sin tocar los productos del rancho, que puede usted dejar á la familia entre tanto se liquidan las cuentas.

—Lo decía, Sr. D. Pedro Martín, usted me ha salvado. Conforme en todo, convenido. Comience usted á trabajar, y dígame qué día puedo ponerme en camino.

—Dos semanas, tres semanas á lo más.

—Convenido, estaré listo. En menos tiempo arreglaré yo mis pequeños negocios privados, ya sabe usted, historias comunes de solterones calaveras, pero no hablo á usted de nada de eso, que lo escandalizaría. El primer negocio es echar la carta al correo.

El marqués estrechó la mano de D. Pedro y salió precipitadamente de la casa, muy contento, á echar su carta al correo, y fué en seguida á su casa á participar á la familia que su casamiento quedaba arreglado, y que antes de dos semanas se pondría en camino para recibir la mano de su prima Mariana. Como les añadió que recibiría más de cuatrocientos mil pesos de la herencia de la difunta condesa, cesaron en el acto los disgustos, los semblantes se pusieron placenteros, poco faltó para que se abrazaran y se dieran de besos los hermanos y primos, el apetito vino con el contento, y en la espléndida mesa del marqués no se habló más que de las donas y de los preparativos del viaje.

D. Pedro Martín, luego que el marqués salió de la biblioteca, se levantó, y como de costumbre lo tenía, y pa-

rece ser la de los abogados viejos, se comenzó á pasear olvidando por un momento los personales asuntos que pocas horas antes lo preocupaban.

—¡Qué mundo! ¡qué mundo! El dinero y siempre el dinero. La que va á ser sacrificada es la desventurada condesita, pero quizá mejorará de condición, porque al lado del conde y enterrada en esa soledad de las haciendas hasta el juicio puede perder. Esta única reflexión me ha hecho encargarme de nuevo de los negocios del marqués. Cuanto más pronto será mejor. Escribió una carta al tocayo Jorrín que desea comprar la escritura.

Juan abrió repentinamente la puerta y entró asustado.

—¿Por qué te entras de rondón, bribonzuelo?—le dijo D. Pedro Martín algo enfadado y dejando la pluma que había tomado para escribir la carta.

—Señor; un hombre tocó la puerta, no sé por qué me dió gana de abrir yo, antes que lo hiciera...

—Bien, ¿y qué?—le interrumpió el abogado,—habla pronto.

—Preguntó,—continuó Juan,—si en esta casa servía una mujer llamada Casilda.

—¡Cómo! ¡cómo! ¿es verdad esto?—volvió á interrumpirle D. Pedro Martín.—¿Y qué has contestado? pronto, dí ¿qué has contestado?

—Que no conocía yo á ninguna Casilda, y que aquí no había más criado que yo y una cocinera muy vieja.

—Bien, bien contestado, nadie tiene que meterse en los interiores de mi casa,—dijo D. Pedro respirando, volviendo á tomar su pluma, y disimulando su emoción. —Ve, Juan, ve á tus quehaceres,—continuó.—Te has portado como un muchacho inteligente. Ya sabes, si tienen el atrevimiento de volver, la misma respuesta.

Juan se marchó á la cocina á contar á Casilda lo ocurrido, D. Pedro Martín concluyó de escribir, cerró la carta y se puso á pasear y á meditar.

—¡Qué maliciosos y qué astutos son esos provincianos! Vienen á México, que parece que no saben quebrar un plato, y á los pocos años, que digo años, á los pocos meses nos dominan completamente. Este compañero Bedoya quiere subir al ministerio de Justicia; sus escalones son los infelices á quienes tiene presos, y el último pedazo será Casilda. ¡Vive Dios! que no se saldrá con su intento. Pero ¿qué hacer? Este hombre que ha venido á indagar es enviado por él. Es un lazo que el abogado joven se atreve á tender al abogado viejo. Pues que yo he ido á leer la causa, luego en mi casa se oculta Casilda. Es el silogismo del malicioso y del astuto. Pero ¿qué hacer? Me devaño los sesos y no encuentro la manera segura de que Casilda quede fuera de su alcance.

Después de este monólogo quedó en silencio D. Pedro Martín, se sentó en su sillón, y se puso el dedo en el labio superior.

—Imposible, imposible, no encuentro parte segura. En mi casa ya no lo está, no puede sin peligro de ella y mío permanecer un día más...

Repentinamente se dió una palmada en la frente.

—¡Qué animal! No sé para qué me han servido tantos estudios y tantos años de vida; pero ya dí en clavo: Casilda está ya salvada.

D. Pedro Martín entró á las recámaras á buscar á sus hermanas. Habían salido, pero á poco rato entraron y venían de la casa de D.^a Dominga de Arratia; un hombre sospechoso, según decían, había estado á preguntar si servía de criada una llamada Casilda.

D.ª Dominga dió la misma respuesta que Juan.

—Mira, Coleta,—le dijo á su hermana,—tú misma vas á tomar un coche al sitio, mientras yo escribo una carta al señor vicario de monjas. Te llevas á Casilda, subes con ella á la casa del canónigo, no la vayas á dejar sola en el coche. El canónigo te dará una orden para la superiora del convento de San Bernardo, donde entrará Casilda como *niña*.

—¿Como niña?—preguntó asombrada Coleta.

—Sí, como niña,—contestó imperiosamente D. Pedro,—yo pagaré su pensión.

—Bien, haré lo que tú dispongas, Pedro,—le contestó Coleta.

—En el convento se llamará Rosalía Camacho, originaria del Valle del Maíz. La recomendarás de mi parte á la superiora, diciéndole que es mi voluntad que no baje á la portería por ningún motivo, á no ser que alguno de nosotros vaya á verla.

—Mientras tú vuelves daré mis consejos á Casilda.

Casilda, llena de miedo por lo que Juan le había contado, y temiendo caer ó en manos del juez ó en poder de Evaristo, entró descolorida y temblando.

—Estás salvada, muchacha; serénate y que te vuelvan los colores á la cara. Te has portado bien y sentimos que te separes de la casa.

D. Pedro Martín dijo con cierto acento de ternura y de abandono estas palabras, como el hombre que diría, voy á acabar con mi vida, voy á morir, pero no se atrevió á mirar á la muchacha.

Casilda, llena de gratitud, miró al suelo con sus ojos húmedos.

Hubo un momento de silencio, pero el viejo licenciado

se dominó y dió muy minuciosas instrucciones y muy saludables consejos á su protegida.

La hermana volvió, y ella y la bella Casilda montaron en el coche, dirigiéndose á la casa del vicario de monjas.

—En cuanto á Juan es muy sencillo; ni lo buscan, ni lo conocen, pero es bueno quitarlo de aquí,—dijo el abogado dirigiéndose á su hermana Prudencia, que se había quedado acompañándolo.—El jueves debe venir aquí el compañero Lamparilla, y le voy á recomendar que se lo lleve al rancho de Santa María de la Ladrillera, donde será muy útil á D.^a Pascuala.

CAPÍTULO XXXVI

Salvados por milagro

DE los pasajeros y tripulación de la trajinera, las dos mujeres con sus jaulas de pájaros habían pasado del sueño tranquilo que dormían, al sueño eterno de la muerte, hundiéndose con la canoa; el más borracho de los remeros nadó haciendo un esfuerzo supremo, pero en vez de tomar la derecha del canal se dirigió á la izquierda y la corriente se lo llevó; el otro remero con la muchacha sirvienta, sin saber cómo, ya tocando el fondo con los piés unas veces y dando otras brazadas con desesperación, fueron á dar á un tular á poca distancia que formaba un islote. Cecilia, que era además de esforzada buena nadadora, habría podido llegar también al islote desde donde le gritaban ansiosamente el remero y su criada, pero, generosa y buena, no quiso abandonar al licenciado Lamparilla. Los dos, transidos de frío, mientras más esfuerzos hacían apoyando-

sus piés en el fondo fangoso, más se iban sumiendo, y línea á línea, minuto á minuto, subía el agua á sus labios, de modo que tenían que cerrar fuertemente la boca y taparse con una mano las narices para no tragar las ondas suaves y plateadas que levantaba en el lago el viento de la montaña. Evaristo únicamente estaba en un cimientto sólido y con toda la cabeza fuera del agua, pero acobardado y aturdido, porque por un fenómeno que debe repetirse entre los criminales, en esos momentos veía flotando entre las corrientes el cadáver de Tules, que se le acercaba poco á poco como queriendo agarrarlo y hundirlo en las aguas. Desde el día del asesinato era la primera vez que le había venido á la mente el recuerdo de su crimen.

Hacía nada más media hora que se había hundido la canoa y pareció un siglo de agonía á los desventurados náufragos. Cecilia, con calambres en las piernas, apenas podía sostenerse y estaba ya resignada y decidida á hundirse, pero, cosa extraña en lances semejantes, hacía esfuerzos enérgicos más por sus compañeros de desastre que por ella misma, pero esa peligrosa escena debía tener fin, la corriente era cada vez más fuerte y el viento frío entumía sus miembros.

Levantando cuanto pudo su cabeza Cecilia fuera del agua, le dijo á Lamparilla:

—¡Licenciado, encomiéndese usted á Dios, porque no hay ya remedio, los calambres me van á volver y no podré sostenerme en pié y al sumirme en el agua se sumirá usted conmigo.

Lamparilla, que desde el principio se había agarrado comò á una ancla de salvación á uno de los gordos brazos de Cecilia, no pudo responder una palabra, él mismo

estaba acometido de calambres y á dos dedos de la muerte. No hizo más que abrazarse de Cecilia decidido á salvarse ó á morir con ella... no había remedio, cinco minutos más y todo acababa para la guapa frutera y el simpático Lamparilla.

El golpe de dos remos que batían compasadamente el agua se escuchó. La vida llegaba en una frágil embarcación á esos desdichados.

En efecto, era una chalupa cargada de mazorcas de maíz y de berros la que se acercaba.

Cecilia tuvo la energía de dar un grito y la chalupa se acercó.

—¡Tira al agua tu carga y acércate más; pronto, pronto!

El patrón de la chalupa era uno de tantos propietarios de tierras y huertas de las orillas del canal, que hacía su comercio diario de berros para los caballos y mazorcas para las eloterías, y en cada viaje redondo se ganaba cuatro ó cinco pesos.

Se acercó y con la claridad de la luna conoció á Cecilia.

—¡Patrona! ¡el Santo Cristo de Chalmá nos valga! ¿qué ha sido esto?

—Yo te pagaré lo que quieras, Jacinto,—le contestó Cecilia,—pero pronto, nos estamos ahogando. ¡Licenciado, agárrese fuerte del bordo de la chalupa y déjeme libre, pero no se cargue mucho, porque se volteará la chalupa, y entonces no hay remedio!

Lamparilla, con el instinto de conservar la vida, se agarró del bordo de la chalupa y pudo ya sacar un poco la cara del agua, mientras el patrón comenzó á echar al lago los berros y las mazorcas, pero se presentaba una

dificultad invencible. ¿Cómo Lamparilla y Cecilia podrían entrar en la chalupa, que era muy frágil, sin volcarla?

Cecilia pensó en esto, pero viéndose libre de la presión de las manos de Lamparilla y dejando á éste, en menos peligrosa situación hizo un esfuerzo y á nado abordó al islote de tule donde se refugiaron el remero y la sirvienta. Todo esto fué obra de instantes.

La posición de los náufragos había mejorado, pero estaban todavía muy lejos de creerse salvados. Jacinto, acabó de echar su carga al agua, dió la mano al licenciado Lamparilla formando contrapeso con su cuerpo para que no se volcase su frágil embarcación, y logró que tuviese ya el pecho fuera del agua.

Toda la religión y las creencias que enseñó su madre cuando niño al licenciado le volvieron en aquel instante, y las *escuadras*, y *el ojo del Espiritu Santo*, y *los mandiles de las logias masónicas*, le parecieron figuras de Satanás, y exclamó con verdadera fe:

—¡Gracias, Dios mío, que me has salvado la vida!

Un canto monótono se escuchó, que formaba una melancólica cadencia, unido con el ruido soñoliento de las ondas y el golpeo de los remos. Era una canoa grande de los Trujanos que, cargada de cebada, se dirigía á México.

Ya estaban salvados.

Cecilia, desde el tular gritó de una manera particular á los remeros, y éstos se acercaron inmediatamente.

—Saquen al licenciado, primero,—dijo Cecilia á los remeros de la canoa,—y después arrímense acá.

En un minuto los remeros atracaron al lado de la chalupa, tomaron á Lamparilla por debajo de los brazos y

lo izaron, escurriendo agua, yerbas y pescaditos, y lo colocaron en el montón de cebada.

En seguida se dirigieron al islote de tule y de un salto entraron á bordo el remero, la sirvienta y la capitana.

—Yo compro toda la cebada,—les dijo Cecilia á los remeros,—me entenderé con D. Sabas, pero enderezamos á Chalco, y á remar fuerte para que podamos llegar á la madrugada. ¿Cómo nos va á ver la gente así?

En efecto, el remero estaba completamente en cueros, lo mismo que la sirvienta, que se había desnudado para acostarse poco antes del naufragio; en cuanto á Cecilia había conservado su camisa, pero la tenía pegada al cuerpo y era lo mismo que si no la tuviese. El licenciado tenía completo el vestido, pero en sus calzoneras de paño y en su chaqueta se habían pegado tantos animalillos del lago y tantas yerbas menudas que era un mosaico.

Con todo y el frío, el susto y las terribles emociones del que ha estado á punto de perder la vida, no pudo menos el licenciado que echar una mirada y recorrer con ella en un segundo el hermoso cuerpo de Cecilia, y sin poderse contener la estrechó en sus brazos, pero de gratitud, de alegría, atacado de una especie de locura de verse seguro entre la cebada de la canoa, cuando un momento antes tenía ya el agua en la garganta.

—Jacinto,—le dijo Cecilia al patrón de la chalupa,—rema muy recio para que llegues á Chalco una hora antes que nosotros, te vas á mi casa y me traes una muda de ropa y otra para la Marica, y compras ó pides prestado ó haces lo que puedas, pero te traes también jorongos, sombreros y vestidos para el señor licenciado y para este pasajero; no es posible que las gentes de Chalco nos vean desnudos, se van á reir de nosotros.

El patrón de la chalupa empuñó sus remos, y pronto desapareció en uno de los tornos del canal.

—¿Y los demás pasajeros y el remero? ¡Cristo Dios! se han ahogado...

—Me tocó la suerte, D.^a Cecilia,—dijo Evaristo,—de estar sobre los tercios de mantas, y como esos por su mismo peso se asentaron en el fondo, siempre conservé la cabeza fuera del agua.

Evaristo, mientras que sacaban al licenciado, se había brincado á la proa de la trajinera de Trujano y puesto en seguridad aún antes que Cecilia.

—¡Qué figuras, Dios de Dios!—continuó diciendo Cecilia queriendo reír como si nada hubiese pasado y mirando á Lamparilla y á Evaristo cubiertos de yerbitas y dando diente con diente.—No hay más que enterrarnos en la cebada, pues yo estoy como mi madre me echó al mundo y no hay que ver mucho,—continuó algo enojada observando que, á pesar del frío y del susto los dos hombres no le quitaban la vista;—bastante han visto y más bien es hora de dar gracias á Dios que nos ha salvado por un milagro que no pensar en otras cosas.

Y diciendo y haciendo, se enterró en la cebada, que formaba, como es la costumbre para cargar lo más posible, una especie de pequeña montaña, y sólo le quedó la cabeza de fuera.

Lamparilla y Evaristo quisieron imitarla, retirándose cada uno á los dos extremos de la canoa, pero no pudieron y derramaron el agua, permaneciendo de pié y transidos de frío, hasta el punto de no poder hablar una palabra.

Los remeros desatracaron la canoa, y haciendo esfuerzos que se conocían bien en el resoplido de sus pulmo-

nes, salieron en breve de aquella fuerte y peligrosa corriente y tomaron el centro del canal.

A poca distancia, con los reflejos de la luna, divisaron un bulto negro flotante, que tan pronto se hundía como volvía á reaparecer en la superficie.

Era el cuerpo del remero ahogado.

Alentados por Cecilia, que les ofreció una buena gratificación, trabajaron los remeros tan bien, que al amanecer llegaron á Chalco. El patrón de la chalupa ya esperaba á los náufragos. Para Cecilia trajo una muda completa de ropa, con que discreta y honestamente se vistió, cubriéndose siempre con la cebada; para los dos náufragos pudo apenas conseguir unos sombreros de petate, unos calzoncillos blancos y sucios de otros remeros y unas frazadas viejas, y en ese pelaje desembarcaron en el atracadero de Chalco, sin que las pocas gentes que andaban en la calle fijaran su atención en ellos.

Cecilia los llevó á su casa, donde, aunque en una especie de revoltura y de descuido, menos en la pieza en que ella dormía, no faltaba nada, para un lance como el que había ocurrido. Desayunaron con un apetito como si en ocho días no hubiesen comido. Lamparilla y Evaristo se enjugaron y limpiaron, y después, uno en un buen colchón y el otro en unas hojas de maíz, se acostaron, y abrigados con buenas frazadas y con una copa de aguardiente de Cuernavaca en el estómago no tardaron en dormirse. Cecilia se encerró en su cuarto, se lavó de piés á cabeza, y en su buena y mullida cama no tardó tampoco en encontrar el descanso y el reposo que exigían las fuertes emociones de tan terrible noche.

—

Durante tres días la frutera prodigó á sus huéspedes las mayores atenciones, aunque con sus maneras naturales y bruscas, dándoles de comer y beber abundantemente, proporcionándoles el que adquiriesen ropa y lo demás que necesitaban, y sirviéndoles en cuantas comisiones se les ofrecieron. Los huéspedes se mostraban muy contentos y no sabían cómo expresar su gratitud, pero no daban trazas de marcharse. Los dos tenían sus designios, pero los dos disimulaban lo más que podían y ninguno de los dos hallaba cómo despedirse, ni ser el primero que saliese de aquella casa, que les había salido á su gusto y donde, además de pasarse una vida regalada, tenían esperanzas de mayor felicidad.

Lamparilla estaba celoso de Evaristo y revolvía en su cabeza todo género de proyectos, no sólo para deshacerse de pronto de su rival, sino alejarlo para siempre de Chalco.

Evaristo, de pasiones brutales, alimentaba siniestros proyectos, hasta el grado de estar formando en su cabeza diversos planes para atacar en el camino al licenciado y matarlo; pero además de que no tenía de pronto elementos, le sobrecogía el miedo de ser descubierto.

Cecilia, fastidiada y asombrada de la calma de sus huéspedes, se decidió á cortar las dificultades en que se encontraban.

Aprovechando una corta ausencia del tornero, habló á Lamparilla.

—Oiga, señor licenciado, — le dijo, — mi casa y lo que tengo es de usted, sin que me quede nada dentro; y no lo hago por el dinero; pero yo no tengo en el pueblo más que mi pobre honra, y ya ve usted que no está bien que dos hombres estén viviendo en mi casa. Ya saben

las gentes la desgracia que tuvimos y que les dí á ustedes un rinconcito, pero ya van tres días.

—Precisamente te quería hablar de esto, Cecilia; tienes razón. Espero que mi criado llegue de México con mis caballos, ropa y las cartas de recomendación que se perdieron en el naufragio para marcharme á Ameca; pero ya que se trata de que nos separemos, te haré una pregunta, pero me contestas con verdad: ¿Ese hombre, que no sé por qué, se me sienta en la boca del estómago, se va á quedar aquí?

—Poco me conoce usted, señor licenciado; no soy muy fácil, y para entregarme á un hombre sería menester que lo quisiese mucho, y en caso de echarme por lo malo, lo haría mejor con usted, que al fin es una persona conocida y decente, que no con ese figurón que sepa Dios quien lo parió.

—No sabes cuánto te agradezco lo que me acabas de decir,—le contestó muy entusiasmado Lamparilla,—te creo, pues ningún interés tendrías en engañarme, y es necesario que sepas que estoy loco por tí, lo que se llama loco, y si no te resuelves á quererme, seguro que á mi vuelta á México, en vez de ocuparme en mis negocios, me llevarán á San Hipólito (1).

—Ah, qué señor licenciado tan chistoso,—dijo Cecilia echando una franca carcajada de risa; —¿con que loco por una frutera, por una trajinera? Si yo me resolví á ahogarme por no abandonar á usted, eso nada tiene de particular, pues así debe uno obrar con el prójimo, y si consentí en que me tuviese abrazada toda la noche, ¿qué había de hacer? yo pensaba que si le quitaba á usted las

(1) Casa de locos de México.

manos de donde las tenía, se sumía, y no había modo de sacarlo; pero no vaya por eso á creer...

—Agradecido, y por toda la vida. Tú me has salvado de la muerte más terrible y más ridícula. Ahogado como quien dice en un charco de agua y comido por las ranas, por los *juiles* y por los *mesclapiques* (1). Te aseguro que se me han quitado las ganas de volver á viajar por el canal, y mejor haré la jornada á caballo; pero dejemos eso, que es triste; ¿te enfadarás si te doy un abrazo?

—Lo que es eso no, y ya puede...

Lamparilla no la dejó acabar, sino que se precipitó sobre Cecilia y le dió un abrazo tan apretado, que, con todo y ser ella ancha y fuerte de pechos y espaldas, poco faltó para que la sofocara. Al desprenderse le tronó un beso en medio de sus labios gruesos y húmedos.

Cecilia respiró, se sonrió y se limpió la boca con su brazo redondo y cubierto con una suave pelusilla negra.

—Lo que debía hacer, señor licenciado, antes que otra cosa,—le dijo Cecilia, sin darse por recibida del ardiente beso,—es mandar hacer dos milagritos de plata y un retablo para colocarlos en la capilla del Señor del Sacro Monte, pues á él me encomendé y él nos ha salvado, enviándonos á Jacinto con su chalupa y después á la canoa de D. Sabas Trujano. Creía que ya el frío del agua me entraba á los huesos, con todo y que están cubiertos de buena carne;—y Cecilia mostró al licenciado su otro brazo desnudo.—Un cuarto de hora más y usted y yo vamos al fondo abrazaditos como marido y mujer.

(1) Juiles y mesclapiques: pescados que abundan en los lagos; los últimos en muy pequeñitos.

—Corre de mi cuenta. A mi vuelta á México mandaré pintar el cuadro en la Academia de San Carlos, y tú estarás allí retratada en miniatura; ya arreglaremos eso. Los milagritos representarán uno á tí y otro á mí, hincados de rodillas, implorando con las dos manos juntas el auxilio del Señor del Sacro Monte; así se usan y así los mandaré hacer al platero Martínez, y á tí te regalaré no sé qué, porque quiero darte hasta mi camisa.

—No se moleste; ni piense en eso, señor licenciado,— le contestó Cecilia,— con el retablo y los milagritos quedo contenta. Gracias á Dios, no falta algún dinerito para reponer la trajinera y volver á trabajar. Si usted lograra echar de la plaza á ese San Justo, que es el que se debe de haber hecho un agujero á la canoa, volvería yo á atender mi puesto en la plaza, y antes de seis meses ya estaría ganado lo que se perdió en esta vez.

Tan interesante conversación, al menos para Lamparilla, fué interrumpida con la llegada del criado, que volvía de México con los caballos, la ropa y las nuevas cartas de recomendación del teniente de la garita de San Lázaro, el cual felicitaba al licenciado por la fortuna con que había escapado de la muerte. Al mismo tiempo Evaristo apareció en el patio, y como indeciso si entraba ó no á la sala.

—Pase, *Don* (1), nada tenemos de secreto,— le dijo Cecilia á Evaristo,— el señor licenciado se está despidiendo, pues ya le urge marcharse á sus quehaceres; esto es todo.

Evaristo entró como titubeando y con cierto embara-

(1) Así llama la gente del pueblo de México á las personas cuyo nombre de bautismo no sabe, ó que mira con cierto desprecio.

zo, quitándose respetuosamente el sombrero nuevo y galoneado de plata que había comprado en la tienda de la plaza. Lamparilla apenas agachó la cabeza con cierto desprecio, y salió á hablar con el mozo.

Durante los tres días, Evaristo había habitado un cuarto lejano, é independiente, y Lamparilla una buena recámara en la misma habitación de Cecilia, y sólo á las horas de comer se atravesaban palabras insignificantes.

Esos dos hombres se odiaban mortalmente.

—Siéntese, *Don*, — volvió á decirle Cecilia, arrimándole una silla.

—Me llamo Pedro Sánchez,—le interrumpió el tornero con alguna altanería; — soy de tierra adentro, vendí una casita, y con algún dinerito vengo por acá á comerciar y á trabajar para ganar mi vida. Por fortuna, ó por la voluntad de Dios, tenía bien amarrados en la cintura mis ahorritos, y aquí los tiene usted.

Evaristo sacó de su bolsillo un puñado de monedas de oro, y sonándolas, las mostró á Cecilia.

—Guardé su dinero, que cada cual es dueño de lo suyo, y no le voy á cobrar nada por haber estado tres días en esta casa, que al fin mi canoa fué la que tuvo la culpa. Lo que quería decirle es que como el licenciado se marcha á sus quehaceres... y no es que tenga miedo á los hombres, y un regimiento no me espanta; pero las gentes son habladoras y no quiero que nadie tenga que morderse los labios por mí; ¿lo entiende, *Don*?

—Ya tengo un cuarto en el mesón,—le contestó Evaristo,— y no había necesidad de que me echara de su casa.

—¿Lo toma usted á la mala?—dijo Cecilia con cólera;

—no me faltaba más que eso. Métase á ser completa con las gentes y así sale una.

—No, nada de eso, D.^a Cecilia,—le interrumpió Evaristo refrenándose y cambiando de tono,—y antes, para que vea que no hay malicia, me hará favor de tomar estas arracadas de coral que compré en la tienda, cuando fui á buscar este sombrero.

Cecilia cambió también de tono y tomó en la mano los aretes que le presentó Evaristo.

—Muy bonitas,—le dijo,—y hacen juego con mis gargantillas, y las tomo, pero le he de dar lo que costaron, pues así no creerá que me quiero pagar de la comida y alojamiento de estos días.

Evaristo insistió en que las recibiera y Cecilia en rehusarlas, hasta que Cecilia convino en guardarlas; pero entró á su recámara y volvió á poco con dos chapetones de filigrana de plata.

—Para su sombrero, que le faltan,—le dijo á Evaristo dándole las chapetas,—y no averigüemos más.

Evaristo, lo mismo que el licenciado, tuvo los más vivos deseos de declarar su amor á Cecilia, pero se contuvo y lo dejó para mejor ocasión. Despidióse de Cecilia, tendiéndole la mano, que ella rehusó, y salió del patio.

Lamparilla, que ya había arreglado su maleta, reconocido el cincho y las arciones y calzado las espuelas, montó en su caballo.


—Un último abrazo desde aquí, Cecilia, y hasta la vista. Si de regreso te encuentro, bien, si no, volveré dentro de unos días con los milagritos de plata y un pintor de la Academia para que te retrate y se pueda hacer el retablo. Los dos iremos juntos á colocarlo á la capilla del Señor del Sacro Monte.

Cecilia se prestó de buena voluntad á que, inclinándose desde el caballo, la abrazara en el cuello.

Lamparilla, echándola de jinete, prendió las espuelas al caballo y de un salto estaba ya fuera de la puerta, y á galope tendido atravesó las calles y enfiló la calzada con dirección al pueblo de Ameca.

CAPÍTULO XXXVII

Ameca

o que es la naturaleza humana! Tres días habían pasado únicamente desde la noche en que la luna llena, reflejando ondas de plata en la Computa, iba á terminar la existencia de Lamparilla, y ya todo lo había olvidado.

Caminando *al sochi galope* (1) por la ancha calzada, envuelto en una nube de polvo calizo y goteando el sudor por entre el bordado sombrero jarano que le habían enviado de México, se reconcentraban sus pensamientos exclusivamente en Cecilia, y se proponía buscar el mejor artista, por ejemplo á Tirso Lizarituri (2), para llevarlo á que hiciese un retrato en miniatura para quedarse con él y colocarlo en su cuarto reservado don-

(1) Así dicen los rancheros de México al galope moderado del caballo.

(2) Retratista en miniatura muy notable que falleció muy joven. Su familia existe todavía.

de tenía estampas de colores y cuadros al óleo, bastante buenos, pero que una niña doncella no hubiese podido contemplar sin peligro. Lamparilla estaba realmente preocupado, y arrimando un poco la espuela al rosillo que montaba, se tragaba terreno sin sentirlo y se divertía formándose castillos en el aire.

—Si no puedo conseguir esta mujer de otra manera ¿por qué no casarme con ella? ¿Quién me lo impedirá? Soy *chino libre* y no tengo a quien darle cuenta de mis acciones. Cecilia es riquilla, calculo que tendrá sus diez ó doce mil pesos, es trabajadora, honrada, sí, muy honrada, y apostaríá cualquier cosa á que todavía es doncella. No tengo más inconveniente *¿que el qué dirán?* pero digan lo que quieran. En materia de casamientos, el interesado es el único juez competente. Además, Cecilia es una especie de mujer fuerte de la escritura. Una de esas señoritas delicadas que les dá catarro con sólo el aire de una puerta abierta, se habría muerto de frío en el canal, y en todo caso me habría abandonado á mi suerte.

Lamparilla tiraba un poco la rienda de su caballo y lo dejaba ir al tranco (1) para meditar con placer como había tenido más de una hora estrechada entre sus brazos en el canal á esa improvisada náyade, más seductora que todas las náyades de los poetas clásicos, y como su robustez y su calor (á pesar de estar hundida), le dió fuerzas para sostenerse y escapar con vida.

Acabada esta piadosa meditación con los ojos cerrados para procurar ver entre el polvo y el sol reverberante, la figura de Cecilia, volvía al *sochi galope* y se-

(1) Así dicen los rancheros al paso largo y tendido de los caballos.

guía murmurando entre dientes sus proyectos y sus planes.

—Yo bien conozco esta sociedad mexicana que se traga bueyes y se escandaliza con un mosquito. Mis clientes me abandonarán, D. Pedro Martín de Olañeta, que no conoce el amor, ni le gustan las mujeres, me echará un sermón, pero ¿qué me importa esto? Voy á poner mis cinco sentidos, y á no dedicarme á otra cosa más que á concluir el negocio de Moctezuma III. Probablemente mis honorarios me los dará D.^a Pascuala en una hacienda de las muchas que vamos á rescatar, y yo la escogeré. Me caso con Cecilia, me meto en la hacienda á trabajar y me río del mundo. Lo único que me detiene es la falta de educación de Cecilia; tiene maneras bruscas y palabras ordinarias, como que no ha tratado más que con arrieros, remeros y gente del pueblo. Es menester confesarlo, su educación y la mía no son iguales, y en el matrimonio esto es causa de disputas y aun de pleitos. ¿Qué cara pondré si convidó á mis amigos á un almuerzo á la hacienda y suelta alguna palabra como *pechar*, *jambar* y otras por el estilo? Pero qué tonto soy. Jamás, aunque no la haya tratado mucho, le he oído palabras semejantes, y por el contrario, se conoce que quiere imitar á la gente decente. ¿Qué niñerías! pararme en estos pelillos. Yo la educaré, le enseñaré hasta francés, aunque bien necesito volverme á dedicar con mi maestro *Touseau* (1) á acabar de aprender esta lengua que se va haciendo de moda. La cuestión grave es la del traje. En el momento que Cecilia se pon-

(1) Uno de los primeros maestros de francés que hubo en México. Después vino Tureau, que fué maestro por más de 40 años.

ga túnico, tápalo y medias, pierde sus atractivos. Ese pié desnudo, gordo y pequeño que parece un tamalito, calzado con un zapato de raso café, ó verde oscuro, y esas enaguas altas que dejan ver hasta la pantorrilla al tiempo de dar el paso... vamos eso es lo sabroso... imposible de que pueda llevar la ropa con el aire y desembarazo que las hijas del comisario, ó de las condesas de Valle Alegre... no hay más remedio, viviremos en la hacienda el uno para el otro y no cambiará de vestido. En fin, como gane yo el pleito de Motezuma III, y entremos en posesión de las haciendas que ya comienzo á divisar desde aquí, se allanarán las dificultades.

En estos y otros coloquios, entró nuestro licenciado paso á paso, y *con un dolor de caballo* (1) que le acometió, al pintoresco pueblo de *Ameca-meca*, que más adelante describiremos á nuestros lectores. Apeóse en una especie de casa de huéspedes que le indicó una persona que pasaba cerca de él, y á la que preguntó donde estaba el mesón, ó en qué parte podría alojarse con su mozo y caballos. La casa tenía tres ó cuatro piezas, un extenso corral y una buena caballeriza techada de tejamanil. La propietaria de la casa, que era una señora viuda, de cierta edad, convino en recibirlo, á él y á su mozo y caballos por un par de pesos diarios. Parecióle caro al licenciado, pero ya por las buenas maneras de la patrona, ya por no echarse por el pueblo en busca del mesón, decidió quedarse allí.

Quitóse las espuelas, sacudióse el polvo, encargó á la

(1) Así se llama en México un fuerte dolor en el bazo que acomete á los que no están acostumbrados al ejercicio del caballo.

patrona una buena cena, y se dirigió á la casa del presidente del Ayuntamiento, ó como diríamos al alcalde mayor. Encontróse con un hombre alto, fornido, quemado de rostro y de feo entrecejo, que no le cayó muy bien, pero no tenía otro medio, era preciso tratar con él, y después de los cumplidos de estilo, le entregó la carta de recomendación del teniente de la garita de San Lázaro.

Muchos agasajos hizo al principio el alcalde á Lamparilla, mas cuando acabó de leer la carta su fisonomía cambió notablemente, y con medias palabras forzadas, dijo que no podía desairar la recomendación de un tan buen amigo, que se contara con él, y que al día siguiente reuniría al Ayuntamiento.

—Se trata, señor alcalde,—le dijo Lamparilla,—de una cosa muy sencilla. Como ve usted por la carta, soy el patrono de Moctezuma III, heredero directo del gran emperador azteca Moctezuma II. En el archivo de este Ayuntamiento existe una real cédula del emperador Carlos V, concediendo á Moctezuma II y sus sucesores y herederos los terrenos, bosques y aguas de la falda del volcán que colinda con este pueblo, y además ocho haciendas situadas en esta jurisdicción y cuyos nombres constan en la misma real cédula y que, asomándose usted á la ventana, puede ver desde aquí. Obteniendo, como deseo, copia certificada de esos papeles, con ellos y los demás que tengo, quedarán claros los derechos de la parte que patrocino y se determinará que se nos dé posesión judicial.

—Nunca había yo oído en los años que llevo en el pueblo, hablar de este asunto, y los Melquidaes, que hace años están en posesión de las fincas de San Balta-

sar, el Pitillo, la Chorrera que se ven desde aquí, y Buena Vista que está un poco arriba del monte.

—Esos Melquiades no son más que detentadores, tendrán que entregar las haciendas y además el importe líquido de las cosechas de más de treinta años, que tanto así ha durado la usurpación. Antes esos bienes estaban bajo el amparo del gobierno que los daba en arrendamiento, entre tanto se deslindaban los derechos de ocho ó diez personas que se decían herederos del emperador, pero unos han muerto, otros se han desistido y otros se han compuesto con el fisco, recibiendo dinero ó casas de las llamadas temporalidades. Sólo queda, pues, Moctezuma III, á quien represento como único y legítimo heredero. Con que está usted impuesto, señor alcalde, y le suplico haga saber esto al Ayuntamiento para que acuerde que se me permita registrar el archivo y darme copia en papel sellado y certificado, de los documentos que yo señale.

El alcalde prometió reunir al Ayuntamiento, y nuestro licenciado se retiró á cenar bien, pues ya era muy entrada la noche, y á descansar de las fatigas del camino y de las diversas emociones desde su salida de la capital, que no habian dejado de lastimar su sistema nervioso.

Despertó á la mañana siguiente con la cabeza pesada y como atontado, salió á la calle y quiso subir al Cerrieto del Sacro Monte para escoger el lugar donde había de colocarse el retablo con su retrato y el de Cecilia, pero no le fué posible, se sintió con calofrío, regresó á la posada y se metió en la cama. Una calentura fuerte hasta delirar, y hasta el cuarto día no pudo levantarse. Su primera visita fué al cura que le había oficiosamente

ido á visitar y le había curado, porque en su juventud había sido estudiante de medicina, y en seguida fuese á la casa del alcalde. El Ayuntamiento no se había reunido por falta de número. Los regidores, unos andaban en el monte, otros en Chalco, otros en México. Prometió el alcalde escribirles que viniesen, enviando *proprios* (1) que el licenciado ofreció pagar con generosidad si traían respuesta. El alcalde dijo á Lamparilla que en el pueblo estaban muy alarmados desde que habían sabido el objeto de su llegada, y que le advertía que el dueño del volcán, que cortaba la nieve para llevarla á México y á Cuautla, era un tal D. Perfecto que movía á los indios diciéndoles que les iban á quitar el trabajo.

—Pero entonces usted ha contado el cuento,—le respondió Lamparilla,—pues yo he estado en cama como á usted le consta, y con nadie he hablado.

—No lo niego, señor licenciado,—le respondió el alcalde,—pero como no es asunto reservado, á los que me han preguntado les he dicho quién es usted y á lo que viene.

—Tiene usted razón,—dijo Lamparilla,—demasiado público es el negocio y más público se hará cuando venga yo con el juez de distrito y fuerza armada á tomar posesión, que no depende más que de las copias de que he hablado á usted, pero supongo que usted habrá ya tomado sus medidas, caso de que se trate de un desorden, ó se quiera cometer una tropelía.

—No tengo más que la veintena á mi disposición, pues en todo este rumbo no hay tropa, y la mitad de los

(1) Correos de á pié, que cuando hay necesidad envían los hacendados á México ó á otros pueblos ó haciendas.

hombres que la componen trabajan en las haciendas de Melquiades.

—Lamparilla meneó la cabeza y no dijo nada,—sólo se quedó mirando al alcalde, y desde luego cayó en cuenta de que en vez de ayudarle era su enemigo.

En efecto, apenas se había marchado Lamparilla, después de la primera conferencia, cuando mandó llamar á D. Margarito, que era el mayor de seis hermanos Melquiades, y le impuso de cuanto había pasado. Melquiades montó á caballo, recorrió las haciendas que estaban á muy poca distancia del pueblo, y sublevó á los indios haciéndoles entender que un tal Lamparilla, venía de orden del gobierno á apoderarse de las haciendas y que, cesando las siembras y las labores, se quedarían sin comer.

A los dos días, nueva visita de Lamparilla á la casa del alcalde. Los propios despachados en busca de los regidores ausentes, habían regresado ya con buenas contestaciones, y el Ayuntamiento estaría completo en el resto de la semana. El lunes siguiente se reunió por fin. Lamparilla asistió á la sesión. El alcalde les dió cuenta transmitiéndoles fiel y metódicamente los razonamientos y alegatos de Lamparilla; ninguno tomó la palabra, pero puesto á votación, por unanimidad fué reprobada la pretensión, añadiendo que se prohibiese expresamente al licenciado la entrada á los archivos.

No se dió por vencido, sino que volvió al día siguiente á la carga, proponiendo al alcalde una fuerte gratificación si le proporcionaba las copias simples de lo que él señalase en el archivo; interesó también la amistad del cura, y nada fué bastante, pues se comprende bien que los que estaban en posesión de los bienes de Mocte-

zuma III, se defendían obstinadamente y habían ganado á su favor á la mayor parte de las gentes del pueblo, al grado que cuando salía á dar sus paseos por las calles y huertas, notaba que se lo quedaban mirando con un aire siniestro y amenazante.

Convencido de que nada podría obtener, acababa de cenar y se disponía á componer su maleta y arreglar sus cuentas con la patrona, cuando escuchó un rumor lejano de confuso vocerío que se fué acercando y creciendo por momentos. Era una reunión de hombres, mujeres y muchachos, la mayor parte peones de las haciendas, capitaneados por dos ó tres tinterillos armados con palos, instrumentos de labranza y cuatro ó seis achones de brea, echando chispas y humo, á causa del viento que soplabá.

La patrona, alarmada, corrió á cerrar la puerta del zahuán y las ventanas que daban á la calle. •

—Ya me lo temía yo, señor licenciado,—le dijo á Lamparilla.—Ese tumulto es contra usted, y lo menos que querrán es sacarlo de aquí y arrastrarlo por las calles con una cuerda al cuello. Yo no lo siento por usted, que al fin es licenciado, sino por mí que van á romper los vidrios y á entrar y robar la casa, que estos indios, cuando hay quien los levante, son el mismo demonio, pero eso me tengo por compasiva. Lo debí echar á usted, que me lo advirtió el mismo alcalde.

—Por el amor de Dios, señora, no piense usted en eso; yo le pagaré los vidrios y los muebles y cuanto rompan, pero sálveme usted. Vamos de pronto á atrancar bien la puerta, que en cuanto á las ventanas tienen buenas rejas de fierro.

Lamparilla y la patrona corrieron al zahuán, y aunque

cerrado con un buen cerrojo añadieron dos gruesas trancas.

En ese momento el tumulto llegó y se detuvo en frente de la casa, vociferando diabólicamente:

—¡Muera Lamparilla!—decía en voz alta el jefe de la conspiración.

—¡Muera!—gritaban en coro los acompañantes.

—¡Viva D. Margarito Melquiades!

—¡Que viva!—repetían estrepitosamente agitando las achas de brea y dando de palmadas.

—¡Que muera el gobierno!

—¡Que muera! ¡que muera!—repetían furiosos.

—¡Que viva el alcalde!

—¡Que viva!

—¡Que muera Lamparilla!

—¡Que muera! ¡que muera!—y unos cuantos trozos de ladrillo se estrellaron contra las rejas de las ventanas.

—¡Que viva el Señor del Sacro Monte!

—¡Que viva!

—¡Que muera el licenciado!

—¡Que muera! ¡que muera!—y las rejas recibieron otra descarga de ladrillos y terrones.

—¡Que viva el gobernador!

—¡Que viva!—y aquí hubo una de chiflidos y de gritos, y la descarga fué de piedras que pasaron la reja y fueron á romper las vidrieras.

—¡Que muera Lamparilla! ¡que muera!—y los chiflidos y gritos fueron más fuertes y las descargas de piedras más frecuentes, y un grupo se echó sobre el zahuán, pero las puertas fuertes y bien atrancadas no se movieron.

Lamparilla, pálido, sin saber qué partido tomar, es-

piaba por el agujero de una de las ventanas, mientras la patrona, retorciéndose las manos, discurría de uno á otro lado de la sala.

—¡Dios mío, qué va á ser de nosotros, el tumulto crece y estas gentes no se irán en toda la noche! El señor del Sacro Monte nos saque de este trance.

Por un momento cesó la bulla y el jefe se llevó á la turba á una tienda de la contra-esquina, que de intento había mandado el alcalde que quedase abierta, á que refrescara el gaznate con unos tragos de aguardiente.

—Señora,—dijo Lamparilla,—es necesario discurrir la manera de que yo salga de aquí ahora que parece que se han retirado un poco. ¿Sería posible sacar mis caballos por la puerta del corral?

—Imposible; no están lejos, y en cuanto oyeran las pisadas de los caballos, caerían sobre usted y lo matarían. Lo que me ocurre es que se refugie usted en el curato, donde ni de chanza pretenderán entrar. Abriré muy quedo la puerta del corral; enviaré á la muchacha para que dé un recado al señor cura para que le abra á usted la puerta del cuadrante, que está muy cerca de aquí, y en un brinco está usted dentro y muy seguro, y yo también, pues mi misma muchacha, luego que esté en seguridad, le dirá que usted se marchó á México desde el principio de la noche; se les abrirá la casa para que vean que no hay nadie y todo se acabará. Con ellos debe andar D. Margarito Melquiades, que es mi compadre, y él apaciguará el tumulto, pues que son peones y muchachos, chicos de la escuela de la hacienda de Buena Vista. Lo que está pasando me lo contaron desde esta mañana, pero no lo quise creer y me dió mortificación decírselo á usted.

—Valía más, señora; me habría marchado á Chalco,

pero no hay que perder tiempo, la idea de usted me parece muy buena.

La patrona salió á despachar á la criada al curato, y Lamparilla entró á su recámara, reconoció sus dos pistolas y se las puso en la faja, aflojó un poco su espada y esperó resuelto, en último extremo, á defender su vida y llevarse á cuatro ó cinco por delante.

La criada volvió con buenas noticias. El cura consentía en abrir la puerta del cuadrante y esperar allí al licenciado, pero en esto los sublevados, animados con el trago, volvieron á la carga con más achas de brea encendidas y gritando ya uniformemente.

—¡Viva D. Margarito Melquiades y muera el licenciado Lamparilla!

Una descarga de terrones acabó de romper la vidriera y comenzaron á golpear el zahuán con piedras y palos.

La patrona, que en medio de todo, tenía más sangre fría, entreabrió un poco la hoja de la otra ventana, y precisamente estaba apoyado en la reja su compadre D. Margarito Melquiades.

—Es la oportunidad,—dijo á Lamparilla,—están muy entretenidos por acá, y por la puerta del corral no hay nadie. Hágase el ánimo, señor licenciado, y váyase.

Lamparilla reflexionó que no había otro medio de escapar, se ciñó la espada, preparó una pistola, y acompañado de la criada, atravesó el corral y con tiento entreabrió la puerta y se encontró en la calle. La criada le señaló al frente y á poca distancia la puerta del cuadrante.

La noche estaba oscura; por la fachada de la casa seguía el ruido, la vocería y las descargas de terrones. Lamparilla, á la mitad del camino, sintió un terronazo

cerca de un ojo que por poco lo hace caer al suelo, pero sacó fuerzas de flaqueza, apretó el paso, y dos minutos después estaba ya dentro de la sacristía en compañía del cura.

La patrona, en cuanto calculó que ya Lamparilla estaba en salvo, abrió á medias la ventana y habló con su compadre D. Margarito.

—Dios que trajo á usted, compadre. El pájaro que ustedes buscan se marchó al anochecer, pero á quién decirselo, pues esta indiada bruta no ha hecho más que romperme mis vidrieras y no me atrevía á salir por miedo de que me tocara un ladrillazo.

—¿Me da usted su palabra, comadre?

—Por mi nombre, que se lo juro, compadre; entre usted á registrar la casa si quiere.

—La creo, comadre, ni para qué me había usted de engañar, y además sólo queríamos dar un susto á este licenciadito para que se largue del pueblo y no vuelva más. Nunca le hubiéramos hecho nada. Mande usted buscar temprano al hojalatero para que le reponga sus vidrios y yo le pagaré, y buenas noches, comadre, que me voy á llevar á esta gente para que se largue á dormir.

D. Margarito Melquiades habló á su gente algunas palabras, y gritando vivas al gobierno y muera Lamparilla, los amotinados salieron del pueblo con sus achas encendidas rumbo al caserío de la hacienda más cercana.

CAPÍTULO XXXVIII

¡Ira de Dios!

ESTA fué la primera palabra que con valor y coraje pronunció el licenciado Lamparilla, luego que el cura cerró con llave y cerrojo la puerta del cuadrante, y que se consideró en completa seguridad.

—¡Ira de Dios! señor cura,—volvió á repetir,—si no ha sido por los ruegos de la patrona de la casa que se me hincó de rodillas, abro la puerta, mato con mis pistolas tres ó cuatro de esos salvajes borrachos y arreo á los demás á cintarazos, comenzando por D. Melquiades.

—Está usted demudado; voy á disponer que le den á usted una taza de anís con un poco de aguardiente, que es eficaz para calmar las emociones.

—Sí, estaré demudado de la cólera, señor cura. ¿No le parece á usted una infamia que á un abogado, y abogado como yo tan relacionado en México, y con la mejor reputación en el foro, tan sólo porque viene á pedir unas

copias, se le forme una conspiración y se le trate de asesinar y de arrastrarlo por las calles? Y lo hubieran hecho si entran, como me lo dijo esa buena mujer; al fin eran muchos, pero ¡ira de Dios! señor cura, le aseguro á usted que me habría llevado tres ó cuatro por delante.

—Qué quiere usted, Sr. D. Crisanto,—le dijo el cura,—son cosas de los pueblos. Esta gente es ignorante y cualquiera los engaña.

—Ya me supongo que este tumulto fué provocado por el alcalde mismo, de acuerdo con D. Margarito Melquiades, para impedir que se me dieran las copias, porque su deber era haber salido con la veintena á poner orden en la población y proteger mi vida amenazada.

El cura, que no quería entrar en materia, ni decir nada mal en contra del alcalde y de D. Margarito Melquiades, no contestó y fué á las otras piezas de la casa á preparar la bebida, más bien digestiva que calmante.

El licenciado se aprovechó de ese momento para abrir la ventana y mirar á la calle. Un silencio profundo reinaba; las gentes que habían abierto sus balcones para ver el tumulto, los habían vuelto á cerrar, y sólo se escuchaba á lo lejos el rumor de las pequeñas cascadas que se formaban con la nieve fundida y se deslizaban dando saltos por el declive escabroso de la gran montaña.

El cura no tardó en volver acompañado de una sirvienta india con tazas, botellas, vasos, café, agua de anís, té y cuanto pudo en aquel momento haber á la mano.

Lamparilla prefirió tomar una buena taza de café caliente y dos copas de Holanda fino, de la fábrica que los Noriegas tenían cerca del pueblo.

—Bien, ¿y qué le parece á usted que haga ahora?—pre-

guntó Lamparilla al cura cuando acabó de tomar el último trago.

—Me mortifica decírselo á usted, señor licenciado,—le contestó el eclesiástico,—porque no vaya á figurarse que lo echo de mi casa, pero mi opinión sería que se marchara usted aprovechando la calma y la oscuridad de la noche. Esa gente, que bebió bastante en la tienda, puede volver, y ni el alcalde ni el mismo D. Melquiades la podrían contener, porque sabe usted lo tenaces que son los borrachos. Nada le sucedería á usted estando en el curato, y yo, en último caso, lo escondería á usted donde no lo pudieran encontrar, pero vale más evitar un lance.

—Tiene usted mucha razón, señor cura, y lo que deseo es salir cuanto antes de este maldito pueblo. Hágame el favor de mandar por mis caballos y el mozo, y de pagar á la patrona el gasto que haya yo hecho, y lo que cueste la reposición de los vidrios, que al llegar á México, le remitiré el dinero.

—Lo que usted quiera,—le dijo el cura.—Se hará lo que usted desea y no tardarán los caballos en estar aquí. Me permitirá que lo deje solo un momento.

El cura salió, y Lamparilla, impaciente, pues se le figuraba que ya volvía el tumulto, se comenzó á pasear como una fiera en jaula, de uno á otro extremo de la sala.

El excelente cura no quiso fiar los preparativos del viaje á sus sirvientes, sino que él mismo fué á la casa, tranquilizó á la patrona, comprometiéndose á pagar la cuenta del alojamiento y vidrios rotos, y buscó al mozo que encontró profundamente dormido entre unas barcinas de paja. Allí se había refugiado durante la tormenta, y cuando se aplacó, se acomodó bien, y al calorcito de

la paja no tardó en dormirse sin cuidarse de su amo, y éste, por su parte, tampoco se había acordado si tenía ó no criado, siquiera para que le ayudase á defenderse, tanta así fué su sorpresa y atarantamiento.

Antes de media hora los caballos con el mozo estaban en la puerta del cuadrante. Lamparilla se despidió afectuosamente del cura, montó á caballo, y paso á paso, queriendo penetrar con sus miradas en la oscuridad profunda de la noche, enderezó hácia el camino real. Eran como las dos de la mañana.

Lamparilla revolvía en su cabeza infernales proyectos de venganza. La sangre toda de la familia Melquiades y la del alcalde y miembros del Ayuntamiento de Ameca, le parecía poca. Su vida había sido fácil; sus negocios de abogado, aunque de poca importancia, le habían salido bien; el licenciado D. Pedro Martín lo favorecía, no sólo con sus consejos, sino dándole negocios, pres-tándole libros; su tocayo, el juez Bedoya, tenía tanta confianza en él, que bastaba una recomendación para que saliera de la cárcel, ya una mujer, ya un hombre, ya muchos acusados, con razón ó sin ella, de escándalos, de heridas y aún de robillos de poca monta; en fin, era un personaje hasta cierto punto influyente y considerado en la sociedad de México, y no podía ni siquiera pensar en las ofensas que le habían hecho el alcalde de Ameca y los Melquiades, sin que la sangre se le subiera hasta las orejas, ya que le había pasado la impresión del susto, igual ó mayor acaso, que el del naufragio en el canal. Allí, al menos, moría abrazado de una guapa muchacha, mientras que en Ameca, lo querían arrastrar con un cordel al cuello por las calles y matarlo á palos como á un perro rabioso. Su cólera iba á dar también

en contra del teniente de garita, que quizá de mala fe le había dado la carta de recomendación. Forjaba mil planes en su cabeza, y no se fijaba en ninguno. Luego que comenzó á salir la luz, prendió las espuelas á su caballo, y temprano estaba en Chalco, tocando la puerta del corral de la casa de Cecilia.

Pero Cecilia no estaba allí. Las criadas le dijeron que había ido á México para retirar definitivamente el puesto de la plaza del mercado, porque San Justo no cesaba de molestar á las muchachas encargadas de él, y disponía de la mejor fruta que había, sin pagar nada, y ya dizque debía un dineral.

Nueva contrariedad. Se le figuró á Lamparilla que Cecilia se había largado con el tornero, y los celos aumentaron su despecho y su rabia. Aceptó el alojamiento que le ofrecieron las criadas, se desayunó y salió á recorrer la ciudad, y los mesones, para ver si lograba saber algo de ese pasajero sospechoso, resuelto, si lo encontraba, á acusarlo de cualquier cosa y lograr que la autoridad lo enviase á México á disposición del juzgado de Bedoya, como cómplice del asesinato de la casa de vecindad de la calle de Regina. Lamparilla estaba muy lejos de sospechar que el siniestro compañero de naufragio, era el único y verdadero culpable, pero le ocurría ese medio porque, de seguro, tratándose de ese asunto, que era la preocupación única de su amigo el juez, lo metería en la cárcel, y ya se daría modo para que no saliese en muchos meses; pero sus pasos y sus indagaciones fueron infructuosas. Ni lo encontró en todo Chalco, ni en los mesones le pudieron dar razón de él. Confirmó sus sospechas; el bribón se había largado con Cecilia, la cual lo tendría escondido en la casa de la calle de la

Acequia para vivir con él á pierna suelta. Volvió á la casa descorazonado, colérico, celoso, enfermo, cansado, en fin, hasta el grado de no poderse tener en pié.

Comió mal y durmió peor. Sueños á cual más estrambóticos. Cecilia bailando jarabe con el pasajero, y éste tirándole el sombrero jarano á los piés, y á interrumpir ese baile entraba D. Espiridión con espada en mano, tirando cuchilladas por todas partes. Pasaba aquello y entonces veía á Moctezuma III acostado, amarrado de piés y manos en una cueva muy oscura de la cuesta de Barrientos; por último oía ruido de espadas, y estruendo de piezas de artillería y gritos roncós y feroces. ¡Muera Lamparilla! ¡Muera el gobierno! Despertaba, daba un salto en la cama, se tentaba el pecho y las piernas para cerciorarse de que no estaba herido, encendía la vela, fumaba un cigarro, se volvía á acostar y á dormir, y volvían los sueños y las pesadillas, hasta que amaneció Dios, se levantó, metió la cabeza en una batea de agua fría para ver si así se le quitaban las visiones que aún despierto tenía delante.

Mandó ensillar sus caballos, se desayunó con un poco de café aguado, dió una buena gratificación á las muchachas y partió á galope con dirección á la capital. Lo primero que hizo en cuanto que llegó al caer la tarde y se sacudió el polvo, y sin tratar ni de comer un bocado, fué ir á la plaza. Las muchachas le informaron que Cecilia había efectivamente estado allí, pero que hacía más de una hora que se había marchado sin duda á la casa de la calle de la Acequia. Corrió hasta el retirado callejón. Un remero único que la cuidaba, le dijo que la ama había ido al embarcadero de San Lázaro. Tomó un coche del sitio y llegó ya de noche á la garita sin querer

hablar con el teniente, pero por las señas que dió, y como Cecilia era muy conocida, supo que media hora antes se había embarcado en una trajinera rumbo á Chalco. Decididamente estaba de desgracia y todo le salía mal.

Al día siguiente, más tranquilo y con un buen sueño en su cómodo lecho, reflexionó con más aplomo, formó el plan de separar á San Justo del empleo interino de administrador del mercado, de hacer que el alcalde de Ameca, los concejales y los Melquiades fuesen reducidos á prisión y conducidos á México como conspiradores y revolucionarios, y que el gobernador ordenase al nuevo Ayuntamiento, sacase copia de oficio de los documentos que necesitaba. Reservando para sus adentros este vasto plan, se vistió y adornó hasta con una especie de coquetería, y se dirigió á la casa de su tocayo D. Crisanto Bedoya para consultar con él sus proyectos y ponerlos con su ayuda lo más pronto posible en ejecución.

Bedoya lo recibió con el cariño de antiguos discípulos, le prometió ayudarle y los dos se pusieron á discutir la manera de llevar á efecto sus propósitos.

La posición social y política de Bedoya había mejorado de una manera notable durante el tiempo que Lamparilla, á causa de sus ocupaciones, lo había dejado de visitar.

La prisión de los vecinos de la casa de Regina y su condena á muerte y á presidio, había de pronto asustado á los raterillos, y aún á los ladrones de mas categoría. Ya no se oía decir en la ciudad nada de robos, y las diligencias de Puebla y del interior no habían sido atacadas. La ilustrada y benemérita población de la ca-

pital estaba tranquila, los periódicos reproducían hasta el fastidio elogios al integérrimo Crisanto Bedoya, y el gobierno estaba satisfecho y reconocía que el digno magistrado era el que había restablecido la confianza y la seguridad personal. El Presidente y ministro de Justicia, querían que los reos fuesen ahorcados, pero no podía interrumpir el curso de la justicia, pues el defensor había apelado y la causa estaba en revisión. D. Pedro Martín de Olañeta había influído con los magistrados, y la causa muy voluminosa de por sí, era necesario que fuese leída y examinada minuciosamente.

Bedoya sacaba partido de la más insignificante circunstancia. Oyó con marcada atención el relato de las desgracias de su tocayo y condiscípulo, y cuando cesó de hablar, le dijo:

—Este negocio lo tomo por mi cuenta, no haya cuidado alguno. Mañana muy temprano platicaremos en casa, y esa canalla sabrá para que nació.

El gran *desiteratum*,—añadió,—consiste en que ahorquemos á los reos de Regina y seré el *todo* del gobierno, pero los magistrados retienen los autos y no hay modo de que despachen ni en pro ni en contra. No obstante, me ha ocurrido una buena idea y la voy á poner en planta. Conque, hasta mañana.

Lamparilla se marchó, y el juez se quedó un poco pensativo, pero á los diez minutos tomó su sombrero, guardó sus papeles, dió al escribano sus instrucciones para el despacho del juzgado y salió precipitadamente de la oficina antes de que se le borrara la repentina y feliz idea que había concebido.

Es indispensable referir algunos antecedentes, que explicarán el rápido progreso que relativamente en poco

tiempo había hecho el hijo del honrado barbero del pueblo de la Encarnación en la carrera política, y la influencia decidida que ejercía aún en los asuntos y en las cosas que nada tenían que ver con el despacho de su juzgado.

El periódico que ya conocemos, como si hubiésemos sido sus más constantes suscritores, y que anunció el *caso rarísimo y nunca visto* del rancho de Santa María de la Ladrillera, había, en los años transcurridos, sufrido las más extrañas alternativas y los cambios más bruscos y repentinos. Tan pronto tenía suscritores bastantes para pagar los gastos de impresión y administración, quedando un sobrante regular, como se veía abandonado por sus favorecedores y reducido á pedir fiado el papel necesario.

En una temporada cayó en manos de personas timoratas y casi en olor de santidad, y los artículos que publicaba en favor de la religión y de todos los santos del cielo, le produjo tantas suscripciones que ya no cabían en dos costales los ejemplares que se remitían los miércoles y los sábados, días solemnes en que se despachaba el correo de la capital, para el resto de la República, pero un día le ocurrió á uno escribir un artículo sobre la festividad del 12 de Diciembre, que tan fatal fué para Juan, puso en duda el articulista la Aparición de la Virgen de Guadalupe, y de un golpe se le borraron como tres mil curas. En vano quiso reparar el error y echar al hereje de la redacción, y elogiar á los padres que predicaban en los desagravios de la parroquia de Santa Catarina, y en los ejercicios de la Profesa, inútil trabajo, los curas no creían ya en la buena fe de *El Eco del otro Mundo*, y lo veían con horror. Despechado y ofendido por este desaire, se volvió al lado de los masones y comenzó á ini-

ciar la grave cuestión de la tolerancia de cultos, y fué tan feliz la idea, que volvió á levantarse y á renacer como el fénix de sus propias cenizas, pero un día también se deslizó un artículo, sin saberse cómo, que decía que las logias acabarían con la nación, que en ellas se disponían las elecciones y se repartían los destinos públicos (algún agraviado sin duda) y que era necesario hacerles una guerra decidida. En menos de dos semanas se borraron 3,500 masones y se suscribieron nuevamente un canónigo y ocho curas. El periódico agonizando acudió al gobierno, logró un corto auxilio de los gastos secretos de relaciones, y pudo ya medio vivir y tributar elogios á los distinguidos funcionarios que hacían el sacrificio de abandonar la tranquilidad del hogar doméstico para ocupar los sillones ministeriales, llenos de espinas y de abrojos, pero un día un redactor que comenzaba sus campañas y que era medio pariente del ministro de la guerra, con cualquier motivo, enjaretó un artículo sin que lo revisaran sus compañeros, diciendo que César no había sido más que un cabo de escuadra, que Alejandro el Grande apenas habría sido en México coronel de cívicos, y que Napoleón, comparado con su pariente, no había sido más que un sargentón afortunado. Como veinte militares se suscribieron inmediatamente, el tío ministro convidó á almorzar al pariente, pero el secretario de relaciones, que no podía ver ni pintado á su compañero el de guerra, retiró el auxilio y en esa vez por poco muere. Hubo discusiones, proyectos, pleito, en fin, en la redacción, de lo que resultó un periódico independiente con noticias de sensación; interesaron á cuanto muchacho ocioso andaba por la calle y de día y de noche gritaban desahoradamente en los portales y en las *cadenas*, *El Eco*

del otro Mundo, con los robos y los asesinatos de los bandidos de Río Frío. Otro día cambiaban el tema y gritaban «Relación de una cabra que nació con tres cabezas.»

No probó mal este método, y entre prodigio y prodigio se mezclaban algunos elogios al gobierno y algunas sátiras embozadas al clero, á los masones, á los soldados, á los abogados y á todo bicho viviente. Cada uno por saber si algo malo ó bueno se decía de él, tomaba una suscripción, y en breve tiempo el periódico volvió á levantarse y los redactores ya tenían una regular pitanza cada mes. Interesante como es la historia familiar y secreta de los periódicos, basta referir la terrible crisis que experimentó tan acreditado diario, y la que fué muy provechosa á nuestro amigo Bedolla.

El Eco del otro Mundo se había entendido perfectamente con el ministro de hacienda, como ya lo habrá maliciado el lector, pero como ese digno funcionario en ocho meses sólo había podido dar una paga á los empleados y dos meses de dietas á los diputados y senadores, tuvo que abandonar la cartera, y otro que era un prodigio de talento y una especie de brujo que sacaba como Moisés agua de una roca, le sucedió con beneplácito, ó mejor dicho, con aclamación de tanta vieja viuda que ya había hasta olvidado cómo era la forma y tamaño de un peso duro. Ese nuevo funcionario tenía una conciencia estricta, y una de sus máximas era que la prensa pagada extraviaba la opinión pública y corrompía á los mismos funcionarios que la pagaban, y que el único periódico que se debía pagar para que elogiara y defendiera al gobierno, era la *Gaceta Oficial* y el *Telégrafo*, que era como semi-oficial. Retiró, pues, la subvención á *El*

Eco del otro Mundo, y de la noche á la mañana dejó á los redactores en un *petate*.

Junta general y sesión borrascosa en la oficina de la redacción. Se resolvió continuar el periódico pagando á escote lo que faltara para el completo de los gastos, y además jugar el todo por el todo y hacer desde el día siguiente una oposición formidable al gobierno, comenzando por el ministro de hacienda, y juraron sobre los cañones (de las plumas) arrostrar con las multas, con la prisión, con el destierro, con la muerte misma, antes de doblar la cerviz; en una palabra, sacrificarse por la patria. Fortificados con tan enérgica resolución, al día siguiente comenzaron á echar fuego y llamas.

Un artículo titulado *Bancarrota*, hizo temblar en su sólido sillón al nuevo ministro de hacienda. Otro, que llamaron *Precipicio*, le quitó las ganas de comer al ministro de justicia. Otro, *Hipocresía y Religión*, alarmó al arzobispo y al coro de la catedral; otro, *Abajo caretas*, obligó á las logias á convocar para tenidas extraordinarias; por último, el titulado *Pueblo Soberano*, era un llamamiento á los barrios de San Sebastián, de la Palma, de Tepito y de la Soledad de Santa Cruz.

Los suscritores en tropel se presentaban á la redacción, y los muchachos y billeteros vendían resmas enteras en un momento. El gobierno temblaba ya, y la sociedad elogiaba el arranque patriótico de los que así exponían su tranquilidad y hasta su vida por defender los santos principios... de cualquier cosa. Los redactores, entusiasmados con el buen resultado de las deliberaciones de la junta, seguían echando tajos y reveses á todo el mundo. Del Presidente de la República, lejos de decir una palabra disonante, lo alababan de vez en cuando. Los mismos

ministros llegaron á creer que el supremo magistrado pagaba el periódico para echarlos de sus sillones, y conferenciaron seriamente decididos á presentar en masa su renuncia; pero tenían mucho cariño á sus puestos y dejaban siempre *para mañana* la resolución heroica que habían pensado.

Bedolla, que al despertar, sentado en su cama y tomar su thé á la inglesa, pues había ya abandonado el champurrado, por ordinario é indigesto, lo primero que hacía era leer su periódico favorito, había seguido con interés sus cambios y matices, se quedó reflexionando el día que se publicó el artículo editorial que encabezaba el título de *Pueblo Soberano*, y ya había notado que únicamente al Presidente se trataba con respeto y consideración; levantóse sin tomar la tercera taza de thé y se puso delante del tocador. Ya no era la levita con arrugas en la espalda, ni el pantalón hecho charamusca, ni el sombrero acepillado en sentido inverso, ni la cabeza hirsuta y alborotada, sino que O'Sullivan, un sastre irlandés, lo vestía á la irlandesa ó la inglesa, el peluquero del teatro le cortaba el pelo, y sus camisas, luciendo botones y prendedores de oro y brillantes, eran obra de una camisera de París (ó de Bayona) que acaba de llegar, y su sombrero á *guaterpró* estaba liso y perfectamente acepillado.

—Al tronco y no á las ramas,—dijo en cuanto estuvo vestido y adornado de manera que ni el prefecto de su pueblo, ni su mismo padre el barbero, habrían podido reconocerlo, y contento, satisfecho y sonriendo de la travesura que había imaginado, bajó las escaleras y no paró sino hasta que estuvo á la habla con el ayudante de guardia del Presidente, al que entregó un papelito muy pequeño y perfectamente doblado que decía:

Asunto urgente muy reservado. Cinco minutos de audiencia y todo se arreglará.—Licenciado Bedolla.

Cinco minutos después el ayudante salió, introdujo á Bedolla hasta la sala azul, y lentamente cojeando ayudándose con un bastón, se presentó el primer magistrado de la nación, y le tendió (gran favor) amistosamente la mano.

—Al levantarme, excelentísimo señor, y leer como acostumbro *El Eco del otro Mundo*, me ocurrió una idea, y no quise perder ni un minuto, y á riesgo de molestar á V. E. me he tomado la libertad de pedirle una corta audiencia.

—Siéntese usted, Bedolla, siéntese; supongo que viene á participarme que, concluída la causa, van por fin á pagar su crimen en el patíbulo...

—No, señor excelentísimo, no es eso; el proceso de los reos de Regina está en revisión, y nada se puede hacer hasta que no resuelva el tribunal. Por mi parte á V. E. consta que no tardé mucho en instruir la causa y condenarlos á la última pena, pero no se trata de eso, sino de *El Eco del otro Mundo*.

El supremo magistrado apenas oyó mentar el periódico, cuando dió un salto, como si le hubiese picado un alacrán y se puso en pié.

—Ni me hable usted de semejante publicación, asquerosa, antipatriótica; se conoce que es un plan fraguado por los enemigos del gobierno, y que pollos gordos, que yo conozco, se cubren con el anónimo y escriben esos artículos que están conmoviendo esta sociedad, combatida por los partidos que se quieren arrebatar el poder, gastada, cansada, moribunda, y á la cual he que-

rido yo imprimir vida y movimiento. No, imposible, ni hablemos de eso, Bedolla.

—Notará, ó habrá notado V. E.,—dijo con una voz muy amable el licenciado,—que los editores echan tajos y reveses contra todo el mundo; para ellos ni el arzobispo es sagrado. Sólo á V. E. respetan, sólo á V. E. le tienen consideración, ni al papa, sólo á V. E. elogian; aquí traigo precisamente dos números que contienen cuatro párrafos diversos y no hay más que alabanzas muy merecidas por cierto. Es necesario sacar partido del cariño personal que tienen á V. E. A eso venía yo, por eso me tomé la libertad de que el ayudante introdujese mi papelito.

El supremo magistrado cambió inmediatamente de humor, y se sentó.

—Mi plan es,—continuó el licenciado sentándose respetuosamente y manteniéndose muy derecho sin recargarse en el sofá,—que este periódico, en vez de hacer una oposición tan injusta, tan inconsiderada y tan nociva para la tranquilidad de la República, sea absolutamente del gobierno; V. E. mandará en él, se escribirá lo que V. E. ordene, se hará la oposición á quien V. E. mande y se elogiará á los que V. E. quiera favorecer.

—No conoce usted el mundo como yo, Sr. Bedolla. Detrás del periódico están esos personajes pérfidos del partido moderado, que no quieren venir al gobierno cuando se les llama, y critican y hacen la oposición á todo el que como yo se sacrifica por la patria.

—Ese es mi secreto, precisamente. Tengo un plan por el cual esos moderados quedarán excluidos del periódico, éste será dirigido por manos hábiles y por personas adictas á V. E., y una vez conseguido esto, tendremos

una arma contra esos mismos moderados, contra los ministros si fuera necesario y si conviniese á V. E., y contra todo el mundo. En vez de ser atacados, atacaremos. Unicamente necesito la aprobación de V. E. y su apoyo eficaz.

—Si está usted seguro de salir airoso de esta empresa, que lo creo difícil, puede usted contar con que protegeré á usted, pero con la mayor reserva. Una persona que ha sido elevada, como yo, por el voto de la nación al rango de primer magistrado, debe ser superior á esas ruines pasiones y no ocuparse de pormenores.

—Perfectamente, V. E. tiene mucha razón, ni cómo me había de atrever á indicar que se ocupase V. E. de estas que son verdaderas miserias humanas. Yo me ocuparé de esto, vendré todos los días temprano, ó á la hora que V. E. disponga, y me indicará lo que se deba escribir, y nadie, ni mi sombra, sabrá este secreto; pondremos redactores muy caracterizados y muy independientes, y ellos firmarán y saldrán al frente á las polémicas, á la crítica mordaz y aun á los desafíos y golpes si llegara el caso, porque la gente que yo tengo es de *primera*. Lo que se necesita para esto es *patriotismo, abnegación y dinero*.

Al escuchar el primer magistrado la palabra dinero, dió otro salto como si lo hubiese picado un segundo alacrán, se puso en pié y dijo con cierto asombro:

—¡¡Dinero!!

—Ya sabe V. E.,—contestó el licenciado Bedolla en voz baja y con un tono muy amable,—que el dinero es el alma del mundo. Sin dinero no es posible ni aun entrar á la gloria. Los santos que han tenido el candor de repartir sus bienes á los pobres, quién sabe los trabajos

y dificultades que hayan tenido para entrar al cielo... no obstante, si á V. E. no le agrada... nada se hará y los moderados se bañarán en agua rosada.

Cayó muy en gracia al primer magistrado la ocurrencia de Bedolla, y volviéndose á sentar dijo con cierta tristeza, como hombre ya práctico y desengañado:

—Tiene usted razón, Sr. Bedolla,—desgraciadamente nada se puede hacer sin el maldito dinero. Ya veremos, trabaje usted y vuelva á verme dentro de dos días á estas mismas horas. El ayudante recibirá la orden de permitirle la entrada.

El supremo magistrado pagó de pronto con un apretón de mano el patriotismo del licenciado, y éste salió erguido y ufano por en medio de una multitud de diputados, senadores; coroneles y agiotistas que llevaban dos horas de antesala, sin haber podido penetrar al *santa sanctorum*.

De vuelta á su casa, Bedolla mandó buscar urgentemente al director y propietario de *El Eco del otro Mundo*, el que no tardó en llegar.

—Va usted á comer conmigo hoy, Es su hora de usted y tenemos que hablar cosas muy graves.

—¿Van á ahorcar ya á esos bandidos?—preguntó el entendido periodista.

—No, no es eso; el tribunal anda con pasos de tortuga, pero dejemos por ahora á esos pobres diablos que están muy seguros y contentos en la cárcel, con tal que no los saquen al palo. Se trata de otra cosa más seria: se trata de usted, ó mejor dicho de ustedes todos. Se va á dar orden de prender á la redacción, á los cajistas, al administrador de la imprenta, al portero, á todo el mundo y encerrarlos incomunicados en Santiago. Por una

casualidad he sorprendido este secreto, y como usted y los distinguidos literatos que trabajan en el periódico se han portado como unos caballeros desde que llegué á esta capital, he debido, como hombre leal, prestarles este servicio, pero no me descubran, por Dios, porque seré hombre al agua: empleo, amistades, influencia, todo lo perderé si llega á saberse que yo he avisado á ustedes el peligro que corren. El primer magistrado está furioso; así, vean lo que hacen, escóndanse, váyanse de México, en fin, yo no sé qué aconsejarles.

—Pero eso es una infamia. La ley de imprenta dice en su artículo 47... no recuerdo bien... pero las garantías... ¿Qué sucederá á este desventurado país, si se entroniza la tiranía?

—Será lo que usted quiera, y los artículos de la ley de imprenta, que aun no he tenido tiempo de leer, ocupado con esta complicada causa de Regina, dirán lo que á usted agrade, pero contra la fuerza no hay argumento que valga... después ustedes echarán ternos, pero será en Nueva Orleans, ó en Nueva York, pero aquí, Santiago, y no más Santiago es lo que los aguarda, y por supuesto, acabará mañana el periódico que está acusado de sedición... Conque...

—¿No habrá modo,—preguntó el director del periódico,—de componer... de dilatar... de suspender...

—Me parece que no hay escapatoria; sin embargo, consulte usted con sus compañeros, y si algo le ocurre véngame á ver á la noche, ya saben que pueden contar conmigo, aunque me cueste el empleo.

El director estrechó con efusión la mano de Bedolla.

—Tenemos seis horas de tiempo, tranquilícese usted y vamos á la mesa.

Sentáronse en una mesa muy regularmente surtida, y más á la francesa que otra cosa, pues Bedolla ya no comía sino rara vez enchiladas, porque le parecía, como el champurrado, un manjar ordinario.

Bedolla comió de todo y con apetito. El desgraciado periodista apenas probó bocado, y sólo se cargó un poco la mano de un vino *tapa larga*, que Bedolla dijo que se le había enviado expresamente de regalo el cónsul mexicano en Bordeaux. Acabóse la comida y quedaron de verse á las nueve de la noche, para tomar una resolución definitiva. Ese día casualmente se publicaba un artículo furibundo contra el gobernador del distrito, que no fué posible retirar. El pánico de la redacción llegó al colmo, cuando su director les comunicó las fatales noticias, pero cada uno procuró disimular y se pronunciaron discursos llenos de fuego y de patriotismo, concluyendo por poner su suerte en manos de su jefe, prometiendo aprobar y sujetarse á lo que conviniese con Bedolla. Hubo, sin embargo, algunos disidentes que preferían ir presos á Santiago, y que, previendo una defecación, se separaron inmediatamente y se marcharon disgustados á su casa.

Muy puntual estuvo á la cita el director, y después de una larga conferencia quedó Bedolla facultado, por escrito, para arreglar el asunto, conviniendo en que durante tres ó cuatro días, los artículos de oposición serían muy razonados y en que no dejaría de hacerse algún elogio al primer magistrado.

En la segunda conferencia con el jefe del Estado, Bedolla remató el clavo. Puso á disposición del gobierno el temible periódico, que fué considerado muy secretamente semi-oficial, recibiendo recursos abundantes que

pasaban por terceras manos, sin que apareciese ni remotamente el nombre del licenciado, el cual á primera hora y por la puerta chica de Palacio entraba á recibir las órdenes directas del Presidente.

La redacción se reorganizó. Unos continuaron con una buena dotación; los gacetilleros con una miseria; Bedolla, que no escribía ni había podido hilvanar nunca dos renglones seguidos, era el director oculto que daba la orden de *tirarle* á fulano, de *sacar á mengano*, de dar un *piquetillo* á un ministro, de ensalzar á un general y de menguar el mérito de un coronel.

El periódico era serio, grave, de oposición; pero independiente, no pertenecía á partido ninguno, ni apoyaba las facciones; predicaba la paz y el respeto á las autoridades; solía adular al clero y á los propietarios, y era amigo de la libertad, pero enemigo de los sansculotes, y cuanta influencia tenía tan sesudo diario, tanta así tenía también Bedolla, de manera que en vez de que necesitase de la protección de Lamparilla como en los momentos de su llegada á la gran Tenochtitlan, él la dispensaba, no sólo á su condiscípulo, sino también á los mismos ministros, que habían ya sabido por los porteros y ayudantes que tenía frecuentes y largas conferencias con el primer magistrado de la nación. El mismo estaba asombrado de su posición; veía ya al juzgado con desdén; le parecía que rebajaba mucho de su dignidad con ir diariamente á la Acordada á tratar con ladrones y asesinos. Cuando á la hora de ir á la cama pensaba en estas cosas, se restregaba las manos, reía francamente y decía: *¡Qué vivo soy*, mi padre mismo no me conocería! *¡Redactor en jefe sin escribir y ganando una talega de pesos cada mes!* y se metía debajo de las sábanas y

dormía tranquilamente, soñando algunas noches que estaba ya sentado en un sillón ministerial.

Tal era la posición de nuestro buen amigo Bedolla, y era indispensable que el lector conociera los medios sencillos con que repentinamente se elevan en México insignificantes personajes, cuando la fortuna se pone de su lado derecho.

Las aventuras de su tocayo Lamparilla le dieron nuevo motivo para aumentar su influjo y ganarse una confianza sin límites en las altas regiones. Como en la vez en que se trató del asunto de *El Eco del otro Mundo*, que acabamos de referir, Bedolla, vestido correctamente, como hemos dicho, perfumado y un tanto arrogante, se encaminó al Palacio, sin esperar la hora de la conferencia diaria, pues el negocio no admitía demora, y así también le daba más realce é importancia. Se echó en la bolsa un papelito que decía: *Señor Presidente. Urgentísimo.*—*Bedolla*. Era la fórmula convenida ya, para cuando se ofreciese algo grave. En esos momentos había junta de ministros, pero el licenciado fué introducido al gabinete particular, donde esperó media hora.

—¿Qué ocurre, señor Bedolla?—le preguntó el supremo magistrado, luego que, habiéndose desprendido de sus ministros, pudo entrar fatigadísimo al gabinete donde recibía á las personas de su intimidad.

—¡La revolución ha estallado, pero la podemos conjurar!

El supremo magistrado se levantó del sillón donde casi se había recostado, como si un tercer alacrán le hubiese picado.

—¡La podemos conjurar!—repitió magistralmente el licenciado Bedolla.

—¿Cómo es que no sé nada? Explíquese usted.

—No es extraño. Ha ocurrido anoche, y no son los revolucionarios quienes han de dar parte al gobierno.

—¿Pero cómo, dónde? explíquese usted.

—Precisamente un amigo mío, un hombre estimable, y que creo ha tenido alguna vez la honra de presentarse á V. E., ha estado á punto de ser asesinado y arrastrado por las calles porque quiso contenerla.

Bedolla refirió entonces las desgracias de Lamparilla, pero desfigurando los acontecimientos, aumentándolos, suponiendo un fin político, y asegurando que este movimiento estaba ramificado en la capital y en varios departamentos.

A la hora en que Bedolla daba cuenta de los sucesos en Palacio, todo había concluído en Ameca, el pueblo había vuelto á su acostumbrada tranquilidad, los vidrios rotos de las ventanas de la patrona, repuestos por el hojalatero. Los Melquiades, contentos de haber espantado al licenciado, se paseaban muy satisfechos vigilando el trabajo de los peones, y el alcalde, por lo que pudiera suceder, había dirigido á su gobernador el siguiente parte:

«Hanoche cosa de las dies unos piones briagos se pusieron á bailar y cantar en la plasa y mercaron en caza ñor Pioquinto unos hachones de brea y gritaban viva el Gobernador, mas como lloví que tiraron un ladrillaso á una ventana, salí con la veintena les intimé el orden y se fueron á sus casas con las luces apagadas y es todo lo ocurrido y no hay mas que pongo en conocimiento de V. E. y todo esta quieto aquí. dios y Libertad.»

En el Palacio nacional se les dió á estos sucesos alguna más importancia, y el jefe del Estado no permitió que se fuese Bedolla, hasta que no se dictaron las providencias que la gravedad del caso exigía.

Justamente Baninelli acababa de llegar de Guanajuato con su regimiento de 800 plazas perfectamente vestido, armado y disciplinado; daba gusto y orgullo ver marchar y hacer evoluciones por las calles á tan marciales y guapos muchachos.

El supremo magistrado no se fió de sus ministros; él mismo quiso disponer se sofocase esta tremenda revolución con una actividad sin ejemplo. Mandó que inmediatamente se le presentase Baninelli.

—En el acto, tome usted dos compañías de su regimiento y un escuadrón del 8.º de caballería,—le dijo luego que lo vió,—sale usted al anoecer de aquí con mucho sigilo y á marchas forzadas, procura usted caer al amanecer al pueblo rebelde. Amarre usted al ayuntamiento y al alcalde que se han puesto á la cabeza del pronunciamiento, fusile á unos ciertos Melquiades que son los cabecillas y, dejando una guarnición por lo que pueda suceder, regresa usted á esta capital, deja á los presos bien recomendados en Santiago, y se me presenta usted otra vez aquí á darme cuenta. Si han organizado fuerzas, los bate usted hasta rendirlos, y si la resistencia es obstinada y le matan á usted siquiera un soldado, me fusila usted á dos ó tres de los alcaldes, para que escarmienten y no vuelvan á turbar la tranquilidad. Ya recibirá usted, mientras alista su tropa, las órdenes de la secretaría de guerra y también se le ordena al gobernador del departamento que tenga listas sus fuerzas por si usted las necesitase.

Baninelli, que era hombre de pocas palabras y que tenía siempre su tropa lista para cualquier evento, no tuvo ninguna observación que hacer, se retiró, y no sonaban las oraciones de la noche, cuando salía á la cabeza de sus fuerzas por la garita de San Lázaro. Era una jornada muy larga, pero su infantería estaba acostumbrada á caminar 16 y 18 leguas, y por terrenos quebrados y de climas ardientes. Esta expedición era para él un juego de niños.

Bedolla al despedirse le indicó al jefe del gobierno que creía que el teniente de la garita de San Lázaro, si no era cómplice, por lo menos simpatizaba con los sublevados, y que no era prudente que permaneciera al frente de una garita tan importante.

—Será destituido hoy mismo,—le contestó.

Y en efecto, en el momento mismo en que veía salir la tropa de Baninelli, y no podía conjeturar qué iría á hacer esa fuerza por ese rumbo que estaba tan sosegado y por donde ni aun ladrones había, recibió la orden para tener todo listo y entregar al día siguiente la garita. Una carta de recomendación dada con la mejor buena fe, le costaba el destino.

Lamparilla no se olvidó de la recomendación de Cecilia. Fué á visitar á sus amigos los masones, y en la primera *tenida*, se retiró la protección á San Justo, no obstante sus ideas avanzadas, y fué separado de la *portería*, y más adelante de la administración del mercado, entrando de nuevo á tan lucrativo y buen empleo, el compadre del administrador del hospicio.

El influjo y crédito de Bedolla aumentó un cincuenta por ciento. Dos grandes servicios: desbaratar un complot secreto de los moderados, y convertir á favor del go-

bierno un periódico que amenazaba acabar con el orden existente, y como si eso no bastara, sofocar una terrible revolución en su misma cuna.

El primer magistrado al despedirse afectuosamente de Bedolla, le dijo:

—Amigo mío, en la primera crisis, quiera usted ó no, tendrá que formar parte del ministerio. Es menester sacrificarse por la patria.

Bedolla inclinó la cabeza respetuosamente, indicando que estaba dispuesto al sacrificio y que se resignaría á echar sobre sus débiles hombros la carga de un ministerio.

—Hombres así necesita México, para que figure con el tiempo en el catálogo de las naciones.

Bedolla se retiró del Palacio, y pronto él y Lamparilla departieron amistosamente en su casa, felicitándose del buen resultado de sus diligencias y elogiándose mutuamente. Lamparilla estaba positivamente asombrado de los progresos de su amigo. Él mismo, nacido y educado en México, vivaracho, con relaciones más ó menos íntimas en las diversas clases de la sociedad, tenía entrada en los ministerios con algunas dificultades, y al Presidente lo había visto una sola vez para hablarle de la herencia de Moctezuma III y no había obtenido más que esta simple respuesta. «Veremos,» mientras el payo, el fuereño que no se había atrevido á examinar en la Universidad, era el hombre de más influjo en la capital, en fin, pues que lo veía, tenía que creerlo, y como buen veterano pensaba no despegarse de su tocayo y aprovecharse de su amistad é influjo. Discutieron detenidamente sobre el giro que debían dar al negocio, y de pronto resolvieron que debía decirse algo al público, y *El*

Eco del otro Mundo publicó el siguiente párrafo en los momentos mismos en que Baninelli entraba triunfante en Ameca:

«Media docena de *sicofantas* se han atrevido á turbar el orden público, en el pintoresco pueblo de Ameca, pero el gobierno, que tiene su ojo vigilante en todos los ámbitos de la República, descubrió muy á tiempo la conspiración y ha mandado fuerzas suficientes para restablecer la tranquilidad pública y castigar á los revoltosos.»

Más adelante, y con letra más pequeña, se leía este otro parrafillo.

«La causa de los asesinos de Regina no da un paso. La energía y actividad del señor juez Bedolla ha sido inútil, pues altas influencias tratan de impedir que los reos sufran el condigno castigo y la vindicta pública los reclama.»

Baninelli y su tropa anduvieron tan bien y tan recio, que entre las seis y las siete de la mañana avistaron el pueblo de Ameca.

Uno de los Melquiades, que estaba en el campo á caballo dirigiendo el trabajo de las yuntas que daban labor al maíz, notó una polvareda, salió al camino y se reunió con el jefe militar que iba á la cabeza de la tropa.

—¿Qué hay de bueno por Ameca?—le dijo,—¿se atreverán á resistir los pronunciados?

Melquiades, que, como Bedolla, era ladino, abrió tamaños ojos, y con mucha calma y seguridad contestó:

—Mi coronel, creo que todos se han fugado ya, pero fué una borrachera y nada más.

—Borrachera ó no, han gritado mueras al gobierno y han atacado é intentado asesinar á un licenciado que los quiso contener y es amigo mío. Él mismo me ha contado lo que pasó. Ya verán, si conmigo juegan y me tiran de pedradas.

—Yo nada sé, mi coronel, porque me acuesto á las siete de la noche y nada se observó en el rancho hasta la madrugada, que llegaron unos peones que viven en el pueblo y me contaron con su media lengua lo que habían visto.

—¿Me podría usted decir cuáles son las haciendas de los Melquiades?

—Y como que sí, mi coronel,—y le señaló en el horizonte unas casas y torrecillas que aseguró ser las haciendas que buscaba y que distaban cosa de una media hora de camino.

Melquiades, bajo pretexto de ir á un potrero á buscar unas vacas que se le habían extraviado, se quitó el sombrero, y se despidió cortésmente del coronel, el cual, no observando nada sospechoso en ese campesino, y ya había encontrado otros por el estilo en el camino, lo dejó ir, y al sordo se lo dijeron. Melquiades se entró al potrero donde dijo iba á buscar las vacas, pero apenas había la tropa adelantado un poco, cuando enderezó el caballo á la finca, llegó, avisó á sus hermanos, y no había entrado Baninelli en la plaza, cuando ellos estaban camino del monte, donde podían desafiar no á uno, sino á cuatro batallones, seguros de que no los encontrarían.

Ni en el camino ni en el pueblo observó Baninelli nada que le indicara que existía una revolución. La calma y

la quietud más completa. En las haciendas, los peones se dedicaban á sus labores, los indios entraban y salían con sus burros cargados de fruta, de recaudo ó de paja, y Baninelli, que iba furioso creyendo que tendría que temer algunos balazos, entró en calma y creyó que efectivamente no se trataba más que de una borrachera.

Sin embargo, como militar viejo y precavido, dejó su guerrilla en la entrada, formó en columna en la plaza, mandó ocupar la torre del curato por un piquete y convocó al Ayuntamiento.

El alcalde, cuya conciencia no estaba muy tranquila, tuvo tiempo de esconderse, pero los demás concejales no pudieron hacer otro tanto y se reunieron en las casas consistoriales.

Baninelli mandó hacer una averiguación, entre los vecinos, y resultando de ella que en efecto había habido gritos, pedradas, borrachera y desórdenes y muertes al gobierno y que Lamparilla hubiese sido víctima si no se refugia en el curato, mandó amarrar codo con codo á toda la honorable corporación municipal, y entre filas la condujo hasta la fortaleza de Santiago, como se lo había mandado de oficio el ministro de la Guerra.

Ameca, como en sentido político se dice, quedó *acéfalo*, pero nunca estuvo más contento el vecindario ni más tranquilo el pueblo, sino cuando dejó de tener gobierno. Los vecinos viejos, ricachos, sosegados y honrados, decían:

—¡Bendito sea Dios, que se escondió el alcalde y se llevaron amarrados á los concejales! ¡Ojalá y no vuelvan!

Bedolla había ahogado en su cuna una espantosa revolución y no cabía en la ropa, de orgulloso.

Lamparilla no estaba del todo satisfecho. San Justo destituido, Cecilia volvería á ser en medio de sus variadas frutas de vivísimos colores, la diosa Ceres de la Plaza del Volador; el teniente de la garita recibió su castigo por haberle dado una falsa carta de recomendación, pero los Melquiades se habían fugado, y antes de arrancarles las haciendas de Moctezuma III le había de sudar el copete, y salirle canas verdes.

—¡Ira de Dios!—Lamparilla revolvía en su cabeza miles de proyectos, á cual más osados, y no pudiéndose fijar en ninguno exclamaba á cada momento:—¡Ira de Dios!—ese terrible juramento le había ocurrido como una arma terrible contra el miedo, en el momento en que los Melquiades lo tenían sitiado en su alojamiento de Ameca.

CAPÍTULO XXXIX

La hacienda de Santa María de la Ladrillera

QUÉ años hace que ocupados con la menguada suerte de la rica familia del palacio de la calle de D. Juan Manuel y con el fin trágico de la desventurada Tules, no damos un paseo por el ignorado y pacífico rancho de Santa María de la Ladrillera. Es necesario dar una vuelta y visitar á las personas con quienes primero hemos hecho conocimiento, pero acompañados por supuesto de nuestro amigo el licenciado Lamparilla.

Lo que los políticos, con gran entusiasmo y agarrándose siempre de él para medrar, llaman *progreso*, es una cosa que efectivamente existe y que empuja, unas veces á la gloria y otras al precipicio, pero no importa, empuja siempre, y no hay medio de evitarlo.

El rancho de Santa María de la Ladrillera no había podido resistir á este empuje. La fachada de la casa, que

ya conocemos, había sido revocada con mezcla, revuelta con sangre de toro, presentaba un color morado renegrido, imponente cuando se le veía de lejos, y tristísimo cuando se le veía de cerca: las ventanas tenían ya completos sus verdosos vidrios de la fábrica de Puebla, y las rejas pintadas de negro. En el frente se había plantado un jardín, cubierto de claveles, de anémonas, de alfombra, de ruda, de borraja y yerba de Santa María; el fresno, no obstante su edad y lo torcido de su tronco, echaba á relucir cada año su verde copa, y los sauces llorones habían sido reemplazados por sauces derechos, álamos blancos, ocotes y fresnos, y ya parecía aquello un pedacito del monte de las Cruces, ó de Río Frío; no se sabía si alegraba ó aumentaba la tristeza de la sombra fachada, á la que se habían agregado seis almenas y un medio círculo macizo sobre la puerta. La calzada se había recompuesto con arena y piedra suelta, y la era, para trillar la cebada y el trigo, estaba detrás de esa especie de castillejo feudal. El ganado se había reproducido: los hijos de las vacas, y de las borregas, y de las cabras, eran los que habitaban el corral, y los parientes habían encontrado digna sepultura en los estómagos de la familia, convertidos en *chito* y en *cecina*. Los hijos de los perros retozaban más gordos y alegres que sus padres, y las gallinas, gallos y guajolotes, mezclados con palomas, eran tan numerosos que era necesario espartarlos para andar y taparse los oídos, pues tanto así era el cacaraqueo y bullicio amoroso de esas aves compañeras y víctimas del hombre. Es necesario no olvidar que los caballos de D. Espiridión, ya viejos é inservibles, los había vendido ¡el ingrato! á D. Javier Heras para que fuesen destripados en la plaza de toros de San Pa-

blo.. Un tordillo quemado y un retinto ocupaban un tejaván construído en un ángulo del corral y comían paja y buen grano en el pesebre. Las burras muy gordas, y los burritos retozones, bonitos y alegres. Todo había mejorado y era debido á la iniciativa y actividad de Moctezuma III. Se conocía que corría en sus venas la sangre del gran monarca azteca y que amaba la pompa y el lujo y no se podía pasar sin estas cosas. El muchacho de divagado, ocioso y dormilón, se había convertido en activo y trabajador.

D. Espiridión engordó, engordó de tal manera, que no se movía sino con mucho trabajo; el bigote cerdoso y tieso formaba una especie de tejado sobre sus labios que cada día estaban más gruesos y más morados; las cejas le caían también sobre sus párpados arrugados; los cachetes le colgaban, y el vientre era un medio globo inflado constantemente con gases inflamables y peligrosos: apenas discurría y sólo hablaba para pedir de comer y comía que daba miedo. Lo levantaban á las ocho entre Pascuala y Moctezuma III, y andando, poco á poco, lo graban sentarlo en la banca de piedra que estaba también recompuesta, y allí permanecía echando maíz y migajas de pan á las gallinas hasta que lo quemaba el sol. Cuando tosía fuertemente era señal de que se quería marchar, y entonces D.^a Pascuala y Moctezuma lo conducían al rayador, donde comía y cenaba, y de allí, casi dormido con su *tlachique*, que no cesaba de tomar con abundancia, lo conducían á la cama, y era un trabajo que hacía sudar á la pobre mujer el desnudarlo, arrojarlo hasta que cerraba completamente los ojos. En todo esto no hablaba, sino que de cuando en cuando gruñía sin llegar á articulación ninguna, pero eso quería decir

que algo necesitaba, y por señas se hacía entender: regularmente pedía sus cajillas de apestosos puritos del estanco. Al levantarse y al acostarse lo único que decía con visible esfuerzo era Pa... pa... pa... ascuala... Mo... mo... mo... mo... tezuma ter... ter... ter... cero, y levantaba una mano con los dedos gordos y renegridos de no lavarse y la pasaba por la cabeza de D.^a Pascuala.

Moctezuma había crecido y engordado también, pero no al grado de ponerse inútil y pesado, y por el contrario era ágil y expedito. Se apropió las calzoneras, la manga, la silla y la espada virgen de D. Espiridión, montaba bien á caballo, lazaba y echaba manganas á yeguas y burros ajenos, pues su ganado, que estimaba como suyo, lo cuidaba mejor que D. Espiridión. Todo lo más del día estaba en el campo ó en el cerro plantando magueyes, echando chicotazos á los peones para que no flojearan, y cuando no, él mismo pintaba las puertas, rejas y ventanas, ó guarda polvos, de humo de ocote á las piezas de la casa. La cocina tenía un brasero que él mismo, ayudado de un peón albañil, había construído agregándole un horno tan grande que se podía asar un borrego entero. Por supuesto, sabía leer en carta, escribir letra gorda y sumar; hacer la difícil multiplicación que á cada momento se le ofrecía: *80 arrobas* de paja á real y medio y tres tlacos, ó diez cargas de cebada á dos pesos, dos reales y tres cuartillas. Nunca se equivocaba, y podía desafiar á uno de los catedráticos de segundo curso de matemáticas á que hicieran de memoria esta operación como él solía hacerla. En una palabra, D.^a Pascuala decía que había criado á Moctezuma para rey y á su hijo para licenciado.

En efecto, el heredero, que con tanto trabajo vino al

mundo, por obra de milagro, estaba de pupilo en la escuela de Tlalnepantla, acabando de aprender á leer en carta y á escribir en falsa, para pasar al colegio de San Gregorio de México á estudiar gramática latina, filosofía y leyes, y recibirse, en fin, de licenciado, mientras que Moctezuma aprendía prácticamente á sembrar maíz y cebada, raspar los magueyes y vender la paja y estar así en actitud de ponerse al frente de los vastos dominios que debía heredar de su real antecesor. Las notables mejoras que se habían hecho en el rancho se debían á su iniciativa. Él tuvo la idea de construir una caballeriza, para que en tiempo de las lluvias y del frío se abrigasen los caballos; él compró unas dos burras de primera cría; él se empeñó en que se revocara y se pintase de almagre y sangre de toro la fachada de la casa. Era un gran reformador, y no pasaba día sin que tuviese un nuevo proyecto en su cabeza y tenía que entablar una lucha continuada con D. Espiridión, que se oponía decididamente, moviendo la cabeza, revolviendo ferozmente sus ojos saltones y diciendo: nooo, nooo, no; pero D. Pascuala intervenía, y concluía con obtener un triunfo completo. Como todas estas mejoras requerían dinero, era Lamparilla quien lo suplía, hasta que pareciéndole exagerada la suma y sabiendo que D. Pedro Martín de Olañeta, tenía á veces dinero de sus clientes que colocar, le pidió seis mil pesos con hipoteca de la finca, y con esa suma se reembolsó de sus adelantos, se aplicó una buena parte á cuenta de honorarios, y con el resto, Moctezuma III emprendió la construcción de una nueva troje, compró un pedazo más del cerro y aumentó los linderos del rancho, empeñándose en circundarlos de una muralla, cuya idea llevó á la práctica, y ya con esto le pareció que po-

día darle el pomposo nombre de «Hacienda de Santa María de la Ladrillera.»

Fué tanto el remordimiento y el pesar que aquejó á D.^a Pascuala después de su prodigioso parto, el cual preocupó tanto al Dr. Codorniu y á los doctores de la Universidad, que no pudo criar á su hijo, sino que mandó buscar á los Remedios una *chiche*, y ella, pensando siempre en la suerte del niño robado en Guadalupe por la bruja Matiana, no comía ni dormía, y se puso flaca como un esqueleto, pero el tiempo, que es buen amigo, fué borrando con su eficaz polvo el fastidioso recuerdo, y la salud y la buena comida, ayudando, le volvieron su natural gordura, y con la gordura la tranquilidad, hasta el grado que con la mayor calma platicaba del suceso con Jipila, cuando ésta iba de tiempo en tiempo á recoger yerbas, lagartijas, gusanos de maguey y catarinas por el cerro. Toda su dentadura, blanca y completa; la cabeza sin una cana, y trabajando desde el amanecer con Moctezuma en ordeñar las vacas, hacer cecina, sembrar el jardín, componer las jaulas de los pájaros y asear la casa que estaba como un plato de china. La única cosa negra que se veía en ese cuadro era el fantasma de D. Espiridión.

El día menos pensado, y cuando D.^a Pascuala estaba en su buena cocina guisando su almuerzo, la sorprendió una nube de polvo, ruido de espadas y del galope de caballos; asomó la cabeza por la puerta y se encontró con el Lic. Lamparilla seguido de tres jinetes.

—Cartas y cartas, compadre,—porque es necesario no olvidar que Lamparilla, llevó á cristianar al chico y de común acuerdo se le puso el nombre de Guadalupe Espiridión,—y nada de venir,—le dijo D.^a Pascuala luego

que lo reconoció;—apéese usted y entre á la sala, que allá lo alcanzo y almorzará con nosotros.

Lamparilla bajó del caballo, y al entrar á la sala, tropezó con D. Espiridión que, como de costumbre, estaba asoleándose sentado en la banca de piedra.

—Li... li... li... cen... li... li,—fué todo lo que pudo decirle, pero Lamparilla, que ya conocía su enfermedad, ó mejor dicho, el estado de imbecilidad á que había llegado, no lo dejó concluir, lo calmó y le dió su par de palmadas un poco fuertes en el hombro.

—No hay que acobardarse, compadre,—le dijo,—cada vez que vengo lo encuentro á usted más sano, mas gordo y más contento, siga usted así, en la cara se le conoce que está vendiendo salud.

—Li... li... li,—tarmudeó D. Espiridión hinchando su labio superior y como presentando como defensa su bigote tieso.

—No, no hay que hablarme, ya sé lo que me quiere usted decir, que tengo el ojo morado ¿no es verdad?

D. Espiridión inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y Lamparilla, sin hacerle más caso, se entró en la sala donde pronto lo siguió D.^a Pascuala.

—¡Pero calle, compadre! ¿qué tiene usted en el ojo, que no había reparado cuando le saludé?

—Percances del oficio, qué quiere usted. Esta herida que ve usted la recibí en el servicio de Moctezuma III, y si me da un poquito más abajo me cuesta la vida; un ladrillazo terrible que me tiró uno de los Melquiades, pero ya hablaremos después de almorzar, tengo una hambre devoradora, mientras usted acaba, mándeme con la indita una poca de agua para lavarme siquiera las manos. ¡Puf! he tragado polvo en esa calzada...

—Antes de un cuarto de hora estaremos en la mesa, que ya Espiridión está también gritándome y es señal de que ya no aguanta.

En efecto, D. Espiridión gritaba Pa... pa... pas... pas... cuala, y no cesaba, pero no se podía mover. La indita sirvienta, que tendría doce años y que había sustituido á la que encontramos cuando D.^a Pascuala salió de su cuidado, entró con un lebrillo lleno de agua y una toalla, al tiempo también que Moctezuma, que andaba recorriendo sus posesiones, se apeaba del caballo y estrechaba la mano de su padrino.

Ni diez minutos dilató D.^a Pascuala. El almuerzo listo, la mesa bien puesta, y ella, con sus manos ya lavadas, se presentó á invitar al licenciado á pasar al comedor, mientras Moctezuma fué á dar el brazo á D. Espiridión.

Pasó la comida sin incidente, colocaron otra vez á D. Espiridión en su banco, y provistos de un par de tazas de ojas de naranjo y su botella de anisete, Lamparilla y D.^a Pascuala volvieron á la sala.

—Comadre, no quería darle un disgusto antes de comer, pero estamos mal por todos lados.

—Por Dios, cuénteme lo de la pedrada, que tiene usted el ojo que da lástima, y voy á hervir un poco de sauco para darle unos fomentos,—dijo D.^a Pascuala.

—Ya contaré á usted lo del ojo.

—Sí, sí, lo del ojo, compadre, es lo más importante, y mientras platicamos hervirá el agua.

D.^a Pascuala fué á la cocina, puso el jarrito en la lumbre y regresó al instante.

—Comencemos por lo más importante, comadre,—dijo el licenciado, limpiándose con su pañuelo el ojo,

que le lloraba, pues se le había irritado con el polvo del camino,—este rancho...

—Hacienda, compadre, ya sabe usted que Moctezuma lo ha vuelto hacienda.

—Pues tanto peor,—continuó Lamparilla,—pues esta hacienda, va usted á quedarse sin ella, porque dentro de poco deberá ser vendida, por usted misma y por mí, si no queremos quedarnos hasta sin camisa, sosteniendo un pleito injusto y que al fin no se puede ganar.

—¿Pero cómo así, no es posible, compadre?—interrumpió D.^a Pascuala asustada.—Explíquese usted por el amor de María.

—La explicación es muy sencilla. Debemos, con los réditos vencidos hasta hoy, seis mil ochocientos setenta pesos al Lic. D. Pedro Martín de Olañeta. Ya había dicho á usted que él me había ido proporcionando el dinero que Moctezuma ha gastado en volver hacienda el rancho de la Ladrillera; la escritura está hace un mes cumplida, y el dinero no es de D. Pedro sino del marqués de Valle Alegre, que ha sido también embargado, que está en la ruina y que quiere recoger lo poco que le queda para irse al interior á casar con la hija del conde del Sauz, del que también le he hablado algunas veces. Es muchacha bonita y rica y el marqués reparará su fortuna; pero á nosotros nos arruina de pronto. Como D. Pedro es persona muy respetable, y además nos ha servido y nos ha de servir mucho, como explicaré á usted después, no es posible demorar el pago del dinero, ni mucho menos intentar un pleito. No seré yo quién lo haga.

D. Pascuala se puso descolorida y dejó caer los brazos con desconsuelo.

—Y la cosecha que está tan mala, el maíz perdido con la helada, la cebada no alcanza ni para el gasto de la casa y el pulque que ha bajado de precio, y con todo, si no fuera por ese único recurso, no tendría, ni con que ir al tianguis de Cuautitlan.

—Pensaba yo,—continuó Lamparilla,—dar un golpe maestro en el negocio de Moctezuma III, pero me lo han dado á mí.

—Voy á traer, compadre, el cocimiento de sauco,—dijo D.^a Pascuala,—¿qué haré yo en este trance si usted se me enferma, compadre?

La pobre D.^a Pascuala, dominando la emoción que las malas noticias le habían causado, fué á la cocina y volvió con el cocimiento de sauco y unos lienzos delgados y limpios, y mientras cuidadosamente fomentaba el ojo de Lamparilla, éste le contaba minuciosamente su naufragio, el tumulto de Ameca, el peligro que corrió su vida, el ladrillazo y lo demás que sabe el lector, y D.^a Pascuala sufrió tantas y tan diversas emociones al escuchar tan portentoso relato, que estuvo á punto varias veces de soltar el traste donde mojaba el trapo con que curaba á su compadre.

—No se canse usted, comadre; fué Melquiades el que me tiró el ladrillazo. Esos Melquiades son *raza de víboras*, como dice la escritura, y es menester exterminarlos. A las víboras se les pisa la cabeza y no la cola, como dice ese gran D. José María Tornel, que desgraciadamente no está en el poder en estos momentos, que me serviría mucho, porque hombre afecto á servir... pero creo que basta ya de fomentos; ya se me ha desinflamado el ojo, y sería mejor un defensivo y lo tendré puesto mientras esté aquí.

D.^a Pascuala retiró sus aparatos, y Lamparilla, enjugándose bien los ojos con su pañuelo, continuó:

—Creía yo las cosas casi hechas, pero me he encontrado con unos verdaderos demonios; esos Melquiades, quién sabe cuántos son, y quién sabe cuántos años hace que están en plena posesión de los bienes de Moctezuma I, y para quitárselos, además de obtener las órdenes necesarias del Gobierno, se necesita un batallón entero y hasta piezas de artillería. La hacienda y los ranchos que están en el monte en la falda del volcán son unas verdaderas fortificaciones, según los informes que he tomado, y además el bosque es tan espeso y tan lleno de barrancas, que el que lo conoce y se esconde allí no lo puede sacar ni toda la policía junta. Además, malas lenguas dicen que estos Melquiades, tienen relaciones con los bandidos de Río Frío, que atraviesan las veredas y vienen á refugiarse por Ameca, cuando los persiguen por Chalco ó por Puebla. Ya ve usted cuántas dificultades tenemos que vencer antes de entrar en posesión de los cuantiosos bienes de Moctezuma III.

—¡Pero compadre, por el amor de la Santísima Virgen de Guadalupe; será posible que me quede yo sin el rancho donde tantos años he vivido! ¿que haré yo con Espiridión que está tan enfermo, y qué dirá Moctezuma? Se largará desesperado á buscar su vida, y el día que se gane su herencia, nada tendremos, ni tampoco él, pues sabe Dios dónde andará.

—Todo y más de lo que usted dice ha pasado por mi cabeza, y no sólo será el mal para la familia de ustedes sino para mí. Van á decir que arruiné á usted, que por la mala dirección é ignorancia mía se han perdido los negocios. Imagine usted lo que hablarán esos tinterillos

de Tlalnepantla y Cuautitlan... Por eso, malo como estoy del ojo, he venido á consultar con usted y á que tomemos una medida... vamos, ¿nada tiene usted guardado en la caja de madera, del producto de la cosecha del año pasado? la cebada se vendió bien, no dejó usted de coger sus cien cargas de trigo... es preciso hacer un sacrificio, para eso es el dinero, y por mi parte yo le ayudaré con lo que pueda.

—Se lo iba yo á decir á usted,—contestó D.^a Pascuala limpiándose los ojos, pues se le habían venido las lágrimas sólo de pensar que tenía que desprenderse de lo que había ahorrado.—Es triste cosa ir á dar á los usureros lo poquito que se ha podido rejuntar, y que tenía yo destinado para el entierro de Espiridión, para comprarle un caballo á mi hijo, antes de que entre al colegio, para hacerle á usted un regalito el día de su Santo y para otras cosas.

—Comadre, no diga usted desatinos, no hay usureros ni nada de por medio, ya le he dicho que mi maestro, porque así llamo al licenciado D. Pedro Martín, es el que ha prestado el dinero, y por lo demás, ya veremos cómo se entierra á D. Espiridión cuando se muera, y respecto á mi cuelga, me contentaré con uno de los caballos de Moctezuma,... vamos á ver en primer lugar cuánto tiene usted y cómo se paga ese dinero.

D.^a Pascuala llevó á Lamparilla á su recámara, cerró las puertas con llave, abrió la consabida caja, y comenzó por sacar la mancerina y diversas piezas de plata, cajitas con corales, perlas y relicarios de oro, un prendedor con una esmeralda del tamaño de una haba, propiedad de D. Espiridión, y otras chucherías de valor.

—Vea usted, comadre, en vez de gastar dinero, con

este fistol, que para nada sirve á D. Espiridión que está con un pié en el sepulcro, sale usted de su cuidado el día de mi santo.

—Dice usted muy bien, compadre, yo haré que Espiridión mismo se lo de á usted...

—Es una chanza, comadre,—dijo Lamparilla contento de ser ya como dueño de la monstruosa esmeralda,—guárdelo usted, y veamos lo que va encontrando de dinero.

—D.^a Pascuala registraba y hundía el brazo en la profundidad de la caja, retiraba un envoltorio, ó una cajita, ó una petaca de pita, y con un suspiro la ponía en la cama donde estaba el licenciado muy atento y empeñado en esta busca.

Reunidos los bultitos, petacas y nudos de trapo, comenzaron á contar, y había poco más de cuatro mil pesos en escudos y onzas de oro. Eran las economías de doña Pascuala, menguadas en parte para pagar las tierras y el cerro que había comprado Moctezuma.

—Estamos salvados, ¿no es verdad, compadre? Me quedo con unos cuantos medios nuevos, y es todo mi capital, no hay más en la caja.

—Se equivoca usted, comadre, no estamos salvados. Yo he prometido pagar dentro de ocho días la cantidad íntegra á D. Pedro. Si le doy un peso menos, no lo admitirá; es hombre así, se llamará á engañado, perderé su amistad, procederá judicialmente, y antes de dos meses estará usted fuera del rancho.

—¿Qué hacer, compadre? ¿qué hacer,—dijo D.^a Pascuala apretándose las manos?—ya no queda nada en la caja, la voy á vaciar para que usted la vea. Empeñaremos las alhajitas y la plata.

—Puede ser un recurso, pero no completaremos. Yo ayudaré á usted con quinientos ó seiscientos pesos,—le respondió Lamparilla,—es de lo que puedo disponer de pronto.

D.^a Pascuala acabó de vaciar la caja y enseñaba el fondo limpio al licenciado, cuando tocaron la puerta. Echó en la caja precipitadamente y con silencio el oro, y la ropa que pudo, la cerró, fué á abrir y se encontró con Jipila.

Esta visita contrarió á la dueña del rancho en esos momentos que estaba tan apurada, y se vió tentada de regañar á la herbolaria, cerrar la puerta y decirle que se fuese á esperarla á la cocina, pero recordó que entre las dos había un terrible secreto, disimuló y correspondió con afabilidad el humilde saludo.

—Entra, Jipila, entra; pon tu huacal en el suelo, siéntate y descansa. ¿Qué te había sucedido? Hacía tiempo que no venías y hay mucho culantro verde en el cerro, que es lo que á tí te gusta.

Jipila estaba fuerte, sana, con su dentadura blanca, su cabello negro muy liso, su limpio é igual color cobrizo y sus ojos muy negros é inteligentes. Los años no habían pasado por ella, estaba lo mismo que el día en que, acompañada de Matiana, vino á curar con sus eficaces bebistrajos el mal incurable de D.^a Pascuala.

—Madrecita,—le dijo Jipila,—con perdón del señor licenciado, quería comunicarte una molestia.

—Vaya, Jipila, ni las buenas tardes me das; ¿ya no te acuerdas de mí?

—Ni lo quiera Dios, señor licenciado. Los pobres no olvidamos á los señores ricos que nos hacen algún aprecio. Su merced sí se ha olvidado de mí. Lo veo pasar á

usted los más días por la esquina de Santa Clara y en la plaza, hablando con las del puesto de fruta de D.^a Cecilia.

Lamparilla, al oír el nombre de Cecilia, de un salto se levantó de la cama y se le vinieron los colores á la cara, pero disimuló.

—¿Ya volvió Cecilia á su puesto?—le preguntó.

—Creo que ayer estuvo allí, riéndose y muy contenta, pues ya San Justo se fué del mercado y está otro señor que diz que es muy bueno. De D. Justo nada tengo que decir, le llevaba yo todos los días su manojito de hojas de naranjo á su casa y nunca me chistó ni una palabra.

—Vaya me alegro de que estés como si fuera el día en que por primera vez te ví aquí. Si tienes algo que decir á D.^a Pascuala voy un momento afuera.

—Salió Lamparilla, é inevitablemente se encontró con D. Espiridión, sentado como un ídolo de piedra en su banco, que le gritaba:

—Li... li... li... cencia... cencia... do Lam... pa... pa... pa... rilla.

Tuvo que detenerse y llevarle la corriente al pobre enfermo y explicarle que había estado tratando con doña Pascuala de traerle al Dr. Codorniu y á los doctores de la Universidad para que lo curaran.

D. Espiridión, con la cabeza le dijo que no, y animándose por un momento sus ojos y queriendo reír se erizaron los pelos de su bigote y dijo muy contento:

—Ji... ji... ji... pi... pi... la.

Jipila, á la que dejamos con D.^a Pascuala, abriendo su boca y pelando sus dientes blancos, le tomó la mano y se la besó, entre humilde y cariñosa.

—Madrecita,—le dijo,—te tengo que pedir un gran favor y la Nuestra Señora de Guadalupe te lo pagará.

—Di, Jipila, di, ya sabes que te quiero, que te estoy muy agradecida, pues hiciste de tu parte lo posible, Matiana tuvo sola la culpa, pero ¿qué había de hacer la pobre si creyó que la Virgen se lo había mandado? Espero en ella y en Dios que á esa desdichada criatura no se la comieron los perros y que tendrá buena suerte ó que su pobre madre la habrá encontrado.

Jipila suspiró y bajó los ojos.

—Siempre que te veo, recuerdo esos días, que no tendré otros tan amargos en mi vida, pero vamos di, que se te ofrece antes de que vuelva á entrar el licenciado.

—Quiero, madrecita,—dijo simplemente Jipila,—que me guardes mi dinero.

—¿No es más que eso? pues te lo guardaré muy bien, estará en mi caja que está siempre cerrada. Dámelo si lo traes.

—Es mucho, madrecita; te dejaré lo que traigo.

—¿Cómo cuánto?—le preguntó D.^a Pascuala.

—Mucho, madrecita; yo no sé contar más que con maíces, pero no he podido.

—¿Y de dónde has cogido ese dinero, Jipila?—le dijo D.^a Pascuala alarmada y creyendo que se trataba de un robo.

—Tantos años de trabajo, madrecita, ¿qué quieres que haga una pobre como yo con el dinero más que comprar unas velas y unos cohetes para la Virgen el día 12?

—Vamos, es otra cosa; ya lo iremos contando.

Jipila, de entre del tomillo, del laurel, del palo mulato, de la zarzaparrilla y de las muchas otras yerbas aromáticas de que estaba lleno el huacal que cargaba en las espaldas, sacó un bulto envuelto en un ayate y

en frescas hojas de maíz, y lo puso en el suelo. D.^a Pascuala contó trescientos pesos en menudo, pesos y algunas monedas de cobre.

—Todos los días traeré lo que pueda, madrecita; está enterrado en Zacoalco, debajo de unos adobes, cerca del jacal donde antes vivimos Matiana y yo, y es preciso que vaya antes que amanezca y lleguen las recuas de pulque que pasan muy cerca. Me robarían si me vieran, ó lo desenterrarían. Desde que vivía Matiana, hemos guardado allí lo que Dios nos ha dado por nuestro trabajo.

—¿No puedes calcular, poco más ó menos, cuánto será?

—Sí, madrecita; serán como ocho tamalitos como éste.

D.^a Pascuala, al momento pensó que la suma que venía á confiarle Jipila, pasaba de dos mil pesos, y vió el cielo abierto.

—La Virgen de Guadalupe te ha enviado al rancho, Jipila; no lo dudes, me quiere mucho su divina majestad. Me prestarás ese dinero, es decir, como tú no lo has de gastar, ¿quieres que yo use de él mientras se levanta y se vende la cosecha? Por la Virgen te juro que te lo pagaré y te daré un logro, es muy justo, al fin tú trabajas sin descanso y debes ganar, no sólo con vender yerbas, sino con tu mismo dinero.

—Su merced hará lo que guste,—contestó sencillamente Jipila.—Para antes del día 12 de Diciembre, necesitaré 20 pesos para cohetes y velas y diez pesos para mercarme una poca de manta y unas enaguas que quiero estrenar.

—Ni sabes el bien que me haces, Jipila. Tu dinero estará seguro, y más adelante, lo que será bueno es que con él compres un ranchito ó una huerta, ó una casa

en que vivas, ya hablaremos de eso. Ve á la cocina y ya te sigo para que comas algo, y pasa la noche en el rancho, pues no podrás llegar á tu casa antes de que se meta la luz ¿vives todavía en la villa?

—En la villa, como siempre,—respondió Jipila cargando su huacal y dirigiéndose á la cocina.

D.^a Pascuala se asomó á la puerta y quitó á Lamparilla, á quien D. Espiridión le había agarrado una mano y no lo quería soltar, significándole que deseaba que Jipila le diese algún brebaje, porque repentinamente se le puso en la cabeza que Matiana lo había hechizado en una de las ocasiones que volvió á rejuntar culebras en el cerro, y desde entonces *clavó el pico*, hasta ponerse en el estado en que lo hemos encontrado.

—Venga usted, compadre; ¿qué hace usted con este ventarrón que está soplando, y agarrado de la mano de este pesado de Espiridión, que cuando coge á uno no lo suelta, como si fuera el convidado de piedra? para eso sí tiene fuerzas. Venga usted, que nos hemos salvado, y bien se conoce que la Virgen de Guadalupe me quiere mucho.

—Voy, comadre, al instante,—le contestó Lamparilla, haciendo un vigoroso esfuerzo para que le soltase la mano D. Espiridión;—quiere que le dé Jipila una infusión de yerbas para curarse del hechizo.

—Ya le daremos gusto, pero entre usted un momento.

Lamparilla y D.^a Pascuala volvieron á instalarse junto á la consabida caja de madera.

—¿Quién le parece á usted que nos ha sacado del apuro?

—Me lo acaba usted de decir: la Virgen de Guadalupe,—le contestó Lamparilla sonriendo.

—No sea usted masón ni hereje, compadre, y no diría usted eso cuando se estaba ahogando en la laguna; es verdad, nos ha salvado la Virgen por medio de Jipila.

—¿Cómo así, comadre? Estoy azorado; cuénteme usted,—dijo Lamparilla medio recostándose en la cama.

—¿Quién nos había de decir que esas indias cuyo capital consiste en yerbas, pedacitos de raíces, lagartijas, gusanos y culebras tuviesen más dinero que nosotros?

—Eso no es creible...

—Como se lo cuento á usted; y aquí tiene la prueba, —y D.^a Pascuala sacó de la caja el bulto que contenía la primera remesa de dinero que le había entregado la herbolaria.—Como este bulto, dice que tiene muchos y que los irá trayendo para que se los guarde. Creo que serán como cuatro mil pesos, de modo que con esto y lo que tenemos ya habrá para pagarle al marqués, y usted quedará bien con el licenciado.

Lamparilla no quería creer, pero tuvo que convencerse, tomando el peso al bulto de dinero que le puso en la mano D.^a Pascuala.

—Pero bien, supongo que Jipila va á traer ocho ó diez envoltorios como éste ¿y qué?

—¿Y qué? Ya tengo su consentimiento para usar de ese dinero que me traía á guardar, porque lo ha tenido enterrado en Zacoalco y tiene miedo de que se lo roben.

—Entonces dice usted bien, nos hemos salvado,—dijo Lamparilla muy alegre, levantándose de la cama y sonando las manos;—dice usted bien y creo lo que usted dice, que es la Virgen de Guadalupe la que ha venido en nuestro socorro. Apostaría cien pesos á que Jipila antes de venir aquí ha ido á consultar á la Virgen, como lo hizo cuando ella y la bruja vinieron á curar á usted, pero sea

como se fuere, estoy ya tranquilo, y á propósito... qué cabeza... vine al asunto de dinero y á otra cosa... y me había olvidado, como de la primera camisa que me puse... qué cabeza la mía, pero desde el naufragio y el ladrillazo de los Melquiades me voy poniendo como don Espiridión. Le traigo á usted un muchacho guapo, poco más grande que mi ahijado.

—¿Pero cómo ó para qué me trae usted ese muchacho?

—Es precisamente un recomendado de D. Pedro Martín de Olañeta, que nos acaba de prestar un servicio interesante, que también venía á contar á usted y yo lo olvidaba. ¡Qué cabeza la mía! Si no pienso más que en Cecilia.

—¿Cómo, compadre! ¿qué tiene que ver en nuestros negocios Cecilia?

—Nada, comadre, pero acabo de referir á usted que le debo la vida y ¿qué quiere usted? no la puedo olvidar. ¿Cree usted que no tiene mérito una mujer que pudiéndose haber refugiado en el tular, prefirió estar sumida hasta el cuello en el agua y teniéndome abrazado como á un chiquillo para que no fuese á sumirme?

—Tiene usted razón, compadre, pero no se distraiga, y acábeme de decir lo del muchacho que me trae.

—Es un huérfano del licenciado D. Pedro. Por razones que ni á usted ni á mí nos importan no lo puede tener en su casa, y desea que permanezca al lado de usted en el rancho.

—En la hacienda, compadre,—interrumpió D.^a Pascuala.

—Pues bien, que permanezca en esta hacienda,—continuó Lamparilla,—para que aprenda los ejercicios del campo, y más adelante pueda proporcionarle entre sus

muchas relaciones un destino de mayordomo ó administrador.

—Con mucho gusto, compadre, y basta que usted lo trajera. Esta hacienda siempre ha sido de usted y más ahora que me está ayudando á salvarla.

—Gracias, comadre, gracias; pero volvamos á Juan, que así se llama. (Juan había vuelto á tomar su nombre pues nada había ocultado al licenciado.) Es necesario que lo trate usted como si fuese su hijo y al igual de Moctezuma; que monte á caballo, que conozca bien el cerro y los caminos, que sepa disponer las yuntas y las yeguas de trilla, raspar los magueyes, sembrar el maíz, darle su escarda, vender la paja y los demás esquilmos; en una palabra, sacarlo un buen rancharo para entregarlo al licenciado D. Pedro Martín, sabiendo sus obligaciones y en disposición de administrar una finca.

—¡Qué lástima que Espiridión, que era tan buen agricultor,—interrumpió D.^a Pascuala, dando un suspiro,—esté ya tan incapaz, que él antes de un año... pero no tenga usted cuidado, yo sé un poquito de todo y además le diremos á Moctezuma que lo tome á su cargo.

—Cabal,—dijo el licenciado,—le viene como anillo al dedo, sabe leer bien, escribir y gramática y ortografía que el mismo D. Pedro le ha enseñado, de modo que podrá enseñar á Moctezuma estas cosas, pues no lo creo muy adelantado, á la vez que Moctezuma lo adiestrará en las faenas del campo y podrá llevar los apuntes de las ventas del pulque; en fin, un libro de cuentas, porque ya lo necesita esta hacienda.

—Como usted lo dice, compadre, todo se hará así, y yo, además, tendré una compañía y quien me haga mis mandados á Tlalnepantla y á Cuautitlan...

—No; todo menos eso. Expresamente me encargó el licenciado que no fuese Juan á los pueblos, y que no pasase de los campos de la hacienda. Tendrá sus razones y es menester darle gusto, y voy á decir á usted el servicio que nos ha prestado, además de la consideración y esperas en el asunto del dinero del marqués. Necesitaba yo aclarar una duda muy importante que tenía el Ministerio de Hacienda, antes de resolver definitivamente que Moctezuma III entrase en posesión de sus bienes, y esta duda era sobre la descendencia de ese verdadero rey que tiene usted como su hijo en este rancho.

—Hacienda, compadre.

—Hacienda, comadre, no lo olvidaré, y tiene mucho por el pedazo de cerro que ha comprado y que si no ha sido por Jipila todo se lo lleva el diablo.

—Por la Virgen de Guadalupe, usted lo ha confesado, no sea usted incrédulo ni desagradecido, compadre.

—No acabaremos en toda la tarde, y ya es hora de marcharme,—dijo Lamparilla con muestras de impaciencia,—los caminos no están muy seguros, los Melquiades pueden ponerme una emboscada, y por eso ando ahora por todas partes con un par de mozos de mi confianza armados hasta los dientes.

—Tiene usted mucha razón, compadre. Soy una necea y no le volveré á interrumpir.

—Pues al grano, y aunque á usted no le importen personalmente estas cosas, es fuerza que las sepa, pues es como quien dice la madre de nuestro legítimo emperador, una vez que al pobre de Iturbide le dieron en Padilla una fusiladota como una casa. Moctezuma II tuvo varios hijos de ambos sexos que sobrevivieron á las matanzas y á los horrores que hicieron los conquistadores.

De pronto se confiscaron todos los bienes que pertenecían al emperador, y como soberano déspota y absoluto que era, figúrese usted si no tendría tierras á Dios dar: los cerros de Ameca, los volcanes, el monte, la nieve; el azufre del Popocatepetl solo, es un tesoro, sobraría para hacer pólvora para los ejércitos del mundo entero, pero después, el mismo conquistador D. Hernán Cortés y el emperador Carlos V, les otorgaron mercedes á manos llenas, concediéndoles tierras, aguas, montes, vasallos y pensiones sobre el tesoro, y por eso hemos dado buenas mordidas nosotros á cuenta de mayor cantidad. Fuéronse sucediendo los herederos en línea directa hasta don José Cayetano Vidal Moctezuma, que fué, óigalo usted bien, comadre, obispo de Chiapas, D. Juan de Ortega la Rosa Cano Moctezuma y D. Cristóbal de la Mota Portugal Moctezuma, y de este descende nuestro Moctezuma III que Dios guarde, como dicen los gachupines. ¿Me entiende usted ahora, comadre?

—Clarito, compadre, una burra del corral lo entendería,—contestó muy alegre D.^a Pascuala,—ni duda, hasta parientes de obispo.

—Pues bien, esta historia la debo al licenciado D. Pedro Martín de Olañeta, y con sus indicaciones, y protegido por mi tío el archivero, he sacado copias de las reales cédulas, y no me faltaba más que una muy esencial que debe estar en Ameca para presentar una nueva solicitud al Ministerio de Hacienda y probar hasta la evidencia que es Moctezuma III á quien pertenecen los volcanes y las tierras de Ameca y no á los condes y duques de España, muy buenos para considerar á los indios como animales, hasta que el Papa dijo que eran entes racionales, pero muy listos para cobrar las pensiones y

pretenderse descendientes directos del emperador Moctezuma II. Creo que he me explicado ¿no es verdad, comadre?

—Como un predicador.

—Ya pensará usted cuánto empeño debemos tener para que Juan esté contento, y de esa manera pagar á D. Pedro sus favores, que no han de ser los últimos; pero le dije que se iba haciendo tarde y es fuerza que acabemos por hoy, que no tardaré en volver á recoger el dinero. Acuérdesse usted que tenemos nada más ocho días.

—Antes de ocho días ya habrá traído Jipila los ayatitos llenos de pesos que vaya desenterrando de Zacoalco, pero no hay que decir ni una palabra á nadie.

—¿Me tiene usted por un chiquillo, comadre? ni á mi sombra, voy por Juan para presentarlo á usted.

Lamparilla, en efecto, estaba tan aturdido con sus aventuras, con el pago del dinero, con su ojo inflamado á causa del ladrillazo de Melquiades y sobre todo con la memoria de Cecilia, que al apearse del caballo, dejó á Juan y los mozos en el sol, y no se volvió á acordar de ellos, pero uno de sus criados que era camastrón, el mismo que se durmió entre la paja en Ameca, mientras la vida de su amo estaba amenazada, así que vió que nada se disponía, entró al corral con los caballos, les echó un buen pisto de paja y en seguida se dirigió á la cocina en compañía del otro criado y de Juan, se arregló con la molendera, y mientras su amo comía con D.^a Pascuala, ellos se hacían servir gordas calientes untadas con salsa de chile, carnitas fritas y sus jarros de tlachique.

D. Espiridión quiso detener á Lamparilla insistiendo en que le dieran el brebaje, pero no hizo caso y volvió acompañado de Juan y lo presentó con nuevas recomen-

daciones á D.^a Pascuala. En esto volvió Moctezuma de su excursión al cerro, donde estaba plantando unos magüeyes, se le instruyó de lo que le convenía saber y se le presentó también á Juan, el que fué bien recibido; les simpatizó desde luego, y no les faltaba razón. El muchacho, en el tiempo, aunque corto, que había estado en casa de D. Pedro, se había mejorado con la vida arreglada y regular, con la compañía de Casilda que lo tenía encantado y con la tranquilidad completa que no se turbó sino hasta el día en que leyó el párrafo del periódico; así sus facciones iban tomando una regularidad varonil, y sobre todo sus grandes ojos negros, que había heredado de Mariana, lo hacían interesante, á lo que contribuía su vestido nuevo de buen paño y bien hecho.


Como D. Espiridión se iba poniendo furioso fué necesario que al fin le hiciesen una fuerte infusión de *muidle*, y se le dijo que eran yerbas misteriosas que había traído Jipila, que con eso se aliviarían sus males y desaparecería el hechizo de la bruja Matiana, pero fué necesario que la misma Jipila, D.^a Pascuala y Lamparilla le dieran la bebida y le llevasen en seguida á la recámara; hecho esto, Lamparilla se despidió de su comadre, dió unos cuantos consejos á Juan, y montando á caballo, ya entrada la noche, seguido de sus dos valientes criados emprendió á galope el viaje para la capital.

Después que se marchó Lamparilla, D.^a Pascuala impuso á Moctezuma del estado de sus negocios, y trastornando la relación que había oído, le hizo saber que era hijo legítimo de un obispo y ese obispo hijo directo de Moctezuma II, con lo cual quedó muy ancho y contento el muchacho, y como sabía que el juez de Tlañepantla tenía secretario y que también había secretario en el

ayuntamiento, la llegada de Juan le vino como de molde; él mismo fué al rayador á disponer una cama para Juan, lo sentaron á la mesa á cenar y cuando estuvieron solos dijo su idea á D.^a Pascuala, la que convino en ella, y en consecuencia, el primer acto de este monarca ignorado de todo el mundo, fué nombrar su secretario particular con 12 reales de sueldo semanarios, al hijo de Juan Robreño y nieto del muy poderoso Sr. D. Diego, Gaspar y Baltasar de todos los Santos, marqués de las Planas y conde de San Diego del Sauz.

CAPÍTULO XL

Dentro de casa

ECILIA no era cualquier cosa, era una rica propietaria, tenía dos casas, una en México y otra en Chalco; de la de México hemos dado apenas una ligera idea, pero haremos, cuando sea necesario, una descripción minuciosa. De la de Chalco tenemos que ocuparnos en este momento. Chalco no es tampoco un pueblo rabón. En tiempo de los aztecas era un reino, y los chalcas vinieron, como otras muchas tribus, de tan lejanas y tan ignoradas tierras que hasta ahora, por más que han cavilado los anticuarios mexicanos y extranjeros, lo único que han podido saber es que vinieron por el Norte, lo cual casi es lo mismo que la respuesta del negro, cuando reunió á todo un cabildo para decirles quién se había robado la lámpara de la catedral. Durante la dominación española se le llamaba la provincia de Chalco, y la República le dió el título de ciudad.

Sea por la inmediación á las lagunas, sea por la disposición de las montañas ó por cualquiera otra causa que los observatorios meteorológicos no indagarán jamás, es muy airoso, y sólo le gana en esto, en la tristeza habitual y en el polvo, Tenango del Aire, pero los jueves de cada semana cambia un poco el aspecto con la feria de maíz. Allí van los hacendados pobres y que sin embargo quieren arrastrar á toda costa coche en México, no sólo á vender el grano, sino la cosecha en berza; allí van los administradores ladrones á jugar onzas de oro como testimonio de la buena dirección de las fincas de campo de sus amos; allí van los jugadores ambulantes de ruleta y baraja, y allí van también no pocos ladrones á ver lo que se pescan, y á indagar quién tiene dinero y quién no tiene, quién viaja, ó se queda en su casa, para salirle al encuentro ó asaltarlo. Además de la plaza y calle Real, que es lo más animado, hay en las orillas cercanas al canal cierto movimiento diario con la entrada y salida de las tragineras y con la llegada de los arrieros de la tierra caliente.

Por este rumbo estaban las importantes posesiones de Cecilia. Era una gran casa vieja, pero un francés le hubiera dado el nombre de palacio, y en efecto, debió haber pertenecido en otro tiempo á alguno de esos españoles ricos que querían tener su casa cerca de sus haciendas, y poder vigilarlas sin estar sujetos al aislamiento absoluto y á los peligros consiguientes en épocas revueltas en que se formaban partidas de ladrones que se ocultaban en Río Frío, y caían de improviso en cualquier hacienda indefensa. Un alto y ancho zaguán, coronado con un tímpano romano, y encima, añadida posteriormente, una pesada cornisa de ladrillo, y encima de esa cornisa

un santo de piedra de una pieza, toscamente labrada, y cuyo nombre se había perdido, pues mientras unos decían que era San Dimas, otras aseguraban que era San José, á lo que otros contestaban que para ser San Dimas le faltaba la cruz, y para ser San José la vara y el niño Dios. La verdad era que en los títulos viejos se llamaba casa de San Fernando, y en efecto, aquel busto de piedra tenía una corona en la cabeza. A cada lado de la puerta cuatro altas ventanas con sus medias muestras y sus tímpanos sobre las cenizas; pesadas rejas de fierro, bastidores sin vidrios, y puertas de cedro, talladas en cuadrados entrantes y salientes. Abriéndose el zaguán se penetraba á un gran patio con corredores de cuatro varas de ancho, sosteniendo sus techos columnas de piedra de una sola pieza (ó monolitos) para echar al descuido alguna erudición. De una ancha cornisa también de piedra, y sobre el tosco capitel (de ningún orden) de cada columna, se desprendía, como escapada de dentro de la cornisa, ó una culebra, ó una lagartija, ó algún otro animal monstruoso de granito, y eran las canales por donde desaguaban las azoteas de todo el edificio. Estas esculturas de piedra eran fragmentos de antigüedades aztecas, preciosos para un museo, y que el rico propietario que construyó ó habitó la casa, había limpiado, taladrado y acomodado como á fuerza, y sustituido á los simples tubos de barro. La casa era lo que llamamos en México entresolada; así al entrár dos escaleras de ocho peldaños de piedras también aztecas con relieves extraños, daban acceso á los corredores, y en ellos, distribuidos sin mucho orden ni simetría, las entradas á las habitaciones con toscas puertas de cedro labradas, ya en cuadrilongos, ya en trapecios, ya en cualquiera otra figura geométrica,

que examinadas bien daban una curiosa muestra de la carpintería antigua. Al frente dos salones espaciosos, en el fondo un gran comedor capaz de contener cien convidados, y en los costados, viviendas, recámaras, gabinetes, retretes, cocinas, una confusión de cuartos de doble fondo, al punto que el que no conocía el local se aturdiría y se extraviaba fácilmente. Los techos todos de cedro labrado con sus ménsulas, terminando en caras de leones ó de perros. Las paredes estaban pintadas simplemente de cal, pero en los salones y piezas de honor, se reconocía una buena pintura al fresco en los frisos, con sátiros, ninfas, cornucopias, jarrones de flores, y cariátides, pero todo viejo, polvoriento, con cuarteaduras mal tapadas, y con remiendos hechos por un pintor de ollita. Añádase á esto la falta de muebles y de habitantes, y resultaba el caserón un tanto pavoroso.

Después del fallecimiento de la rica traginera, madre de Cecilia, el caserón de San Fernando se puso en venta, pero á pretexto de que se necesitaba mucho dinero para repararlo, y era verdad, no hubo quien ofreciera más de dos mil pesos, y no queriendo casi regalarlo, los herederos convinieron en quedarse con él, y sucesivamente vivieron los hermanos y parientes, pero Cecilia, poco á poco les fué prestando hoy veinte pesos, mañana treinta, hasta que un día liquidaron amigablemente y Cecilia quedó dueña absoluta y se estableció allí, cuando su parentela había abandonado definitivamente la casa y el pueblo.

Los salones los tenía ocupados con paja, maíz y cebada, arrumbada en los rincones, con aparejos de burros, con jarcia, con remos y pedazos de chalupas, y con otros mil trebejos; las ventanas se abrían una media hora de

tiempo en tiempo para dar ventilación, los demás cuartos, y eran catorce ó quince, vacíos y sin muebles; menos el departamento que ella se había reservado, que consistía en la cocina que tenía muy limpia, en una especie de sala y dos recámaras, piezas todas amplias, de techos muy altos y que comunicaban con la azotehuela, con el corral y caballerizas, y con la huerta que estaba abandonada, y que, rodeada de una alta cerca de adobe, tenía una ancha puerta á la espalda de la casa por donde entraban y salían cuando era necesario los carretones. Del costado de la huerta á la laguna había una corta distancia; Cecilia, poco á poco, sin pedir permiso á nadie y sin que nadie tampoco se lo estorbara, fué cavando un canal hasta que logró llegar á la orilla del agua, y con trabajo y arrastrando con cuerdas las canoas, logró que entrasen hasta dentro de su casa, de modo, que en la estación de las lluvias en que abundaba la agua en los lagos y canales podía salir embarcada en su traginera desde su palacio de Chalco, y entrar en el muelle de piedra de sus almacenes de la calle de la Acequia. En el tiempo de secas esta navegación era difícil y tenía que suspenderla algunos meses, limitándose á embarcarse en Chalco como todo el mundo y venir á la garita de San Lázaro de México.

En la sala que habitaba Cecilia, había en el centro una mesa sola antigua con la tabla de cedro de una pieza, muy gruesa y de más de una y media vara de ancho, lo que daba testimonio de los frondosos y colosales cedros que debieron encontrarse en los montes cercanos en tiempos remotos; dos canapés de caoba con piés de leones, uno con tabla y otro encoginado con indiana; unas cuantas sillas de caoba que estaban como de respeto, y

más de una docena de sillas ordinarias de tulé de distintos tamaños y colores. Un petate de Puebla con tejidos rojos servía de tapete al estrado. Ni un espejo, ni un cuadro, ni una estampa de santos; las paredes lisas y limpias con los restos extraños de los frescos, revocados con colores fuertes, y por consiguiente, echados á perder. El techo era un verdadero artesón de cedro digno de un palacio.

La primera recámara servía de muchas cosas; en primer lugar de guardarropa. De uno á otro extremo había cuatro cuerdas gruesas fijadas en la pared con unas alcayatas. La primera y segunda cuerda estaba destinada para las camisas y enaguas blancas, las otras dos para las enaguas de encima y para los rebozos. Las camisas y enaguas blancas, unas de tela y otras de algodón, con pocas excepciones, estaban bordadas, cosidas con randas y terminadas en encajes finos. Las enaguas de encima presentaban una variedad infinita. Seis ú ocho de castor variando los encarnados, con cinturas de tafetán, salpicadas de lentejuelas de plata y oro ó sin ellas, las demás azules y verdes, y de muchos colores, de las indianas más caprichosas y que se fabrican en Inglaterra y Francia expresamente para las Américas. Los rebozos de seda, de otate, de bolita, de hilo común, hechos en Temascaltepec, en Tenancingo, en San Miguel el Grande, en todas partes donde los tejían mejor; en resumen, el guardarropa era tan variado, tan surtido y tan lujoso como el de una comedianta de primer rango; pero además tan limpio, tan oloroso, tan atractivo y tan curiosamente colocado, que debajo de aquellas camisas blancas y de las enaguas de vivos colores huecas y esponjadas con el almidón, el hombre de menos imaginación, San

Luis Gonzaga mismo que hubiese podido levantar los ojos, habría creído ver moverse dentro, los brazos, el pecho, las piernas frescas y redondas de otras tantas mujeres, vestidas de chinas y *tapatías* como se veían en las calles de México, de Puebla y Guadalajara. En un rincón de este cuarto estaba un montón de colchones de diversos tamaños, y frazadas, y sábanas finas y ordinarias que casi llegaban á las vigas; en otro, petates ordinarios por docenas, y en el tercero, en una especie de armario de palo blanco sin puertas, filas de zapatos bajos de seda verde, azul oscuro, blancos, negros, carmelitas, uno que otro par, amarillo canario ó azul claro, pero todos, lo mismo que la ropa, limpios, olorosos, provocantes, pues era la pieza más limpia y perfumada con sahumeros de exquisitas plantas y con el aroma de unas cuantas macetas que cultivaba Cecilia en la azotehuela y que colocaba algunas horas allí para evitar que se tostaran con el sol y dejaran al mismo tiempo sus aromas. Junto á ese escaparate había una tina grande de madera, otra de hoja de lata, una calentadera y varios cubos y bateas pequeñas.

La tercera pieza, que era la que Cecilia había destinado para su recámara y la única en que habitaba, pues las demás estaban cerradas con llave, era quizá la mejor de la casa. Amplia, casi cuadrada, con dos grandes ventanas al costado derecho de la finca, una puerta al frente, desde donde se veían las montañas y la llanura inmensa de agua, y lo mismo que la sala, con un curioso artesonado de cedro como si lo acabaran de reponer, y los frescos de las paredes, aunque desmejorados, sin toques ni pintarrajos, parecían una imitación ó copia de esas complicadas grecas, cenefas y adornos de los perga-

minos antiguos; el suelo de buenas y nuevas soleras, enlazadas en cada cuadrado con azulejos; las ventanas y la puerta con sus vidrieras y cortinas de lienzo transparente blanco, bien plegadas; la cama, muy limpia, pintada de verde con su cabecera y rodapié con miniaturas y flores y tres colchones cubiertos con sábanas bordadas y finos zarapes de San Miguel, y las almohadas un primor de calados, randas, bordados y relieves de seda de colores, obra de manos de la misma Cecilia, que había estado de pupila en México en su niñez en la amiga de las *nanitas* en la calle de Medinas, y por inclinación se dedicó á la costura y al bordado y muy poco á la lectura y á la escritura. Una mesa, unos sillones, unas sillas, un ropero de caoba, dos grandes pantallas, única cosa que adornaba las paredes, eran los muebles verdaderas antiguallas rotas y desdoradas que había tenido cuidado de mandar restaurar. En un rincón una regular escultura del Señor del Sacro Monte, con un vaso delante lleno de flores. Los obligados y conocidos petatitos de Puebla servían de alfombras. Cuando ocurrió el naufragio, Cecilia misma, á pesar del susto y de la fatiga, ayudada de la hija de un remero, dispuso una de las mejores piezas para el licenciado Lamparilla, poniéndole un banco viejo de cama que encontró entre los trebejos de los salones, su par de colchones, buenas sábanas y cobertores y las sillas y sillones más decentes, sin faltar candeleros y demás cosas indispensables en una recámara que abundaban también, aunque no de lo más fino y escogido, mientras que á Evaristo, lo colocó al otro extremo de la casa, dándole por cama unos tres ó cuatro petates ordinarios, un poco de paja seca y un par de frazadas. Para un desconocido era mucho y dema-

siado buena fué en albergarlo y mantenerlo por tres días.

Cuando residía Cecilia en lo que llamaremos su castillo de Chalco, dejaba cerrado el puesto de fruta de la plaza del Volador y los almacenes de la calle del Puente de la Leña á cargo de un remero ya medio instruído y civilizado que había elevado al rango de mayordomo, y un velador en la calle, y se llevaba á sus dos doncellas que, como la mayor parte de las indias, tenían el nombre de la Virgen, pero para distinguirlas, á una le llamaba María Pantaleona, y la otra María Pánfila. Las había traído de Ameca casi niñas y las acostumbió á su modo y trabajo que tenían que hacer; eran labraditas, limpias, afables, medio civilizadas con el trato de los marchantes, de una sencillez y candor que, como se dice, no habían perdido la gracia del bautismo, y las desvergüenzas y las malas palabras que oían á los cargadores, cocheros y verduleras, las solían repetir con la mayor naturalidad como los niños, y sin comprender su significado. En la sangre tenían la honradez y jamás les había dado la tentación de *enconarse* ni con un tlaco. La venta de la fruta entraba íntegra en los cajoncitos que tenía Cecilia dedicados á guardar el duro, el menudo y el cobre; fieles y apegadas á su ama, la servían al pensamiento, en el puesto vendiendo fruta, en la cocina, en el aseo de las casas, en el cobro de deudas y mandados, desde que había desaparecido Juan; en una palabra, eran sus esclavas; pero en compensación comían y vestían bien, y además recibían un buen salario que Cecilia les guardaba, ó les compraba sus hilitos de perlas, sus arracadas y sus medallas de plata. Estaban las dos Marías tan contentas, que oro molido que les hubieran ofrecido en otra

parte lo habrían rehusado por no abandonar á su ama. Aparte los disgustos en la plaza con los marchantes que manoseaban la fruta sin comprarla, las borracheras de los indios remeros, lo cual era realmente insignificante y pasajero, esta familia de tres mujeres del pueblo, solas y aisladas en un pueblo, pasaban la vida bien entre el trabajo, la buena comida y el mejor sueño, y eran más felices que los que entre seda, plata y oro habitaban el palacio de la calle de D. Juan Manuel. La criada ó segunda capitana que acompañaba á Cecilia en sus viajes en la trajinera, era alquilada por viaje redondo y variaban cada mes ó cada dos meses, pero las Marías nunca se le despegaban. Lo único grave era la guerra sorda, pero sin tregua, que le hacía San Justo, pero el percance del naufragio le había ocasionado el grandísimo bien de que Lamparilla le quitase este enemigo, y tal servicio lo agradeció tanto, que no hallaba cómo pagárselo y se sentía como enamorada y dispuesta á corresponderle, pero desechó esa idea como cosa imposible, y pensó en hacerle un espléndido regalo. Un caballo del Jaral, un reloj de oro, un anillo de brillantes, una prenda, en fin, que llamara la atención.

Con estas ideas, con la de comprar ó mandar construir en el astillero de Zoquiapan una nueva canoa más grande y mejor que la que había naufragado, y con la de encargar á Tierra Caliente que continuaran los envíos regulares de plátano, de naranja, de chico-zapote, de granadas y otras frutas sabrosas de esas tierras, de que hacían gran consumo D. Pedro Martín, los ministros de la Côte y la casa de los marqueses de Valle Alegre, Cecilia resolvió pasar un par de semanas en Chalco, y ya se verá que tenía necesidad de ello.

CAPÍTULO XLI

Dentro del baño

UN sábado muy temprano Cecilia metía una pesada llave en la cerradura de la puerta de la casa de Chalco, que hemos dado á conocer, y entraba seguida de las dos Marías, que cargaban unos envoltorios y canastas con quesos, mantequillas, chorizos y cuantas otras cosas son necesarias para una buena cocina.

—¡Dios que nos asista! — dijo Cecilia luego que cerró tras sí la maciza y pesada puerta, — ¡qué polvo, qué basura, y estas condenadas golondrinas que me tienen los corredores hechos un asco, en cada solera tienen un nido, — continuó diciendo, levantando la vista y recorriendo los techos; — estoy decidida á que vengan los remeros con unas escaleras y las echen de aquí á otra parte, que no hay escobeta que baste para tener limpia la casa.

Las golondrinas, como si hubiesen oído su sentencia de expulsión y tratasen de defender su causa, vinieron en bandadas del azul del cielo, cantando muy alegres y trayendo en el pico, ya un grano, ya un gusanillo para sus hijos que, en efecto, sacaban las cabecitas calvas de los nidos, les daban de comer y regresaban al éter puro, y volvían y pasaban cerca de Cecilia como queriendo saludarla y darle la bienvenida, y luego se colocaban en fila en los lagartos y mónstruos aztecas que servían de canales hasta que se atrevieron al fin á pararse tres ó cuatro en los hombros de Cecilia, la que se apoderó por sorpresa de una de ellas, mientras las otras saltaron asustadas á la cornisa. La golondrina prisionera se defendía y trataba de escapar, hasta que al fin cerró el pico y miró con sus brillantes ojillos á su carcelera.

—Parece que me conocen,—le dijo Cecilia,—y que han venido á pedirme que no les mate á sus hijos. Al fin lo mismo que nosotras son hijas de Dios,—dijo soltándola,—y luego, dicen las gentes que la casa donde anidan las golondrinas es feliz; al menos á mí, desde que me mudé aquí, ni me han robado, ni me he enfermado, ni me ha sucedido nada; mira, María Pantaleona, no sólo vas á quitar este polvo y tanta basura, sino á echar unos cubos de agua donde han ensuciado las golondrinas, y si no estás muy cansada coge las escobetas y deja los corredores limpios como un plato de china.

—Lo que usted quiera, pero mañana estará lo mismo mientras estén llenos de nidos los techos.

—Dices bien, aunque me pese, es necesario desterrar á estos animales, que son bien cocijosos; destruir los nidos y zahumar con pólvora y azufre para que no vuelvan, y si son tenaces tirarles unos balazos con esa esco-

peta vieja que está arrinconada en la sala y que para algo ha de servir.

Y entre tanto las gozosas golondrinas, cantando y formando un concierto que aturdía, iban y venían de los campos verdes y del cielo azul á revolotear las alas delante de sus polluelos y á dejarles en el pico los mosquitos y palomitas de San Juan que habían cazado en el aire.

Cecilia se dirigía á uno de los salones en busca de unos cartuchos y de la escopeta vieja, pero se detuvo á contemplar la alegría, la felicidad y la confianza de las aves que pasaban junto á ella como queriendo otra vez posarse en su hombro.

—¡Qué animales!—dijo; — parece que me han entendido y que ya consideran ésta como su casa. Lo dicho, que se queden; no he de ser yo quien sea su verdugo y el de sus hijos. ¡Pobrecitas golondrinas! tan vivas, tan alegres... me echaría la sal encima...

Y con esta resolución, en vez de entrar en el salón, se encaminó á sus piezas que las muchachas habían abierto de par en par.

—¡Calle!—continuó,—mi ropa, mis zapatos, todo tirado y revuelto en el suelo como si alguno hubiese entrado para hacer un *quimil* (1) con ello y llevárselo.

Un ventarrón, que comenzaba á soplar en ese momento, había entrado por las ventanas y tirado y revuelto el bien abastecido guardaropa.

Cecilia volvió á colocarlo en el mejor orden, aseó sacudió su habitación y gritó á Pantaleona que, descalza y con las enaguas entre las piernas, echaba cubos de agua en los corredores y en el patio.

(1) Quimil: bulto, lío, envoltorio.

—Escucha, muchacha, mientras dispongo mi ropa y acabo la limpieza, me calientas agua para el baño; pero, espera, ya sabes lo que tienes que hacer, y voy á darte el canastillo.

Cecilia abrió su ropero y entregó á la criada un canasto lleno de raíces, de yerbas secas y de pedacitos de palo de diversos tamaños y colores. Todo ello provenía de Jipila, y eran yerbas aromáticas y medicinales que servían para apretar la cintura, para suavizar el pelo, para dar lustre á la piel, para aromatizar el agua, para mantener la dureza de los pechos. La herbolaria tenía sus tratos con Cecilia; le escogía de lo mejor y se lo vendía á buen precio, recibiendo además sus regalos de fruta y de recaudo. Las dos se entendían muy bien, y Cecilia, por experiencia, sabía que eran mejores los remedios mágicos de Jipila que las drogas de las boticas y las pomadas y perfumes de la peluquería.

En un momento estuvieron en las hornillas del brasero cuatro ó seis ollas grandes llenas de agua. A la una le echó puñados de flor de romero, á las otras los palillos, hojas secas y raíces que escogió de la canastilla, y en seguida, y vaciando con un cubo la tina de madera llena de agua, que estaba, como hemos dicho en el guardarropa, con lo cual acabó de lavar los corredores, dispuso lo necesario para el baño. Entre tanto María Pánfila molía el maíz y disponía el almuerzo, y Cecilia sacudía uno á uno sus muchos pares de calzado de seda y acababa de poner orden en sus cosas.

El ventarrón cesó; el sol, que había estado en las primeras horas de la mañana velado á intervalos por nubes que se llevó el viento con dirección á la capital, entraba dorado y espléndido por las amplias ventanas; el ramo de rosas silvestres colocado delante del Señor del Sacro Monte, despedía vivos olores, y la extremada limpieza de los muebles y especialmente del lecho, daban á esta amplia recámara con su alto artesón un aspecto, no sólo de alegría, sino de algo que no se podía explicar; quizá también completaba el atractivo la presencia de la dueña y señora de ese castillo, entre rústico y grandioso y en la frontera de lo naturalista y de lo fantástico. Acababa de *trafaquear*, se había quitado un pañuelo de seda de cuadros rojos y azules que cubría su cuello, aflojado la jareta de su camisa, uno á uno desabrochaba los rosarios é hilos de corales y de perlas, los quitaba de su garganta y lo mismo que las arracadas de oro de sus orejas, los depositaba en la mesa. Después dejó caer sus enaguas de encima, quedó con las interiores á media pierna, y se descubrieron sus piés calzados con unos zapatos de raso café, arreglados á manera de pantuflas y dejando descubierto un talón redondo color de las rosas que estaban en el jarrón. En medio de la recámara estaba la tina de madera llena de agua clara y tibia, y al derredor, limpios y lustrosos los petatitos tejidos de rojo y blanco que servían de alfombra.

—¡Muchachas! — gritó; — estoy lista: traigan ya las aguas.

Las dos muchachas entraron corriendo tan luego como oyeron á Cecilia.

—Van á empaparse,—les dijo;—cierren bien las puertas del corral y de la calle para que nadie entre, y pón-

ganse su vestido de indias para que no echen á perder su ropa más de lo que está, pues no les he de comprar otra hasta el Jueves Santo.

Las muchachas, saltando contentísimas como unas chicuelas, fueron á cerrar las puertas y volvieron descalzas y enredadas con unas mantas azules de lana con rayas encarnadas, que les cubría medio cuerpo. Una de ellas con una olla grande de agua hirviendo, con la flor de romero, y otra con un jarro más pequeño con diversa infusión de las plantas de Jipila, las vertieron en la tina, y la recámara se nubló con un vapor delicioso y aromático. Cecilia con una mano sacó por la cabeza su camisa, y con la otra aflojó la cinta de sus enaguas, que cayeron en el suelo; entró en la tina y se sumergió en el agua perfumada.

—¡Ah!—dijo sacando el cuello y limpiándose los ojos con las manos,—Jipila no me ha engañado, el olor de sus yerbas es más fuerte que el del romero, huelan;—y sacó un brazo redondo que chorreaba gotitas de agua cristalina, y dió á oler á las muchachas un poco de la que había recogido en el hueco de su mano.

—Cabal,—contestaron las muchachas;—el olor del romero se perdió ya, y esto huele como á azucena, como á clavel, quién sabe á qué, pero para eso le pagó usted catorce reales por el manojito que ya se acabó.

—Y si vieras que también pone la agua como suave, como no sé qué, tan bonito, que no dan ganas ni de salir del baño, no se les olvide, aun cuando no esté yo en la plaza, de pedirle media docena de manojitos; pero vamos á lo que importa más, que es limpiarme el cuerpo, pues con todo y el romero, y las yerbas de Jipila, todavía me huelo yo misma á los pescaditos y á los yerbajos

de la acequia... ya les he contado lo que nos pasó y ¿creerán que porque no se ahogara ese licenciado que temblaba... vaya que daba lástima, ni me ocurrió encomendarme á Dios? De seguro sin confesión me habría llevado el diablo.

Y diciendo esto se puso en pié, y en un momento la enjabonaron las dos muchachas y cubrieron su cuerpo de blanca espuma.

—¡Ah! así, recio, no haya cuidado que no se me caerá el pellejo, con tal de que se me quite este mal olor... qué preocupación... huelan...

Las muchachas acercaron sus narices á las espaldas y á las piernas de Cecilia.

—Nada, D.^a Cecilia, nada, pura aprensión de usted, y al contrario, huele su cuerpo á clavel y las azucenas que tanto le gustan al señor licenciado.

—Ahora la agua que Jipila dice que es buena para la cintura. Yo no estoy mala de la cintura, pero ella dice que echándose esa agua nunca me enfermaré, y vale más, pues para trabajar, y para ir y venir, y para ganar con que comprarles ropa, y á mí también que nunca me basta con la que tengo, lo primero que se necesita es estar buena y sana... pero... á prisa que ya comienzo á tener frío.

María Pánfila templó con agua fría la otra olla del cocimiento aromático de Jipila y la vertió suave y pausadamente sobre la cabeza de Cecilia. Corrientes pequeñas de un líquido color de vino jerez pálido resbalaban por el pecho, los brazos y el torso de Cecilia, y la despojaban del vestido espumoso de jabón; sus cabellos, negros y abundantes, cayeron sobre sus espaldas hasta más abajo de la cintura, y su bello cuerpo apareció en aque-

lla atmósfera luminosa de la recámara como una visión del paraíso; las gotitas de agua reposaban en los nidos de amor de sus brazos y de sus rodillas, y parecían diamantes de intento colocados para realzar la delicadeza de su piel suave y húmeda.

—Es bastante, muchachas, y guarden un poco para ustedes, que se pueden bañar esta tarde y bien lo necesitan, aunque no se hayan caído como yo en la laguna.

Las muchachas la ayudaron á salir de la tina, la enjuagaron con la sábana, la sentaron junto á su cama en uno de esos viejos sillones y le acercaron un pequeño espejo, escobetas, peines y tijeras. En momentos vaciaron la tina, retiraron las estêras, limpiaron perfectamente el suelo, se quitaron sus trajes de india, revistieron sus ropas y se fueron á continuar en sus ocupaciones.

Cecilia comenzó por secar y peinar su negro y largo cabello lustroso, delgado, fuerte, lleno de savia y de vida, casi se movía y se recogía en onditas envidiables, en la nuca y en la frente. Se hizo de pronto dos gruesas trenzas, las recogió con unos listones rojos en su cabeza, formándose un voluptuoso peinado, y siguió con los piés, que era lo que más cuidaba y en lo que tenía, y con razón, verdadera vanidad. Si se quiere, era el pié de Cecilia defectuoso de puro pequeño, en relación con su cuerpo alto y opulentamente modelado. El dedo gordo, que por lo común tiene aún en las mujeres más bien hechas una forma arqueada que, entrando sobre los otros dedos, forma el feo defecto que se llama juanete, era de la más acabada perfección, redondo, con un color rosado encendido, describiendo una suave curva se juntaba con los otros dedos, sin dejar tampoco ese espacio que se nota en algunas esculturas romanas; el dedo chiquito,

también por lo común defectuoso en todas las gentes, y como sumido ó doblegado debajo de los otros resaltaba por lo regular y bien proporcionado, por su natural colocación y por su encarnación, en armonía con el color de piñón del empeine alto y que subía suave y gradualmente á formar una torneada pantorrilla. Las uñas, lisas y transparentes; la planta, rosada y blanda, y todo el pié sin la más pequeña imperfección.

Cuando acabó Cecilia, se calzó unos zapatos de seda color de aceituna, que sin esfuerzo le venían bien y por la pala corta rebosaba la gordura del empeine; apenas se miró en el espejo, pero sí se puso en pié y un momento se estuvo recreando con sus piés y sus pequeños zapatos de raso.

—Vaya,—dijo, como si alguien la oyese,—me vienen bien; no me lastiman, y no me hacen feo pié. Le mandaré hacer al Santito otros dos pares (1).

Satisfecha con esta revista, dió dos suaves patadas en el suelo para cerciorarse de que no le lastimaban, y tirando la sábana se pasó por la cabeza una blanca y bordada camisa.

En esto tocaron fuertemente el zahuán, y el ruido de un tropel de caballos llegó á los oídos de la fresca, limpia y frondosa Cecilia.

(1) El Santito llamaban á un zapatero de la calle de Vergara.

CAPÍTULO XLII

Poesías del licenciado Lamparilla

APENAS tuvo tiempo Cecilia de echarse las enaguas de seda amarilla y castor rojo, que tenía cerca, y cubrirse el seno con su rebozo, cuando asomó la cabeza por la puerta de la recámara el licenciado Lamparilla.

Siempre que convenía á sus miras é intereses, buscaba y encontraba un pretexto para aparecerse en casa de sus clientes y conocidos el día que menos lo esperaban, ya fuese en casa de D.^a Pascuala, ya en la del licenciado Bedolla, ya en la de Cecilia; y procuraba caer á las horas de almorzar ó de comer, seguro de que lo habían de tratar como á cuerpo de rey, y así sucedía efectivamente. En esta vez el motivo de su visita era para él muy importante.

Luego que María Pantaleona le abrió la puerta, se precipitó materialmente al patio, se quitó las espuelas y una

blusa de dril trigüeño, que usaba para no empolvar su chaqueta y sus calzoneras en el camino.

—¿Está tu ama en la casa, María?—le dijo, haciéndole un cariño en la mejilla.

—Se acaba de bañar, y está...

Sin esperar más y pensando que encontraría á Cecilia á medio vestir, no escuchó lo que le seguía diciendo Pantaleona, y como sabía bien las entradas y salidas, se coló de rondón hasta la misma recámara.

Cecilia salía ya á encontrar á la visita, y le latió que no podía ser más que el licenciado, pues los arrieros de la tierra caliente no debían llegar sino á mediados de la semana.

—¡Cecilia!... ¡qué guapa estás! Dios te bendiga, salvadora de mi vida, dame esa mano.

—Con mucho gusto, señor licenciado; pase, pase á sentarse que vendrá cansado del camino. Anoche precisamente pensaba yo en usted.

—¿Pensar tú en mí, y de noche? buena señal.

—Pero no como usted piensa... los hombres todo lo llevan á mal, y de veras, particularmente las pobres como yo, no saben ni cómo hablar delante de los señores.

—Déjate de pobres y de señores, que siempre andas con esa cantinela; ya quisieran muchas de las copetonas de México ser tan ricas, y sobre todo tan hermosas como tú... te acabas de bañar... qué olor... ¿dónde compras tus perfumes?... vamos, es cosa de trastornarse y perder el juicio... y qué limpieza, qué cama... vaya, esto no estaba así cuando me tragiste después del naufragio, ni había visto esa ropa con que tropezó mi sombrero... tienes el equipaje de una marquesa. Las de Valle Alegre no tendrán tanta ropa blanca como tú.

El licenciado tiró el sombrero en la cama y se dejó caer en el sillón que Cecilia acababa de ofrecerle y se quedó mudo y embriagado con el aroma y el vapor que aun despedía el cuarto; y como fascinado por Cecilia que se sentó en frente de él, dejando sin pretensión medio descubiertos sus pequeños y gorditos piés.

—Algo le ha sucedido á usted — le dijo Cecilia, después de un rato de silencio, — porque ni habla y tiene los ojos fijos en el suelo. Dígame usted el asunto, que las mujeres somos muy curiosas;—y al mismo tiempo la maliciosa frutera se acomodó bien en su asiento y escondió entre los blancos encajes de sus enaguas sus desnudos piés, que no tuvo tiempo ni de calzar bien.

—¡Qué coquetas y que malas son todas las mujeres! bien sabías que lo que yo miraba eran sus piés y no el suelo,—pensó Lamparilla, y luego dirigiéndose á Cecilia concluyó su pensamiento.— Cualquiera cosa apostaría, —le dijo,—á que tú sabes bien que nada tengo, y que lo que miraba no era el suelo.

—De veras que no creo que pudiera usted mirar otra cosa, pues no hay nada nuevo aquí, y todo está lo mismo que cuando vino usted, solamente que he sacudido y hay más limpieza, y mi ropa en su lugar. El cuarto lo cerré cuando tuvimos la desgracia, porque no quería que mirase el pasajero lo que yo tenía ó dejaba de tener, que á nadie le importa.

—Y á propósito, y ya que mientas al pasajero: ¿Qué ha sucedido con ese pájaro que me parece un solapado pícaro? ¿no lo has vuelto á ver?

—Ni á su sombra,—respondió Cecilia.

—¿De veras?

—¿Tengo cara de embustera?— le contestó sonriendo.

—Basta, y vamos á platicar de lo que nos interesa.

Cecilia se acomodó mejor en su asiento y sacó la punta del pié, y apenas con el dedo gordo sostenía su calzado.

—En primer lugar te he quitado una molestia de encima,—continuó Lamparilla.

—Es usted tan bueno conmigo, señor licenciado, que no hallo con qué pagarle; con haberme libertado del yugo de ese maldito San Justo, me ha dado usted diez años más de vida, y en eso pensaba yo anoche...

—Ya verás, hasta en verso he puesto el terrible lance, y ese es el segundo asunto, pero vamos al primero.

—Antuñano, el de la fábrica de hilados, pretendía que tú le pagaras los tercios de manta que se sumieron en el agua con nosotros.

—Esa era una sin razón,—contestó Cecilia sacando ya naturalmente todo el pié, con lo que bailaron de gusto los ojos del licenciado.—¿Fuí yo quien tuvo la culpa? ¿Quién nos hubiera pagado á usted y á mí la vida si nos hubiésemos ahogado?

—Eso es verdad, Cecilia; pero con todo no se te hubiera quitado de encima el *cocijo*, como ustedes dicen, de que anduviese tras de tí el dependiente y de que te citaran á conciliación delante del juez si no pagabas; en fin... yo compuse el negocio manifestando al encargado de la casa que á tu canoa le hicieron un boquete debajo de la proa, y que íbamos á ser víctimas, y en vez de cobrarte me ha dado la comisión de que me encargue á su costa que saquen, si se puede, los tercios de debajo del agua, y se regalen á los niños de la cuna.

—Vaya, mejor así;—contestó Cecilia cambiando de postura, cruzando una pierna sobre la otra, y dejando ver sus dos piés y algo de la *caña* de las piernas, como

le nombran á las pantorrillas los que la echan de cono- cedores y veteranos.

—Todo lo mereces, y yo soy el que no tengo modo de pagarte el favor tan grande que te debo... ya verás...

Tú que entiendes de estas cosas, te encargarás de que saquen del canal los tercios de manta, y mojados y todo los mandas á la cuna, á la calle de la Merced, y que te den un recibo y punto concluído; y de paso podrás quizá sacar la canoa y las mujeres que se ahogaron segura- mente, ¡qué cabeza! ¿creerás que hasta este momento me acuerdo de las pobres vendedoras de pájaros?

—En cuanto á la canoa, ni pensarlo, — le respondió Cecilia; — más me costaría sacarla de donde está, que una nueva que ya he contratado con D. Antero, el de la hacienda de Soquiapan, y de las mujeres las he enco- mendado á Dios, pero ni chistar de esto, señor licencia- do, nadie sabe si iban gentes en la canoa ó no; el cuerpo del remero, que por borracho se ahogó, ya se habrá desecho ó quién sabe dónde estará, no sea que el gover- nador de México ó el prefecto de aquí nos metan en averiguaciones.

—Dices bien, y vale más no platicar de estas cosas, que son siempre tristes. ¡Qué quieres que te diga! Estaba yo tan contento junto á tí dentro del agua, que si no hu- biera tenido frío y miedo de ahogarme, semanas y meses me habrían parecido un instante.

—¡Qué gustos tan raros, señor licenciado! ni de chanza diga usted tales cosas,—le interrumpió Cecilia.

Y Lamparilla sin hacerle caso, continuó:

—Desde esa noche de luna, que recordaré toda mi vida y que no sé si llamar feliz ó desgraciada, no pienso más que en tí, Cecilia, y nada más que en tí.

Cecilia soltó una franca carcajada de risa.

—Puedes reírte y hacerme burla hasta que te canses, pero es la verdad.

—Ni lo imagine usted, señor licenciado. Hacer yo burla de una persona á quien debo tantos beneficios, ni lo he pensado;—le interrumpió Cecilia,—lo que sucede es que no creo que usted, con tanto quehacer y tantas muchachas bonitas y decentes que hay en México, pueda estar pensando en una pobre frutera.

—Te empeñas tú en rebajarte y en estarte llamando pobre, frutera y trajinera; se conoce que no te has visto en un espejo de cuerpo entero.

—Ni Dios que lo permita; y para qué había yo de verme, una tarasca gorda y prieta; para medio peinarme tengo bastante con mi espejito... los piés es lo único que Dios me ha dado regular, y ¡qué quiere usted! las mujeres de México aunque seamos así... de la clase que soy yo, tenemos vanidad en nuestros piés: yo conozco una señora, que quién sabe de dónde es, pues habla español peor que yo, y que dice que es de una tierra que se nombra *Alimaña*, y que me compra y me paga muy bien la fruta...

—Alemania será, que alimañas son animales ponzoñosos.

—Eso es, y que está muy lejos y se necesita pasar un charco más grande que la laguna, y ¡qué piés, señor licenciado! si sus zapatos de cuero muy gordo y de dos suelas parecen chalupas, y por Dios, que no le miento á usted.

—Lo creo como si lo viese, pero no me barajes la conversación, y pues que tú misma dices que tus piés son bonitos, no tienes por qué esconderlos.

—Limpios y nada más, y menos los días en que llueve y hay lodo en la plaza, siempre ando con zapato de raso. Me quedaría sin comer con tal de comprar un buen par de color; desde chica he tenido esa maña, y mi madre hasta me pegaba, pero nunca consiguió, desde que salí de la amiga, que me pusiera como quería, zapatones de gamuza negra.

Cecilia sacó sus dos piés, y en el mismo momento los cubrió con su ropa y arregló bien su rebozo.

El licenciado Lamparilla vió una especie de relámpago, una visión deslumbradora, más que si hubiese contemplado á Venus saliendo de las ondas, y sin saber lo que hacía quiso levantar un poco la ropa de Cecilia.

—Así no seremos buenos amigos,—le dijo Cecilia con seriedad y desviando su silla;—no sé qué cosa tan mala siento, sin saber por qué, cuando el señor licenciado quiere hacer estas cosas... quien sabe... se me figura que me trata como á las que andan de noche en la calle... y como soy una tonta, no puedo ni decir por qué, pero lo quiero de otro modo.

—Dices bien, Cecilia, dices muy bien, y tú, pobre y frutera, como dices á cada momento, me enseñas como se deben tratar á las mujeres que se quieren bien, como yo te quiero á tí... ven, acércate como estabas, pues me dará mucho sentimiento el que tuvieses desconfianza de mí; ya todo pasó, pero ¿qué quieres? tú misma reconoces que tus piés... vaya... somos de carne y hueso y hay ocasiones que es imposible contenerse... Continuemos nuestra conversación y déjame contarte que es tan cierto que nada más pienso en tí, que hasta te he hecho unos versos.

Cecilia soltó una franca carcajada de risa.

—Puedes reírte y hacerme burla hasta que te canses, pero es la verdad.

—Ni lo imagine usted, señor licenciado. Hacer yo burla de una persona á quien debo tantos beneficios, ni lo he pensado;—le interrumpió Cecilia,—lo que sucede es que no creo que usted, con tanto quehacer y tantas muchachas bonitas y decentes que'hay en México, pueda estar pensando en una pobre frutera.

—Te empeñas tú en rebajarte y en estarte llamando pobre, frutera y trajinera; se conoce que no te has visto en un espejo de cuerpo entero.

—Ni Dios que lo permita; y para qué había yo de verme, una tarasca gorda y prieta; para medio peinarme tengo bastante con mi espejito... los piés es lo único que Dios me ha dado regular, y ¡qué quiere usted! las mujeres de México aunque seamos así... de la clase que soy yo, tenemos vanidad en nuestros piés: yo conozco una señora, que quién sabe de dónde es, pues habla español peor que yo, y que dice que es de una tierra que se nombra *Alimaña*, y que me compra y me paga muy bien la fruta...

—Alemania será, que alimañas son animales ponzoñosos.

—Eso es, y que está muy lejos y se necesita pasar un charco más grande que la laguna, y ¡qué piés, señor licenciado! si sus zapatos de cuero muy gordo y de dos suelas parecen chalupas, y por Dios, que no le miento á usted.

—Lo creo como si lo viese, pero no me barajes la conversación, y pues que tú misma dices que tus piés son bonitos, no tienes por qué esconderlos.

—Limpios y nada más, y menos los días en que llueve y hay lodo en la plaza, siempre ando con zapato de raso. Me quedaría sin comer con tal de comprar un buen par de color ; desde chica he tenido esa maña, y mi madre hasta me pegaba, pero nunca consiguió, desde que salí de la amiga, que me pusiera como quería, zapatones de gamuza negra.

Cecilia sacó sus dos pies, y en el mismo momento los cubrió con su ropa y arregló bien su rebozo.

El licenciado Lamparilla vió una especie de relámpago, una visión deslumbradora, más que si hubiese contemplado á Venus saliendo de las ondas, y sin saber lo que hacía quiso levantar un poco la ropa de Cecilia.

—Así no seremos buenos amigos,—le dijo Cecilia con seriedad y desviando su silla;—no sé qué cosa tan mala siento, sin saber por qué, cuando el señor licenciado quiere hacer estas cosas... quien sabe... se me figura que me trata como á las que andan de noche en la calle... y como soy una tonta, no puedo ni decir por qué, pero lo quiero de otro modo.

—Dices bien, Cecilia, dices muy bien, y tú, pobre y frutera, como dices á cada momento, me enseñas como se deben tratar á las mujeres que se quieren bien, como yo te quiero á tí... ven, acércate como estabas, pues me dará mucho sentimiento el que tuvieses desconfianza de mí; ya todo pasó, pero ¿qué quieres? tú misma reconoces que tus pies... vaya... somos de carne y hueso y hay ocasiones que es imposible contenerse... Continuemos nuestra conversación y déjame contarte que es tan cierto que nada más pienso en tí, que hasta te he hecho unos versos.

—¿Seguidillas, peteneras ó de jarabe, Sr. Licenciado?
—le pregunto Cecilia con ingenuidad.

—Nada de eso; versos para tí, de lo que nos pasó á los dos y de la traición de ese lépero de San Justo.

—Eso sí que estará bueno,—dijo Cecilia con mucha alegría arrimando su silla y acercando su cara junto á Lamparilla, que sacaba de su bolsillo un papel.

—Figúrate que en mí vida he podido hacer un verso, ni de muchacho cuando estaba en el colegio; casi todos los muchachos hacen versos y se vuelven poetas en vez de médicos ó de abogados; pero yo ni por ese ejemplo, sólo un condiscípulo mío, el juez Bedolla, era más bruto que yo. Como te iba diciendo, quería hacerte un verso; pero, como no podía, me fuí á ver un amigo, que es un poeta que se llama Rodríguez, para que me hiciera un verso dándole el asunto; pero, además de que su tío Galván, que no tiene más gracia que publicar el calendario que le hacen cada año, me recibió con una cara de herrero mal pagado, estaba ocupado con su comedia de Muñoz.

—¿De Muñoz?—dijo Cecilia;—seguramente ha de ser de D. Rito Muñoz, el de la tienda, que le pediría versos para mí, pues el año pasado me mandó uno que lo buscaré y lo enseñaré á usted.

—No, mujer, ese Muñoz era un visitador que hace muchos años vino á México, y no D. Rito; así que esté la comedia acabada é impresa la compraré y te la leeré.

—Como que me muero por el teatro. Cuando tengo lugar los domingos en la tarde me voy á la cazuela.

—Pues, como te decía, Rodríguez no me quiso hacer el verso, entonces busqué á Guillermo; ya lo conoces tú,

te suele comprar fruta y te ha de haber echado tus requiebros, pues es zalamero y enamorado hasta no más. Si entrara en la pieza donde tienes colgada tu ropa, de seguro que se volvía loco y le hacía versos á cada una de tus enaguas, figurándose que estabas dentro de ellas. Ya te lo traeré de visita uno de estos días, y ya verás que te saca, como tres y dos son cinco, en su musa callejera.

—¿Musa qué?

—Sí, mujer, así llama á los versos chulísimos en que describe bailecitos de los barrios y chinas, y muchachonas guapas como tú; pero sigo con mi cuento, porque nunca acabaremos.

—Y el almuerzo debe estar ya hecho y usted tendría hambre con el ejercicio del camino, y yo la tengo por el baño.

—Santa palabra, Cecilia, tú eres mujer que adivinas los pensamientos, eres una presea. De verdad que voy á devorar tu almuerzo.

—Para todos hay, bendito sea Dios, Sr. Licenciado, y para eso trabajan estos brazos.

Al decir esto Cecilia mostró á Lamparilla sus dos brazos robustos y con un par de primorosos ollitos en los codos.

—Sí, antes de almorzar quiero leerte mis versos; pero te acabaré de contar. Guillermo, que es como mi hermano y nos tratamos de hermanos, es el más guapo muchacho que yo conozco, y cuando es amigo lo es completo. Ya sabía algo del naufragio, pero se lo acabé de contar, lo oyó con mucha atención y me dijo que iba á hacer un romance, y que sin decir nuestros nombres verdaderos nos sacaría á tí y á mí. Ya verás... ha de ser chistoso ó terrible, quién sabe cómo tomará el lance; pero al

asunto. En cuanto le dije que quería un verso para tí, encendió su cigarro, se metió á su escritorio, y no habían pasado quince minutos cuando salió con un papel con un verso escrito. Me lo dió y me dijo:

—Vete, hermano, y sé muy feliz con tu trajinera, que me la has pintado más hermosa que la Malinche, que yo pobre de mí no tengo esas fortunas de naufragar en agua dulce abrazado de una muchacha; agachado sobre los libros estudiando economía política, ya me salen canas verdes. ¡Qué Guillermo tan guapo! Corrí á mi casa, abrí el papel y leí.

Yo la ví, yo la ví á mi adorada
 La ví hecha presa de letal tormento
 ¿Pero como expresar mi sentimiento,
 Hermosura, inocente y desgraciada?

—Caramba!—dije,—esto no comienza mal; pero luego seguí y eran unos versos para una muchacha á quien le daba un horroroso mal de nervios. Guillermo se equivocó, y como tiene tan revuelta su mesa, me dió esos versos en lugar de los que le rogué que me hiciera. Volví á buscarlo; anda vete, ni su luz, se fué á encerrar en el Molino del Rey y no le volví á dar palmada. No tuvo remedio, me resolví yo mismo á hacerte los versos, me he desvelado dos noches enteras y aquí los tienes; tendrán más mérito hechos por mí y me lo agradecerás más.

—Léalos, léalos usted, señor licenciado, que me muerdo de ganas de oírlos, y de veras se los agradezco más que si los hubiera hecho el que trabaja en la comedia de D. Rito Muñoz.

—Ya te he dicho que ese Muñoz es otro y no D. Rito, el tendero. Ese Muñoz fué visitador de México y que se murió hace años.

—Pues Dios lo haya perdonado, y lo que importa es que lea usted los versos, que quizá se podrán acomodar á alguna canción y cantarlos con la guitarra.

—¡Qué idea!—contestó Lamparilla muy contento;— si te gustan, veré á un amigo, á Ocadis, que les componga una música y la canción se llamara *La Cecilia*. Escucha:

El negro y torpe engaño,
Hicieron que tu nave,
En agua mansa y suave,
Viniese á naufragar.

Y en la serena noche
De luna refulgente
Nos vimos de repente
Cercanos á morir.

¡Qué susto, Dios Eterno!
Hundidos hasta el cuello
Yo no tenía resuello
¡Ay!... infeliz de mí.

Mas tú, valiente reina
La ninfa de los lagos...
Gozé de tus halagos...
Yo no quería morir.

Y la agua ya me ahogaba
Visiones mil veía,

Ya pronto me sumía...
¡Y sin poder salir!...

Mas tus amantes brazos,
Cecilia muy querida,
Salváronme la vida
Cuando debí morir.

Mujer encantadora,
Pudiste tú escaparte,
Mas preferiste ahogarte
Unida junto á mí.

Tu muerte preparaba
Un pícaro malvado,
Su crimen ya ha pagado;
¿Estás contenta? Di.

Mi corazón es tuyo
Mi dinero, mi vida,
Cecilia mía, querida,
¿Estás contenta? Di.

—Muy bonitos, señor licenciado,—dijo Cecilia cuando Lamparilla acabó de leer su poesía muy satisfecho y doblaba el papel para guardarlo en su bolsillo.

—¿Con que de veras te ha gustado?—le dijo mirándola fijamente para cerciorarse por la expresión de su fisonomía.

—Son preciosos; y sería bueno dárselos al cieguito Cayetano para que los cantara con el bandolón, y voy á decirle también alguna cosa si me los lee usted otra vez.

—¿Y por qué no? y veinte veces si te agrada te la volveré á leer, y allá va:

El negro y torpe engaño
Hicieron que tu nave,

—Vea usted, señor licenciado,—le interrumpió Cecilia,
—mi canoa es trajinera, y no como usted dice.

—Es lo mismo, mujer, y se puede decir nave á cualquier mueble que sirve para andar en el agua, y trajinera era difícil para mí el colocarla en un verso.

—Bien, usted sabe más que yo.

Lamparilla siguió con la segunda estrofa.

—Eso sí es la mera verdad,—dijo Cecilia,—y nadita faltó para que nos quedásemos allí.

Lamparilla leyó la tercera estrofa.

—Y mucho que sí,—dijo Cecilia;—; qué susto! Ya me figuro el que tendría usted, cuando yo que sé nadar y estoy acostumbrada á vivir en el agua no hacía más que encomendarme al Señor del Sacro Monte y me iba faltando también el resuello lo mismo que á usted. Este verso está muy bonito y dice la pura verdad.

Lamparilla prosiguió con la lectura de la cuarta estrofa.

—Esta también está bonita, señor licenciado; pero no se puede cantar, porque los que me conozcan dirán que estando ya casi ahogando, me entretenía yo en hacerle cariños y por eso no se quería morir. Lo que trataba yo era de soliviarlo cuando ya notaba que iba sumiéndose, y al último soy un poco más alta que usted y tenía más esperanzas de que la agua no me cubriera la cabeza, y en último caso habría nadado para el tular y lo habría

cogido de los cabellos para que escapara. Eso pensaba, pero hasta ahora que se ofrece no se lo digo á usted.

Lamparilla concluyó la lectura de las siguientes estrofas y no hizo Cecilia observación sino á la última.

—Sí, estoy contenta, y muy contenta, señor licenciado, pues al fin usted me favorece mucho y se interesa por mí, y en cuanto á dinero lo vamos pasando con el trabajo, y ya verá usted como, ya que San Justo no está de administrador de la plaza, pongo mi puesto de fruta mejor que antes, comienza mi nueva trajinera á hacer sus viajes, y en poco tiempo se gana más de lo que se ha perdido, y estaría enteramente contenta si encontrara á un pobre muchacho que me servía, porque al pensamiento cuidaba de todas mis cosas como si fueran suyas, y lo quería yo como si fuese mi hijo.

—¿Cómo se llamaba?

—Marcos...

—¡Ah! entonces no es ese, pero trataremos de encontrarlo,—dijo entre dientes.

Lamparilla no quedó muy contento con el éxito de sus versos, ni con las observaciones que le hizo Cecilia, pero mucho menos con que se fijara para completar su felicidad en buscar el muchacho que le sirvió de mozo; así es que no tomó empeño ninguno y trató de reanudar la conversación y acabar de saber la impresión que había hecho en Cecilia la última estrofa; pero María Pantaleona los interrumpió diciendo que el almuerzo estaba en la mesa, y que si las quesadillas con rajas de chile se enfriaban, se pondrían tiesas.

Con esto Cecilia se atrevió á tomar del brazo á Lamparilla y lo condujo al amplio comedor donde había una sencilla pero limpia mesa, y los lustrosos sartenes de

barro despidiendo el aromático vapor de los sabrosos guisos.

—Hemos venido al comedor, señor licenciado, del brazo, como diz que lo hacen las personas decentes. Yo sé de todo, y mentira le parecerá á usted lo que se aprende en la plaza. Por los mozos y criadas se sabe la vida de todo México.

Sentóse Lamparilla en la cabecera de la mesa, y Cecilia á su derecha. Estaba tan fresca con el baño de aromas, tan contenta del buen estado de sus negocios, tan limpia con su traje nacional que dejaba traslucir por la finura de la tela el color rosado de su piel, tan animada y amable, que Lamparilla estaba materialmente absorto y recorría con una mirada ávida los cabellos lustrosos, el cuello bien hecho y redondo, los encantos que á cada momento, por la ausencia del rebozo, se descubrían para ocultarse en seguida, que no obstante que era goloso y que los manjares ya servidos en la mesa por sus adornos y olor podían despertar el apetito de un muerto, en lo menos que pensaba era en comer, hasta que Cecilia llamó su atención.

—Algo tiene el señor licenciado que está tan distraído, y aunque las muchachas se han esmerado en la cocina, parece que nada de lo que está en la mesa le gusta. Vamos, deje usted los cuidados para otro día, y comencemos por este guiso, que me figuro que le agradará.

Cecilia sirvió al licenciado un buen plato con huevos, con longaniza fresca de Toluca, rajas de chile verde, chicharros tiernos, tomate y rebanadas de ahuate. La molendera envió unas tortillas pequeñas y delgadas humeando y despidiendo el incitante olor del buen maíz de Chalco.

Lamparilla desvió por un momento los ojos de Cecilia y los llevó al plato, cuyo vapor lo dejó por un momento sin vista.

—Vaya, Cecilia, te has portado como lo sabes hacer. Este plato, que un francés llamaría un horrible revoltijo de salvajes, es de lo mejor que se puede pedir, y si tienes pulque curado, no hay ya ni qué desear. Tengo apetito y mucho, y aun cuando no lo tuviese, el aroma solo que respira resucitaría á un muerto. Por lo demás, te haces la desentendida y bien sabes que no estoy distraído ni tengo más asunto ni otra preocupación que recrearme con tu hermosura. Porque te ha hecho Dios tan... así, así... como su majestad no ha querido hacer á otras mujeres. Parece que se esmeró y dijo: allá va un tipo mejor que el árabe, y que el georgiano, y que el italiano y que el inglés, para que no se diga que en México sólo hay indias feas y sucias, apestando á sudor y á mugre. Que venga cualquiera de la culta Europa y que te vea, y si no se le cae la baba como á mí, quiero que me ahorquen.

—Favor que usted me hace, señor licenciado, y aunque me tome la mano en decirlo, no me cambio por las francesas que van á la plaza á comprar ellas mismas su fruta y su recaudo. Es verdad que tienen su gorro, sus zapatos de dos suelas y que están más limpias que nosotras, pero eso no le hace.

—Lo que yo no puedo comprender,—le interrumpió Lamparilla tronando la lengua y saboreando el guisado de huevos y un buen trago de pulque de piña espumoso con su polvo de canela,—es cómo no te has casado, como no te has enamorado de alguno, cómo no han intentado robarte, no el dinero, sino á tí misma, que vales

más que todas las canoas trajineras que navegan en el canal de Chalco, cómo, en fin, estás libre, quieta y dedicada á ganar la vida con tu trabajo.

—Ya verá usted, así es la suerte de las pobres, y no me han faltado proporciones, pero no me ha inclinado el casamiento, y así que acabemos de almorzar le enseñaré las cartas que tengo y que guardo para atestiguar con ellas, cuando una mala lengua quiera hablar de mí, pero por ahora déjese de amores y almuerce á su satisfacción.

El segundo plato que presentó Pantaleona fué un extraño guisado de huesos.

Huesos de manitas de carnero, de manitas de toro, de manitas de puerco, de piés y de alones de pollo, pero cada hueso tenía adherida una porción de carne. Estaba condimentado con culantro, habas verdes, ahuate y tornachiles. El aroma bastaba para alimentar, y los pedacitos de carne que contenía cada huesillo era de lo más tierno y sabroso.

—Este guisote lo usan mucho los pulqueros de México que saben comer bien, pero para nada sirve el tenedor ni el cuchillo, y es necesario echarse á pié. Con que fuera cumplimientos y comencemos.

Cecilia tomó con sus dos dedos afilados y limpios un huesito, una pequeña rebanada de ahuate y lo depositó todo en la boca de Lamparilla. Fué tal su sorpresa y su placer, que poco faltó para que se le atorase el hueso y concluyese su historia.

—Es la primera vez que como este guisado,—le dijo, —y servido de la manera que tú lo has hecho, ni en las cocinas del cielo hacen otro mejor.

Lamparilla, animado con este rasgo de confianza,

arrimó su pié y su rodilla contra la redonda rodilla de Cecilia, pero ésta retiró al momento y con disimulo su silla.

—Déjeme hacerle finezas á mi modo y sin malicia, señor licenciado, y estaremos mejor.

Lamparilla retiró algo mortificado sus piernas y continuó el almuerzo sirviendo las cocineras plato tras de plato, todos tan sabrosos, tan bien dispuestos, que era imposible dejar de comerlos, y Cecilia, fina á su modo, como ella decía, ya daba sopitas en la boca al licenciado, ya le servía pulque, ya le daba la mitad del *taco* de sus calientes tortillas. En el momento que Lamparilla buscaba una más intimidad, Cecilia se retiraba y lo miraba con un aire entre enojado y burlón, y concluía por reír francamente y comer con apetito y como si no estuviese Lamparilla junto de ella.

Lamparilla estaba enfrente de una ventana y tan entusiasmado, que nada había podido llamar su atención. Sin embargo, al soslayo creyó ver como una cabeza hirsuta que por momentos se levantaba al filo del bastidor y desaparecía después.

—La ventana de enfrente da á la calle ¿no es verdad, Cecilia?

—Da al callejón que se ha formado hace poco con la cerca del corral de enfrente, que estaba caída y ha reedificado hace un mes D. Antero para guardar *¿ontles* (1) de leña.

—Pues alguno nos espía.

—¿Quién se ha de acordar de nosotros?

—Te digo que nos han estado espiondo.

(1) Medida por la cual se vende la leña.

Lamparilla se levantó de la mesa, abrió la vidriera con tiento y se asomó á la reja. Un hombre, en efecto, daba vuelta en ese momento por la esquina opuesta del callejón de D. Antero, que así le habían puesto en el pueblo.

—Te decía bien; nos habían espiado.

Lamparilla salió precipitadamente á la calle, dió vuelta al callejón y siguió la dirección del espía, y nada encontró, todo aquel rumbo estaba desierto, y aun á mucha distancia no se veía ni una alma, pues ya se ha dicho que la casa guardaba una posición aislada.

—Es imposible que haya sido una ilusión,—dijo Lamparilla volviéndose á sentar á la mesa.—Juraría que hasta los ojos vi mover al que estaba en el borde de la ventana, pero nada, ni rastro; una indita allá á lo lejos y nada más.

—Yo nada ví,—dijo Cecilia,—pero si alguno estaba y usted no lo encontró, debe haberse ocultado en el corral de D. Antero, pues como no hay todavía nada que se puedan robar, la puerta á ocasiones la deja abierta el peón cuando va al pueblo á buscar su comida.

—¿Quieres que demos una mirada al corral?—le contestó Lamparilla.

—¿Y para qué dejar nuestro almuerzo por esta frioleira? Si alguno nos espiaba, nada malo vió, porque no es ningún delito el almorzar.

—Es verdad, pero la curiosidad, y luego se me pasa por la cabeza que ese hombre que vino con nosotros en la canoa se ha propuesto perseguirte.

—No deja de echar sus tiempos,—le contestó Cecilia.—Ya sabe usted, señor licenciado, que las mujeres tenemos mucho de aquello para conocer luego quien nos

enamora, pero aun así, no puede ser él, pues me han dicho en el pueblo que tiene un rancho arrendado que pertenece á la Hacienda Blanca, y linda con el monte de Río Frío, y apenas se le vé en el pueblo. Baja á comprar lo que necesita en un mal caballo flaco, se sube después al monte y nadie lo vuelve á ver.

—En fin,—la interrumpió Lamparilla,—si era él ú otro, debe haberse marchado del corral mientras nosotros hemos perdido el tiempo platicando. Acabaremos de almorzar tranquilamente, y después iremos por ese mentado corral de D. Antero.

A los platos que se han ya mencionado, siguieron otros igualmente apetitosos y excitantes, concluyendo con una ensalada de calabacitas con granos rojos de granada, y unos fríjoles gordos con sus chorizos y chicharrón, realzados por encima con su polvo de queso añejo, sus rabanitos y las hojas frescas y amarillosas del centro de la lechuga.

Cecilia se levantó, y ella misma quiso servir el café, que por cierto no era muy bueno. El té y el café los usaba únicamente como remedio para el dolor flatoso.

—Mientras usted fuma su puro, voy á dar una vuelta á la cocina, y me dispensará,—le dijo Cecilia echándole en un pozuelo de China el líquido más claro que lo que se acostumbra.

—Vé, hija mía, vé, y haz tus quehaceres como si yo no estuviese aquí.

Cecilia tomó el jarrito de Cuautitlan en que había hecho el café, echó una mirada cariñosa al licenciado, dejando ver, al dar una airosa vuelta, sus rosadas piernas desnudas y sus piés pequeños rebozando sobre el calzado de seda.

—Este café no está de lo mejor,—dijo en voz muy baja Lamparilla dando un sorbo y fumando en seguida un buen tabaco,—pero tengo de tomármelo todo, porque sería un desaire á Cecilia. No es de su cuerda el café ni los *misteses y rosbises*, como les dicen á la carne condimentada á la moda inglesa, pero en cambio ¡qué comida! ¡qué guisos tan sabrosos! Yo creo que si San Pedro tiene gusto, no comerá en el cielo más que á la mexicana.

Lamparilla acabó su jícara de café y continuó discutiendo:

—¡La sociedad! ¡La sociedad! ¿Qué es la sociedad? ¿Las gentes con quien tenemos negocios, el Gobierno, ó la ciudad entera? Todo junto es la sociedad, efectivamente, y ésta nos impone deberes á los que por fuerza tenemos que sujetarnos.

La sociedad dice que el chile, y las tortillas, y los chiles rellenos, y las quesadillas son comida ordinaria, y nos obliga á comer un pedazo de toro duro porque tiene un nombre inglés.

La sociedad califica de ordinaria también á la que no se pone medias, ni viste traje con un corpiño hasta el cogote. Cuanto mejor es un pecho opulento que se trasluce por entre el tejido de la camisa de lino, y unas piernas desnudas de una piel más fina que la mejor media francesa. No hay más que ver á Cecilia y que venga Dios y lo diga.

La sociedad quiere que los casamientos sean iguales. ¿Iguales en qué? ¿Cómo nací yo; cómo me educaron; en qué cuna de oro y de marfil pasé los primeros días de mi vida? ¿Dónde está mi tío el conde; ó mi primo el marqués? Nada, pobreza y miseria, y sin embargo, yo no

soy igual á Cecilia, no me puedo casar con ella porque al día siguiente mis condiscípulos del Colegio, que ya son jueces, que ya tienen su bufete acreditado, viven en casa sola y mantienen su coche, se burlarían de mí, y Cecilia, aunque la vistiese yo de reina, no sería recibida por esas viejas pretenciosas que los nobles tienen por tías, por madres y por esposas. Si me casara, acabarían mis relaciones, mis amigos, mi carrera, mi fortuna y tendría yo que renunciar á ser regidor, y diputado, y el juez de lo civil, y magistrado, y senador, y todo. Si me casara me perdería para siempre ante la sociedad. ¡Ira de Dios! pues aunque la sociedad no quiera, me casaré y tres más con Cecilia, con esta Cecilia que no tiene igual en México, y por otra parte, ganando, como creo ganar, el negocio de Moctezuma III, ¿qué me importan los demás clientes, ni para qué diablo quiero ser diputado ni senador? Tendré bastante dinero para tapar la enorme boca de la sociedad entera. Sí, me casaré, aunque el infierno entero se opongá. Me casaré y tres más.

Y tan entusiasmado estaba Lamparilla al recitar este admirable monólogo contra la sociedad, que ya hablaba en alta voz y dió una tan fuerte palmada en la mesa que hizo estremecer los restos de vajilla que habían quedado.

Cecilia salió alarmada.

—Creí,— le dijo al licenciado, — que alguna persona estaba aquí, y se estaba peleando y amenazando á usted.

—Nada, hija mía, nada, discursos que tengo la manía de estudiar en voz alta y me suelo entusiasmar, y en este momento tú eres la causa de ese entusiasmo, y á solas hablaba yo de tí y hacía el propósito de casarme contigo aunque me llevase una legión de demonios.

Y Lamparilla se acercó con la intención visible de abrazar á la frutera, pero ésta levantó el brazo como para impedirlo, y sonriendo y mirándolo cariñosamente le dijo:

—¡Qué cosas tiene el señor licenciado! Voy ya creyendo que se puede volver loco y que va á parar á San Hipólito. Deje para otra vez esas ideas, y si gusta iremos á dar una vuelta por el corral.

—Cabal; dices bien, y te lo iba yo á recordar.

Lamparilla, como todos los hombres cuando tienen una idea, piensan que cualquier incidente, por insignificante que sea, es favorable á sus designios.

—Tal vez,—se dijo entre sí,—Cecilia rehusa mis caricias dentro de la casa por miedo de que la vean sus sirvientas, y ha escogido el corral. Bien, en cuanto entremos cerraré la puerta con disimulo, le pondré la tranca con disimulo y allí los dos solos encerrados, muy valiente deberá ser si se resiste.

Cecilia salió por delante con su rebozo á medio embozar, y mirando siempre al licenciado con una expresión que él interpretaba como el primer acto de la deliciosa comedia que se iba á representar en el solitario corral de D. Antero. El succulento almuerzo y el pulque de piña con canela habían trastornado completamente el cerebro de nuestro buen amigo.

Cecilia, en una mirada sagaz de mujer, registró el semblante de Lamparilla y adivinó lo que pasaba en el fondo de su alma. Tomó la delantera, salió del patio de la casa, siguió el callejón y entró resueltamente al corral, cuya puerta estaba efectivamente entreabierta.

Lamparilla la siguió, entró detrás de ella y, como se había propuesto, cerró con disimulo la puerta. Cecilia

fingió no advertirlo, continuó andando, pero repentinamente se volvió, se dirigió á la puerta, la abrió de par en par y comenzó á gritar con una voz aguda que podía oirse á cien varas de distancia:

—¡Pantaleona, Pantaleona, tráete una barreta y una pala para hacer un joyo y enterrar al señor licenciado!

Lamparilla al oír esto se le paseó como un relámpago una idea: ¿Si esta mujer querrá cometer algún crimen?

—¿Qué dices, mujer?—le preguntó sin dejar traslucir su sospecha que pasó rápidamente.

—Lo que usted oye, señor licenciado,—le contestó Cecilia riendo;—haremos el agujero para enterrar un cabrito y hacerlo en barbacoa y comerlo el domingo próximo, y desde ahora está usted convidado, y el almuerzo, se lo prometo, será mucho mejor que el de hoy.

Lamparilla, á pesar de su viveza, quedó cómo avergonzado y corrido. En dos minutos Cecilia había destruído los perversos planes de su enamorado huésped.

No tardó efectivamente en venir Pantaleona con una barreta y pala, y, escogido el lugar, hizo en menos de diez minutos el agujero para la barbacoa del domingo siguiente.

—Este pedazo de tierra,—le dijo Cecilia,—es muy seca. Lo demás de este rumbo muy húmedo y la carne se echa á perder. Ya verá usted que no quedaré mal si usted da la vuelta por acá; pero vamos antes de retirarnos al corral á registrar por dónde pudo escapar el espía que vió usted.

Cecilia y Pantaleona delante, y Lamparilla detrás de ellas, examinaban el terreno y los adobes de la cerca.

—¿Ha descubierto usted algo?—le preguntó Cecilia.

—Nada, absolutamente nada.

—Pues yo sí y está claro.

—¿Cómo?

—Vea usted las pisadas que vienen derechitas desde la puerta hasta la esquina opuesta. En algunos trechos están borradas adrede, pero vuelven á aparecer, y aquí tiene usted una piedra grande donde debió subir el espía y al trepar rompió los ladrillos con que remata la cerca, vea usted los pedazos y el polvo de caliche en el suelo.

En efecto, las observaciones de Cecilia eran exactas, y concluyeron por convencerse todos de que por allí debía haberse escapado el misterioso personaje, añadiendo que no era la primera vez, pues á pocos pasos había aglomerado un montón de tierra para poder alcanzar el bordo, y ladrillos y adobes destrozados. Añadió además Cecilia, que ese personaje, cualquiera que fuese, apoyado en la cerca, debería haberla visto bañar, pues dominaba la ventana de su recámara.

Lamparilla se puso furioso con sólo la idea de que otro que no fuese él, hubiese podido ver desnuda á Cecilia, pero ésta lo tranquilizó diciéndole que las más veces, ó entrecerraba la ventana ó corría las cortinas y además, añadió, nada ha ganado ese bobo con mirar lo que nunca ha de ser suyo.

—No importa,—contestó Lamparilla.—Te juro que yo he de espiar á ese hombre, que sabré quién es, y que pobre de él, porque le pondré una asechanza de que no escapará.

En estas conversaciones, y paso á paso salieron del corral, cuya puerta cerró Pantaleona y entraron en la habitación.

—Me decías, Cecilia, que no te han faltado ocasiones y has tenido tus pretendientes...

—Y de todos tamaños y edades, y aquí tengo las cartas que prueban que no soy mentirosa,—y al mismo tiempo le entregó un paquete de papeles de diversos tamaños, y con un perfume de tierra, de cominos y de tocinería.

—¡Qué horror! ¿y qué clase de gente es esa con quién tú tratas?

—Yo con nadie trato, ellos son los que han querido tratar conmigo, pero se han quedado como el que chifló en la loma.

Lamparilla desdobló un papel, plegado en cuatro, y leyó:

«Tocinería del Enano, de la gran ciudad de Chalco. Bueno y barato. Manteca, tocino fresco, y jamón para toda clase de personas.»

Este letrero ó encabezamiento, estaba impreso en un papel teñido de amarillo. Después estaba escrito con letra gorda y torcida.

«Te *vide* ayer tan chula que me dieron ganas de escribirte, para decirte que tengo ya tres pesos semanarios con el patrón y la mitad de lo que se gane en la manteca que no sé lo que abordará á fin del año quentra, pero me quisiera ya casar contigo y no te lo había dicho por vergüenza, pero ya ves que cuando mandas á Pantaleona por lo que se te ofrece se lo doy á la *mitá* de lo que lo vende el Patrón. Conque contéstame un papequito ó dale un recado *pamí* á Pantaleona, y el domin-

go que matamos puerco te daré el chicharrón sin que me pagues nada. Adiós *tu*, no te olvides de tu marido Crispín.»

—¡Qué bruto!—exclamó Lamparilla tirando el papel, —¿y qué le contestaste?

—Pues nada; ¿para qué le había de escribir? Le mandé decir con Pantaleona, que para nada me servía su chicharrón, y que si me volvía á escribir ó se desmandaba en algo, que no se descuidara si le daba un buen manazo para que escarmentara y no fuera atrevido.

—Bien hecho, eso merecía ese animal,—dijo el licenciado, y continuó el registro del paquete de cartas.

—Aquí encuentro otra que no está tan apestosa como la del tocínero.

—¡Ah!—contestó Cecilia,—esa será la del Perfecto.

—Dirás del Prefecto.

—De ese mismo, afortunadamente se fué de general repentino, pues yo sabía que no era más que coronel, pero dizque hizo servicios en el pueblo persiguiendo á los ladrones de Río Frío y le dieron la banda. Léala usted, señor licenciado.

El licenciado desdobló una carta escrita en un papel satinado, que tenía en el extremo derecho un horrible cupidito tirando furiosamente flechazos á un corazón muy gordo. Eran las primeras muestras de papel propio para correspondencias amorosas que venían de París, y que valían hasta cuatro reales el plieguito con su sobre correspondiente.

—¡Qué Cupido tan deforme, parece más bien un muchacho de la calle!—dijo Lamparilla;—veamos qué dice este otro animal:

«Cecilia, te amo con furor, ni de día ni de noche descanso. En el día, los negocios y la persecución tenaz que hago á los ladrones, pero en las noches sólo pienso en tí, no duermo ni ceno bien, y cuando ceno de adrede mucho me vienen pesadillas horrosas, en las que tú apareces como queriéndome matar. ¿Qué será eso? Desde que vine á este condenado pueblo y por casualidad te vi, ya no tuve sosiego.

»Quería yo mucho á mi mujer, que es bonita, pero no más bonita que tú, y ahora te lo confesaré, ya no la quiero tanto, y tú tienes la culpa, y Dios te ha de castigar si no me correspondes, porque tú tendrás la culpa de que se descomponga mi matrimonio. Contéstame, pues ya sé que sabes escribir, y si no quieres, espérame el domingo cuando salga de misa de la parroquia y te vas á un rincón de por donde nadie pasa y allí hablaremos. Guarda el mayor secreto, porque si algo dices y me desprecias, te irá mal, pues ya conoces el poder que tienen en los pueblos los Prefectos, que puedan hacer diablura y media, y con estar bien con el gobernador nada les hacen. Cuento con tí, y con tu reserva.

»Quien tu sabes.»

—¿Y qué contestaste á esa carta?—le preguntó Lamparilla.

—Pues, nada respondí, sino que fuí el domingo al rincón de la parroquia, donde me había citado el Prefecto.

—¡Eso no es posible! Tú me engañas y no te creo tan mala.

—Espere usted, señor licenciado, y no se anticipe de malos pensamientos.

—Habla, habla, que no me vuelve la alma al cuerpo hasta que no me des una explicación.

—Señor Perfecto,—le dije,—usted es un hombre casado y yo una pobre mujer aunque honrada, y no he de desbaratar un matrimonio ni dar que sentir á una señora tan bonita, mejor que yo, que me parece lo quiere á usted y me parece también por lo que se vé que pronto le va á dar un hijo. Si me amenaza usted, mejor. Yo nada diré; pero si sigue usted persiguiéndome á todas partes, donde quiera que voy y parece mi sombra, me resolveré á contar el caso al señor cura y á la señora, y después usted hará lo que quiera, que yo más vivo en México, cuidando mi puesto, que aquí. Con que adiós, y me despedí y lo dejé abriendo tamaños ojos y como quien ve visiones.

—Bien, muy bien, Cecilia; no esperaba otra cosa de tí,—exclamó Lamparilla bailándole los ojos de gusto.

—¿Qué otra cosa había de hacer? luego si hubiera usted conocido al Perfecto, habría soltado una carcajada. La nariz torcida, arrugada, con una cicatriz muy fea en un cachete; calvo y pintado de negro el poco cabello que le quedaba; medio cojo, y con voz ronca que ríase usted de los becerros. ¡Y luego amenazarme: no faltaba más! No me volvió á escribir, ni á ver, y á poco se fué á México de general, como ya le dije á usted.

Lamparilla respiró y tomó otra carta del paquete de la correspondencias amorosa.

—Esa carta,—le dijo Cecilia, antes de que Lamparilla la abriera;—es ya otra cosa; es de D. Muñoz, del mismo que me ha dicho usted que lo han sacado en comedia, ó por lo menos será su primo, ó su tío.

—Ya te he dicho, mujer,—le interrumpió Lampari-

lla,—que ese «Muñoz Visitador de México,» que tan bien ha caracterizado en su drama mi amigo el poeta Rodríguez Galván, vino hace como trescientos años á México, y era de otra clase muy distinta de la de tu novio el tendero.

—Pues debe haber ese Muñoz dejado parientes, y yo insisto en que son de una misma familia;—respondió Cecilia echando un maliciosa mirada á Lamparilla, como para burlarse de su erudición.

—Ya no disputo, y supongamos que el tendero sea pariente del Visitador de México. ¿Qué tratos has tenido con él?

—Yo ninguno. Lea usted y se convencerá.

El licenciado desdobló la carta y leyó:

«Querida Cecilia. Desde la primera vez, hace como cuatro años, que entraste á la tienda con Pantaleona á comprar tu menestra, me caiste muy en gracia, por tu modo de hablar y tus maneras francas. Me pareciste una mujer honrada y he procurado indagar tu vida, y nada sé malo de tí. Yo era casado, como tú sabes, y como soy hombre muy sensible y honrado, nada te quise decir de amor. ¡Dios me ampare! pero en cuanto se murió mi mujer pensé en tí, y hoy que he cumplido el año de viudo he resuelto declararme y creo nadie del pueblo tendrá que decir de mí. Ya sabes que soy rico, mi tienda va cada vez mejor y me auxilio además con el contrabando del aguardiente. Me casaré contigo. Tú manejarás la tienda y yo me dedicaré al contrabando del aguardiente, para lo que cuento con tu trajinera y arreglaremos eso con los guardas de San Lázaro. Además tú serás la madre de mis siete hijos que han quedado huérfa-

nos los pobrecitos y dispondrás de todo lo que yo tengo, reunido con lo que tú tienes, ya será un bonito capital, con lo que nos pasaremos buena vida. A los muchachos chicos los pondremos en la escuela, y á los grandes los iremos mandando á México al colegio de San Gregorio, para lo que cuento con mi compadre Rodríguez Puebla. Conque es cosa formal. Si quieres casarte conmigo, piénsalo bien y me lo dices. ¿Qué haces sola? Una mujer sola corre riesgo. El día menos pensado te enamoras de un pillo que acaba con lo poco que tienes. No seas tonta. Cuando quieras platicaremos de esto en la trastienda.»

—¿Y qué le contestaste?

—Pues yo nada por escrito, porque además de que mi letra no es muy clara se me ha olvidado la ortografía que me enseñaron en la amiga y no sé con qué letra poner algunas palabras, pero le confieso á usted, señor licenciado, que me dieron tentaciones de decir que sí á D. Muñoz. Es muy rico, honrado, y no feo, y no tan viejo. Creo que no tendrá todavía cincuenta años, pero representa treinta, pero los siete hijos me dieron miedo. Yo tengo mal carácter, y por los siete hijos, que son muy voluntariosos y mal criados, no hubiéramos dejado de tener muchos pleitos. Fuí á la trastienda, platicamos largo, le dije que no me inclinaba todavía el casamiento, que me diera dos años para pensarlo, y él todavía tiene esperanzas y no deja de recordarme el negocio siempre que voy á la tienda.

Lamparilla no quedó muy contento con esta explicación, y con cierto mal humor tiró el paquete de cartas sobre la mesa.

—No, no quiero leer más. Todas estas cartas son de

unos verdaderos ordinarios y brutos que no te merecen, ¿para qué mortificarme más? y además se va haciendo tarde y el camino es largo.

Entre el paquete que en desorden cayó en la mesa, había una carta en papel fino y perfumado de almizcle.

—Esa carta es de D. Pioquintito, el hijo del dueño de la hacienda de Nextlalpa, que está por Texcoco, y de otra que está á media legua de aquí.

Lamparilla abrió apresuradamente la carta de Pioquintito.

—Para qué lo he de negar. Yo no soy hipócrita y digo lo que siento. Ese sí me gustaba. Si viera usted qué ojos, señor licenciado; qué fresco y encarnado de cara; qué bien hecho de todo su cuerpo y como 24 años; ya ve usted, buena edad. Los hombres de esa edad cuando no son enteramente feos y de buenas prendas, la verdad es que nos interesan á las mujeres, y no me extraño que haya muchachas que se vayan con ellos.

—Bueno,—dijo Lamparilla con un visible despecho, —y puesto que te gustaba y lo querías, ¿por qué no te casaste ó te fuiste con él?

—Eso es diferente; de que me gustaba sí, pero de irme con él, eso no. Lea usted la carta.

Lamparilla leyó:

«Tengo ya mi plan muy combinado, Cecilia, y la última vez que te hablé te dije que iba á ser algo de bueno y de provecho.»

—¿Conque platicabas con él? ¿y dónde?—preguntó Lamparilla con despecho.

—Y mucho, y eran todos los días, en el puesto de fru-

ta y aquí en Chalco. Creo que D. Pioquintito no hacía más que levantarse, persignarse y seguirme y hacerse enconradizo donde menos lo pensaba yo. Creo que al fin y al cabo me quería algo.

Lamparilla continuó:

«Por tí, Cecilia, resolví engañar á mi padre, y lo he conseguido. Me creía un perdido porque entraba á las dos y tres de la mañana á mi casa, los domingos me los pasaba en Chalco, como tú sabes, espíandote, aunque nunca logré que la cortina de tu recámara estuviese recogida, para verte en ese baño de yerbas olorosas que acostumbras darte. Picarona, ¿y por qué no dejabas tantito descubierto? pero vamos al asunto. A misa todos los días con mi madre. Los domingos al sermón de la Merced y alumbrando siempre muy devoto en todas las procesiones; nada de teatro ni bailecitos. A las nueve en mi casa y á las diez á la cama. Mi padre y mi madre encantados, adorándome, y se resolvieron á echar al administrador de la hacienda, que jugaba lo suyo y lo nuestro, y me han mandado para que me haga cargo de ella. Todo lo he hecho por tí. Créelo.»

—Maldito Pioquintito,—dijo el licenciado queriendo estrujar la carta.—Con razón estabas inclinado á él con semejantes hipocresías.

—La verdad es que si la carta hubiese acabado ahí, ó continúa de otro modo, quién sabe lo que hubiera hecho, porque el diablo pone las tentaciones y luego Dios no le da á uno fuerzas para quitárselas de encima; pero siga usted leyendo y verá usted que él mismo se cortó la cabeza.

Lamparilla ya no quería leer. Estaba molesto, pero la curiosidad fué superior á su mal humor, y siguió leyendo.

«El plan es éste, Cecilia: Sé, porque te he visto almorzar algunas veces, que guisas muy bien. Te vendrás á la hacienda en la clase de cocinera, para evitar el escándolo; me guisarás, me lavarás la ropa y me asistirás, y te daré seis pesos cada mes y cinco y medio reales de ración cada semana. Ya sabes que las cocineras por aquí no ganan más que tres pesos; pero eso no es todo, sino que tú podrás hacer tus ahorros y me haré el desentendido, y con eso te puede salir el mes por veinte y cinco ó treinta pesos, sin que mi padre pueda decir nada, pues sabe que me gusta comer en grande. Convenido. La semana entrante estaré ya en la hacienda. Date una escapadita y arreglaremos lo que tú quieras, y viviremos juntos eternamente, y para mayor seguridad haré que el capellán diga misa todos los días en la capilla, que asistan los peones y los criados, y la oiremos juntos de rodillas. Adiós, te espero sin falta.»

—Este sí es más bruto y más ordinario que los otros, —dijo Lamparilla muy alegre.—La primera parte de la carta no indicaba que sería tan miserable y tan ordinaria la segunda. O éste es un tonto ó un loco orgulloso.

—Eso, señor licenciado. Estos niños ricos de casas que se dicen nobles porque tienen cuatro tlaeos, se figuran que pueden disponer de las pobres con sólo guiñarles el ojo. No tiene usted idea de lo que sentí, señor licenciado, al leer la carta, y la verdad no me la esperaba, pues había sido fino conmigo como nadie. Toda la

sangre se me subió á la cabeza, y si lo hubiera tenido tenido delante, créame usted, le habría apretado el pescuezo.

—¿Qué hiciste al fin?

—A ese novio sí le contesté lo que verá usted copiado á la vuelta de la carta.

Lamparilla leyó la contestación:

«D. Pioquinto: Si tiene usted hambre puede venirse de mozo á acarrear fruta á la plaza, y le daré á usted ocho pesos cada mes, un real diario de ración, y le pagaré además la comida en los *Agachados* (1).»

—¿Te contestó algo?

—Ni una palabra; yo estaba decidida á armar un escándalo, y para ese caso me hubiera sido muy favorable San Justo, pues no lo podía ver. Un domingo tuvo el atrevimiento de tocar la puerta de la casa de Chalco, y Pantaleona le dió con el portón en el hocico. Jamás me ha vuelto á ver.

Lamparilla escuchó con interés y con júbilo el fin de estos amores, y como se iba haciendo tarde y sus caballos estaban listos, dejó para otra vez la lectura de otras muchas cartas, y se despidió de Cecilia, dándole su palabra de que, sin falta, estaría el domingo siguiente, antes de las once, á comer la barbacoa.

Las puertas del viejo caserón de Cecilia se abrieron

(1) Así se llamaban los puestos de comida que había en el callejón de Tabaqueros. Los manjares eran las sobras y desechos de las casas, que vendían las cocineras, y calentaban, revolvían y recomponían las vendedoras, y se podía comer pollo, costillas y guisados por medio real. Muchos pedían cuartilla de escamocha.

con rechinidos y trabajo, y el licenciado, hinchado como una lechuga y seguido de sus criados armados hasta los dientes, salió majestuosamente echando una amorosa mirada á la bella y honrada Cecilia, y picando con las espuelas al caballo, que dió un fuerte salto, demostrando así á su Dulcinea que era tan buen jinete como esforzado campeón, que desafiaba á todas las cuadrillas de bandidos de Río Frío, aventurándose á regresar á México á una hora tan avanzada de la tarde.

CAPÍTULO XLIII

Una noche en el Rancho de los Coyotes

FÁCIL es pensar que la cabeza que observó el señor Lamparilla desde el lugar donde estaba almorzando, no era otra sino la de Evaristo, y que las huellas que reconoció Cecilia eran también las del fugitivo, que no le convenía de ninguna manera el ser descubierto, y al efecto, para un caso semejante, tenía tomadas de antemano sus medidas, y su escondite preparado, detrás, ó mejor dicho, en el centro de unas sacas de carbón aglomeradas constantemente cerca del embarcadero por los Trujanos, y en las cuales Cecilia no había fijado su atención.

La vida del tornero, desde que llegó á Chalco, después del naufragio, había tomado diversas faces. En los principios vivió retirado en su cuarto del mesón. Salía á la hora del mercado, tendía sus montones de maíz en unas frazadas, vendía poco ó mucho, almorzaba sus fri-

turas y tortillas en el mismo puesto y pasaba horas debajo de una *sombra* de petate, ó platicando con los comerciantes vecinos, ó con los indios y criadas que le compraban el maíz, y tratando mañosamente de saber la vida y milagros de todos los vecinos de la ciudad, y especialmente la de Cecilia. A la tarde se retiraba y nadie lo volvía á ver hasta el día siguiente. En poco tiempo se formó una buena clientela de marchantes, porque era muy complaciente con ellos, y aunque no podía disminuir el precio corriente del maíz, porque eso le habría acarreado la envidia de los demás vendedores y despertado sospechas, sí *echaba colmos* con liberalidad, y con esto acudían de preferencia á él y gozaba de la mejor opinión. Un día de cada semana montaba en un caballo flaco y flojo y en vieja y remendada silla, y recorría los pueblecillos y ranchos cercanos para rescatar maíz, que pagaba al contado, y aun hacía sus préstamos y anticipaciones para obtenerlo más barato.

Esta era la vida aparente para lo que se llama el público, pero la positiva que llevaba era muy distinta. Evaristo tenía dos ideas fijas: *Cecilia* y *dinero*.

No podremos decir que Evaristo estuviese enamorado de la trajinera. La pasión verdadera, que se llama amor, no puede alojarse en corazones duros y rebeldes á todo buen sentimiento. El que había apaleado á su querida y matado á su mujer, no podía tener sino todo negro en su alma. Lo que acosaba á Evaristo, era, no sólo un capricho, sino un furor malsano por Cecilia, y había decidido en su interior que sería de él ó de ninguno, y que en caso de que no pudiese obtener sus favores y correspondencia, no sólo la mataría, sino que le haría sufrir antes cuantos horrores y martirios pudiese. En

cuanto al licenciado Lamparilla, estaba irremisiblemente condenado á muerte. No faltaba más que la ocasión, y Evaristo la buscaba, pero de modo que el atentado recayera sobre otra persona, y para combinar este crimen se devanaba los sesos y formaba planes diversos.

En las noches, especialmente las oscuras y tempestuosas en que ni los gatos ni los perros asomaban las narices, Evaristo rondaba por la casa de Cecilia, trazando planos topográficos como el más consumado ingeniero. Fabricó una fuerte escala de cuerda, y fijándola en una de las canales exteriores, penetraba en la casa durante las ausencias de Cecilia y de las dos Marías, ocupadas en México en el puesto de fruta. Hábil como era para el dibujo y las artes, aunque sin educación ni cultura, llegó á formar un plano exacto de todas las piezas y sus entradas y salidas; calculó la altura de las azoteas, los lugares donde podía ocultarse en el caso de una sorpresa, ó de evadirse una vez sorprendido, y tuvo la fortuna de que, en una de sus excursiones, encontrase abiertas las puertas de la habitación de Cecilia, que ya conocen los lectores, y fué para él una noche de delicias. Pasó revista al guardaropa y se consideró, formándose ilusiones, como en el cielo de Mahoma, entre las enaguas limpias y olorosas, entre los deslumbrantes castores y finos rebazos, y la primorosa colección de calzados de seda. Todo esto lo abrazó, lo besó, lo miró veinte veces, y concluyó por arreglarlo todo en el mismo orden en que estaba. Después entró á la recámara, quiso acostarse, aunque fuese cinco minutos en la cama, pero reflexionó que no era posible dejarla en el mismo estado, y Cecilia naturalmente haría un escándalo. Encontró sobre la mesa, y por un lado y otro, sartas de corales, hilos de

perlas, arracadas, anillos y algunas monedas de oro y plata. Todo lo dejó en su lugar. Era raro este descuido en la frutera, pero un día tuvo tanto que hacer recibiendo á los arrieros de Tierra Caliente, y luego le mandaron decir de México que San Justo volvía á la administración de la plaza, y alarmada con tan grave noticia, todo lo dejó en desorden, y en vez de embarcarse, alquiló una vieja carretela que solía hacer viajes, y regresó á la capital. En cuanto á Evaristo, no era todavía tiempo de robar á Cecilia su dinero y alhajas. Quería conquistarla, y si no lo lograba, se vengaría de cualquier manera.

Ya al amanecer salió como había entrado, por medio de su escala, muy preocupado, y al mismo tiempo contento porque descubrió en sus exploraciones un lugar, desde donde, á poco que no estuviese bien arreglada la cortina, podía ver bañar á Cecilia. El día que puso en planta su primer ensayo, tuvo la desgracia de ser observado por Lamparilla, y como se ha visto, escapó con dificultad.

En sus excursiones en busca de maíz fué un día á dar á la Hacienda Blanca, compró allí algunas cargas, una poca de cebada, y además un caballo regular del administrador, porque su caballo ya no podía andar. El bárbaro le había hecho con las espuelas unos grandes agujeros en los hijares que se le habían agusanado. Con estas relaciones y con nuevas visitas á la Blanca, se hizo de cierta confianza con el administrador y sirvientes, y platicando de una cosa y otra, vinieron á dar en las cuestiones de siembras, de cosechas y de la falta de seguridad, por cuya causa no se había podido arrendar un rancho muy productivo y de buenas tierras.

—Si usted se resolviera á arrendar á mi ama el rancho

de los *Coyotes*, se lo daría muy barato,—le dijo el administrador.

—¿Y dónde está ese rancho?—interrogó Evaristo.

—Pertenece á esta hacienda, y está aquí arribita en el monte. Hace años que está abandonado. No hay mayordomos que quieran servir, porque no pasa un mes sin que los espanten y los corran, porque dizque es la madriguera de los bandidos de Río Frío. Como usted parece hombre resuelto y que no le tiene miedo á nada, podía tomarlo. Tiene buenas tierritas, aunque un poco colgadas, y sus esquilmos de carbón y leña y unos cuantos magüeyes. Si á usted le acomoda hablaré á mi ama y pronto concluiremos el negocio.

—Aunque yo, la verdad, no tengo miedo á nadie, no me gustaría verme la noche menos pensada atacado por una cuadrilla de ladrones,—contestó Evaristo;—pero lo pensaré. ¿Se ha oído decir por aquí de algunos robos?

—Ni palabra: hace mucho tiempo estamos en la mayor seguridad; ¿pero qué quiere usted? le ha quedado la fama, y no hay quien lo quiera, ni dado.

Quince días después Evaristo abandonaba su comercio de maíz en la gran ciudad de Chalco, y se instalaba como arrendatario del solitario rancho de los *Coyotes*.

El tal rancho estaba situado en la falda de la montaña entre Chalco y Texcoco, y era necesario costear por estrechas veredas el alto y majestuoso cerro del *Telapon* para dar con la casa, que era amplia con un extenso corral, ocho ó diez piezas, dos *eras*, una troje grande y un portillo con su cercado, y guardaban el edificio, de uno y otro lado, dos torreones con almenas y troneras, como si fuese una fortificación de la Edad Media; pero todo en un estado de abandono y de ruina, que mate-

rialmente caían las paredes á pedazos. De las ocho piezas, dos apenas eran habitables, pues las demás tenían las vigas vencidas y podridas y amenazaban desplomarse la troje destechada, la gran puerta de entrada destrozada y los temibles torreones, inclinándose á la izquierda con los pedruzcos descubiertos y amenazando caer sobre el que junto á ellos pasara. En el cuarto de raya había una mesa de cedro, un estante, manojos de llaves, arados, coas, palas y barretas, pero todo mohoso, y el suelo y paredes con espesas telarañas y capas de polvo. Aquella casa y sus oficinas, situadas en una meseta de la montaña, estaban rodeadas de un bosque tan espeso y frondoso, que con todo y el sol radiante de los días de primavera, aquel lugar era oscuro, pues las copas de algunos fresnos viejos, formando como un colosal paraguas, daban constante sombra á la casa. Un ambiente húmedo, y perfumado con las resinas de los pinos y oyameles, producía una sensación indefinible en los nervios, y la soledad y el silencio, que sólo era interrumpido por la corriente de cristalinos hilos de agua que aquí y allá tropezaban con las piedras, aumentaba el extraño encanto de ese rincón de la montaña. Evaristo no hubiese dado, con el rancho, ni aun adivinado donde estaba, si no hubiese sido conducido por el administrador de la Blanca, que solemnemente le fué á dar posesión.

—Porque lo veo lo creo,—le dijo el administrador, mientras Evaristo descargaba una mula en que había conducido dos cajas que contenían ropa y provisiones;—pero no pensaba que hubiese quien se arriesgara á quedarse en este rancho. Más de cuatro que han venido, al encontrarse en esta escondida soledad, se han ido para

atrás y se han devuelto conmigo á la hacienda. La verdad es que tiene usted más valor que el que mató al animal. Con que, amigo, nos veremos, que tengo que estar en la hacienda antes de que anochezca, y las subidas y bajadas no dejan de ser peligrosas por los derrumbaderos, que ha visto usted que no faltan. Un tropezón del caballo y á la eternidad y para pasto de los lobos y coyotes.

Evaristo, que encontraba el rancho que ni mandado hacer para la ejecución de sus siniestros planes, sonrió como burlándose de las observaciones del administrador, y le contestó:

—¿Qué quiere, amigo? los pobres tenemos que acostumbrarnos á todo, y cuando es uno hombre de bien y tiene cuatro *tlacos* es fuerza trabajar. Si los ladrones vienen, para eso son las pistolas que le compré á usted y el fusil que me ha prestado. Se gastarán las paradas de cartuchos, y esto es todo.

El administrador apretó de buena fe la mano de Evaristo, asombrado de su valor y de su honradez, y pronto desapareció en el recodo de la vereda.

Cuando Evaristo acabó de descargar la mula y de desensillar su caballo, los condujo á la caballeriza y los ató al pesebre, que era una verdadera madriguera de murciélagos, que comenzaban á removerse, pues era ya la hora del crepúsculo, espantaban al caballo y á la mula y zumbaban sus alas muy cerca de las orejas de Evaristo. Echóles maldiciones, como salidas de tal boca, y volvió con su espada, dando tajos y reveses al aire, sin más resultado que espantar más á aquella numerosa colonia de *ratones viejos*, como les llaman los muchachos, y que hacía años que estaban en tranquila posesión de

la caballeriza. Reflexionando en lo inútil de su lucha, Evaristo pensó que había olvidado dos cosas muy esenciales, que eran una ración de cebada y algunas velas. Como la tarde se le iba á toda prisa y presagiaba una noche negra, se apresuró Evaristo á terminar lo que tenía que hacer para medio arreglar su instalación. Con una de las viejas coas cortó del monte pasto suficiente para los animales, limpió la basura del pesebre lo mejor que pudo y dejó cenando á los animales, ya menos espantados del aleteo de los murciélagos que sin cesar entran y salían.

Registró con más atención las piezas de la casa, que las sombras crecientes de la tarde hacían más lóbregas y tristes, y lo mejor que encontró para pasar la noche fué el rayador, que tuvo que despojar de los montones de basura que con las palas arrojó al patio. Tendió en un rincón sus armas de agua y su frazadas y colocó en vez de almohada su silla de montar, y con esto pasó el mal humor que le causaron los murciélagos, creyendo que iba á dormir como un patriarca. La falta de velas, la supliría haciendo una buena lumbrada frente á la puerta del cuarto, lo cual contribuiría á disipar la humedad.

Afanado y distraído con estos trabajos, pasó el tiempo sin sentir, y cerró la noche, efectivamente negra y húmeda, y comenzaron á escucharse los ruidos misteriosos de la montaña. Hasta ese momento no reflexionó Evaristo que estaba solo, enteramente solo en medio de aquel monte espeso, y como secuestrado é incomunicado con el resto del mundo. ¿Encontraría al día siguiente el camino para volver á la Blanca, ó á Texcoco, y proveerse de tantas cosas como le faltaban? Esta duda lo

hizo estremecer. No todas las veredas, formadas únicamente por el paso de los toros y vacas, estaban bien marcadas. Además, había puntos donde se dislocaban tres ó cuatro veredas, necesitándose descender hasta el fondo de las barrancas y subir por el lado opuesto, donde continuando la vereda á la izquierda y á la derecha no se sabía cuál camino se debería seguir para llegar á Texcoco ó á la Blanca.

Con las provisiones que había traído en una de las cajas tendría tal vez para ocho ó quince días. Pero si el administrador ó alguno de los criados de la hacienda no lo venían á ver, ¿qué haría?

En el bosque abundaban conejos, liebres, venados, y los árboles estaban cuajados de pájaros. Aunque no era cazador, algún animal había de matar con el fusil ó con las pistolas. Esta idea lo tranquilizó, y fiado en su memoria y en las prácticas de la vida campestre que había adquirido durante su residencia en la hacienda del conde del Sauz, estaba seguro que encontraría el camino en la mañana siguiente, y ya se traería un par de indios de la montaña que conocieran los senderos y encrucijadas, y le servirían de compañía y de criados y peones para comenzar los trabajos agrícolas á que de pronto tenía que dedicarse para el desarrollo de sus planes.

Evaristo soltó una carcajada burlándose de su pueril miedo, y haciendo un *huacal* con las ramas y leña que recogió en el monte, intentó darle fuego y mantener la lumbrada la mayor parte de la noche.

—Si logro que Cecilia,—dijo en voz alta,—me quiera, ó la engaño, me la robo y la traigo aquí, ¿quién la sacará de mis uñas? Ni todo Dios con su gran poder. Mía y no más que mía, y aunque grite y se desespere, nadie la

oirá, y yo además adiestraré á mis indios para que cuando llegue el caso me ayuden...

No es tan fácil,—continuaba hablando solo y tratando de encender el fuego,—Cecilia no es de esas mujeres que como corderos se dejan apalear y matar, como Casilda y Tules. Se defenderá y podrá ser que ella me mate á mí, y además es fuerte y atrevida, y en una lucha cuerpo á cuerpo quién sabe cómo iríamos. Se necesita un bebedizo que la haga dormir, que cuando menos le quite las fuerzas... ya pensaré. El boticario de Chalco, que me debe veinte pesos, y que sin duda está arrancado, pues no me ha pagado como otras veces, podrá proporcionarme algo... le diré que no duermo... que... ya veremos. Cecilia tiene de venir un día ú otro á este rancho, pero yo lo pondré limpio y arreglado como ella tiene su casa. ¿Si diera la casualidad que encontrase de pronto á Casilda? No sería tan malo; á esa á cuartazos la haría andar, y con todo, es á la única que de veras quiero, y que me hacía trabajar y ser hombre de bien... pero esos eran otros tiempos... y no hay que acordarse de ellos. Evaristo el tornero, el que tenía la tontera de dedicarse un año entero en hacer una almohadilla para que un roto arrastrado le diese de bastonazos en la calle de Plateros, ya no existe. Ya verá ese roto y sus iguales lo que se les espera conmigo.

En estas y otras reflexiones pasaba el tiempo. Evaristo estaba á punto de acabar con su yesca y con el manajo de pajuelas que tuvo la precaución de traer, y la leña y ramas húmedas no podían arder. Oscura completamente la noche, Evaristo entró á tientas á las piezas á buscar palos, leña, ó siquiera basura seca para alentar la hoguera, y no encontró más que la única silla quemable

en el rayador, pues la otra era una especie de butaca de vaqueta.

A punto de concluir la última pajuela, un trozo de la silla que había hecho pedazos contra el suelo, prendió fuego y en breve hizo una buena lumbrada entrando de nuevo á las piezas á buscar alguna otra cosa, á fin de que la lumbrada durase toda la noche hasta que tropezó en lo que había sido comedor con un estante de pino apollillado. Con facilidad le arrancó una puerta, que hizo rajas con la barreta, y en breve logró un foco que alumbró las negras profundidades del espeso bosque. Evaristo, fatigado, se sentó junto al fuego á meditar y combinar el giro que debía dar á su vida para llegar á los dos resultados á que aspiraba: *Cecilia y dinero*, pero mucho dinero, porque la lujuria y la avaricia se habían por completo apoderado de su alma.

A cosa de la media noche los aullidos de los lobos y coyotes, que al principio había escuchado muy lejanos, y en los que distraído con sus maquinaciones no había fijado su atención, se hicieron más perceptibles y cercanos, mezclándose de vez en cuando algún rugido de tigres.

Evaristo no había pensado en las fieras, que abundaban en ese monte. Olfateando carne que devorar y atraídos por la lumbre, andaban ya muy cerca. Entró al cuarto en busca de las armas y resolvió sostener la lucha. Una hora después los enemigos estaban muy cerca y en gran número. Evaristo disparó hacia el punto donde le parecía por el terrible y descompasado concierto que venía el ataque, sin más resultado que aumentar la furia. ¿Si será mi suerte morir devorado por estos animales feroces?

Evaristo era un hombre compuesto de miedos pueriles y de atrevimientos salvajes. Todo campesino sabe que si las hogueras atraen á las alimañas del monte, también le tienen miedo al fuego y que es un resguardo estar junto á él.

En el pánico que le sobrecogió y que lo hizo temblar, lo mejor que pensó fué apagar la hoguera con tierra y entrar y encerrarse en el cuarto, sin pensar que las víctimas deberían ser el caballo y la mula, cuyo albergue no tenía sino unas trancas débiles y carcomidas. Atrancó bien con las barretas y palas, y no contento con esto arrimó la mesa contra la puerta, y considerándose seguro y fatigado por otra parte con la caminata y trabajo, se echó en su improvisada cama, y no tardó diez minutos en dormirse.

Un punzante dolor, como si le hubiesen picado el muslo con una lesna, lo despertó. Acudió con la mano, y un piquete igual en el dedo lo hizo saltar y sentarse. Un tercer piquete en una nalga lo hizo poner en pié y lanzar un grito de dolor y de rabia. Por sus piernas y espaldas sentía la carrera de los alacranes. Se quitó precipitadamente la camisa, haciéndola pedazos, no sin recibir tres ó cuatro lancetazos más. En sus calzoncillos había ya un nido de cochinitas y de la multitud de insectos que se habían criado con la humedad y basura de aquel cuarto donde hacía cinco años que no había entrado alma humana. Pero un ruido seco y compasado, que cesaba y volvía á comenzar, le indicó que había debajo tal vez de su silla de montar una culebra de cascabel. Evaristo se llenó de horror, se encomendó á Dios y se puso á llorar como un niño. Es el último día de mi vida. Voy á morir aquí encerrado en esta tumba y ma-

tado por estas culebras, pues muchas debe haber en esta infernal caverna.


No se atrevía á dar un paso y escuchaba con horror el ruido de los cascabeles, ya por un rincón, ya por otro, y se figuraba, y con razón, que el suelo estaría lleno de serpientes, y un paso sobre alguna de ellas era la muerte instantánea y segura. Algo tenía que hacer: le ocurrió una idea salvadora, y fué subirse á la mesa. ¿Descalzo con el calzón blanco desgarrado, cómo atravesaría desde su rincón hasta la puerta donde había colocado la mesa, sin ser mordido? El ruido cercano del cascabel, le dió ánimo, se movió, y á tientas y con dificultad, pues se le había vuelto el cuarto de arriba abajo, logró encontrar la mesa y trepar á ella.

El peligro y susto que le causó la certeza de que había cerca de él serpientes que mataban con su mordida, ocasionando horas de horribles ansias y tormentos, le habían hecho olvidar los piquetes de los alacranes, menos venenosos en la tierra fría, pero que le causaban dolores agudos y un escalofrío, que era más fuerte, hallándose completamente desnudo y de pié en el único refugio que le reservó la Providencia, siempre compasiva aun con los más endurecidos criminales. ¡Qué noche! El viento chiflando por las rendijas de la puerta vieja, y casi desarmada del cuarto, los rugidos de los tigres y descompasados y aullidos de los coyotes que se disputaban la carne de la mula y del caballo, y en los pocos instantes de silencio el ruido monótono y aterrador de los cascabeles de la culebra. Evaristo dando diente con diente y con la cabeza como un volcán y la lengua espesa y gorda que no cabía ya en su boca. ¡Qué noche! Los minutos le parecían años y las horas siglos.

En medio de esta oscuridad y de este horror, Evaristo veía clara y distintamente el cadáver de Tules, con sus ojos dulces y resignados y derramando borbotones de sangre por el ancho agujero de su herida. Evaristo creía estar ya en el infierno, y que el sol no volvería ya á salir. Se figuraba que llevaba años de estar temblando, y esperando la muerte, subido y como clavado en aquella maldita mesa.

CAPÍTULO XLIV

Evaristo se convierte en un honrado agricultor

L sol salió como de costumbre, despertando á los pájaros cantores, pintando de esmalte verde las hojas de los árboles, húmedas con el rocío, y de variados azules las lejanas montañas. Las fieras y alimañas, saciadas con su banquete nocturno, volvieron á sus madrigueras, y la culebra de cascabel entró á su agujero, esperando cazar un ratón ú otro animalillo, ya que no había tenido el acierto de morder un talón del réprobo que vino á turbar su reposo.

La luz hizo un bien á Evaristo, que fué recobrando, no sólo su ánimo, sino sus feroces instintos. Descendió, sin embargo, de la mesa con mucha precaución, abrió la puerta de par en par, registró cuidadosamente su ropa y calzado para cerciorarse que no quedaba pegado ningún alacrán, se vistió y salió á la caballeriza. El caballo y la mula, mal atados al pesebre, seguramente en los momentos en que fueron cercados por los lobos, y tal vez

por un tigre, queriendo huir ó defenderse se ahorcaron con el cabestro que tenían al cuello, y fueron pasto de las fieras. Del caballo no quedó más que el esqueleto. De la mula había todavía una mitad que serviría para la cena de los lobos en cuanto se hiciera de noche. ¡Lo que los pobres animales sufrieron al ser devorados lentamente á mordiscos, no se puede ni imaginar sin dolor y lástima! pero á Evaristo no le pasó por la imaginación eso, sino que echando un juramento contra los coyotes, contra los alacranes, y sobre todo contra la culebra de cascabel, á la que se proponía buscar y matar, pensó en la pérdida de los veinte y cinco pesos que le había costado la mula, y de los cuarenta que había dado al administrador de la Blanca por el caballo. ¿Qué hacer? ¿Pasar otra noche terrible como la que había precedido? Imposible, las culebras y los alacranes saldrían de sus agujeros y lo devorarían. Los lancetazos de los alacranes se le habían inflamado, y sentía, no obstante lo fresco de la mañana, que tenía fiebre y la lengua torpe, gruesa y seca. Lleno de miedo recogió y sacudió sus arneses y frazadas, las colocó sobre la vieja mesa, que fué su tabla de salvación, y resolvió ponerse en camino. Cuando vino á tomar posesión del rancho con el administrador, andando á buen paso dilató cosa de cinco á seis horas. A pié necesitaría doble tiempo. ¿Sabría el camino? ¿se extraviaría y caería en una barranca? Quién sabe; todo lo prefería antes de pasar la noche en el cuarto de raya de la famosa finca de los Coyotes.

Echó á andar con sus pistolas ceñidas en la cintura y un jorongo, dejando el resto de su equipaje lo mejor acondicionado que pudo, y una media hora después había descendido por una barranca poco profunda y subi-

do á la orilla opuesta, tomando la vereda de la izquierda, que iba gradualmente elevándose por entre árboles que cada vez eran más espesos. A las doce del día estaba en los cortados del *Telapón* (1), y unos postes, colocados al parecer sin orden ni concierto, marcaban sin duda los límites de la hacienda de Zoquiapan con la de Coxtitlan ó cualquiera otra, pero allí desaparecía la vereda y apenas se descubrían senderos hechos por el ganado, que partían de allí en diversas direcciones, y repentinamente desaparecían entre la espesura del pasto y ramajes. Evaristo perdió la cabeza, adolorida con la fiebre. El cansancio de la subida hacía imposible que continuara su marcha, y cayó sin fuerzas, creyendo que tendría que pasar la noche en el bosque, donde sin duda sería atacado por los tigres. Casi sentía no haberse quedado en el rancho. Habría podido limpiar el cuarto, improvisar una cama con tablas, tapar el agujero donde vivía la culebra de cascabel y pasar, en resumen, una buena noche; pero de nada le servían estas reflexiones. Cayó en la yerba, y en una ó dos horas no supo, si sueño, sopor ó desmayo le privaron de toda sensación. Despertó al fin, sacó, como quien dice, fuerzas de flaqueza, y se volvió á poner en camino, retrocediendo hasta la orilla de la barranca. Allí tomó la vereda de la izquierda, que era el camino recto, y como de bajadas, antes de oscurecer divisó la torre de una iglesia, que debería ser de Chalco, de Texcoco ó de cualquier otro pueblecillo, poco le importaba; la misma torre le serviría de guía y llegaría, aunque fuese muy de noche, á un lugar poblado donde

(1) Cerro muy elevado de la cordillera de montañas que circunda el valle de México.

encontraría un mesón ó un jacal en que pasar la noche; pero la torrecilla que había visto tan cerca, que como quien dice, podía alcanzar con la mano, se le alejaba, y á medida que andaba, la perdía de vista en los tornos, subidas y bajadas, y la volvía á descubrir cuando se hallaba en alguna altura, hasta que por fin, la perdió enteramente de vista cuando acabó de cerrar la noche, bien que no fuese ni oscura ni lluviosa. No hubo más remedio, siguió caminando adelante, sin tomar ninguna vereda, y no supo cómo ni á qué hora, se encontró en el pueblo de *Tepetlaxtoc*. Ni mesón, ni casa, ni choza abierta. Todo mudo y silencioso, y hasta los perros, que velan y ladran en los pueblos la noche entera, dormían profundamente. Llegó casi á tientas hasta la plaza, y la fortuna le deparó el tejado de una pulquería. Se acomodó en un banco de ladrillo, y rëndido y desconyuntado no tardó en dormirse profundamente.

A la mañana siguiente, cuando despertó con los primeros rayos de la luz, se encontró sin su jorongo y sin sus pistolas. El pacífico pueblo de *Tepetlaxtoc*, del que tendremos que hablar más adelante, comenzaba á crear fama y aspiraba á competir con el antiguo y bien sentado renombre de Río Frío.

Levantóse azorado, miró á todas partes y llevó sus dos manos á su cintura. ¿Le habrían robado la faja en que tenía sus onzas de oro? No, todo estaba intacto. Casi se alegró de que sólo le faltasen el jorongo y las pistolas. ¿Quién se las quitó? Imposible de saberlo. La pulquería cerrada; el pueblo dormido todavía. Una serie de inditas trotando, cargadas con su *quimil* (1) en las espaldas

(1) Ayate donde cargan fruta, maíz ó cualquiera otra cosa.

atravesaban la plaza; los perros, esperezándose y oliscando el suelo, se dirigían hacia el desconocido y plegaban la boca enseñando á Evaristo sus colmillos amenazadores. ¿Qué hacer? ¿á quién reclamar? Gruñendo malas palabras contra el pueblo ladrón, esperó á que se hiciese más de día, se levantaran las gentes y pudiese encontrar un caballo alquilado, ó siquiera un burro, y un guía que lo condujese á la hacienda Blanca.

Para no dejar en duda al lector y que le parezca inverosímil el daño que la mala gente hizo á nuestro benemérito tornero, le diremos que el robo lo cometió el mismo dueño de la pulquería. Evaristo, al acostarse en la banca de ladrillo, habló recio maldiciendo á los coyotes, á la culebra, á la hora maldita que le había ocurrido arrendar el desmantelado rancho, tosió, escupió el polvo que se había tragado en la mañana en el camino, sacó lumbre, fumó, rezó sus acostumbradas devociones, que se reducían á pedirle á Dios que permitiera que Cecilia cayese en su poder y le diese la ocasión de encontrar á Lamparilla en un despoblado para hacerle pedazos, y concluído esto le vino el sueño y se quedó como una piedra, con la boca medio abierta y roncando como un bienaventurado.

El pulquero, que dormía tranquilo, rodeado de su mujer, de sus hijos, de sus dos cuñadas y de dos criados, todos revueltos en los petates que les servían de cama, en lo que podemos llamar el salón, oyó ruido, se levantó, puso el oído en las rendijas de la débil puerta que daba á la calle, escuchó cuanto dijo Evaristo, sin comprender gran cosa, y esperó. Se fijó únicamente en el nombre de *Cecilia*. El conocía á Cecilia, que más de una vez había ido á comprar maíz y trigo á *la Grande* y

á *la Chica* (1), y había hecho alto en la pulquería, y aun almorzado con la familia; pero podría ser otra Cecilia ó la misma, pero en uno y otro caso poco le importaba. En estas y otras reflexiones pasó más de un cuarto de hora, y no oyendo ya ruido, abrió con mucho tiento la puerta, salió y examinó al descarriado viajero, observó que dormía profundamente, que junto á él había dos pistolas, y el jorongo que lo cubría estaba flojo y medio caído al suelo. Se apoderó de las pistolas, solivió el jorongo, y con el mismo tiento y precaución se entró en su casa y volvió á cerrar la puerta.

—Si mañana le ocurre reclamar,—se dijo el pulquero,—no podrá pensar que yo he podido salir de mi casa para robarlo, y si quiere armar escandalito, lo llevaré al alcalde como mañoso que se ha introducido en el pueblo.

Acostóse después de hecha esta reflexión, y se durmió dando gracias á Dios, de que le había proporcionado un ahorrito, pues así llamaba á los robillos que cometa cada vez que se le presentaba la ocasión.

Volvamos á Evaristo.

Ni por la imaginación le pasó que el dueño de la pulquería fuese el autor del robo; así que luego que se abrió, entró y lo encontró muy afanado limpiando sus tinajas y su mostrador y esperando un chinchorro de burros, que no tardaron en llegar, cargados del excelente licor de la hacienda de Manuel Campero.

Acabadas las ocupaciones, Evaristo trabó conversación, y tomó lenguas, como quien dice, para lo que le

(1) *La Grande y la Chica* son dos haciendas situadas cerca de Texcoco, que han pertenecido, y parece que todavía pertenecen, á la familia de Cervantes.

importaba, sin decir ni una palabra de las prendas que le faltaban.

El pulquero, muy amable y campechano, satisfizo á todas las cuestiones de Evaristo, y le indicó una casa del frente donde había un vecino que podía alquilarle un caballo y guiarlo hasta la Blanca.

—Amigo,—le dijo,—caminará con toda seguridad y llegará temprano á la Blanca, porque ya se han descubierto por estos rumbos varios mañosos que no dejan de hacer su daño al pueblo; y le diré la verdad, si yo lo hubiera sentido á usted anoche, quizá le habría ido mal y dormido en la cárcel, ó lo hubiera lastimado. Esos fusiles que ve arrimados á la pared, siempre están cargados por lo que pueda suceder: ¿quién quita?

Evaristo quedó muy agradecido al pulquero, y dirigiéndose al vecino, se arregló con él, y después de tomar una taza de atole y un pambazo, se puso en camino, acompañado de su guía, para la hacienda de la Blanca.

Cuando el administrador de la Blanca vió á Evaristo en tan lamentable pelaje y escuchó la narración de la horrorosa noche, se quedó admirado de que hubiese podido resistir á tanto contratiempo, y consideró que no llevaría á cabo su contrato, y el rancho de los Coyotes quedaría de nuevo abandonado.

—La verdad, amigo,—le dijo,—es que no deja de haber sus alacranes y sus culebras en la casa y sus fieras en el monte, pero eso no es nada; todas las casas viejas y los montes viejos son así, y culpa de usted fué no dejar á las bestias dentro de una de las piezas de la casa, y así usted y ellas habrían pasado mejor noche.

—Los cincuenta ó sesenta pesos que he perdido es lo que me pica,—le respondió Evaristo,—que por lo habla-

do, las bestias tienen la culpa y no yo; ¿por qué no se defendieron? pero eso no hace al caso, sino lo del arrendamiento. Yo no puedo pagar por eso que no es finca ni maldita la cosa, los 200 pesos cada año que hemos convenido. ¿De dónde voy á sacar 200 pesos, aunque me deje comer por todos los alacranes y culebras que hay en la maldita casa? Me prestará una mula y unos peones, saco lo que tengo ahí, y asunto acabado, que más cuenta me tiene seguir vendiendo mi maicito en Chalco y tener una vida quieta como un hombre de bien.

El administrador, que veía que iba á perder la única ocasión de arrendar el rancho, le hizo varias proposiciones rebajándole la renta de cinco en cinco pesos, pero Evaristo, inflexible, repitió su resolución de abandonar el negocio.

—Vaya, por último,—le dijo el administrador,—por este año nada me dará de renta; el año entrante pagará sólo cien pesos, y el tercer año, que ya tenga sus cosechas y en corriente el esquilmo del carbón, serán cuatrocientos pesos, por toda renta.

—Ya eso da en qué pensar, y si me convida á almorzar, que casi muero de hambre, hablaremos después como hombres de bien.

—Si no es más que eso, debemos considerarnos como arreglados. En media hora que gastaré en dar una vuelta por las labores, estará la cocinera lista, y mientras, piense en qué pueda auxiliarte la hacienda, que con voluntad lo haré, seguro de que la ama nada dirá en contrario.

El administrador montó á caballo y se fué al campo; Evaristo pagó y despidió á su guía y quedó registrando el cuarto de rayas, examinando la posición del corral y

de los trojes, la huerta y el camino real, las veredas, las torrecillas de los pueblos que se descubrían desde la azotea á donde subió, orientándose para no volverse á ver en apuros y pensando en todo el partido que podía sacar de su mala noche.

En esto volvió el administrador, y como en efecto estaba la mesa puesta, sentáronse los dos ya de buen humor y dispuestos á cerrar el trato. El almuerzo fué como todos los almuerzos de las haciendas de tierra fría. Un buen carnero en mole aguado, sus frijoles *parados* sin sal, *rimeros* de tortillas calientes y jarros de *tlachique*. Cuando hay mucho lujo ó es domingo, suele añadirse como postres miel de maguey, queso de tuna y algunas gorditas con manteca.

Como el apetito no faltaba, los dos comieron y bebieron alegremente, y estaban acabando, cuando entró un mozo, diciendo al administrador que acababa de llegar una cuadrilla que venía de Chalma, donde la gente es trabajadora y buena.

—Ya tenemos compromiso,—dijo el administrador al mozo,—de tomar á la cuadrilla que trabajó el año pasado en Tepetitlan, y ya la tenemos experimentada. Un poco flojos, pero escardan muy bien y vale más malo conocido... Dí que les den unas tortillas y un poco de chile, y que se vayan á buscar trabajo á otra parte.

El mozo salía con el recado, cuando el administrador lo detuvo.

—Diles que esperen un poco, y dales mientras de comer.

Es necesario para los que no conozcan la vida del campo en México explicarles lo que es una cuadrilla. Los trabajos agrícolas se hacen de dos maneras: ó por

gentes que viven *avecindadas* en las haciendas en unas miserables chozas inmediatas á la casa principal y á las trojes y oficinas, ó por los vecinos de los pueblecillos más ó menos numerosos inmediatos á los linderos, y que las más veces están en disputa con los propietarios por cuestiones de tierras ó el hacendado los aleja é invade los terrenos ó los pueblos, arriman sus zanjas y se toman cuando menos los potreros de las grandes fincas. ¿Quién tiene razón? Es de creerse que las más veces la tienen los indios, que en último caso fueron los primeros propietarios de la tierra y que tradicionalmente poseen pequeñas porciones donde apenas cabe su jacal de palma y cuando más cuatro ó seis cuartillos de maíz de siembra. Debemos recordar que negocios de esta clase ocuparon en su pueblo al insigne licenciado D. Crisanto Bedolla. Hay otras haciendas que por falta de terreno, por economía ó por cualquiera otra razón, no tienen *real* (1), como llaman en las haciendas de caña y azúcar, y reciben cuadrillas ambulantes de indios ó las mandan buscar á grandes distancias. Recogida la cosecha, las cuadrillas se marchan á otra parte, y la finca queda con unos sirvientes para la cocina, carros y cuidado del ganado.

Estas cuadrillas son bajo varios aspectos muy curiosas, y recuerdan las costumbres anteriores á la conquista de la clase que se llamaban *macehuales*, destinados, casi como los antiguos ilotas, al servicio y trabajo de las tierras, sin que jamás pudiesen salir de esa condición y apenas mantenerse con el escaso sustento de maíz que ganaban con el sudor de frente.

(1) *Real*. Pueblo á veces muy considerable que está dentro de los linderos de las haciendas.

Hay una masa considerable que pasa de miles de indios, que no tiene ni tierras, ni casas, ni residencia fija. Caminan como peregrinos grandes distancias en busca de trabajo, sin más equipaje que un sombrero de petate, un calzón corto de lienzo ordinario de algodón y un capote erizado, hecho con hojas de palmas y que les da el aspecto singular que tendrían los primeros habitantes de la tierra. Llevan con ellos á sus mujeres y á sus hijos casi desnudos aun en la estación del invierno. Las mujeres, enredadas en unas tres varas de lienzo de lana azul, cargando en un *ayate* á sus hijos en las espaldas que se duermen y van colgando y columpiando las cabezas de uno y otro lado. Callados, sobrios, humildes, resignados con su suerte, son al mismo tiempo muy hábiles y prácticos en todas las operaciones para la siembra del maíz, que se cultiva en México como en ninguna parte del mundo, y en este ramo nada tiene que aprenderse en Europa, y sólo sería de desearse la mezcla y el cruzamiento de diversas semillas mexicanas con las extranjeras, para que cada año fuesen más lozanos y variados en clases los campos ó *milpas*, como se les llamaba entre los aztecas. Hemos dado alguna idea al principio de esta revista de costumbres nacionales, de la miserable vida de los indios que han quedado cerca y dentro de la misma capital, y ahora añadimos algunas líneas relativas á los que viven ó vagan en el campo.

Durante el tiempo de los trabajos agrícolas se alojan en chozas de ramas, y zacatón, que nunca faltan en las fincas, ó ellos las construyen, y cuando han acabado su contrata y percibido el fruto de su rudo trabajo que comienza ordinariamente á las seis de la mañana y concluye á las seis de la tarde, se revisten con sus erizadas

capas, las mujeres cargan á sus hijos en las espaldas, y las que no los tienen están obligadas á cargar el metate y algunos canastos y el *itacate*, que se compone de gordas de maíz mal martajado, que calientes y acabadas de hacer no son del todo malas, pero que frías, sólo pueden mascarse por los dientes, blancos y fuertes, comunes á toda la raza indígena. Si tienen algunas nociones de religión tradicionales ó enseñadas por algún cura de un pueblo, cantan en coro el *Alabado*. Se despiden antes de salir la luz, besan la mano del administrador, y tomando un trote uniforme y compasado como una tropa al sonido del tambor, salen muy contentos de la hacienda prometiendo volver el año siguiente. Hay algunas otras cuadrillas hoscas y fieras que ejecutan su trabajo sin hablar una palabra, y desaparecen á la media noche sin cantar, sin despedirse de nadie y sin hacer promesa ninguna de volver.

¿A dónde van esas cuadrillas? Algunas á un pueblecillo ignorado y escondido que han dejado solo y abandonado y que vuelven á encontrar á veces desmantelado por el paso de algún ganado que se comió ó desbarató parte de los techos de las chozas, otras con algunos perros y *guajolotes* (1) salvajes que se han refugiado cuando el invierno es algo sensible; pero la mayor parte de estas tribus errantes desde que reconocen su rumbo, ganan la parte montañosa y boscosa del país y se establecen en el lugar más escondido que juzgan favorable para satisfacer las poquísimas necesidades de su vida. Construyen sus jacales, amontonando y colocando con arte unas piedras con otras, como los antiguos etruscos, y te-

(1) *Guajolote*. Pavo silvestre. Es originario de México.

chando un corto cuadrilongo con ramas y hojas de los árboles. Donde hay magueyes silvestres, el techo es magnífico y mejor que el que se pudiese construir con la mejor teja de barro. En el camino compran con el dinero que ganaron, y que conservan intacto (pues en la hacienda donde trabajaron les bastó su ración de maíz), gallinas, guajolotes, algunas varas de *manta* (1), velas de cera, y el maíz que calculan bastante para la tribu en el tiempo que estarán sin trabajo. Cuando vuelve la época de la peregrinación, abandonan el pueblo improvisado, muchas veces lo queman, y si el viento sopla recio se comunica el fuego al monte y hay un incendio que destruye miles de árboles, pero esto no les importa y caminan días y días vendiendo por el tránsito huevos y manojos de pollos y gallinas, alimentándose con sus gordas secas y atole cuando lo encuentran, hasta que concluyen por llegar á una hacienda donde les dan trabajo y los abrigan durante cuatro ó seis meses.

Terminada esta digresión, que no deja de tener interés por lo que el lector verá más adelante, sigamos con nuestros dos agricultores.

—Sabe amigo,—le dijo el administrador,—que he mandado detener á la cuadrilla para lo que pudiera venirle, y si después que hablemos no le gusta, fácil es que se vayan los indios, que al fin unas tortillas y un poco de chile no le duelen á la ama, que siempre encarga que no se despache á ningún indio sin haberle dado algo. Lo mismo soy yo, y es raro, porque otros administradores, lo que suelen dar á los indios son cuartazos y

(1) *Manta*. Lienzo blanco ó trigüeño de algodón que se fabrica en México y que consume sin excepción toda la clase indígena de México.

palos en vez de pan ó tortillas, por eso á la hora que necesitan gente, trabajo les cuesta encontrarla y tienen que pagarla hasta á cuatro y cinco reales, pero vamos á nuestro asunto. Si usted ajusta á esta cuadrilla baratita yo le ayudaré, puede usted limpiar la casa, rozar un poco el monte y comenzar á hacer carbón, y si estos indios no saben, yo le prestaré dos carboneros de la hacienda que los enseñarán.

—No dice usted mal,—contestó Evaristo,—pues que firmaremos las condiciones que me ha hecho y que me convienen, fuerza es que no me esté con los brazos cruzados.

—Pues al avío, amigote,—le contestó el administrador muy contento,—y cuente en todo con la Hacienda.

—Y bien que tengo de contar, pues que sin ella no podría hacer gran cosa, porque el capitalito que con años y años de trabajo he reunido es menester cuidarlo;—y esto diciendo desató la cintura que tenía debajo del chaleco y mostró algunas onzas de oro al administrador.—Me va usted á vender,—continuó diciendo,—un regular caballo, un par de burros, á prestar algunos fusiles é instrumentos de labranza y á mandarme dos cargas de maíz para racionar á la gente y á darme un guía, para reconocer el camino y no extraviarme más. Por de pronto me prestará un caballo y me marcharé á Texcoco, para comprar algunas cosas necesarias. En el paraíso nuestro padre Adán se mantenía con fruta, pero en el tal rancho no hay ni cosa que se lo parezca.

—Y como que hay,—le respondió el administrador riendo,—con los *madroños* sobra, y con esto y unas tortillas duras, viven los carboneros, pero poniendo de lado esto, ya le he dicho que cuente conmigo y voy á man-

dar que le ensillen un caballo y que lo acompañe un mozo. Yéndose por la vereda, no está lejos Texcoco, y antes de que oscurezca estará de vuelta y lo esperaré á cenar.

Evaristo montó á caballo, hizo su excursión á Texcoco, donde compró lo más necesario para pasar unas semanas en el desierto que iba á habitar, volvió antes de oscurecer, cenó amigablemente con el administrador, y toda la plática, hasta que se acostaron, fué de los preparativos que había que hacer el siguiente día.

En efecto, amaneciendo Dios, Evaristo, montado en un arrogante caballo, con un mozo á la izquierda que lo servía de guía, y seguido de seis burros cargados con las provisiones, instrumentos, fusiles y porción de otras cosas, y la cuadrilla, compuesta de veinte personas entre peones, muchachos y mujeres, salía de la hacienda, y este nuevo y audaz colono ¡parece cosa increíble! iba á ocupar un desierto, á luchar con víboras, alacranes y animales feroces, á abrirse paso por el espeso monte, á reedificar una finca, donde en otros siglos habitó quizás alguno de los afortunados y valientes conquistadores, á labrar una tierra fértil, donde durante muchos años no había crecido más semilla que la de los grandes y soberbios cedros de la montaña.

CAPÍTULO XLV

Un muerto en el monte

BVARISTO no hizo el camino descuidadamente como en la vez primera. En esta iba poniendo mucha atención en el rumbo, fijándose en los grupos de árboles, en las rocas, en las veredas que se cruzaban, y no cesó de hacer preguntas al mozo que lo guiaba, de marcar con un cuchillo algunos árboles y de amontonar piedras de trecho en trecho, para que todo le sirviera para no extraviarse si tenía necesidad de bajar á la hacienda Blanca ó á las ciudades de Texcoco y Chalco. La cuadrilla de indios le ayudaba, y caminaba con tanta seguridad como si fuesen sus propios terrenos. El indio y la montaña se conocen, son amigos viejos. La montaña mantiene al indio, le da sombra, abrigo y seguridad. El indio ama á la montaña, entra sin miedo en sus profundas soledades, y jamás se extravía. Como si tuviese un imán oculto en su pecho, encuentra su rumbo con

seguridad, y si la noche le sorprende, ni se asusta ni se altera. Las fieras, como si creyeran que es como ellas el habitante natural del bosque, nada le hacen, fraternizan con él y van pacíficamente á sentarse junto á la hoguera y á cuidar el sueño tranquilo del indio. En la mañana, fácilmente encuentran un manantial de agua cristalina y frutillas de los madroños, encinas y yerbas tiernas y alimenticias que ellos conocen, y en las cenizas de la hoguera de la noche, calientan sus tortillas ó un pedazo de cecina, que algún caritativo tendero del pueblo les dió en pago de algún servicio.

Evaristo, mixtura malsana del indio humilde y sagaz, y del español altivo y ambicioso, había sacado únicamente las malas cualidades de las dos razas. No tenía miedo á tres ó cuatro hombres que se le vinieran encima con puñales ó armas de fuego; no vacilaba en recorrer las calles de cualquiera ciudad en las altas horas de la noche; para él no era gran cosa escalar la casa de Cecilia ni atropellar á una mujer, pero tenía miedo á la montaña y á su imponente soledad; tenía miedo á espantadizos, aunque hambrientos, coyotes, que podía ahuyentar con un tizón ardiendo. Los alacranes y el sonido del cascabel de una víbora lo habían hecho temblar y derramar lágrimas como á un niño que sale de mantillas; pero entre sus pocas buenas cualidades, tenía la de la energía, y se proponía conquistar la montaña, internarse en sus vericuetos, espantar á las fieras, y aun hacerse temer de ellas, acabar por medio del fuego con los alacranes, culebras y bichos dañinos, hacerse el señor de aquella soledad con su vieja casa, que se le había casi regalado, y desarrollar, con el tiempo, sus grandes planes de dominio sobre la vecina y temible montaña de

Río Frío. Cecilia era en el fondo la que le inspiraba estos pensamientos. Si se proponía conquistar la montaña, era para que Cecilia fuese reina de ella. En sus locos delirios consideraba á Cecilia audaz, ambiciosá y perversa como él, y que llegaría, con el tiempo, á asociarla á sus audaces empresas de bandido.

Evaristo llegó á buena hora, no obstante el lento y trabajoso paso de los asnos, que, cargados con más peso del que podían soportar, sufrían resignados y agachando sus largas orejas, los palos y piquetes con varas agudas que por la cara, la cabeza y los hijares les daba el arriero instigado por Evaristo, que temía le cogiese la noche en el camino.

Mandó limpiar y barrer un pedazo de terreno lejos de la casa, y allí descargó su complicado equipaje, escogió dos árboles para amarrar una hamaca de Yucatán, que le había prestado el administrador, y juntando con su cuadrilla ramas y palos secos, los fué distribuyendo en las piezas de casa, y les dió fuego, habiendo sacado antes los pocos muebles y cosas de uso que existían. En efecto, al sentir el calor fuerte, comenzaron á salir de sus agujeros y á huir en todas direcciones, ratones, cuculebras, hormigas cochinitas y toda clase de bichos, que habían hecho durante años sus nidos y residencia en el antiguo edificio. Evaristo y sus indios los perseguían, matando á los que podían, y en esta faena pasaron horas, cuidando á la vez que la lumbre de los suelos no se comunicara á las puertas y techos. En seguida limpió y arregló la pieza que había servido de comedor y que era amplia, y allí encerró á las bestias para que no fuesen atacadas por los lobos. Quién sabe á qué horas de la noche, los indios sentados alrededor de una lumbrada,

calentaban su ración de gordas y de cecina, cenaban y hablaban entre sí un idioma gutural é ininteligible, bebían grandes jarros de agua cristalina que habían encontrado en un manantial no muy distante, y se iban gradualmente acostando y abrigándose con sus capotes de palma y frazadas. Evaristo, junto á su hamaca, devoró una de las gallinas asadas que había traído entre sus provisiones, se bebió una botella entera de vino Jerez, y medio beodo, sin cuidarse ya de alacranes ni de culebras y lobos, trepó á la hamaca y se quedó profundamente dormido.

Al día siguiente, lo primero que hizo fué pasar revista á su cuadrilla, y mandó formar en fila á los hombres, que eran diez. Los encontró del mismo tamaño, perfectamente parecidos é iguales como si los hubiesen fundido en un mismo molde. Todos se llamaban José; sólo el que hacía de jefe ó capataz se llamaba Hilario, y era un poco más grueso y alto que los demás. De las mujeres, los chicos de pecho y muchachuelos no hizo caso. En la dificultad de entenderse con ellos, supuesto que todos tenían el mismo nombre, imaginó volverlos á bautizar, los llevó al lugar donde habían encontrado el manantial de agua, hizo que se lavaran los piés y la cabeza, abundante de pelos gordos, negros y lisos, y les fué poniendo nombres de animales que venían bien con el que tenía el rancho. A uno le nombró el *Grillo*; al más oscuro de cara, el *Pinacate*; al que consideró que podía correr más, el *Venado*; al que tenía una fisonomía astuta, la *Zorra*, y así á los demás, pero la verdad era que todos humildes, buenos y hasta inocentes en el fondo, eran completamente estúpidos. Hablaban del español las palabras más precisas y lo entendían poco. Parecían de la raza otomi-

te, pero su idioma parecía más áspero. Evaristo, por más preguntas que les hizo, no pudo sacar otra cosa sino que eran de muy lejos, de más allá de los montes de Chalma, que no tenían pueblo y que andaban errantes buscando siempre trabajo, que cuando regresaban á sus montañas, oían misa el domingo en el santuario y le dejaban al Señor sus velas y sus flores de papel que entraban á comprar á México cuando podían hacerlo.

Evaristo quedó enteramente contento de la cuadrilla. Mientras más estúpidos, mejor; así le convenían para sus planes.

—Bueno,—le dijo á *Gato montés*, que era el nombre que había puesto al capataz,—me conviene la cuadrilla, y si quieren se quedarán aquí conmigo formando un pueblo y tú serás el alcalde. Les he puesto diversos nombres, porque como todos se llaman José, no era posible entenderse; á tí, si quieres, te llamaré Hilario y no *Gato montés*.

—Como su merced quiera,—le contestó Hilario, que parecía más listo que los demás y hablaba mejor el español;—sólo que nos ajustaremos para ver si quieren quedarse y les conviene.

—Les pagaré como en las haciendas: dos reales y medio á tí, dos reales á los peones y un real á los muchachos; tú tendrás dos cuartillos de maíz cada semana, y los demás comprarán el que quieran á cinco pesos carga, el mismo precio á que se los venden en la Blanca. Harán sus jacales con ramas y piedras á inmediaciones de la casa.

Hilario se quedó reflexionando un momento, después habló en su idioma á la cuadrilla, que escuchó con atención, y luego contestó á Evaristo:

—Dicen que se quedarán con su merced, pero que quieren tener su nombre cristiano y no de animales, porque todos están bautizados; que en lo demás servirán á su merced, que gritando José no tiene más que hacer, y cualquiera de ellos que venga será lo mismo.

—Es verdad,—respondió Evaristo,—y lo mismo me da que se llamen José que culebras ó sapos, lo que importa es que obedezcan y trabajen fuerte. Arreglados y al avío. Cinco de los indios entrarán en el monte á cortar palos y rejuntar piedras para comenzar á construir las casas, y los otro cinco limpiarán la casa principal. Los muchachos trabajarán de balde hasta tanto que comiencen las siembras. ¿Todos sabrán las labores y lo que tienen que hacer para sembrar maíz y cebada?—preguntó Evaristo.

—¡Pero si no hacemos otra cosa en la vida!—respondió Hilario quitándose su sombrero de petate y rascándose la cabeza.

—Entonces á trabajar,—dijo Evaristo.

Cinco peones, como se ha dicho, entraron al monte guiados por Hilario, y los otro cinco, mandados por Evaristo, se dirigieron á las desmanteladas piezas de la casa. Las mujeres hicieron su rancho aparte debajo de los árboles, y ayudadas de los muchachos comenzaron á preparar el maíz para el atole y las tortillas. Los instrumentos viejos, y los nuevos que había traído Evaristo, bastaban de pronto para la instalación de la colonia. El administrador de la Blanca había previsto las necesidades y se había portado bien prestando ó regalando á Evaristo muchas cosas indispensables.

Antes de dos semanas la casa estaba perfectamente limpia, las culebras y alacranes habían perecido en la

quemazón, y el pueblecillo, compuesto de más de veinte chozas regularmente construidas, estaba á la espalda de la casa; con su calle principal y su plaza, donde ya se revolcaban juntos muchachos y perros salvajes, que habían venido al husmo de tortillas duras y de las caricias de las indias, que parecía los habían criado desde que nacieron.

Evaristo había ya ido y vuelto diversas ocasiones á la Blanca, trayendo en sus burros, ya una cosa, ya otra para su servicio y comodidades, y había cortado, como se dice, de tal manera el ombligo al administrador, que consiguió prestadas dos yuntas de bueyes y dinero, pues las onzas de oro que formaban su capital tocaban á su fin.

Con estos nuevos elementos que se proporcionó, sembró un par de milpas en la parte más plana, y unos campos de cebada en las laderas, y esperó una buena cosecha, pero mientras crecían y maduraban las semillas, dedicó su tiempo y su atención á explorar y á conocer la montaña. No hubo barranca á que no bajara, ni grupo cerrado de árboles que no reconociera, ni vereda de ganado que no siguiera. Varias semanas empleó en examinar las vertientes del Telapón, en la dirección de Texcoco y la Blanca, hasta que ya no le cupo duda de los caminos y de la dirección de las veredas, sobre todo de una que, serpenteando y perdiéndose unas veces entre las yerbas altas y las flores, conducía al fondo de una sombría y profunda barranca, poblada de gruesos cedros, que no había podido tocar la acha destructora de los indios, ni la desenfrenada y estúpida codicia de los dueños de Zoquiapan, que por obtener el mezquino producto del carbón, destruían magníficos árboles y menguaban día por día la infinita riqueza de esa hacienda. Si en tiem-

pos calamitosos y revueltos se habían aprovechado los revolucionarios ó bandas de ladrones de esa posición para ocultarse y hacer su cuartel general, Evaristo no lo sabía; pero desde luego le vino la idea de que no podía encontrarse lugar más á propósito. La barranca, no sólo estaba oculta por una serie interminable de árboles que terminaba en su orilla para reaparecer otros más frondosos que cubrían el descenso, sino que en el fondo estaban de tal manera cerrados y espesos, que á treinta pasos ya no podía descubrirse, no sólo una persona, sino diez que quisiesen escapar. Además había en el fondo corrientes de agua clara y cuevas á diversas alturas, con las condiciones necesarias para abrigarse de la lluvia, del aire y del frío y poder internarse en sus oscuros laberintos y quedar al abrigo de toda persecución. Pájaros, conejos, venados, liebres, plantas silvestres, alimenticias, todo abundaba allí; con una escopeta, y poco más que se llevase de alimento, se podían pasar cuatro ó seis semanas. Todas estas reflexiones hacía Evaristo á medida que caminaba y examinaba tan imponente posición, sin sorprenderle la magnificencia de aquellos cedros de más de cuarenta varas de alto, ni los tejidos de juncos, de palmitos, de orquídeas, de enredaderas y de flores silvestres de diversos colores, ni el cantar de los pájaros, ni las nubes espesas de colores que formaban las mariposas que hacían su paseo y buscaban su alimento en los grupos de los exuberantes ramajes de la Borraga.

Estas excursiones las hacía Evaristo, unas veces á pié, acompañado y guiado por algunos de los indios de la cuadrilla, pues casi todos ellos habían trabajado en esos rumbos como leñeros y carboneros ó como pastores de

ganado, y otras montaba á caballo y se echaba á andar con precaución, no desviándose mucho de la línea recta hasta no estar seguro de volver á encontrar el camino á su regreso, ó por alguna señal que dejaba. Su objeto principal era ligar, por decirlo así, el camino al través del monte entre su rancho y el albergue de Río Frío, donde paraba la diligencia á las horas del almuerzo, y donde concurrían forzosamente todos los viajeros y traficantes que hacían el camino de México á la costa, pero esa continuación de una especie de camino militar, debería ser por senderos y barrancas no conocidas, ni aun de los muchachos pastores que vagan y se internan con sus carneros y cabras, y viven tres y cuatro semanas en el monte sin volver á poblado ni ver á alma viviente, Este trabajo era difícil y arduo, pero Evaristo lo proseguía con tenacidad.

En una de esas excursiones, al examinar una *mota* muy cerrada de árboles, para que le sirviese de guía, pues parece que allí se abrigaba del calor del sol y del granizo algún ganado vacuno, lo que podía reconocerse por las huellas, por la buñiga seca y porque de allí partían tres ó cuatro veredas, escuchó el relincho de un caballo, sacó su pistola, la preparó y se fué acercando con tiento, hasta que descubrió detrás de la mota un caballo ensillado y sin jinete. Aproximóse más, con ánimo de disparar al menor movimiento que sintiese, y vió un hombre tendido en el suelo. Se apeó y reconoció que estaba muerto y una poca de sangre salía de un pequeño agujero de su cotona de gamuza amarilla. El sombrero, galoneado de plata, estaba á poca distancia; la espada colgada en la cabeza de la silla, y las pistolas en las tapafundas de la anquera. El caballo permanecía inmóvil

junto al muerto. Evaristo observó que en el ojo claro é inteligente del caballo se habían formado legañas y que resbalaban por su cara lustrosa algunas gotas de lágrimas. El caballo sintió sin duda que se aproximaba gente y el relincho había sido para pedir socorro. Evaristo, que ya había tenido experiencia de las cosas extrañas de los animales del campo durante su residencia en la hacienda del conde, montó de nuevo á caballo, pues se había apeado para examinar al muerto, y se lanzó con pistola en mano y el sable flojo á reconocer aquellos sombríos contornos, pero nada encontró. Soledad completa y silencio turbado de vez en cuando por el ruido del viento que arrancaba de los árboles las hojas secas. El muerto parecía ser un ranchero de esos que habitan el Mezquital y tierra fría. Bien vestido de gamuza amarilla oscura, de fisonomía varonil, blanco, y de una edad que no excedía mucho de cuarenta años. Aunque el cadáver estaba frío, parecía que no llevaba muchas horas de estar allí, pues la poca sangre que salía por la herida no estaba bien cuajada, y sobre todo si hubiese sido matado el día anterior los animales del monte se lo habrían cenado y ahuyentado al caballo. ¿Cómo fué muerto este hombre y por quién, y cómo desde el Mezquital vino á dar al centro de montañas desiertas del otro lado del valle? Todo esto era imposible de saberse, ni aun se prestaba campo para hacer conjeturas. ¡Misterios de que son testigos los añosos árboles, y que no los revelan á nadie!

En cuanto al caballo, era un alazán quemado, de menos de siete cuartas *cenceño*, con *cañas de venado* (1),

(1) *Cenceño*. Palabra que usan los rancheros en México para significar la finura de un caballo, y *cañas de venado*, para ponderar lo delgado y firme de sus piés y manos.

anca redonda, abundante y dorada cola y crines finas, cabeza pequeña y bien hecha, y grandes ojos claros para el color de su piel. Evaristo se alarmó con este inesperado encuentro; no sabía qué pensar, y gran rato estuvo perplejo mirando aquel ranchero muerto y con los ojos abiertos y amenazantes. Por fin, resolvió despojarlo de lo mejor que tuviera y apropiarse el caballo con los regulares arneses guarnecidos de plata. En su registro ganó un reloj antiguo de plata, seis onzas de oro y algunos reales, las espuelas y un paquete de cartas. El alazán no despegaba los ojos del cadáver y seguía los movimientos de Evaristo. ¿Pensaba que su amo recibía alivio y auxilios del hombre que había llamado con su relincho? Es de creer que sí. Cuando Evaristo acabó su tarea y dejó el cuerpo á poco más ó menos desnudo y propio para que se lo cenaran en la noche los lobos y coyotes, arregló las riendas y silla del alazán y quiso montarlo. ¡Imposible! El caballo miraba por un lado á su amo, volvía la cabeza al estribo que quería tomar Evaristo, como espantado se encabritaba y volvía á tomar su posición como no queriéndose separar de aquel sitio, y reconociendo que el recién venido nada había hecho en favor del que estaba tendido. ¡Trabajo inútil! El caballo concluyó por asustarse, hinchar las narices, bufar y tirar de coces, y Evaristo reconoció los nobles sentimientos de la bestia, le echó con tiento un lazo al cuello y por medio de la dulzura, de la maña y con no poco trabajo, logró que lo siguiera, y así con su sorpresa y hallazgo casual tomó el camino de su rancho. Contó á Hilario la aventura, y, preocupado con ella, los dos mañosamente hicieron en los pueblos y en la misma hacienda Blanca cuantas indagaciones pudieron sin lograr ningún resultado.

Olvidado esto, y como las siembras iban creciendo bien y la casa estaba ya habitable, la atención de Evaristo se dirigió al rumbo de Chalco, y se propuso hacer una expedición de varios días hasta lograr ver y hablar á Cecilia y hacerle serias proposiciones de matrimonio.

En la visita que había hecho á la habitación de Cecilia, había encontrado algunas alhajas y monedas, pero pensó naturalmente que no era eso lo único que tenía la trajinera. Debía ser, no sólo rica, sino muy rica, porque ganaba mucho en el flete de las canoas, y más aun en el puesto de fruta. En vano buscó un mueble ó un lugar donde pudiese tener el dinero, y en el examen que diversas ocasiones había hecho de las piezas del caserón, nada encontró que pudiese darle ni el más remoto indicio del lugar donde podía estar oculto el tesoro. Reflexionó entonces que lo que la frutera economizaba debía estar ó en su casa de México, ó en poder de persona de su confianza, pero de cualquiera manera era rica, y si ella consentía en ser su mujer cambiaban de todo punto sus propósitos, podrían labrar todas las tierras que tenía el rancho, emprender en grande escala un corte de leña en su propio monte y en los ajenos, establecer un comercio de carbón; en fin, ser los dos muy ricos y felices. Ambos estaban en buena edad y tenían aptitud y fuerzas para trabajar.

La respuesta de Cecilia decidiría á Evaristo. O agricultor honrado, ó ladrón de camino real.

CAPÍTULO XLVI

La cabeza hirsuta

CECILIA, como todas las mujeres, y á su edad, que no era ya una niña sino una mujer en el pleno desarrollo de su robustez y de su belleza, sentía la necesidad, la fuerte necesidad de la compañía de un hombre. Las mujeres livianas lo toman donde lo encuentran, y las honradas y castas, por naturaleza ó por educación, buscan un marido, y si tardan en encontrarlo, se casan con el primero que se les presenta sin ver pelo ni tamaño. ¡Así salen algunos matrimonios!

No obstante las instigaciones de la naturaleza, Cecilia pensaba y tomaba cuantas precauciones podía para no echarse un lazo al cuello, y de no pocos lances había escapado, como puede pensar fácilmente el lector, y además, por temperamento era casta, y por mera casualidad honrada, y el afán de vestirse bien y de cuidar y calzar mejor sus piés, era para darse gusto á sí misma,

empleando en ese lujo el fruto de su trabajo, y no para despertar tentaciones, excitar y atraerse perseguidores. De gustar, gustaba, naturalmente á los viejos magistrados de la córte de justicia, que la conocían; á los licenciados de San Angel, que le vendían la fruta de sus huertas; al severo doctor D. Pedro Martín de Olañeta, que no faltaba á comprar él mismo sus melones y sandías, y sobre todo tenía loco á San Justo, que al fin perdió por ella su empleo y fué destituido del alto cargo de portero de la logia yorkina; pero ella en nadie se había fijado, y mucho menos en los pretendientes cuyas cartas hemos leído en los capítulos anteriores.

Dos personas, sin embargo, paseaban por la cabeza de Cecilia, y eran el licenciado Lamparilla y Evaristo. Al licenciado debía favores y atenciones que por repetidas ya no se podían contar. Además, la simpatizaba mucho, casi lo quería, y más de una vez se vió tentada de dejarse acariciar de él y de corresponderle con un beso, pero se contenía pensando en la desigualdad de condiciones. Si Lamparilla se casaba con ella, estaba segura que antes de un año y perdidas las primeras ilusiones, la abandonaría, instigado por sus mismos amigos y por las muchas relaciones de gente decente que tenía en México, que además no sólo *no la podía lucir*, pero ni aun llevarla una vez á misa á la Catedral. ¿Qué haría sola todo el día en su casa, abandonando su puesto de fruta, sus dos Marias, su trajinera, su casa de Chalco, todo por un hombre que tendría que concluir por despreciarla? ¡Locura! ni pensar en esto.

Entonces volvía hacia Evaristo. No quería ni acordarse de él, pero se le venía á cada momento á las mientes con una especie de terror que no podía expli-

carse. Ese hombre tenía que hacerle ó mucho bien ó mucho mal. Lo arrojaba, por decirlo así, de su pensamiento y volvía á entrar cuando ella menos lo deseaba. Desde que lo admitió como pasajero en su canoa, los grandes y fulminantes ojos del bandido la habían como sorprendido y causado una emoción interior, entre agradable y dolorosa, que tampoco se podía explicar, pero en fin, sus asuntos, sus cuentas, sus viajes en la trajinera, los bonitos reales que le sobraban los sábados después de hechos sus gastos y de tratarse á su modo en el comer y vestir como una reina, borraban las locas ideas que solían turbar su reposo y su alegría habituales.

El domingo citado, muy puntual, estuvo Lamparilla, se desenterró del hoyo la barbacoa, que estuvo excelente, lo mismo que lo demás que puso Cecilia en la mesa. Al principio el licenciado se condujo con mucha destreza, no cesando de hacer elogios de Cecilia, de los manjares, de la limpieza y buen servicio de las dos Marías, de lo fresco del comedor y del traje seductor de la frutera, pero se cargó la mano de pulque colorado que se fermentó en su estómago más de lo necesario, comenzó con necedades é imprudencias, hizo ciertas proposiciones que ofendieron á Cecilia, por último se desmandó y quiso usar de atrevimientos á tal grado, que Cecilia con cualquier pretexto, lo dejó en el comedor y se encerró llorando en su recámara.

—¡Si esto es ahora,—dijo al entrar,—qué vida me esperaba casándome con el licenciado!

Lamparilla, cansado de esperar el regreso de Cecilia, se enojó, dió palmadas en la mesa, riñó á las dos Marías que acudieron al ruido, y concluyó por dirigirse al



corral y montar á caballo que ya tenía ensillado y dispuesto el mozo.

—¡Qué vida me esperaba con esta ordinaria! ¡Casarme con ella! ni pesada en oro ¡qué locura!

En el camino se disiparon de la cabeza del licenciado los espíritus de la *sangre de conejo*, y cuando llegó á su casa reconoció que había estado imprudente, grosero, insoportable, y que Cecilia había tenido mucha razón de dejarlo plantado. Se quitó á toda prisa las espuelas, subió á su recámara, votó contra el suelo su bordado sombrero jarano, se arrancó á tirones las calzoneras y se echó despechado en la cama y con los ojos un poco húmedos, pero resuelto á no volver al menos en muchas semanas á la gran ciudad de Chalco.

Después de este infausto domingo, Cecilia quedó desanimada y triste. Perezosa en el trabajo, un poco descuidada en su persona é indiferente á la suma de reales que le sobraban cada semana. Sus pensamientos se inclinaban exclusivamente á Evaristo. ¿Si ella lo volviera á ver en Chalco? Tendría gusto, pero al mismo tiempo miedo; pero Evaristo no parecía, probablemente estaría en su rancho. Ir á verlo con el pretexto de comprarle leña... Un momento se le paseó por la imaginación esta idea, pero se avergonzó de ella y la desechó como mal pensamiento.

Un sábado se presentó en el puesto de fruta, Jipila; hacía tiempo que no se le veía la cara. Había caído enferma, según dijo, de un reumatismo. El accidente le sobrevino en el rancho de Santa María de la Ladrillera, y con esto y sus mixturas y cataplasmas estaba ya más aliviada y podría hacer sus excursiones por las lomas, y dedicarse á sus trabajos acostumbrados; volvería á sus

antiguas posiciones de la esquina del callejón de Santa Clara y de la Plaza del Mercado. Añadió que había visto en el rancho de Santa María un muchacho muy parecido al que hacía en otro tiempo los mandados á Cecilia, la que inmediatamente pensó en Juan, tomó lenguas de la herbolaria y se propuso hacer personalmente una excursión para cerciorarse de la verdad. La herbolaria la proveyó de yerbas y raíces frescas y aromáticas, y Cecilia, contentísima con esto y con la noticia relativa á Juan, pagó generosamente á la herbolaria, le regaló fruta y se decidió á marcharse por la noche á Chalco para olvidar sus penas, disfrutar de un buen domingo, darse su baño de aromas y almorzar tranquilamente con las dos Marías. El puesto, con su cuenta y razón, lo dejaba á su amiga la recaudera vecina, que era, aunque gruñona y algo exigente con los marchantes, una vieja honradota á carta cabal.

El viaje fué sin incidente alguno, y temprano entraba Cecilia con sus dos Marías al viejo caserón. Acabado el aseo del patio y el saludo y la plática con las golondrinas que eran ya las mejores amigas de Cecilia; ella, con una de las Marías entró á su habitación á disponer el baño, y la otra á la cocina á preparar el almuerzo. Se desnudó, entró despacio en la agua humeante con las infusiones hirvientes y aromáticas, y al ponerse en pié después de media hora de delicia, para que le llenasen su torneado cuerpo de espuma de jabón, creyó observar por entre los pliegues de la cortina la misma cabeza hirsuta que tanto sorpresa causó al licenciado, pero pronto desapareció y juzgó que era una ilusión producida por el recuerdo del sabroso almuerzo en que Lamparilla fué tan tierno, á la vez que juicioso, sin que se hubiese per-

mitido las llanezas que la habían disgustado y puesto tan de mal talante, que el licenciado no había vuelto á asomar las narices por Chalco. Cual fué su sorpresa, cuando esa cabeza hirsuta asomó por la puerta de la recámara, y fué seguida del cuerpo entero y musculoso de Evaristo, que se dirigía derecho á la tina lanzando llamas por sus ojos grandes y temibles.

Cecilia lanzó un grito desgarrador, como si hubiese recibido una puñalada, y por un instinto de pudor que existe aun en las mujeres más descocadas, se hundió en la tina hasta el cuello, y como Evaristo avanzaba, se repuso inmediatamente, y á la sorpresa siguió la cólera y la indignación.

—¡Atrevido, indecente, fuera de aquí! ¿Con qué motivo se viene á meter hasta mi recámara? Hoy mismo lo voy á denunciar al Prefecto, como ladrón y como un arrastrado, ¡fuera!

Y como Evaristo no retrocedía, llenó de agua la jícara que tenía en la tina y se la lanzó con fuerza á la cara dejándolo por un momento atontado y ciego, pero esto redobló el furor y los deseos impuros del bandido, y acercándose, asió de los brazos á Cecilia, y con una fuerza hercúlea la levantó de la tina. Cecilia gritó y le aplicó un tremendo bofetón en la cara y siguió gritando. Las dos Marías, fuertes y medios salvajes, mirando atacada á su ama de una manera tan villana, cogieron las ollas con restos de las aguas aromáticas y las quebraron en la cabeza de Evaristo, apoderándose de él, y con una fuerza de indias trabajadoras y bien alimentadas lo sacaron casi arrastrando de la recámara y lo pusieron en la puerta de la calle, dándole patadas y manazos hasta que se cansaron. Cerraron la puerta con dobles trancas y volvieron

á donde estaba su ama, que ya se había echado encima su camisa y su rebozo y estaba descolorida y temblando de la cólera.

Desagradable como fué este lance, aprovechó de pronto á Cecilia, pues en vez de ciertas ideas y de ciertas ilusiones amorosas, concibió un odio y un horror profundo por el atrevido que había ido á violar su santuario, como ella llamaba á su recámara donde tenía por guarda y defensor al Señor del Sacro Monte.

En cuanto á Evaristo, con la cabeza rota y enredados en sus espesos cabellos los fragmentos de las ollas, empapado de la cabeza á los piés, y con la chaqueta y camisa desgarradas, y la figura surcada por los araños de las dos Marías, se encontró en medio de la calle sin sombrero, y sin saber cómo, sin llamar la atención, podría irse hasta el cuarto que tenía en el mesón. Afortunadamente no había alma en la calle y pudo retirarse al callejón de D. Antero, donde lo mejor que pudo reparó el desorden de sus vestidos y se limpió la sangre de las descalabraduras, que mezclada con agua corría por sus carrillos y cuello. Cuando pasó la primera impresión y la sorpresa, pues él á su vez fué sorprendido de tan vigorosa defensa que no esperaba, sintió que el infierno entero se había metido dentro de su corazón. El, que había apaleado á Casilda; que había matado á Tules; que había fabricado una maravillosa almohadilla que admiró y compró la condesita del Sauz; él, que había luchado con los alacranes y las culebras de cascabel, verse humillado y aporreado por dos indias salvajes, y despreciado y ofendido por Cecilia que le había impreso sus nudillos en la cara como con una prensa. ¡Qué vergüenza! Lo primero que pensó fué ir á su cuarto, tomar

sus armas y volver con ellas y asesinar á Cecilia y á las dos Marías, y presentarse después á la justicia y declarar su crimen y pedir que lo condenasen á muerte. Con estas ideas, salió del callejón de D. Antero, y andando pegado á las paredes y fingiendo que acababa de salir de un zahuán cuando encontraba gentes, y como si fuera del rumbo, atravesó la ciudad y alcanzó por fin el mesón y se entró en su cuarto.

—¡No!—dijo echándose en el banco de ladrillo que hacía las veces de cama.—¡Qué bruto! Entregarme y perderme en balde, y que esta maldita mujer se quedara riendo, sería la última de las jugadas que me haría el diablo. Matarla, robarla, que ha de ser muy rica, y yo sabré al fin dónde tiene su dinero; martirizarla; cortarle los pechos con las tijeras; hacer dibujos en sus pantorrillas con un cortaplumas; arrancarle con todo y casco las mechas de cabellos; recortarle las orejas, y la misma suerte á las indias condenadas y al licenciado que protege á esa canalla. Pero todo esto será á su tiempo, cuando llegue la ocasión, que yo prepararé aunque pasen años, sin que arriesgue yo ni mi seguridad ni mi vida. No saben lo que han hecho estas indias con golpear á Evaristo el tornero.

Estos propósitos y otros más terribles que el lector de mundo y de experiencia podrá maliciar, pero que no son para escritos ni por el insigne Zola, calmaron la rabia de Evaristo y entró en otro género de cobardes consideraciones. ¿Iría Cecilia á quejarse del ultraje hecho á su casa y á su persona? ¿Qué contestaría contra el testimonio de las dos Marías y con las señales visibles que tenía en la cara? Por lo menos lo detendrían ocho ó diez días en la cárcel, y esto no podía convenir al asesino de

Tules que constantemente tenía miedo de ser reconocido. ¿Marcharía Cecilia á México á contar la aventura al licenciado Lamparilla y vendrían á perseguirlo al rancho y á hacerle perder por lo menos la confianza del administrador de la Blanca y echar así por tierra sus planes futuros de robo y de venganza? Todo podría ser. Reconoció que su imprudencia al asaltar la casa de Cecilia lo había puesto en un grave peligro. Era necesario huir y pronto. Mandó comprar un sombrero cualquiera con el mozo del mesón; ensilló su caballo, pagó lo que había hecho de gasto y á galope salió de Chalco, y como si lo persiguieran siguió así, hasta que muy entrada la noche llegó al rancho. Al día siguiente dijo á Hilario que iba á buscar ganado por las haciendas, que no volvería en una ó dos semanas, y pasando por las orillas de Texcoco tomó el rumbo de Pachuca.

Este lance fijó ya definitivamente la carrera y el destino de Evaristo.

Cuando salió del mesón y se dirigió á la casa de Cecilia, tenía el propósito de entrar pacíficamente de visita, de tratarla con todo cariño y respeto, de manifestarle que era ya un hombre bien establecido en un rancho, que las siembras progresaban, que con los esquilmos de carbón y leña se obtendría en el año siguiente una renta muy regular, y que proponiéndose vivir como un hombre arreglado y gozando de la protección del administrador de la Blanca, lo único que le faltaba era establecerse para de una vez en los rumbos de Chalco y de Texcoco, y casarse con una mujer que al mismo tiempo que lo quisiese, trabajase con él para llegar á tener una fortuna quizá mayor que la que poseían muchos de los que pasaban por ricos y dominaban

los pueblos de las cercanías. Llegaba Evaristo hasta el grado de rogarle de rodillas á Cecilia y de hacerle promesas de todo género. Que lo experimentara un año, dos años, y si veían que era hombre cabal y le convenía, que entonces se casarían.

Si así hubiese tenido efecto esta entrevista, añadiéndose la fascinación de los ojos chispeantes de Evaristo, quién sabe lo que hubiera sucedido teniéndose en cuenta las disposiciones de Cecilia, que sentía una fascinación como la del ratón que entra sin su voluntad en la boca de una culebra; pero el destino, que precede ó determina las acciones de los mortales, dispuso las cosas de otro modo.

Quando Evaristo estuvo cerca del caserón que conocía á palmos, en vez de llamar á la puerta del zahúan, se fué por la parte donde estaba la ventana de la recámara de Cecilia. Simple curiosidad, y sin sospechar siquiera que en esos momentos estuviese la diosa bañándose, espíó por una mínima rayita que dejaba descubierta la cortina, bien plegada y arreglada de intento por una de las Marías. Pero fué lo bastante; inflamado y casi frenético, se fué á la puerta, la encontró entornada y se coló hasta la misma recámara donde pasó la escena que apenas hemos podido bosquejar.

En cuanto á Cecilia, robusta y fuerte como era su constitución, no pudo resistir á este pesar que era el mayor que hasta entonces había sufrido, y cayó en cama con una especie de fiebre nerviosa.

Lamparilla, que no podía separar de la imaginación á Cecilia y que la veía en la calle, en los oficios de los escribanos, en la casa de los jueces, en el teatro Principal, en los autos que examinaba y hasta en la taza del

caldo con chilito verde y aguacate que tomaba á la hora de comer, se decidió á ir á la plaza del mercado, donde supo por la vecina que había quedado encargada del puesto de fruta, que Cecilia había tenido un grave cuidado en Chalco y que estaba enferma en cama. Lamparilla, que tenía una cita con su discípulo Bedolla, otra con D. Pedro Martín y otras dos ó tres con periodistas y varias personas, todo lo dejó y montó á caballo con su par de mozos armados y voló á Chalco, arrepentido y contrito á echarse á los piés de su adorada, pedirle perdón y darle ya de una manera decisiva y formal palabra de casamiento.

Cuando el licenciado entró á la recámara de Cecilia, la encontró ya levantada cerrando con una curiosa randa un gran camisón de Bretaña que destinaba para dormir en el tiempo de calor, pues decía que como estaba tan gorda y robusta, no podía aguantar las sábanas ni tampoco quedarse toda la noche desnuda, pues en las madrugadas siempre hacía su fresco.

Esta conversación, afable y natural y como si nada hubiese antes pasado de desagradable, volvió el alma al enamorado licenciado, y lo predispuso á la chanza y á la confianza, lo que distrajo y divirtió á Cecilia, aburrida de tres semanas de ociosidad y de encierro.

Se le conocía qué había sufrido, pues que marcadas ojeras daban más realce á lo alegre y parlero de sus ojos, y estaba mejor sin las encendidas rosas que siempre se veían en sus lisos carrillos. Por más esfuerzos que hizo el licenciado, no pudo lograr que nada de verdad le contase Cecilia. Que se había mojado los piés en el embarcadero; que había hecho muchas fuerzas para arrastrar una canoa para hacerla entrar en el corral;

que había comido una longaniza que no estaba bien frita, en fin, cualquier cosa, pretextos, pero ni sombra de lo que había pasado. Cecilia consideró que lo mejor era callar absolutamente, y así lo había encargado á las dos Marias, que, como indias, guardaban un secreto como en una tumba.

Pero Lamparilla, por instinto, adivinó la verdad.

—Algo te ha pasado con ese bandido que te espía. Ya te he dicho que desde que lo ví en la canoa se me sentó en la boca del estómago; cuéntame, dime la verdad.

—Nada absolutamente, señor licenciado, ni ¿qué me tenía de pasar? Si ha espiado nada habrá visto, pues puede usted registrar las cortinas nuevas que he puesto en la ventana. Nada se vé, y puede, cuando salga á la calle, hacer la experiencia.

El licenciado insistió y Cecilia negó, y así lucharon largo rato hasta que el licenciado dijo colérico:

—Pues bien, sea ó no sea lo que me malicio, estoy resuelto á informarme en qué situación está el rancho y á personarme con ese hombre y matarlo, ó denunciarlo, ó hacerle algo, porque ya me tiene aburrido, y ya verá que soy tan hombre como él.

—No hará usted tal, señor licenciado, ni se expondrá, si algo me aprecia.

Se armará un escándalo, saldré á bailar, todo el pueblo dirá que yo tengo amores con usted y con ese hombre, y tal vez lo matará á usted, porque parece atrevido, y sus ojos no dicen nada bueno, y en fin, me arruinará usted y me quitará mi modo de vivir aquí y en México, y todo por haber sido buena con usted y haberle convidado á almorzar mis malos guisos y mi barbacoa.

—Dices bien, Cecilia,—le contestó Lamparilla,—pero júrame que tú no tienes amores con ese maldito.

—Horror me da, señor licenciado,—le contestó Cecilia con mucha naturalidad,—y en caso de amores, ¿qué comparación tiene usted con él?

Cecilia estrechó las manos que tenía caídas y flojas sobre su pierna el licenciado, con lo que se calmó, y si no subió al quinto cielo, sí estuvo muy cerca del primero.

Se despidió de Cecilia y regresó á México, sin haber dado todavía su palabra formal de casamiento, y desconfiado, receloso y convencido de que algo había pasado entre Cecilia y el detestable pasajero que naufragó con ellos en la canoa, y la verdad es también que la amenaza que profirió, fué obra de la cólera y de los celos, pero que tenía un miedo cerval á Evaristo, y que por nada del mundo se habría presentado en el rancho de los Coyotes, ni aun acompañado de ocho mozos armados hasta los dientes.

En cuanto á Cecilia, quedó no sólo reconciliada, sino muy inclinada para el licenciado, y se le pasó por la cabeza que podía tal vez casarse con él. Ella vendería sus canoas, conservaría el puesto de fruta bajo la dirección de las dos Marías, y con el dinero que tenía guardado donde sólo ella lo sabía, y algo que tendría el licenciado, podrían comprar ó arrendar una hacienda por Querétaro ú otro rumbo muy distante, para quitarse de la zozobra que le causaba el tal pasajero, que en mala hora admitió en su trajinera; pero de pronto lo que tenía que hacer en cuanto volviera á la plaza, era ir en compañía misma de Jipila á averiguar al rancho de Santa María de la Ladrillera si el muchacho que se hallaba allí era el

mismo Juan que había estado á su servicio y al que quería como un hijo. Con estas ilusiones volvieron los subidos colores á sus mejillas, y desaparecieron las ojeras que cercaban sus ojos, y continuó, sonriendo, la randa del fresco camisón de Bretaña con que debía dormir en la estación de calor.

CAPÍTULO XLVII

Los enmascarados

RESUELTO ya Evaristo á adoptar un género extraño de vida, no perdió el tiempo en su excursión, que prolongó hasta Tulancingo y Chalma. Examinó los caminos, los ranchos, los pueblos, las haciendas, las veredas y vericuetos, y cuantas cosas en un día ú otro podrían serle útiles; indagó sagazmente quiénes eran los personajes principales de los pueblos; en que época acostumbraban los propietarios visitar sus fincas; si caminaban solos ó con mozos ó escoltas; cuáles eran los mesones más solos ó los más concurridos; qué comunicación tenían las montañas y los bosques unos con otros, ó si sólo había veredas de ganado. Satisfecho de sus averiguaciones, regresó cautelosamente á su rancho de los Coyotes, y cerciorado por Hilario de que no había ocurrido ninguna novedad y de que no se había presentado alma viviente, se instaló de nuevo y pasó días y días ca-

vilando en sus planes y en la manera de desarrollarlos, sin perder la esperanza de arrebatarse á Cecilia y llevarla al corazón de la montaña para lo que comenzó él mismo á construir un jacal en el lugar más oculto é intrincado de la sierra, que en caso apurado le pudiese servir de refugio. Concluído este trabajo, se decidió á poner en planta sus planes. Comenzó por establecer en los linderos del mismo monte de Río Frío un corte de carbón, y como ya no había necesidad de labores en el campo, dedicó toda la cuadrilla á este trabajo, que le fué muy productivo, pues en pocas semanas reunió una existencia considerable de sacas que se proponía vender en el tiempo de las aguas que sube considerablemente el precio, pero no era ese más que el pretexto y no el negocio principal.

Ya había tanteado á Hilario. Lo había encontrado sagaz, ladino, ambicioso, atrevido; en una palabra, ladrón, con todas las cualidades necesarias para serlo, y en efecto, ese Hilario había hecho sus expediciones, por aquí y por allá sirviéndose de la cuadrilla ambulante que mandaba, compuesta de individuos perfectamente estúpidos, reservados y enteramente sujetos á su voluntad, pero no queriéndose dar á conocer, porque no pensaban que su nuevo amo Evaristo se inclinase por ese lado. La aventura del rancho del mesquital que se encontró muerto en el monte, rompió el hielo.

Un día que Evaristo é Hilario recorrían las siembras y combinaban sus disposiciones para el corte de la cebada, Hilario dijo:

—Ya quisiera mi amo encontrarse todos los días caballos como el alazán, que parece que se va ya amansando.

—Y como que sí. Caballos como ese no se encuentran ni por doscientos pesos.

—Pues no más que su merced quiera, y tendrá en que escoger. Ya su merced sabrá que desde el corte del carbón hasta el mero camino de Río Frío se va por la vereda en un abrir y cerrar de ojos, y no hay día que no transiten pasajeros bien montados y que no llevan armas. Yo no dejo de conocer estos lugares y las dos barrancas principales, no es necesario más que dejarse caer por la veredita que yo le enseñaré á su merced, y ni el diablo mismo podría agarrar á uno.

Evaristo se quedó mirando fijamente á Hilario, y éste, sin turbarse, se quitó el sombrero y le dijo:

—Como su merced guste. Yo estoy ya aquerenciado en el rancho, y trabajando se puede ganar mucho sin correr riesgo.

De esta conversación de generalidades pasaron á pormenores muy interesantes, y la nueva vida comenzó en la semana siguiente. Muy de madrugada montaba á caballo Evaristo en el alazán tostado, que al fin había logrado dominar dándole sal en la mano, limpiándolo y echándole de comer él mismo todos los días. Era un caballo admirable. Saltaba una zanja como un venado; subía las pendientes con atrevimiento y las bajaba con cuidado y seguridad; apenas se le levantaba la rienda se disparaba como un rayo; al menor ruido paraba las orejas, se estremecía y avisaba al jinete, y tenía una boca que un niño lo podía manejar con una madeja de seda. Evaristo estaba encantado, y decía:

—Dios me ha deparado este animal para que me salve la vida cuando corra peligro.

Cuando comenzaba el sol á salir por los bordes de las

montañas, ya Evaristo estaba en el monte, y á poco lo seguía Hilario, regularmente montado y armado. Caminaban á cierta distancia y habían convenido en ciertos chiflidos que indicaban, *peligro, ayuda, fuga, galope, silencio, alarma*, etc. Era un telégrafo perfectamente organizado. Cuando convenía que se alejara el uno del otro, el chiflido era doble; cuando necesitaban obrar juntos, tres chiflidos seguidos los ponían en contacto con un galope. La apariencia por los arreos y bolsas que colgaban en la silla del caballo, era de viajeros pacíficos que vienen de tierra adentro á buscar efectos y ganados á la costa; las armas las llevaban ocultas, y una espada con una vieja cubierta de cuero, apenas asomaba por entre los hijares del caballo. Tenían dos máscaras negras en la bolsa para ponérselas cuando conviniera, pero siempre salían disfrazados, unas veces con grandes bigotes y sin patillas, otras con patillas espesas y sin bigote; tenían también varios sombreros, chaquetas y calzoneras, y todos los días cambiaban de traje y de fisonomía, pintándose las cejas, llenándose de lunares la cara, envolviéndose la cabeza con un pañuelo encarnado ó poniéndoselo en el pescuezo como si estuvieran enfermos de las muelas ó de la garganta. A los indios con sus burros cargados de frutas ó de cualquiera otra cosa, los dejaban pasar correspondiendo á su saludo; con los arrieros y carreteros que conducían carga del comercio para México, lejos de hostilizarlos trababan conversación, y veces había que almorzaban y aún dormían en el *jato*. Habían convenido en no maltratar, herir ni matar á nadie, á no ser en caso de propia defensa. Cuando encontraban uno ó más pasajeros bien montados y armados, los saludaban quitándose el sombrero y ponían sus caballos al *tranco*,

ladeándose sobre el estribo derecho y como fingiéndose muy cansados, pero al desgraciado que iba sin armas y que fácilmente le conocían el miedo en la cara, y cuyo caballo era regular, le marcaban el alto, se lo llevaban á las *motas* del monte que ellos conocían, le vendaban los ojos, lo hacían caminar en todas direcciones para que perdiera el rumbo, le pelaban el caballo y cuanto tenía de algún valor y lo dejaban amarrado en un árbol, de manera que, aunque con algún trabajo, se pudiese desatar. Siempre cuidaban de que estos lances fueran en la dirección opuesta á las veredas que conducían á las barrancas, y por las palabras que de intento cambiaban, daban lugar á que el robado creyera que eran de Tenango del Aire ó de otros pueblitos rabones que tenían muy mala fama.

Estos paseos, que á veces se prolongaban por el camino real hasta San Martín, ó de bajada hasta Ayotla, donde se proveían de pan, de aguardiente y de otras cosas necesarias, no les producían gran cosa en semanas enteras, pero había otras en que les favorecía la suerte y pelaban á tres ó cuatro desgraciados, amenazándolos con la muerte si decían algo, y con esto ya habían reunido unos ocho caballos regulares y algunos reales en efectivo. Para mayor precaución, habían hecho arriba de la casa del rancho, y en un lugar escondido, un fuerte corral donde tenían los animales, y ellos montaban para ir ó á la Blanca, ó á los pueblos, caballos comprados, con su papel de venta y su fierro al margen conocidos de todo el mundo y que podían *beber agua* (1) en cual-

(1) Entre los rancheros de México, cuando se sospecha que un caballo es robado, se dice: «Este no puede beber agua en ninguna parte.»

quier parte. Todas estas eran mañas de Hilario, que había sido ladrón más de diez años atrás y fugádose de la cárcel de Tulancingo. Había por una larga temporada vuelto á la vida quieta y honrada, como caporal de cuadrillas ambulantes. La montaña, en la época de que vamos hablando, estaba efectivamente tranquila y segura, y las diligencias de Puebla y de Veracruz pasaban sin accidente. Había estallado por Jalisco una revolución, y allá habían acudido los *macutenos* y ladroncillos de todas partes á engrosar las filas de los pronunciados, huyendo también de la leva, pues el gobierno, para defenderse, trataba con energía de poner cuatro ó seis mil hombres más sobre las armas; así Evaristo é Hilario tenían el monopolio del robo, eran los dueños y señores de la montaña, y no temían ser de ninguna manera perseguidos; sin embargo, sus hazañas no dejaron de saberse, y ya se decía generalmente en México en los mesones del rumbo de Santa Ana y de Tetzontlale, que por el monte de Río Frío comenzaban á quitar caballos. El administrador de la Blanca lo supo y escribió con un *propio* (1) á Evaristo, dándole esta noticia y encargándole mucho que se cuidara.

La cosecha fué abundante, especialmente la de la cebada, tanto que la misma hacienda de la Blanca, donde se había dado muy mal, se la compró entera, reservándose el rancho sólo la necesaria para semilla y para el gasto. Evaristo é Hilario habían realizado de su industria privada en los caminos, unos seiscientos pesos cada uno y una docena de caballos.

Contentos con el buen resultado de sus hazañas, se

(1) Correo particular.

decidieron á darles más vuelo y mejor organización. Asegurados por repetidas experiencias de la obediencia y absoluta tontera de la cuadrilla, una mañana, antes de comenzarse la pisca del maíz, reunieron á todos los Jose seses y los mandaron formar en fila.

—Van á dejar,—les dijo Evaristo,—esos capotes de palma hasta que vuelvan las aguas, y para el frío les voy á dar estas frazadas, sin descontarles nada de su raya. Se las doy dadas, porque se han portado bien.

Los Jose seses se quedaron con la boca abierta, porque en más de diez años que llevaban de trabajar en las haciendas, cuando les daban manta, sombreros ó frazadas (1), se las vendían en doble precio de lo que valían, y cada sábado les descontaban una parte de la raya hasta que se cubría la cuenta.

—Desde hoy vamos á hacer otro ajuste,—continuó Evaristo,—si les conviene, bien, y si no, en cuanto se acabe la pisca se marchan á otra parte á buscar trabajo, é Hilario se quedará conmigo en la finca.

—Sí, *padresito* (1),—contestaron en coro los Jose seses con la mayor humildad, inclinando la cabeza.

—Oigan bien, y cuidado con chistar á nadie una palabra. El que chiste será encerrado en una caballeriza con un cepo en los piés, por ocho días, y después recibirá veinticinco azotes y volverá al cepo, y así hasta que se muera.

—Sí, *pagresito*,—contestaron los Jose seses inclinando más la cabeza, como si ya fuesen á recibir los veinticinco azotes.

(1) Mantas de lana tejidas á mano generalmente por los indios, que cuando son más finas y de colores y esmerados dibujos, se les llama jorongos.

(2) Los indios como expresión de respeto llaman *padresito* á sus amos; otros dicen *pagresito*.

—Pero si se portan bien,—prosiguió Evaristo,—será muy diferente. Voy á ajustarlos por un año para peones de la finca, para carboneros y para ladrones del monte. Cuando trabajen de peones, tendrán tres reales diarios; cuando trabajen de carboneros, cuatro reales, y cuando trabajen de ladrones, seis reales y una parte de lo que se gane, pero tienen que hacer cuanto se les mande, y si es necesario dejarse matar.

La cuadrilla al oír todo esto, que no pudo comprender bien, no contestó inmediatamente el sí *pagresito* que siempre tienen en la boca los indígenas,* sino que se quedó callada y reflexionó. Los Joseses, que en el fondo eran honrados, no desconocían las ventajas de apropiarse lo ajeno, y lo hacían con los elotes de las milpas y con un poco de maíz, ó unas gallinas, pero no pasaban de eso, y la idea de atacar, de herir ó de matar al que venía por el camino y quitarle su dinero ó su ropa, no les había ocurrido. El obstinado silencio que guardaban, á pesar de que se les exigía que contestasen, alarmó á Evaristo, pero Hilario les habló en su idioma, les contó con los dedos los reales que debían de ganar cada semana, y concluyó por convencerlos, é interpelados de nuevo por Evaristo con un tono colérico, dijeron:

—Sí, *pagresito*,—y uno á uno fueron besando la mano que Evaristo les tendió como si fuese un obispo.

—Ya dijeron que sí, y ahora estamos seguros y podemos contar con ellos.—Los conozco bien, señor amo,—dijo Hilario á Evaristo.

Pues á comenzar, y por ahora que sigan la pisca de maíz hasta acabar para tener suficientes raciones.

Los Joseses se envolvieron en sus nuevas frazadas,

pues la mañana estaba fría, y se encaminaron muy contentos al campo á seguir sus trabajos.

Evaristo é Hilario organizaron en menos de una semana dos quemas de carbón en un lugar que se llamaba la *Agua del Venerable*, á poca distancia del camino real y más arriba de la Venta de Río Frío, porque diz que, pasando un día el Sr. Palafox, obispo de la Puebla, tenía mucho calor y se moría de sed, y no habiendo por allí ni caseríos, ni venta, le ocurrió entrar un poco en el monte, donde se encontró con un venado muy manso que lo fué guiando, y á poco andar descubrió una fuente cristalina donde el obispo y el venado bebieron. La comitiva que lo acompañaba, al saciar también su sed, exclamó: *Es un milagro*, y desde entonces en Puebla le llamaban al obispo, *el Venerable y milagroso señor Palafox*.

Había, en efecto, por allí, un manantial que se derramaba y humedecía la yerba, y el sitio era tan sombrío y enmarañado, con una exuberante vegetación de montaña fría, que podían ocultarse en las orillas de la calzada ocho ó diez hombres sin ser vistos del pasajero sino en el momento de ser asaltado.

A la distancia de doscientas ó trescientas varas, escogieron otro lugar que se llamaba *Palos grandes*, porque allí formaban una especie de plazoleta unos diez ó doce ocotes altísimos, que por una especie de preocupación nunca habían querido cortar los leñadores, y quizá también porque les proporcionaba un lugar abrigado para guarecerse, almorzar y dormir. Era paraje de arrieros, y se veían constantemente cenizas calientes y rastros de las mulas y trastes del *jato*. Detrás de cada uno de los gruesos palos, se podía colocar un hombre armado con su fusil, sin ser visto, y salir á un chiflido ó á una señal á

atacar un coche ó una recua de burros. Ambos lugares, estaban poco distantes de las barrancas de que había hablado Hilario, difíciles de encontrar á no estar muy familiarizado con esas localidades.

Cerca de esas barrancas habían establecido Evaristo é Hilario dos fábricas distantes un cuarto de legua una de otra, y abarcaban, en línea paralela á la calzada, los dos sitios peligrosos: la Agua del Venerable y Palos grandes.

Debajo de un cobertizo existían siempre algunos cientos de cargas de carbón, prontas á ser transportadas á la ciudad en burros ó en las espaldas de los indios, que venían cada semana á comprar. De día se veían desde gran distancia elevarse entre los árboles unas columnas de humo, y en las noches se podían distinguir, aun á grandes distancias, varias hogueras que despedían chispas, como si fuesen, los pequeños cráteres del volcán cercano. Acercándose y visitando esos lugares no se encontraban más que indios pacíficos dedicados al trabajo, mandados por dos capataces, con sus anchos sombreros de palma y sus cotonas viejas de cuero. La calma y la seguridad dominaban en aquella soledad del bosque; los viajeros, cuando divisaban las humaredas, decían, son los indios que están haciendo carbón, y se consideraban más seguros, y los arrieros que hacían sus jornadas á Palos grandes, iban á pedir agua fresca á los carboneros y les ofrecían en cambio algunas gordas de alote.

Sistemado de tal manera el aparato, decidieron Evaristo é Hilario comenzar sus hazañas; Evaristo montó el alazán y su segundo un *mojino* que habían cambiado en Texcoco á un chalán. Uno y otro estaban bien vestidos de rancheros, con calzoneras con botonaduras de plata

y sombreros blancos de Puebla, con sus toquillas y galones. Una media máscara cubría su fisonomía, y por entre ella desbordaban en desorden pelos espesos y negros que formaban patillas y bigotes. Una espada desnuda debajo de la pierna izquierda, y un par de pistolas en la cintura. Ocultos detrás de los palos, á cien varas de distancia uno del otro para auxiliarse, acechaban al viajero y esperaban la ocasión.

Eran las once de la mañana y no habían pasado, ya de subida, ya de bajada á Veracruz, más que indios é inditas miserables, á las que no atacaron, porque consideraban que tendrían unas cuantas monedas de cobre, y por tan poca cosa no querían que hubiera escándalo en los pueblos cercanos.

Divisaron en seguida tres rancheros con una mula delante tirada de la jaquima por un arriero, y desde luego reconocieron que llevaba dinero. Era una buena presa, y un chiflido telegráfico indicó que los dos juntos debían emprender el ataque; pero, á penas los rancheros oyeron el chiflido, cuando sacaron las espadas, se levantaron la lorenzana (1), gritando:

—Hijos de... aquí estamos, grandísimos... vénganse,— y, metiendo las espuelas á sus caballos, avalanzaron á saltos hacia el lugar donde habían escuchado la terrible señal.

Evaristo é Hilario emprendieron la fuga, y con trabajo llegaron á las barrancas y se deslizaron hasta el fondo, desapareciendo de la vista de sus perseguidores.

Los rancheros envainaron sus espadas, y echando

(1) Los rancheros y gente de á caballo de México, cuando emprenden un ataque, doblan con la mano derecha la ala de su sombrero, y esto se llama levantar la lorenzana.

ternos volvieron á tomar la calzada con su mula cargada de dinero.

Evaristo y su segundo, cuando creyeron ya lejos á sus enemigos, subieron la barranca, y con precaución asomaron las narices detrás de los árboles.

A poco divisaron una recua. Era un cargamento de chile de la hacienda de Queréndaro. Tuvieron la idea de apartarse un par de mulas *de lazo y reata* (1) y hacerse de una buena provisión de chile ancho para todo el año; pero los arrieros eran muchos y venían prevenidos con sus gruesos garrotes en la mano. Les tuvieron miedo y los dejaron pasar.

En el resto del día nada se presentó de notable ni de fácil. Ya al anochecer pasaron descuidados dos vecinos de Ayotla, que tenían negocios en Puebla y creyeron que caminando de noche tendrían más seguridad. Les marcaron el ¡alto! con una voz ronca y con su desvergüenza al canto.

Los viajeros en vez de detenerse echaron á correr, y Evaristo y su segundo consideraron prudente el no perseguirlos ni hacerles fuego.

Mala fué, en resumen, la jornada, y se retiraron al cobertizo del carbón furiosos y jurando que al día siguiente no pasarían las cosas de la misma manera.

En efecto; temprano estaban ya apostados entre Palos grandes y la Agua del Venerable.

Pasaron al trote y cantando unas seis ú ocho indias. Las detuvieron, les quitaron de sus fajas unas cuantas cuartillas y medios lisos, que en total no llegó á cinco

(1) Mulas grandes, robustas y sanas y con buenos arneses y aparejo, les dicen en México mulas *de lazo y reata*.

pesos, les dieron unos cuantos cuartazos, amenazándolas con que las matarían si decían algo en los pueblos.

Antes de las once se divisó por la calzada un postillón á todo galope, seguido de Rafael Veraza que conducía la correspondencia de la Legación de S. M. Británica.

Al juramento con que Evaristo enmascarado y montado en su arrogante alazán, marcó el alto, se paró el postillón y Rafael Veraza detuvo el galope de su caballo; pero siguió andando hasta encararse con el ladrón, que le puso una pistola al pecho.

—Ríndase ó le quemó esa carota de hereje que tiene, y no se me venga encima porque disparo.

Rafael Veraza se detuvo, y, con la mayor sangre fría, le dijo:

—Ya veo que tú eres nuevo por estos rumbos y que no me conoces, porque en el monte me conocen hasta los conejos. No hay necesidad de la pistola, guárdala que yo no tengo más armas que las que tú ves, un chicote en cada mano para azotar los caballos y que no pierdan su galope; las pistoleras están llenas de cosas de comer y algo de beber. Beberemos un trago y hablaremos.

Y esto diciendo se apeó con mucha calma y el postillón, que no se había tampoco asustado con la aparición del bandido, se acercó á tomar la rienda. De una de las grandes pistoleras que colgaban á la cabeza de la silla, sacó D. Rafael una botella forrada de cuero y un vasito de plata que llenó de cognac y lo presentó á Evaristo, que lo tomó maquinalmente, pues era el más sorprendido de esta escena. Hilario, á poca distancia oculto entre los árboles, observaba:

—Bebe.

Evaristo, medio azorado todavía, obedeció, llevó el

vaso á los labios, bebió dos tragos con cierta delicadeza como si fuese el convidado decente de alguna mesa, y lo devolvió á D. Rafael, el cual á su vez echó un trago y el resto se lo dió al postillón.

—Soy el correo inglés. Cada mes hago el viaje de México á Veracruz en treinta y dos horas, conduciendo la correspondencia de S. M. Británica la reina de Inglaterra.

Al escuchar este nombre, sin darse cuenta de por qué, Evaristo se quitó el sombrero, y á ese tiempo cayó su barba postiza y su máscara.

—No tengas cuidado,—le dijo D. Rafael volviéndole le espalda;—ni te he visto, ni te quiero conocer. Más tarde, y cuando tengas confianza en mí, te podrás presentar como eres. Por ahora es mejor que te disfraces; cuando acabes de arreglarte continuaremos hablando.

Evaristo, casi confuso, se puso de nuevo su barba, su bigote, su máscara y su sombrero, y dijo á Veraza:

—Lo que usted mande,—señor amo.

—Amo lo que es, no; pero sí un hombre que no te hará mal, y si tú atacas al correo de su majestad, nunca te lo perdonará el gobierno, y aunque pasen diez años, el día que te cojan, el ministro inglés exigirá tu castigo. Además, nada ganas con detenerme. Yo no cargo más que huevos cocidos, pan, queso, cognac, unos pañuelos para limpiarme el sudor y dos ó tres pesos para dar su gala á los postillones. Seguramente tú eres tan nuevo, que ni sabías que paso por aquí el día 30 ó 31 de cada mes para llegar á Veracruz invariablemente el día 2 á las diez de la mañana. A mi vuelta, que será el 4, me esperarás en este mismo lugar y ya te acordarás de mí. Toma este pito. Cuando entre yo en el monte sonará el pito cada

diez minutos, y si lo oyes me contestarás una sola vez. Si hay riesgo ó inconveniente para pasar, pitarás dos veces y me detendré hasta que vengas. Ya arreglaremos algunas cosas más. Tengo que estar mañana antes de las diez en Veracruz, y no me puedo detener.

Acabando de decir estas palabras, D. Rafael montó á caballo, partió á galope precedido de su postillón y dejó á Evaristo con la boca abierta. Repuesto de esta sorpresa, que no esperaba Evaristo, fué á dar al escondrijo de Hilario y le contó lo que había pasado. Ambos convinieron en que era preciso, no sólo respetar, sino prestar todo género de auxilios al correo de la reina de Inglaterra, al que nada podían robar y sí mucho que temer si le hacían daño. El día 4, á cosa de medio día, Veraza pasaba ya por la Agua del Venerable, y Evaristo contestó la señal convenida. D. Rafael hizo algunos regalos á Evaristo, y convino con él en ciertos pormenores para no ser molestado en sus viajes sucesivos, y continuó su camino para México sin que contase ese encuentro con alma viviente, y el que esto escribe, supo todas estas cosas y otras más por causa de acontecimientos extraordinarios, que se referirán en las memorias que probablemente figurarán en el segundo tomo de esta novela.

Las diligencias de Puebla y Veracruz pasaban sin accidente, tanto que se habían suprimido dos soldados que la comandancia militar de México mandaba colocar en el techo, armados de una carabina de chispa, de modo que una vez disparado un tiro, era necesario recurrir á todos los movimientos prescritos para la carga á once voces.

Evaristo pensó seriamente en atacar la diligencia, tuvo varias conferencias con Hilario y resolvieron hacer ensa-

yos como si se tratara de una comedia, porque no querían comenzar por un drama. Eso sería para más adelante ó cuando ocurriese un lance que no pudiesen evitar. El asalto lo deberían hacer con el menor riesgo posible de sus personas. Trataban, y con razón, de economizar su propia sangre, como hacen los generales más famosos, que siempre se colocan lo más lejos que pueden del centro de la batalla. No se mataría ni maltrataría á ningún pasajero; no se les robaría prendas de ropa que pudiesen ser fácilmente reconocidas; los relojes de plata de poco valor se dejarían en los bolsillos de los pasajeros, y del dinero que se rejuntase, registrándolos hasta en los zapatos, se les dejarían unos cuantos pesos para que almorzaran ó comieran en Puebla. De esta manera, lejos de atraer sobre sí la cólera de la justicia, serían unos ladrones verdaderamente populares, y estimada su conducta en alto grado por los jueces y magistrados y por los mismos viajeros. A los cocheros de las diligencias debía respetárseles y procurar transigir con ellos, pues si los maltrataban ó mataban, no habría quien quisiese hacer el viaje, y la línea de diligencias tendría que suspenderse, ó el gobierno pondría tal número de fuerzas para custodiar el camino que hiciese imposible toda tentativa. En los ataques al coche debería aparecer ante la vista de los pasajeros rendidos y acobardados una cuadrilla numerosa, bien que no contasen más que cinco ó seis indios de la cuadrilla, pues los otros tenían necesidad de aparecer cortando y quemando árboles y haciendo sacas de carbón. Los indios que se destinasen para el asalto, deberían cubrirse la cara con una máscara negra, y vestir una cotona de cuero amarillo oscuro; sus armas serían un grueso garrote, y los dos

fusiles viejos, cargados con munición gorda. El caso de derrota, de retirada ó de persecución, estaba previsto. Los indios se dispersarían por la espesura del bosque, no corriendo y deslizándose por los matorrales, sino arrastrándose como culebras, hasta llegar á agujeros que en diversas direcciones habían hecho, y allí depositar la máscara y la cotona y aparecer después en la fábrica de carbón trabajando tranquilamente, ó con su acha cortando palos. Los sombreros, cuando figuraban de ladrones, eran negros, anchos y con una toquilla galón falso de plata. Los sombreros de carboneros y leñadores, eran de petate, cortos de ala y viejos. La organización no dejaba nada que desear, y era obra de un momento el disfrazarse y desempeñar en coro su papel de ladrones, y cuando se acabase la función, guardar sus trajes y volver á su primitiva forma de leñadores y carboneros. Si el gobierno general ó el gobernador del Estado mandaban fuerzas que recorriesen el camino, no encontrarían ni una alma, y se darían por falsas las noticias de los alcaldes y las que corrían en el público, y si penetraba una fuerza armada en el monte no encontraría más que unos cuantos indios inofensivos y humildes que apenas sabían el español, ocupados en los rudos trabajos de la montaña y en terrenos pertenecientes á los hacendados de las cercanías que se aprovechaban legalmente con sus peones del productivo esquilmo del carbón.

Este plan fué el resultado de largas conversaciones entre Evaristo é Hilario, y es necesario hacer justicia al capataz de la cuadrilla. Fué su capacidad y experiencia la que originó la mayor parte de los pormenores necesarios para lograr el objeto, que era robar sin peligro y evitar la persecución.

Los ensayos fueron repetidos en las horas en que el camino estaba completamente solo, y cuando estuvieron seguros que los de la cuadrilla habían aprendido bien su papel, decidieron que un día 12, consagrado cada mes en México al recuerdo de la Aparición de la Virgen de Guadalupe, darían el primer asalto, y esperaban que la Divina Señora los sacaría con bien. Evaristo era supersticioso; pero un tanto descreído y despreocupado de las cosas eternas, especialmente desde que asesinó á Tules; pero Hilario era cristiano viejo y honrado á carta cabal, y cuando habitaba un pueblo ó la hacienda en que trabajaba, tenía capilla, nunca faltaba el domingo á la misa y al sermón del cura, y primero le arrancaban el pellejo que un escapulario de la Virgen del Carmen que traía debajo de la camisa.

El día 11 en la noche, Evaristo no durmió. Como medio incrédulo y depravado por carácter le asaltaban ciertas dudas y se le figuraba que Tules se iba á vengar, y bajo la forma de una pasajera le dispararía un balazo y lo mataría. Hilario durmió como un patriarca.


Una hora antes de que pasara la diligencia. Evaristo estaba ya en las orillas de la calzada, emboscándose cuando venía gente, y á poca distancia Hilario hacía lo mismo, y los dos, armados con sus pistolas y sus sables que habían amolado la víspera por lo que pudiese suceder. Los seis indios á quienes tocó ese día ser ladrones, vistieron cotonas de cuero, sus sombreros negros y sus máscaras, se colocaron detrás de los Palos grandes, perfectamente ocultos; pero con instrucciones de entrar y salir de aquel grupo de árboles cuando los pasajeros estuviesen ya muertos de miedo, para figurar que eran, no seis, sino sesenta, como hacen los directores de tea-

tros con los coristas y soldados que figuran en las comedias.

Cerca la una de la tarde Evaristo escuchó los chasquidos de látigo, las voces del cochero y del sota que alentaban á las mulas para subir la cuesta, y los ruidos estridentes de las ruedas de la diligencia, que chocaban y saltaban sobre la piedra suelta del malísimo camino. ¿Quién lo creerá? En aquel momento Evaristo tuvo miedo y estuvo á punto de volver atrás, ocultarse él y los suyos en el monte y dejar la empresa para otro día; pero había tomado antes de montar unos buenos tragos de catalán, y el licor le dió ánimo para sobreponerse y hacer frente á todo lo que pudiera ocurrir, y de un salto deí alazán se puso en medio de la calzada con pistola en mano á esperar el coche.

CAPÍTULO XLVIII

Primer asalto á la diligencia

ocó ese día á Mateo hacer el viaje á Veracruz. Casimiro Collado se debe acordar de él. D. Anselmo Zurutuza lo había tenido á su servicio como criado, y lo había educado para cochero, y era el más diestro entre todos los excelentes cocheros que tenía la casa de diligencias, establecimiento que fué de una inmensa utilidad en México, y que por las diversas y difíciles líneas que recorrían sus coches, por su orden, por la exactitud de sus viajes, á pesar de los muchos obstáculos de los caminos, y por lo bien arreglado de su administración, podía compararse al servicio de las diligencias de Inglaterra, y á las *Messageries* de París, antes de que se inventasen y se construyesen los caminos de hierro. Mateo fué también el favorito de D. Manuel Gargollo y de Casimiro Collado cuando quedó al frente de este grandioso establecimiento.

Era Mateo de esa raza mestiza, inteligente, audaz y valentona, que representa hoy quizá una tercera parte de los habitantes de la que fué Nueva España, y que tantos servicios presta en la guerra, en las minas y en la cultura de los campos. Chaparro, medio zambo, de nariz abultada, de ojos negros, pequeños y maliciosos, lampiño, de anchas espaldas, de brazos y piernas musculosas, con unas manos chicas, pero con los dedos gordos como si fuesen de plátano guineo, manejaba con destreza dos tiros de mulas, y su mano era tan dura y firme, que las mulas sobradas y bravas que se uncían á los coches, reconocían desde luego la superioridad del que las conducía. Al grito de Mateo y al chasquido del látigo salían brincando, y con una furia de demonios que parecía que iban á hacer trizas al cochero, y cuando iban mujeres dentro se santiguaban y se encomendaban á Dios, pero á poco andar, Mateo con sus gritos y latigazos las obligaba á que caminasen á trote parejo y regular que daba gusto. Educado en la sociedad de los cocheros yankes, que con D. Manuel Escandón fundaron la casa de diligencias de México, Mateo hablaba inglés al estilo burdo, amanerado y casi ininteligible de la gente del campo de los Estados del Sur, y fingía haber olvidado el español, y de intento ó por hábito, decía mil disparates. Bebía grandes jarras de cerveza con Sloocun y Juan el Diablo, y comía su rosbif casi crudo, pocas tortillas, y pulque, jamás. No era Mateo de esos cocheros á quien podía asustar ni Evaristo, ni veinte ladrones más. Estaba habituado hacía muchos años á las aventuras y peripecias del camino, y más de una vez había recibido descargas de balazos que por fortuna no le habían tocado; así que luego que oyó el grito de *¡alto!* y observó á

Evaristo en el centro de la calzada, hecho un Santiago, haciendo girar y pararse de manos al alazán y apuntando con su pistola en todas direcciones, en vez de azorarse echó una carcajada, fué templando el trote de las mulas, hasta que puso el pié en el garrote y paró el coche, y si no lo hace tan á tiempo, arrolla á Evaristo y á su alazán.

—No vaya á disparar la pistola, amigo, y á espantar el ganado,—le dijo Mateo con calma;—la gente que viene dentro es de *señores muy decentes*; yo los traigo, y basta. Se conoce, amigo, que usted es nuevo por aquí, porque con haberme chiflado, bastaba. Los que estaban hace dos años por aquí, jamás tocaban á los cocheros de la casa, y el amo D. Anselmo nos daba nuestra gala porque le llevábamos con bien el coche hasta Veracruz. Ya hablaremos y dése prisa y con tiento, pues si llego con una hora de retardo tengo multa.

Todo esto era nuevo para Evaristo. La confianza con que le habló el correo de S. M. Británica, y la llaneza con que lo trataba el cochero de la diligencia, lo sorprendieron y casi estaba tentado de pedirles perdón en vez de robarlos, pero estas ideas pasaban rápidas, y tenía que recurrir á su mal carácter para desempeñar su papel de bandido.

—Bueno, amigo,—contestó Evaristo al discurso de Mateo,—no hay que echar á correr, porque entonces disparo, y disparará mi gente que está emboscada.

—¿Por quién me toma?—le dijo Mateo,—¿entonces para qué sirve la palabra de los hombres? Despáchese y váyase con tiento con la gente que yo traigo, porque entonces no volverán á hacer el viaje en mi coche.

Evaristo, que tenía prisa de concluir, dió los chifidos

convenidos, y por el costado izquierdo de la calzada apareció Hilario, haciendo que su caballo hiciera corbetas y santiaguitos. Del escondite de Palos grandes fueron saliendo los indios enmascarados y rodearon el coche blandiendo sus bastones, y los dos armados de los viejos fusiles de chispa, apuntaron al carruaje.

Evaristo se acercó á la portezuela derecha, y apuntando al centro dijo:

—Al que se mueva ó grite, le vuelo la tapa de los sesos.

Hilario hizo lo mismo por la portezuela izquierda, y repitió palabra por palabra la misma orden. Los enmascarados se colocaron frente á las mulas para impedir la fuga del carruaje, pues no estaban enterados del arreglo tácito hecho entre su capitán y el cochero.

Los nueve asientos de la diligencia estaban ocupados; en el pescante venía el sota, y en el techo un criado. Entre los pasajeros se hallaban D. Manuel Escandón, don José Bernardo Couto y D. Joaquín Pesado; los demás eran dos señoras ancianas que regresaban á Puebla con sus dos criadas, y dos personas desconocidas de aspecto decente, quizá comerciantes del interior, que bajaban á Veracruz á hacer sus compras de invierno.

D. Manuel Escandón, que había también sido amo de Mateo, con el cual hablaba siempre en inglés, escogió precisamente para hacer el viaje el día que le tocaba conducir el coche. Sabía perfectamente que en caso de ser asaltados por los ladrones, Mateo arreglaría las cosas de modo que no pasaran tan mal. D. Joaquín Pesado viajaba constantemente de México á sus haciendas de Orizaba; había sido asaltado ocho ó diez veces, y sabía que no habiendo resistencia, y salvas algunas humilla-

ciones y molestias, la vida no corría peligro, pero don Bernardo Couto hacía años que no abandonaba su casa de México sino para ir á Tacubaya, y aunque había oído referir anécdotas muy curiosas acerca de los robos en el monte de Río Frío, nunca se había encontrado en un lance; así á la vista de los enmascarados y las pistolas preparadas que apuntaban desde las portezuelas al pecho de los viajeros, lo llenaron de terror, y sin proferir una palabra se encogió como una oruga y casi se envolvió entre la ropa de las mujeres que iban sentadas junto á él, diciéndolas en voz muy baja:

—¡Por el amor de Dios, señoras, no hay que gritar ni que llorar porque somos muertos!

Después de algunos minutos de silencio, que parecieron siglos á los pasajeros, Escandón tomó la palabra, disimulando lo más que pudo la voz turbada, pues por más que se diga, siempre es solemne en la soledad de un camino y en medio de un bosque el encontrarse repentinamente con los ladrones, por más buenos y benévolo que se les suponga; pero en fin, pudo hablar.

—No hay necesidad de violencia, señor capitán, porque supongo que es usted el capitán,—dijo á Evaristo, que le apuntaba con su pistola;—estamos prontos á hacer lo que usted diga, y no hay motivo para tratarnos mal.

—Bien,—contestó Evaristo con voz un poco aguardentosa y ronca;—venga el dinero que traigan en la bolsa.

—Nosotros no traemos nada,—se apresuraron á decir las dos señoras ancianas, y en su voz temblorosa se conocía que sí tenían algo que desembolsar y que mentían.

—Silencio, señoras,—dijo Escandón,—y puesto que

el señor capitán se porta bien, es menester no ponerle dificultades.

Las dos desgraciadas fueron sacando como por fuerza medio á medio, y real á real, el dinero que tenían en el seno y en las bolsas de su vestido.

—¡Pronto! que no puedo esperar una hora á que se registren esas viejas chiches, sacando solamente medios lisos,—gritó Evaristo.

Tal fué el susto, que una de ellas dejó caer una taleguita de pita llena de pesos que tenía oculta.

—Venga acá eso,—dijo Evaristo.—Y decían que no tenían nada. Ya las amarraré en un árbol y les quitaré hasta la camisa, pues algo más deben tener debajo de la ropa.

—¡Por la Virgen de los Dolores!—exclamó una de las ancianas,—¡le juramos que es todo lo que tenemos, y ya se lo íbamos á entregar!

Las criadas lloraban de miedo, pero no se atrevían á hablar.

—Vaya, vaya, capitán, sea usted generoso y perdónelas,—dijo Escandón, desviando el brazo de Evaristo que iba á dar un mojicón á la anciana.

—Pronto los demás,—interrumpió el capitán tomando la taleguita que por la apariencia contendría unos ochenta ó cien pesos.

D. Joaquín Pesado se registró los bolsillos con calma. y reunió ocho pesos que entregó al capitán, diciéndole:

—Es todo lo que tengo, no nos queda ni para comer.

D. Bernardo Couto sacó unos ocho ó diez pesos; los demás pasajeros y una de las ancianas, entregaron cuanto tenían, y reunidos puños de pesos en las manos de Escandón, los pasaba al capitán, diciéndole:

—Aquí está lo que tenemos, y no es mal negocio, capitán; ya ve usted, sin necesidad de palabras duras, ni de maltrato, y sin exponerse, no ha salido mal el negocio.

—Ahora los relojes,—añadió Evaristo sin hacer caso de Escandón, guardándose el dinero en los bolsillos y desmontando su pistola, de la cual no tenía ya necesidad en aquel momento.

D. Joaquín Pesado entregó un reloj viejo de plata.

D. Bernardo Couto, con una voz muy suave y persuasiva, dijo:

—Desgraciadamente, y con la premura del viaje, se me olvidó el reloj en mi casa, señor capitán,—y al decir esto volteó al revés la bolsa de su chaleco.

Las ancianas y sus criadas, unos relicarios de oro con imágenes y astillitas de huesos de santos; los dos pasajeros que habían permanecido en silencio y en la apariencia tranquilos, sin resistencia entregaron sus relojes de oro, con sus grandes cadenas finas. Escandón pasó todo esto á manos del capitán.

—Vaya, no es tan malo; ya hemos dado los relojes, algunos de oro, y hasta los relicarios de estas señoras que ya no serán maltratadas. ¿No es verdad, capitán?

Y mientras el capitán tomaba con cierta avidez y distribuía la presa en sus bolsillos, Escandón dejó de intento caer uno de los relojes, y al agacharse para buscarlo se quitó el suyo que conservaba en el bolsillo y lo echó debajo del asiento. Evaristo, aunque sabía que ninguna fuerza había de venir á atacarlo y de que los pasajeros eran de lo más pacífico, tenía miedo y no deseaba prolongar el lance; así no atendía á los pormenores que pasaban en el interior del coche entre los asustados viajeros, tendía la mano y recibía sin examen lo que le daba

Escandón, que estaba en el asiento del centro junto á la portezuela, y el que parlamentaba, hablaba á nombre de los demás y templaba el humor belicoso del capitán, que no encontraba mal el que se le evitase entenderse con todos y oír quejas, súplicas y lloros de las mujeres. Así que acabó de llenar sus bolsas con los despojos que recibía dijo:

—¡Ahora abajo los pasajeros!—y abrió violentamente la portezuela.

Escandón descendió del coche y le siguieron los demás.

—Cada uno se irá á tender boca abajo en el suelo,— continuó Evaristo,—en el lugar que se le señale, y cuidado con levantar la cabeza ni mirar á ninguna parte, ni hablar, porque con un balazo, ya no la moverán más.

Escandón quiso parlamentar y aprovechar el dominio que hasta cierto punto había adquirido sobre el bandido, pero ya éste no le hizo caso y entregó las víctimas á Hilario, que los llevó á poca distancia á la orilla del bosque y los fué tendiendo en fila. Lo más que consiguió Escandón es que lo colocaran entre D. Joaquín Pesado y D. José Bernardo Couto. Un par de indios quedaron de guardia, con el garrote levantado y con orden de romperles la cabeza si intentaban levantarse ó dar voces para pedir socorro, y no era esto fuera del caso, porque mientras el bandido y Escandón habían conferenciado, una recua de mulas cargadas con azúcar y aguardiente, llegó y fué seguida á pocos minutos por indios de las cercanías á pié, y por otros con burros cargados con huacales de fruta ó de vacío. Todos fueron detenidos y amenazados de muerte si intentaban retroceder ó defenderse.

Mateo, con las ocho riendas en la mano y su pié en

el garrote, contenía con trabajo las mulas que á cada momento querían partir y llegar á la posta: á la hora á que estaban acostumbradas.

Los enmascarados, con los garrotes enarbolados y apuntando en todas direcciones con los fusiles, rodeaban el carruaje, y los pasajeros tendidos é inmóviles en la yerba heriza y húmeda de la montaña, parecían ya cadáveres que sólo necesitaban del sepulturero para que los enterrasen en una fosa común. Las señoras, al menos así lo creían, se consideraban en el último trance de su vida. Aunque habían hecho varios viajes entre México y Puebla, era el primero en que se habían encontrado con ladrones.

D. Bernardo, de una contextura delicada y nerviosa, de un carácter tímido y aprensivo, no dejaba de pensar que los bandidos, después de haberlos despojado, ejercerían algunas violencias, al menos con las criadas, que no eran de malos bigotes, y que tal vez le quitaría la vida un garrotazo de los bárbaros indios.

En tanto que Hilario vigilaba á los arrieros y pasajeros. Evaristo ordenó al sota que vaciara la covacha y el pescante de los bultos y baules que contenían. Mateo, con la mano libre que le quedaba ayudaba á tirar bruscamente las maletas al suelo, y los enmascarados en momentos apearon de la covacha, que estaba llena, los equipajes de los viajeros.

Evaristo se acercó á la fila de los desgraciados tendidos y gritó:

—¡Las llaves, grandísimos!... ¡y pronto!... ¡si no!...

Escandón quiso hablar.

—Calle, que bastante lo he aguantado,—respondió Evaristo.—¡Las llaves!

Cada uno se apresuró á entregar las llaves de sus baules, menos una de las ancianas que por más que hizo no la pudo encontrar entre sus vestidos.

—¿Cuál es su baul?—le preguntó Evaristo.

—Es una petaca de Puebla, colorada, con clavitos dorados, Señor Sacramentado, —respondió la anciana, queriendo á la vez decirle señor capitán y encomendarse á Dios.

—Ni trizas quedará de ella, y ya verá lo que le sucede,—replicó Evaristo recogiendo las llaves, y dirigiéndose al montón de sacos, maletas y baules esparcidos en desorden entre los pedruscos y tierra del camino.

Evaristo buscó la petaca colorada con clavitos dorados, la levantó en el aire y la estrelló contra las piedras, y de entre las astillas fué sacando vestidos, enaguas, camisas y medias sucias: en resumen, nada de valor.

—¡Maldita vieja!—exclamó,—me la ha de pagar; y rompió con cólera un vestido de Macedonia, única cosa regular, y el resto lo tiró para que se lo cogieran á los indios y arrieros que estaban detenidos.

Siguió el registro de los baules, á los que ya Hilario había acomodado sus llaves. La maleta inglesa de don Manuel Escandón, muy bien surtida de calzoncillos blancos, camisas, pañuelos, todo muy fino y procedente de los mejores almacenes de Londres.

—Ya tengo para un año,—dijo Evaristo,—hasta con mi marca, porque yo me llamo *Mariano Evaristo*.

Volvió á colocar con cuidado la ropa en la petaca, la cerró, se echó la llave en la bolsa, y él mismo la cargó y se la llevó al grupo de árboles, de donde habían salido los enmascarados.

Uno de ellos estaba de vigía observando el lado opuesto del camino.

Siguió el registro de los demás equipajes, y fueron tomando de ellos lo que les pareció que podían apropiarse inmediatamente, y mientras el capitán repartía la ropa, los enmascarados se retiraban al escondite de Palos grandes, y volvían casi al momento vestidos con calzoncillos blancos nuevos y limpios y chaquetas de paño ó de lienzo que parecían que se las había hecho expresamente un sastre de la calle de Plateros. Salieron de los baules alhajas de diversos tipos y tamaños, y dinero en plata y oro; de modo que la presa abordaba á algunos cientos de pesos. Evaristo é Hilario estaban muy contentos, y sus maneras con los pasajeros, aunque groseras para imponerles miedo, se modificaron notablemente. Dejando en los baules lo que no les servía, los rellenaron con la ropa amontonada sin distinción de dueños, de manera que las enaguas y camisas de las señoras poblanas fueron á dar al baul de D. Joaquín Pesado, y los chalecos de los viajeros del interior á la petaca de las criadas.

Acababa justamente de registrar Evaristo el baul de D. Bernardo Couto y lo cerraba y daba vuelta á la llave que no obedecía, cuando con una voz tímida lo llamó D. Bernardo.

—¡Señor capitán!—dijo.

—¿Qué se ofrece?—preguntó Evaristo, siempre acentuando sus palabras con un tono altanero.

—¿Ha registrado usted bien mi baul, señor capitán?

—Sí, ¿y qué sucede? y no hay que levantar mucho la cabeza hasta que yo lo mande.

—No la levanto sino lo necesario para ser escuchado,

señor capitán,—prosiguió D. Bernardo con su ilación lógica, como si comenzase un discurso en el Congreso.

Escandón, que preveía lo que iba á decir D. Bernardo, le tiraba del pantalón con disimulo, pero éste no hacía caso, y continuó con su voz dulce y persuasiva.

—Me parece, señor capitán, y no estoy seguro de ello, porque mi petaca la compusieron y arreglaron las señoras de mi casa, pero en el rincón de la izquierda...

Escandón, al disimulo, tiraba más fuerte de la ropa de Couto; éste no se dió por entendido y acabó su peroración.

—En el rincón de la izquierda, ó en el de la derecha, no estoy cierto, hay unos doscientos pesos envueltos en cartuchos de á cincuenta pesos.

Escandón tiró más fuerte de la ropa de D. Bernardo, pero no había ya remedio, había soltado ya la prenda.

Evaristo, que había logrado cerrar la petaca, la volvió á abrir y echó fuera con precipitación la ropa, registró el fondo y los rincones, y fué sacando uno á uno los cuatro cartuchos, con cincuenta pesos cada uno.

—Este hombre no es ladrón ni mentiroso como la vieja,—dijo Evaristo;—no oculta el dinero que con tanto trabajo ganamos los pobres. No se irá la vieja sin acordarse de mí.

—Es una infeliz señora enferma,—murmuró D. Bernardo, creyendo tener ya una influencia con el capitán.

—Calle, y no interceda ni se meta en lo que no le importa.

D. Bernardo, aterrado, bajó la cabeza y volvió á tomar la posición horizontal que antes tenía.

—Pueden levantarse todos menos la vieja,—ordenó Evaristo.

—¡Por el amor de Jesucristo! señor capitán,—exclamó la desolada anciana;—¡tenga usted compasión de mí, y le prometo que cuando vuelva le traeré cuanto dinero tenga!

—Si habla una palabra más, la matas,—dijo á uno de los indios que no habían dejado de tener los garrotes levantados sobre la cabeza de los viajeros.

Pesado y Escandón quisieron interceder, pero Evaristo les impuso silencio con una mirada.

—Vayan recogiendo sus hilachas viejas, que para nada me sirven, y pronto,—continuó el bandido, tirando en el suelo las llaves que le quedaban en la mano,—porque no me gusta que esté más tiempo el coche en el camino.

Los pasajeros, obedientes como unos niños de la escuela á la voz del maestro, fueron humildemente recogiendo la ropa que les habían dejado los enmascarados, y colocándola como pudieron en sus respectivos baules.

Escandón tuvo el atrevimiento de pedir al capitán que le devolviera su baul inglés.

Evaristo se lo quedó mirando y no le respondió.

La anciana, que después se supo que era una de las damas antiguas y principales de Puebla, esperaba por momentos la muerte.

Los demás pasajeros tenían también sus temores, y estaban resueltos á interceder y hacer promesas á Evaristo, pero éste no los dejó, pues, como quien dice, los arreaba para que concluyeran de acomodar lo que les quedaba.

Entre los indios enmascarados y el sota, volvieron á colocar en la covacha y el pescante los baules y maletas, y por orden de Evaristo fueron entrando al coche los pasajeros.

Así que estuvieron dentro, y cerrada la portezuela, Evaristo, con pistola en mano, se acercó á la desventurada señora que estaba más muerta que viva. Los pasajeros, involuntariamente, lanzaron un grito de horror.

—¡No la mate usted, capitán; le daremos cualquier dinero!

Evaristo, en vez de responder, dirigió la puntería á la portezuela. Los pasajeros se hundieron y se hicieron una bola en el centro del carruaje.

—Es el último día de mi vida,—dijo D. Bernardo, y cerró los ojos.

Evaristo llegó por fin á donde estaba tendida la anciana, y en vez de dejarle ir el tiro, guardó la pistola, tomó la cuarta que tenía abrochada en la pretina de las calzonerías, levantó las ropas, que no estaban ya en mucho orden, y le aplicó dos ó tres cuartazos que le hicieron dar un grito de dolor. Pesado y D. Bernardo se taparon los ojos. Escandón no perdía un solo detalle de la escena.

—Ahora levántese y váyase,—le dijo Evaristo sin cuidar de cubrir el lugar posterior donde había hecho el castigo.

La pobre señora no pudo responder ni cubrirse. Se había desmayado. Entre el sota y uno de los enmascarados la levantaron en brazos y la metieron en la diligencia como si fuese uno de tantos bultos que aun quedaban en el suelo.

Evaristo montó á caballo. La covacha se acabó de cargar, y todo volvió al mismo orden como si nada hubiese pasado, y Mateo, con ayuda del sota, arregló sus riendas, compuso sus mulas inquietas que se habían encuartado, y se disponía á partir, pero Evaristo le dijo:

—No truenes el látigo hasta que yo te lo mande.

Mateo contuvo al tiro, y Evaristo se acercó á la portezuela.

—No tendrán la menor queja de mí,—dijo á los pasajeros,—y los he tratado como si hubieran sido mis amos, y gracias al cochero que me los recomendó, pero tengan muy presente lo que les voy á decir: si al llegar á Puebla, chistan una palabra, cuéntense por muertos. Un día ú otro los he de encontrar, sea en el camino, ó sea en cualquier parte. Yo, y toda mi gente, ya los conocemos bien, y donde quiera que los veamos, los hemos de matar, y si no podemos personalmente, no faltará quien lo haga. Ya saben que los ladrones somos honrados y tenemos palabra. Agradézcan que por ustedes no mate á esa condenada vieja que ya me había robado el fruto de mi trabajo. Que venga ella á estarse noches y días enteros en el monte, y verá que no es lo mismo que rezar en la iglesia todo el día, ó estarse sentada ociosa en su casa. El cochero no me da cuidado, porque él sabe mejor lo que tiene que hacerse. Con que, adiós, y buen viaje.

—Adiós, capitán,—le dijo D. Joaquín Pesado,—y estamos muy agradecidos, pero no nos queda ni para pagar la comida en Puebla. Dénos usted unos cuantos pesos,—y con una lógica irresistible, añadió:—Si comenzamos por no pagar la comida y pedir prestado, desde luego, y sin que lo digamos, sabrán que...

—Dice bien,—respondió Evaristo; sacó un puñado de pesos de la bolsa y lo tiró en el centro del coche, gritando á Mateo:—¡Arrea!

Mateo tronó el látigo, las mulas se encabritaron y parcieron como demonios, saltando y cayendo y levantando

el carruaje por entre los baches, piedras y hondonadas del camino. Quería, aunque él y los pasajeros se hicieran pedazos, ganar el tiempo perdido y llegar á Puebla á la hora reglamentaria. D. Anselmo Zurutura era inflexible. No le importaban á él, ni los ladrones, ni las lluvias, ni el frío, ni las dificultades del camino. Habían de llegar sus cocheros á una hora fija. Si pasaban quince minutos pagaban una fuerte multa.

Cuando la diligencia desapareció entre las vueltas del camino y la espesura de los árboles, y cesó de oirse el crujido de las yantas contra los pedruscos de la calzada, Evaristo reunió á los arrieros é indios detenidos, que eran más de treinta, y les hizo las más terribles amenazas si decían algo de lo que había pasado.

—Si llega á mi noticia que alguno de ustedes ha contado algo de lo que acaba de ver, juro que les cortaré la lengua. Vamos, ¿qué tienen que darme? Los indios se apresuraron á darle fruta, queso, alfajores y dulces de México que llevaban á vender á Veracruz, de todo lo que hizo una buena provisión Evaristo, colocándolo en un saco vacío que había quedado en el campo entre los despojos. Los arrieros querían destapar un barril de aguardiente y darle un jarro ó un cubo, pero Evaristo tenía bastante provisión de licores, y lo que quería era levantar ya el campo. Rehusó ya más ofertas, aun de puñados de cobre, y dejó seguir su rumbo á toda la gente.

En seguida, con sus indios que se quitaron la máscara luego que no hubo quien los observase, limpió el camino, recogiendo los fragmentos de la petaca encarnada de la señora principal de Puebla, las correas, mecates, piezas de ropa viejas y nuevas que había regadas, y dejando casi barrido el campo de batalla, se internó al monte

cargando la presa. Dejó á cuatro de los indios haciendo carbón, y él con los demás siguió al rancho de los Coyotes para liquidar y repartir el robo.

—Se lo anticipé á usted, señor amo,—dijo Hilario,—que habíamos de salir con bien. La Virgen de Guadalupe siempre me ha socorrido.

Evaristo meneó la cabeza algo incrédulo, pero no quiso desagradar á su segundo, y le respondió:

—Yo tenía confianza, pero nuestras pistolas y el valor con que hemos atacado el coche nos ha dado el resultado. Los Joseeses se han portado bien.

—Para lo que se ofrezca en adelante, estarán como navaja de barba, no hay que enseñarles más.

Los dos bandoleros se apearon del caballo, entraron á las piezas, vaciaron lealmente sus bolsillos sobre la mesa y empezaron á contar las prendas y dinero.

Como seiscientos pesos en monedas de oro y plata; tres relojes de oro y uno de plata; como diez anillos de oro con algunos brillantes; ropa nueva, y el baul de don Manuel Escandón, que contenía dos pares de gruesos zapatos ingleses, idénticos á los que usaba Lord Palmerston; una docena de camisas de tela finas; unos pantalones y chalecos de lona y un par de sacos cortos de paño y corbatas de color, todo idéntico á lo que acostumbraba Lord Palmerston; un estuche pequeño de viaje, de metal inglés; calzones interiores, pañuelos, calcetines, y pocas cosas más. Evaristo quedó contento, y de ropa interior ya tenía para algunos meses.

Evaristo dió á su segundo la tercera parte del dinero y de las alhajas, y la otra se repartió entre los indios que quedaron muy contentos y tomaron sabor al robo en grande. Evaristo quería mostrarse generoso, á reser-

va de que, cuando tuviese mayor influencia y dominio, modificaría en su favor las cuotas.

Mientras se hacía la liquidación y el reparto, una de las indias que servían en la cocina había preparado un buen mole de pecho, unos frijoles á medio cocer y un cabrito asado en una lumbrada, sin que faltasen las tortillas y el tlachique, y los dos honrados agricultores se sentaron á comer alegremente, contemplando los campos fértiles, el bosque frondoso, las arsinas de paja, levantadas en frente de los montones de mazorca de un maíz duro y blanco, y las sacas de carbón que habían bajado del monte, todo lo que importaba algunos cientos de pesos.

Resolvieron, en vista de esta prosperidad, dedicarse á la agricultura, pasearse en la feria de Texcoco, donde había gallos y maroma, y dejar pasar tranquilamente la diligencia dos ó tres semanas.

CAPÍTULO XLIX

Episodio

MIENTRAS Evaristo, su socio y sus indios enmascarados descansan de su laboriosa jornada, comen, ríen y se reparten los despojos tan valientemente adquiridos, la diligencia de D. Anselmo Zurutura, conducida por Mateo, camina al término de su jornada.

Los comerciantes de Guanajuato y las señoras principales de Puebla y sus criadas, poco nos importan, pero algo los tres distinguidos personajes que hemos mencionado, conocidos más ó menos, si no de vista, sí por su fama en toda la república.

Escandón, banquero, propietario, agricultor, fabricante, empresario en su principio de la línea de diligencias, minero, financiero; ¿qué no era Escandón en esa vía de actividad y de ingenio, para ganar dinero y abarcar las más atrevidas empresas?

Couto, abogado distinguidísimo, orador de primer

orden, político, un poco poeta, pero sobre todo, hombre amable, de un trato tan fino, que el de una dama podía parecer áspero si se le comparaba.

Pesado, poeta clásico, escritor correcto, teólogo consumado, hombre de economía severa y de un estricto método y orden en su casa, en sus negocios y hasta en sus acciones y modo de hablar.

Como estos personajes notables no volverán á figurar en las siguientes escenas y cuadros de costumbres, ó figurarán muy poco, no llevarán á mal nuestros lectores que los acompañemos hasta Puebla, y con ello conocerán más el carácter de cada uno, y del cual habían dado muestras desde que fueron asaltados por Evaristo.

El uno, hombre de negocios. El otro, tímido y orador hasta con los ladrones. El último, metódico y económico.

—

—¡Nos vas á desbarrancar y á hacer pedazos, Mateo, no tengas cuidado por la multa!... ¡Ah bárbaro! ¡por poco volcamos!... ¡Mateo! ¡Mateo! ¿no oyes?

D. Manuel Escandón, sacando con trabajo la cabeza con riesgo de rompérsela contra la portezuela y evitando con una de sus manos el recibir un golpe á causa de los saltos y vaivenes del coche, era el que gritaba á Mateo, pero Mateo no lo oía, ó no lo quería oír, y continuaba su carrera vertiginosa por entre peñascos, piedras sueltas y agujeros profundos. Una goleta en medio del Océano agitado, era nada en comparación de aquel coche. Todo era bueno para hacer correr el tiro: latigazos, gritos, piedras que lanzaba el sota para que alcanzaran á las ancas de las dos guías que iban delante.

Los pasajeros veían con terror pasar como fantasmas fugitivos los árboles del bosque, y cuando creían entrar en alguna calma, un nuevo salto golpeaba sus cabezas contra el techo ó los estrujaba y revolvía unos con otros.

Las señoras principales de Puebla se encomendaban á todos los santos del cielo, y á cada brinco del carruaje, exclamaban. ¡Jesús nos valga! y gritaban del dolor que les causaban los tropezones de cabezas, brazos y piernas.

Los dos viajeros taciturnos del interior, de cuando en cuando soltaban tamaña desvergüenza y maldecían la hora en que les había ocurrido salir de Guanajuato y prolongar su viaje á Veracruz. En el invierno siguiente harían las compras en México, pues el camino del interior en tiempo de secos, era mucho mejor que el de Veracruz, con todo y los miles de pesos que percibía cada año la Junta de Peajes. ¡Ladrones! que todo se lo aplican al pago de sus réditos y se contentan con mantener cuatro peones en la *Olla* y otros tantos en la bajada de Perote, para cubrir las apariencias.

—¡Mateo, Mateo! nos vas á matar,—gritaban ya hasta las señoras principales de Puebla.

Y Mateo seguía su carrera loca por aquellas subidas y bajadas de la montaña, pero eso sí, conduciendo su coche con la misma habilidad que un piloto lleva la nave por entre los escollos y rompientes de una costa desconocida.

En un momento de tranquilidad relativa, D. Bernardo dijo con su voz agradable y lógica.

—Me temía que esos indios que están todavía en un estado salvaje, descargarán un palo sobre mi cabeza,

pero no preveía que había otro más salvaje que ellos, que es ese cochero á quien ustedes llaman Mateo.

—Sólo á D. Manuel,—dijo Pesado,—le ocurre venir el día en que Mateo hace el viaje. Es conocido por su brutalidad y atrevimiento. Las desgracias que ya han sucedido debe atribuírselas á los cocheros, y no á los de la Junta de Peajes, que harto hacen en ceder algo de sus réditos para mantener medio regular el camino.

—¡Qué quiere usted, D. Joaquín!—le contestó Escandón,—Mateo es medio yanqué, y en cuanto á manejar, ni los mejores cocheros que traje de los Estados Unidos cuando fundé la casa de diligencias, manejan mejor que él, no tenga usted cuidado, pero en cuanto á los de la Junta de Peajes, son los responsables, porque se han comprometido con el Gobierno á componer el camino y conservarlo en buen estado, y por eso se les dió el fondo de avería que se cobra en la aduana de Veracruz y produce buenos pesos. Ya verá usted el día que se haga un camino de fierro.

Pesado soltó una carcajada.

—¡Qué disparate, D. Manuel! Ni todos los ingenieros del mundo son capaces de hacer un camino de fierro, y todos los tesoros que encierra Londres, no bastarían para sufragar el gasto. Se necesitaba cortar montañas enteras, y no sé cómo, conociendo usted más que yo esta altísima sierra, puede imaginar que se pueda hacer, ni aun pintado, un camino de fierro.

—¡Jesús nos ampare!—gritaron en coro las dos señoras ancianas y sus criadas, y esta exclamación cristiana fué acompañada con una andanada de los comerciantes de Guanajuato, que no abrían la boca sino para lanzar una maldición contra el Gobierno, contra la Junta de

Peajes, contra Mateo y contra ellos mismos por haber sido tan animales de emprender el viaje hasta Veracruz.

La diligencia estuvo á punto de volcarse, tanto que el sota, se desprendió del pescante y brincó al suelo con tanta destreza, que no se hizo daño y volvió á subir al mismo tiempo que Mateo, obligando á hacer una rápida evolución á las mulas, restableció el equilibrio y los viajeros que se creían en el suelo, respiraron y no pudieron menos que elogiar la habilidad del cochero.

La discusión sobre caminos de fierro, peajes y cocheros, siguió entre Pesado, Escandón y Couto, sin dejar de gritar de vez en cuando á Mateo; pero éste les contestaba unas cuantas palabras en inglés, que ni Escandón entendía; la salida de cada posta era cada vez más estrepitosa y las mulas frescas y lozanas partían como locas, saltando y emprendiendo una estampida, como si se hubiesen desbocado. Mateo, entusiasmado, en vez de contenerlas las arreaba, y así entre peligros, sustos y esperanzas de salvación, llegaron los viajeros á San Martín.

Allí, y entre tanto las señoras de Puebla se procuraban en la casa de postas alguna infusión de yerbas para calmar el susto, y se disponía el tiro de remuda, Escandón habló largamente en inglés con Mateo, y dió cuenta á D. Bernardo y á Pesado, de que ya lo había hecho entrar al orden y nada había que temer.

Palabras perdidas. Se pegaron las mulas, subió Mateo al pescante, y poco era lo que había pasado.

Más veloz que en un camino de fierro, volaba la diligencia por el ancho y hermoso valle de San Martín, dejando atrás, como en una visión, los pueblos, las haciendas y los ranchos que están como salpicados á poca distancia del camino.

Cinco minutos después de la hora reglamentaria, entraba con estrépito el coche en el patio de la casa de diligencias de Puebla, donde, como de costumbre, había más de cincuenta personas que esperaban para saber noticias de México y recoger sus cartas y encargos.

Ordeñana, que era el administrador, se presentó á recibir la balija.

—¿Ninguna novedad?—le preguntó á Mateo.

—Ninguna,—le contestó el cochero,—el camino un poco pesado y una mula que se encuartó, me han hecho perder cinco minutos.

Tiró las riendas á los mozos, bajó del pescante y se marchó á su casa sin decir ni una palabra más.

D. Bernardo, antes de llegar, repitió su recomendación á las señoras y criadas de que ni á su confesor dijeran lo que había ocurrido; así que la concurrencia se disolvió satisfecha de que la diligencia, como de costumbre hacía meses, había llegado sin novedad.

De Puebla á Veracruz había un paraje sombrío y de malísima fama, el Pinal de San Agustín, pero también hacía tiempo que nada se oía decir.

Las señoras y criadas se marcharon á sus casas, y los pasajeros subieron á sus cuartos á quitarse el polvo y asearse un poco. No tardó en oirse el repique de la campana que anunciaba la hora de la comida. Reuniéronse en el espacioso salón del comedor, no sólo los viajeros, sino muchos abonados á la buena cocina que disponía Ordeñana, y la conversación fué naturalmente relativa al camino.

—¿Con que ninguna novedad, D. Manuel?—preguntó un dependiente de la casa de Múgica que comía allí.

—Ninguna,—contestó D. Manuel,—el camino pési-

mo, intransitable, se llega á Puebla y á Veracruz por milagro, y no cesará esto hasta que no tengamos un camino de fierro.

La mayor parte de los que estaban en la mesa se rieron, como lo había hecho Pesado.

—Pero muy seguro, eso sí segurísimo,—continuó Escandón sin hacerles caso.—Hemos encontrado recuas, gente de á pié y de á caballo, viajeros seguramente del interior, montados en buenos caballos... pero ni asomos de ladrones, y algo es que mientras tengamos el camino de fierro, que se pueda viajar con seguridad.

D. Bernardo se agachaba más de lo regular sobre su plato y comía con poco apetito un cuarto de pollo asado.

D. Joaquín Pesado sonreía, y queriendo desviar la conversación sobre ladrones, temiendo se les fuese á salir una pábala indiscreta, volvía al tema del camino de fierro.

—Monomanía de Escandón. Está soñando siempre con un camino de fierro, y la verdad es que ya llevamos años que se ha gastado mucho dinero y que no hay ni media legua hecha de Veracruz á la Tejería.

—No es delirio, sino un pensamiento patriótico,—replicó el dependiente de Múgica,—y entre D. Juan y Escandón solos podrían hacer el camino y ganarían dinero.

—Se conoce que no tiene usted ni idea de lo que son caminos de fierro; ni veinte Escandón, ni veinte Múgica juntos, eran bastantes para hacer un camino de fierro de México á Veracruz. Sabe usted en cuanto calculaba Arrillaga el...

—Ya tengo noticia,—interrumpió el dependiente,—poco más de un millón, y Escandón y Múgica lo pueden dar y les queda algo para comer.

—Esa es la ignorancia de las cosas,—dijo Pesado,—y perdóneme que se lo diga. ¡Cuarenta millones de pesos! Sí, cuarenta millones, y me parece que se quedó corto, pues cortar estas montañas ó hacer un gran túnel, es obra, como quien dice, de romanos.

El dependiente se exaltó hasta un grado increíble, y dijo que si Escandón y Múgica se decidían á emprender la obra del camino de fierro, él se comprometía á contratarla en un millón de pesos, seguro de que le quedarían de ganancia unos ochenta ó cien mil, y daría como fianza de que cumpliría, unas casas de adobe que tenía al pié del cerro de Loreto.

Pesado no le hizo caso y se echó á reir, y D. Bernardo no pudo menos de exclamar en voz baja:

—¡Qué errores tan garrafales tienen las gentes!

Siguieron todavía disputando sobre calzadas, caminos de fierro y de rueda, ladrones, fondas y paraderos, y quién sabe cuantas cosas más, hasta muy entrada la noche. Al fin cada uno fué abandonando la mesa y dejaron solos á nuestros amigos, personas tan distinguidas, que no hay quien deje de conocerlas en la capital.

—Pero D. Bernardo,—le dijo Escandón,—¿cómo fué ocurrirle á usted señalar al capitán de los ladrones, los doscientos pesos, cuando ya había registrado su baul.

—Vea usted, Sr. D. Manuel, quizá eso nos ha salvado la vida. Si para mayor desgracia le ocurre registrar de nuevo el baul y encuentra el dinero, figúrese usted ¿qué hubiera hecho de nosotros?

—Pues nada, D. Bernardo, ni él le había preguntado á usted si traía dinero, ni sabía bien á bien si era el baul de usted ó de los otros pasajeros.

—Desengáñese usted, Sr. D. Manuel, siempre es bue-

no decir la verdad en todos casos, aun á los ladrones. ¡Qué vergüenza para la pobre señora de verse azotada y casi desnuda delante de nosotros!... y al fin perdió su dinero y cuanto traía, pues pedazos le hizo su baul ese malvado. Si le hubiese dicho la verdad desde el principio, no se hubiese visto en tan feo trance.

—No soy de la opinión de usted, D. Bernardo,—le dijo Pesado.—Todo es lícito en propia defensa, y la ley misma no castiga al que mata por defender su propia vida. Cuando hay mala fe conocida, no hay daño en mentirle al que ofende ó engaña, como en el caso de usted; es doctrina de Santo Tomás y de todos los teólogos. Cuando camino no llevo reloj, ó si acaso compro uno de plata muy viejo, y que no ande, para que si me lo roban queden chasqueados, y me echo en la bolsa ocho ó diez pesos falsos y dos buenos para pagar el almuerzo ó la comida. En este caso tuve que dar los ocho pesos, y el capitán nos tiró, en verdad, como de limosna, veintiún pesos buenos para nuestra comida, y ya lo ve usted, en vez de ser robados, hemos ganado, y engañando al ladrón, hice un beneficio á los pasajeros que no habrían tenido ni para pagar la fonda. La liquidación es muy clara y sencilla, y mi conciencia queda tan limpia como si me acabara de confesar:

Comida de los nueve pasajeros que veníamos en el coche, á 2 pesos cada uno . . .	18
Reintegro que me hago de dos pesos buenos que traía entre los falsos que dí á los ladrones	2
Al mozo ó pasajero que venía en el pescante	1

Pesado había sacado un lápiz y una cartera, y hablando hablando había apuntado la liquidación anterior que mostró á sus amigos.

—Abismado estoy, Sr. D. Joaquín,—exclamó D. Bernardo Couto agarrándose la cabeza con las dos manos,—del valor y sangre fría de usted para haber hecho semejante cosa, y cómo no le temblaron las manos al dar á ese hombre feroz, que se titulaba capitán, las monedas falsas.

—Serpientes y escorpiones daría para que en el acto quedasen muertos esos ladrones, que son la plaga y la rémora del país, y desengañese usted, el ladrón, por valiente que sea, al tiempo de robar siempre tiene miedo. El valor viene unido, dice Santo Tomás, con la justicia de la causa, y esto le explica á usted el valor de los mártires que desafiaban la cólera de los emperadores romanos; pero volviendo á los ladrones, repito que tienen miedo y por miedo matan al que trata de conocerlos (1), además, siempre están de prisa temiendo ser sorprendidos, y no van á entretenerse en registrar si las monedas son buenas ó falsas. A mí me ha surtido perfectamente este método, y las más veces, me han dado para el almuerzo, aunque no tanto como ahora. Este capitán, aunque brusco y ordinario, como toda esa mala gente, fué generoso. Podía muy bien habernos dado un balazo en vez de los pesos.

—D. Joaquín dice muy bien, todo en este mundo se reduce á negocio, y hasta la salvación eterna es un negocio.

(1) D. Joaquín Pesado, que frecuentemente iba á sus haciendas, fué robado más de diez veces, sin que jamás estuviese su vida en peligro. No fué tan feliz su hijo mayor, que en uno de sus viajes, se defendió, reconoció al capitán que lo atacaba y fué asesinado por él.

—Y como que sí, y el más importante,—interrumpió Pesado,—y es necesario atesorar buenas obras en este mundo para encontrar la verdadera riqueza en el otro. San Jerónimo tiene un capítulo admirable sobre esta materia.

Escandón se había levantado de su silla y dirigido al despacho ó á su cuarto. A poco volvió con un pliego de papel blanco, un tintero y una pluma.

—Voy á hacer lo que D. Joaquín: á liquidar mi negocio, pero es más largo, y de una vez haré el apunte para que Wise, el tenedor de libros de casa, lo asiente en el *Diario*. Es de mucha reserva y él sólo sabrá que nos han robado. Por lo demás, ni á mis hermanos diré lo que nos ha pasado. Hasta ahora parece que todos hemos representado bien nuestro papel.

Púsose á escribir y á hablar entre dientes mientras los dos amigos estaban conformes en dar gracias á Dios de que, aparte el susto, la humillación de ponerse boca abajo y lo que Couto había perdido, habían escapado con vida y no había en el lance más que los azotes á la señora principal de Puebla, pero ninguna sangre derramada.

Escandón acabó su apunte, lo leyó para sí entre dientes, hizo algunas correcciones, y al fin lo presentó á don Joaquín Pesado para que lo leyera en voz más alta, pero no tanto que alguien que pasase pudiera escucharlo.

El memorandum, ó apunte para el tenedor de libros, decía así:

DEBE

HABER

DEBE	HABER
188... 12 Diciembre.	188... 12 Diciembre.
<i>Manuel Escandón á Bandidos de Río Frio</i>	<i>Bandidos de Río Frio á ganancias y pér- didas.</i>
Valor de una <i>valisa</i> in- glesa comprada á W. Laird-Bow Street 10 libras esterlinas . . . 50 \$	Valor del reloj de oro que escondí debajo de los asientos de la diligencia 1000 \$
Ropa de uso y dos pa- res botines Lord Pal- merston. Libras 80 . 400 »	Leontina y sello 100 »
Valor de un reloj de oro repetición de minutos, Dent, nú- mero 19250, libras 200 1000 »	Por una onza de oro que tenía en la bolsa y me la eché en un botín Lord Palmers- ton 16 »
Leontina y sello 20 . . 100 »	Comida que pagó Joa- quín Pesado de Ori- zava 2 »
Por una onza de oro. . 16 »	Saldo á favor de Manuel Escandón 448 »
<u>1566 \$</u>	<u>1566 \$</u>

Puebla, 12 Diciembre, 188...

Memorandum para Wise.

—Por más que usted se empeñe,—dijo D. Bernardo á Escandón,—no me hará usted creer que, habiendo perdido enteramente su baul, haya podido ganar 448 pesos.

—Pues los números no mienten, á no ser que me haya yo equivocado en la suma. Revisela usted, D. Joaquín.

Pesado sumó dos veces el extracto de cuenta que le pasó Escandón, y se lo devolvió, diciéndole:

—Exacto, no tiene duda.

—¿Lo vé usted, D. Bernardo? Yo no entiendo mucho de partida doble, y ya Wise arreglará el asiento como deba ser, pero lo que le digo á usted es infalible. En la partida doble no cabe equivocación.

—No digo lo contrario,—respondió D. Bernardo,—pero ni en partida doble, ni en simple, ni en ningún sistema de cuentas, se me hará creer que, el que ha sido robado haya podido ganar dinero, salvo en el caso de D. Joaquín, que he comprendido perfectamente.

—Todo consiste del modo de plantear el negocio. Suponga usted que baul, reloj, dinero, y hasta la camisa, eran propiedad de los ladrones. Una vez que uno cae en poder de ellos, y está rendido, ya nada es de uno, ni la vida, ¿no es verdad?

—Desgraciadamente es una verdad, Sr. D. Manuel,—contestó Couto exhalando un profundo suspiro.

—Luego todo lo que se puede ocultar ó salvar de cualquiera manera de las garras de los ladrones, es una ganancia, y esto en partida doble es un rubro, un asiento forzoso y muy usado: *Ganancias y Pérdidas*. Gané lo que no me robaron, perdí el valor de mi baul inglés, que constituye un saldo contra los *Bandidos de Río Frío* que nunca me pagarán, pero que tiene que formar parte del activo de la casa; y cuando se hagan inventarios figurará entre las deudas incobrables.

D. Bernardo, pasado ya el susto y resignado y conforme en haber perdido sus doscientos pesos, y algunas piezas de su ropa, rió de buena gana de la ocurrencia de Escandón y de sus explicaciones sobre la partida doble, confesando que sería muy clara y muy buena, pero que todos los profesores del mundo no podrían convencerlo,

de que un robo en un camino real, pudiese ser un negocio (á no ser para los ladrones), y que el robado pudiese probar que había ganado en vez de perder.

Pesado aprobó la liquidación de Escandón, añadiendo que la exactitud y el orden requerían que todo género de operaciones constaran en los libros de una casa, y que el tenedor de libros, con más calma, clasificaría mejor los asientos, pues Escandón no hacía más que dar apuntes, todavía bajo las impresiones del suceso.

Departieron todavía largo rato, y estas bromas, que tenían mucho de verdad, atendido el carácter muy marcado de los tres amigos, acabaron de disipar la impresión desagradable que les causó el encuentro con Evaristo; se fueron á acostar y durmieron con tanta tranquilidad como si nada les hubiese pasado.

Evaristo de pronto no asaltaba sino cada ocho ó diez días la diligencia que bajaba á Veracruz. La que subía á México la dejaba pasar tranquilamente, y cuando la encontraba en el camino, él y sus indios saludaban con mucha cortesía á los pasajeros. Ya tendremos tiempo de asistir á otras diversas escenas en el mentado monte de Río Frío.

En cuanto á nuestros viajeros Escandón y Pesado, cuando concluyeron sus negocios regresaron sin novedad á la capital, pero D. Bernardo no se puso en camino, sino dos meses después, acompañándose con un regimiento de infantería que volvía de Veracruz á donde había conducido una conducta (1) de cuatro millones de pesos.

(1) El comercio remitía su dinero á Veracruz cada tres ó cuatro meses, en carros escoltados por fuerzas de infantería y caballería. Esto se llamaba una conducta.

CAPÍTULO I

Banquete en el gran comedor de la hacienda del Sauz

DON Remigio, usted no es hombre, ni cristiano, ni de buen corazón, ni honrado, ni bien educado, ni agradecido, ni amigo de la casa donde ha servido tantos años, ni su alma fría se conduele de las desgracias ajenas, ni mucho menos de las mías. ¿Cómo es posible que haya usted tenido esta carta un mes entero sin dármela? ¿No ve usted que día por día me voy consumiendo de tristeza, que estoy ya en la tierra como una sombra? Mire usted mis ojos, que usted mismo ha dicho que eran hermosos, cómo han perdido su expresión y su brillo, y no tienen ya ni lágrimas para llorar mi desventura. Cerca de un año sin saber de Juan. Secuestrada en esta hacienda, pensando en mi hijo y en el que llamo y llamaré mi marido; una carta de él me vuelve la esperanza, me hace entrar de nuevo en la vida, me da valor para sufrir, me sirve como de una me-

dicina para aliviar esta enfermedad que con razón no ha podido conocer el médico de México que mi padre mandó traer. Sus drogas amargas las he arrojado, y las que mi padre me ha hecho beber á fuerza no han hecho sino ponerme peor. ¿Y usted, D. Remigio, ha tenido guardada un mes entero esta carta, y ha visto impasible mi inquietud y mis tormentos? Agustina no habría hecho eso. Agustina hubiese expuesto hasta su vida, pero no me habría visto padecer fríaamente como usted. Vaya, D. Remigio, jamás lo hubiera creído.

Era Mariana la que, con voz dolorida, exhalaba estas quejas, sin dejar que D. Remigio, á pesar de que lo intentaba, pudiese tomar la palabra para responderle; así el antiguo administrador de la hacienda del Sauz no tuvo más camino sino agachar la cabeza, bajar los ojos y sufrir las amargas palabras de Mariana, que tenía la carta de Juan en la mano y la estrechaba contra su corazón.

—Señora condesita, es usted muy injusta conmigo,— le dijo luego que Mariana cesó un momento de hablar; —si viera usted mi corazón, retiraría cuantos cargos me ha hecho. Además del respeto que le tengo, podría jurar que después de Dios y de mi hijo, la única persona á quien amo con todas mis entrañas es á usted, y por esa misma causa no quise ni aun insinuarle que tenía noticias de Juan, hasta que se fué el señor conde.

Mariana, como hemos visto en uno de los capítulos anteriores, tuvo un instante supremo de dicha estrechando á su hijo contra su corazón y cubriendo de besos y de lágrimas su rosada y linda figura de serafín del cielo; sus pensamientos y sus ideas cambiaron, y registrando en la soledad y el retiro del campo su propio

corazón, reconoció con el horror que le inspiraban sus sentimientos religiosos, que odiaba á su padre. Era el obstáculo de su dicha. Su situación de madre, separada, quién sabe por cuantos años, de su hijo, y de su amante, no podía tener solución sino con la muerte del conde. Que fuese herido y muerto en un duelo; que se desbarancase en una de las muchas excursiones que hacía de noche; que le acometiese una enfermedad repentina, cualquier cosa, en fin, era buena para que desapareciese de sus ojos esa figura siniestra. En el momento que esto sucediese, por un lado se abría una tumba, pero por el otro un cielo para ella. Su hijo, su hijo de su corazón, su marido, su guapo marido, en cuyos ojos se recreaba, y después sus criados, fieles y adictos, sus riquezas, sus haciendas con sus ganados retozones, con sus sementeras de verdes trigos formando olas interminables con el viento, como si fuese un verde oceano; su libertad, sus amores, la vida, la luz, la felicidad, todo, todo, vendría con la muerte del conde... ¡qué horror, ella, que era madre, desear la muerte, asesinar con el pensamiento al que le dió el sér!

Esto la volvía loca; día por día, hora por hora, instante por instante, estaba atormentada con estos sinistros y criminales pensamientos, desde que fué llevada de nuevo á la hacienda por el conde, y ni los consejos que á excusas podía darle D. Remigio, ni los paseos á caballo ó en carruaje, ni la abundante mesa que le preparaba diariamente, eran bastantes para dar otro curso á sus ideas, y se reconocía que cada día entraba en una vejez prematura.

Para comprender bien el enojo de Mariana y la violenta situación en que se hallaba en el momento que

D. Remigio le presentó la carta, es necesario referir siquiera algunas de las escenas de familia durante ese año en que no había tenido ninguna noticia ni carta de su amante.

Poco ó ningún caso hacía el conde de su hija. La mayor parte del tiempo lo pasaba en los minerales inmediatos. Había dado en la monomanía de las minas; y tenía razón, porque si había gastado mucho dinero en explotaciones desgraciadas, otras habían producido bonanzas más ó menos importantes; pues que en resumen, no sólo lo habían reembolsado, sino dándole sobrantes que mandaba á la casa de moneda de México, donde tenía un gran depósito de pesos flamantes, sin que dejaran de estar llenas las cajas de cedro de la casa de don Juan Manuel. Agustina, cada vez que las abría para añadir algunas talegas ó sacar lo necesario para los gastos de la casa, decía:

—¿Para qué sirven estas riquezas? La pobrecita condesa no las disfruta, y su hijo, perdido y pidiendo tal vez limosna, no verá nunca estas cajas llenas de oro y de plata.

Cuando el conde regresaba de sus expediciones lejanas, apenas saludaba á su hija, platicaba brevemente con D. Remigio, haciéndole preguntas sobre la hacienda y los ranchos, ordenándole que hiciése remisiones de caballos y mulas á San Luis y á México, concluyendo siempre con la amenaza de atravesar con su espada á Juan el día que tuviese la audacia de presentarse en la hacienda.

D. Remigio suspiraba y decía:

—No hay cuidado, señor conde: mi hijo está muy lejos, y es probable que no lo vuelva á ver.

El conde se retiraba murmurando entre dientes palabras amenazadoras contra Mariana y contra el hijo del administrador, y se encerraba dos ó tres semanas en sus habitaciones, donde se le servían las comidas, y sólo D. Remigio penetraba cuando había algún asunto urgente que comunicarle. Durante este encierro se ocupaba de registrar el archivo de casa, de organizar sus papeles y de hacer cuentas sobre cuentas del dinero que le habían costado las empresas de minas y de lo que había utilizado en ellas. Repentinamente salía de su encierro, mandaba ensillar uno de sus mejores caballos, y sólo salía de la hacienda á donde no regresaba sino á los ocho ó quince días. ¿Dónde se iba? D. Remigio lo sabía perfectamente. En cada rancho, en cada pueblecito de los que rodeaban la finca, el conde tenía una favorita, y las muchachas lozanas y blancas de ese país casi fronterizo, que pobló la singular raza de los vizcaínos, tenían á mucho honor que el señor conde las visitase. En estas excursiones era otro: desarrugaba el entrecejo; perdía lo hosco de su carácter; era generoso y amable con las familias; solía reír, y D. Remigio contaba con mucha reserva á Mariana que á veces, y con motivo del cumpleaños de alguna moza, armaba fandangos, que duraban toda la noche y que un día había bailado, y cantado con una voz de buey unas peteneras. Cuando después de estos devaneos regresaba á la hacienda y veía á su hija, recobraba su aspecto horroroso y feroz.

El día menos pensado salió al portal de la hacienda, llamó á la cocinera y á D. Remigio, y les dijo:

—Hace tiempo que el gran comedor está inhabitado, y nadie se sienta en la mesa. Mariana es una muchacha caprichosa que se encierra en sus piezas y no se comu-

nica con nadie ni aun con su padre. El domingo quiero comer, y muy bien, en el gran comedor; que se sacuda, se limpie muy bien y se saque la vajilla de plata de gala que tiene las armas de los condes del Sauz, y así seguiremos hasta que vengan las visitas que espero de un momento á otro. Aquí está la llave de mi silla.

La cocinera hizo tímidamente distintas preguntas acerca de lo que debía de presentarse de extraordinario en la mesa, y D. Remigio, con mucho respeto, tomó la llave de las manos del conde.

El comedor de la hacienda del Sauz era una pieza de más de quince varas de largo, con una anchura proporcionada y un techo muy elevado con artesones de madera de cedro y una ancha cornisa esculpida y dorada. Las paredes estaban pintadas de un color sombrío y colocados en ellas retratos de cuerpo entero de los antiguos condes, comenzando con uno de los conquistadores que tenía ya por herencia el título de conde del Sauz, ó lo ganó en las guerras con los indios fronterizos que ni por las armas ni por las predicaciones de los misioneros han podido hasta hoy reducirse á la vida civilizada. Los retratos, pintados por célebres pintores españoles, eran, bajo el aspecto artístico, de mucho mérito; pero las fisonomías duras, el ceño adusto, grandes bigotes retorcidos como los cuernos de un alacrán, ó barbas negras y espesas que les daban un aspecto imponente; en suma, el comedor mal iluminado por seis altas claraboyas octógonas, con bastidores de pedacillos de vidrio unidos con gruesas varillas de hoja de lata, inspiraba pavor, disgusto y frío. Una mesa de diez ó doce varas de largo, de tablones toscos y piés macizos, rodeada de sillas con asientos y respaldos de vaqueta labrada; un aparador

flamenco cubierto de vajillas de plata, en el fondo; un crucifijo del tamaño natural colocado sobre la puerta de la entrada, demasiado baja y angosta para el tamaño del salón, aumentaban su aspecto singular.

En la cabecera de la mesa un sillón dorado con forro de damasco chino, color, ya por los años, de sangre enfriada, y coronado con las armas del conde, estaba rodeado de una reja de fierro, curiosamente labrada en China. La puerta de esa reja no se abría sino en los días de ceremonia, y los condes habían tenido la llave, que, encerrada en un estuche de terciopelo, era una verdadera curiosidad del arte antiguo.

D. Remigio, la cocinera y los criados y criadas se pusieron en movimiento. Se quitaron á los retratos, á los sillones y á la mesa las capas de polvo que les cubrían se lavó el suelo, formado de soleras y azulejos, y se bruñó la reja que rodeaba el sillón, hasta el punto que parecía de oro macizo, hecho por un discípulo de Benvenuto Cellini; se mataron gallinas, guajolotes, un cordero y dos cochinitos, y el domingo á medio día estuvo el gran comedor listo, la mesa con sus manteles bordados y cubierta de la vajilla resplandeciente de plata y oro, todo exactamente como lo había ordenado el conde.

El toque de una en las campanas de la iglesia que servía habitualmente para señalar las horas del trabajo y del descanso de los peones, anunció que la mesa estaba servida. Esta ceremonia tenía lugar en las ocasiones solemnes en que el conde daba la llave de la reja y se sentaba en el sillón del gran comedor.

No tardó el conde en salir de su habitación, vestido con su uniforme de capitán de infantería española: todos

los nobles mexicanos de los tiempos del gobierno virreinal tenían á mucho ser capitanes, y sus descendientes siguieron también siendo capitanes dentro de su casa, y aun fuera de ella, sin que el gobierno independiente se ocupase de ellos. Con pasos graves y compasados, el ceño adusto, los bigotes bien peinados y bien retorcidos, y el pelo liso y pegado como con goma á los lados de su frente, una larga perilla, y muy parecido en todo á los retratos de sus antecesores, penetró por la angosta puerta donde estaba D. Remigio con seis criados con el sombrero en la mano, que le hicieron una reverencia á que no contestó.

Un momento antes de entrar en la reja dorada ya abierta, permaneció en pié y echó una mirada á aquellos retratos que, vistos apenas con la escasa luz de las altas claraboyas, parecían salir del fondo negro de sus cuadros y tomar asiento en tan extraño banquete.

—¿Y Mariana?—dijo con voz dura.

D. Remigio iba á responder, pero no fué necesario, porque Mariana, vestida sencillamente con un traje oscuro, blanca como una estatua de alabastro, se presentó en la puerta del comedor, semejando más bien á una aparición que sale de la tumba, que no á una hija dichosa, invitada á la mesa de su padre.

El conde la miró de arriba abajo, como si por primera vez la conociera, penetró en la reja, se sentó en su gran sillón, y después, señalando la derecha, le dijo :

—Aquí, y usted de este lado, D. Remigio.

Mariana se sentó sin pronunciar una palabra.

D. Remigio, haciendo una reverencia más respetuosa que la primera, dijo :

—Imposible, señor conde. ¿Yo sentarme en la mesa á

su lado y enfrente de la señora condesita? ¿tanto honor? Yo estoy aquí para servirles.

—Lo mando,— respondió el conde señalándole el asiento.

D. Remigio no hizo más observaciones y se sentó.

Los criados, vestidos con calzoneras y cotonas de gamuza amarilla, con bordados y botonaduras de plata y sus camisas y sus toscas manos callosas muy limpias, comenzaron muy afanados, pero con cierto orden, á servir los platos que tomaban del torno.

Se sirvió una sopa. El conde la devoró deprisa, sin hablar una palabra.

La segunda sopa, lo mismo.

El puchero, ¡qué puchero! Gallinas enteras, bien cocidas y humeantes, jamón, trozos de ternera que daban tentación, garbanzos, todo género de verduras matizando los platos con sus variados colores y llenando el comedor con sus perfumes.

Nunca tuvieron más ganas de descender de sus cuadros los antecesores del conde, sentarse en las sillas vacías, saborear ese plato tradicional y favorito de España, beber una copa de un Jerez que ya estaba servido en copas de plata, que tendría más de sesenta años, y de platicar con la bella Mariana; pero el conde los contenía con una mirada y seguía comiendo en silencio.

Mariana apenas había tomado dos cucharadas de las sopas, y picaba una que otra de las legumbres de un plato copado que su padre le había presentado.

Siguieron guisados tras de guisados, y asados, y ensaladas, y frutas, y postres; una profusión increíble de comida.

El conde comió casi de todo. Mariana, por ceremo-

nia, picaba con el tenedor, y los criados retiraban los platos llenos.

D. Remigio sudaba, se ponía rojo y descolorido, hacía un esfuerzo por comer y complacer á su amo; pero era imposible, le parecía que aquella comida lúgubre y silenciosa, pues no se oía más ruido que el que hacían los criados al andar y el de los platos y cubiertos de plata, era presagio de algún suceso desagradable. Temía por él, por su hijo y por Mariana. ¿Si habrán cogido á Juan y lo habrán fusilado, y el conde nos lo va á contar al fin de la comida? ¿Si la condesita va á ser enviada á México para encerrarla en un convento? ¿Si querrá casarla por fuerza con alguno de los ricos mineros de Durango? ¿Por qué esta suntuosa comida tan rara y tan extraña en este comedor que hacía años que no se abría? ¿Por qué no servirse del chocolatero, que era tan cómodo y tan alegre con sus anchas ventanas al jardín?

Estos y otros pensamientos análogos impedían á don Remigio el comer; los bocados exquisitos que él mismo había ayudado á preparar se le hacían trapo en la boca, los tragaba con dificultad y bajaba los ojos no queriendo encontrarse con los del conde.

Mariana participaba en parte de las aprensiones de D. Remigio, y con la vista baja y en silencio y tratando de disimular lo más posible, hacía ruido con los cubiertos, fingía comer con apetito, y á hurtadillas miraba á su padre que no le quitaba los ojos.

Ya al punto de concluir la comida, el conde bebió su última copa de Jerez y habló:

—Mariana, te he estado observando cuidadosamente. Como todas las mujeres, como tu madre misma, toda su ciencia y todo su estudio consiste en engañar.

—¿En qué he engañado?—se atrevió á decir Mariana, pálida como la muerte, pues pensaba que el conde tal vez habría descubierto sus amores.

—Calla y no te atrevas á interrumpir á tu padre cuando habla; ya que lo engañas, siquiera tenle respeto. Tu madre no me engañó gracias al puñal que tenía debajo de su almohada, y que le recordaba que el día que me faltase sería el último de su vida; pero á tí, á quien no he aplicado la corrección que debiera, no tienes otra conducta que la del disimulo y la mentira.

Mariana, que como mujer era tímida, pero que tenía algo del carácter de su padre, no pudo contener su indignación por la amenaza y por el ultraje á la memoria de su madre.

—Mi madre era una santa, y en cuanto al castigo, no sé por qué puede ser.

—¡Calla!—volvió á decir el conde,—no hables hasta que no te lo permita.

Mariana se mordió los labios, bajó los ojos y calló. El conde prosiguió:

—Día por día vas perdiendo el color de tus mejillas, el brillo de tus ojos, que es lo único regular que tenías. Estás flaca como si ayunaras y te dieras disciplina todos los días, y es necesario que esto cese y que te pongas en condiciones de casarte y de dar un heredero robusto y sano á la antigua casa de los condes del Sauz.

Mariana respiró, pues por la calma aparente con que le hablaba el conde, se conocía que ignoraba sus amores, y que ella había dado ya, aunque sin el conocimiento de la Iglesia, un heredero á la antigua casa de los condes del Sauz.

Un momento vino á Mariana la idea de echarse á los

piés del conde, contárselo todo y pedirle que sancionase esta unión y le permitiese ir á buscar á su hijo, pero tuvo miedo y volvió á sentarse en la silla de donde se había levantado.

—Quieta, quieta,—le dijo el conde.—Te he visto tomar apenas una cucharada de sopa y enviar los platos sin tocarlos, y en tus labios está significado todavía el desprecio con que has tratado el obsequio que te ha hecho tu padre con el fin de provocar una reconciliación y preparar tu matrimonio.

Mariana quería hablar, pero el conde se apresuró á decir con la voz ya alterada:

—¡Calla! los hijos no discuten con sus padres.

Vas á comer bien y con buen modo,—continuó,—y usted, D. Remigio, que nos quería servir, tendrá á mucho honor el traer á la condesa todos los platos que se han servido, comenzando por la sopa.

D. Remigio estaba medio desvanecido, no se daba cuenta de lo que pasaba y no se movía, pero el conde le gritó:

—¡Vamos, D. Remigio! ¿no me ha comprendido usted?

D. Remigio se levantó, fué á la cocina, dió las órdenes necesarias, y á poco comenzaron á pasar por el torno, que estaba en el costado del comedor, los platos que D. Remigio, más que con respeto, con profundo dolor, pasaba á la pobre condesita.

—No el desprecio ni ninguno otro mal sentimiento,—dijo Mariana,—me han hecho no comer, sinó que hace ya meses que estoy enferma, y D. Remigio, que me acompaña algunas veces, puede atestiguarlo.

—Come,—le respondió secamente el conde.

Mariana tomó algunas cucharadas de sopa. Vino la olla española, se resignó á comer una ala de gallina. El conde no le quitaba los ojos.

Por poco que comiese de cada cosa, no era posible que pasase á más.

Rehusó el asado.

El conde se acercó el platón, cortó una rebanada y sirvió á Mariana poniéndose en pié, y dando una palmada en la mesa, gritó:

—¡Vive Dios! que todo el mundo se empeña hoy en desobedecerme. A medida que soy amoroso y cumplido, todos son canallas y desagradecidos. Me empeño por tu salud y tú me desobedeces. Te has de acabar ese asado.

—Pero señor conde,—se aventuró á decir D. Remigio, —la condesita ha comido ya, y podría hacerle daño...

—¿Se atreve usted á contrariarme, D. Remigio?...

—No, señor conde, de ninguna manera, sólo que por compasión...

El conde miró fieramente á D. Remigio.

Mariana partía nerviosamente el asado, se llevaba los bocados á la boca y se los tragaba enteros como queriéndose ahogar con ellos, y dos hilos de lágrimas corrían por sus mejillas y se mezclaban al vapor aromático del manjar sabroso y caliente.

Cuando Mariana concluyó sin dejar ni una partícula de carne, el conde llenó una gran copa de plata con el Jerez añejo y se la presentó:

—Bebe, esto te aprovechará.

Mariana tomó la copa, dirigió una mirada terrible á su padre, la acercó á sus labios y bebió con avidez el contenido hasta la última gota.

Un momento quedó aturdida y como si fuese una es-

tatua de plomo adherida á la silla. El conde la miraba, y ella al conde; era como un desafío para la eternidad. Después Mariana dió un salto nervioso, lanzó un grito más bien de rabia que no de dolor, y cayó al suelo inanimada.

—¡Rayos y centellas!—gritó el conde;—la suerte no me favorece hoy. Dos minas en borrasca; el hijo de Remigio tal vez cerca de la hacienda, y Mariana rebelde, fingiéndose muerta.

Tiró de la servilleta, rodaron al suelo con estrépito los platos y las copas de plata, y salió precipitadamente del comedor.

Los criados, con los ojos que se les querían salir de las órbitas, llenos de terror, no se atrevían á moverse.

D. Remigio tomó en sus brazos á Mariana, la llevó á su recámara y la colocó delicadamente en su lecho.

—Si no fuese por ella,—dijo,—hoy hubiera sido el último día de la vida del conde y me habría ido á refugiar con mi hijo á los aduares de los bárbaros.

Las criadas se apresuraron á administrar á la enferma diversos remedios caseros, mientras D. Remigio montó á caballo y fué en busca de cualquier médico á los pueblos más cercanos.

Pasado el primer impulso de cólera brutal, el conde volvió en sí, y un movimiento del poquísimó amor paternal que aún le quedaba en el corazón, le hizo ir á la recámara de su hija, que permanecía con los ojos cerrados, sin movimiento y congestionada con la cólera y el exceso de alimento. El conde la acarició, haciendo un esfuerzo, y cuando no le veía nadie le dió un beso en la frente y permaneció á la cabecera de su cama hasta que regresó D. Remigio con un muchacho practicante muy

vivaracho y acertado. La pulsó, la reconoció, y sin saber, por supuesto, nada de lo que había pasado, dijo al conde:

—A esta señorita le han ocasionado, no sé quién, pesares graves; la han hecho comer con exceso; la han mortificado. Esto es todo, y podía haber sido una congestión fulminante.

El conde se mordió los labios y miró á D. Remigio.

—¿Ha contado usted algo al médico?

—Ni se necesitaba,—se apresuró á decir el practicante.—Los que estudiamos y observamos á los enfermos, reconocemos, con sólo verlos, la enfermedad de que padecen. No será nada, y traigo mi botiquín, en el que tengo lo necesario para aliviarla.

Aplicóle desde luego un pomito á las narices, con el contenido de otro le frotó las sienes, y con esto Mariana abrió los ojos, pero los volvió á cerrar cuando vió la figura siniestra de su padre. El mediquín comprendió lo que había pasado.

—Lo que importa ahora es que me dejen solo con la enferma y las criadas que la han de asistir, para poder administrarle las medicinas. Dejaré un método que podrá continuar por una semana; que la dejen reposar y que nadie, ni por nada, la molesten, ni la contraríen. Que descanse y que haga su voluntad; es lo que necesita.

El conde se persuadió que D. Remigio le había contado al doctor, al menos, una parte de la escena; pero no se atrevió, por el momento, á entrar en explicaciones, y se dirigió á sus habitaciones casi arrepentido de haber besado la frente de su hija, creyendo que el desmayo había sido fingido, y que la copa de Jerez era la que había ocasionado un pasajero desvanecimiento.

Luego que el médico estuvo solo con Mariana y dos criadas que quedaron para efectuar las órdenes que diera, le dijo:

—Señora condesa, puede usted abrir ya los ojos. El papá se fué, y la mejor receta que he ordenado es que no se mezcle con usted y que no la moleste. El conde no tiene fama de ser muy tierno, y en el pueblo se sabe ya la triste vida que lleva usted en esta hacienda. Un regaño, alguna rareza del conde, ¿no es verdad? No tenga usted cuidado. En dos ó tres días estará usted buena y cúidese mucho y tenga paciencia. Yo soy buen amigo de Juan, de ese hombre que anda proscrito por usted. Lo he tenido diversas veces escondido en mi casa... no tenga usted cuidado, le ayudaré y ustedes se verán un día ú otro. Yo soy liberal y masón, y no me importan los títulos de Castilla, ni le tengo miedo á condes ni á marqueses, sólo que su papá de usted me pagará á peso de oro esta visita y las demás que le haga.

Toda esta relación, seguida, sin puntuación, la hacía el practicante al oído de Mariana, con lo que bastó para que se acabasen de disipar los humos del Jerez, y sus pensamientos se dirigieran á otro rumbo. Se incorporó en los almohadones y quiso contestar á este extraño médico, que, como bajado del cielo, adivinaba sus dolores, se ponía de intermedio entre ella y la brutalidad de su padre, y le hablaba de lo que más interesaba á su corazón.

—Nada, ni una palabra, señora condesa;—dijo el practicante.—Conozco parte de la historia de usted, y seré su amigo, pero estas criadas, aunque adictas á usted más que al conde, será bueno que no se enteren de nada. Voy á dar á usted unas bebidas que calmarán el estado de emoción en que está usted todavía.

El doctor sacó de su botiquín diversos frasquitos, mezcló gotas de unos bálsamos con otros, y añadiendo cierta cantidad de agua, dejó preparadas dos botellas, para que alternativamente tomase cada dos horas un pozuelo, y se despidió quedando de volver á los dos días.

Antes de una semana, Mariana, más que con las bebidas del doctor, con el reposo y con no ver á su padre, se restableció del ataque, pero su alma quedó más enferma, y su inquietud y fastidio llegaron al colmo.

El conde, que ya tenía la idea fija de casar á Mariana con el marqués de Valle Alegre para que hubiese un heredero de su nombre y de sus bienes, cambió de conducta, fué menos severo con su hija, y pensó seriamente en que mejorase su salud, pues día por día, aunque nada sentía de especial, se iba consumiendo y perdiendo sus atractivos y su hermosura.

El conde no pensó en volver á llamar al insolente muchacho que llevó D. Remigio, sino que decidió que, costara lo que costara, viniese el Dr. Codorniu. Le escribió ofreciéndole cinco mil pesos por el viaje, y le mandó coche y mozos para que lo trajesen á la hacienda.

Llegó el sabio doctor, reconoció y observó á Mariana durante tres semanas, le mandó algunas medicinas que, ó no le hicieron efecto ó la empeoraron, y al fin se despidió de la hacienda, declarando que lo que tenía la condesita era *patema de ánimo*, que lo que convenía era distraerla, que hiciera ejercicio á pié y á caballo, llevarla á México, que fuera al teatro y á Bucareli, y sobre todo *que se casara*. Dejó escrito un método para un par de meses, y previno al conde que le escribiese el estado en que se encontrase su hija para cambiar el régimen.

Empeñado el conde en que Mariana rejuveneciera y sanase, en las temporadas en que permanecía en la hacienda le hacía dar largos paseos á caballo; comía con ella en el chocolatero, pues el comedor grande se cerró al día siguiente del extraño banquete; se encargaba él mismo de darle las bebidas y cucharadas y la hacía comer más de lo que apetecía, y todo ello con ciertas maneras autoritativas que no admitían réplica.

Mariana prefería la soledad y aislamiento en que había vivido, á esta nueva conducta de su padre, que la tenía sobresaltada, contrariada, violenta todo el día, y no descansaba sino cuando se retiraba á acostar y tomaba una bebida narcótica que le había enviado el practicante que la asistió el día del banquete.

Fué durante una ausencia del conde cuando D. Remigio le entregó la carta de Juan y ocasionó las amargas recriminaciones que se han leído al principio de este capítulo.

—No hallo qué hacer, D. Remigio,—continuó Mariana con más calma,—y perdóneme usted lo que le he dicho; si abro esta carta y es una mala noticia, no la podré soportar; el corazón se me salta; y si es buena, tendré que tomar la resolución que he estado meditando desde el día fatal en que mi padre mostró en el comedor la furia de su carácter y la aversión que me tiene; en fin, le pediré á Dios consejo, y en la soledad de mi recámara leeré lo que me escribe Juan. Usted lo sabrá todo, don Remigio, al fin soy más bien hija de usted que del conde.

D. Remigio se retiró triste. Toda esta historia fatal de su hijo y de la condesa lo tenía sin vida. Estaba seguro de que si el conde llegaba á saber lo que había pasado,

habría una catástrofe, y estaba resuelto á matar al conde antes de dejar perecer á Mariana.

En una hacienda de bellísimos campos, de ganados lozanos y valiosos, con un palacio por casa, las cabaillerizas llenas de caballos magníficos, coches, plata labrada; en una palabra, el lujo y la opulencia más completas, sólo eran felices los peones humildes que no sabían el drama terrible que se desarrollaba entre aquellas tres personas que reconocían como sus amos.

Mariana guardó la carta en el seno, entró á su recámara y se encomendó á aquella Virgen milagrosa de las Angustias, que le dió la vida en la pobre casita del Chapitel de Santa Catarina. Después, tranquila, cerró su puerta, se sentó delante de su bufete y abrió la carta de Juan.

CAPÍTULO LI

El viaje

R pesar de la oposición del testarudo abogado Rodríguez de San Gabriel, el no menos testarudo D. Pedro Martín de Olañeta arregló los asuntos del marqués de modo que pudiese ponerse en camino, no sólo con el avío completo, sino aumentado con dos tiros más de mulas y provisto además de dos cajitas de estilo flamenco de carey y marfil, llenas de valiosas alhajas, y bastante oro en los bolsillos.

Las cosas, en la hacienda del Sauz, estaban á poco más ó menos como las hemos dejado en el capítulo anterior, y Mariana, que ignoraba que se hubiesen cruzado cartas entre su padre y el marqués, comenzaba á tener una vaga esperanza de que desistiría de casarla, ó que el marqués no se prestase á un enlace que no había sido precedido por el trato frecuente y el cariño. Como se ve, ignoraba también que el marqués se hubiese deci-

dido á echarse el lazo del matrimonio con el fin de reponer su fortuna ya muy menoscabada.

El marqués hizo el camino con mucha lentitud. Las jornadas eran cortas, y en las poblaciones de cierta importancia se detenía uno ó dos días, y esperaba que lo visitase el alcalde y los vecinos principales, á los que daba á entender que iba á ser el dueño de las muchas y valiosas posesiones del conde del Sauz. Si alguno se aventuraba á hacer indagaciones, declaraba que se iba á casar con la hija del conde, cuya belleza y fama era conocida en las poblaciones del interior, por donde había transitado muchas veces.

Cuando el marqués estuvo á una corta jornada de la hacienda del Sauz, hizo alto, llamó al mayordomo del avío y le previno fuese á saludar muy respetuosamente de su parte al conde, y á decirle que estaba muy cerca esperando sus órdenes. Manera indirecta de invitarlo á que saliera á su encuentro.

El mayordomo partió á galope tendido, llegó en menos de media hora al Sauz, se hincó, besó la mano al conde y desempeñó su comisión.

—Vuelve y dí á tu amo el señor marqués que no se mueva, que salgo en este instante á recibirlo.

La casa de la hacienda del Sauz era más bien un castillo fortificado. Constituía la fachada una ancha y alta portalería, terminada en cada extremo por dos altos torreones con troneras, que correspondían á otros dos que guardaban la espalda del edificio. Las azoteas estaban rodeadas de almenas, detrás de las cuales se podría resguardar perfectamente un soldado; de manera, que cerrada la maciza puerta de encina reforzada con clavos de hierro, era necesario un sitio en forma para tomar el

edificio. Dentro de él había pozos de agua fresca y potable y víveres para tres ó cuatro meses, armas, municiones y cuanto más era necesario para una defensa.

El interior era un espacioso cuadrado de portalería igual á la de la fachada. Una cerca ó barandal de piedra volcánica, cerrando hasta más de una vara de altura la portalería, le quitaba la luz á las piezas y la elegancia á las columnas, pero al desfigurar así una arquitectura correcta, hubo seguramente la intención de establecer una muralla ó una segunda línea de defensa. Formadas estas fincas de campo en tierras de naciones que no se habían sometido como los mexicanos al dominio de España, los edificios se construían á la manera de las fortalezas, sacrificando á la seguridad, la comodidad interior y las proporciones arquitectónicas. En el patio, que era extenso, podían entrar tres ó cuatro coches con sus tiros de ocho mulas, dar vuelta como en un circo y salir por la puerta del campo. El frente lo componían dos salones, que rara vez se abrían, con seis ventanas á la portalería. La ala izquierda estaba destinada á la habitación de D. Remigio y las oficinas de la finca. Seguía el gran comedor sombrío, que ya hemos visitado, un comedor más pequeño, que llamaban el chocolatero, decorado á estilo moderno, muy aseado y alegre, con sus ventanas al jardín, y en los fierros de sus rejas solían trepar las madreselvas y las campánulas azules. Dos cocinas, una grande con su campana al estilo flamenco, servía por un torno el gran comedor, y otra pequeña, el chocolatero. Con una gruesa pared terminaba esta parte de la casa. Una puerta, como de capilla, daba entrada á una serie de dobles piezas, que unas recibían la luz por los corredores y otra por las ventanas que miraban al jar-

dín, que se extendía por los costados y espalda de la casa, encontrándose en el más completo desorden, árboles frutales, pinos, cedros, fresnos, flores y plantas de tierra fría y algunos naranjos, que era necesario envolver en petates en el invierno para que no perecieran con las heladas; pero este mismo aspecto salvaje alegraba las habitaciones, y todo el año había árboles y yerbas verdes y flores silvestres y buen aire sano que respirar.

Este departamento, destinado para los huéspedes, se componía de un salón y de diversas recámaras independientes unas de otras y provistas de cuanto era necesario para la comodidad y aseo de los que las habitaran. Como solían venir cuando menos se pensaba, ya comerciantes de Zacatecas, ya mineros de Durango, ó propietarios vecinos y amigos del conde, siempre estaban aseadas y dispuestas, pero en esta vez, se pusieron en el salón algunos muebles más, y en las recámaras servicios de plata maciza.

Toda la espalda de la casa la ocupaba el conde. Un espacioso salón, muy severo, con pantallas venecianas, con su grande araña de plata de veinticuatro luces, con una mesa de tres varas, con una plancha de alabastro de una pieza, con sillones de cuero de Córdoba y una alfombra de paño verde oscuro. Otro salón de igual tamaño, destinado al archivo y biblioteca, con armarios pintados al óleo de blanco y oro, llenos de libros forrados con badana encarnada ó legajos con sus tarjetas de pergamino, eran los títulos de los dominios de la casa, los procesos que había seguido sobre tierras y minas y los registros y copias de los escudos de nobleza. Algunos misales y libros muy curiosos con portadas, viñetas y miniaturas, pintadas á mano en pergamino, habrían sido

envidiados por un bibliófilo; después multitud de papeles y libros y folletos modernos en desorden. Aunque el conde no se mezclaba en política, era muy afecto á leer cuanto se publicaba, especialmente si era contra el partido yorkino ó liberal, pues él, de sangre y de opinión, era borbonista, y no perdía la esperanza de que un día ú otro vendría una restauración. Su recámara era absolutamente igual á la del palacio de la calle de D. Juan Manuel, en México, sin más diferencia que en las paredes no había más que cuatro cuadros de algún famoso maestro italiano, con las batallas de Alejandro, el retrato de su padre con su uniforme de capitán de alabarderos, y el de su madre, una hermosísima mujer cubierta de encajes, bordados y pedrería. Después seguía un pequeño comedor, un cuarto de baño de azulejos cavado en el suelo, con cañerías subterráneas que daban á la gran cocina, cuatro ó cinco piezas con armazones de madera, donde el conde tenía guardados más de cincuenta casacas de capitán de infantería española, mucha ropa blanca y ornamentos muy ricos, bordados de oro y plata, y que servían en la iglesia de la hacienda los días solemnes.

Cuando el conde estaba en México, esa parte de la casa se cerraba y no se volvía á abrir hasta que regresaba. Si habitaba la hacienda, nadie entraba sin ser llamado, con excepción de D. Remigio, que tenía, como quien dice, *la llave dorada*, y podía penetrar hasta su recámara misma sin previo permiso.

La parte de esta gran construcción, verdaderamente monumental, que se destinó á la difunta condesa, y que heredó Mariana, era la más alegre. Casi todas las ventanas daban al jardín, y esa parte del jardín era la me-

por cultivada. Por allí había bosquecillos de manzanos y naranjos enanos, que las mismas paredes abrigaban de los vientos del Norte, y las aguas cristalinas de un pozo profundo proporcionaban alimento, por medio de una noria, á unas fuentecillas rodeadas de flores, donde venían á beber agua en las mañanas, bandadas de tordos y de gorriones. Un salón, una amplia recámara, una asistencia que servía también de comedor, cuarto de costura, baño y gabinete, componían este departamento, adornado por la solicitud y cuidado de Agustina y de D. Remigio, de cuantos muebles, antiguos y modernos, eran necesarios. Agustina aprovechaba sus pocos paseos y salidas para comprar lo que encontraba de útil y de curioso en México, y no tardaba en remitirlo con los arrieros y carros que regresaban á la hacienda. Bajo el punto de vista del aseo, de la comodidad y del lujo, nada tenía que desear Mariana, pero ¿qué es todo esto, sin la alegría del corazón y sin la paz del alma?

—¿Si estuviese aquí mi hijo? ¿Si Juan viviese aquí? ¿Si Agustina gobernase la casa? ¿Si mi padre me amase?— decía tristemente cada día que se levantaba y veía con la luz del alba venir parleras y bulliciosas á las bandadas de tordos y gorriones, que bebían en las claras fuentes y se llevaban en sus picos las briznas de yerba y los pétalos de las flores que el viento de la noche había regado en el suelo.

Nada, monotonía, tristeza letal, esperanzas desvanecidas á cada instante, tiranía insoportable, desesperación y pensamientos á cual más siniestros... Así pasaba la juventud de una de las muchachas más ricas y más hermosas de la nobleza mexicana.

—Ya que tenemos una idea general de la suntuosa casa

donde van á celebrarse tan rumbosas fiestas, volvamos á ocuparnos del conde, que acababa de despachar de vuelta al mayordomo del marqués de Valle Alegre.

—¿Todo está listo, Remigio?—preguntó el conde á su administrador.

—Todo lo que el señor conde ha mandado está hecho.

—¿El Monarca ensillado? ¿La escolta de honor dispuesta?

—Montada en el corral grande.

—Bien: que traigan al Monarca.

D. Remigio hizo una seña, y un mozo de á pié fué á la caballeriza á traer un caballo de siete cuartas con la piel de oro.

Era el mejor de la hermosísima raza de caballos dorados que se ha creado en México, y que no se ven en ninguna otra parte, y la hacienda del Sauz era, entre otras causas, muy famosa por la cría de esa raza especial.

Jamás vendía D. Remigio uno de esos bellos animales, menos de dos mil pesos (1), y los venían á solicitar desde Nueva-York.

El conde, vestido con su uniforme caprichoso de capitán; su bota fuerte y su larga espada toledana, montó en el Monarca, enjaezado más bien á la turca que á la mexicana, y salió de la hacienda, seguido de D. Remigio, de veinticinco rancheros vestidos de gamuza clara con botonaduras y ahujetas de plata, su espada debajo de la pierna, tercerolas en las espaldas y reatas en los tientos,

(1) En ninguna parte de Europa he visto caballos como los dorados de México. A lo fino de su piel, que parece un tejido oriental de lama de oro, reúnen una docilidad y una inteligencia como la del caballo árabe.

montados en caballos retintos de un mismo tamaño, y tan fogosos que era necesario tenerles la rienda para que no diesen la estampida.

Detrás de la escolta venía el coche de la hacienda con cuatro grandes mulas prietas y dos mozos con dos caballos de sobre paso ensillados, por sí el conde y el marqués, por capricho, ó por mayor comodidad, quisiesen cambiar al entrar en la hacienda.

Así al trote corto y majestuosamente, tomó el conde el camino que conducía al lugar donde lo esperaba el marqués, que era una estancia de ganado mayor de la misma hacienda, que se llamaba San Cayetano. No había allí más que unos cuantos jacales de los vaqueros y un charco de agua pantanosa, á cuyo derredor crecían unos raquíuticos sauces llorones.

Tan luego como regresó el mayordomo con la contestación del conde, dispuso su campo el marqués de Valle Alegre para recibir á su futuro padre político, como de potencia á potencia.

Al frente, y también con su uniforme de capitán, estaba montado en un soberbio caballo negro como el azabache, que le nombraba el Emperador. Era también una raza especial, que se llamaba de los azabaches, y que criaban, hacía muchos años, los marqueses de Valle Alegre en sus haciendas, situadas en el fértil valle de San Juan del Río.

Dos días de discusión acalorada tuvo que sostener don Pedro Martín de Olañeta, con el licenciado D. Juan Rodríguez de San Gabriel, para salvar al Emperador del embargo.

Al lado del marqués se colocó el mayordomo del avío que había servido de correo, y detrás veinticinco *cueru-*

dos, armados hasta los dientes, con los rostros tostados, el pelo y barbas cubiertas de polvo, y que si de guerra se hubiese tratado, en momentos habrían dado cuenta de los veinticinco criados vestidos de limpio del conde del Sauz.

Este aparato militar no era porque hubiese partidas de ladrones, ni de revolucionarios, ni excursiones de salvajes. El interior estaba en ese tiempo tranquilo y seguro, y sólo en las montañas que rodean el valle de México aparecían y desaparecían bandidos, tampoco de una importancia notable, y tan precavidos, que el susto de D. Bernardo Couto quedó tan ignorado, que ni su misma familia lo supo. La razón principal de ese aparato era el lujo y la comodidad, y estas costumbres de la clase rica de los tiempos coloniales se conservaron muchos años después en los tiempos de la república, como una de tantas cosas usuales en que no fijaban su atención sino aquellos á quienes interesaba.

Continuemos ocupándonos del espléndido marqués, que quería echar polvo de oro en los ojos de su pariente.

Detrás de los cuerudos, con cuyo aspecto feroz trataba de intimidar indirectamente el marqués á su pariente, estaba el coche de la casa, una gran máquina esférica, color azul de cielo, con las armas del marqués en las portezuelas, sostenida por dos gruesas varas doradas y dos enormes ruedas traseras y dos pequeñísimas delanteras. Se le había quitado la camisa de lona que la resguardaba en el camino, y se le había sacudido el polvo para que algo luciese el forro de terciopelo rojo, maltratado y chafado con el uso.

Tiraban de ese pesadísimo carruaje, que parecía saca-

do de algunas caballerizas reales, ocho mulas prietas, dos de tronco, cuatro en el centro y dos de guías, gobernadas por dos cocheros vestidos de rancheros, pero de paño grueso oscuro. En ese coche había hecho el marqués el camino, y aun algunas noches había dormido dentro de él, prefiriéndolo á las malas posadas de los ranchos.

Al coche del marqués seguía el de las criadas, por el mismo estilo, pero de menos lujo, más viejo y con su camisa de brin cubierta de polvo y salpicada de lodo. Uncidas á ese carruaje había ocho mulas bayas, que en brío y carnes no eran inferiores á las prietas.

De remuda había ocho mulas retintas, y lo más selecto, lo más valioso, era el tiro de mulas blancas que don Pedro Martín había añadido al avío, y que compró á uno de sus clientes del interior, en la ínfima cantidad de dos mil pesos. Valían bien cuatro mil.

Estos tiros de remuda estaban al cuidado de seis ú ocho mozos bien montados y con sus reatas en los tientos.

La retaguardia se formaba de un chinchorro de diez mulas, con sus arrieros respectivos, sus aparejos nuevos adornados con madroños de lana de colores, y en las atarrías un letrero de paño blanco sobre fondo rojo, que decía: *Sirvo á mi amo el marqués*, y así daba vuelta, engastando vistosamente las ancas redondas de las mulas.

Era este tren soberbio espléndido, curioso en muchos otros detalles de lujo y adornos vistosos, que sería largo de referir. Este avío era realmente una fortuna, y para salvarlo registró más de un libro en latín el abogado de la antigua é ilustre casa de los marqueses.

En medio de un sol abrasador, pues eran ya pasadas las once del día, permanecía, en el orden descrito, el tren del marqués, sombreado apenas por los árboles torcidos y viejos de las orillas del pantanoso *Jaquey* (1).

El negro Emperador que montaba el marqués estaba impaciente, tascaba el freno y pisoteaba fuerte para quitarse á los moscones; pero más impaciente estaba el marqués, que temía, conociendo el carácter excéntrico del conde, que lo hiciese esperar de intento un par de horas al rayo del sol, pero pronto cesó esta impaciencia, pues el relincho de los caballos y una nube de polvo anunciaban que se aproximaba la comitiva de la hacienda.

En efecto, quince minutos después, el conde del Sauz, montado en el Monarca, tendía la mano al marqués de Valle Alegre, montado en el Emperador.

Después de los saludos y preguntas de costumbre, sobre el camino, la salud, etc., convinieron en enderezar rumbo á la hacienda, á donde llegaron como si fuesen unos príncipes, cerca de la una de la tarde.

(1) Lago pequeño cavado artificialmente, cercado de árboles, que se llena con las aguas pluviales, y sirve en las haciendas que no tienen cerca río ó fuentes naturales, para que beban agua los ganados. El Diccionario de la Lengua le da diversas acepciones á esta palabra, menos la que tiene en México.

CAPÍTULO LII

Las bodas del marqués de Valle Alegre

H los pocos instantes de haber salido de la hacienda el conde, entraba el practicante que asistió á Mariana, con sombrero de copa, levita negra y el pantalón blanco muy arrugado y subido hasta cerca de las rodillas, montado en un caballo manco y flaco que parecía muy cansado y caminaba á fuerza de cuartazos. Llevaba el muchacho en la mano un botellón de vidrio con una bebida, y tenía gran dificultad para manejar las riendas, arrear al tordillo y no soltar el brebaje; pero al fin, sin ser notado por la comitiva que ya se alejaba, logró llegar hasta el fondo del gran patio, se apeó, ató de las riendas á su pobre cabalgadura á una de las muchas argollas que había en la pared y penetró hasta las habitaciones de la condesa, la que naturalmente se sorprendió al verlo repentinamente delante, pues ni ella ni nadie lo había mandado llamar.

—No hay que asustarse, señora condesa. He venido á galope desde el pueblo, en un malísimo caballo, se me cansó en el camino y creí no llegar á tiempo, pero al fin estoy aquí. Le traigo á usted esta bebida, que es muy á propósito para la situación de usted y no tiene riesgo ninguno, se lo aseguro. Con una cucharada, hará usted dormir tres horas un sueño profundo y tranquilo á cualquiera persona. Si quiere usted que el conde se duerma, ya verá como en una copa de vino Jerez le hace tomar una cucharada sopera, y si usted misma quiere dormir ó fingirse la muerta, si le conviene, tómese cucharada y media, y es un descubrimiento de mi catedrático en México que le sorprendí, y á excusas de él lo aprendí á confeccionar, lo experimenté en mí mismo, corriendo el riesgo de morirme en la experiencia, pero salí bien y después lo he aplicado en diferentes personas, y han salido muy bien y yo he ganado algún dinero. A usted, señora condesa, nada le costará, ya está incluído lo que vale en la cuenta de la curación de usted que traigo en el bolsillo y que espero que me pagará D. Remigio cuando regrese.

El practicante hizo toda esta relación sin que Mariana, que no se reponía de la sorpresa, pudiese responderle, y cuando concluyó puso su botellón sobre una mesa, se sentó en un canapé y hasta entonces no advirtió que no se había quitado el sombrero. Pidió mil perdonés á Mariana y quedó un momento en silencio.

Mariana, que se había levantado, y escuchó en pié la narración, se dejó caer de nuevo en el sillón donde estaba sentada, é iba á preguntar al practicante qué razón especial tenía para regalarle esa bebida, pero no tuvo tiempo, porque el practicante continuó:

—Está en casa oculto, nadie lo sabe más que yo, porque entró á la media noche, me tocó la puerta, con las señales que hace tiempo tenemos convenidas, y aunque no lo esperaba, desperté y le abrí.

—Pero ¿quién? ¿quién?—preguntó con agitación Mariana.

—Juan, señora condesa, Juan; ¿quién otro pudiera ser? y ya se lo había dicho al oído el día que la vine á curar. ¡Qué casualidad y qué fortuna para usted! ¡Cómo fué á dar conmigo D. Remigio, en lugar de ir al pueblo de enfrente donde hay dos curanderos! verdad es que son curanderos y yo soy estudiante de México, y el año próximo me iré á recibir y volveré con mi título de médico cirujano. Me faltaba dinero y por eso no he podido hacer el viaje, pero vea usted qué casualidad y qué fortuna que hubiera dado conmigo D. Remigio. Con los mil pesos que le voy á cobrar al conde por la curación de usted hago mi camino á México de ida y vuelta.

—Pero háblame usted de Juan,—le interrumpió la condesa.

—Y cómo que sí, pues á eso precisamente venía yo, lo del botellón y la cuenta eran más bien un pretexto, por si me encontraba con el conde; pero llegué, gracias á lo malo del caballo, al mismo tiempo que él se marchaba, y aproveché la ocasión para entrarme hasta aquí sin que nadie me lo impidiera, porque quería hablar á usted á solas y lo he logrado.

Mariana, que había escuchado ruido por las piezas, se levantó y examinó, y en efecto, una de las criadas había entrado á componer y á sacudir. Cerró la puerta de comunicación y volvió inmediatamente.

—¿Pero cómo es que Juan está tan cerca,—dijo al

practicante,—cuando hace muy pocos días recibí una carta de un lugar tan distante como *Nacodoches*?

—Sé lo de la carta y lo que dice,—le contestó el muchacho;—pero no habrá usted reflexionado en la fecha.

—No tiene fecha; tal vez de intento no la puso Juan, ó fué un olvido.

—Entonces ya comprendo,—contestó el practicante.—Juan, como lo sabe usted, es perseguido terriblemente por el conde, más que por el gobierno.

—No me dice eso en la carta, —interrumpió Mariana.

—Por larga que sea no ha podido escribírselo á usted todo. Su padre de usted, que al parecer no se ocupaba de Juan, no hacía otra cosa, y muchos de los viajes que usted lo habrá visto hacer no eran para negocios de minas, sino para cosas relativas á Juan. El conde sabe que desertó, que fué juzgado en rebeldía y condenado á muerte. Ni la comandancia de México, ni el gobierno se hubieran vuelto á ocupar de él á no ser por el conde, que por manos secundarias y á fuerza de dinero ha logrado que hablen los periódicos, que se manden órdenes estrechas con la filiación de Juan á las comandancias, á las fronteras, á los puertos, á todas partes, aun á los pueblos más miserables, para que se le busque, se le aprehenda y se remita inmediatamente al coronal Bannelli ó á la plaza de México. El conde, además, ha ofrecido quinientas onzas de oro al que entregue á Juan. Ya considerará usted si ha corrido riesgos y si era posible que pudiera habitar en el país y cerca de usted. Tuvo que entrar en el desierto y buscar á las tribus de *lipanes*, de quien es muy amigo desde que estaba de capitán de los Presidiales, y allí pasó algunos meses, pero las tribus

estaban en guerra con otras. El no quiso tomar parte, ni le importaba, y al cruzar para Nacodoches se encontró con los *chipewais* que querían que los acompañara en la guerra contra los lipanes, que eran sus enemigos, y como tampoco quiso, lo cogieron como prisionero, lo atormentaron y por poco lo sacrifican. Todavía tiene las rayas moradas en el cuerpo de las cuerdas con que lo amarraron, y anoche mismo me enseñó las llagas que aun no le sanan de las quemadas que le dieron con tizones ardiendo.

—Eso sí me dice á mí,—contestó Mariana con una voz profundamente conmovida.

—Ahí tiene usted, señora condesa, explicada la causa de su silencio durante más de un año. D. Remigio habrá disimulado delante de usted, pero debió haberlo creído ya muerto. Vamos á lo más importante, ó mejor dicho, á lo que he venido, y siempre será conveniente que cuando regrese el conde con las gentes que vienen de México, no me encuentrán en las habitaciones de usted, así le acabaré de decir lo que debí haberle contado desde que entré. Juan está enterado y al tanto de lo que pasa, y no cabe duda que D. Remigio, no sé cómo, pero es el único que ha podido instruirlo de los acontecimientos. La van á casar á usted, señora condesa, con su primo el marqués de Valle Alegre, que no tardará en llegar aquí; pues bien, Juan me encarga que le diga á usted que no se case, que se deje usted matar, ó se mate antes de consentir en esa unión que acabaría con las esperanzas que ustedes tienen de unirse un día ú otro, y ser tal vez perdonados y sancionado su matrimonio por el conde y por la Iglesia, ó en caso extremo, huir, ganar el desierto y la frontera de los Estados Unidos; en fin, cual-

quier cosa, pero una vez casada... se acabó, no hay remedio.

Quiere, pues, que le mande usted á decir terminantemente si tendrá usted el valor necesario para resistir. Si usted lo promete, lo creerá, fiará en su palabra y le comunicará por escrito, por conducto de D. Remigio, lo que ha pensado para salir de la situación en que se encuentran. Si no tiene usted valor para resistir á las órdenes y á las amenazas del conde y á las persuasiones del marqués de Valle Alegre, que entonces se lo diga á usted con franqueza, y escuche en ese caso lo que hará. A la hora de la ceremonia se presentará repentinamente en la Iglesia, y delante del altar atravesará con su puñal el corazón del marqués de Valle Alegre, y se entregará á la justicia haciéndole saber quién es y rogando que lo envíen donde se halle Baninelli, que era su coronel, quien lo fusilará inmediatamente. Que por nada de esta vida tocaría al conde, pero quién sabe lo que podría suceder en el lance. En fin, señora condesa, habrá una catástrofe horrorosa, y todo depende de la respuesta de usted. Ya conoce usted el carácter de Juan, y nada tengo que añadirle. Es ya tiempo de que me vaya al patio á esperar á D. Remigio, para que me pague mi cuenta, pues el conde y el marqués no tardarán, ¿Qué digo á Juan?

Mariana se levantó de su sillón, serena y resuelta, tendió su mano blanca al practicante y le dijo con una voz que no denotaba la menor emoción:

—No me casaré. Dígalo usted así á Juan, y él me creerá, cualquiera que sean las cosas que le digan.

—Lo creo, señora condesa,—dijo el practicante;—la manera como me lo ha dicho indica bien que lo hará así. En cuanto á la bebida, yo no sé lo que podrá pasar

dentro de pocos días, pero deben pasar cosas muy terribles si usted no se casa, y no sería del todo malo que usted procurara que el marqués, el conde y hasta el obispo, durmieran cuatro ó seis horas. Al despertar la cólera se habrá calmado, y usted con esto tendrá tiempo de pensar en su situación y de poner en salvo su vida, porque yo no debo ocultar á usted nada de lo que siento y pienso, la vida de usted va á correr más peligro que el día del banquete. Juan lo cree también así. Trata de venir á la hacienda disfrazado, confundirse y mezclarse entre los rancheros y la multitud de gente que se juntará naturalmente el día de la boda, y estará armado y listo para defender á usted y arrebarla de en medio de sus gentes. Corazón y brazos le sobran para eso. Usted lo conoce, señora condesa.

—Eso no,—contestó vivamente la condesa.—Dígale que le prohibo que venga. Yo me defenderé sola y tengo tanto valor como él. La víctima sería D. Remigio, y ni él ni yo debemos sacrificar al que ha sido y es nuestro único protector. Sería eso indigno de un hijo, y Juan no lo hará.

—También es verdad, señora condesa. Juan no lo hará. Le diré letra por letra lo que he tenido el honor de platicar con la señora condesa, y por lo demás, Dios solo sabe lo que acontecerá en estos días, porque ni él ni usted, señora condesa, son dueños de los acontecimientos, ni saben en realidad lo que tienen que hacer, ni cómo saldrán del lance terrible que se les prepara. Adiós, señora condesa,—añadió con cierta ternura el practicante, tendiendo tímidamente la mano á Mariana;—adiós, ¿porqué tan hermosa, tan buena, tan generosa y tan amada de un hombre digno de usted, no permite Dios

que sea usted feliz? Enigmas de la suerte, que nadie puede revelar. Yo también podía haber sido feliz, pero no lo soy. El conde, con el poder de su dinero y de su posición, me ha arrebatado á Catarina; sí, á Catarina, una linda muchacha de 20 años con la que era mi intención casarme... vale más... era una mujer interesada y sin corazón. Quedan otras en el pueblo. ¡Adiós, señora condesa!

El practicante estrechó la mano de Mariana y salió de la estancia, dejándola absorta y petrificada con todo lo que acababa de oír en tan impensada como extraña conferencia.

El practicante, que era Miguel ***, y que años después fué un famoso médico, salió commovido hasta llenársele los ojos de agua al ver esa hermosa mujer tan gallarda, tan majestuosa, destinada quizá dentro de pocas horas á un sacrificio sangriento. Ella resistiría al mandato al conde, y éste, en uno de sus furores, sería muy capaz de atravesarla con su puñal ó con su espada, ¿no valía más que, ya que las cosas no tenían remedio, Juan matase de una vez al conde?... Se vió tentado de montar á caballo, regresar al pueblo, volverse con Juan para tomar parte, ó al menos presenciar la tragedia; pero el viejo tordillo no podía dar paso. ¡Lo desató de la argolla del patio principal, donde lo había amarrado, y casi empujándolo por las ancas, logró introducirlo en una de las caballerizas de los criados, donde el pobre animal encontró una pileta en la que sació su sed y un pesebre con grano y paja que con avidez comenzó á mascar.

El practicante se paseó por aquí y por allí, entreteniéndose con el trajín que tenían criados y criadas y con los grupos de rancheros que comenzaban á llegar, á la

curiosidad de las bodas, cuya noticia, sin saberse cómo, se había extendido por toda la comarca.

Los nobles señores no se hicieron esperar, y la nube de polvo en el camino y repique á vuelo de las campanas de la iglesia de la hacienda, anunciaron su aproximación. Habían venido, á buen paso, pero á cierta distancia del Sauz y por una orden del conde transmitida por D. Remigio, todo el tren que hemos descrito se lanzó á galope tendido, y el Monarca y el Emperador, queriendo quedar bien, relinchando y mirándose con enojo, emprendieron una verdadera carrera, y los caballeros que los montaban, buenos jinetes y con igual orgullo y emulación, lejos de contenerlos les aflojaron la rienda y volaron por aquella ancha y pareja calzada bordada de árboles que conducía á la hacienda. El marqués de Valle Alegre ganó, pues fué el Emperador quien entró de un salto á la portalería, mientras el Monarca no acababa de pasar los últimos grandes fresnos que estaban á diez varas de la puerta.

Algo molestó al conde este incidente, y no dejó de hundir las espuelas en los hijares del Monarca, pero nada dijo á su pariente, y antes bien con muchas atenciones y ceremonias lo condujo á sus habitaciones, ordenando que le sirviesen en ellas la comida y quedando en visitarlo el día siguiente.

D. Remigio colocó á los cuerudos, á los cocheros, á los criados y á los tiros de mulas y de carga en los lugares convenientes, pues sobraban estancias, cuadras y caballerizas, y se retiraba ya á descansar cuando le salió al encuentro el practicante, que todo lo había visto muy bien en la azotea detrás de una almena.

—D. Remigio,—le dijo, antes de que el administrador

podiese hablarle,—aquí van á pasar cosas muy graves y extraordinarias, págume usted mi cuenta, que aquí está. Son mil pesos, una migaja; una gota de agua para el dinero que tiene el conde.

—¿Pero cómo ha venido usted y desde cuándo está aquí,—le preguntó D. Remigio sorprendido,—y cómo sabe?...

—He venido en un mal caballo cojo, que está comiendo en una de las caballerizas, y todo lo sé, y además, Juan, su hijo de usted, está en mi casa, y él fué quien me obligó... Ya hablé con la condesita; está impuesta de todo, y usted, D. Remigio, que sabe más que todos juntos, pues está en los secretos del conde, sabrá lo que hace cuando llegue el lance... pero págume mi cuenta. Se hace noche, y tengo que volverme al pueblo, pues Juan estará en la desesperación.

D. Remigio llevó al muchacho á sus habitaciones, cerró las puertas para no ser sorprendido y se enteró de la conversación con la condesa, de los proyectos de Juan y de cuanto más le interesaba en el grave conflicto en que se hallaba, y no queriendo que supiese el conde la visita del mediquín, tomó sobre sí la responsabilidad de pagarle su cuenta y lo despachó en un buen caballo, encargándole por todos los santos del cielo que contuviese á Juan, que no le permitiese venir á la hacienda, porque su sola presencia ocasionaría sangre y muertes, y que fiara en la energía de la condesa, y en que él obraría también con prudencia y con maña para impedir que se efectuase el matrimonio.

La noche se pasó tranquila en la hacienda, marqués y conde, cansados y estropeados con la fantástica carrera, durmieron bien y se levantaron formando cada uno

castillos en el aire. El conde, por fin iba á establecer á Mariana, á procurar con todas las probabilidades un heredero á la antigua casa del Sauz, y aunque sabía el estado de los negocios del marqués, y el embargo de la hacienda, esto nada le importaba, pues Mariana era muy rica y él añadiría, con lo que había ganado en las minas, algunos miles al dote, pero sobre todo lo que lo llenaba de contento es que ese atrevido Juan, que había osado poner sus ojos en una condesa, quedase burlado, entregado á la impotencia y á la desesperación. Así que supiese el casamiento, él mismo se entregaría á Baninelli y sería fusilado en el acto. Baninelli mismo se lo había dicho al conde un día que se encontraron y hablaron de esto.

El marqués por su parte estaba loco de contento. El grandioso aspecto de la hacienda, sus potreros fértiles llenos de ganados reventando de gordos, el orden que desde luego se observaba en la administración y el estado de bonanza de las minas en que tenía parte el conde, y de lo que se había informado en el camino, y la buena voluntad con que se le entregaba á Mariana, lo convencían de que su suerte estaba decidida; repondría su fortuna, volvería á comprar, aunque fuese á peso de oro, la hacienda de que lo había despojado Rodríguez de San Gabriel; terminarían las querellas y disgustos de familia, y volvería á México á lucir á su mujer cubierta de pedrería en el teatro, y en las funciones de iglesia, y en las tertulias, que no dejaba de haber de vez en cuando en las casas ricas y en las legaciones extranjeras. ¿Y Mariana, cómo estaría? No le había visto, ni el conde se la había mentado; llegó aun á dudar que estuviese en la hacienda, y se vió tentado de llamar á D. Remigio y hacer-

le algunas preguntas, pero temió quedar en ridículo y esperó.

A la mañana siguiente, previo permiso, el conde, vestido de etiqueta, se presentó á hacer una visita á su pariente.

—Desde hoy, primo,—le dijo el conde del Sauz,—cuenta usted esta casa y esta hacienda como suya. Pasó ya la etiqueta, y ahora entre usted y salga con entera libertad. Coches y caballos, (aparte el magnífico avío que usted trae), están á su disposición. La campana anunciará las horas del almuerzo y de la comida en el gran comedor, y el desayuno y la colación de la noche se le servirá en sus habitaciones. Los dos salones del frente de la casa, el billar y la biblioteca están á disposición de usted. Cuatro criados y otras tantas criadas, estarán dedicados á su servicio, y además, si algo necesitare usted ó se le ofreciese en cualquier sentido, no tiene usted sino ordenarlo á D. Remigio, que está advertido de que debe presentarse todos los días á usted para recibir sus órdenes. ¿Está usted contento?

El marqués se levantó de su sillón y sacudió fuertemente la mano de su primo.

Los dos volvieron á sentarse y continuaron depariendo.

—Todos los pasos están dados, y los inconvenientes allanados,—continuó el conde.—Antes de la comida hará usted su visita á Mariana, que está ya prevenida. Ya la conoce usted, y aunque no la ha tratado íntimamente, tendrá idea de su carácter. Adusta y de pocas palabras, como su madre, algo altanera y engreída, pero es el defecto de nuestra raza; fría é indiferente, también como su madre... pero todo eso irá desapareciendo con el ca-

samiento; las mujeres cambian cuando se casan, aunque la difunta condesa no cambió; pero puede ser que yo haya tenido la culpa. Usted, primo, es un hombre ya maduro y de mundo, y sabrá pasar por ciertos caprichos y pasioncillas efímeras, y ya establecidos en México, serán la honra y la verdadera representación de la nobleza mexicana que va desapareciendo y confundiéndose con esos advenedizos políticos que ocupan los puestos del Estado y nos gobiernan á su antojo. Mariana lleva por la parte de su madre la hacienda del Alamo Blanco, que si usted la atiende, puede rivalizar con esta, y además trescientos mil pesos de dote que están en la casa de Moneda de México, y recibirá usted á su regreso, después de celebradas las bodas. ¿Está usted contento?

El marqués se volvió á levantar del sillón y sacudió más fuertemente la mano de su pariente, diciendo:

—Contentísimo.

Y los dos se volvieron á sentar y continuaron depariendo.

—He convidado al obispo, á los principales propietarios y mineros de Durango, y al marqués del Apartado que está en Sombrerete y hará el viaje expresamente para ser el padrino. Lo espero mañana y será vecino de usted porque le tengo separadas las piezas que siguen. La madrina será la Sra. D.^a Pomposa de San Salvador, la más rica propietaria de estos Estados. En sus haciendas podría caber España y parte de Francia, y van á dar hasta la provincia de los Tejas. Con que vé usted que he hecho cuanto haría por un rey que se casase con Mariana. ¿Está usted contento?

En esta vez el marqués de valle Alegre tomó con sus dos manos la del conde y le dijo:

—¡Encantado! Todo es dicha, contento y felicidad, y lo que ha hecho usted sólo se paga con este apretón de manos como signo de alianza y de amistad eterna entre las dos antiguas, nobles y poderosas casas de los marqueses de Valle Alegre y de los valientes condes del Sauz. Desgraciadamente mis bienes y haciendas no están en el grado de prosperidad que las de usted, pero hay, á Dios gracias, como quien dice; para comer una mala sopa. Me permitirá usted, primo, que le haga en este momento un pobre obsequio como testimonio de lo mucho que le agradezco tanta fineza. El *avío*, con su tiro de reserva de mulas blancas, el coche de mi casa, y los veinticinco *cuerudos*, se quedarán en la hacienda. ¿Espero primo, que estará usted contento?

—¡Contentísimo!—dijo á su vez el conde, levantándose y estrechando la mano del marqués.

El conde, que tenía mulas y caballos magníficos en sus estancias, fijó sin embargo su atención en el rumbo *avío* de su futuro hijo político, y deseaba á toda costa quedarse por lo menos con el nunca visto tiro de mulas blancas y con los veinticinco *cuerudos* montados en caballos tan briosos, tan iguales, tan perfectos, que cada uno valía por lo menos media talega de pesos, pero no hallaba como manifestar sus deseos al marqués, así que de veras quedó contento y le estrechó sinceramente la mano.

—Es ya la hora en que debo presentarme á la hermosa Mariana, ofrecerle mis respetos y mis pobres regalos, que no tienen otro mérito sino ser las antiguas alhajas de familia. Una perla es lo único curioso y de algún valor.

El marqués tomó de sobre una mesa los cofrecitos

que contenían las alhajas y se dirigió á las habitaciones de Mariana, hasta cuya puerta lo acompañó el conde:

—Los futuros esposos tendrán mucho que decirse, y la presencia de un padre no es muy oportuna en tales ocasiones. Tengo mil y mil cosas que ordenar todavía, y entre tanto, muchas felicidades.

El marqués entró en el saloncito primoroso y coquetamente adornado de Mariana, y el conde se dirigió á las oficinas, donde D. Remigio lo esperaba.

—


En todas estas cosas y en los preparativos y solemnidad de las bodas, para nada se había contado con Mariana. El conde se limitaba á darle ciertas órdenes con una severidad que no admitía réplica, y D. Remigio, desde el regreso del conde á la finca, no se había atrevido, ni podido tener ocasión de explicarse con su ama, y lleno de inquietud y de temores, especialmente desde la conferencia que tuvo con el practicante, se limitaba á ejecutar también la voluntad del conde sin replicar, sin preguntar, y no previendo siquiera el desenlace que tendría esta gran festividad que probablemente terminaría con el sacrificio de su hijo y de Mariana. Se le figuraba que se iba á repetir algo de lo que había leído de la historia de los aztecas, y que la víctima, coronada de flores y acompañada de sacerdotes y de doncellas cantando, iba á terminar en la piedra de sacrificios donde le arrancaban el corazón. En las oscuridades de su imaginación, salpicadas de luces extrañas, no distinguía claramente si era su hijo ó Mariana la que debía perecer. Era igual: á los dos los amaba con la pasión de viejo

que no tenía otra cosa en la tierra más que á ellos. Estaba como en otro mundo, y estremeciéndose y disimulando obedecía al conde maquinalmente.

Lo dejaremos por ahora ocupado con el conde en disponer lo necesario para recibir al marqués del Apartado, al obispo de Durango y á D.^a Pomposa y á los curas, y entremos á las habitaciones de Mariana, donde con sus cofrecitos de alhajas en la mano la esperaba impaciente el marqués de Valle Alegre.

CAPITULO LIII

Los cofrecitos

 es posible, más hermosa que la última vez que tuve la dicha de veros en la casa de la calle de D. Juan Manuel,—dijo el marqués, con voz insinuante, haciendo una reverencia, tendiendo su mano á la condesita, y adelantándose, luego que la vió salir de entre los cortinajes que separaban su alcoba del salón.

Mariana, vestida sencillamente con un traje de seda oscuro, sus dos bandas de cabello negro engastando su fisonomía y sus gruesas trenzas formándole un peinado á la vez gracioso, sin los caprichos, rizos y dibujos que entonces se usaban, bella y majestuosa á pesar de sus penas y sufrimientos, estrechó ligeramente la mano que el marqués le presentaba, le hizo seña de que se sentase en el canapé, y ella lo hizo en el sillón que estaba enfrente.

—¡Quién lo había de decir y como los acontecimien-

tos vienen cuando menos se esperan!—dijo el marqués. —En este momento no lo creerá usted, Mariana, pero no tendría razón para engañarla, mi único sueño dorado desde joven fué el casarme con usted, pero el conde era tan severo, tan raro, aun con sus propios parientes, que no me atreví á insinuarlo... por temor de un desaire. Una negativa habría sido una herida profunda para el orgullo y dignidad de nuestra casa; pero usted, con el instinto de mujer, no dejaría de conocer que mis continuas visitas no eran sólo para pasar el rato... pero no hay que hablar de eso, que ya pasó, aunque para mí es un recuerdo muy agradable: ahora no hay ya obstáculo para nuestra felicidad.

Mariana bajó los ojos y guardó silencio.

—¿Ningunos recuerdos tiene usted de esa época feliz?

—Recuerdos... sí los tengo, pero la verdad, nada agradables. Mi madre era tan desgraciada, y yo mirándola morir día á día y encerrada en aquella casa tan triste, esto es lo que puedo recordar, y ya vé usted que no era mucha felicidad la que yo gozaba. Recuerdo sí el cariño y los cuidados de Agustina, la cariñosa sumisión de la pobre Tules...

—Sí, sí,—interrumpió el marqués;—oí decir algo de un bribón que asesinó á esa criada favorita de usted con la complicidad de un muchacho perverso y de varias vecinas de una casa de mala fama. Es una causa que ha hecho mucho ruido en México, y según decían, cuando yo salí ya habían encontrado al muchacho y á una llamada Casilda, principales cómplices del asesino, é iban á ahorcarles en compañía de dos hombres y una mujer que estaban convictos y confesos, pero no hablemos de esas cosas que son demasiado tristes.

Cuando Mariana oyó esto, sin saber por qué, le dió un vuelco el corazón y se quedó como distraída y pensativa.

El marqués se levantó de su asiento y se acercó á la mesa, donde había puesto al entrar los dos cofrecitos. Mariana pensó que la conversación debería seguir ya sobre un tono más serio y positivo, y pasó por su mente la idea de declararlo todo al marqués, de hacerle saber que tenía un hijo y que ella no podía, por lo tanto, ser su esposa, sin cometer una maldad y una felonía, que además, y aun cuando, lo que no era creible, el marqués pudiera pasar por esa falta, ella no le tenía, no sólo amor, pero ni siquiera esa simpatía ó amistad que pudiese hacerle llevadera una vida común. Pasaron como un relámpago estos pensamientos, porque al mismo tiempo le ocurrieron otros enteramente contrarios. ¿Qué resultaría de esta confesión en los momentos en que el casamiento estaba ya dispuesto por su padre y convidados el obispo, los curas, los marqueses, los mineros y los hacendados? El conde, con amenazas de muerte, la obligaría á casarse, y el marqués de Valle Alegre tendría que referir el motivo por qué no aceptaba la mano de su prima, resultando un grande escándalo, que se sabría por toda la República, y ella orgullosa, digna, desgraciada, casta y virtuosa, pues su debilidad fué obra no del vicio sino del amor y de la inevitable alucinación de un momento, quería morir honrada, y que el terrible secreto de su vida quedase ignorado de su padre y del común de las gentes. Un instante también tuvo, como en la casa del Chapitel de Santa Catarina, el ánimo de suicidarse, y se levantó y anduvo algunos pasos para entrar en su alcoba y buscar el puñal que había estado bajo de la

almohada de su madre, y que ella había quitado de las panoplias del conde; morir á presencia del marqués y terminar de una vez una situación que no tenía otra salida. Mariana tuvo miedo como en la primera vez; no se consideró bastante fuerte para herirse, y por otra parte el temor de las penas eternas le quitaba la poca energía que le quedaba. Se decidió en aquel momento á dejar correr los acontecimientos sin fijarse en ninguna resolución. Habría dado cualquier cosa por poder hablar diez minutos con D. Remigio, pero, imposible, el conde no lo dejaba ni un instante. Mariana, en lo aparente tranquila, volvió de la recámara donde había ya penetrado y se sentó en el sillón.

—Le repito á usted, hermosa Mariana,—le dijo el marqués de Valle Alegre,—que no hay que pensar ya en esas cosas. Mucha razón ha tenido usted de sentir y de llorar á esa Tules que era una criada fiel y adicta á usted, pero ya eso pasó, y si era tan buena como todos dicen estará ya en el cielo, y los asesinos quizá á estas horas habrán expiado su crimen. Vamos, acérquese usted, quizá la vista de estas frioleras distraerá á usted.

Mariana acercó el sillón á la mesa; el marqués hizo otro tanto y abrió los cofrecillos.

Las joyas y diamantes que Mephistófeles presentó á Margarita y que la sedujeron y condujeron á su perdición, eran cualquier cosa comparadas con lo que contenían las arcas maravillosas que el marqués tenía delante, como si las hubiera adquirido de las misteriosas cavernas de Ali-Babá. En efecto, las familias ricas de los tiempos anteriores á la Independencia y que generalmente se designaban con el nombre de *Títulos de Castilla*, iban en el curso de los años reuniendo tales precio-

sidades y rarezas en materia de diamantes, perlas (1), piedras preciosas y esmaltes, que con el tiempo llegaban á formar una especie de museo de un valor crecido, que representaba un capital bastante para que una familia viviese con descanso. Záfiro, peinetas de carey incrustadas de oro, con labores y cifras de piedras, verdaderamente una colección maravillosa de adornos y de combinaciones distintas para la cabeza, para los brazos y para los vestidos.

Mariana veía con indiferencia estos tesoros, y sus labios, que querían sonreír para no desagradar del todo al marqués, no podían más que expresar el desdén más completo.

—Todo esto, mi adorada Mariana,—se atrevió á decirle el marqués,—es antiguo. Se montan hoy con más gusto las alhajas en París, pero yo no he querido tocarlas, para que se conserven tales como las fué adquiriendo la casa; pero en resumen, no tienen nada de particular. Diamantes, y rubíes, y topacios, y amatistas como todos, montados en plata y oro sin gusto ni arte, pero lo que realmente es notable y no la hubiera ofrecido ni á la reina de España, es esta perla que no tiene igual y que os presento como testimonio de un amor eterno. Todo lo que había de más valor y de más gusto en mi casa, lo he reunido en estos cofrecitos para presentarlo como ofrenda de mi cariño á la que va á ser mi compañera para el resto de la vida.

(1) Un joven inglés que comerciaba en alhajas, compró entre otras en el Montepío una perla más gruesa que un garbanzo, casi como una avellana, en 1,000 pesos, y la vendió en Londres para la Reina Victoria en 1,000 libras esterlinas. Estas alhajas pertenecieron á una de esas ricas familias de que se habla en esta novela.

El marqués sacaba de los cofrecitos sartas de perlas.

—Con éstas entretejía mi madre sus cabellos, y á su vez, realzarán lo negro de esas trenzas sedosas y abundantes.

Estos anillos,—continuaba,—también han estado en los dedos de mi madre, que tenía unas manos envidiables y sólo las de la condesa del Sauz pueden ser más perfectas.

Mariana, con cierta sonrisa de desprecio, escondía sus manos debajo de un pañuelo chino con que se había abrigado el pecho, resistiendo en su delicada naturaleza el frío que repentinamente se había experimentado en la noche anterior.

El marqués sacó cuantas alhajas contenían los cofrecitos y las colocó con cierto orden en la mesa para dar el golpe final, deslumbrar los ojos de Mariana y excitar la codicia mujeril que aun sin intención ni malicia se encanta con tan variadas riquezas. Aretes de gruesos diamantes negros, anillos de brillantes y rubíes, collares de esmeraldas, adornos de topacio quemado, aguas marinas y rosas.

El marqués sacó de su bolsillo una cajita de terciopelo azul que contenía un broche de una sola perla, ¡pero qué perla! más grande que un garbanzo, perfectamente redonda y un oriente que sin los cambiantes, era superior al de un ópalo.

—Esta perla,—continuó el marqués presentando la cajita á Mariana,—tiene su historia. Fué pescada en la Baja California, en el Golfo de Cortés. Al subir el buzo que la arrancó del banco de óstras, fué acometido por un tiburón, que lo destrozó y lo devoró. Los demás buzos, tratando de vengar la muerte de su compañero,

persiguieron al tiburón, lograron matarlo, lo arrastraron á la playa, le abrieron el vientre y entre los brazos casi enteros y los pedazos de piernas de la desgraciada víctima, encontraron una concha, la abrieron, y sacaron esta perla, que mi abuelo, que estaba entonces viajando por las Californias, compró en cinco mil pesos.

—Por nada de esta vida tendría yo esta perla,—dijo Mariana con el mayor desprecio y tirando sobre la mesa la cajita que le había ya dado el marqués,—y no sé cómo le ha ocurrido á usted contarme un lance tan horroroso. Hablando en lo general, las alhajas no me seducen. Las mujeres feas y poco simpáticas, aunque se cubran de alhajas de los piés á la cabeza, se quedan lo mismo. No hay mejores alhajas que una fresca juventud de diez y ocho años, un corazón quieto y una alma tranquila, y yo que no he tenido ni uno ni lo otro, para nada me sirven ni las perlas ni los diamantes, y además, tratándose de perlas, la de usted, pienso vale poca cosa comparada con la que me dejó mi madre, y por mera curiosidad se la voy á mostrar á usted. Ha estado años guardada y hasta mi padre la ha olvidado. Ya verá usted qué poca importancia tienen para mí todas estas joyas.

Mariana entró á su recámara y á poco salió con una cajita de oro de colores, con relieves exquisitos, y dentro estaba, no una perla, sino una maravilla. Era poco más pequeña que una avellana, pero ¡qué oriente, qué redondez, que aspecto tan apacible, y por decirlo así, tan amable! Era una perla que enamoraba, no por su valor, sino por su belleza, parecía que tenía una alma y una inteligencia, y como que decía que se le colocase en el cuello turgente ó entre el cabello negro de alguna belleza.

El marqués se quedó atónito con la vista de esta perla, y confundido y despechado con el marcado desdén con que su futura esposa había visto las riquísimas joyas con que había creído seducirla y hacerla salir de la indiferencia glacial con que lo había tratado desde el principio de la visita. Todo el orgullo de los marqueses de Valle Alegre se le subió á la cabeza, y ya iba á estallar, á decir quién sabe cuántas cosas á Mariana y á romper el casamiento, cuando el conde entró seguido de dos criados que de las argollas conducían una gran caja.

—Quizá no hice bien en interrumpirles. Dos novios próximos á ir al altar, tienen mucho que decirse, pero vengo á presentarles una obra exclusivamente mía, y en la que ni D. Remigio ha tenido parte. Yo, se puede decir, que dibujé el vestido, escogí la tela, dí las más minuciosas instrucciones á Agustina, y mandé expresamente un coche con el mozo más inteligente de la hacienda para que luego que estuviese hecho me lo enviase, calculando los días de camino de ida y vuelta. Agustina lo ha hecho perfectamente, como lo hace esa buena vieja que gobierna la casa mejor que yo y que Mariana. Ha llegado á tiempo como yo lo esperaba y vamos á verlo.

Los criados sacaron cuidadosamente de la caja un maravilloso traje de boda bordado de perlas y de la tela más rica que se pudo encontrar en los almacenes de México.

En efecto, el conde desde que escribió al marqués la carta que ya conocemos y dió por sentado que el matrimonio se había de verificar, escribió también á Agustina que comprara la más rica tela de seda, que rematara en el montepío cuantos hilos de perlas hubiese, y que to

mando por modelo el mejor traje de Mariana le mandase hacer y bordar de perlas y oro, no parándose en gastos y vaciando si era necesario las cajas de cedro.

¡Con qué dolor, con qué repugnancia, con qué tristeza cumplió Agustina estas instrucciones! La desgracia de su querida Mariana iba á consumarse. Este traje rico de boda podía ser un traje fúnebre de muerte. ¿Se casaría? ¿Obedecería á su padre? Seguramente sí, pues que se mandaba ya hacer el vestido de boda.

Y Juan ¿dónde andaba, qué diría, qué haría una vez que supiese que Mariana estaba ya casada? ¿Y la infortunada criatura, fruto de ese amor? muerta tal vez, ó peor que eso, padeciendo hambres y miserias, de cargador, de mozo de mandados, soldado tal vez, sufriendo los varazos del cabo. Agustina se perdía en conjeturas; hacía tiempo que no sabía nada de cuanto le interesaba, y la carta en que le mandaba el conde hacer el traje, le cayó como si fuese una gruesa piedra que le hubiese lastimado la cabeza, pero no podía hacer otra cosa más que obedecer; así que compró las mejores perlas, la más rica tela y la llevó á las maestras de la calle de Medinas, que eran las más afamadas bordadoras, y en el tiempo fijado por el conde estuvo listo cuanto le encargó y dispuesto para ser enviado en el coche, para que llegase oportunamente, como se ha visto que sucedió.

Agustina, cuando estuvo concluído el rico traje, lo hizo llevar á su casita de la calle del Chapitel de Santa Catarina, y se postró ante la milagrosa imagen.

—Aquí tienes, madre y señora mía de las Angustias, este vestido de boda de la infeliz mujer á quien salvaste en una terrible noche de la muerte y de la deshonra; haz con tu gran poder que este oro, estas perlas y esta

seda, no se conviertan para la desdichada en una fúnebre mortaja. Tú dispondrás, madre mía, si debe ó no casarse, pero de cualquier manera tú la salvarás, y esta humilde pecadora te lo pide por la sangre preciosa del hijo que tienes en los brazos.

Agustina levantó sus ojos húmedos y suplicantes, y miró á la sagrada imagen como para obtener una respuesta, y en el semblante y en los ojos llenos de lágrimas de la Virgen no encontró ni la respuesta ni el consuelo que deseaba.

—Hágase la voluntad de Dios,—dijo resignada y triste, y suspirando atizó la lamparilla que siempre ardía en el altar y regresó á la casa de D. Juan Manuel, donde la esperaban los criados y cocheros.

Un cuarto de hora después salía del zahuán un coche con su camisa de lona, cerrado, como si fuese un enfermo dentro, y no contenía más que la caja con el rico traje que presentó el conde á su hija, como su última y terrible voluntad.

Mariana sonrió tristemente al ver el traje y miró á su padre de una manera significativa, como queriéndole decir con los ojos: ¿Cómo sin consultar ni mi voluntad ni mi corazón dispones de mí, y la primera noticia que tengo de mi suerte es el marqués tratándome de seducir arrojándome un montón de alhajas y tú echándome encima unas galas de oro y perlas que caerán sobre mi cuerpo como un sudario?

El conde no pudo menos que comprender cuanto le quiso decir Mariana, y respondió con una mirada fija, terrible y feroz.

Mariana bajó los ojos.

—¡Ah! yo creía...—dijo el conde,—pero no... mar-

qués... Mariana será una buena esposa que os amará mucho como la difunta condesa me amó á mí, y no desmentirá la tradición de su familia. Dejémosla por el momento en sus quehaceres y vamos á visitar las diversas habitaciones de la casa.

Los dos potentados salieron dejando el marqués las alhajas esparcidas en la mesa, y el conde el riquísimo traje en un canapé. Mariana se levantó de su sillón y les echó una mirada de odio y de enojo hasta que los perdió de vista; después juntó las alhajas con movimientos nerviosos, las echó desordenadamente en los cofrecitos, tomó el vestido con una mano y arrastrándolo por el suelo lo arrojó sobre su cama.

—Yo estoy loca,—dijo,—no sé lo que va á suceder... ¡Virgen santa, señora mía de las Angustias, socórreme en este trance!—y llevando las manos á la cara se hincó junto á su lecho, apoyó su frente en las almohadas y derramó un torrente de lágrimas.

CAPÍTULO LIV

El casamiento de Mariana

Todas las habitaciones de la casa estaban abiertas, y los dos salones del frente, que nunca se abrían, llenos de la luz que les entraba por las grandes ventanas, lucían sus arañas de plata maciza, sus exquisitas pantallas de Venecia y sus muebles antiguos flamencos del más delicado gusto. El conde enseñaba con minuciosidad las curiosidades que había por todas partes, y lo paseó más de una hora por una serie de piezas, de gabinetes, de retretes y de alcobas, capaces de que se alojaran cómodamente más de cincuenta personas. Aunque preocupado el marqués con ideas de otro género, no pudo menos de admirarse de la magnificencia del edificio y de la variedad de muebles raros que había por donde quiera que se entraba.

Las comidas se sirvieron durante los primeros días en el chocolatero ó en el departamento que ocupaba cada

persona, pero fueron llegando el obispo, tres curas, dos mineros, cuatro hacendados y por último, en un tren lujosísimo, el marqués del Apartado y la rica señora D.^a Pomposa, que debían apadrinar á los novios. Sucesivamente fué el conde mismo instalándolos en sus departamentos, y al siguiente día se abrió el gran comedor, donde concurrían á las horas de costumbre y al toque de la campana, los huéspedes presididos por el conde sentado en su regio sillón rodeado de la reja dorada.

Mariana no asistía á esos banquetes, estaba enferma, realmente enferma hasta el grado de no poder levantarse de la cama. Le dolía, no sólo el cuerpo, sino que le dolía el alma.

Alivióse un tanto, y el conde aprovechó la oportunidad para fijar el día de la boda.

El marqués de Valle Alegre no salió muy contento de la visita que hizo á Mariana, á la que no había vuelto á ver: frialdad completa, desaires y desprecios. No se necesitaba tener mucha perspicacia para conocer que la condesita tenía la más grande repugnancia para el casamiento, y que era una víctima de las preocupaciones de su padre.

La visita á los salones y á los diversos departamentos, tan bien arreglados y dispuestos, lo distrajo un poco, cuando al recogerse en su cama con sus propios pensamientos, no pudo menos de confesarse que cometía un gran disparate en casarse y que su vida iba á ser un infierno. ¡Y lo que es la naturaleza humana! La contradicción había picado su amor propio. Los desdenes de Mariana habían herido su corazón, pero la entereza de la muchacha, su desprecio por las riquezas, su dignidad y compostura, á pesar del forzado y mentiroso papel que

se le obligaba á representar, le interesaron sobremañera y observó además que el tiempo y la vida solitaria que había tenido y quizá los pesares mismos, habían realzado la belleza de su prima y dádole un aspecto como de reina destronada.

—¿Si estaré yo enamorado de mi prima? Sería la última de las desgracias que me pudiera suceder. Sin amor, qué me importará su indiferencia y sus desdenes continuos, ella en su recámara y yo en la mía. Si acaso un día que otro nos veremos á las horas de comer, una que otra vez también al paseo en coche y al teatro, para no dar en que maliciar al público... y... ¿pero si al diablo se le antoja que yo quiera vivir con ella como viven los santos y buenos matrimonios? ¿si tengo celos, si me exaspera su desdén, si suspiro y me pongo triste como un colegial que acaba de salir al mundo...? ¡Oh, no! ¡qué vergüenza, qué mengua y qué ridículo para un hombre de mi experiencia y de mi edad, corrido de mundo y cansado de mujeres! Sí, lo mejor será marcharme en la madrugada, dejando una carta al conde. Decidido, y no hay que pensarle más. Se levantó, se acercó al escritorio de ébano y marfil que estaba frente á su cama y escribió:

«Conde y Señor mío:

»Mariana me aborrece, no puedo aceptar su mano. Os doy las gracias y os hago un servicio evitando la desgracia de su hermosa hija.

»EL MARQUÉS DE VALLE ALEGRE.»

No obstante la hora avanzada de la noche, mandó, con uno de los criados que velaban á su puerta, buscar á D. Remigio, que no tardó en llegar.

—A las cuatro, antes que amanezca, me hará usted el favor, D. Remigio, de que con un tiro de la hacienda esté lista mi carretela, mis dos caballos ensillados y seis mozos que usted escogerá. Mi avío se lo he regalado al conde. Me voy á México, y cuando el conde despierte le entregará usted esta carta.

—Pero señor marqués... ¿es posible?... ¿lo ha pensado usted bien? ¿Qué dirá el conde?...

—Ya sé lo que dirá, y tendremos seguramente un duelo á muerte... pero lo he pensado bien y estoy decidido; por de pronto mucha reserva y que todo esté listo.

D. Remigio vió el cielo abierto y á Mariana salvada, así que no insistió y se retiró diciendo:

—El señor conde será obedecido, y todo estará listo para las cuatro de la mañana.

El marqués dió vuelta y vuelta en la alcoba, y al fin, medio vestido, se echó en la cama y se quedó dormido, hasta que siendo cerca de las cuatro, D. Remigio lo fué á despertar.

—¿Qué se ofrece?—dijo sobresaltado y bajando de la cama.

—Van á dar las cuatro, y la carretela lista fuera de las puertas de la hacienda. Era necesario hacerlo así para que el señor conde no se apercibiese de la marcha del señor marqués.

—He variado de opinión, D. Remigio. No quiero desagradar al conde. Me quedo; que no sepa lo que ha pasado.

D. Remigio sintió como si le hubiesen derramado un jarro de agua fría en la cabeza, y tuvo que obedecer.

—Muy bien, señor marqués, nada sabía el señor con-

de, y cuando se levante y salga, todo estará en su lugar como si nada hubiese pasado.

—¡Qué alucinaciones y qué miedos pueriles asaltan á veces á los hombres que se llaman de mundo!... ¿Tener yo miedo á una muchacha, ó á una mujer? porque mi prima ya es una mujer. ¡Qué tontería! Se casará con amor ó sin él, porque se lo manda su padre, será mi mujer, y yo la dominaré con el tiempo, y si no logro dominarla, peor para ella, se la pasará encerrada en su casa ó visitando las iglesias, y yo tendré tanta libertad como la he tenido. ¡Perder trescientos mil pesos que me entregarán en la casa de moneda luego que regrese á México! ¡Qué barbaridad tan grande iba yo á cometer! ¡Qué papel haría presentándome ante mis hermanas con las manos vacías! Inmediatamente tendría la discordia dentro de mi misma casa, y más adelante un escandaloso pleito judicial, porque ya me lo han dicho mis hermanas, si no les doy cuanto me piden y si no sostengo el lujo de la casa bajo el mismo pié, están decididas á consultar con un abogado, con ese mismo Rodríguez de San Gabriel que me ha despojado de mis haciendas. ¿Y D. Pedro Martín de Olañeta, qué burla me haría? se bañaría el viejo sabio en agua rosada. No, no hay que vacilar. Una hacienda que produce treinta mil pesos cada año y trescientos mil pesos al contado, valen la pena de hacer un sacrificio. Seguiré tratando á Mariana con dulzura y cariño, sin cuidarme de sus desdenes, que cuando sea mi mujer y estemos solos en nuestra casa, y lejos de este conde feroz y medio loco, ya será otra cosa. ¡Qué necio de haberme desvelado por los dengues de una mujer caprichosa y mal educada!

Y el marqués, abriendo á cada segundo tanta boca y

bostezando, se desnudó, se metió en el mullido lecho, y diez minutos después roncaba como un bienaventurado.

Durante una semana, no cesaron las fiestas. Las gentes de las rancherías y de los pueblos fueron llegando á caballo y á pié, sin ser invitados, y el conde los dejó y aun ordenó á D. Remigio que les permitiese formar sus campamentos, matar una res y varios cochinos y carneros, y hacer luminarias en la noche, bailar y divertirse.

Los nobles huéspedes eran atendidos al pensamiento, y el almuerzo y las comidas en el gran comedor duraban horas enteras. La mesa siempre cubierta de exquisitos manjares y de postres y dulces, pues además de que las cocineras de la hacienda eran de lo mejor, Agustina, por orden del conde, había mandado en otro coche á una cocinera y á una repostera que hacían prodigios en la cocina. El practicante aparecía y desaparecía, comía y gozaba bien (sin perder de vista á Mariana) con cualquiera de los grupos que se habían establecido en las inmediaciones y debajo de las arboledas.

Por fin, se fijó el domingo para la ceremonia, Mariana, unas veces aliviada, otras enferma, fué pasando esos días (alegres para la multitud que ocurrió á la hacienda), en una especie de agonía. Asistía á la mesa á ocasiones, platicaba con el obispo, con los curas y sobre todo con el marqués del Apartado, que era un hombre de talento, de mundo y de una finura y delicadeza extremas, y más de una vez se vió tentada de abrirle su corazón y de rogarle que la salvara, aprovechando la influencia que tenía sobre su padre, pero á nada se resolvió y llegó la hora tremenda del sacrificio.

La iglesia, porque era una verdadera iglesia, tan grande y tan suntuosa como cualquiera de México, se engalanó con colgaduras y cortinas de terciopelo carmesí, con franjas y flecos de oro. En el altar lucían candeleros y blandones de plata, y de las bóvedas pendían lámparas y gallardetes.

Los tres curas vistieron en la sacristía sus ornamentos; la misa cantada acompañada del órgano y de una orquesta improvisada; el obispo dispuesto á subir al púlpito y predicar un sermón, y la concurrencia de gala y los padrinos esperaban de pié cerca del altar y al lado de las bancas de cedro.

Ni los novios ni el conde parecían. Mariana se había encerrado en su recámara á vestirse, pero le era imposible, apenas tocaba el pesado vestido bordado de oro y perlas, cuando le acometía un temblor que la imposibilitaba; tenía horror á la seda que tocaban sus manos y el relumbrar de los bordados, le producía extrañas alucinaciones. No le faltaba la voluntad, estaba ya resuelta á ir al altar, pero su sistema nervioso se lo impedía.

El conde se paseaba del brazo del marqués, en la portería inmediata á las habitaciones de Mariana, con cierta impaciencia, pero cuando transcurrió media hora y no salía y el sacristán vino á decirle que los curas estaban ya listos, el obispo bajo su dosel y la iglesia llena, su cólera no tuvo límites y se acercó á la puerta y tocó fuertemente con el pomo de su espada.

—¿A qué horas acabas, Mariana? Todo el mundo está en la iglesia esperando.

Al oír los toquidos y la voz dura de su padre, Mariana cayó de rodillas y buscó debajo de su almohada el histórico puñal.

D. Remigio, que á cierta distancia no perdía de vista al conde, se acercó.

—Señor conde, las criadas me han dicho que la señorita condesa estuvo bien mala anoche y no durmió, si usted me lo permite, tocaré por la puerta del jardín.

—Bien, vaya usted en el acto, y enferma ó como esté, que salga sin tardanza.

El marqués, alarmado del gesto feroz del conde y pensando que bien podría estar enferma su prima, trató de calmarlo, mientras D. Remigio corrió á tocar la puerta del jardín. Fué Mariana misma la que le respondió.

—¡Imposible, D. Remigio; no puedo, no puedo por más que hago, ponerme este vestido de luto, de muerte, que me va á quemar el cuerpo como si fuese de fuego.

—Señora condesita, piense usted en su hijo, por el amor de Juan... un esfuerzo, por mí... por mí que sufro tanto como usted... El conde está furioso, he leído en sus ojos inyectados de sangre... nadie sabe lo que va á suceder... quizá Dios nos salvará, pero, pronto, pronto.

Estas palabras ocasionaron una reacción en Mariana. Volvió á colocar debajo de la almohada el puñal que ya tenía en la mano, y contestó á D. Remigio:

—Bien, D. Remigio. Allá voy; diga usted á mi padre que se me descompuso el peinado... cinco minutos... diez minutos á lo más, corra usted.

D. Remigio corrió en efecto, calmó al conde, echó la culpa de la dilación á una de las camaristas.

—¿Vió usted á Mariana?—le preguntó el conde.

—¡Oh! no, señor conde, estaba encerrada en su recámara acabándose de vestir y me habló desde la puerta.

Mientras D. Remigio y el marqués acababan de calmar al conde, Mariana en cinco minutos se puso el tra-

je, arregló su peinado, se prendió las alhajas suyas, y ni una sola de las que le había regalado el marqués; abrió la puerta de su sala y se presentó blanca, transparente como una muerta, con sus ojos negros descarriados y mirando á todas partes. El marqués le dió el brazo, y derecha, erguida fué caminando como una aparición del otro mundo.

Entraron á la iglesia por entre una valla respetuosa que formó la multitud, admirando la belleza majestuosa de Mariana, que parecía una reina de la Edad Media que iba á recibir el juramento y homenaje de sus vasallos. El aspecto severo y duro del conde, con su uniforme caprichoso de capitán del ejército español, les dió miedo, y el marqués de Valle Alegre, aunque ya de edad, tenía un aspecto agradable y juvenil que les simpatizó mucho.

—¡Qué hermoso par!—decían en voz baja las mujeres,—tan ricos, en buena edad, con tanto dinero, qué felices van á ser!

Tomaron asiento los novios, los padrinos y el conde en los sillones de terciopelo que se les tenían reservados; los curas salieron revestidos de riquísimos ornamentos de tela de plata y oro, y la misa comenzó. Después del Evangelio, el obispo subió al púlpito y con voz dulce y persuasiva pronunció un discurso ensalzando el estado del matrimonio, no como el más perfecto, que para las mujeres era el de la virginidad, según San Gerónimo, pero sí el más acomodado á la vida y á las costumbres cristianas. Se fijó mucho en los deberes de la esposa, en la sumisión respetuosa que debe tener por el esposo, en los cuidados de madre, si Dios disponía que tuviesen sucesión, concluyendo con estas palabras: «Los seres en la

tierra se unen por la voluntad de Dios. Se empeñarían en balde todas las potestades de la tierra; y no lograrían unir dos almas que no hayan nacido la una para la otra.»

Esta oración, que cuadraba bien en la situación de Mariana, la hizo volver en sí, levantó los ojos hacia el santo obispo que bendecía á los fieles que estaban presentes y los bajó llenos de lágrimas.

La misa fué solemne y larga. Cantores y músicos de pueblo traídos por los curas, se esmeraron y no quedaron tan mal. Concluidas las ceremonias, retirados los padres á la sacristía volvieron á poco con sus albas blancas de punto á ayudar al obispo, que dispuso lo necesario para el enlace. El marqués de Valle de Alegre y Mariana se levantaron de sus sillones y se arrodillaron en el altar. D.^a Pomposa á la izquierda y el marqués del Apartado á la derecha. El conde del Sauz, de pié con su uniforme de gala, y cosa rara y que toda la asistencia murmuró en secreto, con su espada de cruz y taza ceñida en la cintura, como si fuese á entrar en una acción de guerra.

El obispo leyó en un libro esas páginas elocuentes, tiernas y á la vez terribles escritas por el Apóstol San Pablo.

El marqués, inquieto, miraba á todas partes y aun volvía un poco la cabeza.

Mariana se inclinaba.

La multitud que llenaba la iglesia se apiñó tan cerca como pudo al altar para ver bien la ceremonia.

El momento crítico se acercaba.

Uno de los curas echó á los hombros de los novios y los cubrió con un paño de lama de plata, y el obispo les pasó una cadena de oro por el cuello.

Mariana en ese momento, y como queriendo inconscientemente quitarse la cadena fría que cayó en su espalda alzó los ojos y miró al practicante que aterrizado fijaba en ella una mirada que expresaba su angustia. Una nube sangrienta pasó por la vista de Mariana. Creyó ver á Juan, ó lo vió efectivamente detrás del doctor, blandiendo un puñal y pronto á arrojarlo sobre el marqués, sobre su padre y sobre ella misma, y hacer un sacrificio sangriento sobre el altar mismo; sin saber qué hacer y sintiendo que iba á caer postrada rompiendo su frente en las gradas, estrechó fuertemente la mano del marqués, y éste creyó que era la emoción, el amor, la decisión de Mariana en aquel acto, y que su orgullo y su dignidad ofendida por la fuerza que le imponía su padre, le habían inspirado el profundo desdén con que había recibido sus regalos de boda, pero volvió los ojos hacia ella y quedó aterrizado del semblante cadavérico y del descarrío de sus ojos que saltaban de sus órbitas.

El practicante no quitaba los ojos de Mariana, y ella también lo miraba á cada instante y volvía su vista al obispo, pero no podía quitarse de la visión terrible de sangre, y apretaba la mano del marqués.

El obispo, que no se había apercibido de esta escena, continuó la ceremonia.

—¿Recibís por esposa y compañera á D.^a Mariana de los Angeles Cecilia, condesa del Sauz?

—Sí,—respondió el marqués con una visible emoción que trataba de disimular.

—¿Recibís por esposo y compañero á D. Pedro Agustín de Gallegos y Girón, marqués de Valle Alegre?

Mariana, miró al practicante y respondió con voz nerviosa, pero firme que se oyó en toda la iglesia.

—¡No!

El conde quedó de pronto estupefacto, pero acertó á decirle al obispo:

—Mariana está conmovida, nerviosa, no sabe lo que ha dicho, ha querido decir que sí; volvedle á preguntar.

—Reflexionad bien, hija mía, en vuestra respuesta, estáis turbada, reponeos un poco,—y la miró el obispo dulcemente animándola y procurando calmarla.

Después de algunos instantes volvió á decir:

—¿Recibís por esposo y compañero á D. Pedro Agustín de Gallegos y Girón, marqués de Valle Alegre?

Mariana, soltando la mano del marqués dijo con voz firme.

—¡No!

—¡No!—dijo el conde con acento terrible, poniendo la mano en el puño de la espada,—¿te atreverás á desobedecer á tu padre?

Mariana guardó silencio, y el silencio fué general algunos minutos entre los espectadores; se podía oír el aleteo de una mosca. Al fin, como haciendo un supremo esfuerzo y mirando con los ojos descarriados alternativamente á su padre y al practicante, exclamó con un acento tan doloroso que debió llegar al corazón de la multitud que llenaba la Iglesia:

—¡No! ¡no es posible! ¡no puede ser, no puede ser!...

El practicante, que veía que vacilaba, que en un momento podía escapársele el *sí* de sus descoloridos labios, la miraba fijamente, le hablaba con los ojos, le decía que un momento de debilidad sería la señal de la muerte y de la sangre.

Juan, disfrazado, sin que lo hubiese notado ni reconocido D. Remigio, estaba oculto detrás del practicante,

apretándole el brazo, y con la otra mano apretando también un largo puñal, pronto á herir, á matar, á exterminar al marqués de Valle Alegre, al conde, al obispo mismo, á Mariana, á él mismo, hundiéndose el puñal en el pecho después de haber satisfecho su venganza y acabado aun con la vida de aquella mujer mártir del orgullo, de las preocupaciones de raza y sangre azul y de la tiranía de su padre.

Los cirios ardiendo y despidiendo con el incienso el aroma cristiano; las imágenes de las vírgenes y de los santos en los altares; los ornamentos relumbrantes del obispo y de los curas que decían la misa; los espectadores, las colgaduras de las columnas, todo lo veía como al través de un velo rojo y sangriento, y en medio de todo este espanto y esta muerte que tenía en su acero con sólo moverse y alzar su brazo, aparecía la pálida figura de Mariana, con su traje blanco y oro, entrelazados los azahares en sus trenzas negras, con sus grandes ojos saltándose de sus órbitas é implorando la ayuda de su brazo y el esfuerzo de su templado corazón. Una alucinación fatal, una pesadilla horrible de hombre despierto.

El practicante sufría con el apretón de los nerviosos dedos de Juan, como si le tuviesen asido el brazo con unas tenazas, y transmitía con la vista á Mariana las impresiones, los sufrimientos, las resoluciones supremas de Juan, y Mariana, en esos cortos minutos, lo adivinó todo, y los instantes lúcidos de su atormentado pensamiento le permitieron pensar las consecuencias de su negativa, y las más espantosas si en un momento de debilidad se entregaba para toda su vida al marqués de Valle Alegre.

El conde, temblándole todos sus miembros, sacando

maquinalmente cada vez más la espada, esperaba con una cólera que se veía en su semblante lívido y cadavérico, la resolución final de su hija.

El marqués de Valle Alegre, que no obstante las escenas que pasaron entre él y Mariana al entregarle las *donas* no pensaba ni remotamente que había de ocurrir tan extraño lance, permanecía de rodillas inmóvil sin saber qué decir ni qué hacer, estrechando fuertemente la mano de su novia y unido con ella con la cadena de oro nupcial y envueltos casi sus cabezas en un paño de lama de oro y plata.

El obispo pronunciaba algunas palabras que nadie oyó, y tan turbado estaba, que no sabía á quién dirigir-las. Todo este fué rápido, instantáneo; duró apenas unos cuantos minutos, y fué mucho, porque cada uno de los personajes, por distintas circunstancias, sufría. Por fin Mariana echó una mirada que dió miedo á los que estaban cerca de ella, se puso en pié, quitó de su cuello é hizo pedazos la cadena de oro, arrojó el paño de oro y lama á los piés de su padre, y exclamó con la voz trémula y confusa de la desesperación.

—¡No! ¡mil veces no!

Y cayó sin vida en las gradas del altar.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

Capítulos	Págs.
NOTA de algunas palabras y elocuciones que no han sido todavía adoptadas por la Real Academia Española, y que por ser conocidas y de uso común en México se encuentran en esta obra.	5
PRÓLOGO	9
I.—Santa María de la Ladrillera.	13
II.—Los Doctores	27
III.—Las Brujas	37
IV.—La diosa azteca y la Virgen de Guadalupe.	55
V.—El milagro	67
VI.—D. Diego de noche	79
VII.—D. Diego de día	93
VIII.—El campamento	103
IX.—El Chapitel de Santa Catalina	119
X.—La viña	129
XI.—Comodina	143
XII.—El esclavo blanco.	153
XIII.—Primeras hazañas de Evaristo	163
XIV.—Aventuras de una almohadilla	175
XV.—Juicio al estilo de Salomón	187
XVI.—Casilda	201
XVII.—Casamiento de Evaristo	215
XVIII.—El aprendiz	223
XIX.—San Lunes	249
XX.—Delirio	269
XXI.—En el mercado.	279
XXII.—Cecilia.	291
XXIII.—Ladrón ratero	305
XXIV.—El Hospicio de pobres	315
XXV.—Pepe Carrascosa	331
XXVI.—El amigo del Lic. Lamparilla	349

<u>Capítulos</u>	<u>Págs.</u>
XXVII.—Un juez terrible	367
XXVIII.—Mariana y su hijo.	383
XXIX.—El puerto de San Lázaro	407
XXX.—En el canal de Chalco	423
XXXI.—Cocinera y criado.	443
XXXII.—Al toque del alba.	459
XXXIII.—La injusticia en la justicia.	473
XXXIV.—El litigio de los marqueses de Valle Alegre	487
XXXV.—Malos pensamientos y dificultades.	497
XXXVI.—Salvados por milagro	517
XXXVII.—Ameca.	531
XXXVIII.—¡Ira de Dios!	545
XXXIX.—La hacienda de Santa María de la Ladrillera	575
XL.—Dentro de casa.	601
XLI.—Dentro del baño	611
XLII.—Poesias del licenciado Lamparilla.	621
XLIII.—Una noche en el Rancho de los Coyotes.	657
XLIV.—Evaristo se convierte en un honrado agricultor	671
XLV.—Un muerto en el monte	687
XLVI.—La cabeza hirsuta.	699
XLVII.—Los enmascarados	713
XLVIII.—Primer asalto á la diligencia.	733
XLIX.—Episodio	751
I.—Banquete en el gran comedor de la hacienda del Sauz	765
II.—El viaje	785
III.—Las bodas del marqués de Valle Alegre	797
IV.—Los cofrecitos	813
V.—El casamiento de Mariana	823





1001757928



356011538560118560